

A woman with long dark hair, seen from behind, is wearing a dark blue hooded cape. She is holding a snowball in her right hand. The background is a snowy forest with trees covered in snow. The overall tone is cold and serene.

EL LEGADO DE SYBILL

PATRICIA MARÍA
GALLARDO SORIANO



El legado de Sybill

Patricia María Gallardo Soriano



Primera edición: octubre 2019

ISBN: 978-84-1338-546-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Patricia María Gallardo Soriano

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: DepositPhotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Este libro se lo dedico a mi marido Francisco, por el amor y la paciencia que ha demostrado en el proceso de elaboración, por sus ánimos en los momentos en los que me parecía que no merecía la pena terminarlo. Por regalarme las horas que le robaba a su compañía, a mi casa y a los míos, por acompañarme pacientemente en el sofá mientras yo estaba sentada frente al ordenador, porque tan solo su presencia me infundía seguridad en mí misma. Por las decenas de veces que me decía «así no avanzamos» cuando me veía pensar en las musarañas frente a la pantalla. Por todo ello y porque lo quiero todo lo que se pueda querer en este mundo y más.

Y también va dedicado a Bel Marbà, sin cuya ayuda *El legado de Sybill* no hubiera visto la luz. Sin su trabajo documental no me habría visto capaz de darle estructura a esta historia, la ilusión vertida en este proyecto es tan suya como mía. Gracias a su *spin off* pude visionar cada uno de los personajes, ambientaciones, diálogos, etc... Por lo tanto, *El legado de Sybill* es tan mío como suyo.

AGRADECIMIENTOS

Agradecer a amigos y familia el haber tenido fe en mí. Entre ellos:

A mi padre, tíos, hermanos, cuñados y sobrinos.

A mis fans *privadas* Vanesa Natera, Montse Selles, Mari Miranda e Inma Rm.

A mis amigas Maite, Sheila, Belén y Silvia, por haber estado casi una vida a mi lado. Y a las chicas de *Las más mejores*.

A la gran mayoría de los miembros del grupo de Facebook *Mucho más que letras* por hacerme ver que si se quiere se puede, entre ellos Pedro Ángel Ramírez Cauqui, mi *padrino*, y Eba Miren, que hizo que me *picara el gusanillo*.

Y al grupo de Facebook *Unidos por los libros: escritores, lectores, blogueros y correctores*, por animarme con sus preciosos comentarios.

A las chicas del *Trío la la la*: María José y Vanesa (yo completo el trío).

A mi prima Loli López-Tercero, por ser un ejemplo a seguir.

Y, por último, pero no menos importante, a Salo y Javi, por hacerme más llevadera mi estancia en *Mordor* y poder canalizar mejor mi estado de ánimo a través de una de mis aficiones: la escritura.

Nota

El legado de Sybill no es una novela histórica en sí, a pesar de que se nombran momentos históricos que sí existieron. Me he tomado ciertas licencias en cuanto a lugares y hechos menores para adaptarlos al argumento y la movilidad de sus personajes.

Mary

1. Mary Potts, Londres

Mary Potts era una chica simple como su nombre, criada en un orfanato de Londres. Su madre fue una prostituta de Whitechapel asesinada por Jack, o al menos, por un imitador. Obviamente, nadie sabía quién era su padre, aunque las malas lenguas aseguraban que era el pastor Richards, que siempre estuvo enamorado de Mary Potts sénior. Las habladurías fueron a más cuando el buen hombre se llevó el bebé de Mary al orfanato más decente de la ciudad, el Saint Rose Shelter. Era esta una institución muy poco común en aquellos tiempos, por su bonanza y buen trato a sus acogidas, algo que brillaba por su ausencia en el resto de las instituciones del mismo calibre, siendo lúgubres e insalubres. El establecimiento funcionaba bajo el patronazgo de Lady Chadman de Canterbury, viuda del sexto Duque de Canterbury. La anciana dama era una mujer piadosa que sostenía que la virtud de las mujeres se basaba en una buena crianza fundamentada en la higiene, la educación acorde a su posición y la misericordia de Dios. Aunque aquella era una institución muy estricta, no era cruel. Así pues, la afortunada Mary pasó toda su infancia al amparo del Saint Rose. Allí aprendió todo lo necesario para ser una buena doncella: se le exigía decoro, saber estar, prudencia, además de estar al tanto de todo lo que una señora pudiera necesitar de su camarera personal. Era tan exquisita su preparación en este sentido, que las damas de la alta sociedad pujaban por los servicios de las muchachas del Saint Rose Shelter. Sin embargo, ser doncella no era la única salida para aquellas jóvenes: el matrimonio también era una opción, y se las preparaba con esmero para ser unas excelentes amas de casa. Sus futuros maridos solían ser pastores anglicanos o pequeños comerciantes burgueses, aunque algunas llegaban a prometerse y, por tanto, casarse con el tercer hijo de alguna familia de la baja nobleza. Estas afortunadas recibían una educación algo más refinada: aprendían a leer y a escribir con cierta soltura, algo de aritmética e historia y dibujo; todo un lujo para aquellas criaturas dejadas de la mano de Dios.

A los doce años, Mary no era especialmente bella: tenía los ojos pequeños y negros como aceitunas y su cara redondeada mostraba siempre unos cachetes de color bermellón; su pelo rubio pajizo y una sonrisa franca eran sus mayores atractivos. Era ligeramente rolliza y sus carnes se marcaban a través del estrecho uniforme gris de la institución, pero gracias a su buen talante resultaba atractiva y nunca pasaba inadvertida. Su carácter era afable y voluntarioso. Era una chica obediente, aunque resolutiva.

Con el paso del tiempo, más concretamente a los dieciséis años, fue consciente de que tuvo algunos golpes de suerte en la vida, como cuando cayó en buenas manos al nacer; de no haber sido por los desvelos del pastor, al que adoraba a pesar de sus escasas y cortas visitas, hubiese acabado muerta o malvendiendo su joven cuerpo por un trago de ginebra en los bajos fondos de la ribera sur del Támesis. Pero la relativa suerte de Mary no terminó ahí: la edad máxima para permanecer en Saint Rose Shelter eran, precisamente, los dieciséis, a lo sumo los diecisiete años, por lo tanto, su estancia en el orfanato pronto llegaría a su fin para ceder su sitio a otras niñas. Debido a este hecho, su buen protector hizo acto de presencia un día de finales de verano. Mary fue consciente de su inminente partida ante la seriedad del rostro del sacerdote: debía abandonar el lugar que hasta aquel momento había considerado su hogar. El pastor Richard puso dos ofertas sobre la mesa: trabajar como doncella en la casa de una de las principales familias de la ciudad, o casarse con un granjero —buen cristiano, temeroso de Dios, había dicho— propietario de una

granja en las inmediaciones de un pequeño pueblo en el Estado de Massachusetts, en las Américas. «¡Las Américas!», pensó con aprensión la muchacha, pero sin decir nada. Por supuesto, el clérigo hizo hincapié en las virtudes del matrimonio, en las bondades de este para una muchacha decente, en la seguridad y la estabilidad que encontraría frente a las limitaciones de un puesto de doncella.

—Pequeña Mary —le dijo en tono cariñoso, casi paternal—, sabes que siempre he velado por tus intereses. Entiendo tu aprensión: sé que es muy lejos, pero espero que comprendas que lo hago por tu bien. Siempre tienes la opción de quedarte sirviendo a las órdenes de Lady Saint James. Pero, hija, yo me quedaría más tranquilo sabiéndote en la seguridad de tu propio hogar, de tu propia familia. ¿No te gustaría tener esa familia?

—Por supuesto, Pastor. ¿Qué huérfano no anhela el calor de su propio hogar? Pero ¿tan lejos? ¿No hay otro buen hombre aquí en Inglaterra?

—Claro que lo habrá, pero de conocerlo y fiarme de él, ¿no crees que ya te lo hubiera presentado? Si tú lo deseas puedo indagar, pero los buenos hombres no se buscan, se encuentran, Mary. Suelen llamar a las puertas de este orfanato, pero hace tiempo que no viene ninguno. Mary, seamos realistas: te queda muy poco tiempo de estancia aquí y una vez fuera de estos muros yo no podré hacerme cargo de ti. Mi querido amigo, el pastor Smith, me ha dado muy buenas referencias del señor Longfellow. Y yo me fío de él como de mí mismo. Mary, si es un buen hombre, ¿qué más da dónde tenga su hogar?

Con estos argumentos la pobre muchacha no pudo negarse; además... no le negaría nada al pastor, jamás. Así pues, a pesar del pánico que le daba viajar tan lejos completamente sola, accedió al matrimonio. Sin embargo, como descubrió más tarde, no viajaría sola: el capellán la dejó a cargo de una pareja de su congregación que también hacía la travesía en el barco y que aceptó el encargo a regañadientes (sin dejárselo ver al pastor Richards, por supuesto) y sin demasiadas ganas de prestar atención a la muchacha.

Pronto se vio embarcada en el *Queen of the Seven Seas*, con sus escasas pertenencias en un pequeño bolso de viaje, un sencillo vestido nuevo, una Biblia y unas monedas cortesía del pastor. No faltaron los consejos matrimoniales de la señora Spencer, cocinera del orfanato, que voluntariamente cogió dos gatos en celo y le explicó claramente el asunto. La pobre muchacha se sintió morir de miedo; jamás había abierto tanto los ojos. Inocentemente preguntó si los hombres eran iguales. La mujer rio. «Esperemos que el tuyo tenga menos pelo», le había dicho entre carcajadas.

Mary estaba asomada en la cubierta del barco admirando el atardecer. Después de un par de semanas, había convencido a la señora Taylor de que no había nada indecente en salir a respirar aire fresco unos minutos antes de irse a la cama, pero aun así la mirada de halcón de la vieja bruja no la había abandonado ni un minuto. Sabía que no era porque se preocupase por ella, sino para asegurarse de que no hiciese nada que la avergonzara mientras estaba a su cargo. Pero ¿qué iba a hacer ella? Estaba muerta de miedo, preguntándose qué le deparaba el futuro. Casi no se movía del camarote. Los marineros la asustaban, aunque en realidad ninguno la había molestado: en alguna ocasión incluso se había sentado medio a escondidas, para escuchar cantar a un joven grumete irlandés que entonaba preciosas melodías; por supuesto, solo prestaba atención a las decentes... Cuando los viejos marineros se unían al jovenzuelo, huía como alma que lleva el

diablo. En cubierta, Mary disfrutaba del mar, tarareando una de aquellas tonadas. El olor del océano era maravilloso frente al hedor del Támesis, y a pesar de que su inmensidad la atemorizaba, aquella visión le inspiraba una sensación de esperanza. Confiaba en el buen criterio del pastor y sabía que no la enviaría al mundo «perdida de la mano de Dios», como había oído cuchichear a la vieja y amargada señorita Winifred; la anciana gobernanta del orfanato no destacaba por su positivismo. Siempre veía el lado más oscuro de cualquier situación de la vida. Más tarde y ya en la soledad de la noche, sin actividades con las que entretenerse ni sermones de la señora Taylor, se preguntaba cómo sería su esposo, qué aspecto tendría, si tendría buen carácter... Solo sabía que era un granjero muy trabajador y eso la hacía sentirse aliviada: odiaba a la gente perezosa. También sabía que había enviudado dos veces. ¿Cómo sería trabajar en una granja? No había salido mucho del entorno del orfanato y todo aquello que no estuviera relacionado con sus actividades habituales se le antojaba extraño. En Saint Rose había un pequeño huerto del que cuidaban todas las internas con esmero, pero dudaba mucho que aquello tuviera nada que ver con arar tierras y recoger grandes cosechas. Lo único que rompía un poco su rutina en la institución eran las salidas al parque los días festivos y los recados que las chicas de más edad hacían para las damas ricas. Eran tareas de costura principalmente, por lo que disfrutaban de cierta libertad para moverse por algunos barrios de Londres. La capilla del orfanato había ardido varios años atrás, y lo que en un principio fue una desgracia, se convirtió en una ventaja para las chicas. Acudían diariamente a la iglesia del barrio para recibir misa y así escapaban de aquellos adustos muros durante algunos minutos; aunque la parroquia estaba a tan solo a un par de calles de distancia, les permitía un pequeño contacto con el mundo exterior. En la comunidad, los feligreses las trataban con amabilidad y les regalaban algunas sonrisas cálidas. Pero para Mary nunca fue suficiente, sentía que necesitaba saber y conocer más. En su inocencia, pensaba que se debía a su aislamiento y no a su juventud. De repente, lejos de todo aquello, se sintió muy ignorante; había leído algunos libros de animales, algunos domésticos y otros salvajes. Se lamentaba de que los únicos que conocía vivos eran perros, gatos, ratas y algún que otro pollo o gallina. Sin embargo, la siempre optimista Mary, tenía la esperanza de poder aprender muy pronto.

El viaje transcurrió sin grandes incidentes: algún día de mal tiempo en el que apenas había salido de su camarote, temiendo que aquellas enormes olas la tiraran por la borda o alguna indisposición del pasaje, entre ellos el eternamente mareado señor Taylor, pero nada que se pudiera considerar de gran importancia.

Llegó el día del atraque. Consciente de que aquel viaje tocaba a su fin, Mary no había dormido apenas, invadida por los nervios. No era una quimera: a partir del día siguiente, todo lo que le era familiar se desvanecería. Así pues, en cuanto amaneció, compuso su aspecto lo mejor que supo y aguardó, aunque no tan pacientemente como intentaba simular, su devenir.

Poco antes del mediodía el barco ya había atracado.

Mary estaba en cubierta esperando que la tripulación colocara la pasarela, apretando su chal a modo de coraza, a la expectativa, cuando una mano se posó en su hombro y la instó a darse la vuelta.

—Mi muy querida señorita Potts —dijo la señora Taylor obviando el hecho de que estuviera ya casada. Por poderes, sí, pero casada con todas las de la ley. La joven suspiró, confiando en que fuera el último sermón.

—Mi buena Mary, ha sido todo un placer viajar con usted. —«Sí, claro...», pensó irónicamente la muchacha. La señora Taylor pareció leerle el pensamiento y apretó la mandíbula, pero luego suspiró y relajó el semblante.— Sé que al principio me incomodaba hacerme cargo de usted... Entiéndalo, no la conocía de nada y las jóvenes como usted tienden a ser volubles... Espero que pueda disculpar mis prejuicios. En realidad, ha resultado ser una compañera de viaje exquisita y quiero que sepa que le he tomado gran estima. Le deseo que su nueva vida sea satisfactoria y la trate bien. Buena suerte, mi niña. —Le besó la frente maternalmente—. No deje de visitarnos si alguna vez va a Luisiana. —Rebuscó una tarjeta y se la entregó a Mary. Tenía escrita una dirección.

Después de sonreírle y apretarle las manos, se fue en dirección a la pasarela sin esperar una palabra de la muchacha, dejándola allí plantada en mitad de la cubierta. Un pálido señor Taylor pasó junto a ella, sonrió, se llevó la mano al ala del sombrero cuadrándose ligeramente e hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida. «Vaya, nunca sabré si el buen hombre sabe hablar», bromeó consigo misma.

Se quedó mirando a la nada, hasta que un carraspeo proveniente de no sabía dónde, la sacó de su ensimismamiento. Pestañeó como si acabara de despertarse y miró a su alrededor: no quedaba nadie del pasaje, excepto ella misma. La tripulación esperaba impaciente a que ella se dispusiera a bajar. Mary miró con recelo la pasarela de madera, como si estuviera ardiendo. Se resistía a poner un pie en ella, no sabía qué se encontraría al otro lado. Suspiró resignada, apretó su bolsa de viaje contra sí para infundirse valor y por fin se decidió. Al pisar el muelle cayó en la cuenta de que no sabía a dónde debía dirigirse, o a quién. Tenía una dirección y un nombre: Thomas Longfellow. Y la referencia de una granja en un pueblo llamado Smith Town, pero ninguna idea de cómo llegar hasta allí. «Quizás alguien vendría a recogerla», maldijo mentalmente. ¿Por qué no había pensado antes en aquel detalle tan importante? Estaba lamentando su mala suerte cuando...

—¡Cuidado, señorita! —Mary, asustada, vio cómo un anciano que empujaba un carro de mano cargado de barriles intentaba esquivarla, cayendo al suelo irremediadamente. Ella reaccionó de inmediato.

—Oh, ¡cuánto lo siento, señor! ¡No le he visto! ¡Deje que le ayude!

Sin que el hombre pudiera decir nada, lo cogió por debajo de los brazos con movimientos rápidos y precisos. Acostumbrada como estaba a cargar kilos de colada, no le fue difícil levantar a un hombre tan delgado como aquel. Lo apoyó en un noray, levantó el carro y se las ingenió para cargar de nuevo los toneles en su sitio, mientras el anciano la miraba atónito. Sacudiéndose las manos, se giró hacia él con mirada de preocupación.

—¿Se ha lastimado usted?

—No, no, claro que no —respondió amablemente para que la chica no se preocupara—. Tranquila, señorita, solo ha sido un accidente. Es usted muy amable por ayudarme —dijo levantándose con una mirada de disculpa—. He de seguir con mi trabajo. Muchas gracias, señorita. —El viejo estibador le hizo un gesto con la cabeza, cogió su carro y le sonrió—. Que tenga un buen día, señorita —le dijo antes de marcharse.

Mary le devolvió la sonrisa.

—Buenos días tenga usted, y de nuevo disculpe —respondió dirigiéndole una genuflexión mientras el anciano se alejaba.

Volvió a mirar a su alrededor, buscando una señal para dar su próximo paso. En ese momento, un hombre se le acercó. Era alto y ancho de hombros. No hubiera sabido decir si rubio o moreno puesto que un sombrero de ala ancha le cubría gran parte de la cabeza. Era muy atractivo: nariz

recta, labios marcados y mandíbula cuadrada. Sus ojos negros, rodeados de pequeñas arrugas, indicaban que no era un muchacho. De ser él su marido, no le sorprendían aquellas marcas del paso del tiempo: había estado casado un par de veces, así que debería tener una cierta edad. Le gustaron aquellos ojos, eran francos y directos, pero no amenazantes: su mirada inspiraba seguridad. Se sintió aliviada y sus hombros, tensos hasta ese momento, se relajaron. Él se llevó la mano al ala del sombrero para saludarla y a continuación se lo quitó, dejando al descubierto un cabello negro con algunas finas hebras plateadas en las patillas y la sien. Se dirigió a ella con voz grave y con un tono algo seco...

2. Thomas Longfellow, Boston 1904

Aquel día de finales de septiembre, Thomas Longfellow esperaba a su tercera esposa, con la que se había casado por poderes y que llegaría a lo largo de la mañana. Había optado por esta forma de matrimonio como última opción. No creía tener ninguna tara, ni se consideraba un hombre excesivamente mayor; acababa de cumplir cuarenta, gozaba de una salud envidiable y no le temía al trabajo duro. También tenía buen porte y poseía una granja productiva con posibilidades de expandirse a los alrededores siempre que consiguiese convencer a algunos arrendatarios. Sin lugar a duda, era lo que se decía un buen partido, pero había tenido mala suerte con sus esposas. Ambas enfermaron muy jóvenes, dejándolo sin hijos y con la necesidad de formar una familia, con unos herederos a los que dejar el fruto de su trabajo. Desgraciadamente, en tierra de gente supersticiosa y temerosa del mal de ojo y de las historias de brujas, que un hombre se quedara viudo dos veces seguidas le convertía en sospechoso de cosas horribles. Esas habladurías maliciosas hacían que ninguna mujer en cincuenta kilómetros a la redonda, ni siquiera allí en Boston, quisiera casarse con él. Así que no tuvo más remedio que recurrir a la Iglesia. Su pastor, a su vez, escribió a un buen amigo en Inglaterra que le ofreció la solución a su problema, enviándole una muchacha dispuesta a convertirse en su mujer. No sabía gran cosa de ella, solo que era huérfana de una prostituta, pero que se había criado en una buena institución cristiana. Aunque nunca había acudido a visitar a ninguna, toleraba la necesidad de algunos hombres de tomar los servicios de aquellas mujeres: nunca había sido especialmente puritano. Sin embargo, había tenido ciertas dudas por una cuestión de principios... ¿Sería adecuado abrir las puertas de su casa a la hija de una prostituta? ¿Cuándo se había quedado huérfana? Tras sopesarlo y a pesar de los riesgos que sabía que entrañaba, decidió confiar en la palabra del pastor y aceptar el matrimonio: al fin y al cabo, lo que más le importaba era que fuese una muchacha sana y que supiera comportarse como una buena esposa...

Estaba en un almacén de maderas cuando escuchó que el *Queen of the Seven Seas* atracaría en breve. «Ya está aquí», pensó algo nervioso. Ya no había vuelta atrás; se colocó el sombrero, apuró sus mandados y se dirigió con su carro al puerto.

Reconoció fácilmente el *Queen of the Seven Seas* por su gran bandera británica y por su mascarón de proa, que representaba una reina dorada. A una distancia prudencial, para no interrumpir las labores de estibadores y cargadores, esperó un poco a que la tripulación descargase las mercancías. Observó cómo, tranquilamente, desembarcaba el pasaje; eran en su mayoría hombres solteros, aunque también vio alguna pareja cogida del brazo. Al rato observó como la única muchacha que parecía ir sola cruzaba la pasarela. Era evidente que la joven estaba desorientada: se aferraba a su fino chal y a su bolsa de viaje mirando nerviosamente a su alrededor. Le pareció curioso que no llevase sombrero y aprovechó para observarla mejor: el sencillo moño que recogía su cabello permitía apreciar perfectamente su rostro. Le habían avisado de que era joven y él había deducido que podría tener unos veinticinco; a esa edad muchas mujeres empezaban a considerarse solteras, aunque para él hubiese sido una edad perfecta. Sin embargo, la joven que él veía no aparentaba más de veinte. Thomas observó un poco más: no podía estar seguro de que se tratase de su esposa y la vergüenza de cometer la torpeza de equivocarse le sonrojaba y le inmovilizaba. A primera vista no le pareció muy bonita: demasiado

contraste entre sus ojos oscuros y aquel pelo rubio, casi blanco. Y era más gruesa de lo que esperaba, aunque quizás fuese el vestido que a todas luces era demasiado grande para ella... En realidad, esto no le importó demasiado, solo esperaba que supiese cumplir sus funciones y fuera una buena esposa, pero al verla bajar delicadamente por la pasarela, Thomas pensó que quizás sería muy débil para el trabajo de la granja y maldijo entre dientes.

El ajetreo del puerto era enorme, con trasiego continuo de carros y porteadores. De pronto, un anciano que empujaba su carro de mano con tres barriles se cruzó en el camino de la muchacha. El viejo intentó evitar a la joven, con tan mala suerte que hizo volcar su carro con su maniobra: hombre, barriles y carro cayeron estrepitosamente al suelo. La situación sorprendió a Thomas, que no supo reaccionar, pero enseguida comprobó que no era necesario: rápida y decidida, la muchachita aupó al anciano, le ayudó a sentarse y colocó los tres barriles de nuevo en el carro, con la ayuda de un tablón que no tardó en encontrar. Thomas alzó las cejas divertido: ¿no creía lo que veía! Era joven, fuerte y lista, exactamente lo que necesitaba en una esposa. Olvidó al instante que no le había resultado demasiado atractiva y pudo comprobar, mientras se despedía educadamente del anciano, que tenía una preciosa sonrisa. Suspiró y fue a presentarse.

—¿Señora Mary Longfellow? —preguntó, más toscamente de lo que pretendía, llevándose la mano al ala del sombrero.

Al instante cayó en la cuenta de que debía descubrirse. Se alegró de que esa mañana se le hubiera ocurrido pasar por la barbería para estar presentable: un buen corte de pelo y un afeitado decían mucho de un hombre y no quería causar una mala impresión a su nueva esposa.

—Potts... Oh, disculpe, no termino de acostumbrarme.

La chica sonrió tímidamente y sus ojos brillaron suavizando sus rasgos. Tenía un bonito acento y una voz melodiosa. Tal y como pensó en un principio, el vestido era demasiado grande para ella: aquello que le pareció exceso de peso resultaron ser unas curvas generosas... Ojos oscuros y chispeantes, pelo suave y abundante (a juzgar por los mechones que se escapaban de su moño), mejillas ligeramente sonrosadas que contrastaban con una piel pálida; parecía una de aquellas bonitas muñecas de porcelana que había visto en la tienda de los O'Connell. Observó sus manos: aunque no se podía decir que estuvieran estropeadas, sí estaban curtidas por el trabajo. A Thomas cada vez le gustaba más; de hecho, pensó que había sido un estúpido al considerar que no era bonita. No era una belleza al uso, pero tenía algo que llamaba la atención. Sonrió tímidamente.

—Thomas Longfellow, me temo que soy su marido —bromeó un poco. Mary, ajena a la mirada disimulada de su marido, lo observó más descaradamente, maravillada de que fuera tan guapo. Ahora que se había quitado el sombrero lo pudo ver con más claridad: a pesar de su vestimenta sencilla, tenía un porte elegante. Era alto y corpulento sin ser desgarbado. La sonrisa tímida que le había dirigido le hizo pensar que estaba algo nervioso. Le divirtió que un hombre tan imponente como aquel se sintiera azorado de aquella manera. Le recordó, en cierto modo, a los lores que paseaban con las elegantes damas por Hyde Park... Siempre que aquellos lores vistieran pantalones oscuros de algodón, camisas de cuadros y chaquetas de piel marrón, claro está. Imaginarlo le produjo una risa que supo contener. Él carraspeó un poco, incómodo ante el escrutinio; ella se ruborizó y se apresuró hacer una genuflexión.

—Encantada.

—Si es tan amable de seguirme, tengo mi carro cerca de aquí. —Ella asintió, algo sonrojada, mostrando otra de aquellas preciosas sonrisas.

Thomas la ayudó a subirse al carro y al sentir su contacto volvió a ruborizarse: ningún hombre la había cogido nunca de la cintura. A decir verdad, ningún hombre la había tocado de ninguna

manera, exceptuando las palmaditas que le daba en el dorso de las manos el pastor Richards. Las manos de su marido eran grandes y fuertes, tanto, que casi la lastimaron al levantarla hasta el pescante.

—¿Y su equipaje?

—Esto es todo lo que poseo —dijo avergonzada, señalando su escuálida bolsa de viaje.

Él frunció el ceño.

—¿Solo eso?

—Ajá.

—Suerte que estamos en el pueblo. Habrá que comprarle algunos enseres femeninos. No sé si le hará falta algún mejunje o prenda especial...

Ella se avergonzó aún más si cabía.

—Bueno, supongo que algunas cosas no estarían de más —dijo Mary titubeando. Abrió su monedero—. Tengo algo de dinero...No sé si es válido aquí, pero...

—¿Cómo se atreve? —gritó Thomas—. ¡Ninguna esposa mía gastará un centavo que no haya sido ganado por mí!

Aquel arrebató asustó a la chica, que ahogó un sollozo. ¿Dónde había quedado el hombre amable de hacía unos momentos? Thomas se dio cuenta de su error. Se pasó la mano por el cabello, nervioso, suspiró y, más calmadamente, habló.

—Lo que quiero decir es que guarde su dinero, conmigo no le va a faltar nada.

Ella no replicó, se limitó a asentir sin mirarle a los ojos. El granjero se maldijo. No había querido asustarla, pero no era más que una chiquilla que no le había entendido. Arreó el tiro de caballos y se dirigieron al almacén de los señores O'Connell, una de las tiendas mejor surtidas de Boston. Le gustaba ir allí, porque casi siempre podía comprar todo lo que necesitaba, desde harina hasta clavos. La única pega que tenía era que su dueña era una chismosa que sentía por él cierta antipatía desde que enviudó por segunda vez. Pero Thomas Longfellow era un hombre práctico: si aquella tienda podía abastecerle, aquella tienda era su favorita. Punto. Mientras la ayudaba a bajar, le preguntó distraídamente:

—¿Qué necesita?

—Señor Longfellow, de verdad que no es necesario...

—Mary —dijo en tono serio—. ¿Puedo llamarla así?

—Por supuesto, es usted mi marido... —dijo tímidamente ruborizándose.

—Pues bien, Mary... Mire, se acerca el invierno, tenemos mucho trabajo por delante si queremos pasarlo cómodamente. Será difícil bajar durante un tiempo si nieva. Necesitará ropa de abrigo, un costurero a su gusto, porque me temo que el que tengo en casa deja mucho que desear; lápices y cuadernos, si es que dibuja, telas, lanas... No sé...

—Señor Longfellow... no creo que sea necesario. Tal vez pueda aprovechar las pertenencias de sus esposas —sugirió ella, recordando la austeridad del orfanato, donde aprovechaban todos los recursos—. El pastor Richards me dijo que usted era viudo por dos veces... —Enseguida se le ocurrió que quizás acababa de decir algo inadecuado al reconocer la tensión en el rostro de Thomas.

—Mis esposas murieron de tuberculosis y quemé todas sus pertenencias. A decir verdad, quemé casi todos sus ajuares, solo queda algo de ropa blanca y poco más. Esto me recuerda que debe usted comprar lo necesario en ropa de hogar, yo no entiendo demasiado y sé que usted sí. Por su crianza de doncella.

Ella frunció el ceño; él se extrañó. «¿Qué he dicho?», pensó. Mary no sabía si sentirse

halagada por el encargo o por el contrario ofendida por ser considerada una doncella. ¡Ya era una mujer casada, por el amor de Dios! Se suponía que la quería para algo más que para coser y fregar. ¿O no?

—Está bien —accedió ella en un tono que Thomas no supo descifrar.

Entraron en el almacén en silencio. Ella empezó a rebuscar por la tienda que estaba bien surtida. Era un bonito local, bien ordenado y accesible, pero la dueña la ponía nerviosa. No dejaba de mirarla con una mezcla de curiosidad y pena, mientras observaba a su marido con recelo. La situación le resultó extraña. Paseó por el establecimiento con paso decidido, parando aquí y allá cuando algo le interesaba. Escogió un par de mantas y dos juegos de sábanas, para salir del paso, puesto que también eligió algunos retales para hacer otras ella misma. Como Thomas le había comentado, le hacía falta un buen costurero, no necesariamente muy surtido, pero sí de calidad. La avergonzaba gastar en exceso, así que tomó lo imprescindible. Thomas la miraba impresionado: se desenvolvía muy bien. Se había hecho con una cesta en la que iba metiendo cosas que él sin duda consideraba prácticas, pero en las que nunca hubiera pensado. Decidió no interferir en la compra de su mujer. Aguardó pacientemente en un rincón, contestando solo a las preguntas básicas que ella le hacía sobre los suministros de la casa. Tomó varios tipos de jabón, cepillos, cubos y barreños; algunos utensilios de cocina, también harina, mantequilla y otros productos que pudiera conservar. La vio detenerse ante un bonito juego de tocador, pasando los dedos por las suaves cerdas del cepillo plateado; coquetó un poco en el espejo de mano, recolocándose el mechón suelto de su moño, se sonrió a sí misma y se mandó un besito. Ese gesto hizo sonreír a Thomas. Inmediatamente el semblante de Mary se ensombreció, colocó el cepillo y el espejo en su sitio, suspiró y eligió un cepillo y un peine sencillos que depositó en su cesta. Se fijó también en cómo se detenía unos segundos delante de la estantería de libros pulcramente ordenados por la señora O'Connell. Posaba los dedos en los lomos a la altura de los títulos. Escuchó cómo leía en voz baja sus nombres: *Secretos de la siembra de la patata*, *Cocina de la abuela Gertrudis*, *Siete historias de amor para señoritas*, *Cómo evitar el pulgón y otras plagas*, *Orgullo y Prejuicio*... Y así un buen número de volúmenes, dirigiendo siempre su lectura con el dedo. Su voz dejaba revelar cuáles le habían llamado la atención particularmente. Pasó de largo, con la misma mirada de resignación con la que soltó el juego de tocador. Seguía leyendo los carteles de las distintas estanterías y Thomas intuyó que le gustaba hacerlo, a pesar de que su silabeo inseguro denotaba la falta de práctica. Mary se dirigió al mostrador con toda la compra apoyando sobre él con algo de dificultad la pesada cesta. La señora O'Connell sonrió amablemente.

—¿Eso es todo? Señora Longfellow, supongo... —preguntó sin perder la sonrisa.

—Sí, disculpe. He sido descortés al no presentarme. Me llamo Mary, Mary Pot... ¡Longfellow! —se corrigió al instante.

—No se preocupe, el descortés ha sido su marido por no presentarla —le guiñó un ojo cómplice a la muchacha y le lanzó una mirada de reproche a Thomas, que la ignoró por completo.

—Yo soy Maud O'Connell, es todo un placer tenerla en mi tienda —dijo con una sonrisa sincera.

A Mary le cayó bien aquella mujer menuda; era obvio que tenía raíces irlandesas, tenía un ligero acento y el cabello rubicundo pulcramente recogido con una redecilla.

—El placer es mío, tiene usted una tienda muy bonita y bien surtida. Casi he creído estar en Londres. —De repente se dio cuenta de que podría ser de mal gusto comparar su tienda con otra —. Perdona, no quise decir...

—No se preocupe, lo entendí como un halago. Tenemos suerte de estar junto al puerto y acceder a buen género —dijo con orgullo disimulado.

—Entonces... es todo, ¿cierto?

—Sí, señora O'Connell.

—No —interrumpió secamente Thomas.

La señora O'Connell apretó los dientes y puso mala cara; temía perder parte de la venta.

—Esto también —dijo añadiendo el juego de tocador y tres libros.

—Pero... —empezó a protestar Mary.

—Considérelo un regalo de bodas.

—Pero...

—Insisto. Además, los inviernos son largos y tal vez no le importe leerme por las tardes. —Al ver la cara de desconcierto de la chica—. No me malinterprete, sé leer, pero me gusta más escuchar. Y usted tiene una voz preciosa, con un acento encantador.

Mary se ruborizó de la cabeza a los pies, no se esperaba aquel halago. La señora O'Connell no tuvo más remedio que sonreírle. La verdad es que había sido todo un detalle por parte del aquel hombre, que, sin ser del todo antipático, sí era considerado un poco tosco. Mary, aún un poco turbada, dijo tímidamente:

—Eso es todo. Gracias, señora O'Connell.

La mujer le empaquetó todo de manera primorosa, añadiéndole un paquete de caramelos. Mary quiso protestar, cuando la señora O'Connell la cortó.

—Considérelo un regalo de bienvenida a la comunidad: su marido es muy conocido en los alrededores, así que nos gustaría contar con su compañía a menudo. ¿La traerá a ver el género nuevo de vez en cuando, señor Longfellow?

Thomas se puso pálido, pero no dijo nada. Mary percibió que aquellas simples palabras encerraban más significado del que parecía, pero no lo supo entender y no le concedió mayor importancia. El silencio era algo tenso. Mary carraspeó.

—Claro, señora O'Connell, si mi marido no tiene inconveniente, estaré encantada de volver, siempre que no tenga labores pendientes, por supuesto.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo la tendera.

—Entonces, gracias por todo, señora O'Connell. Buenos días.

—Buenos días, señora Longfellow. ¿Señor Longfellow?

—Buenos días —se despidió él casi en un susurro.

Mary recogió la compra, que su marido se apresuró a quitarle de las manos, y saliendo de la tienda se dirigieron en silencio hacia el carro. Thomas dejó los paquetes junto al resto de suministros, ayudó de nuevo a su mujer a subir y arreó a los caballos que empezaron a andar con trote suave. Mary miró a su alrededor con curiosidad. La actitud de la señora O'Connell se repetía entre los convecinos: pena y curiosidad para ella, recelo hacia él. A medida que salían de la ciudad su intriga crecía, pero no se atrevió a preguntarle el porqué de aquellas reacciones a Thomas. Por su actitud en la tienda, supuso que era un tema delicado. Al fin y al cabo, se acababan de conocer y tal vez no sería cortés preguntarle por algo, que, sin lugar a duda, le afectaba sobremanera. En lugar de eso le preguntó lo primero que le vino a la cabeza.

—Señor Longfellow...

—Thomas...

—Bien. Thomas, me preguntaba qué edad tiene usted, si no es indiscreción.

—Cuarenta —contestó sonriendo.

—¿Tantos? —se asombró.

—Eh, no soy tan mayor —protestó él.

Roja como un tomate, pensó: «¿Cómo he podido ser tan grosera?».

—Disculpe, no quería ser tan indiscreta —dijo azorada.

Él se rio al notar su apuro.

—¿Y usted? Sé que eso no se le pregunta a una dama, pero siento curiosidad también, así que supongo que, siendo mi esposa, puedo ser igual de descortés que usted —añadió guiñándole un ojo, divertido.

Mary no pudo encogerse más en el pescante. Roja como la grana y a desgana, contestó con un hilo de voz.

—¡Dieciséis... y medio!

—¿Cómo? ¡Diantres! ¡Me han enviado a una niña! ¡Pensé que al menos tendría veinte! —exclamó él, volviendo a mostrar su ira—. ¿Qué voy a hacer con una cría?

—No... no. No soy tan niña —tartamudeó asustada, sin dejarse intimidar—. ¿Acaso importa ya? Estamos casados ante los ojos de Dios.

Él suspiró arrepentido y la miró de reojo: era muy joven, sí, pero quizás no tan niña. Además, ser joven le daba cierta ventaja a la hora de enfrentarse al trabajo y a las enfermedades, sería más fuerte. En fin, un par de años más y hubiese sido la edad habitual para casarse.

—No, realmente no importa —admitió.

Ella suspiró aliviada. El silencio era tenso. Mary se sentía incómoda, no estaba acostumbrada a no hablar, pero no sabía cómo debía actuar con Thomas. Sus cambios de humor la desconcertaban. Se arriesgó a preguntar.

—Thomas...—dijo suavemente, mordiéndose el labio inferior dudando si seguir o no.

—Mary, no titubee conmigo, puede preguntar lo que quiera, soy perro ladrador...

—Me preguntaba por qué le miraban tan raro en el pueblo —soltó de carrerilla.

—Porque creen que maté a mis esposas... —contestó sin inmutarse.

3. Las esposas

Mary se quedó petrificada en el pescante. Nunca hubiera imaginado esa respuesta. De repente pensó en las miradas de lástima de la gente del pueblo: pensarían que ella podía ser la siguiente, de ser verdad que las había matado... Aunque, si fuera cierto, Thomas no le habría hablado de aquellas sospechas. No habría confesado los crímenes con tanta facilidad... ¡O quizás las había matado, pero no se encontraron pruebas de ello! Se sintió muy incómoda, y aunque no era especialmente asustadiza, aquello era desconcertante. ¡Dios Santo! ¿Dónde la había enviado el padre Richards? En realidad, no sabía nada de su marido... ¿Y si era un depravado? Rezó porque no lo fuera... No le cabía en la cabeza que el hombre que tenía a su lado fuera un criminal. Pero ¿qué sabría ella?

—Mary, no se asuste, por favor —dijo suavemente en un susurro.

No ocultaba nada, simplemente no pretendía abrumar a su joven esposa.

—Son habladurías de viejas matronas que se aburren en las largas tardes de invierno y ven cosas raras donde no las hay.

Mary cuadró los hombros y alzó la barbilla, mostrando más valor del que sentía.

—No estoy asustada —dijo intentando disimular el ligero temblor de su labio inferior.

Thomas apretó la mandíbula, maldiciendo mentalmente.

—Sí lo está. No mienta, se ha puesto blanca como la leche.

El granjero suspiró y miró al horizonte. Ella no lo confirmó ni lo desmintió, ni siquiera se movió. Se quedó callada un buen rato, tensa en su asiento. Thomas la vio fruncir el ceño y casi podía oír los engranajes de su cerebro, cavilando lo que le había dicho. Tal vez no le tenía que haber contado nada, pero cuanto antes se enfrentara a las hostilidades, mejor. No era justo para ella que no le hablaran o que la trataran de manera extraña sin que supiera el motivo. Ahora, al menos, sabía que él era la causa, que ella no era culpable de que sus vecinos fueran algo cortos de entendederas. La observó: concentrada, silenciosa, con el semblante serio. Parecía mayor y no le gustaba: en tan solo unos minutos, ya echaba de menos su sonrisa risueña. No soportaba aquel silencio.

—Verá, Mary —dijo bruscamente, casi malhumorado—. Estamos a unas ocho leguas de Salem...

Ella se sobresaltó, pero no le miró. No hizo ademán alguno. Thomas tampoco tenía valor para mirarla. Con la vista fija en el tiro de caballos, continuó, con voz más modulada. Parecía querer contarle un cuento.

—No sé si sabrá que hace muchos años, dos siglos o más, juzgaron a muchachas inocentes, acusándolas de brujería.

Asintió. Algo había oído en Saint Rose cuando iba a misa. Solían hablarles del infierno y de sus criaturas: por lo visto, debían andarse con mucho cuidado porque aquellos seres estaban más cerca de lo que parecía. Sí, les hablaron de las brujas de Salem alguna vez, pero ni siquiera era consciente de que existiera Salem realmente. Aquello se le antojaba muy lejano, como un cuento para asustar a los críos...

—Pues bien. Aunque ya pasó, mucha gente de la zona sigue creyendo en maldiciones, males de ojo y esas paparruchas... haya brujas o no.

Esta vez Thomas miró a su esposa, que lo observaba atentamente, dispuesta a escuchar. Suspiró aliviado; al menos le daría la opción de explicarse. La verdad es que era una prueba de madurez por parte de su esposa y eso le alegró. Cualquiera cría se asustaría con las historias de brujas, al menos las que él había tenido la desgracia de conocer: aquellas que le miraban asustadas y se arrimaban a sus amigas o madres como si fuera un apestado. Más animado, continuó su relato.

—Mi buena Sarah, mi primera esposa... —hizo una pausa para mirar de reojo a Mary, no quería incomodarla hablando de sus esposas, y la vio sonreír esperando que continuase— prácticamente se crio conmigo. Éramos vecinos, habíamos jugado de niños, colaborado en las cosechas y celebrado Acción de Gracias y otras muchas fiestas. Nuestras familias estaban emparentadas lejanamente. Al principio nos tratábamos casi como hermanos, pero en cierto momento de nuestra vida supe que estaba predestinado a ser su esposo.

Mary se relajó un poco al escuchar la ternura en las palabras de Thomas. Alguien que hablaba de aquella manera no podía ser malo. Aun así, no bajó la guardia.

—Cuando cumplió los dieciocho años, su padre la prometió a un señorito de Boston, hijo de un adinerado comerciante. Parecía que a su hija le esperaba un futuro acomodado, con una casa elegante y vestidos bonitos.

Thomas hizo una pausa mientras Mary escuchaba la historia, intrigada.

—¿Y qué ocurrió? Un compromiso de matrimonio es algo serio...

Thomas sonrió abiertamente; le hizo gracia el cambio de humor de su esposa, ahora que parecía que contaba una historia romántica. «Mujeres», pensó, «todas vuelven la cabeza ante un buen cotilleo». Ella carraspeó, deseando que siguiera.

—Yo me encargué de que rompiera el compromiso.

—¿Cómo? No me diga que fue a la iglesia a secuestrar a la novia...

Mary aguardaba el final de la historia con las manos cruzadas y apoyadas sobre el pecho y una mirada soñadora. Él rio quedamente.

—Me temo que no fue nada tan romántico. Fui a hablar con su padre y le informé de mis intenciones. El pobre señor Lewis no tenía ni idea de que Sarah y yo queríamos casarnos. Al principio fue reacio: había dado su palabra. Incluso me llamó estúpido por haber ido tan tarde a pedirle la mano de Sarah. En realidad, yo era su primer candidato, pero al no ver señales de interés, quiso asegurarse a su hija un buen matrimonio. Hay que reconocer que nunca fue un hombre muy observador...

—¿Y qué le hizo cambiar de parecer?

—Sarah. Se encerró en su habitación durante más de un mes, furiosa con él. A la pobre ni siquiera le había hablado del compromiso con el tipo de Boston. Era hija única y la niña de papá, así que Lewis accedió a regañadientes a la ruptura del compromiso. Eso sí, tuve que ir yo a hablar con su pretendiente. Según mi futuro suegro, yo era el causante de la ruptura del compromiso y yo lo tenía que solucionar.

—Eso suena a pretexto. Creo que era un cobarde que no quiso enfrentarse al hombre al que le había dado su palabra.

Thomas soltó una sonora carcajada. Eso era precisamente lo que él había pensado siempre; la verdad es que su nueva esposa estaba resultando muy aguda. Cuando la risa fue apagándose, Thomas miró al frente, meditando cómo seguir su historia.

—Al fin nos casamos. Seis meses después, con todas las de la ley. Después de cinco años de matrimonio, enfermó. Fueron unas fiebres muy altas. Estaba tan débil que perdió el hijo que

llevaba en su vientre.

Mary contuvo un sollozo, aquello le pareció muy triste.

—Estuvo delicada un tiempo —continuó Thomas—, hasta que falleció. Los médicos dijeron que fue tuberculosis. Quedé destrozado durante tres años —la pena y la resignación se reflejaron en su rostro—. Después conocí a Hannah, viuda sin hijos. Provenía de Montana, en el oeste —Mary se encogió de hombros; la verdad es que no sabía mucho de geografía—. Después de la muerte de su marido, su familia política no quiso saber nada de ella, así que cruzó medio país para venir en busca de una tía abuela que tenía en el pueblo, con la esperanza de que la acogiera. La pobre mujer falleció también al poco tiempo. Hannah se encontró en la calle, sin dinero, sin casa... El pastor Smith pudo alojarla con una familia un tiempo, pero era una solución temporal. Un domingo, en misa, me enteré de su situación. Me pareció una buena idea proponerle matrimonio: al fin y al cabo, no iba a ser el primero de conveniencia en la historia. Ella necesitaba un lugar donde vivir y yo una esposa para formar una familia y sacar adelante mi granja. La soledad ya se me estaba haciendo pesada... Le pareció un trato justo. El cariño vino después. No tuve hijos con ella tampoco. Con el tiempo, también enfermo como Sarah —respiró con pesar—, de lo mismo. Furioso, quemé todas sus cosas, aunque tampoco eran muchas, junto a las de Sarah. Hannah había aprovechado casi todo lo de Sarah... Después me volví taciturno y un poco huraño, lo reconozco. Durante un tiempo, en vista de mi actitud, la gente pensó que las había envenenado porque no me habían dado hijos: una especie de venganza, supongo...

—¿Por qué pensaron eso? —La verdad es que la historia le parecía fascinante. Pensó en la mala suerte de su marido y en lo mal que lo había pasado; debía ser muy triste perder a dos esposas. Ahora entendía un poco más sus cambios de humor... Había dejado de tratar con la gente y ya no estaba acostumbrado.

—Porque nunca enfermé. Tuve dos tuberculosas en casa y no me infecté. Solo he tenido heridas, cicatrices, algún dolor de cabeza... pero no sé lo que es la fiebre, ni un simple catarro.

—Vaya, eso sí que es curioso. Nunca he conocido a nadie que no enfermara. ¿A qué es debido?

—No lo sé, pero por ello creen que soy brujo o algo así... Vaya usted a saber...

—¡Brujo! —exclamó.

No se lo quería creer, pero ciertamente era desconcertante. Esta vez él se puso muy serio. La miró a los ojos y le dijo:

—Mary, eso son habladurías, le he dicho la verdad: enfermaron. Bien sabe Dios que yo no tuve nada que ver. —Paró el carro y la agarró suavemente de los hombros para encararla.

Mary sintió un pequeño escalofrío cuando sus grandes manos se posaron en ella. El calor que emanaban competía con la pasión de su mirada: sincera, clara, segura, tal y como la había visto en el puerto unas horas atrás. Supo que no tenía por qué inquietarse.

—Siempre digo la verdad: soy un hombre honesto, con todas sus consecuencias. Solo quiero tener mi granja al día y formar una familia, como cualquier hombre honrado. No quiero subterfugios y no soy dado a cotilleos: no los escucho. Procuro no hacer juicios de valor con mis vecinos, aunque está claro que ellos no me pagan con la misma moneda. Quiero que mi esposa trabaje junto a mí y me apoye y, por ello, la honraré y la protegeré con mi vida. A cambio pido honestidad y sinceridad. Si algo la asusta o la inquieta, dígamelo. Si tiene algún problema, siempre se puede hablar y solucionar las cosas...

Mary no dijo nada, solo asintió con un gesto de la cara, dando a entender que le daba un voto de confianza. Thomas suspiró, ligeramente aliviado. Estaba harto de justificarse, de que le

mirasen por encima del hombro con la sospecha pintada en la cara como si fuera un criminal. ¿Qué culpa tenía él de que el destino le hubiera arrebatado a sus esposas? ¿Qué culpa tenía él de ser fuerte como un roble e inspirar envidia en aquellos hombres débiles de salud? Estaba tan hastiado, que casi se había convertido en un ermitaño; le daba igual la gente. Si no fuera por la soledad de su hogar y la necesidad de ayuda, ni siquiera se estaría justificando ante aquella chiquilla. Porque eso es lo que era, una chiquilla. La miró un instante y descubrió que, por alguna razón, quería que ella sí le creyese; que no se asustara de las habladurías, que fuera su compañera y su amiga. Quería disfrutar de aquellos ojillos vivarachos y de aquella sonrisa que quitaba el aliento. La esperanza de dejar atrás tiempos tristes empezaba a echar raíces. Tal vez fuera ya hora de sonreír más a menudo.

La soltó, dejando sus manos suspendidas en el aire como si no hubiera querido dejar de sostener sus hombros. Mary se las tomó entre las suyas y las apretó, en señal... «¿En señal de qué?», pensó. Le daba igual: el simple gesto había sido un bálsamo para su alma. Se soltó y recuperó las riendas del tiro de caballos, los arreó suavemente y reanudaron tranquilamente la marcha.

Permanecieron en un incómodo... Incómodo tal vez no sería la palabra; extraño, sí... en un extraño silencio el resto del viaje. El granjero no era un gran conversador: aquella mañana había hablado con Mary más que en mucho tiempo. En realidad, se le daban mejor los animales que las personas. Volvió a observar por el rabillo del ojo a su mujer, que permanecía callada y con semblante serio. La joven se fijaba en todo a su alrededor, sin mirarle a él en ningún momento. Aquel gesto con el ceño fruncido había vuelto a aparecer.

«¡Demonios! ¡Yo no tengo tiempo para pelar la pava con una chiquilla!», pensó irritado. No le quitó la vista de encima. Esta vez se fijó en su cuerpo: estaba ligeramente entrada en carnes, no se podía decir que fuera gruesa en realidad. «Curvas. Tiene curvas», concluyó Thomas en sus pensamientos. Como un reloj de arena. Su pecho era generoso para su edad y aquellas caderas podían dar hijos robustos. Mejor: nunca le habían gustado las mujeres escuálidas. Sintió cierto remordimiento al pensar en sus esposas, que eran bastante delgadas, aunque de manera saludable. No tenían nada que ver con aquella muchacha con formas claramente más definidas; era más baja que ellas, pero no dejaba de tener cierto encanto. Recordó su sonrisa de por la mañana, brillante, encantadora. Sus pensamientos echaron a volar: se la imaginó sonriéndole a él, ligeramente sonrojada, bajo la tenue luz de las velas, en la privacidad de su dormitorio. El pelo, que imaginó muy largo a juzgar por el tamaño de su moño, suelto, cubriéndola lo justo para querer aventurarse a... ¡Dios! Había pasado tanto tiempo... La noche de bodas se abrió paso en su imaginación y tuvo pensamientos demasiado impuros para un hombre temeroso de Dios. ¿Impuros? ¡Qué demonios, era su mujer! Se revolvió molesto en el pescante; una tirantez embarazosa empezó a sacudirle la entrepierna.

4. Un nuevo hogar

Mary no se atrevía a mirarlo abiertamente. No sabía qué pensar, se sentía inquieta. La ponía nerviosa la forma en que la miraba de reojo: los ojos de Thomas reflejaban un arrebatado que en su inocencia no supo reconocer como deseo. Después de todo lo que le había contado, estaba convencida de que era un hombre sincero, pero también resultaba un individuo extraño... Notaba cómo contenía la respiración, como si quisiera evitar su olor, y la manera en que juntaba las rodillas con cierto nerviosismo también le pareció de lo más sospechosa... ¿Serían así todos los hombres?

Para no pensar demasiado se concentró en el paisaje: a medida que se alejaban del poblado se adentraban en un bosque de coníferas, unos árboles de troncos altísimos. El viento frío y seco anunciaba que el verano tocaba a su fin y que se avecinaba un otoño poco benigno. Mary odiaba el mal tiempo a pesar de haber vivido en el inestable Londres. ¿Serían duros los inviernos en su nuevo hogar? Thomas había comentado algo aquella mañana en la tienda de la señora O'Connell, pero no sabría predecir hasta qué punto haría frío. Quizás su marido era friolero y no fuera para tanto... No, no se imaginaba a un hombre tan robusto quejándose del frío. Mientras avanzaban por el sotobosque y se apartaban de la civilización, su intranquilidad crecía. Si ocurría algo y necesitaban ayuda... estaban bastante alejados de Boston.

Desembocaron en un camino de preciosa tierra rojiza bordeado por decenas de olmos que ofrecían una sombra acogedora. Al final de este, una pequeña loma y en lo alto una hermosa casa de madera. Mary sintió un vuelco en el estómago, se sintió emocionada. ¿Sería aquella su casa? Como si le hubiera leído el pensamiento, Thomas la miró de soslayo.

—Ya casi llegamos, Mary. Aquella es nuestra casa: en veinte minutos alcanzaremos la colina. Espero que no esté muy cansada por el viaje y el ajetreo del carro —dijo fría pero cortésmente.

¿Qué le pasaba a aquel hombre? Volvía a parecer molesto, tanto que su actitud cortó de raíz el entusiasmo de la muchacha.

—Estoy bien, gracias —respondió en el mismo tono—. Eh... Thomas...

—¿Sí?

—¿No estamos un poco lejos de Boston? Me refiero... si ocurre una emergencia... ¿no tiene vecinos?

—La granja está menos aislada de lo que parece, a unas dos leguas y media de un pueblo. No suelo visitarlo a menudo, solo para los servicios religiosos o si necesito alguna provisión de última hora. Si soy poco apreciado en Boston, imagínese en un pueblo pequeño. Pero no se apure, no tienen mal corazón del todo: si tiene algún problema le echaran un cable, aunque lo harán con mala cara —dijo aligerando el tono en un amago de broma—. El pastor Smith es un buen hombre, puede confiar en él. Él fue el que se puso en contacto con su amigo para que usted y yo nos pudiéramos casar.

Mary asintió, un poco más tranquila.

Por fin llegaron a su destino. La casa, de madera de pino, tenía un aspecto sencillo y pulcro, bien conservada, aunque ligeramente descolorida en la parte derecha. Mary supuso que era la zona más expuesta al sol durante el día. Su estructura era simple, de planta rectangular, con un par de ventanas en cada fachada y contraventanas de madera. Tenía un pequeño porche y un tejado a dos

aguas en el que se apreciaban dos chimeneas. Mary sintió que se enamoraba de ella inmediatamente.

—Bienvenida a casa, Mary —dijo Thomas con un tono más afable esta vez, mientras la ayudaba a bajar del carro—. Puede echar un vistazo mientras yo descargo.

—Deje que le ayude...

—De ninguna manera. Si quiere hacer algo, en la chimenea hay leña, quizás quiera encenderla. Las noches empiezan a refrescar y no está de más caldear el ambiente —dijo sin mirarla apenas.

A Mary no le gustó demasiado su tono cortante, apremiante, como si una vez en sus dominios no se sintiera obligado a ser cortés. Pero no se amilanó, no quería ser un títere en su propio hogar.

—Muy bien, pero antes echaré un vistazo, como ha dicho usted, si no le importa —dijo alzando la barbilla desafiante.

—Como guste —respondió encogiéndose de hombros.

Thomas suspiró aliviado: necesitaba que se alejara de él. Se había relajado un poco en los últimos minutos de viaje, pero colocar sus manos en aquellas firmes caderas al bajarla del carro y tener su busto a la altura de los ojos le había vuelto loco, había incrementado su deseo casi hasta el dolor. Y aquel olor a jabón de flores, o lo que fuera que usasen las mujeres... Había apretado los dientes, no quería que lo viera así, no era un perverso...

Mary inspeccionó el interior de la casa. Era amplia, pero austera. Desde la puerta principal se entraba a una especie de salita con una alfombra redonda, tejida con tiras de tela, en el centro. Al fondo, una mecedora estaba colocada junto a una chimenea. Mary supuso que era la que tenía que encender. «En fin», pensó, «lo haré luego». Miró a su alrededor, allí no había gran cosa: un reloj de pared y un pequeño estante con dos o tres libros; a la izquierda una puerta y a la derecha dos. Escogió la de la izquierda, que resultó ser la que conducía a la cocina. La cocina estaba muy bien equipada: un fogón de carbón con su horno, varios estantes con una vajilla surtida y diferentes tipos de cacerolas y ollas. A un lado, un armario empotrado que ella supuso alacena, un barreño de metal lleno a rebosar de cacharros sin fregar y sobre la hornilla una cafetera con el fondo quemado y un cuenco con restos que no pudo identificar. Aparte del barreño, la estancia estaba asombrosamente recogida. En el centro, una mesa cuadrada rodeada de cuatro sillas a juego con los estantes le daba un aire muy hogareño.

Mary siguió paseando por la casa: una de las puertas de la derecha daba a dos habitaciones interconectadas que apenas tenían muebles. En la primera, un armario empotrado y un escritorio; otro armario y un gran baúl en la segunda. El único adorno eran unas cortinas amarillentas. Se dirigió a la última puerta, era un dormitorio. Una gran cama de hierro vestida con una preciosa colcha de tonos grises y varios almohadones; otro armario empotrado, mesillas y una cómoda grande. En un rincón vio un biombo recogido y un espejo de pie, como dejados de lado, y junto a estos un perchero con varias toallas colgadas y una estructura de hierro con su jarra y su jofaina de porcelana. «Esta debe ser su habitación», pensó, y de repente cayó en la cuenta... «¡Y la mía!» Aquel pensamiento la inquietó. «¡Dios, hoy es mi noche de bodas!» murmuró llevándose una mano al pecho. Se acordó de los gatos y se sintió palidecer. Thomas era un hombre grande y se asustó, no tenía ni idea de qué esperar esa noche, pero sabía que no iba a ser una experiencia de la que pudiese escapar fácilmente.

Recordó que debía obediencia a su marido, según le repitió el Pastor cientos de veces antes de salir de Londres, así que no tendría más remedio que hacer de tripas corazón. Y permitir que le hiciera «eso», pensó con un escalofrío de repelús. Para alejar esos pensamientos inquietantes de su cabeza siguió recorriendo la habitación con curiosidad. En la mesilla había un vaso de agua y

dos pequeños retratos en sus marcos, que parecían de plata y que, por cierto, necesitaban una buena limpieza. En uno de ellos, una muchacha morena con el cabello pulcramente recogido con una perfecta raya en medio: los ojos negros e inmensos, los pómulos altos, la nariz estrecha y los labios finos. No sonreía, pero tampoco tenía un semblante serio. Su porte era elegante, llevaba una bonita blusa blanca de cuello alto, rematada con un fino encaje y un camafeo del que prendía un delicado lazo de terciopelo negro. El otro retrato era de una muchacha que sí sonreía. Mary se la imaginó pelirroja, no lo podía asegurar, simplemente lo dedujo por la piel blanca y las pecas que rodeaban la nariz. Tenía los ojos muy claros y la mirada traviesa. Su peinado era más desenfadado, aunque también llevaba un moño del que escapaban varios rizos; en general, su aspecto le pareció más natural que el de la joven morena. Le recordó a una escocesa bella, como aquellas que describían en algunos cuentos de hadas. En el retrato, la joven llevaba el mismo camafeo sobre una blusa a rayas, el canesú estaba ribeteado con un pequeño volante que le realzaba el busto. Mary las consideró muy hermosas y elegantes. Eran más esbeltas que ella y seguramente más altas. De repente, por primera vez en sus dieciséis años de vida, fue consciente de su aspecto. Hasta aquel momento aquello le había sido indiferente, más allá del aseo y de su vestimenta bien remendada y planchada. Se vio a sí misma muy simple y redonda y no le gustó la sensación de desazón que la embargó. Se preguntó si su pelo no sería demasiado fino, sus manos demasiado ajadas, su pecho demasiado voluminoso o sus ojos demasiado pequeños. Se vio acariciando una de las fotos, como si quisiera sentir la suavidad de aquel cutis elegante.

—La morena es Sarah y la pelirroja Hannah. Lo siento, debería haberlas retirado. —La voz de Thomas en tono de disculpa sonó a sus espaldas.

Mary se sobresaltó, soltando rápidamente el marco para dejarlo en su sitio. Se sintió como si la hubieran pillado en una travesura, pero Thomas sonrió ligeramente al verla tan azorada.

—Ha sido un gesto de mal gusto por mi parte —añadió al ver la expresión seria de Mary.

Ciertamente había sido un detalle torpe. ¿A qué mujer le gustaría que su marido tuviera recuerdos de sus anteriores esposas delante de sus narices?

—Oh, no, por favor, no es necesario, forman parte de su vida, de su casa...

Ella no quería que él renunciara a sus cosas. ¿Qué de malo había en que tuviera recuerdos de las personas que quiso? Le bastaba con que aprendiera a quererla a ella también... Mary se sorprendió ante ese pensamiento: las circunstancias de su matrimonio no fueron nada románticas, ¿por qué debería quererla? Él había sido claro, quería una esposa que fuera su compañera de trabajo, la respetaría y la honraría. Pero ¿llegaría a amarla? ¿Y ella a él? Ni siquiera se lo había planteado. La habían criado para servir, ya fuera como doncella o como esposa, y nunca se pudo permitir el lujo de pensar en el amor romántico. Aquello era para señoritas que no tenían que sobrevivir por sus propios medios, aquellas cuyos padres tenían haberes para dotarlas. No, aquel matrimonio era por la supervivencia y, sin embargo, no descartaba la posibilidad de que pudiera, con el tiempo, llegar a algo más. La falta de familia en su infancia le hizo anhelar la suya propia, como aquellas que veía cuando iba a misa: una madre cariñosa, un padre recto solo en apariencia y muchos hijos que no se sintieran solos como ella. Thomas la sacó de su ensimismamiento.

—Pronto pondremos el suyo también, entonces. —Mary se escandalizó. ¿Un retrato suyo junto a esas bellezas? ¿Estaba mal de la cabeza?

—¿Pero usted me ha visto? No encajo entre estas dos hermosuras... No creo...

—Pues claro que la he visto —dijo en un tono extraño, sin quitarle la vista de encima. Carraspeó sonrojado, al darse cuenta de lo excesivo de su comentario y de su mirada, y miró a

otro lado—. ¿Cómo no va a pegar un retrato de la señora de la casa en su propia alcoba? — Thomas no sabía qué más decir y se disculpó—. Bueno, he de seguir con los mandados... Ella asintió, viéndolo marchar. Fijó de nuevo su atención en los retratos, con una sonrisa triunfal. «¡Sabía que era pelirroja!», exclamó Mary para sus adentros.

5. Primeras lágrimas

Thomas terminó de colocar todo en su sitio y atendió a los animales que tenía en el establo de detrás de la casa. «Mañana tendré que enseñarle la propiedad a mi esposa», se animó; había pensado en el término «esposa», para empezar a acostumbrarse de nuevo. La verdad es que no sabía cómo sentirse al respecto: después de dos matrimonios debería haberse dado por vencido. La muerte de Sarah le había devastado y aunque no había amado a Hannah, en el amplio sentido de la palabra, su muerte no había sido menos dolorosa. Su carácter alegre llenaba la casa, y de no haber estado enamorado de Sarah, la habría amado más profundamente. Este pensamiento le llenaba de remordimientos. Hannah había sido una esposa devota y que tuviera el papel de segundona a veces le ponía enfermo, pero así eran los sentimientos, libres de toda lógica. Y ahora estaba Mary: una muchacha que había recorrido miles de kilómetros a través del océano para ser la esposa de un hombre más maduro que joven y que básicamente le había dado a entender que la quería de mula de carga... Y ella ni siquiera había pestañeado. Se veía a la legua que lo que quería era un hogar y se juró que un hogar le iba a dar, era lo menos que podía hacer por ella. Solo rezaba porque la diferencia de edad no le diera muchos quebraderos de cabeza. Acabó descartando esa idea; aunque tenía una apariencia fresca y vivaz, había demostrado mucha madurez en las horas que habían pasado juntos. Sí, a pesar de ser joven, era toda una mujer. ¡Y vaya mujer! Su acento británico le resultaba muy seductor, su sonrisa radiante invitaba a besarla, y... esas curvas... Thomas sonrió, no podía esperar a que llegara la noche...

Entró en la casa y encontró a Mary en la cocina, removiendo algo en una cazuela. «Vaya, es rápida, se ha hecho con la cocina en un pispás», pensó orgulloso. Fue a asearse un poco. Cuando terminó se sentó a la mesa de la cocina, donde le esperaba un plato de sopa que desprendía un olor delicioso. Tuvieron una conversación banal sobre el tiempo y la casa, comentaron cómo, poco a poco, ella podría decorarla de nuevo... Él contestó, paciente, a todas las preguntas que Mary quiso hacer sobre la casa, el establo y el granero. Le explicó qué animales tenía, cuántos eran y qué tipo de cosecha trabajaba. Ella le confesó que no tenía ni idea de cómo llevar una granja. Thomas sonrió y la tranquilizó: él le enseñaría todo lo que necesitaba saber.

Terminaron la cena y al ir a recoger la cocina Thomas se lo impidió; debía estar cansada... Mary asintió, estaba más fatigada de lo que pensaba, pero era consciente de que antes de dormir tendría que hacer algo: el momento que tanto temía había llegado.

Sentada en el borde de la cama, con los nervios a flor de piel y aún ataviada con su ropa de viaje, esperaba paciente a que su marido diera el primer paso. Intentaba controlar el temblor de sus manos entrelazándolas en su regazo y su mirada estaba fija en el suelo. No sabía qué debía hacer. ¿Debía desnudarse y entrar en la cama? ¿Esperar a que él hiciera algo antes? No conocía el protocolo a seguir: había oído que los hombres en esos menesteres eran orgullosos y no quería dar ningún paso que pudiera ofenderle, aunque tampoco tenía ni idea de qué era lo que podía hacer que se sintiera ofendido. «Uf, esto es muy complicado», pensó desalentada. Thomas parecía adivinar su zozobra: decidió darle un respiro y no ser demasiado directo:

—Ahí tiene para asearse —dijo señalando la palangana que ella ya había visto antes. Mary se sonrojó. Le parecía muy íntimo que le hablara de su aseo, pero supuso que debería acostumbrarse

a todo tipo de conversaciones con su marido—. Ha sido un día muy largo, me voy un momento para que se ponga cómoda. Estaré en el cobertizo, enseguida vuelvo.

Sonrió aliviada y Thomas supo que había acertado en darle un poco de espacio. En cuanto su marido salió, se apresuró a echar agua en la jofaina y tomó una pastilla de jabón de las que había comprado aquella mañana. Olía muy bien, a flores silvestres y romero. Se lavó la cara y las manos cuidadosamente, aspirando aquel aroma. Ahora que estaba más relajada se dio cuenta de la falta que le había hecho lavarse y sentirse fresca: se había enjuagado rápidamente las manos para cenar, pero ahora era consciente de cómo el polvo del camino se había adherido a su cuerpo. Se llevó las manos al canesú y desabrochó el sencillo vestido: lo había odiado desde que se lo puso. No era coqueta, pero estaba claro que le quedaba grande, ni siquiera le habían dado tiempo a ajustarlo. Cayó a sus pies y, mientras salía de él, miró aquel amasijo de tela a cuadros verdes y blancos: parecía más un mantel que un vestido de paseo. Enfurruñada, lo apartó de un puntapié. Sabía que no le iba a quedar más remedio que aprovecharlo, pero al menos lo arreglaría un poco. Se quitó la enagua, la camisola, las medias y los pololos. Nunca había usado corsé, eso era para las mujeres con posibles, pero nunca le había importado: con su busto habría sido todo un suplicio. Además, a ella le gustaba respirar, pensó divertida. Había visto desmayarse a muchas muchachas en la iglesia en los calurosos días de verano. Y, desde luego, caminar como un pavo orgulloso no era en absoluto su estilo. Cogió una manopla que traía en su bolsa de viaje, colocada junto a los pañuelos bordados que le habían regalado en el Saint Rose, como a todas las alumnas cuando partían hacia el mundo. Poco importaba cuál fuera su destino: siempre tendrían dos bonitos pañuelos de señorita, como decía la señorita Winifred... Sumergió la manopla en el agua jabonosa, sonriendo al volver a sentir aquella fragancia. «Sí», decidió, «este será el olor de mi nuevo hogar». Frotó suavemente sus brazos, codos, piernas y rodillas e hizo hincapié detrás de las orejas, tal y como siempre insistían en Saint Rose. Cuando terminó con las partes más grandes, se lavó de manera más íntima. Una vez aseada pensó en su cabello: era muy tarde para lavarlo y no sabía si Thomas tardaría mucho en volver, así que decidió cepillarlo para sacudir el polvo. Se secó cuidadosamente y se colocó un camisón de algodón fino de buena calidad, de un corte perfecto. Era su gran tesoro, que había mantenido oculto durante meses, cortesía de una doncella que trabajaba en casa de Lady... ni siquiera recordaba el nombre. En cierta ocasión, le había echado un cable para que su señora no la pillara con el novio... Estaba adornado con un sencillo y delicado encaje en las cortas mangas y en el dobladillo. Se deshizo el moño dejando caer una larga y rubia melena ondulada, cogió su cepillo nuevo, el que le había regalado Thomas, y pasó las yemas de sus dedos por las suaves cerdas. «Es tan bonito», pensó Mary... Aparte del camisón, nunca había tenido cosas bonitas, solo prácticas y necesarias. Ni siquiera los cuellos y los puños del regio vestido negro de los domingos, que cambiaba cada semana... Separó su melena en dos y empezó a cepillarla por partes, enérgicamente. Tenía más nudos de lo que era habitual, pero ella los deshizo pacientemente. Si no fuera por el color, que encontraba excesivamente claro, su cabello sería su parte favorita, porque una vez cepillado era suave y abundante. Había estado todo el tiempo de pie, así que cuando sus brazos se cansaron y su espalda empezó a doler, decidió sentarse en un taburete que había junto a la chimenea, de espaldas a la puerta y cerca calor del fuego. Lentamente, empezó a trenzar su cabello.

Thomas dejó pasar lo que consideró un tiempo prudencial. Él también estaba nervioso. Entró en la casa y a medida que se acercaba a la habitación una fragancia a flores y romero le invadió. Sonrió. Había echado de menos esas cosas de mujeres; él se consideraba un hombre aseado, por supuesto, pero jamás hubiera usado un jabón tan oloroso. Dudó entre anunciarse o no, pero le

pareció extraño llamar a la puerta de su propio dormitorio. Suspiró con la mano en el picaporte y simplemente entró, suavemente. Mary estaba de espaldas, inclinada ligeramente hacia delante; su nuca quedaba al descubierto con todo el cabello hacia el frente y el camisón, que supuso desabrochado por delante, caía hacia atrás, dejando al aire parte de la espalda. No se distinguían sus hombros. No era mucho, pero suficiente para que Thomas viera que tenía algunas pecas en la base del cuello... Se estaba trenzando el pelo hacia un lado y pudo ver sus brazos asomando de unas minúsculas mangas: eran esbeltos, bien formados y ligeramente musculosos. Jamás se le ocurriría decirselo a una mujer, por no ofenderla en su feminidad, pero a él le encantaba aquel signo de fortaleza. Maldito vestido que los escondía haciéndolos parecer fofos... Observó con más detenimiento el camisón: parecía de su talla, algo holgado como todas las ropas de dormir, pero se ceñía a sus caderas... «¡Válgame Dios, qué caderas!» Su mirada siguió bajando hacia su trasero, posado en el taburete. La tela se le pegaba como la piel de una cebolla, dejando poco o nada a la imaginación. Impidió a duras penas que un gemido surgiera de su garganta. Tragó saliva y carraspeó. La muchacha giró sobre el taburete sobresaltada. La mirada fija de su marido y aquella expresión felina la hicieron enrojecer. Avergonzada, se volvió de nuevo hacia la chimenea. El calor del fuego y su azoramiento la obligaban a respirar con dificultad. Al agachar la cabeza para tomar aire fue consciente de la poca ropa que llevaba e inmediatamente se levantó escandalizada de sí misma. Se quedó unos segundos en el sitio, quieta, sin saber qué hacer, como un animalillo acorralado, mirando a su alrededor en busca de una vía de escape. La encontró: corrió azorada hacia la cama, subiendo de un salto y se cubrió con las sábanas hasta la nariz.

Thomas la miró entre divertido y molesto, pero no dijo nada. Suspiró, se dirigió al biombo y lo colocó delante de la chimenea, para tener más intimidad, en realidad no sabía si por él o por ella. «Por ella», pensó. A él le hubiera dado igual quitarse los pantalones allí mismo. Se aseó con celeridad. Al salir de detrás del biombo vistiendo su mejor camisa de dormir, se metió directamente en la cama. Cerró los ojos con fuerza y respiró rápidamente varias veces. El simple roce de la cadera de Mary había encendido su pasión. Hacía mucho tiempo desde que estuviera con una mujer; Hannah había fallecido hacía más tres años. Ninguna mujer decente se había acercado a él desde entonces y ni loco hubiera hecho uso de cierto establecimiento de Boston, iba contra sus principios. Alguna vez se había aliviado solo, pero solo en casos de muy extrema necesidad y terriblemente abochornado de sí mismo.

—Mary —dijo con voz ronca.

—¿Mmmm? —contestó ella. Estaba tan nerviosa que apenas le salían las palabras.

—¿Sabes lo que ocurre entre marido y mujer cuando...? —preguntó tímidamente tuteándola por primera vez. La miró embelesado: aquel cuerpo tan sensual debía tener cierto conocimiento. Algunas huérfanas tenían cierta fama en algunos menesteres. Si era el caso de Mary... No es que le hiciera mucha gracia, en realidad ninguna gracia, pero... Apartó aquellos pensamientos, ya se mortificaría más tarde.

Ella sintió el calor de la vergüenza en sus mejillas y orejas. La cercanía de Thomas la hacía sentir fuera de lugar. Un cosquilleo desagradable surgió de sus entrañas, como si algún peligro la acechara y su cuerpo instintivamente se pusiera en alerta. Asintió con firmeza. A Thomas no le hizo falta ni una palabra o gesto más, no pudo contenerse y se colocó sobre ella. El peso de su cuerpo sorprendió a la chica que, sin embargo, no se movió, haciendo exactamente lo que debía hacer según la educación que había recibido. Thomas empezó a besarle el cuello de manera violenta y a frotar su cuerpo contra el suyo. Mary estaba inmovilizada con brazos y piernas aprisionados por el cuerpo de su marido. Aunque se hubiera querido mover, no hubiera podido.

Después de recorrer todo su cuello Thomas buscó su barbilla, que mordió suavemente. No le dolió, pero le pareció sumamente extraño. La besó, primero suavemente y luego con ansias. Mary, en un intento de respirar, abrió la boca y sintió su invasión: la lengua de Thomas, húmeda y caliente, se movía como loca en su boca. Temió ahogarse y justo cuando creía que eso iba a pasar, su marido abandonó su boca para besarle todo el rostro. La barba había empezado a crecer, arañando la pálida y delicada piel de Mary; estaba segura de que las marcas durarían varios días. De repente, Thomas la miró como un auténtico depredador: parecía que sus ojos veían más allá de ella y aquella respiración alterada no era precisamente producto del cansancio. Bruscamente, tiró de su camisón, bajándolo por los hombros, casi rasgándolo; ella contuvo un sollozo. «Mi precioso camisón...», pensó tristemente. Cuando asomaron sus generosos senos, Thomas abrió los ojos como platos, no se los había imaginado tan hermosos, bien formados, turgentes y tan... grandes. Sí, grandes; a duras penas los abarcaba con aquellas manos enormes que tenía. Eran unos pechos capaces de hacer aullar como un lobo en celo a cualquier hombre con sangre en las venas. Murmuró algo lujurioso e inmediatamente pronunció el nombre de Dios en vano. Mary frunció el ceño ante la blasfemia, pero no dijo nada. Thomas besaba sus pechos con avidez, los pellizcaba, los succionaba y los mordía... Mary encontraba todo aquello muy desagradable, aquellas ansias, aquellas malas maneras... Aquello no eran caricias, era un magreo obsceno en toda regla, pero aguantó estoicamente. Thomas, sin incorporarse del todo, subió el bajo de su camisón y ella sintió sus grandes y calientes manos abriéndose camino: sus rodillas, sus muslos, sus caderas... Quedó expuesta. Si la vergüenza quemara, Mary habría muerto calcinada. Thomas separó sus piernas con la rodilla y ella soltó un gritito, sobresaltada, cuando sintió un bulto duro apoyado «ahí», justo donde se unían sus piernas. Apenas tenía conocimiento de la anatomía masculina, pero estaba casi segura de lo que era aquello. «Gatos». Maldita sea, ¿por qué acudió aquel pensamiento a su cabeza? Se enfadó consigo misma. En aquel momento no necesitaba recordar aquella imagen que le aclaraba dónde iba a terminar aquella cosa, dentro de dónde... La sangre huyó de sus mejillas, ¿«eso» iba a entrar «ahí»? Thomas lo interpretó como invitación y en su excitación la penetró con mucha más fuerza de la pretendida. El ansia por llegar a su destino le hizo olvidar la ruta. Mary sintió un dolor lacerante, desgarrador. Escocía como si le hubieran clavado un cuchillo romo de un golpe seco. Se sintió como si la hubieran partido en dos. Un grito surgió de su garganta sin permiso. Thomas no lo oyó, obcecado por su tarea. Tampoco lo hubiera interpretado como un lamento de dolor... Mary se sintió ignorada: cerró los ojos, llena de resignación, y apretó los dientes. Aquello que había empezado con un sollozo y un lloro tibio se convirtió en un auténtico mar de lágrimas. Soportó una, dos, tres, y a la cuarta embestida no fue capaz de aguantar más aquello e intentó empujarlo... Era como intentar empujar una pared...

—¡Thomas, por favor! —los gemidos de él ahogaban sus súplicas.

—¡Thomas, Thomas! ¡Por favor! —suplicó alzando la voz, entre lágrimas. Por fin la oyó. Pestañeó saliendo de su trance y miró a su esposa. ¡Estaba llorando!

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué pasa? —Vio la cara de dolor y susto de Mary y maldijo entre dientes—. ¿A qué viene esa cara? ¿No habías dicho que sabías...?

—Me lo explicaron con gatos —le cortó con un balbuceo, entre hipidos, sintiéndose estúpida al decirlo en voz alta.

—¿Con gatos? —tronó él, separándose de ella como precisamente un gato huye del agua. Se llevó las manos al cabello intentando asimilar aquella información. Se giró hacia su esposa que lo miraba asustada, absolutamente inmóvil.

Tenía un aspecto lamentable: despeinada, con la cara, el cuello y los hombros llenos de

rojeces; el busto y la entrepierna expuestos a pesar de que había encogido púdicamente las piernas para intentar ocultar su vello. Bajó la mirada hacia la cama y vio una mancha de sangre en las sábanas. No se había fijado en las piernas de Mary antes, pero ahora observó el reguero rojo que manchaba el interior de sus muslos... Hasta él sabía lo suficiente de intimidad femenina para entender que aquello no era un sangrado mensual llegado de improviso. Un sentimiento de culpa se apoderó de él. Tuvo que reconocer que había sido un poco bruto, que había perdido el control... Pero ella debería haberle dicho algo, advertirle... «¡diantres!». La culpabilidad se transformó en un enojo irracional.

—¿Por qué demonios no me dijiste que eras virgen?

Ella se sintió desconcertada por la pregunta.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? —Tartamudeó cada vez más perdida—. Se supone que tú deberías haberlo dado por hecho —le tuteó ella esta vez.

—¿Pero te criaste en un orfanato de Londres! —insistió él—. Supuse que tal vez tú...

—Yo ¿qué? —Mary ya no estaba asustada, le miraba con recelo.

Él tragó saliva.

—Tu madre fue...

Thomas se dio cuenta del gran error que había cometido al pronunciar esas palabras al ver la cara de Mary. La furia se había apoderado del joven rostro, rojo de ira en aquellos momentos.

—¿Cómo te atreves, Thomas Longfellow? ¿Para ti todas las huérfanas somos fulanas? ¿Crees que se heredan los oficios?

Mary nunca había estado muy segura de en qué consistía el oficio de su madre, lo intuía, pero sabía de cierto que era un insulto que se la comparara con ella. Después de aquella noche ya no le cupo ninguna duda de qué hacía su madre por dinero. Se levantó de la cama hecha una furia, empezó a dar vueltas por la habitación intentando calmarse, pero no lo consiguió. En un arrebato, cogió la jofaina y se la arrojó a su atónito marido que apenas tuvo tiempo de esquivarla.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡No quiero verte!

—Mary... —suplicó él.

Como respuesta vio cómo volaba una jarra a dos centímetros de su cabeza. Ella tenía sobre su cabeza el taburete, preparado para ser lanzado.

—¡Que te vayas!

Thomas aceptó su derrota, cogió su ropa y salió de la habitación. La escuchó llorar y se le encogió el corazón. No tenía ni idea de cómo deshacer aquel entuerto.

6. Obligaciones

Mary lloró desconsolada. No sabía qué le dolía más, si la punzada entre las piernas o el hecho de que la hubiera comparado con su madre, o con lo que su madre representaba... Por alguna razón, nunca pudo odiarla. ¿Qué sentido tenía odiar a una persona a la que no había conocido?

El desamparo que sentía por no saber nada de la vida la hizo sentirse vulnerable. ¿Sería siempre así? ¿Ese era el sino de la mujer? ¿Sufriría dolor cada vez que su marido se acercara a ella? Por primera vez sintió piedad por su madre: en el orfanato su figura había sido constantemente demonizada por las tutoras. «Era una pecadora impúdica, está ardiendo eternamente en el infierno». «Has tenido suerte de caer en las bondadosas manos del pastor». «Tienes que agradecer al Altísimo que no te haya arrastrado al pecado». «Siempre es preferible pedir limosna o morir de hambre antes que dedicarse a ese abominable oficio» ... Recordaba las frases que le repetían una y otra vez. «Se dejaba sobar por hombres infectos y borrachos, es asqueroso», le decían sus compañeras mayores. «Disfrutar de “eso”. ¡Qué vergüenza...!». Las palabras resonaban en su cabeza, como de costumbre, como un soniquete rutinario al que se acabó acostumbrando, pero ahora tenían otro matiz. Ya no le afectaba el odio con el que eran pronunciadas. Por primera vez pensó en su madre como un ser humano: era pobre, estaba desamparada, hambrienta y desesperada...

¿Tendría ella que pasar por ese calvario día tras día? No tenía sentido... Ella había visto parejas felices a diario, en la iglesia, paseando, en las tiendas... En conversaciones ajenas que cogía al vuelo, oía a esposos que hablaban sobre sus esposas con ternura y a mujeres que adoraban a sus esposos... ¿Era solo una fachada? ¿A eso se referían las mujeres mayores cuando hablaban del sino de las esposas?

Con estos pensamientos y cansada de llorar, se quedó dormida.

Thomas entró de malas maneras en el establo, pateando el suelo de arena con sus pies descalzos, dando vueltas de un lado a otro, despotricando contra sí mismo. Se sentía un canalla. ¡Por el amor de Dios, solo tenía dieciséis años! Tenía que haber sido más cuidadoso, más precavido, haberla tanteado un poco y no dar por supuesto que sabía más de lo que debería saber, tan solo por venir de un orfanato, pero... ¡Demonios! ¡Qué iba a saber él! El pastor Smith le dio a entender que, por venir de dónde venía, quizás no fuera tan señorita cómo cabía esperar. Lanzó una maldición. ¡Condenado pastor, que le nubló la vista! «¡Si solo hay que mirarla a la cara para ver lo inocente que es!», pensó, recordando su sonrisa y el entusiasmo con que miraba la casa como una chiquilla con zapatos nuevos. «¡Diantres y mil veces diantres!» «¡Tenía que haber sido más delicado!». Pero cómo iba a caer él en aquellas delicadezas en semejante momento...

Había estado casado dos veces, cierto, pero había asuntos de mujeres que no controlaba. Sabía que entre ellas hablaban de sus cosas, pero él huía de esas conversaciones como de la peste. Sarah, que por supuesto era virgen cuando se casaron, había tonteado con él desde niña. Había crecido en el campo y los animales le habían dado cierto conocimiento y, por supuesto, su madre la había preparado para su noche de bodas. Hannah era viuda, así que no tuvo mucho que temer tampoco. Nunca había necesitado ser delicado, es más, no era nada delicado. No le extrañaba que lo hubiera echado con cajas destempladas del dormitorio... desde luego su esposa no estaba falta de carácter. Sin embargo, lo que más le atormentaba, no era el dolor físico que le

había ocasionado. Al fin y al cabo, perder la virginidad era un trago que tarde o temprano tendría que pasar su mujer y con la actitud adecuada, sería fácilmente perdonable... No, no era eso lo que verdaderamente le angustiaba. Lo que no se perdonaba era haber cometido la torpeza de compararla con su madre: ni siquiera se había detenido a pensar en sus palabras, simplemente salieron sin permiso de su garganta. El desconcierto y el dolor que reflejaban sus ojos nada tenían que ver con el sufrimiento físico y aunque ella lo había disfrazado de furia, sabía lo mucho que la había lastimado. «¡Por todos los demonios, vaya lío he armado! ¡Tenía que haberme quedado solo!», pensó pateando el heno, furioso. Agotado, se sentó en una bala. «¿Solo?» Sacudió la cabeza ante tal pensamiento al recordar la preciosa sonrisa de Mary, sus andares elegantes, su mirada risueña y su determinación... Derrotado, suspiró, se levantó abatido y fue a por la única botella de licor que tenía. Hacía años que no bebía, desde la muerte de Sarah. Ni siquiera cuando falleció Hannah la había vuelto a tocar, pero realmente necesitaba un trago para enfrentarse a lo que le deparaba el día siguiente. Solo deseaba que, al menos, le dejara disculparse y que no quisiera regresar en el siguiente barco que zarpara hacia Londres.

A la mañana siguiente brillaba el sol, pero un viento frío amenazaba con lo que prometía ser un bonito día de otoño. Thomas había pasado una mala noche en aquel establo: el frío que se colaba por las rendijas se le había pegado a los riñones y la resaca monumental que sufría junto a la falta de sueño se acusaban en su rostro. El dolor de cabeza no tardó aparecer; le pitaban los oídos y le dolían todos los huesos. Entró receloso en la casa y parte de su malestar se desvaneció: le recibió un agradable calor que templó sus huesos, un maravilloso olor a café recién hecho llegó desde la cocina y el sonido del beicon y los huevos repiqueteando en la sartén le abrieron el apetito. Sin embargo, lo que hizo rugir sus tripas estrepitosamente fue el aroma a pan recién horneado. No entendía nada. ¿No se suponía que estaba enfadada? «¡Que me aspen si entiendo a las mujeres!» Entró en la cocina: una taza de humeante café le esperaba encima de la mesa, junto a unos cubiertos y a una servilleta doblada con esmero. ¡Si hasta había un ramillete de flores en el centro! Instintivamente se sentó intentando descifrar la situación, preguntándose si debía recelar o no. Mary seguía cocinando, de espaldas a él. Llevaba el pelo pulcramente recogido en una trenza, parecía una espiga de trigo larguísima que terminaba bastante por debajo de su precioso trasero. Tarareaba una bella melodía con su preciosa voz y Thomas se sorprendió: su joven esposa estaba resultando un dechado de virtudes. Sonrió de oreja a oreja ante aquella escena hogareña, era exactamente lo que había estado deseando desde hacía mucho tiempo. Se reclinó en el respaldo de la silla, con los brazos detrás de su cabeza y muy pagado de sí mismo.

Mary se dio la vuelta y su semblante serio hizo que Thomas perdiera todas las esperanzas de empezar el día con buen pie. Llevaba dos platos en la mano, colocó uno frente a él con un movimiento seco y otro delante de ella de manera más delicada, y antes de que Thomas pudiera decir nada, cruzó las manos y empezó a bendecir la mesa. Thomas replicó con un tímido «amén» cuando ella acabó. Carraspeó.

—Mmm, Mary... —Realmente no sabía qué iba a decirle.

—Ajá —replicó sin mirarlo.

—He sido un maleducado, no te he dado los buenos días... —intentó iniciar una conversación civilizada.

—Buenos días, Thomas. Come, que se enfría —le cortó secamente.

Él suspiró, pero no dijo nada, simplemente bajó la mirada hacia su plato. Desayunaron en silencio, ambos se sentían incómodos, y cuando ella se disponía a levantarse para recoger, Thomas la cogió de la muñeca para detenerla.

—Mary... de veras que lo siento. No fue mi intención decirte aquellas cosas tan horribles, ni lastimarte... —A pesar de su tono sincero, Mary no hizo ningún gesto.

—Está bien, Thomas, acepto tus disculpas —el tono neutro de sus palabras crispó a su marido.

—Mary, si no vas a ser sincera aceptando mis disculpas, no lo hagas. Si estás enfada conmigo, dímelo, lo hablamos y lo solucionamos, pero no me agasajes con un buen desayuno y con una escena de buena esposa para zanjar el asunto.

—¡Es que soy tu esposa, parece que te cuesta entenderlo! ¡Tengo deberes para con mi esposo! ¡Lo de anoche no volverá a pasar! Me pilló por sorpresa, eso es todo... No debí lanzarte aquellas cosas, lo siento —dijo alzando la barbilla orgullosamente, cuadrando los hombros y soltándose bruscamente de las manos de Thomas.

Él se levantó furioso.

—¿Deberes? ¡Yo no quiero ser la obligación de una chiquilla!

Ella, lejos de acobardarse, se encaró con él.

—¡Thomas Longfellow! ¡Seré una chiquilla ante tus ojos, pero soy tu esposa y actuaré como tal, así que, asúmelo! —dijo golpeándole repetidamente con el índice en el pecho.

—¡Pero eso no es lo que quiero!

—Entonces, ¿qué demonios quieres? —gritó exasperada, alzando los brazos al cielo—. ¿Qué me vuelva a Londres y traerte otra mujer mayor que yo?

—¡No! Quiero... —ni siquiera sabía qué decirle en ese momento— ir a revisar las vallas de la propiedad... ¡se acerca una ventisca! —improvisó.

Muy alterado, salió de la casa dando un portazo, dejando a Mary más desconcertada de lo que había estado nunca en su vida.

Thomas estaba furioso. Daba zancadas sin rumbo y farfullaba sin cesar... Se había disculpado, ¿qué más quería? Él quería una familia, pero no por obligación. Con Sarah era un hecho evidente y con Hannah, aunque no estaban enamorados, llegaron a respetarse y a tenerse un gran cariño, y los hijos hubieran sido el siguiente paso. Ninguna de ellas se sintió obligada a acostarse con él y no quería sentirse un sinvergüenza por obligar a Mary a ello.

Debía haber imaginado que una esposa a distancia no tenía por qué venir bien dispuesta... Maldito pastor, ¿qué ideas le habría metido en la cabeza a la pobre muchacha? Tal vez sería buena idea que volviera a Londres, pero cuando ella lo sugirió había descubierto que no quería que se fuera... ¿Se habría enamorado en tan solo un día? ¿Tendría tanto poder una sonrisa? Siempre había sido escéptico ante la idea del flechazo y del amor a primera vista, no se podía sentir algo tan profundo en tan poco tiempo..., pero sí estaba seguro de que no quería que Mary se marchara... ¿Le habría embrujado? «¡Thomas Longfellow!», se recriminó a sí mismo, «¡deberías arrancarte la piel a tiras por habésete ocurrido tamaña tontería!»

7. El paseo

Mary se había quedado de piedra; no entendía nada. Si no actuaba como esposa Thomas se enfadaba y si lo hacía, también. Nunca hubiera imaginado que estar con un hombre fuera tan complicado. No sabía cómo enfrentarse a aquella situación y decidió dedicarse a hacer algo que le resultase conocido. Se remangó, cogió los utensilios de limpieza y se dispuso a limpiar la casa. Recogió la cocina, limpió los dormitorios, cambió las cortinas y enceró los suelos. Una vez hubo terminado, aunque cansada, no sintió la necesidad de sentarse: algo en su interior la hacía sentirse incómoda. Tal vez fuese la soledad de la casa...

Pensó en ello y descubrió que, por primera vez, no soportaba la idea de sentirse sola. En el orfanato no le había importado, no se sentía atada a nadie más que al pastor, por el que sentía un profundo respeto y devoción; y ahora, pensó, lo estaba defraudando... Tal vez ella no era la esposa devota que él hubiese esperado... No pudo soportar aquel pensamiento encerrada entre cuatro paredes: se abrigó y salió a dar un paseo por los alrededores. Descubrió que su nuevo hogar era una tierra hermosa, con preciosos árboles y verdes prados; los pájaros trinaban, componiendo mil melodías diferentes, y los campos perfumaban el aire. Aspiró con deleite. No lograba identificar todas las plantas y la mayoría de las flores le parecían extrañas, pero no le importó: seguro que habría un libro para aprender sus nombres. «Siempre hay un libro», solían decir en el Saint Rose.

No quería perderse. Seguía un sendero claramente marcado, cercano a la casa, para no alejarse mucho. No había andado demasiado cuando divisó dos lápidas bajo un robusto árbol de frondosas ramas. Pensó que aquellas hermosas hojas marrones y rojizas pronto caerían... Las losas de las tumbas estaban rodeadas de una pequeña cerca de hierro forjado pintada de negro, con algunas manchas de óxido. Estaban muy cuidadas y antes de acercarse estuvo segura de saber a quiénes pertenecían. Abrió la pequeña verja y se acercó, despacio. Sus pasos hacían crujir la hierba seca y ramitas que sentía mullidas bajo sus pies, como si se tratara de una alfombra. Se detuvo frente a las sepulturas en actitud solemne, sintiendo el deber de presentar sus respetos. Las dos lápidas eran prácticamente iguales, de una piedra grisácea y tosca pero bien cortada, con una inscripción similar tallada en cada una de ellas. «A mi bien amada esposa Sarah Longfellow», «A mi bien amada esposa Hannah Longfellow», ponía en ellas, con sus respectivas fechas de nacimiento y muerte. A simple vista no había nada más, sin embargo, Mary pudo percibir las diferencias entre ellas: amor hacia una y respeto profundo por la otra. ¿Llegaría Thomas a amarla como amó a Sarah o al menos a respetarla como hizo con Hannah? Solo era una chiquilla ante sus ojos. «¿Es que no se da cuenta de que la vida me ha hecho madurar antes?», se preguntó. «No soy como esas damitas a las que se presenta en sociedad en busca de un marido noble». La vida en un orfanato de Londres, aunque fuera el mejor de todos ellos, no era fácil. Desde muy joven supo cuál era su sitio, sabía de sobra que no podía andarse con remilgos. Ese pensamiento la entristeció: de verdad quería hacerlo bien con Thomas. Cuando lo vio en el puerto con aquella mirada franca y segura, todos los miedos que traía en el barco se disiparon. Tal vez fuera un poco tosco, pero su sonrisa tímida le anticipó que era un buen hombre, además de guapo, realmente guapo. Nunca se había parado a pensar en el aspecto físico que tendría su futuro marido, pero la agradable sorpresa que se llevó al verlo en el puerto no tuvo precio. «No sería lo mismo tratar

con un hombre antipático y feo, que con uno antipático y guapo, así que eso es un punto a su favor», se rio como una tonta para sí misma. Recuperó la seriedad y se arrodilló junto a las lápidas, cerrando los ojos para rezar por aquellas mujeres. Al terminar, se levantó y se sacudió las faldas.

Se dio la vuelta para alejarse, cuando de pronto topó contra una mole. Sorprendida, levantó la vista: era un hombre joven, muy fornido y alto, su pelo negro estaba completamente revuelto y su cara curtida por el sol. Mostraba una sonrisa bobalicona. Iba descalzo y vestía un mono vaquero y una camisa a cuadros, viejos, pero pulcramente remendados y limpios. Mary retrocedió asustada, ahogando un gemido. Él estiró el brazo: llevaba dos ramilletes de flores silvestres. Mary gritó ante aquel gesto, pensando que la iba a atacar; el joven también se asustó, tropezó y cayó al suelo levantando la hojarasca bajo su gran peso.

—¡Mathew! ¿Qué te tengo dicho? ¡No te acerques a los desconocidos por la espalda, puedes asustarlos! —gritó una voz de mujer.

—Flores de Hannah y Sarah —se quejó el muchacho, como si aquello justificara cualquier cosa.

—Sí, ya sé que quieres ponerles flores, pero has asustado a la señorita —insistió en tono paciente.

Mary alzó la vista para ver de dónde provenía la voz, cuando de detrás de un árbol apareció una mujer algo extravagante.

—¡Discúlpate, vamos! —El muchacho se levantó torpemente, sonriendo tímido.

—Siento *ucho, s'ñorita*—dijo con una breve inclinación de cabeza. Mary no se había percatado de que el muchacho era retrasado; odiaba esa palabra, pero no sabía decirlo de otra manera. Sonrió dulcemente.

—No pasa nada, ha sido un incidente sin importancia, señor... ¿Mathew? —él asintió feliz al comprobar que recordaba su nombre.

—Así me gusta, Mathew. Hay que ser educados con la gente y más si no la conocemos...

Mary observó a la mujer: tenía una voz agradable y unos ojos risueños. Su mirada era amable y maternal, o así se lo pareció, puesto que miraba a Mathew como las madres de Londres miraban a sus hijos en Hyde Park. Tendría unos sesenta años, vestía una falda marrón que le quedaba algo corta y que había pasado tiempos mejores. Bajo el dobladillo asomaban unos pantalones grises de caballero, remangados hasta los tobillos, dejando ver unas botas casi tan viejas como ella. Para completar el conjunto llevaba una chaqueta, también de hombre, de color verdoso, amarrada con un ancho cinturón de cuero. Sus manos estaban cubiertas por unos mitones de lana de un rojo brillante. El pelo, rizado y muy voluminoso, tenía un precioso color gris y algunos mechones estaban atados para apartarlos de la cara.

—Disculpe, señorita. Soy Agnes Sinclair y ese grandullón de ahí es mi hijo Mathew. Como habrá podido observar es un niño con cuerpo de hombre —dijo con un tono de disculpa— y no le haría daño a una mosca...

Mary sabía que no debía fiarse de extraños, pero había algo en aquella mujer que la hacía sentirse cómoda.

—No se preocupe, señora, me asusté porque no me lo esperaba. Se ve que Mathew es todo un caballero —dijo, dirigiéndose amablemente al muchacho.

Agnes agradeció aquel gesto educado. Pocos eran los que se dirigían a su hijo en términos bondadosos: en general lo ignoraban, si no lo trataban con lástima.

—Me gusta —dijo Mathew sonriendo de oreja a oreja a su madre.

Ella asintió sonriente, con una expresión que parecía querer decir «a mí también».

—¿Qué la trae por aquí, señorita? Sin duda ese bonito acento la delata: no es usted de aquí. ¿Qué hace una inglesita tan amable tan lejos de su país? —preguntó amablemente Agnes.

Mary dudó un segundo: no dejaba de ser una desconocida, pero algo en sus ojos, como en los de Thomas, la impulsaba a confiar en ella. De todas maneras, prefirió no ser muy clara.

—Vine dando un paseo —señalando con la cabeza por donde había venido—, vivo por ahí.

Agnes frunció el ceño.

—Por ahí solo está la granja de Longfellow.

—Cierto, es mi marido. Me llamo Mary Longfellow.

El semblante de Agnes mudó su expresión. Mary no supo interpretarla: extrañeza, incredulidad, preocupación... Leyó en aquel rostro un cúmulo de sentimientos, quizás no tan negativos como los de las gentes de Boston, pero sí inquietantes.

—¡Por todos los demonios! ¡Lo hizo otra vez! ¡Se ha vuelto a casar! —exclamó. Y luego añadió para sí, «mi pobre niña».

De nuevo aquel tono de lástima...

Miró a Mary de nuevo y frunció el ceño como sopesando alguna idea. Un brillo que pareció de esperanza cruzó su mirada, dirigió la vista hacia las sepulturas y luego al cielo. «Esta parece decidida y nada asustadiza... puede que lo consiga», dijo hablando consigo misma.

Mary estaba confundida.

—Disculpe... pero ¿qué está murmurando? —Agnes salió de sus divagaciones, sonriendo a la muchacha.

—Oh, no se preocupe por las cosas de una vieja loca... —y se giró para marcharse.

Mary salió corriendo del pequeño cementerio para alcanzar a la mujer, tomándola rápidamente por el brazo.

—¡Espere, señora Sinclair! ¿Qué conseguiré?

Agnes se dio la vuelta soltándose suavemente. Una vez cara a cara, la cogió de las manos, y suspirando le dijo:

—Escuche, mi niña —Agnes se negaba a llamar señora a aquella chiquilla delicada—, conozco a Longfellow desde que iba en pañales. Es muy buen hombre, lo digo de corazón, pero lleva una carga encima que solo él y usted pueden aliviar. El gran problema es que es muy escéptico en una tierra de brujas, y eso no es bueno...

—¿Qué quiere decir...? —aquella mujer era todo un enigma.

—Mmm... nada. Bueno, debo irme. Ah, una cosa más. Longfellow no me tiene mucho afecto... viejas rencillas, pero si alguna vez necesita ayuda, cualquier cosa, no dude en pedirla. Somos vecinas y por aquí escasean los vecinos. Bueno, debería decir, los buenos vecinos.

—¿Qué quiere decir? —repitió Mary. Agnes la ignoró, señalando en una dirección.

—¿Ve ese camino junto a los árboles? Todo recto, a unos veinte minutos, está mi casa. De hecho, si no hubiera tantos árboles, sería capaz de verla desde aquí —y bajando la voz, con cara pícara y en actitud de quien va a desvelar una confidencia—, no le pido que engañe a su esposo, por supuesto... pero no tiene por qué enterarse si viene un día a tomar el té a casa... ¡Vamos, Mathew! —dijo elevando la voz.

Mathew se despidió con un ademán y una sonrisa franca. Se fueron por donde habían venido, dejando a Mary con un palmo de narices. ¿Qué había sido aquello? se preguntó la muchacha. ¿Estarían todos así de locos por esas tierras? Se encogió de hombros y volvió a casa.

—¿Dónde has estado? —gritó enfadado Thomas.

Mary, que en un principio se encogió ante tal arrebató, se irguió rápidamente levantando la barbilla desafiante: se había propuesto no alterarse ante los cambios de humor de su marido.

—Dando un paseo —dijo en tono neutro, como si aquello fuera una rutina.

—¡Pero es peligroso, no conoces los alrededores!

—Pues salir es la mejor forma de conocerlos —respondió pausadamente, usando el tono paciente que se usa para enseñar a un niño.

Él seguía enfadado. Mary empezaba a desconcertarse, no entendía el porqué de tanta ira. Él la cogió firmemente de los hombros y la zarandó.

— ¿Dónde estabas? —repitió en un tono de voz más bajo, casi amenazante.

—¡Thomas! —no le hacía daño, pero no estaba dispuesta a que la tratara así, tan rudamente.

No se sentía especialmente amenazada, los ojos de Thomas no expresaban violencia, más bien tormento. Se removi6 para intentar soltarse. Él pareció salir de un trance al oír la llamarle la atención, miró sus manos posadas en los hombros de Mary y como si no creyese lo que había hecho, las retiró como si estuvieran cogiendo un hierro candente. Suspiró, pasándose la mano por el cabello, la miró y dijo abatido:

—¿Es que no lo ves? —su voz era un susurro.

—¿Ver qué? —cada vez entendía menos.

—¡Me has dado un susto de muerte! Cuando no te he visto... pensé que te podría haber pasado algo, iba a buscarte cuando has entrado por la puerta.

—Oh, Thomas, lo siento mucho. No era mi intención preocuparte. Debería haber dejado una nota... —dijo arrepentida de haberle asustado sin necesidad. Ni siquiera había pensado en esa posibilidad.

Él suavizó su actitud, el alivio se tradujo en sus gestos.

—Mary, siento haberte gritado. No llevo muy bien la incertidumbre... Cuando esta mañana te dejé tan disgustada, pensé... —Thomas sopesó si debía seguir hablando o no, optó por callar. Pero ella insistió:

—Pensaste, ¿qué?

—Pensé que habrías hecho alguna chiquillada.

Esta vez fue ella la que gritó de rabia.

—¡Pero bueno! ¿Vas a estar con esa cantinela todo el tiempo? Sí, tengo dieciséis años, casi diecisiete, ¿y qué? ¡Eso no me hace ser boba, ni estúpida, ni temeraria! ¡Por el amor de Dios! ¡Solo ha sido un paseo por una cañada a treinta minutos de casa! ¡No iba a lanzarme por un barranco!

Thomas bajó la cabeza, no había querido discutir, pero realmente había temido por ella. La cogió de las manos.

—Lo siento, Mary, pero contigo me ha nacido un sentimiento protector que no va a ser fácil de desechar.

Mary pensó que era una de las cosas más bonitas que le habían dicho y al menos, era un inicio en la relación con su marido. Tragó saliva y, tartamudeando, dijo un tímido «no pasa nada».

Thomas sonrió, con aquella maravillosa sonrisa que era capaz de pararle el corazón. Se sonrojó. Aún no se creía que aquel hombre tan atractivo pudiera ser su marido.

—Bien, y ¿qué tal el paseo de mi mujercita? —Mary casi se derrite ante aquel apelativo cariñoso.

—¡Oh, Thomas, este lugar es precioso! ¡Los árboles son altísimos! ¡Todo huele maravillosamente bien! ¡Y el Sol brilla! ¡Y hay muchos pájaros! Y animalillos que no he visto

nunca... aunque, ahora que lo pienso, apenas había visto más animales que gallinas, patos perros y... gatos... —al nombrar a estos últimos, se sonrojó. Thomas soltó una carcajada ante su azoramiento. Ella le dio un manotazo.

—¡No te rías, malvado! —le acusó, intentando disimular una sonrisa.

Él, entre risas, le dijo:

—Disculpa. Continúa, por favor...

—He visto sus tumbas... —poniéndose seria.

—Mary... eso, no puedo...

—Oh, ya lo sé. Les he mostrado mis respetos y he rezado por ellas, espero que no te importe...

Thomas no salía de su asombro. No solo demostraba que no le molestaba que hubiera estado casado, sino que respetaba la memoria de sus esposas.

—¿Cómo me va a importar? Es más, me quitas un peso de encima, Mary. Tú eres mi esposa ahora y yo te respetaré toda mi vida, pero ellas forman parte de mi pasado y no las puedo obviar.

«Te respetaré» ... Mary se sintió un poco decepcionada ante aquella afirmación: ella quería amor, pero se tendría que conformar con el respeto de su marido.

Thomas malinterpretó su pesar.

—De veras, Mary, no pasa nada. Creo que te hubiera gustado conocerlas, eran muy agradables, cada una a su manera... —De pronto, Thomas entendió que era del todo inapropiado hablarle de sus esposas a Mary. Estaba recién desposada, por muy matrimonio de conveniencia que fuera... ¡Por todos los demonios! ¿Por qué siempre estaba metiendo la pata?

Mary lo miró divertida. Su marido se había dado cuenta de su error y el bochorno se reflejaba en su cara. Decidió tomarle un poco el pelo.

—No creo que hubiera sido una ventaja para mí conocerlas... me hubieran privado del placer de ser la señora del guapo Thomas Longfellow. Hubiera sido una pena, ¿no crees? —fingiendo un puchero y guiñando un ojo, como había visto hacer a algunas doncellas con sus novios.

Thomas enarcó las cejas, sorprendido. ¿Estaba coqueteando con él? Ahora le tocó a él sonrojarse: ninguna mujer le había hecho un cumplido fuera de la intimidad de su dormitorio. Solo alguna vez había recibido miradas furtivas, alguna bajada de ojos o una sonrisa tonta. Mary no pudo más que reírse al ver el apuro que estaba pasando su marido.

—Vaya, señor Longfellow... ¿tiene calor? Se ha puesto usted muy rojo de repente —le dijo continuando la broma.

Él carraspeó, tragando saliva dificultosamente.

—¿Vas a seguir contándome tu paseo, o qué? —preguntó con voz ronca.

Mary dudó un segundo, no sabía si debía contarle que había conocido a Agnes o no. Él se dio cuenta de su vacilación.

—Mary...

—He conocido a alguien... —él se tensó, ella se mordió el labio.

—¿A quién? —preguntó con cierta brusquedad.

—A la señora Sinclair y a su hijo Mathew. —Y agregó apresuradamente—: sé que no te gustan mucho, pero yo la he encontrado encantadora y ha sido muy amable conmigo. Es un poco rara, pero no creo que sea mala persona, y Mathew, a pesar de ser una mole, no es más que un niño, no creo que quiera lastimarme...

—Mary...

—Oh, Thomas, de veras no creo que sea un peligro, tú la conoces mejor que yo, claro... Pero, parece una abuelita... —Thomas le puso un dedo en la boca para que callara.

—Mary... shhh. Es cierto que no me llevo bien con Agnes y Mathew puede ser un peligro, no mide sus fuerzas. —Mary iba a protestar, pero Thomas hizo ademán de callarla—. No es mal chico, pero... En fin, que no me gustaría verle rondándote. Pero si no conseguí que Sarah y Hannah se apartaran de él, algo me dice que contigo ni lo intente... —suspiró resignado—. En cuanto a Agnes, en el fondo es buena mujer: cuida de su marido y de su hijo como una gata en celo, pero no quiero que te llene la cabeza de fantasías. Tiene la manía de contar leyendas absurdas a gente crédula.

Mary frunció el ceño malhumorada. Ni que fuera boba y se creyera cualquier cosa...

—Puedes ser una buena vecina, pero no te dejes influenciar por sus cuentos de brujas y maldiciones. No vayas a su casa a menos que sea estrictamente necesario, prométemelo.

—Pero...

—¡Prométemelo!

—Pero... —insistió ella.

Él alzó las manos exasperado.

—¡Mary, si no quieres que te trate como a una niña, no refunfuñes como si lo fueras!

—Está bien, te lo prometo —aceptó a regañadientes.

Él suspiró aliviado.

—Bien, ahora a trabajar, mujer —dijo en tono burlón. Tienes un marido hambriento al que atender —añadió guiñándole y dándole un manotazo cariñoso en el trasero.

Ella se puso roja como un tomate, pero no dijo nada, saliendo silenciosamente hacia la cocina. Su marido la observó con una sonrisa de oreja a oreja: le gustaba verla sonrojada.

8. Lecturas

Cenaron en un silencio apacible, ella aún estaba sonrosada por el cachete que él le había dado y Thomas la observaba: le encantaba ver esa elegancia y distinción inglesas. No es que las mujeres de los alrededores no fueran elegantes y distinguidas a su manera, no obstante, Mary, en cada uno de sus movimientos imprimía cierto carisma etéreo, como si de un hada se tratara. Se preguntaba si sería innato en todas las inglesas o eran instruidas en adquirir ese porte. O simplemente si era algo propio de ella. Cuando terminaron, él la ayudó a quitar la mesa entre protestas y risas. Una vez que Mary hubo terminado de recoger la cocina, su marido la cogió de la mano y la dirigió a un sillón junto al fuego, le puso un libro en el regazo y se sentó frente a ella.

—¿Y esto? —preguntó ella extrañada.

—Es un poco pronto para dormir, así que léeme un poco...

—Pero yo no sé leer en voz alta, casi me cuesta para mí misma... —dijo tímidamente, acariciando los lomos de aquel bonito volumen. Pocas veces había tenido un libro tan nuevo entre las manos. —No creo que sea capaz—, titubeó.

—Pues cántame algo —dijo Thomas como quien no quiere la cosa, colocándose los brazos detrás de la cabeza mientras se dejaba caer perezosamente sobre el reposacabezas de su sillón, estirando sus piernas cuan largas eran.

—¿Qué dices? —exclamó horrorizada. ¿No la habría escuchado? «Qué vergüenza», pensó. Thomas la miraba divertido, le encantaba esa mezcla de timidez y arrojo en su esposa.

—Sé que te gusta cantar y sé que te gusta leer, tienes una voz preciosa para ambas actividades —Mary se encogió incómoda en su asiento, no estaba acostumbrada a tanto halago—, así que no te vas a mover de ese sillón hasta que hagas una de las dos cosas —la amenazó en tono de broma—. ¿O no eres capaz? —dijo retándola con una mirada pícaro.

Ella dudó, no estaba convencida del todo.

—¡Vaya, señora Longfellow! Pensé que tenía más agallas después de cruzar el océano, pero creo que se quedaron en puerto —la provocó.

Mary claudicó, resopló y abrió el libro de mala gana. Una sonrisa triunfal apareció en los labios de Thomas. La muchacha carraspeó, tragó saliva nerviosa, como si fuera a leer para un gran auditorio, y tras varios intentos, entonó, con una voz trémula y tentativa al inicio, pero más segura y melodiosa después de varias palabras, el principio de una novela.

—«Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa...»

Thomas se reclinó aún más en su butaca, cerró los ojos y escuchó atentamente la cadencia suave con la que su esposa leía aquel relato. Era como un canto de sirenas, sugerente, atrayente y supo que Dios le había mandado un ángel.

Pasaron las horas como si fueran minutos. Thomas no había advertido lo tarde que era; tan solo un par de bostezos de Mary le indicaron que la hora de acostarse había llegado. Le quitó el libro de las manos.

—Hora de irse a la cama, señora Longfellow —le dijo suavemente. Ella vaciló—. Si no te importa, me asearé yo antes esta noche —añadió para que ella se quedara un momento a solas en el salón, si así lo deseaba.

—Por supuesto —contestó ligeramente aliviada. Tal vez se durmiera antes de que ella llegara...

Al cabo de un rato, se levantó del sillón y decidió irse a dormir; no podía estar toda la noche allí sentada, y enfrentarse a lecho matrimonial era algo con lo que tendría lidiar tarde o temprano. Quiso actuar con naturalidad, pero no consiguió engañar a su marido, que notó cierto nerviosismo contenido. Para tranquilizarla simuló estar dormido, pero, muy disimuladamente, observó a través de las sábanas mientras Mary se cambiaba. Los movimientos pausados de la muchacha le daban un toque de sensualidad cándida que Thomas supo apreciar. Se volvió a preguntar cómo había podido dudar de su belleza en el puerto; aquel feo vestido no le hacía justicia. Vio cómo se quitaba la blusa y dejaba caer su falda y cómo con un suspiro de resignación tomaba el camisón medio rasgado de la noche anterior y se lo colocaba por la cabeza. Aunque estaba de espaldas, Thomas sabía que tenía los botones rotos, el escote desgarrado y una manga totalmente descosida. Mary tiró de ella para terminar de arrancarla e hizo lo mismo con la otra.

—Bruto —murmuró casi inaudiblemente—, a saber si podré arreglarlo...

Thomas apretó los dientes; aquel bonito camisón no debería tener ningún roto. Los remordimientos se apoderaron de él, tendría que resarcirla de alguna manera. Cuando Mary se giró, tuvo el tiempo justo de ver su figura al trasluz de la vela antes de cerrar los ojos, disimulando. Ella se acostó a su lado algo separada, pero él la agarró de la cintura, acercándola. Mary se tensó, pero no se apartó. Thomas empezó por besar su pelo y su cuello, ella se tensó aún más. No quiso repetir el error del día anterior. Le acarició la cintura tiernamente: sabía que necesitaba tiempo y tiempo le daría para que se acostumbrase a su contacto. La atrajo más hacia él y, apoyando la mejilla en su hombro, cerró los ojos, aspirando su aroma.

—Duérmete, Mary —le susurró dulcemente. Mary se relajó y se durmió casi al instante.

La joven durmió plácidamente, como no lo había hecho en años. Cuando se despertó, ya bien entrada la mañana, se giró en la cama y encontró el lado de Thomas vacío.

—¡Thomas! —exclamó sobresaltada. ¡Se había dormido! «¡El desayuno!», pensó avergonzada. Se levantó de un salto de la cama, se lavó la cara con el agua que quedaba en la palangana, se hizo una trenza desigual y, sin quitarse el camisón ni calzarse, salió corriendo hacia la cocina cogiendo por el camino un chal que apenas le cubría los hombros. Llegó casi derrapando a la estancia. Encontró a su marido sentado a la mesa, absorto en lo que parecía un libro de cuentas. Sobre el mantel, una taza de café vacía y un plato lleno de migas de pan: era obvio que no la había necesitado para prepararle nada, qué tonta... había vivido solo varios años. Sin apartar la vista del cuaderno y como si le leyera el pensamiento, dijo en tono burlón:

—Buenos días, dormilona. Hoy he hecho una excepción, pero mañana quiero tus excelentes tortitas.

Ella se sonrojó. Por supuesto, la casa era cosa suya y la cocina más.

—¿Por qué no me has despertado?

—Porque estabas muy bien en la cama. «Y tan bien», pensó Thomas. Estaba preciosa dormida... Aquella melena rubia y aquel camisón la hacían parecer un hada del bosque.

—¡Pero eso es de perezosos!

Recordó las continuas reprimendas del Saint Rose...

—Bueno, haremos una excepción, solo por esta vez —dijo divertido—. No has tenido tiempo de descansar en condiciones desde que desembarcaste, así que no está de más que haga de anfitrión por una vez. Hay café si quieres.

—Gracias. ¿Quieres otra taza tú?

—Por favor. —Esta vez alzó la vista hacia ella.

Casi se atragantó. ¿Qué tendría aquel condenado camisón? Allí estaba, como un hada etérea en mitad de la puerta de su cocina. No pudo articular palabra, así que le acercó la taza para que se la rellenara. Cuando ella lo hubo hecho, se sentó junto a él. Thomas intentó no mirar su escote, ni nada que lo distrajesen de su intento de darle tiempo.

—¿Qué haces? —preguntó interesada—. ¿No deberías estar con los animales o arando?

—Es sábado: los sábados solo atiendo a los animales, lo hago a primera hora y después me pongo con las cuentas —dijo señalando el libro.

Ella clavó los codos en la mesa (inconscientemente, por supuesto, jamás se le ocurriría hacerlo aposta) y apoyó las palmas de las manos en su barbilla.

—Ah, ¿sí? Yo pensé que los trabajos de la granja eran constantes.

—Y así es, pero algunos son más inmediatos que otros, así que los sábados intento descansar un poco.

—¿Y qué más haces los sábados?

—Ya te lo he dicho, me encargo de las cuentas. Los domingos me acerco al pueblo, para el servicio religioso. No soy excesivamente practicante, aunque tengo fe, por supuesto. Si por mí fuera me quedaría atendiendo mis asuntos, pero le debo mucho al pastor Smith, así que, qué menos que asistir a su sermón. Alimentar el alma no es tan malo, al fin y al cabo.

—¡Mañana es domingo!

—Sí, suele serlo después del sábado —dijo ocurrente.

—¡Y vamos a misa!

—Mmm... sí... te lo acabo de decir... —Thomas empezaba a sentir curiosidad por la reacción de su esposa.

—¡Al pueblo!

—¡Claro!

Mary se levantó de un salto.

—¡Tengo que arreglarme el vestido! ¡No puedo ir a misa con vestidos remendados!

Salió de la cocina igual que había entrado, corriendo. Thomas se quedó pestañeando, pensando en lo que había pasado, y no pudo evitar echarse a reír. «Mujeres... todas y cada una de ellas tienen su punto de coquetería.»

Al cabo de un rato Mary apareció, ya vestida con una sencilla falda marrón y una blusa que había pasado tiempos mejores. Llevaba en sus manos el costurero nuevo, el horrible vestido de cuadros y algunas telas de las que había comprado en el almacén de los O'Connell. Thomas apretó los dientes: no pretendía que vistiera con sedas, pero tampoco le gustaba que fuera tan remendada. Debería tener alguna prenda más bonita. Él no entendía demasiado, pero Sarah y Hannah habían tenido un guardarropa que, aunque sencillo, demostraba buen gusto. Mary se sentó a su lado, aprovechando la luz de la ventana. Sacó sus utensilios e inmediatamente empezó a colocar alfileres y a dar puntadas.

—Mary...

—¿Sí?

—¿Por qué no te compraste ropa cuando estuvimos en el almacén?

Ella lo miró como si estuviera loco. ¿Ella, con ropa ya confeccionada? Jamás se hubiera permitido tal lujo.

—Porque no era necesario.

—¿No? Mírate. Es cierto que para la granja se necesita ropa fuerte, duradera y cómoda, pero

no es necesario que se caiga a pedazos. Si fumara me podría liar un cigarrillo con tu blusa. Te dije...

—Me dijiste que cogiera lo necesario para la casa y lo que necesitara personalmente —le cortó ella con una sonrisa—. Y eso hice. Compré telas para hacer sábanas, manteles y vestidos. No pienso comprar un vestido ya hecho, cuestan una fortuna.

—Pero...

—Thomas, sé coser perfectamente, no te preocupes. Cuando tenga tiempo, me haré algo de ropa.

—Entonces, ¿por qué no te hiciste algún vestido para venir aquí?

Mary se sonrojó.

—No tenía dinero para telas. Aprovechábamos la ropa de caridad, aunque de haber tenido telas no me hubieran permitido confeccionarme nada, ya que llevábamos un uniforme —el gesto de disgusto en la cara de la chica dejó entender que debía ser feo... o incómodo... o ambas cosas—. Este fue el más decente que tenían y me lo dieron el mismo día que embarqué.

Mary parecía avergonzada. Thomas se hubiera dado de bofetadas.

—Mary... no pretendía criticarte... solo... —Ella le dirigió una tímida sonrisa.

—No te preocupes, soy consciente de mi aspecto —dijo en tono neutro. Thomas no sabía si estaba apenada, ofendida o resignada, pero no insistió.

—Ahora, si me disculpas, voy a arreglar este adefesio antes del almuerzo.

Su tono era algo más alegre, de manera que Thomas, más tranquilo, volvió a dirigir la vista a su libro de cuentas.

La mañana pasaba plácidamente. Mantenían una conversación banal mientras cada uno se concentraba en su labor. Thomas la miraba de vez en cuando de soslayo. Disimuladamente miraba sus manos, ligeramente callosas, pero bellas. Eran unas manos bastante grandes para una mujer, pero de dedos largos y finos. Cosía con presteza y seguridad, revelando una habilidad innata: daba puntadas casi sin mirar, demostrando años de experiencia. Thomas se preguntó a qué edad habría aprendido para tener tanta pericia.

Ella, a su vez, hacía lo mismo: le observaba de reojo. Su semblante era sereno, realmente era un extraño para ella, pero sus gestos hacían que se sintiera cómoda a su lado. En cierta manera le recordaba un poco al pastor Richards, por la seguridad que desprendía. No entendía cómo podía tener tan mala fama. Con ella, aunque había mostrado cierto carácter, era amable, conversador y protector. Como el pastor, Thomas debía ser alguno años más joven que él, tenía un aura autoritaria, pero no déspota. Mary se preguntaba por qué los estaría comparando: tal vez porque eran los únicos que había mostrado una simpatía sincera hacia ella. Se concentró en su labor: el vestido ya estaba arreglado, así que disponía de tiempo para componer de nuevo el camisón. Cuando lo tuvo en sus manos se sonrojó: ¡desde luego había ámbitos en los que no podía comparar a Thomas con el pastor! Alzó la mirada hacia su marido, que la pilló observándolo. Aquellos ojos negros rodeados de pequeñas arrugas le escrutaban el rostro y sintió sus mejillas arder. Pareció que Thomas le iba a preguntar algo, pero al ver lo que tenía entre las manos, apartó la mirada, avergonzado. Guardaron silencio el resto del día.

Ese domingo Thomas se había despertado antes que de costumbre. Se sentía nervioso: no sabía si era una buena idea llevar a Mary al pueblo, pero si no lo hacía les daría la razón:

seguirían pensando que tenía algo que ocultar. Suspirando violentamente se levantó de la cama y fue a atender a los animales. Mary se quejó entre sueños.

—Shhh, tranquila, aún te queda una hora al menos en la cama. —Ella asintió, sin apenas abrir los ojos.

Mary nunca había sido perezosa, más bien todo lo contrario, pero desde que había pisado América, se le pegaban las sábanas. Se despertaba sobresaltada, porque sabía que no era su hora habitual.

Aquella mañana, el sol que entraba por la ventana le indicó que le había vuelto a pasar. Se levantó como si tuviera un resorte en la espalda y se dirigió a la cocina. Thomas estaba allí, esperándola, perfectamente afeitado y vestido con un traje oscuro y de nuevo con su propio desayuno preparado. Ella gimió atormentada.

—Oh, no... vas a pensar que soy una holgazana —casi sollozó. Al verla tan afectada por algo tan simple, Thomas no tuvo más remedio que reírse.

—¡No seas exagerada! Desayuna algo y prepárate, en media hora salimos. Ya tengo el carro preparado.

Mary miró embobada su sonrisa: tenía una dentadura muy bonita. Sí, desde luego era muy guapo, en eso no se parecía al pastor.

—¿Mary? —Thomas la llamó para sacarla de su ensimismamiento.

—¿Eh? Ah, sí... El desayuno.

Se apresuró en tomar algo y vestirse.

Cuando salió de la alcoba con el vestido de cuadros, Thomas no pudo evitar silbar admirado. Había hecho un trabajo excelente, lo había transformado completamente. Ahora se le adaptaba como un guante: había añadido un cuello y una pechera nuevos, y unos puños de tela blanca lisa. Ya no tenía aquel aspecto de mantel... Unos botones verdes formaban una bonita hilera desde el cuello hasta la cintura y los volantes del bajo se habían convertido en un fino cinturón que se anudaba con un lazo a la espalda. Thomas pensó que no había mentido cuando le dijo que cosía divinamente.

—Es de muy mal gusto silbar a las damas, señor Longfellow —le recriminó con una sonrisa radiante.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez, señora Longfellow —contestó con falsa seriedad, mientras le ofrecía el brazo para ayudarla a subir al carro.

A medida que se acercaban al pueblo, Mary percibió cómo Thomas se tensaba y cómo su mirada se volvía cautelosa.

—Thomas, si te sientes incómodo no tenemos por qué ir. —Él se encogió de hombros.

—Mary, a mí me es indiferente esta gente, llevo ignorándolos años y solo los trato lo justo y necesario, pero no me gustaría que dijeran algo que te molestara. —Ella le apretó el brazo y lo miró cariñosamente.

—No te preocupes por mí, sé cuidar de mí misma. No sería la primera vez que me enfrentara a comentarios maliciosos: el orfanato, mi madre... ya sabes.

—Ya... pero yo no puedo consentir tal cosa.

—Bueno... la verdad es que es algo estúpido pensar en lo puede que nos digan y aún no nos han dicho, ¿no?

—Supongo que sí —dijo no muy convencido.

Llegaron a la iglesia. Era un edificio de madera en tonos marrones y beis. A sus puertas se concentraban todos los feligreses, que entraban poco a poco tras saludar al pastor, que les daba la

bienvenida a la entrada. Una mujer rolliza que estaba a su lado, tal vez su esposa, le tiró del brazo para llamarle la atención, señalando hacia donde estaban los Longfellow. Instintivamente, el resto de las personas que aún no habían entrado miraron hacía sus espaldas y la alegre cháchara cesó de inmediato. Los miraban fijamente, de una manera que Mary consideró muy descortés. Thomas no se inmutó y siguió su camino. Los parroquianos les abrían paso sin dejar de observarles. Mary ardía en deseos de preguntarles qué estaban mirando con tanto descaro, pero se mordió el labio. Un sonriente pastor se acercaba a ellos, con los brazos abiertos en amago de abrazo. Cogió a Thomas de los hombros, apretándolos cariñosamente.

—¡Ah, Thomas Longfellow! Un placer tenerle en mi Iglesia, como siempre —dijo afablemente.

Mary observó a aquel enjuto hombre de barba cuidada y ojos alegres. Su amabilidad parecía sincera: nada que ver con el resto de los vecinos que les rodeaban, observándoles con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—¡Y, por supuesto, aquí tenemos a la recién desposada! —Le dirigió una sonrisa radiante. Le faltaban un par de dientes, pero lejos de ser desagradable, aquello le daba un aire gracioso. Thomas carraspeó.

—Pastor Smith, permítame que le presente a mi esposa, Mary Longfellow.

—Señora Longfellow, es un placer tenerla como nuevo miembro de nuestra comunidad. Disculpe que no haya ido a presentarle mis respetos, pero su marido obvió el detalle de decirme cuándo llegaría usted. Por intuición y por las cartas que intercambié con Richards, la esperaba dentro de un par de semanas. —Ella hizo una leve reverencia.

—No se preocupe, Pastor Smith, debería haberme presentado yo como nueva vecina, pero tan solo llevo unos días aquí y conozco bien poco de los alrededores. —El pastor miró a Thomas, que sonreía orgulloso.

—¡Encantadora, sencillamente encantadora! Y qué bonito acento, si me permite decirlo, señora Longfellow —dijo amablemente, dirigiéndose a Mary. Ella le sonrió tímidamente.

Un carraspeó se oyó a sus espaldas. Tres mujeres de mediana edad los miraban por encima del hombro, con gesto adusto y con la nariz arrugada, en claro ademán de animosidad. Sin duda se trataba de matronas a las que no les gustaba ser ignoradas. Eran gruesas, sus corsés les subían el busto hasta el punto de hacerlas parecer palomos y sus ropas desprendían un penetrante olor a alcanfor. Eran prácticamente idénticas: blusas claras con cuello alto y faldas y chaquetas oscuras, con ridículos bonetes que no correspondían en absoluto con su edad. La única diferencia entre ellas era el cabello: una lo tenía negro como un cuervo, la otra de color miel y la tercera, rubio. A Mary no le gustaron nada. Detrás de ellas varias muchachas, algunas bastantes bonitas, pero insulsas en conjunto, la examinaban con curiosidad.

—Oh, ¡qué despiste! Permítame que le presente a mi esposa, la señora Eleonor Smith —la morena la saludó con un gesto de la cabeza, sin bajarse de los escalones de la entrada de la iglesia, quedando por encima de Mary— y a las señoras Laura Smith —la rubia— y Mary Smith —la castaña—. Pilares de esta comunidad en cuanto a asistencia vecinal —añadió el pastor con una sonrisa. «Ya veo», pensó una escéptica Mary. Al menos no iba a tener problemas para recordar los apellidos. Hizo una reverencia y mostró una sonrisa educada.

—Encantada. Son ustedes familia, entiendo. —Thomas y el pastor la miraron como si le hubieran salido tres cabezas. «¿Qué he dicho?», pensó Mary.

—¡Por supuesto que no! —Dijo indignada Laura—. ¡Yo pertenezco a los Smith de Boston!

—¡Y yo a los de Nueva York! —replicó Rose Mary. Eleonor apretó los dientes, pero no dijo

nada—. «Vaya», pensó Mary, «en Inglaterra Smith suele ser un apellido común, aquí parecen la realeza». Contuvo una carcajada, por lo absurdo de la situación, sobre todo por la cara de resignación de Eleonor, que parecía no tener *pedigrí*.

—Entiendo... —Pero no entendía nada.

Las tres resoplaron sonoramente; parecían querer darle a entender que no debía olvidar aquella información.

La esposa del pastor la miró de arriba abajo, como quien examina a un caballo que va a comprar.

—Vaya, señor Longfellow, si buscaba una esposa tan joven, bien podría haberse casado con la hija de Laura; no es mucho mayor que su esposa y no hubiera tenido que traer a nadie del viejo continente.

Mary jadeó indignada, pero no dijo nada. Thomas tragó saliva y respondió:

—Para casarme con la hija de la señora Smith, primero tendría que habérselo pedido y, ciertamente, para hacer algo así precisaría que mi futura esposa me mirara mínimamente a la cara, cosa que la señorita Smith jamás ha hecho.

—Pero ¿qué dice buen hombre? —protestó Laura—. ¡Eso son muestras de decoro! ¡Mi Lotty no va mirando a ningún hombre por ahí, por muy dueño de las mejores tierras del condado que sea!

«Acabáramos», pensó Mary, «se les escapó el partido del año».

—Si se hubiera dirigido a sus padres como es debido no tendría que haberse traído a esta chiquilla —señaló histérica a Mary—, que a saber de dónde ha salido. ¡A saber quiénes eran sus padres!

—¡Señora Smith! —exclamaron escandalizados Thomas y el Pastor.

Mary, con toda la calma del mundo, apoyó una mano sobre el brazo de su marido para tranquilizarlo, negando con la cabeza para que no dijera nada más. Se giró hacia Laura.

—Por desgracia no conocí a mis padres, pero sí tuvieron a bien darme un apellido, Potts, que, si bien es vulgar, no es tan común como Smith.

Todos los presentes jadearon. Las tres comadres se sulfuraron y el color desapareció de sus caras, a excepción de las mejillas que se tiñeron de un rojo intenso. La miraban iracundas, pero Mary no se amilanó.

—En cuanto a de dónde salgo, sepa usted, señora, que me crie en el orfanato más selecto de todo Londres. Me enseñaron, entre otras cosas, a que señalar con el dedo sin ni siquiera mirarle a uno a la cara, es de muy mala educación. Penosa, diría yo, así como hablar de esa persona, como si no estuviera presente, tal vez aquí sea común ese comportamiento, pero lo dudo, la mala educación no está reñida con el continente en que uno se encuentre, ¿cierto? Y de ahora en adelante preferiría que no se dirigiera a mí en ningún momento, pero si las normas de cortesía, que seguro que tiene alguna, la obligan, no lo haga en términos como chiquilla, niña o cualquier otro apelativo similar. Soy la señora Longfellow, aunque por deferencia a su edad, puede llamarme Mary.

Continuó, dirigiéndose a Eleanor:

—Y a usted le rogaría que en el futuro se abstuviese de hacer ningún comentario de las supuestas novias que hubiera podido tener mi marido. Ese asunto ya no viene al caso: como bien he dicho, es mi marido ante los ojos de los hombres y de Dios. Ellas dejaron escapar ese tren por el motivo que fuera y que, francamente, me importa un bledo, si me permiten tan poca decorosa

expresión. Será de las pocas veces que algún improprio saldrá de mis labios... injustificadamente, claro.

La voz de Mary fue tan suave que la gente tuvo que guardar silencio para escucharla mejor. Muchos sonreían de oreja a oreja, felices de ver como la joven había puesto a las viejas cotorras en su sitio. Thomas estaba atónito: las había llamado maleducadas, viejas y cotillas, sin dar una voz, ni pronunciar una palabra mal sonante. Se sintió tremendamente orgulloso de como se había defendido. El silencio era tan tenso que, de haber sido una cuerda, esta se habría roto. Nadie se atrevía ni a respirar ni a dar un paso. Las tres matronas bufaban intentando buscar una réplica. Rose Mary intentó salir en defensa de su amiga.

—¿Cómo se atreve?

—¡Eso! —gritó Eleanor apoyándola, sin saber qué más decir.

—¡Ya basta, señoras Smith! —tronó el Pastor. Nadie hubiera dicho que debajo de aquel delgaducho cuerpo se escondía aquella voz aterradora—. ¡Eleanor! ¡Debería darte vergüenza! Habéis estado insultando a la señora Longfellow desde que se bajó del carro, con vuestras miradas de recelo y vuestros prejuicios.

—Pero... —protestó su mujer en voz baja.

—¡Pero nada! ¡Todos a la iglesia!

Como si de un colegio de niños pequeños se tratara, todos entraron cabizbajos y sin decir nada en la capilla.

—Señora Longfellow, le pido disculpas en nombre de estas mujeres. Estoy avergonzado, entendería que no quisiera asistir al servicio religioso —dijo el hombre apesadumbrado.

Mary que aún estaba alterada, no contestó.

—Mary... si quieres volver a casa... —intervino Thomas.

—¡De ninguna manera! No voy a condenar mi alma porque esas... —quiso decir «cacatúas», pero se contuvo— señoras no tengan educación.

Ambos hombres las miraron divertidos; tenía carácter.

—Pues en ese caso, bienvenida a mi humilde iglesia.

El sermón transcurrió sin ningún incidente. El pastor Smith hacía que fuera ameno escucharle y Mary se relajó bastante. En algunos momentos Thomas apretaba su mano, consiguiendo que su enfado se dispase poco a poco.

Al acabar el servicio, antes que los Longfellow se marcharan, algunos vecinos se presentaron tímidamente. Aunque no fueron del todo cálidos, no mostraban demasiada hostilidad. La mayoría eran comerciantes de carácter abierto.

—Señora Longfellow, repito: ha sido un placer conocerla y cuando lo necesite no dude en venir a verme —se despidió el pastor amablemente.

—Muchas gracias, pastor. Cuando lo desee es bienvenido usted también en la granja, y si viene con su esposa, le prometo que no le achucharé al perro —dijo maliciosa. Él pastor soltó una carcajada.

Una vez en el carro, Thomas miró de soslayo a su mujer, con media sonrisa pintada en la cara.

—¿Achucharle al perro? —dijo aguantando la risa—. ¿Qué perro? Que yo sepa no tenemos ninguno, a menos que trajeras alguno en tu escuálida bolsa de viaje.

—¿Crees que esa bruja se va a acercar a diez metros de casa para averiguarlo? Thomas ya no pudo aguantar más y estalló en carcajadas.

Llevaban un trecho del camino en silencio. Mary, sin pensar y olvidando las buenas formas que tenía inculcadas, había agarrado a Thomas del brazo en un gesto natural de confianza. Se

había dejado caer ligeramente sobre su costado, sin impedirle guiar el tiro de caballos. Él estaba encantado de sentir su cuerpo tan cerca. Había echado de menos el calor humano y se sintió a gusto, relajado después de mucho tiempo. Aunque parecía que la travesía iba a transcurrir en silencio, Mary rompió el hielo.

—¿Sabes, Thomas...?

—Ajá...

—No me gusta la gente del pueblo, a excepción del pastor.

—Pero Mary, no los conoces... Solo porque hayas tenido un encontronazo con esas arpías, no debes juzgar al resto.

—No me gusta cómo te miran —él se encogió de hombros.

—Ya estoy acostumbrado.

—¡Pues no me gusta! —A Thomas se le encogió el corazón al ver cómo Mary penaba por él.

—Mary, no te hagas mala sangre por esto...

—Thomas, no intentes convencerme. Pisaré ese pueblo de cabezas huecas lo estrictamente necesario.

—Como quieras —dijo resignado. No era el momento de convencerla de que debería relacionarse. Aunque... ¿quién era él para decirle aquello si no predicaba con el ejemplo?

Ella se le quedó mirando como si quisiera decir algo más, pero no se atrevió. Thomas observaba cómo movía los labios sin abrirlos, como si tuviera una conversación interna y se debatiera mentalmente. Era un gesto adorable; la verdad era que su mujer le resultaba muy divertida. Le hacía gracia que intentase ser sincera, pero que temiese ser inoportuna.

—Suéltalo ya —le dijo divertido.

—¿Cómo? —preguntó inocentemente ella.

—Lo que te ronda por la cabeza, vamos, pregunta.

—¿Cómo sabes que quiero preguntarte algo?

—Cuando quieres preguntar algo y no te atreves, se te pone la cara seria, además mueves los labios sin abrirlos, como si quisieras hablar y no pudieras.

Ella se sonrojó, la había pillado.

—¿Tan transparente soy?

—Ajá. Así que desembucha, ya me has dejado intrigado.

—¿Desembucha? Eso es lenguaje de taberna, señor Longfellow —le riñó ella.

—Mary... —le dijo impaciente.

—Está bien —dijo suspirando—. ¿A cuántas mujeres le pediste matrimonio antes que a mí?

Él soltó una carcajada, estaba seguro de que le iba a salir con una pregunta de ese estilo. Decidió tomarle el pelo.

—¿Contando solo las del pueblo o...?

—¡Por el amor de Dios, Thomas! —dijo escandalizada.

Él dejó de reír, pero la expresión de su cara indicaba que se lo estaba pasando en grande.

—A tres —ella parecía aliviada.

—¿Tres solo?

—¿Te parece poco tres humillaciones? —se fingió indignado—. Es demasiado para el ego de un hombre.

Ella lo miró, de nuevo. Se debatía en entre seguir preguntando o no. Pero ya que había empezado...

—¿Y qué pasó? ¿Qué te dijeron?

—Vamos a ver... —se hizo el pensativo, para dejarla más intrigada—. La primera me explicó que estaba prometida con un ruso, que mantenía una relación por correspondencia. Un poco absurdo, pero tuvo la deferencia de inventarse algo para rechazarme cortésmente. La segunda me soltó que ni muerta se casaría conmigo, así, sin más. La tercera me dijo que, si de ella dependiese, aceptaría, porque yo era un buen partido... —dijo apretando los dientes. No era tonto, sabía que tenía una buena granja y que era productiva, pero que se lo dijeran a la cara le dolía. En realidad, no podía juzgarla, él solo le ofrecía un arduo trabajo en la granja y ser la madre de sus herederos; no había romanticismo—, pero que sus padres no consentirían ese matrimonio y que ella nunca le llevaba la contraria a su madre.

—Y con ese panorama, ¿cómo te atreviste a pedírselo?

—Por incauto. Eran de las pocas mujeres que me dirigían la palabra en misa y en los comercios —se encogió de hombros—, supongo que eran más amables que el resto. Pero está visto que la amabilidad no era suficiente —dijo apesadumbrado.

—¿Quiénes son? Estaban en la iglesia, ¿no? —dijo con un deje de enfado.

—Mary, puede que sea un granjero, pero soy un caballero. No pienso decírtelo, no quiero que les achuches al perro —dijo aguantando la risa.

Ella se enfadó más, se irguió en el pescante y puso los brazos en jarras.

—¡Thomas, que me lo digas! —dijo en tono infantil.

«A pesar de su madurez, no deja de tener dieciséis años, casi diecisiete», pensó Thomas.

—No —dijo categóricamente—. Y baja de ahí, podrías caerte.

—Le preguntaré al pastor. —Se sentó a regañadientes y enfurruñada con los brazos cruzados.

—No te dirá nada.

—Pues me haré amiga de las cacatúas... seguro que se mueren de ganas de contarme algún chisme malicioso.

—¡Ni se te ocurra! ¡No quiero que esas víboras te echen a perder con sus habladurías! —contestó algo molesto.

—¡Pues dímelo!

—¡No!

¿Por qué insistía tanto? Entonces a Thomas se le iluminó la cara. La miró entrecerrando los ojos, y sí... su corazón empezó a latir como el de un tonto adolescente.

—¡Estás celosa! —dijo triunfal.

—Pero ¿qué dices? —lo dijo con tanto horror en la voz, que a Thomas se le cayó el alma a los pies—. ¿Yo, celosa? —bufó como si Thomas hubiera contado un mal chiste.

—Entonces, ¿por qué lo quieres saber? —preguntó disimulando su decepción.

—Pues para cogerte del brazo y restregarles en los morros lo que se han perdido.

Thomas soltó una carcajada; desde luego sabía subirle el ánimo.

—¿Restregarle por los morros? Ese no es lenguaje para una señora —le recriminó divertido.

Mary se sonrojó, pero él no la dejó replicar y con mirada pícara le preguntó:

—¿Y qué se han perdido? —ella se sonrojó aún más, a él le encantaba verla así.

—A ver, pues... un bonito carro... un buen tiro de caballos... una granja preciosa... —Thomas no paraba de reír.

—Vaya... ¿solo eso? No pensé que era usted tan interesada, señora Longfellow.

—Bueno, el dueño también es bonito —dijo coqueta.

Ahora era el turno de Thomas para sonrojarse.

—Muy bonito, debería decir... —dijo en tono distraído.

Él, en un impulso, le echó el brazo por lo hombros y le dio un sonoro beso en la cabeza. Mary, lejos de rechazarlo, tomó con naturalidad aquella muestra de afecto. El beso en la cabeza la sorprendió, pero le resultaba familiar. El pastor Richards, aunque en contadas ocasiones, se había tomado la libertad de mostrarle aquel gesto de cariño.

—Desde luego eres muy divertida, Mary —sentenció Thomas.

Mary contestó con un puchero.

—Vaya... no es el halago que esperaba..., pero me vale.

Y así continuaron el viaje, con una divertida cháchara.

Llegaron a casa sin ningún contratiempo y justo cuando Thomas alzaba a Mary por la cintura para bajarla del carro, ella dijo:

—Thomas, me acabo de dar cuenta de una cosa.

—¿Sí? —preguntó concentrado, mientras la agarraba para que no se cayera.

—No sé cómo se llama el pueblo.

—Smith Town.

—¿En serio? —se asombró Mary—. Ahora entiendo lo de las cacatúas, lo de ser Smith de pueblo o Smith de ciudad... —Le invadió una risa tonta, casi histérica. Thomas se contagió con aquel ataque de risa, perdió el equilibrio y cayó al suelo con una Mary patas arriba sobre él, que intentó levantarse con celeridad, pero un manojo de faldas y enaguas se lo impidieron. Entre risas y trompicones lo consiguieron, y entraron, casi cojeando, en la casa.

9. La ausencia

Un nuevo día se abrió paso en la granja Longfellow. La mañana transcurrió sin incidentes, cada uno absorto en sus quehaceres, perdiendo casi la noción del tiempo; sin embargo, desde que Mary estaba allí, Thomas siempre volvía a la hora del almuerzo para retomar luego sus tareas. Ya estaban sentados a la mesa cuando llamaron a la puerta. Thomas se envaró y tensó su rostro; no solía tener visitas. Desconfiado, abrió la puerta un poco a la defensiva. En el umbral había un muchacho que le resultaba vagamente familiar.

—¿Sí? —preguntó toscamente. Mary, que se había colocado a su espalda, negó con la cabeza ante los modales de su marido.

—Buenas tardes, señor Longfellow. Señora...—dijo tímidamente, mientras Mary le sonreía amablemente.

Thomas se cruzó de brazos impaciente y alzó una ceja interrogante.

—Soy Geoffrey Templeton, el ayudante de correos de la sucursal de Boston. Le traigo una carta que hace tiempo que llegó a la oficina postal. El señor Trent me pidió que se la acercase por si era importante. Le vimos a usted a través de los ventanales cuando visitó la ciudad, pero se le olvidó pasar por las oficinas... —el muchacho hablaba atropelladamente. No le gustaba el señor Longfellow, era una persona arisca... Su nueva esposa, en cambio, le pareció bonita y tenía una sonrisa encantadora. Su llegada había sido la comidilla de los alrededores.

Thomas observó cómo el muchacho divagaba y cómo no le quitaba ojo de encima a Mary. Su semblante se tornó aún más serio.

—Bien, pues ¡dámela y déjate de tanta verborrea, muchacho! —dijo con voz cortante, casi gritando—. El chico dio un respingo y tragó saliva, entregándole la carta con un movimiento rápido y nervioso, sin apenas mirarle a la cara. Se despidió con un casi inaudible «que tenga un buen día». Thomas cerró la puerta de mala gana y al volverse se encontró con la expresión ceñuda de su mujer.

—¿Qué...? —le preguntó.

—Vaya forma de tratar al chico. ¿Dónde están tus modales? —le regañó.

—¿Acaso querías que lo invitara a tomar el té? —dijo de manera tosca.

—No, pero al menos le podías haber dado las gracias, te ha traído la carta en mano. ¡Desde Boston, nada menos!

—Bueno, pues ya se ha ido —dijo irritado. Ella le siguió mirando. Thomas suspiró y se encogió de hombros, murmurando—: Sabes que no soy bueno con la gente.

—¿Y bien? —dijo Mary rompiendo el silencio.

—Y bien, ¿qué?

—¿No vas a leerla? ¿No querrás que la lea yo no? Te recuerdo que la correspondencia es privada...

Thomas miró el sobre, como si de repente hubiera aparecido en su mano, lo abrió con cuidado y leyó su contenido.

—Oh, vaya... —dijo en tono triste

—¿Qué? —pregunto Mary un poco alarmada.

—La carta es de los hijos del viejo Murray, un granjero con el que tenía negocios a veces... podría decirse que éramos amigos. Vivía detrás de la colina, a unos tres días de viaje.

—¿Y?

—Sus hijos me han escrito para decirme que ha fallecido —dijo apesadumbrado.

—Oh, Thomas... ¡Cuánto lo siento! —dijo cogiendo sus manos en señal de consuelo y llevándoselas a los labios en un casto gesto. Él se sintió reconfortado.

—Me comunican su fallecimiento y me preguntan si aún estoy interesado en un par de piezas de ganado que tenía apalabradas con su padre. He de ir a buscarlas antes del día treinta o se las venderán a otro.

—Pero eso es en cinco días —dijo ella calculando los días con los dedos.

—Ya... En fin, ya tendré otra oportunidad algún día —dijo resignado. En otras circunstancias hubiera ido sin pensar, pero ahora no estaba solo. Debía pensar en Mary.

—Thomas, ¿esas piezas son importantes para la granja?

—Sí, pero es tarde para contratar a alguien que se encargue de las tareas de la granja por unos días...

—Bueno, yo puedo hacerlo... sería una semana como mucho. No lo haría todo, claro, pero sí lo más importante. Y he estado sola toda mi vida, no me da miedo la oscuridad...

—¿Tú? —él se carcajeó. No quería burlarse de ella, pero le parecía ridículo que una muchachita de Londres, por muy trabajadora que fuera, se encargara de la granja.

—¿Por qué no? —preguntó dolida—. No creo que sea tan difícil. La vaca ya está en el establo y los caballos también; las gallinas se mueven solas por ahí... Seré capaz de darles de comer unos días sin matarlos y aún no es tiempo de cosecha. Vamos, Thomas —rogó—, puedo con lo básico.

—Mary, no pienso dejarte sola —insistió él.

—Pero...

—¡Nada de peros! No te harás cargo de la granja.

—¿Qué te apuestas? —dijo con las manos en las caderas y actitud testaruda.

—¡Mary! ¡Una señora no apuesta! —exclamó escandalizado. «De dónde habrá sacado ese descaro», pensó.

—Esta señora sí lo hace —replicó con un gesto de suficiencia, girando sobre sí misma—. Me voy a planchar unas camisas y prepararte unas mudas —dijo dejándolo con la palabra en la boca y con la sensación de haberle hablado a una pared.

Thomas iba a insistir, pero algo le decía que iba a resultar inútil.

Esa misma tarde el granjero partía en su carro con un mal presentimiento, por alguna razón no quería dejar a Mary. No era instinto de protección, sino un sentimiento incómodo de que algo iba a pasar, pero ella había insistido tanto que, al final, claudicó.

Esa noche en la cama Mary se sintió extrañamente sola. Nunca antes le había importado, pero ahora la soledad sí pesaba en su alma. La casa le parecía grande y fría. «Qué tontería», pensó. «Cómo no va a estar fría, dentro de nada empezará a nevar».

Esa era otra sensación extraña para Mary: sabía que el mal tiempo estaba al caer, pero no terminaba de romper a nevar. Lo tomó como un mal augurio que su habitual optimismo quiso obviar.

Después de una noche intranquila, la mañana llegó muda y vacía. El gallo, por alguna razón, no había cantado, o simplemente ella no lo había oído. Se vistió, desayunó y se dispuso a hacer sus tareas diarias.

Estaba dando de comer a los caballos. En ese preciso instante, con el cubo de pienso en las

manos, se dio cuenta de algo que no sabía hacer y que ni si quiera se le pasó por la cabeza preguntar a Thomas: ¡no sabía ordeñar una vaca! Se encogió de hombros inconscientemente, supuso que no pasaría nada si no se ordeñaba en un tiempo.

Al tercer día de ausencia de Thomas, vio que algo no andaba bien con el pobre animal. ¿Qué podría hacer? Debería pedir ayuda a alguien, pero ni muerta se acercaría al pueblo a pedirla. No dudaba que el Pastor Smith le echaría una mano, por supuesto, pero para eso tendría que ir a su casa y rebajarse a ver a la cacatúa de su esposa, con su mirada altiva. Se veía echándole en cara cada favor que le pidiera. «Ni hablar», gritó, aunque nadie la oyera. Paseó nerviosa de arriba abajo por el establo en busca de alguna solución, hasta que decidió coger el taburete y sentarse delante de la vaca para intentar ordeñarla ella misma. Apretó las ubres, pero aquello no funcionó, sabía que estaba haciendo algo mal... Desesperada ante las quejas del pobre animal, se levantó frustrada y pateó el taburete que salió volando hacia la puerta, asustando a los caballos. Mary estuvo a punto de echarse a llorar ante tal desastre. De repente, una luz divina iluminó su memoria: ¡Agnes Sinclair! Aquella amable señora seguro que la ayudaría; le cayó bien desde el principio, aunque fuera un poco extravagante. Iría a verla, porque era «estrictamente necesario», según palabras de su marido... Y era «estrictamente necesario» que la vaca no enfermara, así que no quebrantaría la promesa que le hizo a Thomas.

10. Los Sinclair

Entusiasmada ante la idea de ver a otro ser humano, se echó el chal por los hombros y con actitud resolutiva se dirigió a la casa de los Sinclair, orgullosa de sí misma por la buena idea que había tenido. A pesar de las prisas, disfrutó enormemente del pequeño paseo: el paso firme y acelerado no le impidió mirar a su alrededor y respirar el ambiente. Su vecina no vivía excesivamente lejos, por lo que enseguida llegó a su destino: una sencilla casa de troncos de madera, con el tejado de pizarra o algo similar.

Mathew estaba en el porche trenzando cáñamo para lo que parecía una futura cuerda. Parecía un niño concentrado en un juego infantil. Aquella idea la hizo sonreír: el corpachón de Mathew era cualquier cosa menos infantil. De no ser por su cara afable, se sentiría terriblemente amenazada: nunca había visto un hombre tan grande, no gordo, sino grande en todos los sentidos. El muchacho alto y ancho, le sacaba al menos una cabeza a Thomas que no era bajo, precisamente. Él pareció escucharla y levantó la cabeza con semblante enfurruñado, como si le molestara ser interrumpido en su labor. Cuando la vio, sus ojos se iluminaron y corrió hacia ella dándole un achuchón de oso. Mary de repente se vio rodeada por unos enormes brazos que la levantaban del suelo y la mecían como si fuera el péndulo de un carillón.

—*¡S'ñora L'nfellow!* —gritó entusiasmado, dejándola casi sorda—. *¡Mama, ha venido! ¡Mama!*

—*¡Para, Mathew! ¡Me vas a asfixiar!* —dijo entre risas la muchacha, encantada de aquel violento pero tierno recibimiento.

Agnes salió secándose las manos con un paño, extrañada ante los gritos de su hijo. Al comprobar el motivo de aquel pequeño revuelo sonrió de oreja a oreja.

—*¡Vaya sorpresa, Mary! Pase, pase. No se quede en la puerta, hace mucho frío. ¡Papa, papa! ¡Tenemos visita!* —gritó mientras empujaba literal pero suavemente a Mary hacia el interior de la casa.

Mary se vio ubicada en una pequeña salita que no pudo más que describir como una especie de desorden ordenado. Una cesta con lo que parecía ropa para remendar en un rincón, labores a medio hacer sobre un banco de madera, cojines desparejos... En el centro de la sala había una mesa con un bonito mantel blanco, donde descansaban atadillos de hierbas y un cuenco con manzanas a medio pelar. «Vaya, he interrumpido a la señora Sinclair», pensó un poco avergonzada. En un sillón junto a la chimenea, un hombre delgado con cabellos y barbas canos se estaba tapando las piernas, o lo que quedaba de ellas, puesto que eran dos muñones, tan rápido como pudo. Mary tuvo tiempo de ver todo lo que había que ver: los ojos claros del hombre eran risueños, aunque reflejaban cierto apuro. No obstante, Mary disimuló, por prudencia y pudor.

—*Mary, este es mi marido, Mathew Sinclair Senior. Pero, siéntese, querida* —casi la arrojó sobre otro sillón cercano a su marido—. *Disculpe el desorden, pero ya soy mayor y ando un poco menos remilgada. ¿Qué la trae por aquí? ¿Y Longfellow? ¿Ha ocurrido algo?* —dijo de corrido sin apenas respirar.

—*Mama, mama...* deja respirar a la muchacha. *¿Cómo quieres que te diga nada si no paras de cotorrear?* —protestó Mathew Senior mirando a Mary con una expresión de paciencia que hizo

sonreír a la muchacha—. Es una cotilla, pero habla tanto que no deja que los demás le cuenten los cotilleos —se rio quedamente.

Mary sonrió. De repente cayó en la cuenta de que no le había saludado correctamente. Se levantó e hizo una genuflexión.

—Encantada, señor Sinclair.

—*Papa*.

—¿Cómo?

—Que me llames *papa* o Viejo Sinclair.

—Oh, no podría llamarle viejo, señor Sinclair —dijo Mary escandalizada.

—*Mama*, tenías razón: tiene unos modales ingleses adorables. Pues lo siento, muchachita. O me llamas *papa* o Viejo Sinclair —dijo seriamente, pero con una mirada divertida reflejada en sus ojos grises.

—Señor Sinclair suena divinamente. ¿No opina usted lo mismo? —Mary no iba a dejar sus modales de lado, así como así.

—Educada y tozuda. Me gusta. Bueno, usted puede llamarme como quiera: con ese acento tan encantador se lo permito todo —y le guiñó un ojo.

Mary se sonrojó, el anciano se carcajeó y el movimiento de su risa hizo que la manta que cubría sus piernas cayera al suelo. La joven la recogió inmediatamente y la colocó de forma natural sobre los muslos del hombre, remetiéndola cuidadosamente entre su costado y el respaldo del mullido sillón. Él la miró estupefacto. Agnes sonrió a su marido con una expresión en los ojos que parecía decir «te lo dije, esta es distinta» y él sonrió, esperanzado. Mary sintió que se estaba perdiendo una conversación importante, pero no dijo nada.

—¿Y bien, Mary?

—Bien, ¿qué?

—¿Qué la trae por aquí? No creo que Longfellow la haya dejado venir así porque sí —dijo Agnes amablemente—. O bien ha ocurrido algo o... —le lanzó una mirada maliciosa— te has escapado. —Y se rio como si hubiera contado un buen chiste.

«¡La vaca!», recordó de repente. Y le contó brevemente su historia.

—Pobre animal —dijo Sinclair con tono apenado—, debe estar a reventar. Llévese a Mathew. Se le da muy bien la granja y le podrá echar una mano unas horas, ¿verdad, *mama*?

—Por supuesto, querida —dijo dirigiéndose a Mary.

—¿Tú qué dices, Mathew? —le preguntó Mary amablemente. Por muy corto de entendederas que fuera no le parecía correcto no preguntarle—. ¿Te importaría ayudarme un poco? —Él pareció sopesarlo.

—¿Tiene pan de maíz? Sarah y Hannah tenían paz de maíz para Mathew: siempre me daban cuando iba a verlas —replicó con un deje nostálgico en la voz. Mary sonrió. «Claro, todo trabajo tiene un precio», pensó divertida.

—¡Mathew! ¿Y tus modales? ¡Los favores se hacen a cambio de nada!

Mathew se miró los pies, avergonzado ante la llamada al orden de su madre. Agnes miró a la muchacha.

—Disculpe, Mary. Él no quiere ser descortés, pero Sarah y Hannah me lo malcriaban y adquirió algunas malas costumbres —dijo en tono de disculpa. Mathew seguía con la cabeza gacha por la regañina. A Mary le dio pena que le llamaran la atención: alzó su brazo y puso una mano en la barbilla del joven, alzando su cara suavemente para que la mirara. Le miró fijamente a los ojos.

—Lo siento, Mathew. Yo no sé hacer el pan de maíz de Sarah y Hannah, pero tengo una tarta de zanahoria de la que te puedes llevar un gran pedazo y tal vez mañana pueda hacer un bizcocho de chocolate y nueces. ¿Te gusta?

—Probaré la tarta de zanahoria —dijo poco convencido—. *Mama* dice que hay que probarlo todo para saber si nos gusta, pero mañana quiero un bizcocho de chocolate.

—Mathew, no seas descarad...

Mary alzó una mano para evitar que le regañasen de nuevo.

—Trato hecho. ¡Estás contratado, Mathew! —dijo en tono de broma y estrechándole la mano—. Señora Sinclair, muchas gracias por su ayuda, entretendré a Mathew lo mínimo indispensable.

—Oh, querida, ya no se va a separar de usted ni con agua caliente. Ha pronunciado las palabras mágicas: bizcocho y tarta —rio.

—Aun así, volverá antes de que anochezca.

Mary y Mathew se dirigieron hacia la granja, el silencio solo era interrumpido por algunas frases de Mathew, explicando lo que veía.

Una vez en el establo, el chico resultó ser de gran ayuda. Le explicó a Mary todo lo que debía saber; cualquiera que no conociera el problema de Mathew lo hubiera visto como un chico normal. Sus gestos eran profesionales, rápidos y concisos, y sus palabras claras: el tartamudeo que lo perseguía a diario desapareció. Su padre no exageraba cuando decía que se le daba bien la granja: enseñó a Mary como colocar los dedos en las ubres de la vaca para ordeñarla y ella casi gritó de alegría cuando consiguió sacar la leche. Esta vez fue ella la que se abrazó al muchacho.

—¡*S'ñora L'ngfello*, ya sabe sacar leche! —gritó contento.

—Mathew, llámame Mary, ya somos amigos —le aclaró ante la dificultad del joven para pronunciar su apellido de casada.

—Mary —repitió aliviado—, más bonito. El otro nombre de señora vieja.

—¡Mathew! —le llamó la atención: la había llamado vieja, pero no pudo evitar reírse a carcajadas.

Mathew volvió antes del anochecer como Mary había prometido, con su tarta de zanahoria bajo el brazo, además de unas manzanas y un guiso de carne, para agradecer a los Sinclair su ayuda.

Al día siguiente ya no necesitaría la ayuda del muchacho, que le había explicado todo lo básico que necesitaba saber, pero ella le prometió que iría a su casa después del almuerzo con su bizcocho de chocolate. Mary había decidido no pasar sola las tardes. Aunque sabía que Thomas no quería que frecuentara a los Sinclair, no tendría por qué enterarse... al menos más allá de lo que ella le contara. No tenía intención de mentirle, por supuesto, pero no era necesario darle todos los detalles, pensó traviesa.

Después de un par de días de visitas, Mary se sentía muy cómoda. Había consentido en llamar a la señora Sinclair por su nombre de pila, Agnes, pero no hizo lo mismo con su esposo que seguía siendo el señor Sinclair muy a su pesar. En esos días, Mary había hablado de su infancia en el Saint Rose, del pastor Richards y de su admiración hacia él, de Londres... pero seguía sin saber casi nada de sus anfitriones. Tenía la sensación de que, si les preguntaba, les iba a poner en un compromiso: como si les obligase a relatar algo que no querían contar.

En cierto momento todos se quedaron en silencio, solo se escuchó el sonido de la taza de té de Mary al colocarla en su platillo. Para disimular, miró alrededor de la cómoda estancia, observando los detalles de aquella caótica pero acogedora salita. Al final, inconscientemente, su

mirada se posó en las piernas del viejo Sinclair, con una muda pregunta en la mirada. Sinclair pareció leerle el pensamiento y sonrió tristemente.

—Fue en Gettysburg, en el 63...

Mary lo miró apurada, no había querido ser entrometida.

—Lo siento, yo...

—No pasa nada... Usted nos cuenta unas cosas, yo le cuento otras... No le dé vergüenza preguntar, mi niña. Si no le contesto a algo es porque lo considero muy desagradable para sus oídos o muy duro de recordar...

—De verdad que no hace falta que me cuente nada, no quiero hacerle sufrir, nada más lejos de mi intención. Ni siquiera sé que es Gettysburg, señor Sinclair.

En aquel momento, la mente del viejo parecía estar muy lejos de allí y una expresión de pena cruzó su rostro. Mary se mordió el labio, arrepentida, pensando que no tenía que haber dicho nada.

—¿Gettysburg? Gettysburg fue el infierno en la Tierra...

—*Papa...* no tienes porqué... —lo interrumpió Agnes, pero él la ignoró.

—... fue una de las batallas más cruentas que libramos contra los Confederados. Cuando me incorporé a filas yo era un muchacho con grandes ideales y un ángel como prometida... —dijo cogiendo de la mano a Agnes y llevándosela a los labios—. Los primeros meses libramos pequeñas batallas desde una posición ventajosa: me creía el rey del mundo. Luego me mandaron a Gettysburg con mi compañía, un grupo de chicos que había dejado de vestir pantalón corto en apenas unos meses, y con los mismos ideales y afán de batallas gloriosas... Pero aquello no era nada de eso... Era un boquete infecto, una trampa mortal para ambos bandos. Caían como moscas... Después de varios días de sangrienta batalla, un proyectil de su artillería cayó cerca de mí. Me hubiera matado si me hubiera dado de lleno, pero solo fueron mis pobres piernas las que saltaron por los aires. En un alto al fuego para recoger cadáveres, me subieron a un carro dándome por muerto y eso me salvó la vida. Alguien me escuchó respirar... Me llevaron a la enfermería pensando que moriría en pocas horas, pero no lo hice: sobreviví a mis heridas y a las fiebres que vinieron después. Tras tres meses de convalecencia me licenciaron. Volví a casa con la firme intención de romper el compromiso con mi bella Agnes, pero ella no quiso oír hablar de ello: me miró de arriba abajo y, ¿sabes qué me dijo?

—No —contestó Mary intrigada.

—«¿Sabes, Mathew? Nunca me gustaron tus pies...»

Mary soltó una carcajada. No sabía si era lo propio, pero le pareció tan divertido que no pudo evitarlo y todos rieron. Aquellas risas frenaron las lágrimas que amenazaban por asomar ante tan emotiva historia.

Se hizo el silencio de nuevo.

Al rato, Mary, curiosa como siempre, quiso preguntar algo, pero se lo quitó de la cabeza y se ruborizó como un tomate.

—Mary, ¿qué le ronda por esa cabecita? —preguntó Mathew curioso.

Ella sintió cómo le ardían las mejillas. ¿Se atrevería a preguntarlo? En fin, ¡qué demonios...!

—Mathew nació después... —haciendo cálculos mentales entre la fecha de la batalla y la edad que más o menos tenía Mathew.

—¡Claro! Me cortaron las piernas de rodillas para abajo, pero el resto está intacto... —dijo divertido el hombre, aguantando a duras penas la risa.

Mary quiso que la tragara la tierra. ¿Por qué tenía que ser tan curiosa? ¿Cómo podía preguntar

esas cosas? En Saint Rose la hubieran dejado a pan y agua tres días, por descarada. Aun así, insistió:

—¿No quisieron más hijos?

Si por ella fuera tendría media docena. Agnes la miró con tristeza.

—Ay, sí, hija... Pero cuando estaba encinta enfermé de viruela, me salvé de milagro y Mathew también... Ya no pude tener más hijos, pero soy feliz con mi pequeña familia.

Mary quiso cambiar de tema. ¿Cómo había podido tener tan poco tacto? Pero no sabía qué preguntar sin complicarlo más. Agnes la sacó del apuro.

—¿Ya ti? ¿Qué te parece tu nuevo hogar?

A Mary se le iluminó la cara.

—¡Jamás me imaginé que podría tener tanta suerte! ¡El sitio es precioso! —dijo con gran entusiasmo—. ¡Y huele tan bien! Londres es un poco sucia —lo dijo tímidamente, como si no quisiera ofender a su lugar de nacimiento—. He sido muy afortunada. En el orfanato no tenía grandes opciones: o servir o casarme con algún estibador del puerto o alguien similar. No es que no sean hombres honorables, ni yo sea exigente... —intentó justificarse. No quería ser injusta con personas a las que no conocía, por mucha fama de bebedores de ginebra que tuvieran, pero... algo le decía que hubiera sido desdichada—. El pastor Richards cuidó todo lo que pudo de mí, dada las circunstancias, pero poco más podría haber hecho cuando tuviera que partir del orfanato... No está casado... y ya es mayor para casarse, según él... Desde luego, no podía llevar una muchacha soltera a su casa, ni siquiera para servir —dijo sonrojada—. Por eso, cuando me ofreció trabajar en una buena casa o el matrimonio con un granjero, vi el cielo abierto. Me daba pánico viajar a tierras extrañas y casarme con un perfecto desconocido, pero algo me dijo debía venir... Bueno, la insistencia del buen pastor también tuvo algo que ver: confiaba ciegamente en él.

—Hizo bien, mi niña. Hubiera sido un desperdicio emplearla como doncella de una chiquilla mimada. Longfellow es uno de los mejores hombres de los alrededores y se merece un poco de felicidad después de tanto sufrimiento...

«¿Tanto sufrimiento?», se preguntó Mary. Era cierto que enviudar dos veces era motivo para sufrir, obviamente, pero Mary notó algo más profundo en las palabras de Agnes y supo que debía averiguar lo que ocultaban. Era ahora o nunca...

11. Sybill Preacher

—Agnes... parece que conoce muy bien a mi marido, pero...

—¿Pero...? —la animó Agnes.

Mary dudó. La anciana sonrió y concluyó por ella.

—Quieres saber qué pasó entre Longfellow y nosotros...

—*Mama...* —le advirtió su marido con el ceño fruncido, en señal de clara amonestación.

—¿Qué? —le desafió—. Debería saberlo...

—Pues que sea él quien se lo cuente.

—Sabes de sobra que no lo va a hacer...

—¡Es asunto suyo! —exclamó molesto.

Mary presenciaba la discusión en silencio, sintiéndose como una intrusa.

—Pero sabes que podría evitarse otra desgracia...

—No funcionó con Hannah, ni con Sarah, ni con sus predecesoras... ¿Por qué iba a funcionar ahora? —dijo con tristeza.

—Pero Mary es distinta —dijo señalándola vehementemente—. Es valiente, ¿no lo ves? —protestó alzando los brazos al cielo—. Ha cruzado todo un océano sin saber qué la esperaba y sé que se ha enamorado, no hay más que verlo en sus ojos y en el cariño que desprenden sus palabras.

—¿Y si solo es palabrería de viejas matronas? —insistió su marido.

—No te atrevas, Mathew Sinclair, a ignorar algo tan serio como una maldición —sentenció en un tono que sonó casi peligroso.

Mary perdió la paciencia.

—¡Basta! Estoy aquí, ¿recuerdan? ¿Qué es todo este galimatías?

Agnes dudó antes de contestar:

—Verás, Mary, tu marido y yo discrepamos en ciertas creencias... —Sinclair suspiró de alivio: no le había dicho nada relevante—. La gente de los alrededores piensa que soy bruja. Nada más lejos de la realidad, solo soy... excéntrica —se apresuró en aclarar, al ver la cara de asombro de Mary—, pero sí que, en cierto modo, estoy ligada a ciertas historias, digamos, extravagantes, igual que tu marido... —añadió en un susurro.

Sinclair se llevó las manos a la cara. «Ya está, ya lo ha soltado», pensó apesadumbrado.

—¿Qué historias? —la animó Mary.

—No sé, Mary... tal vez Longfellow se enfade si te lo digo: papa tiene razón, no debería haber dicho nada...

—¡Oh, Agnes! ¡No me puede dejar así! Yo no le voy a decir nada a Thomas, a menos que me pregunte —sonrió maliciosamente—, y no voy a dar pie a que lo haga...

Agnes miró a su marido, que se encogió de hombros.

—A mí no me mires, has abierto la caja de Pandora tu solita. Yo me lavo las manos...

Agnes suspiró y se acomodó como si fuera a contar una larga historia.

—Sybill Preacher.

—¿Eh? ¿Quién es esa? —preguntó la muchacha entre curiosa y molesta.

—Una bruja de verdad —Mary frunció el ceño ante tal información—. Pero no te preocupes, lleva mucho tiempo muerta. Hace muchos años, en tiempos de la caza de brujas de Salem, muchas inocentes fueron juzgadas y muchas brujas verdaderas se salvaron gracias a sus artes. Sybill fue una de ellas. Todo apuntaba, a pesar de sus habilidades, a que no era mala chica. Le gustaba fantasear como lo hacen las muchachas normales: tener una bonita casa, vestidos, casarse, tener hijos... Un día, cuando contaba unos dieciocho años, un nuevo colono procedente del viejo continente llegó al pueblo. El guapo Jeremiah Longfellow era un hombre con muchos proyectos y pocos medios. Era algo mayor que ella, elegante y de buenas maneras: todo un caballero, ya me entiendes. Ella no dejaba de ser una muchacha soñadora y enamoradiza... y, como era previsible, se quedó prendada de él. Jeremiah jamás le hizo promesa de amor alguna, pero se dejaba agasajar por la bella Sybill, confundiéndola y haciéndola creer que se había enamorado de ella. Tan convencida estaba de su amor que no quiso hacer uso de sus artes. Pero un día, Longfellow se prometió a otra mujer —ni siquiera la amaba, pero era la hija de un terrateniente, del cual sacaría tajada— y se casó con ella. Sybill quedó con el corazón roto y el alma llena de ira. Ante ese dolor, juró que, a partir de entonces, todos los Longfellow serían eternos viudos. Ninguna esposa les sobreviviría. Les maldijo para que sufrieran distintas desgracias y muriesen a los pocos años de matrimonio: de hecho, no creo que ningún Longfellow haya superado los diez años de casado... Condenó a los hijos pequeños que hubieran engendrado en esos años a quedar bajo el único cuidado de su padre —dijo apenada. Suspiró, continuando su relato—: Sin embargo, Sybill, en un arranque de cordura, decidió darles una oportunidad para redimirse: el hechizo se rompería cuando la esposa estuviera realmente enamorada y tuviera el valor de enfrentarse a sus artes de bruja. La maldición fue escrita en un trozo de papel y guardada en un guardapelo que Sybill llevó consigo toda la vida. Obligó a todas las esposas que supieron de su existencia a enfrentarse a ella, pero ninguna lo hizo, por supuesto. El día de su muerte pidió que enterrasen el guardapelo junto a su lápida; estaba resentida pero no era malvada del todo, y de esta manera dio la oportunidad de deshacer el hechizo a aquella mujer que se atreviese a desenterrarlo y a quemarlo.

Mary se quedó sin palabras y luego reaccionó:

—¿Thomas sabe todo esto?

—¡Claro! Pero dice que son supersticiones de vieja, por eso discrepamos. Aunque la tumba de Sybill está a diez kilómetros al norte de aquí, eso prueba que la maldición existe...

Mary estaba confusa; aquello era demasiado fantasioso para ser verdad.

—Pero, si Thomas no lo cree... no sé si creérmelo yo. Es tan fantástica la historia que... no sé... Además, si fuera verdad, cualquier esposa lo podría haber hecho...

—Algunas no tuvieron agallas, y otras ni siquiera conocían la historia... Ha sido un poco tabú en la familia Longfellow.

—Pero usted conoció a Hannah y a Sarah... ¿también se lo contó?

—Claro...

—¿Entonces...?

—Hannah nunca estuvo enamorada de Longfellow... Y no le dio demasiado crédito a la historia.

—Pero Sarah sí estaba enamorada... o al menos Thomas lo estuvo —dijo con un tono mezcla de celos, pena y resignación.

—Sarah bebía los vientos por él, pero fue tan feliz a su lado que nunca creyó en una maldición en la familia de su marido... puesto que ni siquiera él lo creía. Me tenía aprecio, pero siempre me tomó como la vieja loca del pueblo.

—Y tal vez tú tampoco deberías creerlo —dijo Sinclair irritado—. La gente muere cada día: esas mujeres no eran ninguna excepción... Esta tierra es hostil. Bella, pero muy dura. Las enfermedades son frecuentes cuando viene un invierno duro, una mala cosecha o un periodo de sequía o inundaciones. Ahora tenemos un doctor en el pueblo y un hospital en Boston, pero antes...

—¡Papa!

—Ni *Papa* ni rábanos fritos... le has llenado la cabeza de pájaros a Mary —dijo muy disgustado.

—Yo... —murmuró la chica.

—Mary, tú querías saber y yo te he contado... —dijo tuteándola por primera vez—. Ahora juzga por ti misma. Pero, por favor, no le digas a Longfellow que te lo he contado: no dejaría que fuésemos amigas y no quiero que eso pase...

Agnes lo dijo con tanta incertidumbre y con tanto miedo a perder a su nueva amiga, que a Mary se le encogió el corazón.

—No te preocupes, Agnes —le tuteaba también—, para mí ha sido como un cuento que me has contado antes de dormir —dijo sonriendo—. En fin, debo irme, es tarde. Mañana tal vez venga otro rato.

Abrazó a la mujer, le dio un beso en la mejilla a Mathew y le estrechó la mano a Sinclair.

De camino a casa Mary pensó en lo que le había contado Agnes. La verdad era que no le veía mucho sentido, la gente enviudaba cada dos por tres... Pero si pensaba en Thomas, que había tenido tres esposas contándose a sí misma, tal vez hubiera algo de verdad... Descartó inmediatamente aquella idea: su marido era solo un simple granjero que había tenido muy mala suerte en el amor, algo que ella estaba dispuesta a cambiar.

Una vez en la cama no dejó de darle vueltas a la cabeza. Le parecía una historia muy romántica y sintió compasión por Sybill, a pesar de que hubiera maldecido a los Longfellow. Pensó que lo hizo porque le habían partido el corazón. No justificaba su mala acción, por supuesto, pero en el fondo de su corazón afloró una solidaridad femenina que hizo que la comprendiera: ella había descubierto por sí misma que haría cualquier cosa por Thomas. A pesar de eso, su educación religiosa le hacía ver que el fin no justificaba los medios, y que Sybill tendría que haberse buscado otro hombre. Sí, debería haber intentado ser feliz... Pero no podía evitar sentir cierta empatía por ella. ¿Habría sido Jeremiah tan guapo como Thomas? ¿Y tan protector? Si lo había sido, entendía perfectamente a Sybill...

12. El sueño

Pronto se quedó dormida.

Esa noche, un sueño muy especial se abrió paso en su consciencia:

«Era una muchacha de hermosa melena negra, no le veía bien la cara, porque las sombras de un bosque se la tapaban. Dedujo que debía ser muy bonita. Señalaba con dedos finos y elegantes hacia dos árboles que con sus ramas formaban un arco, como si del pórtico del jardín de una gran casa se tratara. No se podía decir que fuera de noche, pero tampoco de día: parecía más bien un día cerrado en amenaza de lluvia. Hubiese podido ser inquietante, pero Mary no estaba asustada. Dio unos cuantos pasos vacilantes y atravesó aquel arco natural, que daba paso a un pequeño claro. Al fondo, había un pequeño y rústico cementerio con una veintena de lápidas y otras tantas cruces. Mary entró en el cementerio; la muchacha de cabellos negros ahora mostraba su cara: forma de corazón, grandes ojos oscuros y labios finos, que mostraban una sonrisa serena sin mostrar la dentadura. Miraba a Mary con expresión cómplice, como si quisiera que fueran amigas; estaba al pie de una tumba —la más bonita de todas—, de una piedra caliza blanca como la nieve. La parte superior estaba rematada con una talla en forma de hojas, parecían ramas de laurel apoyadas delicadamente. Antes de leer la inscripción, Mary ya sabía a quién pertenecía aquella sepultura, y, aun así, fijó su vista en las letras labradas: «Sybill Preacher», aquel era el nombre tallado en una bonita caligrafía, elegante y pulcramente rematada. Ni una palabra más.

La extraña muchacha le indicó que se acercara, pero Mary no lo hizo. Su silueta era hermosa y su ropa de calidad, a pesar de ir totalmente vestida de negro. Su semblante era ahora serio, pero no inspiraba miedo alguno. Levantó lánguidamente la mano, una mano de piel inmaculada. Una cadena de plata de la que pendía un guardapelo preciosamente esculpido ceñía su esbelta muñeca. Se lo mostró a Mary, que lo miró sin acercarse aún. Con la otra mano, la misteriosa joven activó el complejo mecanismo de apertura, dejando a la vista un papel enrollado. De repente apareció justo delante de Mary, que dio un respingo: no la había visto moverse, simplemente, ahí estaba. Colocó el rollo de papel en la palma de la mano de Mary y con un dedo lo tocó. El pergamino empezó a arder, y en pocos segundos quedó calcinado. Mary no había retirado la mano ni sentido dolor alguno.

Luego, la figura hizo que se arrodillara frente a la lápida, se llevó un dedo la cara a la altura de los ojos, pidiéndole a Mary que observara. Con el índice señaló el hueco entre el nombre y el apellido; arrastró el dedo hasta la base de la piedra y apoyó la palma de su mano sobre la tierra. Desplazó la mano cuatro veces y Mary entendió que estaba midiendo una distancia. En un punto concreto, detuvo el movimiento e hizo ademán de excavar, sin llegar a hacerlo.

—Ahí está, ¿cierto? —Mary no se atrevió a nombrar el guardapelo.

La muchacha asintió.

—¿Muy profundo?

La figura contestó mostrándole cuatro dedos.»

13. ¡Ultraje!

Mary despertó agitada. Ya había amanecido y seguía sin dar crédito a su sueño. ¿Le había indicado Sybill dónde encontrar el colgante? ¿O había sido todo fruto de su imaginación, alentada por el cuento de Agnes?

Ese día decidió no volver a ver a los Sinclair por un tiempo: no estaba preparada para más cuentos. Thomas ya la había advertido y sintió como si le hubiera traicionado.

A la mañana siguiente, la visitó de nuevo el muchacho de correos, con un telegrama: Thomas tardaría aún dos o tres días. Se le cayó el alma a los pies; no se había dado cuenta de cuánto lo echaba de menos.

Ocupaba los días como podía. Se empezó a dedicar a la costura aprovechando los retales que había comprado en el pueblo para hacer cortinas, sábanas y algo de ropa.

Una tarde, decidió dar un paseo para respirar aire fresco. Aprovechó para llevarle flores a Hannah y Sarah. Después de un rato rezando, siguió con su paseo. Cuando llevaba un buen trecho, escuchó una voz desconocida a sus espaldas:

—¿Se ha perdido, señorita? —preguntó un hombre de edad indefinida.

Su aspecto era algo desaliñado. Cargaba una escopeta y varios conejos muertos, colgados de la espalda. Vestía de pieles, mascaba tabaco y una barba incipiente le daba un aspecto un tanto tétrico. Mary se sobresaltó un poco, pero no se lo hizo ver.

—Es señora en realidad. Y no, no estoy perdida. De todas maneras, gracias por su interés, caballero —Mary hizo hincapié en su estado de casada, para que supiera que no estaba sola. No se fiaba de aquel hombre—. Si me disculpa...

—¡Vaya! ¡Qué acento tan encantador! ¿Es usted inglesa? —al hombre no pareció importarle si era señora o señorita.

—¿Acaso no es obvio? —Mary empezaba a estar molesta, solo quería salir de allí y volver a casa. «¿A casa?», se preguntó. Y pensó en Thomas, en la noche de lectura, en las bromas, en sus enfados y en sus torpes disculpas... Un sentimiento de esperanza se abrió paso en su pecho: tal vez, si pudiera ser su casa, al fin y al cabo...

Él se llevó la mano al sombrero e inclinó un poco la cabeza.

—Disculpe, he sido muy descortés. Me llamo John Smith... Sí, lo sé, es un nombre simple, para un simple hombre —rio como si hubiera hecho un buen chiste, mostrando unos asquerosos dientes amarilleados por el tabaco.

«Vaya, otro Smith, ¿por qué no me sorprende?», se preguntó a sí misma poniendo los ojos en blanco mentalmente.

—Encantada, señor Smith... —se obligó a decir con una rápida genuflexión.

—Pensé que las mujeres inglesas tenían más modales... no me ha dicho su nombre...

—No solemos presentarnos a desconocidos en medio de un bosque... sería una falta a toda propiedad y saber estar —replicó altiva, para esconder el miedo que empezaba a aflorar.

—*Touché*, señora... —Mary suspiró; era insistente. Quizás si le decía su nombre la dejaría en paz.

—Longfellow, Mary Longfellow. —Él soltó una carcajada.

—Vaya... qué interesante, el viejo Longfellow ha embaucado a otra incauta...

—¡No es viejo! —lo defendió—, al menos es diez años menor que usted...

—Además de incauta, brava. Me gusta. —La miró descaradamente de arriba abajo, posando de manera insolente la mirada en su busto y sus caderas.

Mary pasó del miedo al pánico. Había algo en aquel hombre que no le gustaba nada.

—Esas caderas y ese pecho son buenos para criar hijos —Mary enrojeció de la cabeza a los pies—, lástima que Longfellow no tenga cartucho en su recámara. Las pobres Sarah y Hannah lo vivieron en sus carnes —se rio de nuevo escandalosamente. De repente, calló, como si hubiera caído en algo. En su cara se dibujó una sonrisa maliciosa—. Tal vez yo pudiera hacerle un favor, Longfellow ni siquiera tendría que enterarse... —dijo amenazadoramente, mientras soltaba su carga. Poco a poco se le fue acercando, como si fuera una presa—. Ese bastardo ha tenido mucha suerte: primero una morena, luego una pelirroja y ahora una rubia... Es muy egoísta por su parte quedarse con todas las muchachas bonitas que se cruzan en su camino... Debería compartir... Es más, creo que va a hacerlo en este preciso instante...

Mary abrió los ojos como platos, consciente de las intenciones de aquel tipo. Presa del pánico, intentó escapar, pero un árbol que tenía a la espalda se lo impidió. El individuo la atrapó entre su cuerpo y el robusto tronco. Con un movimiento rápido le rasgó la blusa, dejando el corpiño y sus exuberantes pechos al aire. Intentó gritar, pero él le puso una mano en la boca. La joven casi se desmayó ante la pestilencia de aquellas sudorosas manos. La presionó con toda la fuerza de su cuerpo, mientras con la otra mano la amenazó con una navaja que Mary no alcanzó a ver de dónde había sacado.

—Si gritas, te mato... Y ahora, vamos a ver esas bellezas —dijo señalando su pecho con la punta del cuchillo.

—Como siga, juro que seré yo quien le mate —jadeó ella en un intento de ser valiente, esforzándose en imitar burdamente las amenazas de las chicas mayores del orfanato.

—Vaya... nos ha salido brava —respondió, llevando la navaja al cuello de Mary. El pavor que vio en sus ojos, le hizo sonreír malvadamente, y salivó—. Ahora quietecita, y no te pasará nada... Solo vamos a divertirnos un poco...

—Suélteme, o mi marido...

—¡Cállate, zorra! —dijo propinándole un bofetón—. ¿Qué marido deja a su mujer pasear sola por ahí? —Mary supo que estaba perdida. Smith empezó a besarle el cuello, dejándole un reguero de asquerosas babas por toda la piel, y a pellizcarle los pechos sin miramiento alguno—. ¡Madre mía! ¡Estas sí que son unas buenas tetas! —Mary cerró con fuerza los ojos, humillada, asqueada y escandalizada del lenguaje soez de aquel individuo. La tenía inmovilizada y no podía hacer nada. Se encomendó a Dios mientras aquel bastardo le subía la falda—. Venga, gatita, vamos a ver qué encontramos debajo de tanta tela de suave algodón —soltó en tono lascivo. Tiró del cordón de sus pololos con un movimiento rápido, dejándolos caer al suelo. Mary apretó los dientes y unas lágrimas silenciosas empezaron a caer por sus mejillas. Smith metió la rodilla entre sus piernas, entumecidas por esfuerzo por mantenerlas cerradas. Notó cómo su miembro ya estaba preparado para avanzar. Mary no pudo evitar un grito desgarrador cuando aquel mal nacido la empaló literalmente. Aquella invasión de su cuerpo, la hizo sentir sucia: jadeaba de indignación, forcejeaba por escapar de aquella humillante situación, y aquel esfuerzo acrecentó la lascivia de Smith, que creyó que los jadeos de la chica eran de placer. Aumentó la violencia de las acometidas. Un aullido de profunda frustración escapó de la garganta de la joven, cuando un líquido caliente invadió su cuerpo y le resbaló entre las piernas... El sujeto sacó su asqueroso miembro y se dejó caer contra ella, diciéndole verdaderas obscenidades al oído—. Vaya coñito

prieto... Longfellow estará contento de que se lo haya dejado preparadito... Qué suerte tiene ese hijo de perra, estas tetas son para hacerles un monumento... —Mary estaba completamente desconsolada, hubiese querido morir en aquel preciso instante.

Un disparo se hizo eco en el aire. Smith se había quedado rígido y Mary dejó de sentir su peso. Alguien había lanzado a su agresor por los aires y ella se aferró al árbol para no caer. Vio como Mathew forcejaba con Smith. El muchacho cogió una piedra y se la estampó a su agresor en la cara, y el sujeto se tambaleó. Todo ocurría muy deprisa. Un disparo impactó en el brazo de Smith, que maldijo entre dientes.

—Smith, ¡hijo de perra! ¿Qué has hecho, mal nacido? —gritó una Agnes enfurecida, amenazándolo con una escopeta—. ¿Cómo te has atrevido a tocarla? ¡Malnacido! ¡Hijo de puta!

—Si solo estábamos jugando, vieja bruja —se burló—. Otro disparo impactó en su pierna. Smith se retorció de dolor.

—Huye, maldito, porque si Longfellow te encuentra, te mata —dijo amenazadoramente—, y no quiero que vaya a la horca por tu culpa —siseó furibunda.

—¿Crees que me asusta? Es un pobre desgraciado al que no quiere nadie. Seguro que esta belleza no ha tenido más salida que casarse con él. A saber de qué burdel ha salido —Mary jadeó indignada—. Venga, rubia, no te hagas la ofendida. ¿Qué mujer en sus cabales se casaría con el eterno viudo? —dijo escupiendo sangre, tenía la mejilla sangrando de la pedrada. Agnes con un semblante tan serio que asustaba, cogió una lagartija que pasaba por allí y dijo con voz grave y clara:

—John Smith: yo te maldigo, que tu hombría se caiga a pedazos, que tu cuerpo huela a podredumbre, que nadie se te acerque, que te quedes ciego si vuelves a mirar a una mujer lascivamente y que te vuelvas loco si tienes pensamientos impuros...

Seguidamente descuartizó a la lagartija y se la lanzó a Smith a la cara, quien se sobresaltó evidentemente asustado. Había estado escuchando la maldición con ojos como platos y pavor en sus entrañas, y cuando la lagartija resbaló por su pecho dejando un reguero de sangre, el hombre huyó despavorido a pesar de las heridas producidas por los disparos. Mary observó todo atónita, luego se miró a sí misma y su estado deplorable; en ese instante fue consciente de lo que había pasado y se desmayó.

14. Consejos

Cuando volvió en sí estaba en su cama. Miró alrededor desorientada. Agnes estaba sentada a su lado con cara de preocupación. Su alivio fue evidente cuando vio a la muchacha despierta.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —preguntó con la voz más dulce que había escuchado Mary en su vida. Ella se llevó la mano a la mejilla dolorida, recordó todo lo ocurrido y rompió a llorar. Agnes se levantó de la silla y se encaramó a la cama, abrazándola con ternura. Al sentir sus brazos cálidos, Mary lloró aún con más fuerza—. Shhh... mi niña, ya pasó —dijo acariciándole el cabello y meciéndola como a un bebé—. Tranquila, estoy aquí contigo —siguió mientras la besaba en la sien.

—Oh, Agnes, ¡ha sido horrible! Ese hombre... Ese hombre... Me ha —era tan horriblemente vergonzante que no le salían las palabras, todo eran sollozos e hipos.

—Lo sé, mi niña, lo sé, pero ya no se acercará más... —Mary recordó la maldición.

—Tú le hiciste huir... Dijiste que no eras...

—¿Bruja? Y no lo soy, pero ese mal nacido cree que sí y huyó con su propio miedo.

—¡Ay, Agnes! ¿Qué voy a hacer? Estoy deshonrada, mi marido se avergonzará de mí... Creerá que soy como mi madre... En el mejor de los casos me devolverá a Londres...

—No digas tonterías, niña, Longfellow no haría tal cosa, no ha sido culpa tuya...

—Pero salí sola... Ya se enfadó una vez... Me advirtió...

—¡Basta! Tú no tienes la culpa y punto. Ahora, dime, ¿cómo te sientes? ¿Qué te duele?

Mary se señaló avergonzada la entrepierna y la cara.

—¿Puedo? —dijo Agnes señalando a su camisón. La muchacha se lo alzó tímidamente. Agnes la examinó.

—Gracias a Dios, no ha hecho mucho destrozo. Nada que no se pueda curar con un poco de linimento... Suerte que Mathew se empeñó en ir a las tumbas y te vimos, que si no...

Mary se persignó solo de pensar que podía haber muerto.

—Y suerte que siempre voy armada, nunca se sabe cuándo se te puede cruzar un conejo...

—Agnes... ¿Siempre es así?

—¿A qué te refieres, preciosa?

—Al dolor. ¿Cómo pueden soportarlo las mujeres? Con Thomas dolió y ahora... Fue insoportable.

Agnes apretó los dientes, indignada.

—Malditas matronas estiradas... —masculló—. ¿No te han explicado nada sobre lo que te esperaba en el matrimonio, aparte de cuidar fervorosamente de tu marido?

Mary se mordió el labio y casi inaudiblemente dijo:

—Solo me explicaron la cópula con gatos. —Ya no se sentía avergonzada sino ridícula.

—¿Qué?

—Gatos —repitió.

Agnes suspiró.

—A ver, mi niña: la cópula, como tú lo has llamado, es el acto más maravilloso que un matrimonio pueda compartir. Es un acto de amor, de confianza, de pasión, de placer... Sí, no me mires con esa cara, he dicho placer. La intimidad nos hace un solo ser. Es el mayor regalo que

Dios te pueda dar y encima es la forma de tener hijos. ¿Qué hay más hermoso que crear un ser desde un acto de amor? Pero somos almas dentro de un cuerpo, y el cuerpo tiene que adaptarse a los cambios. Las primeras veces duele, pero porque tu cuerpo se tiene que amoldar al de tu amado.

—Pero lo de hoy no ha sido...

—¡Eso no ha sido amor, por supuesto, ha sido una agresión en toda regla! ¡No tiene nada que ver! —Mary comenzó a llorar de nuevo.

—Estoy mancillada. Thomas...

—¡Por el amor de Dios, no tiene por qué enterarse! —se exasperó la anciana.

—Pero ¿y si lo nota...? Mi cara... Mi... ya sabes...

—La cara puede ser por cualquier cosa. Y tu... no está tan magullado, no creo que se fije. Y siempre puedes decir que son cosas de chicas: huirá despavorido sin preguntar, a los hombres no les gusta hablar de ello. —De repente se quedó callada, con una cara desencajada.

—¿Qué? —se asustó Mary al ver su cara.

—¿Cuándo te toca tu próximo sangrado?

—¿Cómo?

—Ya me has oído. —Mary frunció el ceño cada vez más confusa: hizo cálculos mentales.

—En un par de días, aproximadamente. —Agnes puso cara de alivio: no era probable que aquel bastardo la hubiera dejado embarazada—. Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

Agnes puso los ojos en blanco. ¿Es que mandaron a esa chiquilla a enfrentarse a un matrimonio sin el conocimiento básico? Suspiró frustrada.

—Mary, eres más inocente de lo que pensaba: tu sangrado indica que puedes concebir hijos. Tu cuerpo se prepara todos los meses para un posible bebé y, si no se concibe, sangras. Si dejases de sangrar después de haber estado con un hombre, indicaría que te has quedado embarazada.

Mary se puso blanca y se mareó. ¿Habría concebido un hijo de ese...?

Agnes le cogió de la mano y le dio unas palmaditas reconfortantes.

—Tranquila, es muy poco probable que te hayas quedado. Normalmente, los días de antes y de después del sangrado son seguros: el peligro es a la mitad.

—Pero ¿y si...?

—Siempre hay riesgos, claro... Pero bueno, tú ya has estado con Thomas... no tiene por qué saber...

—¿Qué dices, Agnes? ¡No puedo engañar a mi marido llevando un hijo que no es suyo!

—Tampoco sabemos si es suyo o no, en el caso de que estuvieras embarazada...

—¡Ay, Agnes! ¿Qué voy a hacer?

—Pues rezar para que sangres y Thomas no se entere...

—Claro, sería una vergüenza...

—No. Sería un asesinato, porque iría tras Smith para meterle una bala en el entrecejo. Y ya ha sufrido mucho, no podría soportar lo que te han hecho... Se culparía de haberte dejado sola...

—Ya veo... —dijo abatida.

Agnes se quedó un par de días con ella, yendo y viniendo para no desatender a su marido. Cuando volvía a la granja de Longfellow una tarde, Mary la recibió con un abrazo.

—¡Estoy sangrando! —dijo entre llantos de alegría. Agnes sintió un gran alivio.

—Me alegro, mi niña —dijo llorando con ella, acariciándole las mejillas.

—Agnes, gracias por todo. No sabría que hubiera hecho sin ti —le dijo con adoración. La anciana la abrazó más fuerte y cambió de tema.

—¿Cuándo vuelve Longfellow?

—Mañana debería estar aquí.

—Pues yo no debería venir mañana...

—¡Oh, no! ¡Tú eres bienvenida a esta casa siempre que quieras!

—Es mejor así...

—Pero...

—Sin peros. De todos modos, nos veremos a menudo: vamos mucho a ver las tumbas de Hannah y Sarah —dijo guiñando un ojo.

Mary sonrió con tristeza.

15. Reencuentro

Era mediodía cuando Mary escuchó unos caballos relinchar. «¡Thomas!», pensó con entusiasmo, y salió corriendo de la casa.

El carro de su marido se acercaba lentamente. Llevaba atados cuatro vacas y tres terneros, y en el interior, barriles apilados y otras muchas cosas.

—¡Thomas! ¡Thomas! —gritó de alegría mientras corría hacia el carro. El hombre sonrió ante tal recibimiento.

—¡Sooo! —paró los caballos mientras Mary se remangaba las faldas y subía de un salto al pescante, para arrojarle literalmente en sus brazos.

Thomas se dejó hacer. Recibió aquel abrazo como agua de mayo y la apretó contra sí: olía a bizcocho de limón, a romero y a lavanda. ¡Cómo la había echado de menos! ¡Condenada chiquilla! Mary le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Te he echado de menos, Thomas —susurró junto a su cuello. Por alguna razón Thomas se sintió eufórico ante aquella afirmación.

Bajaron del carro. En silencio descargaron las cosas y atendieron a los animales. Una vez en la casa, Mary se le quedó mirando sonriente, pero no dijo nada. Aun así, y a pesar de aquella sonrisa, Thomas la notó algo cohibida.

—Vaya, ¿se te ha comido la lengua el gato? —dijo divertido. Ella sonrió más ampliamente, pero no dijo nada. Él se encogió de hombros y le contó toda su transacción: cómo había conseguido las vacas y la mercancía, y cómo había pensado en ella... y lo arrepentido que estaba por haberla dejado tanto tiempo sola.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho?

—Pues coser, las cosas de la granja... Mmm... ¿Thomas...? Tengo que contarte algo —dijo con cautela.

—¿Qué? —preguntó cauteloso también.

—Como no sabía ordeñar la vaca... pedí ayuda a los Sinclair...

—¿Cómo?

—Me dijiste que fuera si era estrictamente necesario... Y la vaca tenía que ser ordeñada... Y me han hecho compañía... —Thomas aguantó el genio, se pasó la mano por el cabello, nervioso, y luego suspiró.

—Es culpa mía. No debí dejarte sola, ni siquiera pensé en la vaca... En fin, no te habrán contado nada raro... —Mary negó rápidamente: no quería mentirle, pero se lo debía a Agnes. Thomas supuso que la actitud de Mary había sido retraída porque no quería contarle lo de los Sinclair, y no le gustó que le tuviera que ocultar cosas... Para desechar ese pensamiento se levantó y cogió un paquete que le tendió a Mary.

—¿Y esto?

—Un regalo —dijo bruscamente, y malhumorado. Mary no entendía nada, pero lo abrió: era un precioso chal tejido delicadamente.

—¡Oh, Thomas! ¡Es precioso! —dijo acariciando el suave tejido azul. Él sonrió tímidamente.

—Lo tejí la hija del difunto: los vendía y... cuando vi este me recordó el día en que bajaste del barco. El mar tenía el mismo color y no pude dejarlo allí... —Lo cogió y se lo colocó sobre

los hombros. Cuando tuvo su cara cerca, reparó en algo en lo que no se había fijado con la euforia de la bienvenida: era la sombra de lo que habría sido un buen moretón.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Esto? —preguntó señalándose la mejilla izquierda sin atreverse a mirarle a los ojos—. Resbalé y me di con el canto de la puerta —algo en la voz de Mary hizo sospechar a Thomas. Estaba seguro de que había ocurrido algo.

—¿Seguro?

—Sí. —Seguía sin mirarle a los ojos.

—Ha sido Mathew, ¿verdad? No digo que el chico lo hiciera aposta... —gritó enfadado—. Te dije...—Mary se horrorizó ante tal acusación.

—¿Qué? ¡No! ¡Mathew jamás me pondría un dedo encima! ¡Pobre muchacho! ¡No merece tus acusaciones! —gritó furiosa. No podía creer que Thomas dijera aquello del bueno de Mathew.

—Mary... Si intentas protegerlo...

Mary lo miró a los ojos:

—Juro por las Sagradas Escrituras que Mathew Junior Sinclair no me ha puesto una mano encima.

Thomas no pudo refutar aquel juramento, pero no quería darse por vencido y de mala gana murmuró:

—¿Y sénior? —Mary puso los ojos en blanco, le pareció tan ridículo que estalló en carcajadas.

—¡Pero si es un anciano tullido! Podría alejarme de él con tan solo dos pasos, pobre hombre, si no puede con su alma... Thomas la vio reír y se dio cuenta de lo ridículo que había sido. Tenía razón, el pobre hombre no se merecía su acusación. La observó embelesado; ¡cómo había echado de menos esa sonrisa! La agarró por la cintura y la atrajo hacia él y ella soltó un gritito de sorpresa. La miró a los ojos:

—Mary ¿es qué no lo entiendes? Mataría a quien te hiciera daño —lo dijo tan solemnemente, que en su corazón supo que era verdad. Su marido era muy capaz de matar a un hombre... La sonrisa se desvaneció de los labios de la chica y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Bueno... pues ningún Sinclair me haría daño.

«Ningún Sinclair. Pero alguien más te ha hecho daño y no me lo quieres decir. ¿Por qué, Mary?», se preguntó a sí mismo. Pero no le dijo nada, solo la abrazó. Después de un rato en silencio, Mary recogió el chal del suelo donde había caído durante la discusión, y con una tímida sonrisa dijo:

—Voy a preparar la cena —él asintió.

Una vez en la mesa, Thomas quiso romper la tensión y se mostró más charlatán que de costumbre. Mary lo escuchaba con atención, le gustaba su voz. Le habló de su familia: su madre había fallecido cuando él tenía cinco años; su padre no se había vuelto a casar, por lo que se quedó como hijo único, pero su infancia había sido feliz. Mary no quiso empañar su relato con las sospechas de la maldición, Thomas estaba siendo tan abierto que no quería cohibirle. Para cambiar de tema decidió hablarle un poco del orfanato. Ya le había explicado que se trataba de uno de los mejores de Londres, por eso no había sido desdichada del todo... a pesar de ser hija de quien era. Por supuesto, se lo debía todo al pastor Richards, que nunca dejó que la reputación de su madre la salpicara, más allá de algunas burlas maliciosas.

—Ah, sí, tu mentor, ¿no? —dijo un poco celoso. Se imaginó que tal vez el clérigo quería amoldar a Mary a su conveniencia: se sabía que había muchos que criaban «sobrinas» para ciertos

menesteres. Mary no entendió por qué su marido había fruncido el ceño, pero se encogió de hombros.

—¡Sí! ¡Siempre se portó muy bien conmigo! ¿Te cuento un secreto? —dijo en tono confidencial.

Thomas sonrió y simuló ponerse serio.

—Claro... no deberías tener secreto alguno con tu marido. —Mary dudó. No podía ser, no era posible que sospechara nada. Le vio sonreír y suspiró interiormente.

—¿Y bien? Me tienes en ascuas...

—Mmm... Bueno jamás me atrevería a vilipendiar a un hombre santo, pero... Pero...

—Pero ¿qué?

—Pero... creo que me debería haber apellidado Richards —dijo de carrerilla, sonrojándose.

—¡No! —dijo divertido.

—Sí... —sonrió tímida—. Thomas se carcajeó.

—Vaya... el buen pastor no deja de ser hombre —dijo guiñando un ojo a su mujer—. Bueno, pues si es así, me alegro.

—¿Qué? ¿Ves bien que un pastor frecuente prostitutas? Era mi madre, pero... Pero... —Él le puso el dedo sobre los labios para callarla.

—Me alegro, porque así naciste tú, y dadas las circunstancias, y a pesar de ser un escándalo, cuidó de ti lo mejor que pudo...

—Eso es verdad, me podría haber abandonado a orillas del Támesis. Thomas... ¿tú crees que sería correcto escribirle y agradecerle todo lo que ha hecho por mí?

—Siempre que no le llames papá... —dijo riéndose.

—¡No te burles! —dijo dándole un manotazo.

—En serio, si te ha cuidado tan bien, le gustará saber que eres feliz, porque... lo eres, ¿no?

—Mucho —aquella escueta respuesta no agradó a Thomas, pero ¿qué podía esperar? Era una chiquilla que se merecía un chico de su edad. No quiso pensar demasiado en ello.

Mary se levantó y se dispuso a recoger. Mientras fregaba, la escuchó cantar en voz baja.

Mary se había puesto tan contenta al escuchar hablar a Thomas de felicidad que empezó a canturrear sin darse cuenta.

Cuando terminó sus quehaceres, encontró a su marido en la salita con el libro que tenía a medias. La esperaba con una sonrisa y ella suspiró, se sentó frente a él y se aclaró la garganta. Thomas se reclinó en el sillón y escuchó aquella preciosa voz; definitivamente, era un placer estar en casa. La hora de acostarse llegó con naturalidad, Thomas se volvió a adelantar y ya la esperaba en la cama. Mary tardó un poco más de lo habitual en acostarse, colocó una toalla en su lado de la cama y se estiró rápidamente, como avergonzada del gesto. Thomas se extrañó.

—¿Y eso?

—No me gustaría calar el colchón si me muevo mucho —respondió tímidamente y roja como un tomate. A Thomas le costó unos segundos entender, y cuando lo hizo fue su turno para sonrojarse; no estaba muy cómodo en cuanto a las intimidades femeninas... Sarah y Hannah habían tenido sus propias manías, supuso que la toalla era la manía de Mary.

—Buenas noches —dijo escuetamente.

—Buenas noches, Thomas —respondió Mary suavemente.

A la mañana siguiente, Thomas salió a trabajar temprano. Mary siguió con su rutina de costura y limpieza: echaba de menos a Agnes... tal vez, cuando pasaran unos días, le propondría a Thomas ir a verla.

Pasaron los días. La convivencia era agradable, pero Thomas notaba a Mary un poco más apagada, más seria. ¿Sería por esos días especiales? ¿O intentaba parecer más madura? Siempre estaba intentando demostrar que era una buena esposa, pero él no quería cortar una jovialidad que daba alegría a una casa que había estado triste tanto tiempo. Una noche la toalla desapareció y Thomas sonrió para sus adentros: sería dulce, suave y cuidadoso, pero esa noche su mujer no se le iba a escapar. Cuando la tuvo a su lado la volvió a notar tensa, pero decidió dar un paso y subió el camisón por sus caderas. Ambos respiraban agitadamente pero cada uno por un motivo distinto. Cuando él posó su mano en la entrepierna de su mujer, ella soltó un grito de miedo. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho y vio la cara atónita de su marido, se arrepintió.

—Lo siento —balbució.

—Mary, tú sabes que jamás te haría daño, ¿no? Lo de la otra vez fue una excepción y fue por mi mala cabeza: jamás te lastimaría a conciencia.

Claro que lo sabía, pero no pudo evitar echarse a llorar. Thomas no entendía nada, no había sido brusco con ella; algo le pasaba a su mujer y no sabía qué era. Decidió dejarlo pasar por esa noche, pero tendría que hablar seriamente con Mary. Ella notó como él se relajaba, y, aliviada, se quedó dormida en sus brazos.

—¿Qué te pasa, pequeña? —Susurró a una Mary durmiente—, me está volviendo loco verte así. ¿Qué ocurrió en mi ausencia? Thomas estaba seguro de que algo la inquietaba.

16. Ternura

Mary no habló del tema en unos días y él tampoco se acercó a ella íntimamente, temeroso de su reacción.

Los días se habían vuelto un poco tediosos; el invierno estaba a las puertas y aún no había nevado. Thomas estaba preocupado por la cosecha, ese retraso de las nieves no era buena señal, pero poco podía hacer en la tierra, así que se dedicó a rematar pequeños arreglos de madera a lo largo de la propiedad. Mary se había acostumbrado a bordar en el porche; a pesar del frío, la luz del sol invernal era brillante y clara para su trabajo. Thomas disfrutaba observándola: su rostro concentrado le parecía encantador y su pelo trenzado brillaba con los rayos del sol.

Una mañana Mary cambió su labor por un libro.

—¡Eh, no hagas trampa! —gritó divertido Thomas.

—¿Cómo? —pregunto sobresaltada.

—Si lees el libro, vas a saber el final antes que yo y te aburrirás de leérmelo.

—¡No, no me aburriré! —dijo divertida—, prometo leértelo con la misma pasión... pero quiero saber qué pasa.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! Aquí nos enteramos a la vez de qué hacen el estirado de Darcy y la cabezota de Lizzy —dijo quitándole el libro de las manos.

—Thomas Longfellow, ¡devuélvemelo inmediatamente! —dijo entre risas y abalanzándose hacia su marido. Él, riéndose a carcajadas, subió el brazo por encima de su cabeza, obligando a Mary a dar saltitos para recuperarlo.

—¡Dámelo, malvado!

—¡No!

—¡Sí!

Él la agarró de la cintura con un brazo y la alzó de tal manera que quedó de puntillas. La miró a los ojos:

—¿Qué me das a cambio? —Ella no apartó la vista.

—No tengo nada para darte —dijo en un susurro, sonrojada.

—Yo creo que sí... —Y la besó. Primero fue un beso tierno, luego dejó caer el libro y la abrazó con los dos brazos, dando paso a un beso apasionado. Mary se dejó hacer, sintiendo por primera vez un calor en el cuerpo que no supo descifrar. Una fuerza desconocida hacía que se pegara más a su marido. Él introdujo tentativamente la lengua entre sus labios, como pidiendo permiso, ella suspiró y Thomas aprovechó aquel momento para profundizar el beso; Mary se sentía mareada, pero de gozo. ¿A eso se refería Agnes con lo de la intimidad entre marido y mujer? Thomas empezó a acariciar su cintura subiendo por los costados, con los pulgares masajeaba los bordes de sus pechos. La joven sintió cómo reaccionaban: su vestido se hacía más estrecho sobre su busto. Lejos de doler, su pecho parecía tener vida propia, subía y bajaba con su respiración entrecortada y sentía la piel de gallina. Thomas se separó de ella bruscamente mascullando una maldición entre dientes; si Mary no hubiera tenido capas y capas de tela en la falda, hubiera sentido su deseo entre las piernas. Mary experimentó un sentimiento de pérdida que expresó con los brazos extendidos hacia él, reclamándole.

—Mary... —dijo en tono de advertencia.

—¿Qué?

—Que debes estar segura, una vez dentro nada me parará: ni cuerpos tensos, ni gritos, ni chiquilladas. No quiero ser una obligación para ti, quiero que quieras estar conmigo tan profundamente como yo contigo. Te quiero a ti...

—No veo ninguna chiquilla por aquí... —dijo con una sonrisa maliciosa. Thomas la ignoró, continuando con su propio discurso.

—Sé que no eres una chiquilla, pero eres muy inocente en muchos sentidos. Tenía que haber sido delicado la primera vez y lo siento, pero no... Un momento, ¿qué has dicho?

Ella le dedicó una sonrisa traviesa, que encendió todos sus poros.

—Que no veo ninguna chiquilla por aquí —repitió. Él lanzó un grito de regocijo que hizo reír a Mary, la cogió en volandas y se dirigió a la casa.

—Thomas, ¿qué haces? ¡Suéltame! ¡Te vas a lastimar! ¡Peso demasiado!

—Lo que tenía que haber hecho el primer día que cruzaste por esa puerta. Es la tradición, pero no soy un hombre romántico —dijo de repente más serio.

Ella le quitó hierro al asunto.

—Di por hecho que un señor mayor como tú no iba a poder con una rolliza como yo, no soy precisamente un palillo... —dijo guiñándole un ojo.

—¡Mocosa del demonio! ¡Ahora verás lo que este hombre mayor es capaz de hacer! —La apretó más contra su cuerpo y la llevó como si fuera una pluma. Era un hombre fuerte curtido en el campo. La lanzó sobre la cama en un movimiento rápido que hizo reír a Mary.

—¡Vaya! ¡No sabía que era un saco de harina! —él se rio ante la ocurrencia. Luego se puso serio y empezó a mirarla con devoción. Poco a poco empezó a desabrocharle la blusa y a besarle el cuello suavemente. No quería asustarla, no soportaría que le volviera a rechazar, pero ella no mostró indicios de hacerlo.

Se fijó en su pecho y observó, maravillado, que no llevaba corsé. De hecho, si hubiera sido más observador, sabría que nunca lo había usado. Sus pechos estaban turgentes debajo de la sencilla camiseta de algodón y el fino ribete de encaje se tensaba ante su respiración. Desató un fino cordón para dejarlos salir de su prisión. Él gimió ante esos grandes senos, la luz del sol se reflejaba en ellos, dejando ver unas tenues, pero preciosas pecas: él los miró como si quisiera registrar cada detalle. Mary, al sentirse tan intensamente observada, hizo amago de cubrirse, pero él la agarró de las muñecas.

—No, Mary. No me prives de esta visión celestial, eres mi esposa y yo quiero mirarte —dijo con voz ronca por el deseo. Ella se sonrojó, pero le dejó hacer. Thomas tomó cada uno de sus senos, uno, acariciándolo con la mano, el otro con la boca y ella sintió un escalofrío que la hacía querer más. Se arqueó hacia él y el ritmo pausado de las caricias se volvió más intenso. No sabía dónde poner las manos y se aferró a las sábanas, pero el contacto de su vientre con la camisa de su esposo la hizo desear sentir piel contra piel y acariciarlo también.

—Quítate la camisa, yo también quiero verte y tocarte —dijo entre jadeos. Sin perder el contacto visual, Thomas se apartó y se la sacó por la cabeza. Mary había visto hombres descamisados en el puerto y en el barco, estibadores que se encargaban de las mercancías, jóvenes y viejos, pero a ninguno consideró tan hermoso como a su marido. Su torso no tenía ni un gramo de grasa, el pelo del pecho bajaba por su vientre hasta... Mary no era capaz de nombrarlo ni en sus pensamientos. Acarició aquel vello suave, que, aunque entrecano, no dejaba de ser atractivo. Él la cogió de las manos.

—Mary, si sigues por ahí no voy a poder controlarme y no quiero lastimarte de nuevo...

Déjame que yo marque el ritmo, preciosa...

—Pero... —Thomas la besó para acallar sus protestas. «Qué más da...», pensó ella, y se hundió en aquel beso profundo. Él soltó los lazos de sus faldas, metió los dedos entre la cinturilla y la cintura y las bajó lentamente hasta los pies de la cama. Lo que él pensó que era una camiseta resultó ser una camisola que le llegaba hasta los tobillos: la deslizó hacia arriba poco a poco hasta dejarla a la altura de la cintura. Thomas esperó encontrarse unos pantalones interiores largos, pero en lugar de ello unas tupidas medias de lana negra hicieron acto de presencia. El pantalón se había acortado hasta las caderas, dejando ver un trozo de piel de los muslos entre las medias y el encaje del borde de los pantalones. Thomas no había visto nada tan sensual en su vida, ni la mejor seda del mundo se hubiera comparado con aquellos pequeños bombachos del algodón. Estaba maravillado y escandalizado a la vez.

—No lleva corsé, ni pantalones largos... Mmm... Es usted más desvergonzada de lo que pensaba, señora Longfellow —dijo lascivamente.

—Tuve un pequeño accidente y los tuve que cortar... —¿Por qué demonios había dicho aquello? No era momento, ni lugar, ni compañía para recordar lo que hizo aquel bastardo hijo de perra.

—¿Accidente? —la voz de Thomas se volvió oscura y peligrosa.

—Sí... me los enganché al intentar saltar un tronco y se rasgaron. —Thomas decidió creérselo, miró esa franja de piel blanca pecosa y su libido entró de nuevo en acción. Bajó lentamente aquella, a su parecer, minúscula prenda y sonrió maliciosamente

—Me gusta, es muy práctica... Te voy a dejar las medias para que no te resfríes —dijo con cierta ironía. Se irguió y observó a Mary con los pechos, las caderas y el sexo expuestos: era todo curvas. Suspiró de placer y hundió su cara entre sus piernas. Mary no se podía creer que la estuviera besando justo ahí: dio un respingo, pero él la agarró por las caderas y empezó a lamerlo. Luego le introdujo un dedo con un suave bombeo. El extraño cosquilleo que sintió Mary hizo que se le pusieran los vellos de punta. Se sentía en desventaja en cuanto a experiencia y, para ganar tiempo, dijo entre jadeos:

—No es justo, yo también debería verte y tocarte... —él sonrió, y se puso a horcajadas a la altura de su vientre, sin caer el peso sobre ella. Mary se incorporó y empezó a acariciarle el pecho, el abdomen, y cuando llegó al botón de la discordia dudó un segundo, pero enseguida lo desabrochó y bajó el pantalón junto al calzón en un solo movimiento rápido y conciso. Thomas rio para sus adentros: le fascinaba aquella mezcla de inocencia y descaró. Ella abrió los ojos como platos al ver su miembro erecto: lo tocó con cuidado como quien toca un animalillo desconocido y no sabe si muerde. Lo descubrió duro, mientras inconscientemente lo acariciaba de arriba abajo. Thomas lanzó un gemido profundo, salvaje y gutural.

—¿Te duele? —preguntó con aprensión.

—No, todo lo contrario —dijo con voz entrecortada—, tienes manos de ángel.

Ella, instintivamente, supo que tenía que seguir con aquel movimiento. Él se puso rígido en un segundo, le apartó las manos, la empujó suavemente hacia la almohada y le susurró al oído:

—Basta ya de juegucitos, la mocosa va a saber lo que es bueno...

—¿Más aún? —preguntó acalorada. Aquellas sensaciones eran tan nuevas como placenteras: tan placenteras que no se imaginaba que pudiera haber más.

—No lo sabes tú bien... —contestó Thomas mientras le separaba las piernas con la rodilla. En ese instante, su semblante se tornó serio.

—Sabes que nunca te haría daño, ¿verdad? —le recordó por enésima vez.

—Sí —jadeó.

Él asintió y poco a poco empezó a penetrarla. Ella esperó el dolor que nunca llegó: en su lugar se sentía llena, plena. El ritmo de las suaves embestidas hacía que su cuerpo gozara de placer... Poco a poco iba pidiendo más; quería sentirlo más adentro. Abrió más las piernas y colocó las manos en el trasero de su marido, duro como una piedra y suave como una pluma. Sentía unos espasmos placenteros, pero sabía que había más, como aquel que sube a una cucaña, va resbalando, pero en cada intento sube un poco más hacia su objetivo. El ritmo se hacía más frenético; los sonidos guturales de la garganta de Thomas la hacían anhelar lo que estaba a punto de suceder. Ella se estremecía y gemía a su ritmo y avergonzada, a veces se mordía el labio inferior haciendo el momento más sensual si cabía... Y juntos y a la vez, llegaron al clímax. Un «Mary, te quiero» surgió de los labios de su marido. Las lágrimas corrieron por las mejillas de Mary y Thomas se estremeció. ¿La habría vuelto a lastimar?

—¿Te he hecho daño? —preguntó con cautela.

—Ni una pizca...

—Entonces, ¿por qué lloras?

—Porque me quieres... —él sonrió aliviado

—Sí. Desde que sonreíste a aquel anciano en el puerto... Mary, tal vez no sea el marido que hubieras soñado, pero...

—No, no lo eres —a Thomas se le cayó el alma a los pies—. Eres mucho mejor de lo que hubiera soñado. Desde que te quitaste el sombrero en el puerto, no he deseado otra cosa que me quisieras, pero creí que solo veías a una chiquilla en mí... Después vi los retratos de tus esposas y pensé que nunca me amarías, pero me conformé con tu lealtad, porque te amaba y pensé que podría amar por los dos, y ya simplemente con eso fui feliz. Puede que sí sea una chiquilla tonta que ha recuperado la fe en los flechazos, porque eso fue lo que sentí en aquel momento... —ahora fue el turno de Thomas de emocionarse. Para disimular los latidos de su corazón la besó con locura, abrazándola como si no hubiera un mañana. Se separó de ella a regañadientes y para camuflar su azoramiento, no manejaba bien los sentimientos, bromeó un poco, palmeándole el trasero.

—Te debo una disculpa, no eres tan chiquilla. Está visto que eres toda una mujer con curvas: una Salomé, una Dalila... que me tiene engatusado.

—Vaya... Todas unas pérdidas... y eso que no he sido yo la que ha yacido con una morena, una pelirroja y ahora una rubia —dijo haciéndose la escandalizada—. Thomas soltó una carcajada, ligeramente sonrojado.

—¡Pero bueno! ¿De dónde ha salido semejante descaró? Se ha ganado una azotaina, señora Longfellow —la cogió, la volteó en sus faldas, y cuando Mary pensó que le iba a dar un azote, la acosó a cosquillas.

—¡Para! ¡Para! —rogó entre risas—. ¡Por favor!

Después de un rato de tortura para Mary, la volvió a besar y le volvió a hacer el amor. Esta vez más suavemente, descubriendo cada uno de sus rincones más íntimos.

17. La decisión

En mitad de la noche Mary se despertó. Thomas dormía apaciblemente, parecía más joven. De repente, sintió la boca seca: se levantó, se cubrió con una sábana y fue a la cocina. Un viento gélido hacía rechinar los postigos y un mal presentimiento se apoderó de ella.

«¡Oh, no! Él me ha dicho que me quiere, y yo a él», pensó horrorizada. Miró a su marido a través de las puertas abiertas: estaba sonriendo en sueños, era feliz. Merecía serlo, era un buen hombre. Tal vez la leyenda solo fuera una superchería, pero no iba a arriesgarse. Mary tomó una decisión: iría a buscar el guardapelo y lo destruiría. No sabía cómo, pero lo haría. Se juró que iba a vivir muchos años felices junto a su marido. Volvió a su lado en la cama y él, sin despertarse si quiera, la abrazó y la acercó hacia sí. Mary sonrió feliz.

Era domingo, y Thomas se levantaría un poco más tarde.

Antes del alba, Mary se abrigó y salió a hurtadillas de la casa; le había dejado a su marido una nota diciendo que no podía dormir y que iba a pasear. Estaba segura de que no se lo iba a creer, pero al menos le daría tiempo. Tenía un buen trecho por delante: diez kilómetros en carro no eran nada, pero paseando y con tiempo frío era otra cosa.

Recordaba perfectamente cómo llegar a la tumba de Sybill, pero no sabía por qué el sueño no le había revelado todo el camino. El cielo amenazaba nubes de nieve, aunque pensaba que sería muy mala suerte que empezase a nevar... Pero como si el mismísimo diablo se volviera contra ella, así fue: a medio trayecto empezaron a caer los primeros copos. No era una ventisca fuerte, pero sí abundante y constante; la nieve empezaba a llegarle a los tobillos impidiéndole caminar con normalidad por culpa de las faldas. Sus pies estaban calados y el frío le llegaba ya a las rodillas; pronto su capa también estuvo empapada y los dedos se le congelaban. No llevaba guantes sino unos finos mitones, no había previsto el mal tiempo y empezaba a maldecirse a sí misma. Cuando llegó al cementerio temblaba de pies a cabeza, sus dedos estaban engarrotados y sus labios morados, pero no le importó: por fin estaba frente a la tumba de Sybill Preacher.

Con dedos doloridos empezó a excavar la dura tierra, anegada por la capa de nieve que tenía que retirar con las manos casi insensibles. No se había planteado siquiera llevar una pequeña pala, y cuando no pudo más se hizo con un palo y removió la tierra llena de piedras cortantes. Tenía las palmas ensangrentadas, pero no notaba el dolor debido al frío. Y, finalmente, ¡dio con su objetivo! Se trataba de una joya sencilla pero hermosa, que se metió inmediatamente en el bolsillo de su vestido.

Se dispuso a hacer el camino de vuelta. La nevada arreciaba, Mary cada vez sentía menos las piernas y los brazos. Aterida y algo desorientada se desmayó de frío en medio de la nieve.

18. Confesiones

Thomas se había despertado algo más tarde de lo habitual. Había dormido mejor que nunca; se giró buscando a Mary, pero no la encontró. Pensó que estaría haciendo el desayuno, pero la casa estaba en completo silencio, a excepción del ruido que hacían las ventanas, con la nevada de fuera. «Por fin han llegado las nieves», pensó aliviado, pensando en la cosecha.

—¡Mary! —la llamó—. ¡Mary! —Nada, no obtuvo respuesta.

Fue entonces cuando vio la nota. Miró por la ventana: aquello no era una pequeña ventisca, era una tormenta de nieve en toda regla. De repente le entró el pánico.

«¡Esta criatura está loca! ¡Dónde diablos se habrá metido!», maldecía mientras se vestía a toda prisa. No sabía por dónde empezar a buscarla. «¡Los Sinclair! Tal vez esté con ellos», pensó. Corrió como alma que lleva el diablo hacia la pequeña cabaña. Cuando llegó a la pequeña granja, aporreó con ira la puerta.

—¡Pase, está abierto! —La voz del viejo Sinclair llegó del fondo, y él atravesó la casa en tres zancadas.

—¡Longfellow! ¿Qué haces aquí? —preguntó entre extrañado y asustado—. ¿Pasa algo? ¿Es Mary? —Su preocupación era genuina.

—Para eso he venido. ¿No está aquí? —La rabia pasó a desazón y miedo.

—No, lleva días sin venir por aquí.

—¿Y Agnes?

—En el cobertizo con Mathew, cerrándolo para que no se escapen los animales. Longfellow, ¿qué pasa?

—Mary ha salido a pasear con este tiempo infernal y no sé dónde puede estar.

—Yo sí —dijo Agnes desde la puerta. Acababa de entrar acompañada de la mole de su hijo y lo miró con pesar—, ha ido en busca de Sybill.

—¿Qué? ¿Cómo te atreviste a contarle esa patraña vieja? —dijo furibundo.

—¡Porque es verdad! —respondió acusándole con el dedo—. ¡Llevas generaciones negándolo!

—Pero ¿no ves que puede morir en la nieve, insensata?

—¡Lo hará de todos modos si no lo hace!

—¡Te juro, Agnes, que si no fueras quién eres, te mataría con mis propias manos! —soltó iracundo dando vueltas por la estancia, nervioso.

—¡Basta! —gritó Sinclair—. ¿No veis que esa pobre criatura está en medio de la nieve? —Thomas salió dando un portazo, sin decir ni una palabra.

—Ay, *papa*, ¿qué he hecho? —Sollozó arrepentida Agnes—. Si no le hubiera dicho nada... ¿Y si muere por mi culpa?

—Bueno *mama*, ya está en manos de Dios, ella ha decidido su destino. Pudo ignorarte como hicieron las otras dos —y ella asintió compungida.

Thomas estaba fuera de sí. Otra vez no, no podía perder otra esposa, se volvería loco. No, no era otra esposa cualquiera, era Mary, su Mary. Aquella joven mujer que le había devuelto la

sonrisa y la felicidad con su sencillez y sinceridad, con su valentía al cruzar el océano, con su tenacidad y su carácter, con su voz y su ternura... Eran tantas cosas las que lo habían cautivado que no las podría enumerar; en pocos días le había robado el corazón y él casi ni se había dado cuenta. La nieve había amainado y rezó por encontrarla pronto. Se maldijo a sí mismo por no haber traído el caballo consigo.

A unos tres kilómetros de camino, divisó un bulto verdoso entre la nieve: aquel tono verde le resultaba muy familiar ¡era la capa de su esposa! Corrió hacia ella con lágrimas en los ojos, temiéndose lo peor. Estaba tendida bocabajo y casi no se atrevió a voltearla. Lo hizo lentamente: el pelo y las cejas estaban cubiertos de hielo, estaba pálida y tenía la piel helada y los labios morados.

—¡Mary! —la llamó casi sin voz. No respondió— ¡Mary! —La sacudió con fuerza y ella soltó un débil gemido.

Thomas soltó de golpe el aire que ni siquiera sabía que tenía retenido, la cubrió con su abrigo y corrió hasta la granja, con ella en brazos. La desesperación hizo que no sintiera apenas su peso y que sus pies volaran. Jamás en su vida había corrido tanto, ni siquiera cuando era un chaval. Llegó casi sin aliento y, aun así, no se desplomó. Con movimientos rápidos la despojó de las ropas y la metió en agua caliente. Por fin, Mary reaccionó.

—Thomas —dijo débilmente.

—Estoy aquí, mi vida —dijo con voz entrecortada entre lágrimas de alivio. Ella sonrió débilmente.

—Sé que es de día, pero ¿puedo irme a la cama? Tengo mucho sueño.

—Claro, amor. —Él la secó suavemente, le puso un camisón y la metió en la cama. Mary temblaba como un pajarito y él no sabía qué hacer. El doctor más cercano estaba en Boston y con la nieve... tampoco podía dejarla sola. Le tocó la frente: tenía mucha fiebre y deliraba. Buscó aspirinas y paños húmedos.

—Lo tengo... lo conseguí... ella me indicó el camino.

En ese instante llamaron a la puerta.

—Abre Thomas, soy yo, Agnes...

—¿Qué haces aquí? —le dijo bruscamente. Por su culpa Mary estaba en ese estado.

—No hay médicos cerca... —dijo sin mirarle a los ojos, retorciéndose las manos con nerviosismo. Él no contestó y ella suspiró resignada—. Está bien... me iré. Pero antes de que se diera la vuelta, Thomas asintió abatido y, abriendo más la puerta, la dejó pasar. Sabía que Agnes tenía buena mano con las enfermedades. Agnes, que llevaba una bolsa de remedios, se dispuso a atender a la enferma: preparó varias tisanas, frotó sus piernas con alcohol, curó sus dedos...

—Hay que darle mucho líquido: las aspirinas funcionan, pero no son infalibles—, le decía sin mirarle a los ojos.

—¿Por qué lo hizo...? —preguntó al borde de las lágrimas y dejándose caer a los pies de la cama. Tensó la mandíbula enfadado—. Insensata —susurró con voz apenas audible.

—Porque te ama, hijo... —le contestó la anciana. No había otra explicación más clara y concisa. A él se le encogió el corazón. Miró a su mujer, tan hermosa pero tan débil... Respiraba con dificultad y pequeños temblores aquejaban su cuerpo menudo. A él se le desgarraba el alma de dolor: por demostrarle un amor, que ya consideraba suyo, casi había perdido la vida.

—Pero mírala, tía Agnes —dijo balbuceando como un chiquillo asustado, acariciando las mejillas de la doliente—, está ardiendo. La voy a perder... y no podría soportarlo, otra vez no... —A Agnes se le saltaron las lágrimas. Hacía años que no la llamaba «tía». Desde que el padre de

Thomas, su hermano, falleció. Ella se arrodilló con dificultad, debido a los años, a su lado. Le cogió de las manos y se las apretó con cariño, dándole consuelo.

—Ella es fuerte. Con la ayuda de Dios lo superará; no en vano ha atravesado un océano y aguantado tu mal humor...—intentó bromear un poco. Él sonrió sin ganas—. Lo de... —Agnes apretó los labios, estaba hablando demasiado. Thomas frunció el ceño, notó que su tía le estaba ocultando algo.

—¿Lo de qué?

—Nada...

—Tía Agnes, si en algo estimas mi cordura, no me mientas. Sé que Mary oculta algo, algo pasó en mi ausencia...

—Precisamente porque la tengo en demasiada estima.

—Tía Agnes... por favor... —la súplica en su voz casi hizo quebrar la voluntad de la anciana, que, no obstante, intentó evitar el tema, maldiciéndose a sí misma por ser tan bocazas.

—Es algo que ya pasó... no te hagas mala sangre. —Thomas dio un manotazo a una palangana, furioso. Estaba harto de misterios, secretos y maldiciones.

—¡Maldita sea! ¡Cuéntamelo! —dijo con voz amenazante, apretando la mandíbula.

—Solo si me juras por la Santa Biblia que no le dirás nada a ella de que lo sabes, y que no harás nada... —Eso le desconcertó. ¿Qué habría pasado para que le tuvieran que sacar aquel juramento?

—Thomas... —insistió ella.

—¡Sí! ¡Sí, lo juro!

—La violaron —dijo con voz neutra.

Thomas intentó asimilar aquella información durante unos segundos. Abrió los ojos como platos al ser consciente de lo que había ocurrido.

—¿Qué? —no daba crédito a sus oídos. Miró el cuerpo débil y febril de su esposa y se derrumbó a su lado.

—Tía Agnes... —dijo en un murmullo—, dime que no es verdad, que es una burda invención, algo... —ella lo miró atónita.

—¡Pero Thomas! ¿Cómo crees que me inventaría algo así? ¿Con qué fin? —Él se levantó, lo veía todo rojo, le faltaba el aire a causa de la furia que le invadía.

—¿Quién ha sido? —dijo entre dientes. Si hubiera levantado la voz no hubiera alarmado más a la anciana—. Lo voy a descuartizar.

—Mathew y yo nos encargamos de ese hijo de perra. Le maldije con saña —dijo ella con odio, escupiendo de rabia. Thomas vio tal determinación en los ojos de su tía, que supo enseguida que se había hecho justicia. No obstante, eso no alivió el dolor y la rabia que se había acumulado en su pecho. Toda la culpa era suya, no había estado allí para protegerla; no había sido atacada en su vida y ahora se encontraba agonizante en su propio hogar. El grito agónico y desgarrador de Thomas se oyó en todo el valle. Mary hubiera despertado de no haber estado tan enferma. La ira hizo que diera patadas a las sillas, a las puertas, a los muebles... Tiró todo lo susceptible de ser lanzado: platos, vasos, jarras... Rasgó cortinas, mantas... Agnes lo dejó hacer. Una vez destrozado todo, cayó de rodillas, llorando.

—Mary... mi niña... no la debí dejar sola... —abrazándose a sí mismo, meciéndose en un movimiento errante, sus palabras se repetían atormentadas, como una letanía.

—Thomas... —dijo Agnes abrazándolo y siguiendo el movimiento de su llanto, meciéndole como cuando era niño—. Shhh... Thomas, ya está... no dejes que esto empañe tu felicidad:

después de tantos años, no dejes que se escape de tus manos. Lo que haya pasado, pasado está. No puedes hacer nada por cambiarlo. Ahora lo que importa es ella, solo ella, hay que estar pendientes de Mary...

—Sí... tienes razón —dijo en tono monocorde, totalmente abatido.

Pasaron toda la noche velándola. Agnes había recogido un poco el desastre de Thomas. Se había negado a irse a casa cuando Thomas le dijo que Sinclair estaba solo: ella solo contestó que él dormiría profundamente y que Mathew sabía cuidarlo. Además, el anciano estaba muy preocupado por Mary y no quería que la dejara sin vigilancia. Lo que Agnes no le dijo, era que le preocupaba más la cordura de su propio sobrino, que la calentura de Mary.

—Tengo sed... —dijo una somnolienta Mary al amanecer. Había abierto los ojos y su semblante tenía más color. Thomas se levantó de un salto y le acercó un vaso. Ella lo apuró—. Más —urgió. Agnes también se había acercado para tocarle la frente.

—Le ha bajado la fiebre —confirmó, suspirando aliviada. Tanto Thomas como Agnes luchaban por no derramar lágrimas de alivio.

Mary miró desorientada a su alrededor: todo estaba destrozado y Agnes y Thomas la miraban con un semblante extraño, como si hubiera vuelto de la tumba... ¡Tumba! De repente lo recordó todo: Sybill, el sueño, la nieve...

—¿Y el colgante? —preguntó Mary alterada—. No lo habría perdido, ¿no?

—¡Al diablo el cacharro ese! —maldijo Thomas—. ¡Casi te mueres! —Ella lo ignoró.

—¡No! ¿Dónde está? ¡Hay que quemarlo! ¡No voy a dejarte solo! ¡Quémalo! —gritó histérica, queriéndose levantar de la cama—. ¡No voy a dejarte solo! —repetía sin cesar, mientras forcejeaba con Thomas que intentaba impedir que se levantara.

—¡Mary, por el amor de Dios! ¡Párate quieta! Estás enferma...

—Thomas, por favor, por favor... —le suplicó en un gemido de agonía.

—Tranquila, hija. ¿Dónde crees que lo guardaste? —preguntó Agnes conciliadora. Ella frunció el ceño haciendo memoria.

—En mi vestido... —susurró. La anciana rebuscó en sus bolsillos. Cuando lo encontró lo cogió con dos dedos, como si se tratara de un bicho venenoso. Su mirada era triunfal: ¡por fin, después de tantos años!

Sin miramientos, Agnes lo lanzó a la chimenea. El fuego se volvió blanquecino con tonos azules, formando una bola que explotó como una burbuja. El humo de tono añil que surgió tenía forma de mujer: la figura etérea hizo una reverencia, ante un atónito Thomas. Este, hubiese jurado haber oído una voz femenina en su cabeza, susurrando: «Larga vida para todos los Longfellow y sus seres queridos. Es un juramento del alma liberada de Sybill Preacher, por la constancia ineludible del Tiempo. Que así sea», antes de desaparecer.

—¿Viste eso, Thomas? —preguntó Agnes anonadada. Él asintió, grave—. Ahora es hora de irme. —Miró con amor a su sobrina. Sí, por fin podría tener una sobrina—. Ella está fuera de peligro. —Recogió sus cosas y se fue sin decir nada.

—¡Tía Agnes! —la llamó. No quería que se fuera. Iba a buscarla cuando la voz de Mary se hizo presente.

—Thomas... —dijo débilmente.

—Sí, mi vida...

—Siento mucho haberte asustado, no sabía que iba a nevar tanto... —se mordió el labio, arrepentida.

—Bueno, ya pasó... —dijo acariciando su cara con fervor. Allí estaba ella, sonrojada y llena de vida. Sí, ¡vida!

—... pero, no quería dejarte solo.

—Lo sé, pero podría haberte acompañado... si te hubieras puesto muy cabezona.

—No, me refiero a que no quería dejarte solo en años venideros... —Thomas estaba emocionado: ella le anteponeía, no lo hizo porque ella fuera a morir, sino porque él no se quedara solo. ¿Habría mayor muestra de generosidad? La abrazó, suavemente porque aún la sentía débil; si no, le hubiera hecho crujir los huesos con el abrazo tan profundo que le hubiera obsequiado.

—Has sido muy valiente, Mary. Has sabido enfrentarte a la maldición de mi familia, cuando yo ni siquiera me atrevía a nombrarla. Quise negarla para que ninguna persona sufriera por mí y fue en balde. ¡Y pensar que te vi muy delicada en aquella pasarela de barco! He sido un necio.

—No he sido valiente, he sido egoísta...

—¿Egoísta?

—Sí. No quería morir joven y perderme el poder ser feliz a tu lado. Lo he hecho por mi felicidad —dijo bromeando, contradiciendo las palabras pronunciadas unos instantes antes. Luego su semblante se tornó solemne y añadió—: Te amo, Thomas Longfellow.

A él se le salía el corazón del pecho de gozo. ¿Qué habría hecho para merecer tanta gloria? La abrazó fuerte y la cubrió de besos. No quedó ni un recodo en el cuerpo de Mary que no fuera besado con fervor.

Cuando se separaron delicadamente, ella lo miró con timidez. Aquello era un comienzo: ya se sabía amada, por lo que era incapaz de guardar más su horrible secreto. Si él la repudiaba... Aunque le rompiera el corazón, debía ser sincera.

—Thomas... —habló tentativamente.

—¿Sí?

—Verás... en el bosque... pasó algo...

—No le des más vueltas, Mary. Ya recuperaste el colgante.

—No me refería a ayer, sino a hace varias semanas... —él se tensó.

—Mary, lo sé —dijo enfadado de nuevo, por lo que consideraba su culpa. Ella malinterpretó su gesto, rota de dolor, pensando lo peor.

—Agnes dijo que yo no tenía la culpa —dijo con la voz quebrada y cerca del llanto. Tomó aire y continuó. Thomas estaba desconcertado: pues claro que no tenía la culpa—, pero entendería...

—¿Qué entenderías?

—Entendería que no me quisieras a tu lado. Te he ocultado cosas y estoy ultrajada... —dijo de carrerilla, casi atagantándose con la última palabra y bajando la vista atormentada—, pero te amo tanto que no me parecía justo guardar ningún secreto para ti.

—Oh, Mary... mi niña. Tú no tienes la culpa de que ese malnacido te... —ni siquiera era capaz de pensarlo—. Y si alguien más tiene la culpa, fui yo, por no protegerte —dijo apretándola contra sí—. Me faltarán años para compensarte ese dolor.

—Pero ahora tenemos muchos años por delante y yo no los quiero malgastar en culpas y arrepentimientos. Quiero vivirlos de esperanza, de amor, de felicidad, quiero... quiero amarte más de lo que ya lo hago, Thomas Longfellow. ¿Me dejarás?

—Palabra de Longfellow. —Y la besó como si no hubiera un mañana, a pesar de que habría

muchísimos.

19. Epílogo

Mary se recuperó en pocos días, gracias a los cuidados de Agnes y Thomas. Mathew apenas se movió de su lado tampoco, e incluso el viejo Sinclair fue a visitarla una mañana: Thomas lo había recogido en su carro, y aunque bien lo hubiera podido llevar su esposa, él quería recuperar los vínculos perdidos con su familia. A Mary le había sorprendido mucho que Agnes fuera tía de Thomas. Ahora comprendía muchas cosas: por qué sabía lo de la maldición y cómo se preocupaba por él e intentaba protegerlo, por qué visitaba las tumbas de Sarah y Hannah y por qué se arriesgó a contarle la verdad a ella. Y entendió también por qué Thomas, a pesar de estar enfadado con ella, no tenía una enemistad profunda como algunos vecinos hubieran llegado a tener.

La Navidad llegó por fin y los Sinclair y los Longfellow estaban sentados a la misma mesa por primera vez en más de diez años. Mary había logrado el milagro; ella estaba feliz con su nueva familia y además había recibido carta del pastor Richards que le había deseado toda clase de bienaventuranzas, y aunque nunca se lo dijo claramente, sí dejó ver entre líneas lo que ella intuía desde niña: que realmente era su padre. Aquella carta fue el broche para cerrar el círculo familiar. Después de la comida, todos se sentaron en la salita para disfrutar del ponche y los dulces y sin pensarlo Mary empezó a cantar. Lo hizo con una voz clara y cristalina, no con el precioso pero tímido tarareo al que estaba acostumbrado Thomas: era una voz de sirena. Y se sintió el hombre más feliz de la Tierra. Dios le había enviado un ángel. Luego, al ver a su tía mirándolo con ternura, recapacitó: un ángel no, dos. Si no hubiera sido por aquella vieja excéntrica, no estaría allí ahora.

—Bueno, ¡es el momento de los regalos! —exclamó Agnes levantándose—. Este para Mathew —sabiendo que su hijo era el más impaciente—. Este para Mary... —Y así fueron intercambiándolos.

Cuando llegó el turno de Mary, se dirigió a su esposo, que sonreía expectante. Nunca le habían importado mucho los regalos, pero ante Mary estaba un poco nervioso; seguro que tendría algo curioso para darle.

—Thomas... siento que mi regalo vaya a tardar un poco, es un encargo muy especial... —Él se sintió un poco decepcionado y ella sonrió divertida. Le cogió las manos y se las puso en su vientre—. No depende de mí traerlo antes de tiempo... —Él observó sus propias manos en el vientre de su mujer. De repente comprendió.

—¡No! —dijo incrédulo. Era demasiado bueno para ser verdad.

—Sí —contestó sonriendo de oreja a oreja.

Él se arrodilló fervorosamente y le miró el vientre, que aún seguía plano. Alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—¿Estás...? —la emoción no le dejaba pronunciar palabras.

—¡Sí! —dijo ella con lágrimas de alegría en los ojos. Él se puso de pie de un salto y la cogió en volandas dando vueltas de alegría por toda la habitación.

—¡Voy a tener un hijo! —dijo entre lágrimas.

—¡Eh! Suéltala, no la vayas a lastimar —le riñó Agnes con lágrimas en los ojos de la emoción.

Era un agosto caluroso cuando nació Sarah Hannah Longfellow, quien se convertiría en la mayor de once hermanos, con sus propias historias que contar. Thomas, tal como prometió Sybill, vivió hasta superar con creces los cien años sin apenas achaques, junto a su esposa e hijos. La granja Longfellow prosperó, haciéndose un nombre en la comunidad. Atrás había quedado la historia de la maldición de los Longfellow, dando paso a una bonita historia de amor que contaban madres a hijas, tías a sobrinas... y, a veces, hasta los hombres la cuchicheaban por su carácter mágico, pasando a ser conocida como «El legado de Sybill».

Ethel

1. Smith Town, EE. UU., 1967

Ethel estaba en la cocina sentada en un alto taburete, escribiendo en su cuaderno de canciones. Le gustaba apoyarse en la gran mesa de madera blanca; aquella era la estancia con más luz natural de toda la casa y eso la inspiraba mucho. No paraba de darle vueltas a la letra de una nueva canción para el concurso de música country que pronto se celebraría en la localidad.

Le gustaba cantar tanto como a su abuela, pero mientras que aquella lo hacía solo en privado, la joven disfrutaba actuando ante un gran auditorio, entendiéndose fiestas familiares, fiestas locales o cualquier evento cercano que tuviera música implicada; en ese sentido, era un poco vanidosa.

*Every time that I have been looking for you was a waste of time,
'Cause you have always been here and I couldn't see it.
I was so blind. I was so deaf. I made a fool of me...*

—¡Vamos, vamos! ¿Qué más? —se recriminaba a sí misma dándose golpes en la frente. Había heredado la maravillosa voz de la abuela Mary, así como la mayoría de sus rasgos: su melena rubia platino, casi blanca, y un cuerpo curvilíneo pero esbelto. La verdad era que casi podía decirse que era un calco de la abuela a su edad, a excepción de unos ojos grises excepcionales, como de plata líquida, que había heredado de su madre Avigail, que tenía ascendencia nórdica por parte materna.

Las puertas batientes de la cocina sonaron a sus espaldas, dejando paso a su madre y a su padre, que llevaba a su hermano pequeño de la mano. En realidad, no era su padre sino su tío, el hermano mayor de su padre, que había muerto en Berlín antes de que ella naciera. Se había casado con su madre después de marear la perdiz durante más de diez años. Su padre, como ella lo consideraba, había pensado que era una especie de traición casarse con la viuda de su hermano, hasta que ambos se dieron cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. De su verdadero padre poco sabía, en realidad casi nada. Su madre apenas le contaba nada de su juventud en la Europa de la Segunda Guerra Mundial: ella misma había cortado todo contacto con el viejo continente, a excepción del tío Sully, un militar que la ayudó a huir de la Alemania Nazi, y de la tía Elke, su amiga de la infancia, a quien consideraba como una hermana. Lo poco que sabía de su tormentoso pasado lo conocía a través de su abuela Mary o de los hermanos de su padre, porque tanto el tío Sully como la tía Elke, también se cerraban en banda.

—¡Ethel Marie Longfellow! ¿Todavía estás con esas tonterías de cantar? —la regañó con un marcado acento alemán, que no había pulido del todo a pesar de llevar veinte años en América.

—¡Mamá! ¡No son tonterías! ¡Soy buena! ¡Algún día seré una gran cantante country! Es más, ¡lo seré de muchos más géneros! ¡Ya lo verás! —dijo con un convencimiento arrogante típico de la juventud.

—¡Ethel! ¡Ya tienes veinte años! Una señorita como tú debería estar pensando en sentar la cabeza y casarse y no en escribir canciones de niñita soñadora.

—Pero ¡mamá!

—Díselo tú, Mathew. Dile que es una pérdida de tiempo... —se quejó dando un largo suspiro.

—A mí no me metáis en vuestros líos —dijo divertido. Hacía años que había descubierto que era más sabio no meterse entre madre e hija.

Su esposa, una bella mujer de mediana edad con los ojos más bellos de los alrededores, se apartó un mechón de pelo de la cara; aún lo conservaba negro como un ala de cuervo. Un gesto de indignación cruzó su semblante; el enfado tiñó de un rojo vivo la blanca porcelana de sus mejillas. Para irritación de su hija, era algo conservadora a su manera, y no veía con buenos ojos el ansia de libertad e independencia de la muchacha.

—¡Mamá! ¡Hoy en día casarse no lo es todo en la vida!

—Ah, ¿no? ¿Y qué prefieres? ¿Ser una secretaria solterona?

—¡De verdad, mamá, que no te entiendo! ¡Tú deberías entenderme mejor que nadie! ¡Por el amor de Dios! Eres una intelectual, hablas varios idiomas... o hablabas. Eres doctora *cum laude* en veterinaria... ¡Mírate! ¡Si te morías de ganas por empezar la carrera de medicina! ¡Solo había que verte la cara de felicidad cuando papá te matriculó como regalo de aniversario!

—¡Pero es distinto!

—¿Por qué? —reclamó a gritos la muchacha; no entendía la bipolaridad de su madre.

—¡Porque yo estoy casada!

—¿Y?

—¡Que mi formación es para el bien de mi hogar! ¡La empresa ganadera de tus abuelos necesitaba un veterinario de confianza! Y ahora no les vendría mal un doctor para la mutua de jornaleros...

—Así que, según tú, una mujer solo debe ser educada por el bien de la familia. ¿Tan poca estima sientes por tu propio sexo, madre? —Avigail sabía que su hija estaba dolida: solo la llamaba «madre» cuando estaba realmente afectada.

—Ethel... —intentó suavizar la discusión—. ¿Qué es todo este escándalo? —preguntó su abuela Mary entrando risueña. La seguía un lento, pero de paso firme, abuelo Thomas que acaba de cumplir los ciento cuatro años, pero no aparentaba más de setenta. A nadie de los alrededores le extrañaba. Todos los vecinos del lugar sabían de la protección de la bruja Sybill a la familia Longfellow, que no los hacía inmortales, pero sí muy longevos y saludables. La abuela Mary sonreía, con aquella sonrisa que enamoró al abuelo Thomas una mañana de septiembre de 1904 en el puerto de Boston. Sabía de sobra de qué iba la polémica entre madre e hija.

—Avi, hija, deja a la cría que haga lo que quiera, lo va a hacer de todos modos.

Era consciente de que su nieta había heredado su propio carácter, fuerte y decidido. No en vano ella fue la primera en los alrededores en no llevar corsé, todo un escándalo para aquella época, y en llevar pantalones cuando en el año 1916 empezó a escasear el género para hacer faldas largas. Ethel miró a su abuela con adoración.

—Abuelo Thomas... —apeló Avigail en un intento desesperado.

—Ethel... Tu madre tiene razón, ninguna nieta mía será una *hippy* de esas... ¿Y qué demonios le ha pasado a tu falda? —exclamó cuando se fijó en que su nieta mostraba más pierna de lo que a su parecer era decente—. ¿Se ha comido *Lou* el resto de lo que falta? —añadió haciendo alusión a la cabra de la familia.

—¿Tú también? No, ¡por favor! —se desesperó Ethel. Cogió su cuaderno y salió por la puerta trasera de la cocina dando un portazo.

La abuela Mary les lanzó una mirada reprobadora y chasqueando la lengua a la vez que negaba con la cabeza dijo, casi para sí:

—A esta niña la perderemos si seguimos con esta actitud... —Thomas la miró un poco alarmado: cada vez que su mujer usaba ese tono no estaba muy lejos de tener razón.

Michael Elliot Rodney era uno de chicos de la granja Longfellow, que no uno de los chicos Longfellow, había una sutil diferencia. Estaba cargando balas de paja en una furgoneta, cuando vio a Ethel salir echa una furia de la casa principal.

—¡Ey! ¡Peloespiga! ¿Ya te has vuelto a enfadar con tu mamá? —Ella se volvió hacia él con los ojos echando chispas.

—Mira, niñato: ¡Como vuelvas a llamarme Peloespiga, haré que te despidan!

—Deja las amenazas para quien se asuste... No te pega ir de princesa de palacio...

—¡Te voy a...!

—¡Wow! ¡Wow! ¡Para! Te vas a hacer una carrera en las medias y ni la tonelada de laca que llevas, que por cierto apesta, te va a dejar el moño en su sitio —dijo en tono burlón.

—¡Mike, eres odioso! —Y se largó de allí como alma que lleva el diablo.

Habían pasado algunos años desde que Ethel y Mike fueran los mejores amigos. Mike había llegado a la escuela de Ethel cuando él tenía seis años y ella ocho, procedente del Oeste. Era un chiquillo tímido, pero listo. Su pelo negro más largo de lo habitual, sus ojos castaños ligeramente rasgados, sus pómulos altos y su tez ligeramente morena evidenciaban su ascendencia Cheyenne. Se había quedado huérfano sin más familia que su tío, Caballo Errante. Aquél, más conocido como Jebediath Farwalker, era hermanastro de su madre, Eva Pluma Blanca. Eva había sido una hermosa mestiza de padre blanco desconocido y madre Cheyenne. Su esposo blanco, Robert Rodney, era comercial de productos de limpieza y no la había tratado precisamente bien. Ambos murieron en un accidente en una carretera de mala muerte, por lo que el niño se había visto obligado a trasladarse al Este a vivir con su tío, que lo acogió con los brazos abiertos. Cuando el pequeño llegó a Smith Town, donde su tío llevaba años trabajando como capataz en las propiedades de los Longfellow, era un niño callado y un poco introvertido. No había tenido muchos amigos, puesto que sus padres siempre lo llevaban dando tumbos de colegio en colegio, a lo largo de toda la costa oeste, sin llegar a tener ningún vínculo especial que no fuera con su madre. Sin embargo, Ethel enseguida se lo ganó con sus maneras de chico y su alegría contagiosa. Le pareció muy divertida: era temeraria, subía a las ramas más altas, se adentraba a lo más hondo del río y siempre decía lo primero que se le pasaba por la cabeza. Incluso lo defendía del resto de los niños, cuando aquellos intentaban hacerle el blanco de sus burlas, aunque aquello duró poco. Muy pronto los otros chiquillos le integraron también a la pandilla. Pero, a pesar de todo, Ethel siguió siendo su favorita.

Cuando su tío enfermó de artrosis, al poco tiempo de que Mike se instalara con él, el chiquillo se vio obligado a hacer algún trabajillo de recadero, vendiendo periódicos y cosas por el estilo. Viendo su situación, Ethel habló con su abuelo, que se enfadó con Jebediath por no haberle pedido ayuda después de tantos años de amistad: aparte de capataz y patrón, se habían hecho buenos amigos. Jebediath no quiso abusar de la generosidad de los Longfellow, más allá de lo que alcanzara su paga por enfermedad, ambos hombres eran muy cabezotas. Llegaron al acuerdo de contratar a Mike de peón después de la escuela, para que pudiera echar un cable en casa. Este hecho hizo que Mike pasara mucho tiempo en la propiedad de los Longfellow, afianzando aún más la amistad con Ethel, y desde aquel momento se hicieron inseparables: estudiaban juntos, jugaban, iban de pesca, cazaban ranas, ayudaban en la granja en las grandes ferias... Cuando ella cumplió los catorce años, su cuerpo cambió y también sus intereses. Ya era una señorita y su madre empezó a influir más en ella: se esforzaba en que su hija fuera más femenina y se comportase más

recatadamente. Hizo que se interesase en la música, aunque con el tiempo se arrepintió de ello, y en la moda, mientras él seguía siendo un crío de doce años que ni siquiera tenía visos de bigote y su idea de divertirse era meter arañas en el bolso de la profesora. Así pues, cada uno se fue por su lado. Él, herido en su orgullo de niño, dejó de verla como a una cómplice y empezó a considerarla un verdadero engorro, y ella, por su parte, lo calificaba de infantil y lo miraba por encima del hombro con cierta soberbia adolescente. A pesar de que solo se llevaban dos años ella se creía una «mujercita», de manera que cuando salieron de la adolescencia, se soportaban solo por los años de amistad, pero ya no tenían la misma camaradería. Aquella situación entristecía a ambas familias, pero nunca perdieron la esperanza de que algún día se reconciliaran y todo volviera a ser como al principio.

Avigail miró por la ventana de la cocina y vio cómo su hija se alejaba de la casa hecha una furia. Los malos modos que usó con Mike eran totalmente impropios: a pesar de que siempre se estaban picando, esta vez había sido muy ruda.

Tal vez la abuela Mary tuviera razón y la estaba presionando demasiado, pero no quería que sufriera como lo había hecho ella de joven, y si no tenía éxito con la música la decepción sería enorme para la muchacha.

Suspiró. Tal vez no sería mala idea que cantara un poco y luego sentara la cabeza, sentirse frustrada tampoco sería bueno para su hija.

Decidió ir a hablar con Ethel, para calmar un poco los ánimos, pero desistió al ver salir a la abuela en su busca. Quizás fuera lo mejor: ella amaba a su hija, pero a veces no la entendía, no sabía llegar a ella. La encontraba demasiado intrépida, y aunque Avigail jamás fue cobarde, su valentía radicaba en las circunstancias que la rodeaban. Había sido valiente al sobrevivir en la Alemania nazi siendo judía; lo había sido también al cruzar medio mundo en busca de una familia política, que no conocía, la de su difunto esposo, en un país que odiaba a los alemanes. Pero aquello era pura supervivencia, ella jamás se echaría al mundo solo por la curiosidad de lo que una aventura reportara.

Observó a su suegra. Avi la idolatraba, como a todos los Longfellow, pero había algo en Mary que la hacía especial. George se parecía mucho a ella físicamente, aunque el pelo de su esposo era más oscuro que el de su madre. Recordó al padre de su hija con nostalgia. No estuvieron demasiado tiempo juntos, pero no hubo un momento en que no lo hubiera amado y no se hubiera sentido correspondida. Ese amor lo había heredado de Mary, que cuidaba de los suyos con uñas y dientes y había sido una mujer fuerte y decidida. Vestía los pantalones que Avigail se resistía a llevar si no era estrictamente necesario y hubiera fumado puros si le hubiera gustado. Avi sonrió al recordar la historia que el abuelo Thomas había contado cientos de veces sobre cómo Mary intentó fumarse un puro y casi muere en el intento. Obviamente el abuelo exageraba, pero era divertido escucharlo.

Avigail decidió darles un rato y luego se reuniría con ellas.

Mary sabía perfectamente donde encontrar a su nieta: cada vez que se enfurruñaba corría a esconderse en el granero entre las balas de paja y los sacos de pienso. Solo rezó porque no se hubiera encaramado a la parte alta: ella, a su edad, no podría subir la escala de madera quebradiza, aunque no lo reconocería jamás. Cuando entró en el edificio de madera suspiró aliviada, Ethel estaba sentada en una bala de paja a ras de suelo. Se había soltado el pelo y quitado las medias y los zapatos. Ethel era muy coqueta, pero había momentos en los que volvía a ser la fierecilla que se peleaba con Mike por todos los rincones. Sonrió. Le gustaba más esa Ethel salvaje.

—Sabía que vendrías, por eso no me he subido a la parte alta —dijo la muchacha entre divertida y fastidiada.

Mary se sonrojó. Era muy transparente ante los ojos de su nieta. Se sentó a su lado mientras la joven la miraba de soslayo y le preguntaba enfurruñada:

—¿Por qué es así? ¿Por qué tiene que fastidiarme tanto los planes? ¡Solo quiero cantar! Hoy en día no es una deshonra, ¡ni que me fuera a meter a fulana!

—Reacciona así porque te quiere, ha tenido una juventud dura y no quiere... —dijo con voz conciliadora su abuela.

—¡Oh, vamos, por favor, abuela...! ¡Tú, no! No me vengas con el sermón de que es por mi bien, que si un día lo entenderé, que si patatín, que si patatán... —se quejó poniendo los ojos en blanco y cara de hastío.

—Pero es verdad —dijo poniéndole un mechón de pelo tras la oreja. Ethel bufó y cruzó los brazos con fastidio—. Ethel, cariño... ¿De veras quieres cantar? ¡Pues canta! Pero hazlo bien, demuéstrale que vales, trabaja duro y consigue tu objetivo. Pero no te enfurruñes como una niña, porque eso es lo que verá en ti. Tienes que tomártelo en serio y tomar los caminos correctos y decentes, aunque tardes más. Como tú dices no es que vayas a meterte a fulana, pero hay mucho aprovechado entre tanto *hippy*. —Ethel sonrió. La abuela detestaba tanto a los *hippies* como el abuelo—. ¡No sonrías así, niña! Lo digo en serio: ser libre no es ser libertina. Ser libre es poder elegir lo que quieres o no quieres, sin dejarte influir por nadie. Así pues, ¿quieres cantar? —le preguntó entusiasmada.

—Sí, ¡quiero cantar! —exclamó sonriente la muchacha.

—Pues, a tomártelo en serio...

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Avi entrando por la puerta.

—¿Cómo? —se extrañaron abuela y nieta.

Avigail suspiró y armándose de valor le dijo a su hija:

—Ethel, tal vez esté equivocada y haya confundido tus ansias de cantar con un mero capricho, pero si vas en serio, te apoyaré.

—¿En serio?

—Sí, si vales, sí —dijo seriamente.

—¿Cómo que si valgo? —dijo ofendida.

—Claro. No es lo mismo canturrear para la iglesia que para un gran público.

—¡Yo no canturreo! —Ethel estaba cada vez más iracunda.

—¿De veras? Entonces ve al concurso del condado y gánalo. Solo entonces tendrás mi apoyo. Pero no me conformaré con menos de un primer premio. Si no, volverás a casa y te buscaremos una ocupación de señorita decente hasta que encontremos un buen marido para ti. ¿Trato hecho? —Ethel no se podía creer que su madre le exigiera tanto. Mary también estaba desconcertada.

—¿Trato hecho? —repitió.

—Trato hecho —respondió con determinación.

—Pues ya puedes darte prisa, amiguita. Tienes menos de un mes para componer, escribir, tocar y cantar tu propia canción. —Ethel asintió y salió de granero con decisión.

—Avigail, ¿por qué le has dicho eso? Sabes que es buena.

—Precisamente por eso, abuela. Yo sé que es buena y ella lo sabe también, pero no quiero que se confíe. Quiero que sepa que tiene que trabajar duro: el mundo es muy cruel más allá de las puertas del «Palacio Longfellow». Sabe Dios que sé de qué hablo —dijo con una mirada sombría.

Mary cogió de las manos a su nuera. Hacía años que había superado las pesadillas de la guerra, pero de vez en cuando aún había cierto temor en su mirada.

—Avigail, tranquila. Gracias a Dios, aquel tiempo ya pasó. —Avigail sonrió con tristeza, se abrazó a su suegra y le besó la mejilla. Luego la agarró del brazo y juntas salieron del granero, sin mediar palabra.

Ethel estaba eufórica. A pesar del reto de su madre, estaba contenta de que la hubiera dejado participar en el concurso sin disputas. Aquello era un pequeño triunfo personal frente a la determinación de su madre que siempre quería tenerla atada en corto. ¡Quería saltar de emoción y gritar y bailar! ¡Y lo hizo!

—¡Eh, Peloespiga! ¿Por fin te declaraste demente oficial? ¿Qué haces como una loca, dando más brincos que *Lou*? —Mike la había visto acercarse con tal felicidad en el rostro que le hizo sonreír, pero no pudo evitar picarla. Ella ignoró sus palabras y se lanzó a sus brazos, como no lo había hecho en mucho tiempo, con aquella camaradería que los unía cuando eran niños; como los abrazos de un buen día de pesca, o los del tiro al blanco en la feria...

—¡Oh, Mike! ¡Voy a poder ir! ¡Voy a poder ir! —exclamó dando saltitos sin soltarlo.

Él se dejó llevar mecánicamente. Estaba totalmente descolocado: ni en un millón de años hubiera imaginado volver a tener a Ethel entre sus brazos. Hacía una eternidad que no lo llamaba por su nombre y sintió una calidez que le recorría el cuerpo. Había anhelado secretamente ese momento durante mucho tiempo. Pero se recompuso: aquello podría ser una trampa, un momento en el que la chica había bajado la guardia. Aun así, se contagió de su alegría y su sonrisa se amplió.

—¡Cálmate! ¿De qué hablas, Ethel?

—¡Del concurso! ¡Podré cantar! ¿No es maravilloso?

—¿En serio? ¡Me alegro mucho por ti! —y lo dijo de verdad. Solo por ver aquella sonrisa se merecía que fuera sincero.

—Lo sé, Miky —respondió, usando el diminutivo que usaba cuando era un niño, mientras le revolvió el pelo. Ese gesto fue para él como un jarro de agua fría.

—Mi nombre es Michael, o Elliot, o Mike... o incluso Rodney, pero no Miky. Ya no soy un niño, Ethel, por si no te has dado cuenta —replicó ceñudo.

Ethel lo miró de arriba abajo, haciéndole sonrojar un poco ante el escrutinio. Le dirigió una extraña mirada que él no supo descifrar y luego sacudió la cabeza, como desterrando algún pensamiento, e hizo un puchero encantador. En tono amable, como si hablara con un chiquillo enfurruñado y chasqueando la lengua, añadió:

—¡Oh, ya lo sé, Mike! No te enfades, anda. —Le dio un casto y sonoro beso en la mejilla y se fue dejando al chico con un palmo de narices.

Mike odiaba que hiciera aquello: ahora era amable, luego ni le miraba... Enfurecido empezó a patear las balas de paja y en ese estado lo encontró Mary.

—Algún día se dará cuenta... —le dijo—. Solo espero que no sea demasiado tarde...

—¿Cuenta de qué? —preguntó Michael, avergonzado de que la abuela Mary le hubiera pillado en un berrinche.

Quiso que se le tragara la tierra. Si hubiera sido otra persona le hubiera dado igual, pero sentía respeto y devoción por la abuela de Ethel. Le trataba como a un nieto más; les había ayudado a él y a su tío en los malos momentos; le instó a estudiar y le educó en buenas maneras. Incluso se preocupaba por él cuando se metía en algún embrollo y no es que fuera un camorrista,

pero ¿qué chaval de dieciocho años no se había metido en alguna pelea o había tenido alguna borrachera?

—De que te quiere tanto como tú a ella. —Ahora sí que Michael no sabía dónde meterse.

—Yo... —con las mejillas teñidas de rojo, iba a negarlo. Pero era inútil con la abuela Mary, siempre había sido un libro abierto para ella. Empezó a balbucear—. No me atrevería a mirar a una Longfellow...

—Vaya, Michael Elliot, con la de años que hace que nos conoces, ¿y ahora piensas que somos unos esnobs? —se fingió ofendida. El chico no podía estar más martirizado—. Por fortuna nos ha ido bien en la vida, pero no creo que nos hayamos convertido en unos pedantes. Somos gente normal... bueno, un poco más longeva que los demás, ya sabes... —dijo guiñándole un ojo. Claro, ¿quién no conocía la leyenda de Sybill Preacher en cien kilómetros a la redonda? —. Es más, soy la hija bastarda de un clérigo y una prostituta.

—Oh, no... —Mike se tapó los oídos, divertido—. No deberías contarme esas cosas, abuela Mary. —Luego la miró, serio—. No creo que Ethel y yo... es decir... me ve como un crío... además, el abuelo Thomas y Mathew no estarían muy de acuerdo...

—El abuelo Thomas es un cascarrabias y Mathew adora a Ethel: cualquiera de los dos sometería a un tercer grado a cualquier hombre que se acercara a una Longfellow. Mis yernos fueron muy valientes en su día —rio con ganas. Luego mudó su rostro a uno más serio pero amable y acarició la mejilla del muchacho—. Lo que haya de ser será. ¿Quién sabe? Lo mismo un día ella sufre mal de amores por ti.

Mike agarró la mano de Mary y se la besó.

—Abuela Mary, sabes que te adoro, ¿no? Pero a veces me asustas con esas dotes de bruja.

—¡Yo no soy bruja!

—Sí, seguro... —ironizó Mike, sonriendo.

—De veras, no lo soy. Solo soy lo que la gente quiere creer que soy —dijo Mary, recordando con melancolía las palabras de la difunta tía Agnes—. ¡Venga, a trabajar, muchacho! ¡Necesitamos que te conviertas en todo un hombre de provecho! —Lo miró con una sonrisa pícar—. Aunque quizás no nos hayamos dado cuenta de que ya lo eres...

Michael gimió de vergüenza y Mary se alejó envuelta en un estallido de risa. Su carcajada se oyó durante un rato todavía, amortiguada por las paredes de la casa.

Mike solo quiso que se lo tragara la tierra.

Los días fueron pasando apaciblemente en la granja. Sin embargo, una sombra de tristeza se cernía sobre los alrededores.

La guerra de Vietnam estaba haciendo mella entre los vecinos de la localidad, y no pocas familias habían perdido un familiar en la contienda: algún hijo, un hermano, el padre... El conflicto estaba durando demasiado, y para muchas personas ya carecía de sentido. El movimiento *hippy* pacifista se abría camino a pasos agigantados y muchos jóvenes burgueses se estaban revelando ante una sociedad extremadamente conservadora. Las manifestaciones en contra de la guerra y del racismo se multiplicaban por doquier, aunque todo aquello parecía un poco lejano aún para los habitantes de Smith Town, que continuaban con sus propios asuntos y conflictos.

El viejo Longfellow discutía a diario con sus hijos y yernos, porque no le dejaban trabajar: no quería entender que, a sus ciento cuatro años, ya había bregado bastante. Se tuvo que conformar

con la contabilidad de una cuarta parte del patrimonio, la más fácil de llevar: la compraventa del grano. También le reservaron alguna actividad menor de la granja, que no requería de mucha actividad física. En cuanto a Mary, seguía con su sempiterno papel de mediadora y Avigail mantenía su función, cuidando de la familia y de la salud de la granja. El resto de los Longfellow se ocupaban en sus quehaceres diarios; todo era paz y tranquilidad a excepción de una nerviosa Ethel, que preguntaba a unos y a otros qué temas podía utilizar en sus canciones.

—¡Abuelo! ¿Puedo preguntarte una cosa, si no estás muy ocupado?

—Siempre estoy libre para mi niñita —dijo sonriendo y dejando de lado los cuadernos de cuentas. Bebía los vientos por su nieta; no era la única, pero sí era su favorita, aunque quisiera hacerse el duro,

Ethel odiaba lo de «su niñita», pero se lo pasó por alto.

—Verás, abuelo, como sabes, voy a presentarme al concurso...

—Creo que todo el condado lo sabe... —respondió su abuelo divertido. Ella suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno... pues no me decido. ¿Tú que llevarías? ¿Algo alegre y divertido o triste y desgarrador?

—Alegre, siempre alegre. Demasiadas cosas tristes pasan a nuestro alrededor.

—Ajá. Y... ¿amor o desamor?

—Amor, sin duda. ¿Cómo un desamor puede ser alegre?

—Bueno... Puedes estar alegre por haberte librado de un pesado...

—¡Ethel!

—¿Qué?

—¡Espero que tú no seas una de esas muchachas que alientan a los chicos por pura coquetería! ¡Al hombre que le des tu palabra, que sea en serio, muchachita! —dijo amonestándola con un dedo.

—¡Ay, abuelo! ¡Es solo una canción! Además... ¡no seas antiguo!

—Pero ¡es que soy antiguo! ¡Nací el siglo pasado! —Ethel no pudo más que reír ante la ocurrencia de su abuelo.

—Abuelito, ¡eres un sol! ¡Gracias por tu opinión! —dijo abrazándolo y plantándole un beso en la mejilla. El abuelo quedó embobado, con una sonrisa de oreja a oreja.

Ethel salió corriendo en busca de otra víctima que no tardó en encontrar.

—¡Eh, Miky! ¡Miky! —Él la ignoró concentrado en su trabajo y ella suspiró con resignación—. Está bien... ¡Mike! —El muchacho dejó de cavar, se apoyó en el mango de su pala y la miró con cara de aburrimiento.

—¿Sí, Ethel? —dijo en tono indiferente. Ella se preguntó si sería buena idea consultarle, pero ya que estaba allí lo intentaría, lo máximo que recibiría sería una pulla.

—Estoy sondeando a la gente para que me ayude a decidir si llevo una canción alegre o una triste al concurso. ¿Tú qué opinas? —preguntó tímidamente.

—¡Y para esa tontería interrumpes mi trabajo! —bufó disgustado.

—Yo... —se sonrojó un poco. La verdad es que estaba agobiando a mucha gente con el tema—. Solo quería la opinión de un amigo... Ya sé que te he ignorado un poco desde hace un tiempo, pero no creo que... —Mike suspiró y relajó el semblante.

—Me da igual... —Al ver que Ethel se marchaba entristecida, se apresuró a añadir—: Quiero decir, que no sé qué elegiría. Me gustas cantando cualquier cosa, eres muy buena. —El rostro de Ethel se iluminó con una enorme sonrisa y Mike casi se quedó sin respiración al contemplarla.

¡Cómo había adorado siempre aquella sonrisa! Cuando era niño, por ser su tabla de salvación, y siendo ahora ya un hombre... ¡Ay, Dios, siendo un hombre...!

—Ya, pero...

Él la miró serio y suspirando le dijo:

—Mira, Ethel. Elijas lo que elijas estará bien, pero para ganar tienes que ir a por todas. Tienes que sorprender con algo: todos tienen claro que sabes cantar... Debes tener algo nuevo, especial, que no se esperen —ella, de repente, tuvo una idea.

—¡Eso es! ¡Gracias, Mike! —lo abrazó, apoyó las manos en sus mejillas y le dio un breve, pero contundente beso en los labios. Y como de costumbre, se fue. Mike se quedó unos segundos con los labios en forma de beso. ¿Qué había sido aquello? ¡Demonios, si la entendía algún día...!

A sus espaldas sonó una campanilla, indicándole que el cartero andaba cerca.

—¡Eh! ¡Rodney Boy! —lo llamó por uno de sus muchos apelativos—. Traigo una carta para ti.

El tono que usó no auguraba nada bueno.

Mike vio la carta en sus manos, una carta de tamaño y color característicos y con el sello oficial del Ministerio de Defensa. El mundo dejó de girar. Era la misma que habían recibido muchos vecinos suyos, vecinos que no habían vuelto. Se le heló la sangre en las venas. Tendría que renunciar a todo de momento: su futuro, Ethel... Fue como si un caballo le hubiera dado una coz en el pecho. Inspiró con fuerza, estaba acostumbrado a enfrentarse a los problemas con estoicismo, este sería uno más a añadir a la lista, podría con ello. Pero... ¿y su tío? ¿Qué iba a ser de él?

El concurso de canción country se celebró un par de días después. Todo el pueblo y los alrededores estaban expectantes. La radio local promocionaba el evento: era un concurso serio y el ganador podría ir al certamen estatal para luego, en caso de quedar clasificado, presentarse a la cita nacional, en la que estaba en juego un buen premio en metálico y la grabación y promoción de un single.

El viejo y gran granero de las afueras del pueblo había sido remodelado como centro de eventos. Allí se celebraban mítines, reuniones, grandes bodas, conciertos... En fin, todo lo que necesitara un gran local con instalaciones decentes. Una banda local de relativo éxito en la zona había sido contratada para el evento; el Ayuntamiento no había escatimado en gastos de iluminación y sonido. Cientos de personas iban a asistir, incluidas algunas personalidades de Boston: de hecho, todo el mundo estaba sorprendido de que no se hubiera celebrado allí, en lugar de en Smith Town. Parejas de todas las edades ataviadas con sombreros y botas vaqueras hacían acto de presencia; las chicas solteras vestían sus mejores camisas de cuadros o vestidos floreados. Las espuelas y hebillas de los hombres brillaban como la plata. Las autoridades locales, como el alcalde y el *sheriff*, llegaron temprano, igual que muchas familias de renombre como los O'Connell, dueños de la cadena de almacenes O'Connell's Market, o los Reginald, de Reginald & Sons, propietarios de un pequeño bufete de abogados especializados en lindes y propiedades, pero abogados, al fin y al cabo. Pero sin duda los que más expectación causaban eran los Longfellow, dueños de una empresa ganadera que proporcionaba el cuarenta por ciento del empleo en la zona. A medida que entraban, decenas de cabezas se volvieron hacia la puerta. Por el umbral hizo su aparición el matrimonio Longfellow: Mary, del brazo de su marido, caminaba lenta pero segura. Thomas saludaba a unos y otros con una sonrisa afable en los labios; hacía tiempo que su pelo había dejado de ser negro y unas elegantes arrugas surcaban su cara. No

había menguado ni un ápice de su altura y una incipiente barriga asomaba por encima de su cinto, pero no se podía decir que fuera obeso. Sus piernas eran su única pega: eran demasiado lentas para su gusto y no podía permanecer de pie mucho tiempo. Sus manos, curtidas por el trabajo y la edad, tenían un leve temblor, pero a pesar de todo ello, nadie podía poner en duda su porte, con aquel pantalón vaquero azul oscuro, sus botas, una camisa a cuadros azul y la corbata de lazo. Su hebilla, grabada con el sello de su granja, era de plata pura. El sombrero había vivido tiempos mejores, pero ni su mujer ni sus nueras pudieron convencerle de que estrenara uno nuevo. El resto de los Longfellow, a excepción de Sara Hannah que vivía en otro estado, seguían a la pareja como si de príncipes se hubiera tratado.

Una vez que Mary hubo acomodado a Thomas se dirigió a saludar a sus convecinas. Todas las damas que habían rebasado la cincuentena vestían de manera similar: pantalón vaquero o falda hasta el tobillo, botas y una blusa con canesú o encajes. Los embarazos y la edad habían redondeado la figura de la matriarca Longfellow, aumentando el busto y las caderas en una graciosa forma de reloj de arena. Su melena, que seguía siendo abundante, aunque ahora de un bonito gris con vetas blancas, lucía trenzada para la ocasión, recordando el recogido que solía llevar cuando era joven.

El ambiente era distendido y una música agradable sonaba de fondo. Los más mayores se sentaban en sillas repartidas aquí y allá, mientras que los jóvenes bailaban o bebían en la barra dispuesta para ello.

Mike estaba tomando una cerveza con el resto de los peones de la granja, sin perder de vista a su tío, que estaba sentado en una mesa cercana disfrutando de la compañía de algunos amigos. La artrosis en las manos de su tío había empeorado y pronto no sería capaz de usarlas: aquel pensamiento le inquietaba desde que recibió aquella carta... Sacudió la cabeza regañándose a sí mismo: aquella noche se había hecho el propósito de divertirse. Su tío estaría bien: la abuela Mary cuidaría de él.

—¡Tío Jebediath! —Una voz extremadamente familiar se había dirigido a su tío.

Se giró y vio a Ethel abrazando afectuosamente al hombre. Estaba más guapa que nunca: llevaba un vestido blanco con pequeños girasoles, con un escote un poco más atrevido de lo habitual. Si no hubiera llevado un chaleco vaquero, tal vez hubiera tenido algún problema con los más puritanos y los más atrevidos; con los primeros porque la hubieran vetado, y con los segundos porque le hubieran hecho alguna insinuación. Unas bonitas rodillas asomaban entre las botas y la falda del vestido. Se había trenzado el pelo como su abuela y no parecía que se hubiera maquillado. Se veía tan natural, tan «Ethel la de siempre», la que había crecido con él, la bella... Casi le dolía mirarla.

—¡Tío Jebediath! —repitió—. ¡Qué bueno que hayas venido! —Mike sonrió; su tío y Ethel se adoraban mutuamente.

—¿Cómo no iba a venir a ver a mi cantante favorita? —dijo sonriendo.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es? —le preguntó zalamera.

—Pillina, demasiado bien lo sabes... pero no voy a regalarte los oídos hasta que no le patees el culo al resto de los concursantes.

—Vale, vale. Por cierto, ¿y el botarate de tu sobrino? No te habrá dejado solo... —se fingió escandalizada.

—El botarate está justo detrás de ti —dijo sorprendiéndola. Ella tuvo la decencia de ruborizarse al haber sido pillada.

—¡Mike! ¡Me encanta que hayas venido también! —sonrió sincera.

—No iba a dejar a mi tío solo... —dijo divertido.

—Cierto. Bueno, os dejo. En veinte minutos empieza el concurso. —Besó en la mejilla al hombre y se fue corriendo.

—¿Se lo has dicho? —preguntó serio Jebediath una vez que ella desapareció.

—¿Para qué? No quiero fastidiarle la noche.

—Pero deberías decírselo, ella es tu...

—¿Mi qué? —dijo enojado— ¡mi nada!

—Tu mejor amiga, aunque lo neguéis... —dijo su tío apesadumbrado.

—Sí, claro... como si eso significara algo... —Y volvió a la barra malhumorado.

Unos momentos más tarde un presentador dio inicio al concurso.

Todos los asistentes se acercaron al escenario con curiosidad. Según anunció, Ethel sería la cuarta en cantar. Mike sabía que se la comerían los nervios. ¡Qué demonios! A él también.

El primero en cantar fue un hombre con la voz desgarrada: una balada de desamor se extendió hasta el último rincón, dejando boquiabierto al público. El segundo fue muy bueno también: Ethel lo iba a tener difícil. Mientras la tercera chica cantaba, Mike observó que su amiga se retorció las manos. Estaba seguro de que se encontraba al borde de la histeria y de que la idea de rajarse le cruzaba la mente.

—Ahora vuelvo chicos, voy a impedir que una damisela meta la pata —dijo dejando su cerveza a medias en la barra.

—A lo mejor la metes tú, que no escarmientas —se burlaron entre risas y sin malicia sus colegas, a sabiendas de que estaba colado, supuestamente en secreto, por la chica.

Llegó hasta donde esperaba Ethel para actuar. Su nerviosismo era tal que ni siquiera lo vio acercarse.

—¡Eh, Peloespiga! No irás a desertar, ¿verdad?

—¡Oh, Mike! ¡Son demasiado buenos! No sé si podré... —sollozó. ¿Cómo? ¿Ella no contrataba? Aquello era más serio de lo que pensaba.

—¡Vaya! Eres muchas cosas, Ethel Marie Longfellow, pero no eres una cobarde.

—No es cobardía, es realidad —gimió.

—Está bien. Pierde la apuesta con tu madre y cástate con James Myers...

—¿Qué dices? —exclamó horrorizada. Myers se comía los mocos de niño y no lo había dejado de hacer de mayor. Era arrogante y pendenciero, además de nada agraciado.

—¿Por qué no? Va a heredar la lechería, haríais buenos negocios. Sería un matrimonio provechoso.

—¡Nunca haría tal cosa! ¡Antes me meto a monja católica!

—Pues lo único que te libraré de terminar en una iglesia es ese escenario. Así que ¡mueve el culo y sube! —le dijo dándole un manotazo en el trasero.

Se quedaron helados; ella, porque no daba crédito a que Mike hubiera sido tan atrevido, y él, porque no se creía que de verdad le hubiera palmeado el culo. Ambos estaban ruborizados de los pies a la cabeza y Mike no dejaba de mirarse la palma de la mano. Ethel iba a reaccionar con un improperio cuando la anunciaron. Se tensó como una vara de medir, quería huir. Mike le leyó el pensamiento.

—Tu turno —susurró bloqueándole el paso para que no se diera la vuelta.

Ethel apretó la mandíbula con frustración, pero no le quedó más remedio que subir los escalones que conducían al escenario. Cerró los ojos; tenía la boca seca y no terminaba de arrancar. Le sudaban las manos y temía que el micrófono se le resbalara. Cuando la gente ya

empezaba a impacientarse, inspiró con fuerza, levantó los párpados y miró aterrada al público expectante. Toda su familia la observaba con nerviosismo. De repente, Mike entró en su campo de visión: le vio sonreír y animarla con los pulgares hacia arriba. “Tú puedes, preciosa”, le dijo solo con los labios. Se sintió arropada por él como cuando era niña, le devolvió la sonrisa y afirmó con la cabeza. Volvió a respirar hondo y, entonces sí, empezó a cantar. Empezó a capela, puesto que había dejado a la banda algo descolocada, pero pronto consiguieron situarse y la acompañaron.

Era una preciosa balada lenta.

—«*Every time that I have been looking for you was a waste of time, 'cause you have always been here and I couldn't see it. I was so blind. I was so deaf. I made a fool of me....*» —Miraba intensamente a Mike para concentrarse. Él sabía que no significaba nada, que solo era para calmar los nervios, pero le gustaba creer que le estaba dedicando aquella bella letra.

Poco a poco se fue sintiendo más segura: la canción cambió de ritmo, ahora sonaba alegre. El ritmo era tan contagioso que la gente empezó a bailar siguiendo el rápido compás. En el punto álgido del tema, sacó una armónica de su bolsillo e interpretó un solo. Los asistentes se sorprendieron: no sabían que tocara la armónica y no lo hacía nada mal. El resultado fue enriquecedor para la canción.

Cuando terminó, se hizo el silencio, que pronto fue roto por las solitarias palmas de tío Jebediath. Progresivamente se le unieron otros espectadores, formando una gran ovación. Ethel sonrió de oreja a oreja. Estaba tan eufórica que casi saltó del escenario para ir a abrazar a su familia y a sus amigos de la granja. Los peones la jaleaban y las chicas no paraban de dar gritos y saltitos a su alrededor. Mike estaba un poco apartado, aún sorprendido por aquella maravillosa actuación. Cuando lo localizó, corrió hacia él, que instintivamente abrió los brazos, la levantó a pulso y empezó a dar vueltas, haciéndola girar colgada de su cuello.

—¡Has estado maravillosa, Peloespiga! —se atrevió a darle un casto beso en la mejilla, que ella aceptó sin chistar.

—¡Gracias a ti, niñato! Si no me hubieras palmeado el culo para que subiera, ahora estaría llorando en los lavabos. —Él se puso rojo como un tomate. Ella se rio—. Te perdono... por esta vez —dijo divertida.

Cuando él la dejó en el suelo, ella lo miró a los ojos.

—Gracias.

—Un placer, señorita —dijo él llevándose la mano al ala del sombrero. Ethel le cogió de la mano.

—¡Ven! Vamos con el resto, aún quedan dos canciones y hasta dentro de dos horas por lo menos no anunciarán los premios. —Y lo arrastró junto a sus amigos.

Volvían a ser parte de una pandilla. Bailaron en grupo, bebieron, rieron y se divirtieron. Mientras esperaban los resultados, la banda amenizaba la velada. Mike se estaba divirtiendo de lo lindo: hacía tiempo que no bailaba con tantas chicas, ni disfrutaba de unas cervezas frescas. Ya faltaba poco para conocer el nombre del ganador. Una bonita canción lenta invitaba a las parejas a bailar. Ethel estaba con otro chico, pero no le importó: se dirigió a ella y se la robó a su acompañante, que se encogió de hombros y se fue a buscar a otra muchacha.

—Eso ha sido muy grosero —le reprendió.

—Me da igual —dijo haciendo una mueca. Ella simplemente sonrió.

—Eres imposible, pequeño Cheyenne —contestó, llamándolo por otro de sus muchos moteos.

—Y tú te haces mucho de rogar, Chica Blanca —le replicó Mike como cada vez que ella se

dirigía a él con aquel nombre.

Ethel no dijo nada, se dejó llevar en el baile, apoyó la cabeza en el hombro del joven, cerrando los ojos. Pudo sentir su pecho bajo su camisa y los músculos que diez horas de trabajo diario habían desarrollado. ¿Cuándo había dejado de ser un niño? Se preguntó.

Se sentía segura en sus brazos... Bueno, siempre se había sentido así junto a él. Olía a una mezcla de heno, loción de afeitar y algo más que no sabía qué era, pero que sin duda era parte de Michael. Él la apretó contra sí, como si temiera que fuera a escapar o como si fuera la última vez que la tuviera en sus brazos. Tal vez así fuera... Se separó un poco y la miró a los ojos: quería grabar sus facciones en la memoria. Aquella bonita melena, los ojos de plata, esa boca... Sin pensárselo demasiado bajó la cara y la besó. La besó con todas las consecuencias, con ansias reprimidas, con deseo, con testigos. Con el alma... Y ella se dejó besar. ¡Desde luego que se dejó besar! Le agarró por el cuello y lo apretó contra sí.

Ethel había esperado aquel beso toda la vida, con toda el alma, pero nunca lo hubiera reconocido.

Cuando se separaron, sus respiraciones eran entrecortadas, todos a su alrededor los miraban, pero para ellos no existía nadie. Se miraron de nuevo a los ojos y él supo que tenía que decírselo.

—Ethel... —dijo en un susurro casi inaudible—, mañana me voy a Camp Geiger. Me envían a Vietnam... —Ella pestañeó saliendo del trance del beso, intentó asimilar sus palabras.

—¿Qué? —Antes de que pudiera decir nada más, la voz del presentador, que ya llevaba un rato hablando, se hizo más clara y audible.

—... primer premio es para... ¡Ethel Marie Longfellow!

Un gentío se arremolinó alrededor de la pareja, separándolos desconsideradamente. Amigos y familiares se llevaron a Ethel a rastras hasta el escenario donde la esperaba el presentador, acompañado por una sonriente azafata con un ramo de flores y un cheque en la mano. La cara de pocos amigos del resto de los cantantes era evidente.

Los *flashes* de las cámaras de fotos la deslumbraban, estaba aturdida.

¿Qué acababa de ocurrir con Mike? El beso... Vietnam...

Miró a través de la muchedumbre, pero no lo vio.

Alguien le tiró del brazo para llamar su atención y no tuvo más remedio que atenderle. Y, de repente, fue consciente de su premio. Empezó a saltar y a dar gritos de alegría abrazando a uno y a otro.

Mike sintió un vacío doloroso cuando la separaron de los brazos de Ethel, cuando vio la alegría de su amada. Sí. Ya no podía seguir negándolo: la amaba y no estaba junto a ella. Se dio cuenta de que tenía que dejarla ir. Furioso, se dirigió a la puerta.

—Mike, ¿a dónde vas? —gritó su tío. Él lo ignoró.

—¡Michael Elliot Rodney! ¡No te atrevas a ignorarme, muchacho!

—Por favor, tío Jeb, tengo que salir de aquí... —Al ver su cara atormentada, el viejo asintió.

—Está bien, pero te acompaño...

—No hace falta que me lleves a casa de la manita —dijo con resquemor.

—¿Quién ha dicho nada de ir a casa? Vamos a echar un trago, muchacho.

Mike sonrió con tristeza, pero echó un brazo sobre los hombros de su tío y buscaron un bar.

Ethel llegó a su dormitorio de madrugada. Tenía la cabeza embotada; tantas emociones le habían pasado factura. El concurso, el premio, los *flashes*... Hasta la charla sobre el contrato se le hacía vaga en aquellos momentos. Lo que ocupaba su mente era el beso: ¿qué había significado?

«Venga, Ethel, no seas estúpida. ¿Qué va a ser?», se recriminó a sí misma. «Él me quiere, siempre me ha querido. ¿Y yo?». Suspiró ante la evidencia. «Con toda el alma», se contestó. Desesperada, se tiró con rabia contra la cama. Golpeó con saña los almohadones ahogando un grito de frustración.

—¡Maldito Michael Elliot Rodney! ¡No has podido elegir peor momento para besarme! —masculló entre dientes—. ¡Te vas a la guerra, patán! ¡Y yo gané un concurso, por fin! ¿Y ahora, qué? —se preguntó.

De repente se dio cuenta.

«¡Vietnam! ¿Y si no vuelve?»

Sintió la necesidad de ir en su busca, pero se retuvo. Quizás fuera lo mejor no hablar con él antes de partir, ¿de qué serviría? Ante esa impotencia rompió a llorar desconsoladamente. ¿Por qué se había complicado todo en un momento? Tal vez su destino era estar separados, tal vez el concurso llegó en ese preciso momento por una razón, pero ¿y si no? El cansancio y las lágrimas la derrotaron y pronto se quedó dormida.

«Ethel se encontraba en medio de un claro del bosque. Le era familiar, pero no lo supo ubicar. En el extremo de aquel claro había una encrucijada y dos caminos que se abrían ante ella, incitándola a escoger. «Genial, pensó. Y ahora, ¿qué?»». Se acercó hasta el punto que los separaba. Una mujer joven de cabellos negros y vestida al estilo de muchos siglos atrás se apareció ante ella. Ethel no se lo podía creer. ¡La leyenda era cierta! Preguntó:

—¿Sybill Preacher? —la figura asintió y sonrió—. Oh, Sybill, ¿qué debo hacer?

Señaló con una mano a una figura masculina que estaba de espaldas, sin duda Mike, apostado a un lado del camino. Con la otra, apuntó a un hombre pelirrojo y bien parecido que sostenía un guitarra en las manos, plantado en el camino contrario. Ethel frunció el ceño. ¿Quién sería? Se centró en la figura que le era conocida.

—Mike está de espaldas. ¿Debo dejarlo ir?

La figura femenina no se inmutó. Luego miró al otro hombre. Su sonrisa era espectacular. La guitarra, ahora a sus pies, relucía bajo los rayos de sol: era de un bonito color rojo con adornos blancos.

Ethel suspiró, se dirigió a la guitarra y la sostuvo en sus manos. Alzó la vista, posándola en la figura masculina que le ofrecía su mano. Luego observo a Mike que se desvanecía poco a poco.

¡Mike! ¡No! Intentó correr hacia él, pero una mano fuerte, la del pelirrojo, la retuvo.

—Sybill... dime al menos que no va a morir —suplicó girándose hacia ella, atormentada.

Sybill se encogió de hombros, aunque sonreía.

Y Ethel entendió que lo tenía que dejar marchar, al menos de momento...»

Mike estaba en la puerta principal de la casa de los Longfellow. Había acompañado hasta allí a su tío, que se hospedaría con ellos hasta que él regresara. También quería despedirse de la abuela Mary y hablar con Ethel, aunque decidió descartar esto al ver que la cortina del dormitorio de la joven se movía: ella sabía que él estaba allí y se estaba escondiendo. A Mike le dolió que no fuera capaz de enfrentarse a él. ¿Tan poco había significado el beso para ella? ¿Ni siquiera iba a despedirse? Él tenía su orgullo, así que apartó la vista de su ventana. Se obligó a centrarse en las personas que sí estaban allí: la abuela Mary, el abuelo Thomas y su tío. Ni siquiera Avigail y

Mathew estaban... Siempre se habían portado muy bien con él y había imaginado que se querían despedir...

El abuelo Thomas fue el primero en hablar:

—Ten mucho cuidado muchacho, sé un héroe si es necesario, pero no seas un idiota temerario. El cementerio está lleno de gallitos —dijo bromeando un poco. Le estrechó la mano como hacían los hombres de la granja, pero luego tiró de él y le dio un abrazo. La abuela Mary estaba aguantando las lágrimas.

—¡Malditas guerras! —renegó—. Primero me quitaron a mi George en Europa, luego a mi yerno Ted en Corea, y ahora tú, mi niño... —dijo cogiéndole de las mejillas. Mike tragó saliva conteniendo la emoción. No hubiese querido más a aquella anciana, aunque de su verdadera abuela se tratara—. Prométeme que tendrás cuidado. Tú eres listo, no dejes que te engañen y te manden a lo más peligroso. ¡Tú vuelve sano y salvo!

—¡Mary! ¡No le digas eso al chico! ¡Tendrá que ir donde le manden! —la riñó Thomas.

—¡Tonterías! ¡Eso sería si fuera una guerra como Dios manda y no este sinsentido!

—¡Mary! —Mike y Jebediath observaban divertidos la discusión.

—¿Qué? ¿Acaso no tengo razón?

—Sí... pero no se dice en voz alta... ¡Es antipatriótico!

—Creía que era un país libre...

—¡Está bien! —intervino Mike aguantando la risa—. Te prometo hacer todo lo posible para volver a ver a mi abuela favorita. —Mary rompió al fin a llorar y le cubrió la cara de besos como solo las abuelas saben: cortitos y ruidosos. Mientras se dejaba achuchar una voz femenina lo llamó a sus espaldas.

—¡Mike! ¡Qué alivio, aún no te has ido! —El fuerte acento de Avigail se dejó oír.

Mike tuvo un sentimiento agridulce; se alegraba de que Avi hubiera aparecido, pero no había señales de su hija. La mujer se apresuraba en su dirección. Llevaba un sobre en las manos.

—Quería despedirme de ti y darte esto —dijo entregándole el sobre. Mike lo abrió. En el interior había dos fotos: una de todos los Longfellow, excepto Ethel, y otra de Ethel, sola.

—Esto es para que sepas que tu *familia* está contigo. Hemos madrugado para hacérsela... bueno, casi todos... —dijo un poco avergonzada—. No se lo tengas en cuenta, tuvo una noche muy ajetreada.

Mike no se podía creer que le hubieran dado aquel bonito detalle, le gustó tanto que ni siquiera se enfadó porque Ethel no saliera en la foto coral. Avi lo abrazó y luego se fue para que no la viera llorar.

—¡Bueno, muchacho! ¿A tu tío no le vas a dar un abrazo?

—¿Estás de broma, viejo? ¡Lo mejor lo dejo para el final! ¡Ven aquí! —Después del fuerte abrazo, Jebediath sacó un pequeño talismán indio.

—Este amuleto te protegerá.

Juntó su frente con la de su sobrino y entonó un cántico en una lengua india.

Mike era muy consciente de la solemnidad del momento, como Mary y Thomas.

Finalmente, y sin decir palabra, cogió su maleta y subió a la ranchera que le estaba esperando para llevarlo a Boston a coger el autobús.

Ethel estaba junto a su ventana. Observaba la escena de despedida, escondida tras las cortinas de encaje fino que le conferían a la escena una capa traslúcida. Se agarraba frustrada al marco de la ventana, clavándose las astillas en las palmas de las manos, dominando el impulso de bajar a

abrazarlo. Cuando Mike dejó la maleta en la caja de la ranchera dejó caer la cortina y soltó el aire que retenía en los pulmones.

—¿Eres tan egoísta que ni siquiera le vas a decir adiós? —le reprochó su madre a sus espaldas— Tal vez no vuelva...

Ethel tenía la cara llena de lágrimas.

—Sybill me dijo que lo dejara marchar... —La cara de enojo de su madre cambió. Entendió inmediatamente a qué se refería su hija y suavizó su mirada. Se acercó a Ethel y la abrazó.

—¿También te dijo que no le dijeras adiós? —preguntó tiernamente al ver la pena de su hija. Ethel reconoció que no—. ¡Pues corre! ¡No te quedes con esa espina clavada! Ethel corrió escaleras abajo, salió de la casa y persiguió el vehículo.

Mike estaba inmerso en sus pensamientos cuando escuchó su nombre confundido con el ruido del motor y miró a través del espejo retrovisor. Vio a Ethel corriendo como una loca, descalza y en camión, agitando los brazos a través de una maraña de pelo rubio.

—¿Paro? —preguntó el peón que conducía el vehículo. Mike apretó los dientes.

—No, ha tardado demasiado... —El peón negó con la cabeza.

—Mike, tú no eres así... —le recriminó.

Justo en ese momento, observó cómo Ethel caía de bruces.

Mike maldijo entre dientes.

—¡Joder! ¡Para! —exclamó mientras saltaba en marcha del coche.

Corrió hacia ella, que se estaba levantando con las rodillas ensangrentadas.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre correr como una energúmena, descalza, por un camino de piedras? ¡Mírate! ¡Te has destrozado las rodillas! —gritó furioso.

—Lo siento, no podía dejarte ir sin decirte adiós —murmuró con la cabeza gacha. Mike la vio tan abatida e indefensa que no le pareció ella. Ethel lo abrazó y él se dejó abrazar. Se miraron a los ojos, pero ninguno pronunció las palabras que querrían haber dicho.

—Cuídate mucho... —susurró Ethel. Él la besó en las mejillas, en los ojos y en la frente y finalmente le dio un casto beso en los labios.

—Lo haré, Peloespiga...

Y subió al coche dando un portazo.

2. Mike, 3 de julio de 1967

Mike intentó dormir durante el trayecto en autobús, pero con mil doscientos kilómetros de viaje y algunos viajeros latosos le fue imposible. No quería pensar en qué le depararía el futuro, ni en la congoja que le atenazaba al abandonar su hogar y a su tío, ni en ella. No era un cobarde ni mucho menos: se enfrentaría a su destino, aunque no le gustaban los cambios.

Apenas había bajado del vehículo en las numerosas paradas, lo justo para estirar las piernas, pero no le quedó más remedio que hacerlo cuando llegaron a Washington: el motor del autobús se había quemado y el chófer les explicó que la compañía no les facilitaría otro hasta al cabo de cuatro horas. El hombre les recomendó un restaurante cercano y les indicó cuáles eran las distintas rutas de autobuses urbanos, por si alguno de los pasajeros deseaba hacer algo de turismo, aunque insistió en que no se alejaran demasiado.

—¿Qué haremos con las maletas? —preguntó con preocupación y un toque de indignación una anciana.

—No se preocupe, señora, no las sacaremos de mi autobús hasta que llegue el relevo.

Ella lo miraba con recelo

—No sé si fiarme, mozo... —Se llevó la mano a la boca, pero ya era demasiado tarde. El conductor, un hombre negro que hasta ese momento había sido muy amable, le lanzó una mirada furibunda. Antes de que le diera tiempo a increparla, Mike le puso una mano en el pecho para calmarlo.

—Señora —dijo con el tono más amable que pudo—, si no se fía, llévese consigo sus pertenencias, pero no ofenda a este humilde trabajador que ha sido más amable con usted de lo que realmente merece.

—¿Cómo se atreve, muchacho? —dijo irritada. Lo miró de arriba abajo, como evaluando si Mike era lo suficientemente blanco para dirigirse a ella. Él se tensó—. ¿Es que no le ha enseñado su madre a no meterse...?

—¡Dotty, ya está bien! —la cortó su marido— No te ridiculices más. —Ella se sonrojó ante la llamada de atención de su esposo, quedándose muda al instante. Cogió el brazo del hombre y se alejó con gesto petulante.

—Gracias —le dijo el conductor, ofreciéndole la mano tímidamente. Mike se la estrechó con firmeza—. Debería estar acostumbrado a estas salidas de tono, pero no puedo evitar que me hierva la sangre. Mike le sonrió, pero su sonrisa era triste: no le llegaba a los ojos.

—Nadie debería acostumbrarse a que lo traten mal. Ahora, si me permite —el chico lo saludó llevándose la mano al ala del sombrero—, voy a aprovechar para hacer turismo por la capital, como amablemente me ha recomendado. —El chófer asintió sonriendo.

Mike miró a su alrededor, movió un poco sus entumecidas piernas y descubrió que aquella parada le iba a sentar bien. Iba a ser un descanso para su mente y para su cuerpo, acartonado después de tantas horas sentado; sería un alivio contar con unas horas de asueto. O eso creía él.

Cuando llegó al National Mall para visitar el monumento a Lincoln se encontró con una masa de gente. Al principio pensó que era algún evento en vísperas del 4 de julio, pero resultó ser una manifestación antimilitarista. Cientos de personas, en su mayoría jóvenes, portaban pancartas de «No a la Guerra» y «Fuera Vietnam».

Mike había visto *hippies* en la televisión, pero en la realidad era mucho más impactante. Había chicas con melenas al viento, con vestidos coloridos, algunos especialmente cortos o transparentes, lo que le hizo ruborizarse un poco, y calzadas con sandalias, si no descalzas. Aparte de sus familiares indios, nunca había visto a un hombre con el pelo largo y pantalones anchos: a su parecer, eso era demasiado femenino. No solo había *hippies*, también vio gente con indumentaria más tradicional. Los gritos de protesta se escuchaban por doquier. El instinto le decía que debería largarse de allí, pero la curiosidad le pudo. A medida que la multitud fue avanzando pudo observar que un numeroso grupo de hombres mutilados encabezaba la marcha. Había de todas las edades, desde los diecisiete o dieciocho años hasta los cuarenta y tantos: un desfile de piernas y brazos amputados, de horribles cicatrices de quemaduras a lo largo del cuerpo y de cuerpos deformes se abría paso ante él. Caras desfiguradas en muecas grotescas que pusieron los pelos de punta a Mike.

Esa maraña de cuerpos incompletos era el resultado de una guerra que ya duraba demasiado. Mike sintió escalofríos. ¿Sería ese su destino, volver a casa como una masa informe? A pesar del horror que le producía ver aquellos cuerpos, su mirada seguía fija en ellos. ¿Cómo consentía aquello su país? ¿Por qué no escuchaban al pueblo y cesaba la contienda? Miles de personas no podían estar equivocadas, Estados Unidos siempre había sido fuerte y justo en la mayoría de las contiendas... o eso creía él.

Mike huyó de allí, no quiso ver más.

Vagó un rato más por la ciudad, se obligó a comer algo, más por supervivencia que por ganas, y volvió junto al autobús.

Algunos de los pasajeros estaban sentados en los bancos de un pequeño parque aledaño: la pareja de ancianos, una familia de Nueva York, algunos conocidos de Boston a quienes había ignorado haciéndose el dormido y aquel muchacho taciturno que se subió en Baltimore. El resto de los pasajeros aún no había vuelto. Examinó al muchacho de Baltimore. Por alguna razón le había llamado la atención: era de ese tipo de personas que por mucho que comiera, siempre estaban muy delgadas. Era alto y desgarbado y su piel cetrina y su pelo negro grasiento no aportaban ningún atractivo al conjunto; sin embargo, su cara era afable. Llevaba traje y corbata, ambos de corte anticuado. Estaba comiendo un guiso de una de esas tarteras que ponían las abuelas y madres cuando uno iba de excursión: él mismo hubiera llevado una, si no le hubiera quitado la idea de la cabeza a la abuela Mary. El chico estaba solo y por algún motivo le apetecía sentarse junto a él, tal vez porque tenía ganas de estar acompañado, sin sentirse obligado a mantener una conversación profunda.

—¿Le importa que me siente? —El muchacho alzó la vista, tenía muchas ojeras, pero no era difícil saber si era por cansancio o por llanto. No parecía mucho más mayor que Mike, tal vez un par de años o tres. Con una tímida sonrisa asintió. Ambos permanecieron en silencio durante un rato, hasta que el chico pareció caer en algo. Acercó la tartera a Mike.

—¿Gusta? —tenía una voz ligeramente ronca, pero no desagradable. Mike sonrió y negó con la cabeza.

—*Está mu güeno, me l'ha preparaao* la señora Willies, es *mu* amable, pero *ya 'stá mayó*, ha hecho el esfuerzo *pa'l viaje mío*... —Mike identificó su forma de hablar como la de algunos chicos que conocía que apenas habían ido a la escuela. No sabía por qué, pero sintió simpatía hacia aquel muchacho.

—No, gracias. Huele estupendamente, pero ya he almorzado. Por cierto, soy Michael Rodney —dijo ofreciéndole la mano. El chico la miró unos instantes con recelo, luego cogió la servilleta

que tenía en su regazo y se limpió antes de estrechársela.

—Rory —dijo mientras sacudía la mano tímidamente—, Rory Mackenzie. *Encantao*, señor Rodney.

—El señor Rodney era mi padre —dijo divertido—, llámame Mike.

—Ok. *Po* entonces yo soy Ro. —Sonrió más abiertamente.

Se quedaron callados observando a los viandantes. De vez en cuando, Ro echaba pan a las palomas con expresión de estar muy lejos de allí. De repente Mike quiso saber más de él.

—Y dime Ro, ¿a dónde te diriges?

—A Jacksonville, a Camp Geiger.

—Yo también. —Ro sonrió. Le gustaba compartir viaje con alguien más, le daba miedo no saber llegar y Mike parecía un tipo listo.

—¿Vas voluntario u *obligao*?

—Obligado, ¿y tú?

—Voluntario.

Mike no se podía creer que nadie fuera voluntario a ninguna guerra; no era un gallina, pero tampoco un temerario. ¡Joder! ¡Si aquella guerra ni siquiera se desarrollaba en suelo americano!

—¿Por qué? —Ro se encogió de hombros.

—Ya no me queda *ná*. Mi única familia era el abuelo y falleció el pasado invierno de neumonía. Solo sé *trabajá* el campo y no teníamos tierras, en mi pueblo apenas hay trabajo. Y sin tierra, Linda Sue prefirió casarse con Cliff Nordfort que tenía un despacho de leche. Yo no sé *hacé* casi *ná*, aparte del campo y en el ejército te dicen qué *hacé* y cómo...

Mike no se podía creer la inocencia de aquel chico. ¿Realmente no se daba cuenta de que lo meterían de cabeza en un avión rumbo a Vietnam? Sin paños calientes.

—Ro... —comentó amablemente—, creo que va a ser algo más complicado. ¿Eres consciente del peligro al que te enfrentas? ¿De que puedes morir?

El chico se encogió de hombros.

—¿Qué más da *mori* de un tiro allí o de hambre aquí? Estaré muerto de todos modos...

Mike pensó que tenía su lógica y no añadió nada más.

El nuevo autobús llegó puntual, como les habían dicho.

Esta vez Ro y Mike compartieron asiento, aunque no hablaron demasiado. Solo les quedaba una parada antes de hacer transbordo en Richmond, pero con el retraso tuvieron que pasar parte de la noche viajando. Para cuando llegaran al enlace tendrían que pasar el cuatro de julio en la ciudad; al ser festivo nacional no saldría otro autobús hasta la madrugada del día cinco.

Rory se puso nervioso. Llegarían tarde al campamento, todavía les quedaban más de seiscientos kilómetros por recorrer.

—Tranquilo, Ro, no tenemos que presentarnos hasta el día siete en realidad, yo iba con tiempo por si me pasaba algo así. ¿No leíste la carta? —Rory se ruborizó.

—No soy muy bueno leyendo, era *mu* larga y con palabras difíciles. La señora Willies me la explicó. Supongo que quitaría un día para que andara *espabilao*, por si me perdía... —Su mirada se tornó triste—. La gente piensa que soy torpe, porque no leo mucho y escribo lo justo. ¡Pero los números se me dan bien! —dijo con cierto orgullo.

—Bueno, no a todo el mundo se le da bien lo mismo —dijo para animarlo. No le gustaba la gente que se burlaba de quien no tenía suficientes estudios—, seguro que ninguna rata de biblioteca sabe conducir un tractor.

—¡Claro! ¡Ahí soy un maestro!

—Pues entonces, seguro que te ponen a conducir vehículos militares —le dijo con una gran sonrisa.

Rory estaba contento de que Mike no le hubiera llamado paleta o algo similar, ni le mirara por encima del hombro. La gente solía pensar que era estúpido y sus burlas le dolían, pero su nuevo amigo no era como el resto de los chicos de su pueblo. Se sentía tan a gusto que su natural timidez pasó a un segundo plano y se descubrió contándole su vida. Llevaban un buen rato hablando cuando Rory sacó su cartera.

—¿Quieres ver una foto de Linda Sue? —Mike asintió curioso.

Rory le mostró una foto de una chica poco agraciada. Era regordeta y su pelo negro estaba recogido en un moño anticuado; tenía los ojos muy pequeños para su cara, los labios tan finos que eran casi inexistentes y grandes coloretos en las mejillas. Mike no supo qué decir; sin darse cuenta había hecho una mueca. Rory lo miró y suspiró.

—Sé que no es bonita, pero...

—Yo no... —intentó justificarse Mike, sabiendo que había metido la pata.

—Puede que no sea muy *espabilao*, pero no soy ciego. Es más, ahora que la veo tiene cara de gorrinito. —Mike estalló en carcajadas.

—Perdona, no quería reírme así —dijo secándose las lágrimas.

—No pasa nada —dijo aguantado él la risa, como si no quisiera burlarse de ella—, al menos es muy simpática y buena vecina.

—Pero se casó con otro. ¿Por qué llevas su foto? —Rory se encogió de hombros.

—No sé, tal vez porque quería llevar conmigo algo que resultara familiar... ¿Y tú? ¿Llevas fotos?

—Solo de mi familia. Sacó la foto coral que Avi le había regalado.

Por alguna razón no quería enseñarle la de Ethel, pero, desafortunadamente, al sacar la otra la suya resbaló y cayó al suelo. Rory la recogió con un movimiento rápido, antes de que Mike la alcanzara. Le echó un vistazo y lanzó un gran silbido de admiración.

—¡Vaya! No me extraña que Linda Sue sea fea, esta *sa'llevao* toda la guapura, ¡menuda hembra, hermano!

Mike se sintió incómodo, no sabía cómo reaccionar a la admiración de otros hombres hacia Ethel.

—¿Quién es?

Mike no sabía qué responder y murmuró un quedo.

—Mi hermana —dijo arrebatándole la foto de las manos de malos modos. Se fijó en la foto por primera vez y acarició la imagen con devoción. ¿Por qué diablos había dicho eso? No había más que mirarlos para ver que era el mayor embuste de la historia. La mirada de Rory era escéptica.

—¿Sabes, Mike? Si el reverendo de mi parroquia me viera mirar a mi hermana como tú miras esa foto, me echaría a patadas de la iglesia y me excomulgaría de por vida...

Mike se ruborizó.

—Rory McKenzie, al próximo que te llame tonto, paleta o cualquier término similar, patéale el culo por mentiroso —Rory rio con ganas.

—En serio, ¿quién es? —El muchacho ya estaba intrigado. Aquella belleza tenía que ser alguien importante para Mike.

—Es Ethel, la nieta de los dueños de la granja para la que trabajo. Prácticamente me he criado

con ella y su familia, son los de la otra foto —dijo ofreciéndosela a Rory, que la estudió. Era una familia numerosa. Le llamó la atención una señora de pelo moreno, muy guapa, con unos bellísimos ojos grises, como Ethel; tal vez fuera su madre. Aunque la muchacha guardaba más parecido con la elegante anciana que presidía la foto: ¡qué guapa debía haber sido en su juventud! El resto de las mujeres de la foto tampoco le iban a la zaga.

—Desde luego las mujeres guapas abundan en tu familia —afirmó divertido. Mike le arrebató la foto de un manotazo con una sonrisa divertida.

—He de reconocer que los Longfellow tienen buen gusto para las chicas. Y las Longfellow tienen buenas raíces.

—¿Los Longfellow? ¿Estos son los Longfellow de Smith Town? —preguntó asombrado Rory como si de jugadores de Béisbol se tratase.

—Sí. ¿Los conoces?

—¿Quién en el mundo de la ganadería no los conoce? Aunque sea solo de oídas. Son como si fueran de la realeza...

—Pero ¿qué dices? Ellos no son unos *snoobs* —los defendió recordando las palabras de la abuela Mary.

—Lo que quiero *decir*, es que son *mu respetaos* y *admiraos*. Si esa chica es su nieta, ¡apuntas alto, chaval! Más te vale *hacer* algo para merecértela. —Mike palideció. Rory había puesto en palabras lo que siempre había intentado negar: que era un don nadie. Rory se dio cuenta de lo que había dicho.

—Mike... lo siento. No quise *decir* que no fueras lo bastante bueno *pa* ella...

—Da igual —replicó estoicamente—, no me has dicho nada que no supiera.

—Mike...

—¡Déjalo estar! —gritó furioso—, no merece la pena hablar de ello. ¡Nos mandan a una maldita guerra! ¿Para qué voy a mantener esperanzas en nada?

—¿*Pa sobrevivir*...? —tanteó. Mike contestó; miró enfadado por la ventana. Le irritaba la inocencia de Rory.

Continuaron el viaje en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, hasta que se quedaron dormidos. La noche en el autobús pasó de manera apacible. Al alba, llegaron a Richmond.

—¡Ey, Mike! —le sacudió suavemente Ro—. Hemos *llegao*, hermano—. Mike se sobresaltó ligeramente.

—¿Qué? ¿Dónde estamos?

—¡Despierta, chaval! ¡Estamos en Richmond!

—¿Ya? Con lo bien que estaba durmiendo —se quejó malhumorado.

—Parece como si hubieras *soñado* algo interesante —sonrió con malicia.

—Pues sí, pero no de la manera que tú crees...

—Ah, pues entonces no me interesa... —bromeó. Al ver la cara de Mike, dijo—: ¡Venga, va, escúpelo!

—Es una tontería, pero me ha dejado un poco... No sé cómo decirlo, estaba en un cementerio...

—Mal empiezas —dijo Ro santiguándose.

—... una mujer joven, con ropa antigua y el pelo negro como un cuervo, se me acercó y me susurró: «Sé honesto y sobrevivirás... Sé vil y lo perderás todo: actúa en consecuencia».

—¿Y luego?

—Desapareció.

—¿Era guapa?

—¿Qué tiene que ver eso?

—No sé —dijo encogiéndose de hombros—. Eres de esa clase de tipo que atrae a chicas guapas, aunque sea en sueños.

—Me tienes en muy alta estima —se carcajeó Mike—. Anda, vamos a buscar un motel y a disfrutar del cuatro de julio. Seguro que en algún sitio habrá buena cerveza y fuegos artificiales.

Mike disimuló el desasosiego que le provocó el sueño: no podía ser, él no creía en supercherías y, sin embargo, sospechaba quién podía ser la mujer de su sueño. Pero no podía ser, era una leyenda de los Longfellow. ¿Qué tendría él que ver?

Solo consiguieron habitación en un motel de mala muerte. Se veía a la legua qué tipo de clientela lo frecuentaba. Debían compartir cama, pero los muchachos se lo tomaron con buen humor.

—Al menos es lo bastante grande para cuatro —dijo Mike divertido.

—¿Para cuatro? —se extrañó Ro.

—Claro, si esta noche tenemos éxito con alguna chavala... —bromeó alzando las cejas significativamente. Rory se ruborizó de la cabeza a los pies.

—No pretenderás que tú y yo compartamos... Y con una chica... Yo nunca... Ni siquiera he visto ninguna completamente... —balbució Rory, mientras hacía gestos sobre su propio pecho imitando los senos de una mujer—. Linda Sue me dejó palpar una vez... pero llevaba tanta ropa que...

—Por Dios, Ro... ¡Cálmate! ¿Qué edad tienes?

—Veinticinco —dijo avergonzado—. Pero yo me *criao pa respetá* a la mujer. La institución del matrimonio...

—Vale, vale —dijo alzando los brazos en señal de rendición—, solo bromeaba. ¿Cómo vamos a hacer una orgía aquí? —se rio dándole un puñetazo amistoso en el brazo—. ¡Mírate, todo un caballero virgen! Eres una especie en extinción...

—¿Tú has...?

—A los dieciséis.

—¿Con la rubia?

—¡Demonios, no! —Por alguna razón aquel pensamiento le enervó. Por un lado, era algo que había ansiado desde que se desarrolló como hombre, pero por otro, la idea de utilizar a Ethel le daba náuseas—. Fue con la señorita Higgins, mi profesora de álgebra.

—¿Te acostaste con tu profesora? —gritó Ro entre escandalizado y admirado. Mike simplemente se encogió de hombros sonriendo; había sido una experiencia interesante, pero no iba a entrar en detalles.

—¡Venga, vamos a comer algo, McKenzie! —dijo cambiando de tema.

Pasaron el día visitando la ciudad, que estaba muy animada con desfiles y actuaciones por las calles.

Mike no se había equivocado: en un parque cercano esa noche iba a haber fuegos artificiales. También se celebró una pequeña verbena, donde los chicos disfrutaron de una buena barbacoa y de cervezas frías. Después de cenar, se dieron un garbeo por la zona; cualquiera que los hubiese visto podría haber pensado que eran de la zona, por la naturalidad con que se movían, saludando a los viandantes sin ni siquiera conocerlos. Todos llevaban banderitas y ridículos sombreros de cartón, rojo, blanco y azul que les regalaban unas chicas vestidas de *majorettes* y otras vestidas elegantemente con unas bandas cruzadas al pecho. Supusieron que eran las Damas y Reinas del

evento y algunas de ellas, con cierto descaro y coquetería, los sacaban a bailar aprovechando la música de ambiente. Rory, a pesar de su torpeza de movimientos, se dejaba llevar riendo como un pasmarote. Mike las encandilaba con sus buenas maneras y su agilidad. Todas estaban encantadas con aquel par de chicos nuevos en la ciudad. Acabaron la noche sentados en el césped, rodeados de chicas dicharacheras y alegres, riendo de cualquier cosa que Rory soltara por la boca. No obstante, no todo era alegría: la mirada hostil de los lugareños era evidente, no les hacía ninguna gracia que aquellos forasteros les estuvieran levantando a las chicas. Ellos, ajenos a aquellas miradas, eran inmunes a toda animadversión. Se lo estaban pasando de lujo.

—¿Sabes, Rodney? —dijo con voz ligeramente borracha Rory—, cuando te vi en el autobús por primera vez, pensé que eras un *estirao*.

Mike se rio con ganas.

—Y yo que tú eras un paleta de granja —le contrató para picarle un poco.

—Le dijo la sartén al cazo... Pero tienes razón, soy un paleta, pero que *mu* paleta —dijo carcajeándose.

—Me alegro de haberte conocido, Mackenzie. ¡Salud! —dijo alzando su botellín de cerveza.

—¡Igualmente! —dijo entrechocando los botellines.

Mike se le quedó mirando y luego sentenció:

—¿Sabes, Mackenzie? No te pega que te llame Ro, eso es de críos. A partir de ahora, usaré bien tu nombre.

Rory se encogió de hombros.

—Mientras no me llames hijo de perra... —Mike soltó la cerveza por la nariz, no se esperaba esa respuesta. Los dos cayeron de espaldas al césped riéndose, arrastrando a unas divertidas chicas con ellos. En el momento en que se calmaron, miraron al cielo, esperando. Los fuegos artificiales no se hicieron esperar: bonitas figuras rojas, verdes y doradas aparecieron en el firmamento. Cuando terminaron, las chicas aplaudieron y se levantaron, saltando y dando gritos, agarradas entre sí.

«¿Por qué siempre harán eso?», se preguntó Mike mientras se levantaba trabajosamente ayudado por Rory.

—¡Feliz cuatro de julio, chicos! —gritaron todas. Una pelirroja bajita y curvilínea con una cara preciosa, cogió las mejillas de Rory y lo besó. El muchacho, sorprendido, se puso rígido, pero la tensión le duró poco: el alcohol le dio el valor suficiente para responder a la caricia. La agarró por la cintura y aprovechó aquel beso y aquellas curvas. Mike lo miraba divertido, mientras una morena delgaducha hacía lo propio con él. Se escucharon voces masculinas a sus espaldas:

—¡Ya está bien de abusar de estas señoritas! —Mike y Rory se deshicieron del abrazo a duras penas, se giraron y se toparon con media docena de hombres jóvenes que los miraban con cara de pocos amigos.

—Más bien creo que es al contrario, ellas abusan de nosotros —dijo Mike burlón. No se solía achantar ante los gallitos.

—¡Bastardo!

El que había hablado se abalanzó sobre él. A pesar de estar achispado, Mike tuvo los reflejos suficientes para apartarse, cayendo de bruces al suelo. Esto enfureció más al tipo, que volvió a arremeter contra él. Las chicas chillaron histéricas, intentaron socorrerle, pero el resto de los chicos se lo impidieron sosteniéndolas por los brazos.

—¡Para! —gritó la morena mientras observaba cómo se revolcaban en la hierba en una

maraña de golpes y puñetazos. Rory quiso ayudar a su amigo, pero se vio envuelto en otra pelea con el resto de los muchachos que lo tenía acorralado.

—¡Déjalo, James!

—¿Estás loca? ¡Ningún guapito se pasa con mi chica! —dijo con voz entrecortada, mientras esquivaba los puños de Mike que se defendía diestramente.

—¡Yo no soy tu chica, imbécil! —le espetó mientras se libraba de los brazos del otro joven.

Miró a su alrededor desesperada. Muy cerca de ellos había un tenderete con una terraza, con sillas y mesas plegables de madera: cogió una y se la estampó con saña a James en la espalda. James se tambaleó y cayó al suelo, ante el asombro de sus compinches, que, tras la sorpresiva reacción de la chica, habían soltado a sus amigas. Al verse libres, las jóvenes atacaron sin dudar a aquellos camorristas, tirándoles de los pelos, clavándoles las uñas y propinándoles fuertes bofetones. Atónitos, los bravucones no tuvieron más remedio que defenderse, alzando los brazos como escudos. Con razón o sin ella, las consideraban sus novias y ninguno se atrevió a atacarlas. Rory se vio libre al fin y fue en busca de un tambaleante Mike. A ambos les fallaron las piernas y cayeron de rodillas, intentando recuperar el aliento.

—¡La policía! —gritó alguien.

Todas se apresuraron a levantar a los dos amigos: estaban magullados y sangraban por la boca. Los arrastraron entre la multitud, para esconderlos un poco. Cuando los vieron más o menos derechos, los apremiaron:

—¡Corred! —Mike y Rory no se lo pensaron. Tampoco se entretuvieron los otros chicos, que habían intentado confundirse entre la muchedumbre. Todos corrieron como alma que lleva el diablo, a pesar de las heridas.

Al llegar al motel, Mike y Rory estaban baldados y exhaustos, pero reían a carcajadas.

—¡No se puede *decir* que no sabes correr una juerga, Rodney! —soltó divertido Rory, apoyado en la puerta y luchando por recuperar el aliento.

—Psé, no ha estado mal... —contestó, riendo.

De repente se puso serio, recordando el motivo por el que estaban allí. Frunció el ceño y casi en un susurro sugirió:

—Deberíamos acostarnos, mañana hay que madrugar o perderemos el autobús.

Rory asintió en silencio. Cada uno rebuscó en su equipaje y se prepararon para darse una ducha. Se preguntaron cortésmente por el uso del baño y por la preferencia del lado de la cama. Apenas habían hablado cuando se metieron en la incómoda cama.

A oscuras, ambos miraron al techo, ligeramente incómodos por tener que compartir cama. Mike suspiró e intentó dormirse o al menos cerrar los ojos.

—Mike... ¿Estás dormido?

—¿Mmmm? —le contestó sin apenas moverse.

—Gracias. —Mike abrió un ojo curioso.

—¿Por?

—De no ser por ti, aquella pelirroja no me hubiera *morreao*.

—Es tu premio por irte a Vietnam —dijo Mike secamente, molesto, no por el chaval que tenía al lado, sino por la mierda de situación en la que estaban envueltos.

Se dio la vuelta bruscamente para darle la espalda, aunque suavizó el tono:

—Duérmete ya, Rory.

Aquello fue un golpe de realidad para Rory, que suspiró pesaroso e intentó dormir.

—Buenas noches, Mike.

Pero ya no recibió respuesta.

Por la mañana, la resaca o lo que ellos pensaron que era una resaca, puesto que tampoco habían bebido tanto para tener aquel lacerante dolor de cabeza, no les dejó desayunar en condiciones. Tenían el estómago tan revuelto que solo tomaron un rápido café.

Subieron al autobús en silencio, conscientes de que el último tramo del viaje sellaría su destino.

Durante el trayecto solo intercambiaron pequeñas conversaciones banales sobre el almuerzo y el tiempo. Cada uno estaba inmerso en sus propios pensamientos y sentimientos.

Tras varias horas de viaje, al fin llegaron a su destino: las puertas de Camp Geiger.

Poco sabían de aquel lugar, más allá de su lema: «Cada marine es un fusilero». Sin mediar palabra, pero apoyándose tácitamente, cogieron sus maletas y se dirigieron a la garita de entrada. Allí les indicaron el camino a seguir.

Se encontraron con un grupo de muchachos vestidos de civil y con un joven militar que los examinó de arriba abajo; miró al grupo repasando el número mentalmente, como para corroborar algún dato y asintió para sí mismo.

—Así que sois los dos que me faltaban —les recriminó veladamente—. ¡Caballeros, sois los últimos en llegar!

Se dirigió al grupo en voz alta:

—¡Bien, ya estamos todos! —Mike y Rory sabían que no llegaban tarde, pero no dejaron de percibir cierto tono de reproche en aquel hombre. Observándolo de cerca, le resultaba muy familiar a Mike—. Síganme —dijo sin ni siquiera mirarlos.

Comenzó a andar con la certeza de que todo el grupo le seguiría como un rebaño de borregos.

—Les llevaré a sus barracones, donde se les proporcionarán sus uniformes y todo lo necesario para pasar la noche. También recibirán las instrucciones de cómo proceder a partir de ahora. Por cierto, soy el cabo Myers; para cualquier duda, inquietud o tontería que no sean capaces de resolver solos, acudan a mí y solo a mí. No me gusta que me den la tabarra por banalidades, así que ténganlo en cuenta a la hora de preguntar cualquier gilipollez. ¿Entendido?

Un quedo «sí» resonó en la estancia. El cabo se dio la vuelta bruscamente, parándolos en seco. Algunos de los chicos tuvieron que hacer esfuerzos para guardar el equilibrio.

—Se dice «¡sí, señor!» —indicó con tono irritado, como si le fastidiara explicar las cosas a los novatos—. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —contestó el grupo más enérgicamente.

—Eso está mejor. Ahora, acompáñenme.

Mientras atravesaban pasillos y estancias, Mike se devanaba los sesos intentando averiguar quién era aquel tipo que le sonaba tanto. «¡Myers, claro! David Myers, el primo de Ethel», recordó de pronto. Era uno de los nietos mayores de los Longfellow, hijo de Sarah Hannah. Solo lo había visto por la granja de Navidad en Navidad, y no todas, y alguna que otra quincena de verano. Con tan solo dos años se había mudado al sur con sus padres y, al ser unos diez años mayor que Mike, nunca tuvieron mucha relación. Recordó perfectamente que el poco contacto que habían tenido nunca había sido especialmente cordial: la diferencia de edad hacía que David lo viera como un mocoso incordiante. A pesar de eso, Mike pensó que no estaría mal conocer a alguien por ahí; él ya no era ningún mocoso y el cabo tal vez el no fuera tan gilipollas como lo recordaba.

—¿Señor? —se aventuró.

—¿Ajá? —le contestó sin ni siquiera alzar la vista del listado que llevaba en las manos.

—¿No será usted por casualidad David Myers, el nieto de Mary y Thomas Longfellow? — Myers se paró en seco, mirándolo con interés, intentando adivinar quién era aquel tipo y si representaba una amenaza para él o no. Tenía alguna que otra deuda pendiente y no quería que lo jodieran allí, en el cuartel, donde podría llegar a tener un problema serio. Entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Nos conocemos?

—Soy Michael Elliot Rodney —dijo amablemente, pero sin intentar ofrecerle la mano—. Trabajo en la granja de sus abuelos desde hace varios años.

Myers lo examinó con más detenimiento. Su rostro se relajó cuando pareció reconocerlo, sintiendo cierto alivio.

—¡Ah, sí! ¡El mestizo! —casi escupió.

«¿Mestizo? ¿En serio?», se ofendió Mike, sin dejar entrever su molestia.

Nadie se había dirigido a él con ese término, no en ese tono despectivo al menos.

—¿Sigues siendo el perrito faldero de prima Ethel? —se mofó.

Al ver la cara de furia contenida de Mike, rectificó:

—¡Vamos, chaval! ¡Es broma! Te va a hacer falta mucho sentido del humor para aguantar el infierno que te espera... —comentó dándole un manotazo en la espalda.

—Ya veo. —Fue lo único que Mike fue capaz de decir, aguantando el impulso de romperle la boca, Sí, seguía siendo un gilipollas. Un gran gilipollas.

La mañana siguiente fue muy ajetreada: prisas para uniformarse, carreras, gritos de Myers por doquier...

A media mañana, un suboficial hizo acto de presencia. No era excesivamente alto, pero tenía un porte recio y un andar seguro. Estaría cerca de la cincuentena y tenía una cara afable de ojos pequeños y nariz prominente; parecía del tipo que cede el asiento a las mujeres en el tren y ayuda a los ancianos a cruzar la calle, aunque había algo en su aura que indicaba que no debía uno meterse con él. A pesar de su barriga incipiente y sus entradas, nada indicaba que tuviera que ser menospreciado o tomado poco en cuenta: su actitud lo decía todo. Se paseó con las manos a las espaldas de un lado a otro, observando a los muchachos allí formados, midiendo sus aptitudes de un solo vistazo. El silencio se hizo denso. Por fin, se paró y alzó la voz:

—¡Soy el sargento mayor Frank Paul Belfort! ¡Dirigiré vuestra instrucción, que será un poco atípica debido a la guerra que estamos librando en Vietnam! ¡Ya sé que muchos de los que estáis aquí no hubierais venido por voluntad propia, pero esperamos lo mejor de vosotros, igualmente!

Alguien murmuró una protesta.

—¡Silencio! ¡Esto no es el colegio, ni el instituto o la universidad! ¡No estamos en casa para protestarle a mamá! ¡Al próximo que murmure me lo calzo! ¡Vais a convertirlos en marines de los Estados Unidos, cojones! ¡Defenderéis los derechos de esta nación! ¡Y las libertades por las cuales tantos hippies de este país pueden llevar sus pancartas con florecitas fuera de estos muros! ¡Trabajad duro! ¡Respondedme y os respaldaré! De lo contrario, no querréis conocerme de HP. — Hizo una pausa, mirándolos uno por uno—. HP de «hijo de puta». ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —respondieron con fuerza.

—¡Cabo Myers!

—¡Presente!

—¡La lista!

El cabo se aclaró la garganta y con voz firme recitó:

—¡Adams, Bills, Chadman, Chandelier, Davis... —y así hasta una veintena de nombres—, y McKenzie! ¡Colocaos a la derecha! ¡Seréis instruidos como fusileros! Al resto... —dijo girándose hacia ellos y frunciendo el ceño malhumorado al observar que Mike se encontraba entre ellos— parece que os vino bien terminar el instituto. Aquí valoran a los lumbreras: seréis instruidos como sargentos —concluyó apretando los dientes, desabrido, porque el mestizo fuera a convertirse en su superior. Pensó que con un poco de suerte él no lo vería; iría de cabeza a la cloaca amarilla. Y tal vez el azar le metiera una bala en el culo.

3. Ethel, finales de agosto de 1967

—¡Vamos, vamos, señoritas! ¡Ya hemos llegado! ¡Caballeros, también va por ustedes! —La voz aguda y chillona de la señorita Spaydewick se abrió paso a través del cálido sopor del que estaba disfrutando Ethel junto a la ventana del autobús, acurrucada en su asiento, aprovechando los primeros rayos de sol en la cara—. ¡Vamos, vamos! —repitió mientras daba palmaditas.

Ethel la ignoró. Desde que había ganado el concurso local, no había parado de cantar en distintas localidades junto a los otros ganadores, para promocionar sus canciones. Cantaban de día y de noche; viajaban en un bus fletado por la cadena de radio que organizó el concurso, patrocinado por una marca muy conocida de jabón de lavadora (de esas que se anunciaban en la radio con cancioncitas absurdas, pero pegadizas). La señorita Spaydewick había sido contratada como dama de compañía para cuidar de las chicas solteras, un hecho que le pareció a Ethel extremadamente anticuado y misógino, aunque nunca se le hubiese ocurrido decírselo a la mujer. Le gustaba Claire Spaydewick, una antigua profesora de colegio de señoritas pijas: la típica solterona de mediana edad (o eso le pareció a juzgar por su vestimenta conservadora) que, por desgracia, acabaría convirtiéndose en criadora de gatos. Era toda amabilidad y saber estar, con un toque inocente que la hacía sonrojarse fácilmente.

—¡Vamos, Ethel! —la sacudió suavemente. Parecía más entusiasmada ella que el resto de los ocupantes del vehículo—. ¡Llegamos a la recta final! ¡Estamos en Nueva York! —La miró sonriente con su perfecto carmín, a través de sus gafas de pasta. Su atuendo se había quedado anclado en los años 40: una mezcla de prendas clásicas con otras más actuales, en la que casi nunca faltaba una rebeca sobre los hombros. Un pulcro rodete recogía lo que Ethel consideraba un bonito pelo castaño oscuro. El conjunto pretendía ser sobrio, pero intransigente.

—Hum... Señorita Spaydy... —se quejó.

—¡Ethel! Te he dicho cientos de veces que soy la señorita Spaydewick, o en su defecto señorita Claire. —«Ya salió la profe regañona», pensó la muchacha. Cuando adoptaba aquella actitud, podía llegar a ser un poco pesada, aunque afortunadamente pocas veces mostraba mal carácter.

—Entonces... ¿No debería ser yo la señorita Longfellow? Le recuerdo que no soy una alumna y, según tengo entendido, hasta ellas son tratadas de «señorita» —la picó Ethel. Le encantaba pillarla en un renuncio, especialmente en términos de protocolo. Claire Spaydewick se ruborizó de la cabeza a los pies, se quedó sin palabras. Intentaba dar con una respuesta, pero solo conseguía abrir y cerrar la boca repetidamente, como un pececito nervioso. Ethel soltó una carcajada—. ¡Respire, señorita Claire! ¡No la he pillado en una falta de educación! Me refería a que si me llama Ethel es porque me tiene tanto cariño como yo a usted: de ahí que me atreva a llamarla señorita Spaydy... —dijo zalamera. La señorita Spaydewick pestañeó descolocada. No se esperaba aquello.

—Bueno... Sí... Así es... —admitió—. Pero no me gusta que cambien mi apellido. Tal vez Claire... —titubeó—, pero los demás querrán las mismas confianzas... —Ethel seguía riendo. ¿De qué siglo habría salido? Ni siquiera su madre era tan estirada.

—Bueno, haremos una cosa. Cuando estemos entre chicas, será Claire y delante del resto de la gente le añadiremos el «señorita». ¿Amigas? —dijo ofreciéndole la mano. Claire sonrió de oreja

a oreja al aceptarla; realmente nunca había tenido una amiga, su infancia había sido austera y su adolescencia solitaria. Ciertamente, había desarrollado una debilidad por aquella muchacha.

—No es justo —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Era Chuck Larson, otro de los concursantes. Tendría cuarenta y tantos años, aunque apenas aparentaba la treintena, y una actitud de veinte que Claire reprobaba abiertamente. De complexión fuerte, podría haber pasado fácilmente por un boxeador o quizás por un leñador si se hubiese dejado crecer la barba, cosa imposible, porque, aunque lo negara, era coqueto: siempre llevaba bien peinado su pelo castaño oscuro.

—Yo también le tengo tanto cariño que me gustaría llamarla Claire... —le dijo en tono lisonjero

—¿Cómo? ¡Es usted un descarado! —Gritó escandalizada la aludida, saliendo con paso apresurado del autobús—. Ethel se tronchaba de la risa.

—¡Oh, Chuck! No deberías coquetear con ella. ¡Le va a dar un infarto de la vergüenza!

—Pero es encantador ver cómo se ruboriza con casi nada que le digas... —respondió con media sonrisa de canalla.

Ethel le dio un manotazo cariñoso.

—¡Eh, no juegues con mi amiga!

—Eso quisiera yo... Sería muy interesante ver qué hay debajo de esa rebequita tan bien tricotada... Lástima del palo que tiene metido en el trasero.

—¡Chuck! —le recriminó Ethel, aunque sin dejar reír.

La verdad era que a pesar de ser rivales en el concurso habían hecho buenas migas. Miró a su alrededor con cariño, echando un vistazo al resto de los concursantes.

Lilly Cohen era una muchacha algo mayor que ella y venía de Ohio: era extremadamente delgada y lucía una larguísima melena negra. Solo se le veían ojos en la cara; unos grandes ojos que contrastaban con una boca y una nariz demasiado pequeñas. Su piel era tan blanca que en algunos lugares permitía ver las finas venas, y en cuanto a su carácter, solo se podía decir que era abiertamente agrio. Estaba dotada de una voz maravillosa, con un deje desgarrador que hacía temblar el escenario. Su especialidad eran las baladas melancólicas, lo que encajaba perfectamente con aquel aspecto algo tétrico.

Lotty Jonhson era una madre de familia que parecía disfrutar de unas vacaciones como ama de casa. Su melena, corta y rizada, estaba teñida de un rubio algo extravagante: les había confesado que había llevado tantos tonos llamativos que ni siquiera recordaba el color de su pelo natural. A Ethel, su cuerpo le recordaba al de una paloma: mucho pecho y espalda ancha, pero poco trasero y piernas delgadas. Lotty mostraba siempre una sonrisa tan alegre como su voz y siempre cantaba al amor.

Margaret Higgins, rubia natural y esbelta, se sabía guapa: no en vano había sido proclamada «Miss Nueva Jersey 1960». Tenía carisma y aunque su voz no era gran cosa, sabía sacarles partido a todas sus cualidades: era buena sobre el escenario.

Chuck, que acababa de salir, era de natural travieso, pero se transformaba al cantar: era lo único que se tomaba en serio en la vida. Su voz, grave y modulada, era capaz de hacerte viajar muy lejos.

Robert Clark era joven, alto, rubio y de ojos claros: en fin, un bellezón de hombre, con una voz que recordaba a la de Elvis Presley y que haría desmayar a más de una chica, si se lo propusiese, o si le interesara alguna... Ethel tenía sus dudas al respecto.

John Willis era un chico negro, muy guapo también y de carácter tímido y taciturno. Al

principio fue evidente que se sentía fuera de lugar, pero poco a poco se integró al grupo, participando en las conversaciones y bromas de manera esporádica. A Ethel le parecía sumamente curiosa la debilidad que John sentía por Lilly. El muchacho tenía una voz profunda nacida del góspel, capaz de adaptarse a casi cualquier registro.

Observó divertida aquel variopinto grupo: se había forjado una bonita amistad a lo largo de los días de viaje. Hasta ahora, habían compartido moteles cutres, restaurantes baratos, pinchazos de rueda y algún que otro accidente sanitario como picaduras de insectos o pequeños cortes en medio de la nada y, finalmente, ya estaban en Nueva York, su destino final. No había marcha atrás: pronto sería la final del concurso y allí nadie miraría por nadie. Cada uno tenía sus razones para ganar e irían a por todas. Tuvo una sensación agrídulce: quería que todos cumplieran sus sueños, pero obviamente no iba a poder ser y ella estaba allí para demostrarle a su madre de lo que era capaz. ¡Vaya si se lo demostraría! Suspiró y bajó del autobús.

Ya en el hotel (uno de mejor calidad sin ser necesariamente bueno) Ethel compartió habitación con el resto de las mujeres, como había hecho hasta aquel momento. Todas estaban nerviosas, cada una a su manera, y ninguna se dormía. Daban vueltas en sus camas intentando no molestar a las otras sin conseguirlo, por mucho que intentaran no hacer sonar los muelles o ahogar suspiros de frustración. Se miraban de soslayo, procurando no ser descubiertas. Un gran gemido de aburrimiento resonó en la estancia.

—¡Oh, por amor de Dios! ¡Que alguien cuente algo! ¡Me estáis poniendo nerviosa con tanta vuelta en la cama! —bufó Lilly. Ese fue el pistoletazo de salida para que todas las luces se encendieran y todas se incorporaran en un santiamén.

—Bueno. ¿Os he contado cuando mi hijo...? —empezó Lotty.

—¡No, Lotty! ¡Tú, no! ¡Ya sabemos toda tu vida! ¡Estás todo el maldito día de cháchara! ¡Si tengo que escuchar cómo pasó las paperas el pequeño Jimmy otra vez, te juro que me abro las venas! ¡No sé cómo no se te seca el gaznate! —Lotty mudó el rostro.

—¿Por qué no puede hablar? Vamos a ver, se trata de calmar los nervios con algo de charla —la defendió Ethel.

Lilly la ignoró encogiéndose de hombros.

Ethel miró a Lotty, que negó con la cabeza.

Alguien carraspeó para hacerse oír:

—¿Por qué no se ha casado, Claire? Es algo que siempre he querido saber. Se la ve tan conservadora... No es que sea mayor, ni mucho menos, aún podría, pero... —preguntó Margaret para romper la tensión.

Ethel se llevó las manos a la cara. ¿Cómo podía haber preguntado algo tan personal a la apocada señorita Spaydewick? Desde luego, Margaret no tenía muchas luces.

Claire dio un respingo ante lo repentino de la pregunta, ruborizándose, como siempre. No obstante, contestó:

—Hum... no sé... Siempre estuve al cargo de personas mayores: mi madre, mi tía, mi padre... Y luego, las muchachas de las escuelas. Mientras estudiaba para maestra nunca tuve tiempo para muchachos. En mi casa eran muy conservadores: estuve esperando casi toda la vida a que mi padre me presentara un hombre decente, estoy segura de que no le hubiera valido ninguno de mi elección... Y ahora... digamos que se me pasó el arroz. —Se encogió de hombros pretendiendo indiferencia— Tampoco es que le haya interesado a nadie...

—¡Qué dices, Claire! ¡No se te ha pasado ningún arroz! —se quejó Ethel, que poniendo mirada pícara, añadió—: Y eso de que no le interesas a nadie, está por ver. Yo creo que le

interesas a Chuck, y bastante, me atrevería a decir... —Una fresa madura no habría sido más roja que las mejillas de Claire en aquel momento.

—¿Qué dices, chiquilla! ¡Si hasta yo sé que es un mujeriego! Cualquiera cosa con faldas menor de cincuenta y hasta de sesenta, si me apuras, interesaría a ese... —Buscaba una palabra que lo definiera, pero no daba con ella.

—¿Y eso es malo? —intervino Lotty—. Si yo no tuviera a mi marido, no me hubiera importado flirtear con él. Es encantador, además de muy atractivo. No tan guapo como Robert, pero... tiene ese punto de canalla que volvería loca a cualquiera. Ah... —suspiró exageradamente.

—¿Lotty! —gritaron todas escandalizadas, aunque divertidas por la ocurrencia.

—¿Y tú, Lilly? —soltó Lotty, la única que se atrevió a preguntarle algo tan personal.

La interpelada dudó unos segundos, pero al final contestó en un susurro:

—A mí no me atraen los hombres...

—Quieres decir, de momento... —aclaró Claire ingenuamente.

—No. No me atrae ninguno. Ni de momento, ni más adelante —afirmó categóricamente.

—¿Quieres decir...? —preguntó una pálida Margaret, cerrándose instintivamente el escote del camisón.

Claire dejó caer la mandíbula del asombro y Lotty y Ethel se miraron como si ya hubieran sospechado algo. Lilly soltó una carcajada.

—Sí, precisamente eso. Pero no hace falta que te tapes, no eres mi tipo. Eres demasiado vieja para mí.

—¿A quién llamas vieja? —dijo iracunda abalanzándose hacia ella.

Las demás, recuperadas de la impresión inicial, la interceptaron entre risas. Para calmar los ánimos, Ethel le lanzó un almohadón a Lilly por bocazas, iniciando una divertida guerra de almohadas. Cuando ya estaban sin aliento y desfogadas, se quedaron de pie sobre las camas mirándose unas a otras sin saber qué decir. Claire tomó las riendas de la situación y con su mejor voz de profesora autoritaria y un par de palmadas las llamó al orden.

—¡Venga, señoritas! ¡A dormir! Tenemos dos días muy ajetreados por delante.

Todas le hicieron caso, sin rechistar. Desde la cama Ethel preguntó:

—¿Qué es lo próximo en la agenda, Claire?

—Hum. déjame pensar... Mañana por la mañana tenemos visita por la ciudad, por la tarde conoceréis las instalaciones de la radio promocional, y pasado... —hizo una pausa dramática—, ¡la final!

Todas guardaron un silencio reverencial. De repente, Lilly susurró:

—Sé que pasado mañana todo cambiará, pero me alegro de haberos conocido. —Todas se quedaron de piedra, ninguna hubiera esperado aquello de ella. Tras un rato calladas, era obvio que no iban a dormir, pero ya no encendieron más las luces. Solo se escuchaban respiraciones irregulares, ninguna quería caer en brazos de Morfeo. Margaret carraspeó y preguntó en un susurro:

—¿Y tú, Ethel? ¿No tienes ningún chico a la vista?

—Sí... —Querría haber mentado, haber dicho que no tenía a nadie en mente, pero no pudo. La afirmación salió sin permiso de sus labios.

—¿Y? Las mentes curiosas queremos saber —intervino Lotty con otro susurro.

—Lo mandarán a Vietnam, si es que no está allí ya...

Esta vez el silencio fue sepulcral. Ya nadie habló.

Al día siguiente madrugaron muchísimo. Claire quería estar a primera hora en cualquier lugar digno de visitar.

Empezaron por la Estatua de la Libertad: una visita exprés porque, según la acompañante, no iba a dar tiempo a ver más cosas. Visitaron un par de museos (aunque más bien pasaron por dentro en un abrir y cerrar de ojos), subieron al Empire State y, por último, terminaron derrumbadas en Central Park, comiendo bocadillos y bebiendo soda.

—¿No ha sido maravilloso? ¡Qué visita más espléndida! —dijo soñadora Claire.

—Pero ¿qué dice? ¡Vieja loca! ¡Hemos ido corre que te corre a todos lados! ¡Hubiera sido mejor haber comprado un postal! ¡No he visto una mierda en condiciones! ¡Menuda pérdida de tiempo! —apostilló Lilly, que hasta ese momento había sido relativamente educada.

—¡Lilly! —la regañaron todas antes de que Claire reaccionara.

—¿Qué? ¡Es lo que todas pensamos: que hemos ido más rápido que un caballo!

—¡Pero no debes insultar ni blasfemar! ¡Es horrible la manera en que lo haces!

—¡Ah, eso! —Lilly se ruborizó un poco y, tímidamente, dijo—: es solo una expresión, no creo que seas vieja... Bueno, no eres una jovencita, pero tampoco tienes un pie en la tumba...

—¡Lilly! —exclamó Ethel—. ¡Déjalo, lo estás empeorando!

—Bueno, si nos dijera su edad, tampoco pasaría nada... Vaya misterio... —siguió rumiando.

—¡Lilly! —gritaron todas menos Claire, que suspiró y simplemente dijo:

—Treinta y dos.

—¿Qué? ¡Tiene cinco menos que yo y parece mi abuela! —exclamó Lotty que se ruborizó enseguida—. No quise decir eso... me refería a su atuendo.

—Está bien, está bien. Sé que no soy bonita, pero no importa —dijo admitiendo como una verdad universal que no era atractiva.

—Y encima de antigua cegata —bufó Lilly cruzándose de brazos.

—¿Cómo dices? —esta vez sí se alteró: aquello ya era el colmo.

—Lo que quiere decir —intervino Margaret, en tono apaciguador—, es que es usted muy bonita, pero que no se saca ningún partido.

—¡Tonterías! —Pero en el fondo sabía que tenían razón. Nunca había sido coqueta y nunca le había interesado serlo: su vida había sido demasiado pragmática—. ¡Vamos, señora y señoritas! Tenemos un par de horas para refrescarnos antes de ir a la GSNYR.

—¿La GSNYR? —gritaron todas a la vez, asombradas. Esa era una de las radios más importantes del país y la primera en la costa este.

—Pues claro —dijo con un deje de suficiencia—. ¿No lo sabían? Entonces, ¿a qué concurso creen que se han presentado? —preguntó un poco confusa Claire.

—Sabíamos que la GSNYR promocionaba el concurso, pero pensábamos que visitaríamos alguna sucursal menor, ¡no la gran sede! —contestó Lotty. Claire sonrió.

—¡Pues no! ¡Esto es la gran manzana y todo se hace a lo grande! ¡Así que no perdamos más tiempo!

Dos horas más tarde, las mujeres junto a Chuck, Robert y John se encontraban frente a las puertas giratorias de un elegante rascacielos. No era de los más impresionantes de Nueva York, pero tampoco se quedaba corto. Chuck soltó un silbido de admiración.

—¡Oh, señor Larson! No sea vulgar —le reprendió Claire.

—El señor Larson era mi abuelo, con Chuck es suficiente, señorita... —dijo sonriéndole descaradamente mientras le ofrecía el paso—. Señoritas... —llamó al resto.

Todas entraron entre gritos y risitas, seguidas de unos pacientes Robert y John. Una mujer

pulcramente vestida, con un moño perfectamente lacado, vestido de corte perfecto y maquillaje llamativo estaba saludando a Claire con una sonrisa. Esperó a que se acercase grupo para dirigirle la palabra.

—¡Bienvenidos a GSNYR! —dijo con entusiasmo—. Soy la señorita Smith: se comenta que soy la recepcionista, pero soy un poco chica para todo. En primer lugar, quiero decirles que tienen una fan en mí. No querría estar en el pellejo del jurado —se rio quedamente. Los tres hombres se la quedaron mirando embobados, incluso Robert, que hasta aquel momento no había dado muestras de interés por nadie—. En fin, no quiero irme por las ramas. Desgraciadamente, no les puedo acompañar, puesto que no puedo dejar mi puesto aquí abajo, pero les facilito unas acreditaciones, un pequeño plano... —aquella muchacha era todo alegría, hablaba con una rapidez pasmosa, contestando por sí misma cualquier pregunta no formulada—. Sí, tenemos planos, para las visitas de colegios y esas cosas. Les acompañaré al ascensor que les conducirá a la décima planta y alguien le atenderá. Si tienen la amabilidad de seguirme... —les indicó el camino solícitamente.

—Vaya verborrea tiene... —susurró Lilly casi inaudiblemente, poniendo los ojos en blanco. Ethel, que la había oído, se rio disimuladamente.

—¡Shh! —las riñó Claire quedamente.

—Si son tan amables de acompañarme... —insistió la señorita Smith, al ver a las tres mujeres cuchicheando.

Los hombres seguían sin inmutarse. Claire le dio un ligero codazo a Chuck.

—¡Aaw! ¡Eso ha dolido! —se quejó entre dientes. Ella le ignoró y pasó de largo. Al ver que no se movía, se volvió y tiró de él.

—¡Es de mala educación mirar fijamente! Solo le ha faltado bajarle la cremallera —susurró Claire, entre enfada y avergonzada—. Nos están esperando, vamos...

—¡Ey, nena! No hace falta que te pongas celosa —dijo guiñándole un ojo divertido—, hay Chuck para todas...

—¡Es usted insufrible! —y salió en dirección al ascensor.

—No sé por qué te molestas, es una estirada —dijo John poniendo los ojos en blanco. Chuck se encogió de hombros; le caía bien aquella estirada.

Al salir del inmenso elevador, se toparon, literalmente, con una mujer. Todos la observaron con curiosidad: era robusta, más corpulenta que obesa. Tenía la cara ovalada y unos bonitos ojos castaños que miraban con curiosidad todo lo que ocurría a su alrededor, aunque lo más llamativo era su inmensa melena rizada, de un bonito color chocolate puro. Su vestimenta era lo opuesto a la de la señorita Smith: su vestido de colores alegres y formas vaporosas, las sandalias y una multitud de pulseras, collares y anillos, hacían pensar en una echadora de cartas de feria, pero con un toque *chic*. Su cara se iluminó al verlos; era de aquellas personas que transmitían paz y buenas vibraciones. Alargó sus manos y tomó las de Lotty con entusiasmo.

—¡Oh, ustedes son los concursantes! Ahora iba en su busca, la señorita Smith me acaba de avisar. ¡Bienvenidos! —Tenía un ligero acento francés adorable y pasaba de unas manos a otras, sacudiéndolas enérgicamente sin perder ni un ápice de sonrisa—. ¿Qué tenemos aquí? ¡La dulce Ethel, la carismática Lilly, y usted es, por supuesto, la bellísima Margaret! —La aludida se sonrojó ante el halago. En realidad, todas estaban encantadas de que las reconociera— Y... ¿cómo olvidarme de la alegría de la casa? ¡Lotty! —dijo tomándole también las manos. Luego frunció el ceño al ver una mujer de más—. ¡A usted no la conozco! —continuó, dirigiéndose a Claire cortésmente.

—Soy la señorita Claire Spaydewick, acompañante de las muchachas —le estrechó la mano con cordialidad.

—¿Acompañante? ¿Eso no es algo antiguo? —preguntó amablemente la desconocida—. En fin, ¡bienvenida sea usted también, por supuesto! —dijo sonriente.

—¿Aquí habla todo el mundo tanto? —volvió a quejarse Lilly, hablando para sí misma. La mujer de los rizos la oyó perfectamente.

—¡Pues claro, chiquilla! —dijo alegremente, alzando los brazos como si abarcara todo el espacio—. ¡Esto es la radio! Sin voz ni música no tendría sentido, ¿no crees? —dijo pellizcándole la mejilla, haciendo sonar todas sus pulseras. Lilly se sonrojó, pero no dijo nada—. ¡Y mis hombres! ¡Mis maravillosas voces masculinas! ¡Robert, mi nuevo Elvis, el terror de las chicas! John, ¡con usted, las catedrales de la vieja Europa temblarían de gozo!

—¿Y yo? —se quejó Chuck, con un mohín infantil que hizo sonreír a las chicas.

—Señor Larson, me da la sensación de que usted ya sabe que es muy bueno, así que no voy a alimentar su ego por hoy —dijo guiñándole un ojo. Él no supo si aquello era un halago o no, así que optó por enfurruñarse. Su reacción provocó una carcajada en Claire que inmediatamente se llevó las manos a la boca para sofocarla, ganándose una mirada enfadada de Chuck. Parecía que le había molestado que, precisamente ella, se burlara. De repente se hizo el silencio y la mujer se echó las manos a la cabeza, recordando algo.

—¡Por el amor de Dios, si no me he presentado! ¡Qué despiste! Soy Eliza Camberwell —dijo más seria—, secretaria ejecutiva del señor Freeman.

—¿El director de la cadena? —exclamó John.

—¡El mismo! Soy la *secre* del jefe —canturreó.

—Sí, claro... Como si fuera cualquier secretaria...

—En fin, acompáñenme. Les voy a hacer un *tour* por lo que nosotros llamamos «El Palacio».

—Qué curioso —dijo Lotty—. ¿Y eso?

—Porque tiene muchas dependencias —rio Eliza. Tal vez no fuera un buen chiste, pero su entusiasmo hizo reír a todos.

Recorrieron un amplio pasillo flanqueado por grandes claraboyas que dejaban pasar la luz del sol.

—A la izquierda del pasillo se encuentran las oficinas. En ellas trabajamos con cada una de nuestras filiales: documentación, contactos, entrevistas, enlace con la costa oeste... Todo se gestiona a través de ellas.

—¿La cadena tiene muchas filiales? —preguntó Robert interesado.

—Sí, más de cuarenta. Ahora estamos negociando para abrir una internacional y una cadena de televisión —Los chicos silbaron admirados.

—Señora Camberwell —dijo tímida Claire. Se sentía fuera de lugar, pero tenía una inquietud—. ¿Es cierto que van a cerrar la cadena donde recomiendan libros?

—No exactamente. La van a fusionar con otra que cubre ámbitos culturales. Bueno, como decía, estas son las oficinas de la SRM (Sport Radio Magazine), que abarca todos los eventos deportivos... La NT (News Today) se ocupa de noticias en general... Luego, al fondo, tenemos otra para noticias políticas y financieras... Ahí tenemos algunas cadenas de corte femenino: se dedican a las inquietudes domésticas y de belleza —con este comentario, y mientras señalaba, Eliza frunció un poco el ceño en señal de desacuerdo. Era puro nervio y movía los brazos de un lado a otro—. Y, por supuestísimo, ¡la música! Eso es lo que realmente mueve este imperio y la razón

por la que están aquí. De las cuarenta cadenas, veinte están dedicadas a la música. ¡Tenemos hasta sello discográfico propio! ¡Somos de lo más completo!

—¿Y a la derecha? —se impacientó Lilly.

—Las salas de grabación. Ahora están en funcionamiento cuatro. Les enseñaré una vacía para que la vean y luego les iré presentando a quien nos encontremos por el camino... —Cada cuatro o cinco frases soltaba una risita alegre, para hacer más amena la charla.

Entraron en una de aquellas salas, pero no estaba vacía. Dentro encontraron a un hombre en silla de ruedas que debía rozar la cincuentena: era ancho de hombros y no tenía piernas, como pudieron observar disimuladamente. Un vaquero doblado a la altura de lo que deberían ser las rodillas cubría sus muñones. Llevaba una camiseta negra con un logotipo blanco, que bien podía pertenecer a una compañía militar. Con actitud concentrada, aquel desconocido revisaba los papeles que reposaban sobre una pequeña mesa.

—¡Oh, perdón! ¡Pensé que estaba vacío! La luz de *en el aire* está apagada...

El hombre levantó la vista mostrando unos preciosos ojos verdes con un brillo travieso. «¡Vaya! ¡Este ha tenido que ser todo un figura décadas atrás!», pensó Lotty.

Al ser consciente de que no estaba solo, sonrió afablemente al grupo.

—No pasa nada, Eliza, solo estaba ultimando detalles del programa que tengo en una hora —confirmó mirando su reloj—. Los invitados no tardarán en llegar, pero mientras tanto... ¿Qué tenemos aquí? —preguntó con curiosidad.

—Son cantantes *amateurs*. Los concursantes que han ganado en los concursos locales promocionados por la GSNYR, los finalistas del certamen final. John, Chuck, Ethel Lilly, Robert, Lotty y Margaret —Los presentó obviando sus apellidos, como si fueran amigos de toda la vida—. ¡Ah! Y esta señorita tan encantadora, que no canta pero que también forma parte de la *tournee*... ¿Claire? —dudó, buscando confirmación en la interpelada, que asintió—. Él es mi marido, John Stuart.

—Sí, así me llamo, pero podéis llamarme Big John —saludó, mientras iba estrechando manos.

—¿Big John? —exclamó John, que ya creía haber reconocido aquella voz— ¿Del programa *Que no te silencien*? —Big John asintió sonriendo.

—¡El mismo!

—¡Me encanta su programa! —dijo sacudiendo sus manos con entusiasmo—. ¡Este hombre no tiene pelos en la lengua! ¡Y es todo un veterano de Vietnam! —A Ethel se le erizaron los pelos de la nuca y una mueca de incertidumbre cruzó su cara. Big John lo notó.

—¡Ey, ojos bonitos! No estés triste, no le pega nada a esos ojazos que tienes. Yo ya no le echo cuenta... y si conoces a alguien en el frente, no deberías mortificarte hasta que te lo traigan en una bolsa de plástico.

—¡Big John! —le recriminó Eliza—. ¡Desde luego este tullido no tiene tacto!

«¿Tullido? ¿Y eso sí es tener tacto?», pensaron todos con ironía.

Eliza vio sus caras y negó con la cabeza.

—¡Eh! Que quede claro: ¡la única que puede llamarle tullido soy yo! —dijo bromeando. ¡Vaya pareja extraña!

—Pues lo dicho, ojos bonitos: no te atormentes —se la quedó mirando. Nunca había visto unos ojos tan grises, como de plata—. ¡Qué bonita mirada tienes, niña! —le salió sin pensar.

—Le dijo la sartén al cazo... —contestó Ethel, divertida.

—*Touché*.

En el preciso momento en el que Big John les iba a explicar los entresijos de la sala, dos

hombres negros entraron en la estancia. Eran grandes y bien parecidos, aunque uno era un poco más alto que el otro y de rostro más serio. Ambos miraron al grupo con suspicacia, el más alto casi con desprecio, casi; en cualquier caso, era una mirada incómoda. Tenían un aire familiar entre sí, tanto por su aspecto como en su lenguaje corporal. Cubrían su pelo rizado con boinas negras y vestían chaquetas de cuero de tres cuartos con unas chapas en la solapa.

—Aquí llegan mis invitados de hoy —dijo Big John con admiración, ignorando las miradas de los recién llegados—. Amigos, os presento a Marcus y Logan Hill. —Eran hermanos, como cabía esperar—. Ellos son Ethel, Lilly, Lotty, Margaret, Robert John y Chuck. Mmmm... ¿Claire? —ella asintió poniendo los ojos en blanco, molesta de que nadie recordara su nombre con facilidad. Los Hill cabecearon a modo de saludo, pero no mudaron el semblante. Ni siquiera se movieron del sitio.

—¿Son parte del programa? —preguntó receloso Marcus. Su voz profunda y grave sonaba amenazante.

—No, solo les enseñábamos esto...

—Bien —dijo Marcus, alzando una ceja esperando que se fueran. A nadie le gustó aquella actitud arrogante. Se comportaban como si fueran los reyes del lugar; hubo un silencio incómodo.

—¿Ustedes cantan? ¿Son un dúo o algo así? —preguntó inocentemente Lotty, para romper el hielo.

—¿Cómo? —gritaron furibundos a la vez Marcus y Logan, mientras el resto intentaba aguantar la risa ante semejante metedura de pata. Eliza iba a aclararlo, pero Ethel se adelantó.

—No, no cantan. Son miembros del partido de los Panteras Negras, Lotty —dijo amablemente—, luchan por los derechos de la comunidad negra y otras minorías. —Y dirigiéndose a ellos, continuó—: Caballeros, no es necesario que pongan esa cara de pocos amigos, no todos los conocen en el país y mi amiga no ha querido ofenderles con su inocente pregunta.

—¿Caballeros? —repitió despectivamente Marcus—. Vaya, la rubita pretende ser educada.

—No lo pretendo, lo soy. Usted, desde luego, no lo es. Sin conocerme de nada, me ha llamado *rubita*, cuando yo no me he dirigido a usted en ningún término despectivo. ¿Cómo le sentaría si le llamara *negrito*?

Un silencio sepulcral siguió a las exclamaciones de asombro de los amigos de Ethel y al jadeo de indignación de los dos hermanos. Parecía acercarse una tormenta, y ninguno de los presentes podía intuir cómo acabaría aquella tensa situación. Marcus apretó los puños sobre su cadera con furia contenida.

—¿Cómo se atreve...? —siseó, mientras las aletas de su nariz temblaban de ira.

—Usted ha empezado. —Ella no se achantó. No en vano, se había criado en una granja, rodeada de rudos cowboys.

—Ethel... —le advirtieron los otros, cogiéndola del brazo.

—Ethel ¿qué...? ¿Ha empezado él, con su actitud desconfiada y amenazante! Pues si se cree que yo...

—Tiene razón, señorita —intervino Logan—. Disculpe a mi hermano: está tan metido en la lucha que a veces no distingue la amabilidad de la ironía. —Marcus lo miró sorprendido. Logan se encogió de hombros—. Es verdad, deberías disculparte con ella.

—No pienso hacer nada parecido —dijo cruzándose de brazos, intentando demostrar cierta autoridad. No estaba acostumbrado a que lo cuestionasen y mucho menos a disculparse por nada, ni con nadie.

—Ni yo las quiero, que tenga un buen día... —No sabía cómo dirigirse a él para no liarla

más. Si le llamaba señor quizás pensara que se burlaba de él, si no se lo decía tal vez se sintiera despreciado.

—Marcus, simplemente —dijo Logan.

Marcus dirigió una mirada reprobatoria a su hermano, como si quisiera estrangularle allí mismo. Ethel sonrió a Logan: al menos él parecía más razonable que su hermano.

—En fin, ¡vamos, vamos! —dijo Eliza algo azorada, indicándoles la puerta.

Después de salir de la sala, hubo un silencio incómodo mientras terminaban de recorrer las estancias. De buenas a primeras, Margaret chilló, sobresaltando al grupo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¿No es esa Dolly Parton? —dijo entusiasmada, corriendo hacia el final del pasillo.

—¡Espera, Margaret! —intentó detenerla Claire, corriendo tras ella—. ¡No se puede avasallar así a la gente!

Todos rieron ante la reacción de las mujeres. Se acercaron a la cantante que ya estaba firmando un autógrafo a Margaret.

—¡Bienvenida, Dolly, querida! —la saludó Eliza alegremente—. ¿Qué te trae por El Palacio?

—Había quedado con ese sobrino tuyo... Es un cazatalentos de pacotilla, pero tiene buenos contactos.

—¡Pero Dolly! ¡Si a ti no te hacen falta! ¡Tienes una carrera!

—No es para mí, tontina, es para una persona a la que quiero ayudar sin que la relacionen conmigo.

—Ya veo... y quieres que yo te haga el trabajo sucio —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Todos se voltearon a la vez hacia el recién llegado. Ethel palideció en el acto: frente a ella vio a un muchacho pelirrojo muy atractivo, con una sonrisa pícaro y ojos vivarachos. Vestía de manera informal, pero con un toque elegante. ¡Era el mismo hombre que Sybill le había mostrado en el sueño! Sintió que las piernas le temblaban, pero aguantó el tipo mientras hacían las presentaciones. Eliza estaba en su salsa: había que reconocer que era un torbellino de alegría.

—¡Chicos! Este es mi sobrino, Aiden O'Hara. ¡Cómo veis, todo queda en familia! Es nuestro cazatalentos particular. ¡Tiene mucho ojo para los músicos y artistas en general! ¡Y mucha labia! Así que, chicas, ¡cuidadito!

—Diría que mi tía exagera, pero en cierto modo sí que me gustaría que todas las chicas guapas fueran mis novias, y veo aquí a candidatas potenciales.

Su sonrisa era arrebatadora. Todas lo miraron embelesadas, incluida la regía señorita Claire, aunque el interés de Ethel nada tenía que ver con un coqueteo. Estaba tan confusa que se sintió un poco mareada. Chuck, que había asistido malhumorado al galanteo del pelirrojo de pacotilla, por si se pasaba de la raya con *sus chicas*, se dio cuenta de que algo le ocurría a la muchacha. La cogió suavemente del brazo y la acompañó una butaca cercana, donde le hizo sentarse. El resto de la comitiva, al verla pálida, se acercó con preocupación.

—Dejadla respirar —ordenó firmemente Claire, mientras la abanicaba con un almanaque de cartón—. Debe estar agotada, hoy ha sido un día muy intenso.

—Pues será mejor que os marchéis a descansar. Mañana necesitará estar al cien por cien en el Waldorf —dijo O'Hara.

—¿El Waldorf? —preguntó Robert—. ¿El Waldorf Astoria? —volvió a preguntar, sin dar crédito. Aquel era uno de los hoteles más lujosos de Nueva York.

—Sí —intervino Eliza—. Mañana celebramos una cena benéfica y la entrega de premios de la GSNYR a los distintos programas de radio, en el Waldorf Astoria. Y se celebrará también vuestro

concurso en directo...

—¿El Waldorf? ¿Directo? —Aquellas palabras les venían muy grandes de repente, haciéndoles conscientes de que la recta final ya estaba cerca.

—¿No lo sabíais? ¿Quién es vuestro coordinador de eventos? —preguntó extrañada Eliza.

Claire se aclaró la garganta.

—Soy yo —dijo tímidamente, con un ligero tono de remordimiento—. Pensaba darles una sorpresa.

—¡Sorpresa! —gritó Lilly—. ¡Nos va a dar una taquicardia, vieja loca!

—¡Ey, Lilly! ¡Cuida tus modales cuando te dirijas a Claire! —Chuck la regañó en tono amenazante. Lilly se mordió el labio. Claire se ruborizó al ver que Chuck salía en su defensa y que se refería a ella por su nombre de pila; no era algo a lo que estuviera acostumbrada.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Dejad de discutir y vámonos ya! —gritó Lotty. Todos se sorprendieron de aquel arrebato, ya que su carácter solía ser de lo más afable.

Después de las despedidas de rigor, se retiraron a descansar, no sin antes desearse suerte mutuamente: gestos de cariño, pequeños abrazos y apretones de manos para ellos, y dulces besos en la mejilla para ellas. Al ver el vínculo que se había creado entre ellos, nadie hubiera sospechado que, en realidad, eran rivales.

Los hombres esperaban pacientemente a que las mujeres bajaran al vestíbulo. Los tres vestían elegantes esmóquines; formaban un trío dispar y atractivo que era objetivo de furtivas miradas femeninas. Robert parecía un de galán de película, digno de foto coleccionable para adolescentes, mientras que el aspecto canalla de Chuck era el anhelo de las madres. John, luciendo su nívea sonrisa, estaba simplemente arrebatador. Iban por su segundo cigarrillo cuando la alegre voz de Lotty resonó en la estancia.

—¡Vaya! ¡Qué guapos! —Los hombres se dieron la vuelta, intentando disimular su asombro al descubrir a aquella figura pizpireta embutida en un vestido corto; era de un rojo brillante, cuajado de lentejuelas. Les pareció algo excesivo, aunque no hubieran sabido decir si por el llamativo color o porque era evidente que le faltaban un par de tallas para resultar adecuado. Se interrogaron unos a otros con la mirada y con gestos disimulados: no parecía fácil que pudiera respirar. El rojo de labios no ayudaba tampoco... No obstante, le sonrieron y la llenaron de halagos.

—¡Ey, Lotty! ¡Qué elegancia! —dijo Robert en un intento de ser cortés. Ella sonrió de oreja a oreja, embelesada. Al verla así de feliz, el muchacho no se arrepintió de soltarle aquella mentirijilla—. ¿Y las demás?

—Ahí vienen Margaret y Lilly —dijo señalando a su espalda. Efectivamente, del ascensor salían dos mujeres. Desde luego, no hubieran reconocido a sus amigas si se las hubieran encontrado por la calle. Margaret, lucía un precioso vestido blanco, largo hasta los tobillos, que se amoldaba a su figura de manera elegante. Su peinado, digno de Grace Kelly, le daba un aire distinguido. Lilly, que siempre llevaba un aspecto desaliñado, vestía un sencillo pero elegante vestido negro que le llegaba hasta las rodillas, de manga corta. Se había peinado con una trenza que caía delicadamente sobre su hombro; unas bailarinas negras con una bonita hebilla plateada remataban el conjunto.

—Vaya, Lilly, jamás pensé que diría esto, pero ¡qué guapa! —dijo Chuck. Ella no dijo nada, pero se ruborizó un poco—. ¿Y Ethel?

—No tardará, estaba terminando de convencer a Claire para que viniera.

—¿No quería venir? —se extrañó Chuck.

—No, decía que no pegaba en un sitio tan elegante, y que como su contrato terminaba mañana, prefería hacer las maletas.

—¿No iba a ver la final? —intervino John. Todo el grupo había cogido cariño a Claire, nadie podría imaginarse que no los acompañara a todos lados; quizás no era cantante, pero formaba parte del clan. Lilly negó con la cabeza.

—Dijo que nos escucharía por la radio.

—¿Y vosotras lo ibais a consentir? —preguntó Chuck mostrándose más molesto de lo que hubiera querido aparentar.

—Parece que no conozcas a Ethel —dijo Lilly entre risas—, la metió de cabeza en la *boutique* y en la peluquería del hotel, sin dejarle articular ni una palabra. Por eso se han retrasado un poco. —Mientras decía aquello, Ethel y Claire hicieron su aparición. Ethel llevaba un vestido claro de seda, floreado. El recogido juvenil y el maquillaje natural realzaban sus ojos plateados. Justo detrás de ella, casi escondida, estaba Claire. Se había soltado su bonita melena castaña, que caía justo por encima del hombro; se lo habían peinado con las puntas hacia dentro. No se había quitado las gafas, pero con aquel peinado parecía diez años más joven. Un bonito vestido verde agua, de corte recatado pero *sexy* y elegante, se ceñía a sus formas, mucho más femeninas de lo que cabría esperar. Desprendida de su habitual uniforme de profesora de academia de señoritas, Claire Spaydewick se revelaba como toda una belleza serena. Chuck sonrió abiertamente, totalmente prendado del nuevo aspecto de la acompañante.

—Vaya, Ethel —silbó descaradamente—, ¿quién es tu amiga? —Claire se escondió aún más detrás de Ethel, quería que se la tragara la tierra. Ella no estaba acostumbrada a este tipo de vestimenta—. Vamos, Claire, no te escondas. Estás preciosa —dijo cogiéndole de la mano con una sonrisa galante.

—Yo... Yo no estoy acostumbrada a vestir así —dijo tímidamente.

—Pues deberías... —dijo con una mirada que ella no supo descifrar. Se lo quedó mirando fijamente.

El resto del grupo carraspeó, señalándose el reloj.

Ambos parecieron despertar de un sueño.

—¡Es cierto! Vamos —murmuró Chuck.

El salón de actos del Waldorf Astoria era impresionante, casi intimidante. Todos se hubieran sentido fuera de lugar si la señorita Smith no los hubiera recibido, presentándoles a algunos invitados para romper el hielo.

Ethel miró a su alrededor: había reputados políticos, periodistas, gente de la radio, actores y actrices, así como cantantes. Los Camberwell estaban conversando con Aiden O'Hara, con el que ella supuso que era el señor Freeman y con otros dos ejecutivos de la radio. Sus compañeros revoloteaban de un lado para otro con copas de champán en la mano, disfrutando de los canapés que unos elegantes camareros distribuían entre los invitados. Ella se había quedado sola y casi lo prefería; estaba un poco abrumada con tanto glamour. Tomó distraídamente una copa de champán de una de las bandejas y decidió buscarse un rincón. Sumida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que una voz masculina la llamaba, hasta que esta se alzó ligeramente sobre el murmullo del resto de los invitados.

—¿Señorita Longfellow? —Ella se giró, topándose con Marcus Hill, que la miraba toscamente. Puso los ojos en blanco y frunció el ceño, molesta.

—Vaya, ¿ahora soy señorita? —preguntó irritada, dando un trago a su copa sin ni siquiera mirarle.

—Solo quería disculparme. Mi hermano tenía razón, fui un poco brusco. Si mi madre me hubiera visto, me hubiera dado una colleja. —Ethel rio. No se hubiera imaginado que aquel hombre tan imponente, con su mirada de constante amenaza y su aire peligroso, tuviera miedo de su madre. También imaginó cómo sería su madre y aquello la hizo reír aún más. Él parecía incómodo, casi molesto. Ethel se preguntó si había sido por sus risas o porque le había costado disculparse. Entendió lo que le debía haber costado aquel gesto (no parecía un hombre que se disculpase a menudo), y sonrió, mirándole a los ojos.

—Bueno, empezamos con mal pie: empezemos de nuevo —le ofreció la mano—. Hola, me llamo Ethel Marie Longfellow, pero todos los que intento que me caigan bien me llaman Ethel.

Marcus sonrió ante la presentación. «Vaya, es infinitamente más guapo cuando sonrío», pensó. Le estrechó la mano.

—Marcus Hill, pero todos a los que caigo bien, que no son muchos, y a los que no, me llaman Marcus —se presentó aun sonriendo.

—¿Sabe? debería sonreír más. Tiene unos dientes muy bonitos y entiendo de eso: me he criado en una granja con caballos —le dijo haciendo alusión a la calidad del caballo según su dentadura. Él soltó una carcajada: nunca nadie había halagado sus dientes y mucho menos comparándole con un caballo. Si aquellas palabras hubieran salido de la boca de otro, probablemente las hubiera considerado un insulto, pero por el tono ligero y casual de la muchacha era evidente que solo quería bromear para relajar el ambiente.

—¿Y arruinar mi reputación? —Ella sonrió ante su respuesta.

—¿Y qué te trae por aquí, Marcus? —preguntó, tuteándole directamente—. Me refiero a que este no es tu ambiente. —Se dio cuenta de lo mal que podía sonar aquello y rectificó al momento—. Quiero decir, que es no es un ambiente de lucha política, ni de mítines, ni... —Estaba totalmente apurada creyendo haber metido la pata, pero Marcus se hizo cargo de la situación.

—Big John nos invitó a mi hermano y a mí. Logan anda por ahí —dijo con ademán perezoso—. Es obvio que no es mi ambiente, ni siquiera me gusta este tipo eventos, ni la gente. Me siento como un pez fuera del agua, no sé si se nota... —señalando su particular atuendo, que ni por asomo era un esmoquin—, pero hay alguna gente interesante con la que debo tratar—. Ethel asintió.

—¿Señorita Longfellow! —la llamó la señorita Smith.

—Me reclaman —dijo sonriente. Antes de que ella se fuera, la cogió de la muñeca y la acercó a él. Aquel gesto la puso nerviosa.

—Ethel, te equivocas. Cualquier ambiente puede valer para la lucha política, si las personas adecuadas están en él. Deberías venir un día conmigo para verlo por ti misma. Ethel entendió inmediatamente que aquella invitación no tenía nada que ver con la política, lo que la puso en alerta. Marcus notó cómo se tensaba y soltó suavemente su muñeca, y con un ligero roce en la espalda la empujó en dirección a la señorita Smith.

—¿Sí? —preguntó un poco azorada Ethel cuando llegó a su altura. La señorita Smith la recibió con una sonrisa radiante.

—¿Tenemos una sorpresa para los concursantes! —«¿Otra más?», pensó con recelo la muchacha. Después de saber que cantarían en el Waldorf, no sabía si sus nervios soportarían otra

conmoción—. ¡Venga, por favor!

Atravesaron la sala con paso vivo, deteniéndose apenas para saludar a algún personaje interesante. Cuando llegaron a la altura de un pequeño grupo, el corazón de Ethel dio un vuelco de alegría. Exclamó:

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Abuela! —gritó, abalanzándose hacia ellos.

—¡Me alegro de que estéis aquí! ¿Y el abuelo? ¿Y George? —preguntó maravillada mientras los cubría a besos.

—George es aún muy pequeño para traerlo, se ha quedado con tus tíos... y el abuelo está muy mayor para viajar... igual que la abuela —dijo su padre reprendiendo a Mary con la mirada.

—Tonterías, ¡estoy en la flor de la vida! No he sido yo la que se mareó tres veces en el viaje. —Mathew desvió la mirada avergonzado—. ¿Cómo estás, mi niña? —le preguntó acariciándole las mejillas—. ¿Comes bien? ¿Duermes a tu hora? ¿Te tratan bien? —Ethel rio, encantada por la preocupación de su abuela.

—¡Claro que sí, abuela! ¡Me tratan muy bien! ¡Esto es muy divertido!

—Ethel, estás preciosa, cariño —intervino su madre, que hasta aquel momento había permanecido en un segundo plano mientras abuela y nieta se saludaban. Sus preciosos ojos sonreían y la emoción se reflejaba en su cara—. ¡Qué vestido tan elegante! A ver... deja que te vea. ¡Date la vuelta! —dijo orgullosa de su hija. Ethel giró sobre sí misma y después hizo unas poses de modelo que provocaron la risa de su familia. Luego, mirando a su madre a los ojos, tuvo que contener las lágrimas: no se había dado cuenta de cómo la había extrañado. Sus disputas, sus riñas, sus pequeñas bromas... Incluso el agarrar a los animales mientras ella les ponía alguna inyección... Todo aquello que en su día le pareció un trabajo tedioso, ahora eran preciosos momentos compartidos con su madre.

—¡Tú también estás preciosa, mamá! —No era un halago vano: su madre podía hacer que todas las miradas se centraran en ella. Iba de rojo, nunca la había visto con un color tan llamativo, pero por alguna razón que a ella se le escapaba, lo llevaba con gran seguridad—. ¡Qué alegría de verte! ¡Te he echado de menos! —dijo abrazándola. Avigail la apretó con fuerza. Aquellas palabras significaban mucho para ella. Al final, sí saltaron algunas lágrimas, que intentaron disimular.

Se giró hacia Mathew que aguardaba su turno pacientemente. Estaba arrebatador con su esmoquin, ahora que lo pensaba, todos los Longfellow eran realmente guapos, cada uno a su manera. Él abrió los brazos y ella se acurrucó en ellos como hacía de niña.

—¡Y a ti también, papi! —A Mathew se le caía la baba cuando lo llamaba así. No importaba la edad que tuviera Ethel, siempre sería su niña—. ¡Ha sido la mejor de las sorpresas! ¡No os esperaba aquí!

—La cadena ha querido dar una sorpresa a los concursantes y ha invitado a la familia a ver la final en directo. ¡Aunque yo no me la hubiera perdido por nada del mundo! —dijo su padre orgulloso. Ella lo volvió a abrazar y cuando lo soltó, cogió a su madre y a su abuela de las manos y tiró de ellas.

—¡Venid! ¡Os voy a presentar al resto!

Ethel miró a su alrededor. Vio a Lotty con su marido e hijos, a John y a Robert con quienes parecían ser sus padres y a Margaret que estaba con una pareja mayor. Lilly iba acompañada de una señora de edad indefinida. «¿Y Chuck?», se preguntó. Lo divisó en un rincón, solo, con expresión taciturna. Pensó en acercarse a él cuando dejara a su familia atendida, pero vio a Claire acercarse a él. Sabía que se haría cargo de la situación, así que se encogió de hombros y dirigió a

su familia hacía Lotty, haciendo las presentaciones pertinentes. Ya averiguaría luego por qué Chuck tenía la cara como si se hubiera tragado un limón.

—Señor Larson, ¿qué ocurre? —le preguntó Claire amablemente con una dulce sonrisa. Sabía que algo le pasaba, tal vez fueran los nervios. Él sonrió melancólicamente.

—No ocurre nada, señorita Spaydewick —aquel tono cordial, pero neutro, la puso en alerta.

—¿Cómo qué no? No está bromeando con nadie y no está sonriendo. ¡Usted siempre sonríe! Ni siquiera está mirando a las mujeres bonitas, ¡y aquí hay decenas! Y no me ha llamado Claire hace rato, como suele hacer para mortificarme con sus malos modales... —Se calló de repente, como si fuera consciente de algo—. ¡Ay, Dios! ¿No tendrá fiebre? ¿Le duele algo? —Inconscientemente le llevó las manos a la frente para comprobar su temperatura. Al ver que esta era normal, las retiró inmediatamente, abochornada. Él sonrió ante el gesto de preocupación de aquella mujer encantadora.

—Hoy no está tan observadora como suele ser —le replicó negando con la cabeza.

—No le entiendo. —Aquel hombre siempre le había parecido un poco desconcertante, era una mezcla de canalla con corderito.

—Mire al resto. —La hizo girar suavemente, para que observara a sus amigos en mitad del salón. Claire se puso nerviosa ante aquel contacto inocente: no estaba acostumbrada a que la tocaran, y menos un hombre. «Por Dios, Claire, no seas mojigata. Solo te ha tocado un hombro, sin intenciones de nada», se recriminó a sí misma; se sorprendió al sentirse molesta de que no hubiera propósitos perversos en aquel gesto. «Basta, Claire, céntrate en lo que quiera decirte»—. Ethel y los chicos están con sus padres, Margaret con sus abuelos, Lotty está encantada de que su marido y sus hijos la acompañen hoy... Lilly está acompañada de su tía, tan rara como ella, debería decir —bromeó con tono decaído. Claire se dio cuenta de que estaba solo. No estaba solo porque no hubiera nadie a su alrededor, sino porque no tenía vínculos. Recordaba ahora que nunca hablaba de su familia, y que nunca percibió en él apego hacia nada. Era cierto que era amable y divertido y que hacía amigos con facilidad, pero también era siempre el primero en dar el paso, como si le faltara algo en su vida. Se atrevió a preguntar:

—¿Y su familia? —Al ver su expresión, pensó que quizás era una pregunta demasiado personal—. Perdón, no quiero ser entrometida. —Se mordió el labio y desvió la mirada.

—¿Sabe que está encantadora cuando cree que mete la pata? Se pone nerviosa y no sabe dónde mirar. Se sonroja de una manera que la hace parecer aún más joven; retuerce disimuladamente lo que tenga en las manos, un pañuelo, un papel, los dedos si no lleva nada... Como si se culpaba de no poder controlarlo todo. Quiere ser perfecta en su trabajo y cuando no lo consigue, siente su orgullo herido; en ese momento se la ve tan indefensa que a uno le entran ganas de achucharla. —Ella se ruborizó ante tal descripción de sí misma, pero no dijo nada. Chuck continuó hablando sin mirarla—. ¿Sabes? —siguió, tuteándola por primera vez—, me crié en un orfanato. Luego estuve trabajando desde muy joven para algunas familias, en granjas y comercios. Me trataron bien, eso no lo puedo negar, pero nunca fui miembro de ninguna de ellas. Me trataban mejor que a algunos trabajadores, pero no llegaban a darme la intimidad necesaria para que me sintiera parte de una familia. Era como el primo tercero que venía de visita: eran cordiales, pero mantenían las distancias. Luego empecé a cantar; sabía que era bueno. No creo pecar de soberbia si admito una de mis pocas virtudes... Y empecé a recibir elogios y a tener amistades que suplían lo que yo creía que era el cariño. Tonteo con chicas para ver si doy con la que pudiera ser mi mujer y tener mi propia familia. No sé si lo conseguiré algún día, pero estoy empezando a pensar que no es el mejor método... —se rio entre dientes—. Ninguna ve más allá de mi fachada de don

Juan. No se fían de mí, y de las que se fían no me fio yo... No soy tonto, ¿sabes? Sé cuándo una chica se acerca por interés. Ni siquiera estoy seguro de quiénes son mis amigos.

—¡Oh, no digas eso, Chuck! —dijo ella agarrándole de las manos. Él sonrió. Le gustaba cómo sonaba su nombre en sus labios—. Sí que tienes amigos, al menos en este viaje. Tienes a los chicos, que te aprecian mucho, y las chicas son amables contigo. Incluso Lilly... Os compenetráis muy bien, ni siquiera se percibe la rivalidad entre vosotros... Bromeáis, os dais ánimos, salís juntos... en fin, todo lo que hacen los buenos amigos. ¡Sois como una pandilla de adolescentes! —Él sonrió ante la pequeña broma—. Y me tienes a mí... —dijo susurrando casi, como si ella misma estuviera confesando una falta—. No soy glamurosa como ellas: soy sencilla y nada mundana, no soy sofisticada y apenas me gustan los sobresaltos. Tal vez no soy lo que estás acostumbrado a ver en una mujer, pero soy fiel a mis amigos. Y aunque no lo hubiera reconocido ni en un millón de años... tú eres uno de ellos. —Chuck tragó saliva ligeramente emocionado; ella se preocupaba por todos sus amigos, pero, por alguna razón, hoy todas sus atenciones se centraban en él y solo en él—. ¿Y sabes una cosa? ¡Hoy voy a hacer de tu hermana! —Chuck soltó una carcajada ante la ocurrencia y la besó en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios.

—¿Qué haces? —exclamó azorada.

—Darle un besito a mi hermana —dijo divertido. Había vuelto aquel brillo a sus ojos. Claire suspiró y puso los ojos en blanco, pero no tuvo más remedio que sonreírle.

—Vaya... ¡ya se le quitó la tontería al muchachote! Venga, ¡al escenario! ¡En diez minutos empezáis!

—¡Oye! ¡El hermano mayor soy yo! ¡No deberías regañarme! —dijo riéndose.

—¡Puff! ¡Cuatro años de nada! —se le escapó. Ella conocía todas las fichas personales del grupo.

—¡Claire Spaydewick! ¡No me puedo creer que hayas confesado tu edad! ¡Pues que sepas que ese vestido te rejuvenece un par de años! —definitivamente volvía a ser él.

Claire soltó un grito de frustración y salió corriendo de allí.

Ethel, que hacía rato que había dejado a su familia acomodada, los había estado observando, ilusionada por lo que allí se estaba cocinando sin que siquiera los protagonistas se dieran cuenta. Rio ante la escena.

—¿Por qué la mortificas tanto? — le preguntó a Chuck, divertida. Él pegó un respingo, no la había visto acercarse, pero se recompuso enseguida.

—Porque es muy divertido.

—Algún día tendrás que parar.

—Si de mí dependiera, nunca —dijo en tono enigmático.

La entrega de los premios de la GSNYR resultó del todo tediosa: una ceremonia organizada al milímetro, demasiado formal. A la mayoría de los presentes se les hizo pesada... «Tanto peloteo aburre a cualquiera», había dicho la abuela Mary, cansada de tantos elogios a los premiados y a los anfitriones, cuando un discurso manido y pedante terminó con aquel suplicio. El resto del público se arrancó en entusiastas aplausos, igual que ella, celebrando que había acabado el castigo, dando paso a una cena de lujo. Llegaron los postres y el maestro de ceremonias anunció el gran momento: la final del concurso de la canción de la GSNYR.

—¡Ya era hora, joder! —exclamó una achispada Lilly. Por suerte no alzó demasiado la voz y sus palabras solo llegaron a algunas mesas vecinas, escandalizando a las mujeres y haciendo reír entre dientes a los varones. Sus compañeros optaron, simplemente, por ignorarla. Cada uno de ellos se había levantado de su mesa, animados por las efusivas muestras de cariño de sus familiares y amigos. Lotty fue besada con pasión en medio de unos sonrojados comensales; a Lilly, su tía le dio un sencillo beso en la mejilla; Margaret abrazó a sus abuelos y el resto fue abrazado por sus padres. Y Chuck recibió la más sincera de las sonrisas por parte de Claire y sus pulgares hacia arriba, deseándole suerte. También saludó al resto de sus chicos agitando las manos y todos ellos le devolvieron una sonrisa de agradecimiento. Estaba tan nerviosa como ellos, como si fuera una más...

El primero en cantar fue John; interpretó una canción a capela, revelando por primera vez todos los registros de su voz. Causó sensación entre el público, que le premió con una enorme ovación. Margaret y Lotty le siguieron con sus actuaciones, que quizás no fueran destacables, pero sí correctas. Ambas muchachas fueron bien recibidas, y los aplausos, sinceros. Robert cantó al estilo Elvis, con movimientos sensuales y guiños pícaros (las mujeres gritaban como quinceañeras, incluidas la abuela Mary, que avergonzó a Mathew) y una poco usual a Avigail. Muchos maridos no sabían dónde mirar: ¿no reconocían a sus serias esposas! Hasta la mujer del alcalde se había dejado llevar un poco... Sin duda, aquello iba a ser una buena portada para las revistas del corazón. Chuck cantó una balada de amor, acompañado solo de su guitarra. Mantenía los ojos fijos en cierta persona que lo miraba arrobada. No era la primera vez que cantaba aquel tipo de canción con su voz grave y profunda, pero en aquella ocasión había algo distinto. Su tono era más suave, como si durmiera a un bebé con una nana, o como si realmente estuviera enamorado. El público supo apreciarlo: las mujeres se abrazaban a sus maridos y algunas parejas se aventuraron a bailar, entre ellas los Longfellow. La siguiente en cantar fue Ethel, que rompió el hechizo de amor de Chuck con una canción rítmica, alegre y divertida. Hizo participar al público repitiendo alguna estrofa y animándoles a improvisar algunos pasos de baile. Y, por último, llegó el turno de Lilly. Escogió una melodía melancólica y desgarradora que interpretó con una voz muy suave, pero con aquel deje ronco que ponía los vellos de punta. Dejó al público sin palabras: fue tal el silencio que inundó la sala que un miembro de la organización tuvo que dar el aplauso de inicio. Cuando terminaron, una orquesta ocupó el escenario: el jurado no tardaría en deliberar.

Todos los concursantes esperaban en sus propias mesas, apretando las manos en actitud de plegaria. Al fin, apareció el vocal del jurado con un sobre dorado. Elogió todas las actuaciones y aclaró que la decisión no había sido nada fácil, como era de esperar.

—Bla, bla, bla —ironizó la abuela Mary cruzada de brazos.

—¡Shh! ¡Abuela! —le recriminaron los Longfellow en voz baja.

El portavoz abrió el sobre con mucha parsimonia e hizo una pausa dramática antes de dar el resultado:

—El ganador es... ¡Chuck Larson!

Un estallido de aplausos retumbó en la sala. Los compañeros del ganador llenaron el aire de silbidos y vítores sinceros. Chuck se levantó para saludar desde su mesa y se dispuso a dirigirse al escenario. De repente, alguien se abalanzó sobre él, abrazándolo con entusiasmo y besándolo efusivamente en las mejillas. La sorpresa fue tal que en un principio no reconoció a la propietaria de aquella bonita melena castaña. Claire estaba sin aliento: ¡había corrido hacía él desde el otro lado de la sala! Cuando escuchó el nombre de Chuck en lo único que pensó fue en felicitarlo: no sabía quién merecía más aquel abrazo, si él o ella, pero por primera vez en su vida se dejó llevar

por un arrebató. Estaba segura de que después de aquella noche no lo volvería a ver y quiso llevarse un recuerdo suyo. Cuando Chuck pudo reaccionar y comprobó de quién era aquella figura menuda, el corazón le dio un vuelco. La cogió por las mejillas y la besó con pasión. Claire se dejó llevar, sorprendida: aquello era más de lo que hubiera podido esperar. Cuando por fin se separó de ella, Chuck le susurró al oído:

—Sé mi chica, Claire. —Ella no podía creer lo que oía. Pensó que era una broma, pero él no sería capaz de ser tan cruel... Se sintió desorientada.

—¿Cómo? —preguntó negando con la cabeza, como para sacudirse la idea—. ¡No podría! ¡Acabas de ganar! ¡Este es tu mundo! Mírate: eres un cantante con estilo, elegante y guapo... —Él sonrió de oreja a oreja por el piropo—. ¡Irás de escenario en escenario! Todas las mujeres que te encontrarás son mil veces más sofisticadas que yo. ¡Mi vida es muy sencilla, no soy nada mundana! —balbuceó, odiándose a sí misma por darle pretextos para separarse de ella.

—Este mundo, como acabas de decir, me tiene vacío... Ya ha llegado la hora de que asiente la cabeza. Estoy cansado de la carretera... Quiero una familia. Sé mi chica, Claire —repitió.

—Pero ¡has ganado! ¡No puedes renunciar!

—¿Quieres verlo? —la retó— ¡Señor Freeman! ¡Renuncio al premio!

—Chuck, ¡no! ¡Te arrepentirás! ¡No puedes hacerlo! ¡Retráctate ahora mismo! —dijo señalándole con el dedo como quien riñe a un niño.

—Claire... ¿Quieres dejar de ser una mandona por una vez? Me acabo de declarar, ¡maldita sea! —Ella pestañeó confusa. Se dio por vencida en sus argumentos, se encogió de hombros y, finalmente, lo besó como si no hubiera un mañana. ¡Chuck estaba encantado con la nueva Claire! —. Yo sabía que debajo de esa fachada de rectitud había toda una mujer llena de pasión —le dijo sin separarse de ella.

—Oh, Chuck... ¿Por qué lo has hecho? —dijo entre lágrimas de felicidad.

—Porque me enamoré de ti desde el día en que subiste a aquel autobús con el palo metido en el trasero. —Ella le golpeó en el brazo, divertida.

—¡Oh, por favor! ¿Ni siquiera puedes declararte como todo el mundo? ¡Con lo bien que lo estabas haciendo! —dijo entre risas.

—¡Nunca! Es mi estilo, nena —replicó con su voz más sensual.

El presidente de jurado carraspeó:

—Señor Larson, si su renuncia es firme...

—Lo es —confirmó con firmeza, más serio de lo que jamás lo habían visto.

El presidente asintió.

—En ese caso... La ganadora es... ¡Lilly Cohen!

Todos aplaudieron a una Lilly totalmente desconcertada, que no reaccionaba. Su tía le sacudió el brazo para que espabilara. La mujer repetía una y otra vez su nombre de manera extraña, como si le costara hablar, y todos los que estaban cerca descubrieron que era sordomuda. Siguió zarandeando a Lilly, que, de repente, pareció despertar de su letargo y rompió a llorar. ¿Lilly llorando? Se extrañaron aún más cuando abrazó a Chuck fuertemente, diciendo:

—Muchas gracias, Chuck. Mi tía y yo necesitábamos esta oportunidad. ¡Ahora podremos salir adelante!

—¡Demonios! ¿Por qué no nos dijiste que tenías problemas?

—¿E inspirar lástima? ¡Ni muerta! —dijo sonriendo entre lágrimas. Chuck se rio quedamente.

—Anda, ve a por tu premio y a por ese precioso y enorme ramo de rosas.

—Odio las rosas... —Chuck soltó una carcajada.

Ethel observó cómo Lilly recogía el ramo y el pequeño trofeo de cristal, con sentimientos encontrados. No sentía envidia de ella: sabía que era una digna ganadora como lo habría sido Chuck, pero no pudo dejar de sentirse decepcionada. ¿Qué haría ahora? ¿Sería lo suficientemente buena como para seguir por su cuenta? ¿Debería intentarlo?

—Bueno, ya podemos volver casa —la voz de Avigail sonó a sus espaldas—. Lo has hecho muy bien, mi niña, pero ya se terminó. —Ethel se volvió, furiosa.

—¡No! ¡No tiene por qué acabarse! ¡Puedo seguir cantando!

—Cariño... —intentó mediar su padre.

—¡No! No quiero que me mire como si fuera una fracasada, ¡tan solo ha sido el primer intento! —le dijo a su padre, señalando a Avigail. La madre la miró dolida. Ella no había querido dar a entender tal cosa... solo quería mostrarle su apoyo al volver a casa.

—Ethel, tu madre no ha querido decir eso —dijo Mary leyendo en el semblante de Avigail—. ¡Además, es de mala educación señalar! Ethel, hija, deberías...

—¿Señores Longfellow? —Una voz masculina interrumpió a Mary—. Permitan que me presente: soy Aiden O'Hara, representante de artistas —dijo mientras ofrecía su mano—. Su hija tiene un gran potencial, me gustaría representarla.

Avigail frunció el ceño, no le inspiraba confianza todo aquel asunto. Como a Mathew, que se colocó cerca de su hija en actitud protectora.

—Muchas gracias, señor O'Hara, pero Ethel ya lleva mucho tiempo fuera de casa...

—¡Eso lo decido yo! ¡Ya no soy una niña! ¡Me quedo con el señor O'Hara!

—Porque tú lo digas... —ironizó su madre.

—¡No! ¡Porque lo dice Sybill!

—Ethel —le advirtió su madre—, no estarás usando a Sybill de excusa...

—¿Cómo iba a aprovecharme de tal cosa? —preguntó atónita.

Avigail suspiró, resignada.

—Llámanos a menudo. Quiero todas tus direcciones y tu agenda. Te cuidarás mucho y al menor resquicio de problemas volverás directamente a casa... Si no tengo noticias tuyas tan a menudo como debiera, te buscaré y te arrastraré de los pelos hasta la granja. Y bien sabe Dios que ninguna Preacher me detendrá.

Ethel dio saltitos de alegría y la abrazó.

—¡Gracias, mami, gracias! ¡Te quiero!

—Yo también te quiero.

Aiden observaba la escena sin entender nada, pero sonrió. Tenía a Ethel en el punto de mira.

4. Mike, ciudad de Hue (al norte de Saigón, Vietnam), diciembre de 1967

Mike extendió el plano de la ciudad sobre el capó del todoterreno. No era una ciudad muy extensa, pero no quería dejar nada al azar. Le gustaba tener controladas las posibles vías de escape y los mejores puntos de ataque y defensa. Casi tres meses de conflicto en aquel infierno habían hecho de la prudencia su mejor arma: o espabilabas o, simplemente, morías. Aquella lección la aprendió a duras penas después de la matanza vivida nada más llegar a la selva, recién salido del campamento de instrucción. Una emboscada los había sorprendido causando muchas bajas en ambos bandos. Cuando se sintieron acorralados y pensaron que ya no había nada que hacer, milagrosamente, recibieron apoyo aéreo de última hora. Salvó la vida de puro milagro y se juró a sí mismo que no se vería en otra como aquella si podía evitarlo. Desde aquel momento fue realmente consciente de dónde estaba. Entre los soldados, muchos no tenían más de veinte años, ni siquiera los suboficiales y oficiales; entre aquellos suboficiales se encontraba él mismo. A diferencia de los demás, él sí sabía ser un superviviente. Aquellos pobres chavales tenían una idea romántica de la guerra, de la cual no se desprendían hasta que era demasiado tarde para ellos.

Sus compañeros (porque así consideraba a su pelotón, más que subordinados, amigos) y él, habían llegado aquella mañana como refuerzo: la ciudad era un punto clave para el Vietcom y podía ser blanco de hostigamiento. El ejército americano lo sabía y por eso querían tomar medidas.

—¿Sargento Rodney? —Mike levantó vista. Vio a un hombre sobre la cuarentena, de pelo oscuro y mirada extraña. Estaba ligeramente sudado y con sombra de barba en el rostro, pero incluso así, desprendía autoridad. Miró su rango: era un teniente. Sin pensárselo, Mike se puso firme.

—A sus órdenes, mi teniente, se presenta el sargento Michael Elliot Rodney, destinado en la primera compañía de fusileros del segundo batallón...

—Descanse, muchacho —le cortó el teniente amablemente—. Teniente Anthony Callaway — se presentó ofreciéndole la mano—. Estaba reunido cuando usted llegó con sus hombres esta mañana y no pude atenderle. Dirijo el cotarro en unas cuarenta millas a la redonda y tal extensión da su trabajo... Me alegro de tener sangre nueva por aquí. ¿Cuánto tiempo llevas en esto?

—Unos tres meses en combate, señor.

—Mmmm... No está mal... podría haber sido peor. Me podrían haber mandado a un aspirante a Harvard recién salido de la academia. Al menos usted sabe por qué lado sale la bala del fusil — dijo con humor. Mike sonrió, no parecía mal tipo—. ¿Y qué se traía entre manos antes de que yo le interrumpiera, muchacho?

—Estaba estudiando el plano, para una posible defensa perimetral —al teniente le gustó su respuesta segura.

—¡Muy bien, sargento! Pero no es necesario que su pelotón se haga cargo de toda la ciudad, eso es prácticamente imposible. Ustedes se encargarán del sector noroeste de la misma.

Mike suspiró aliviado. Sus hombres estaban agotados y vigilar una zona amplia los habría rematado, al tener que espaciar turnos de vigilancia y ampliar sectores de observación. El teniente pareció leerle el pensamiento.

—No se preocupe, sargento. Hoy usted y su unidad podrán descansar. Tenemos todos los sectores cubiertos, de momento. Mañana haremos las nuevas rotaciones. ¡Williams! —llamó a un soldado que estaba en las inmediaciones—, acompañe al sargento y a sus hombres a la zona de vivac y explíquele los turnos de comidas y aseo. Que les asignen una litera también. —Luego continuó, dirigiéndose a Mike—: Bienvenido a Hue. Aquí la población civil no es especialmente hostil y se dedica a sus quehaceres diarios sin dar muchos problemas; pero como sabrá, nunca se sabe quién podría ser un Charlie. Ándese con ojo. Mañana a primera hora lo veré, si tiene alguna duda no dude en buscarme.

—Mi teniente —le despidió Mike militarmente, llevándose la mano a la sien con un gesto enérgico.

—Sargento —le imitó el teniente, antes de retirarse.

Williams carraspeó y Mike recogió sus cosas. Llamó a su pelotón para que le siguieran.

—La zona de vivaqueo es en realidad una vieja escuela donde se han instalado literas de campaña: son unas doscientas, de las cuales están ocupadas unas ciento veinte. No habrá problemas para que usted y sus hombres se instalen —explicó Williams mientras los dirigía al lugar—. Las letrinas y las duchas de campaña están a unos cincuenta metros a las espaldas del edificio. El comedor es una tienda modular también cercana al colegio, pero en dirección contraria a las letrinas... La verdad es que el teniente Callaway tiene esto muy bien organizado. La ciudad tiene tiendas y bares, pero no todos son fiables. Si les interesa, ya se les informará cuales merecen la pena. También hay otro tipo de servicios... —dijo pícaramente, alzando las cejas y haciendo un sutil gesto de movimiento de caderas. Mike frunció el ceño: no le gustaban nada aquel tipo de servicios, pero si no dejaba a sus hombres hacer uso de ellos se le amotinarían. El estrés podría con ellos y no quería a ningún loco con un arma cerca de él. Había visto hombres verdaderamente desquiciados...

—¿Qué tipo de servicios? ¿Lavandería? —preguntó Steve. Era una nueva incorporación de apenas dos semanas, un niño bien de Pasadena que no había salido de su barrio.

—¡Oh, sí! Lavandería, entre otras cosas... Aquí hay chicas que te dejan todo muy *limpio*... empezando por la cartera —dijo Williams con ironía. Todos rieron, menos Steve, porque el infeliz creyó que le iban a lavar los calzones.

Una vez instalados, Mike se dejó caer en su litera. Había dado permiso a sus chicos para que hicieran lo que les apeteciera durante unas horas antes de la cena. Le habían insistido en que fuera con ellos, pero él prefería descansar. Nunca se sabía cuándo se podría volver a hacer y aprovechaba cualquier ocasión. No hubiese sido la primera vez que hubiese tenido que salir corriendo en mitad de la noche para repeler un ataque. En vista de que estaban relativamente a salvo, se había duchado tranquilamente y se había curado los rasguños que le había producido el ramaje de la selva. También se vendó los pies, en previsión de posibles ampollas: el primer mes las había pasado canutas, con heridas sangrantes e infectadas. Mike había tenido que aprender a sobrevivir a marchas forzadas, ideando trucos para mantenerse y mantener a sus chicos con vida. «Mis chicos», pensó, como si de un abuelo se tratara, cuando ni siquiera había cumplido los diecinueve. Incluso había tenido problemas para hacerse respetar por algún soldado veterano que le sacaba varios años. El problema fue solventado cuando a más de uno de ellos les había salvado el culo...

Se había quitado la chaquetilla del uniforme; su chapa de identificación y el pequeño talismán que su tío le había regalado antes de partir asomaban por el cuello de la camiseta. Los acarició y se preguntó cómo estarían en casa. Pronto sería Navidad y un sentimiento de melancolía se hizo

huevo en sus entrañas, resquebrajando la coraza que se había construido para no volverse loco en aquel infierno. Sacó sus fotos, arrugadas y descoloridas por la lluvia, que habían soportado en aquellas últimas semanas. Mike jamás pensó que pudiera llover tantos días seguidos y con tanta intensidad: apenas podían permanecer a cubierto y mucho menos secos, casi se habían convertido en ranas. Observó a su familia o a la que consideraba su familia... y a aquella chica de maravillosos ojos plateados. La sentía ya muy lejana. La inocencia de la infancia había dado paso a la atrocidad de la guerra. Muchos sueños rotos... Pero Ethel seguía siendo un símbolo de la esperanza de volver a casa. Le hubiera gustado escribirle, pero ella no había hecho nada que le incitara a hacerlo y era demasiado orgulloso para tomar la iniciativa. Tan solo saludos de compromiso a través de las cartas que su abuela le escribía; saludos que tal vez fueran inventados por la abuela Mary. Aunque lo dudaba, porque la abuela era una persona íntegra que no mentía jamás, ni siquiera mentiras piadosas. A través de sus cartas, Mike estaba informado de todo: Ethel se había quedado en Nueva York a probar suerte en el mundo de la música. No supo cómo asimilar aquella noticia; por un lado, deseaba que ella estuviera en la granja cuando él volviera (sí, se había prometido a sí mismo que iba a volver), y por otro deseaba que cumpliera sus sueños, aunque significara renunciar a ella... La granja iba bien, como cabía esperar, pero su tío había empeorado de la artritis. Desde luego, la abuela Mary no se cortaba a la hora de decir verdades. No le ocultaba detalles y eso le gustaba. Mike sentía remordimientos por no escribir más a menudo a casa y de que sus cartas no fueran más que cuatro líneas frías y corteses, pero tenía otras cosas en que pensar... salvar el culo de sus hombres, y el suyo... Después de la primera masacre juró que ningún hombre bajo su mando sufriría más de lo necesario... Sacó lápiz y papel y se hizo el firme propósito de escribir una carta larga, aunque fuera solo con la excusa de que pronto se acercaba la Navidad. Decidió ser sincero con la abuela Mary, como había hecho ella con él: le contó qué había hecho en aquellos tres meses, dónde había estado, a quién había conocido y cómo se había sentido... Dentro de ciertos límites, claro. No le podía contar toda aquella mierda a aquella anciana encantadora, por muy fuerte de carácter que fuera. Obviamente, no debía revelar detalles escabrosos de la guerra, ni dar información sensible. Aquella carta fue un bálsamo para sus heridas: la tensión vivida fue liberada, al menos en parte. De no haber tenido testigos, hasta habría llorado de alivio. Una vez firmada y puesta en el sobre, la guardó, se tumbó de costado y durmió tan plácidamente como no lo había hecho en semanas.

Cuando despertó no sabía dónde se encontraba hasta que una llamada que indicaba que el rancho estaba listo le devolvió cruelmente a la realidad. Se puso la chaquetilla con celeridad y se ajustó las botas; nunca se las quitaba para dormir, solo se las aflojaba, no sabía cuándo lo iban a despertar en mitad de su descanso. Cogió su fusil, se lo echó a la espalda en un movimiento mecánico (aquella arma se había convertido en su novia, nunca lo abandonaba) y no olvidó su pistola al cinto. Se dirigió hacia el comedor de campaña donde había quedado con sus hombres, que lo esperaban con una sonrisa. Habían creado una buena camarilla a pesar de las muchas diferencias entre ellos; al principio resultó difícil, todos estaban igual de perdidos, pero se entendían bien en momentos de peligro y él se hizo respetar desde un principio. Las palabras del sargento mayor Belfort aún resonaban en su cabeza: «Muchacho, el noventa por ciento de tus problemas serán psicológicos. Tu mente debe ser más fuerte que tu cuerpo y de todo lo que te rodee. El frío es psicológico; el calor es psicológico; la edad es psicológica. Esa galleta de sargento es la que te da el mando: no te achantes ante nadie por muchos años que te lleve. Respeta la jerarquía y haz que la respeten, si no, será un caos. ¡La actitud lo es todo! Si no lo haces así, prepárate para volver en una bolsa de plástico a la primera de cambio».

—¡Sargento Rodney, aquí! —oyó que lo llamaban.

—¿Qué tal, chicos? —los saludó sonriendo—. ¿Habéis descansado? ¿O habéis perdido el tiempo por ahí?

—Hemos estado investigando por aquí y por allá... —le respondió Jersey, un tipo mal encarado de unos treinta y pocos. Era el veterano del grupo y era la ley del pelotón después de Mike, incluso por encima de King y Queens, los cabos. Obviamente, de manera tácita, Jersey jamás llevaría la contraria a un superior, pero tenía la habilidad de llevárselos a su terreno. Su experiencia les había salvado de más de una— La tienda de un tal Vien es la que mejor calidad tiene, pero es un pájaro de cuidado... Para cosas sencillas, como jabón, está Bao. Para otros... *menesteres*, está la casa de té de la señora Cam. Lo del té y lo de señora son eufemismos...

—Eufe... ¿qué? —preguntó Silver Two. En el pelotón había dos hermanos y para distinguirlos, el mayor era One y el pequeño Two. Así de simple.

—¡No me interrumpan cuando hablo con un superior! —Silver Two se encogió en su sitio.

—¡Calma, Jersey! —dijo Mike—. ¿Qué más? —preguntó aburrido ante la inutilidad de toda aquella información.

—También está la casa de Thuy... Esa sí que parece una lavandería, ¿verdad Steve? —Todos rieron y el chico se sonrojó—. De hecho, sí que lava ropa, pero se dedica a otras cosas también. Es famosa por su bañera.

—¿Algo más? —preguntó hastiado Mike.

—¡Vamos, mi sargento! ¡Usted también debería divertirse! ¡Es muy serio para su edad! —Mike sonrió; siempre estaban con la misma cantinela.

—Creo que paso, Jersey. Como bien dices, soy muy joven... para que la polla se me caiga a pedazos. —Todos soltaron una carcajada.

—¡Para eso tenemos el mejor invento de la historia! ¡Las gomas! ¡Y no me refiero a las de mascar! —Todos rieron de nuevo. Mike negó con la cabeza, divertido; no tenían remedio.

—Te sugiero que guardes alguna para la bocacha de tu fusil: si tenemos que cruzar un río como el del mes pasado, más te vale tener cubierto el cañón para poder meterle una bala en el culo al Charlie que venga a por ti...

—Lo tendré en cuenta, señor.

—Y uno limpio, Jersey, que cuando te propones aprovechar recursos... —le advirtió con humor.

Siguieron riendo hasta que les empezaron a sonar las tripas. Mike se puso serio:

—¡Venga, a comer! ¡Y a dormir! ¡Mañana entramos en rotaciones!

Entraron en el comedor: estaba hasta los topes, pero todavía quedaba hueco para ellos. Mike avanzó con paso firme hasta la cola, seguido de su pelotón. Cogió mecánicamente la bandeja y se situó en la línea de comida. Hacía tiempo que no le preocupaba lo que le servían: todo tenía prácticamente el mismo aspecto. A medida que avanzaba, le iban llenando los huecos de la bandeja, hasta que uno de los cucharones quedó apoyado sobre ella, impidiéndole continuar su camino. Mike alzó la vista, intentando entender qué ocurría: una barra metálica le impedía ver la cara del soldado que le servía. De pronto, una voz conocida le interpeló:

—¡Hey! ¡Sargento Rodney! —dijo con cariño. Mike se puso de puntillas para identificar al soldado que le hablaba. Se llevó una alegría.

—¡McKenzie! ¡No sabía que estabas por aquí, Rory! ¡Me alegro de verte! ¡Te veo bien! Has engordado... ¡Aunque sigues sin ser guapo! —bromeó.

—Pues sí, ¡estar en el pelotón logístico y de suministros tiene sus ventajas! —dijo guiñando un

ojo. Alguien carraspeó; la fila se había detenido por la charla de los dos hombres. Mike se puso en marcha, despidiéndose de Rory.

—¡Luego nos vemos y me cuentas!

—¡A sus órdenes, mi sargento! —respondió Rory de buen humor. Mike se fue sonriente hacia la mesa; desde que dejaron Camp Geiger no había tenido noticias del muchacho. Aunque su instrucción había sido diferente, habían pasado gran parte de su tiempo libre juntos: tomaban cerveza, veían algún partido o alguna peli de acción... En fin, cosas de colegas. Cuando terminó el adiestramiento, se despidieron con un sentido abrazo, deseándose suerte, con la firme promesa de reencontrarse para celebrarlo cuando regresaran de Vietnam. También se prometieron cuidarse y sobrevivir...

—¡A sus órdenes, mi sargento! ¿Puedo sentarme? —Mike levantó la vista y su sonrisa se desvaneció.

—Adelante, Myers —dijo con fría cortesía. El primo de Ethel tomó asiento—. ¿Cómo has terminado aquí, Myers? Te hacía bajo el ala de Belfort...—Myers torció el gesto con desagrado.

—Él fue quien me mandó aquí de una patada. —Mike sonrió con malicia.

—Ya veo... Es un tipo inteligente, algo harías para cabrearle. —Algo en el semblante de Myers le confirmó sus sospechas.

—Me alegro de que esté aquí, mi sargento. Hay que echarle huevos a esta guerra, y la verdad es que no hubiera apostado por usted cuando entró en Campo Geiger.

—Si has venido a insultarme, ya te puedes largar —dijo Mike entre dientes. Ya se estaba empezando a cansar de aquel capullo y temía perder la paciencia.

—¿Yo? ¿Insultar a un superior? —dijo con falsa inocencia, con las entrañas hirviendo de rabia.

—Me acabas de llamar gallina veladamente.

—Nada más lejos de la verdad. Solo me asombré de su audacia: tenía otra impresión de usted, simplemente eso.

Los hombres del pelotón de Mike se acercaron a la mesa con sus bandejas y se sentaron junto a él. Habían convivido con mucha gente y sabían detectar a un gilipollas; a ninguno de ellos les gustó aquel individuo.

—¿Ocurre algo, mi sargento? —preguntó receloso el cabo King mientras se sentaba junto a Mike en actitud protectora. Antes de que él contestara, Myers se adelantó.

—¡En absoluto, compañero! Soy el cabo Myers, ¿y vosotros? —dijo zalamero, ofreciéndoles la mano. Todos ignoraron el gesto ante un Myers visiblemente molesto.

—Yo soy cabo King y él es el cabo Queens, y no nos gustan que hagan bromas sobre ello —advirtió al ver sonreír a Myers—. Ellos son Steve, Jackson, O'Maha, Thomson, Jersey, Silver One y Silver Two. —Todos saludaron con un movimiento de cabeza sin disimular su hostilidad—. Veo que conoces al sargento...

—Sí, somos viejos amigos —dijo echándose hacia atrás relajadamente.

—Conocidos —rectificó Mike, malhumorado.

—¡Oh, vamos, mi sargento! ¡Si casi somos familia! —dijo en tono burlón.

—Por respeto a su madre y a su familia, no voy a contestar a ese comentario tan desafortunado. —Myers apretó los dientes y murmuró:

—Desde luego, siempre fuiste...

—Siempre fui ¿qué? —preguntó Mike, colocando las manos sobre la mesa, desafiante.

—¿Un mestizo perrito faldero de prima Ethel? —siguió Myers.

—¡Bastardo! —gritó Jersey, levantándose como un resorte para enfrentarse a él—. ¿Cómo te atreves?

Myers se levantó para encararse a él. Después de todo, era un gallito.

—¡Soldado, se ha ganado un parte por insultar a un superior! —Todos se levantaron furibundos; todos menos Mike, que observaba impávido la situación.

—¿Quién lo dice? —saltó Queens en defensa de Jersey—. ¡Te guardarás mucho de amenazar a ningún miembro de mi pelotón, compañero! —añadió con extremo desprecio.

—Señores, están dando un espectáculo. Aquí nadie va a dar parte de nada —dijo Mike muy lentamente, con tono frío—. El cabo Myers ya se iba, ¿verdad? —Myers entendió que estaba en desventaja y se dispuso a marcharse, apretando los puños y con el rabo entre las piernas.

—Myers —lo llamó Mike.

—¿Sí?

—Sí ¿qué? —preguntó Mike alzando una ceja.

—Sí, mi sargento —casi escupiéndolo.

—La próxima vez que se dirija a mí, lo hará en arreglo al protocolo a un superior y solo si es estrictamente necesario. Solo para lo relativo al servicio o para cualquier otro asunto de índole militar. No le quiero cerca de mí, ni de mi pelotón. ¿Está claro? —Myers asintió.

—No le he oído.

—¡Está claro, mi sargento! Pero... ¿mi sargento? —Mike movió la cabeza, indicándole que preguntara lo que quisiera—. ¿Y si lo hago? —preguntó desafiante. «¡Será cabrón! Intenta provocarme», pensó Mike.

—Se atenderá a las consecuencias —contestó concisamente.

—Eso suena a amenaza. —Jersey lo fulminó con la mirada mientras sus compañeros lo retenían. Les hubiera encantado que aquel tipo se llevara un par puñetazos, pero aquello les podía meter en un apuro.

—Nada más lejos de la verdad —contestó Mike, usando las mismas palabras que Myers—, ¡solo es una advertencia, cabo!

Myers salió como alma que lleva el diablo.

—¿Quién era ese gilipollas, mi sargento? —preguntó inocentemente Steve. Los demás lo reprendieron por su indiscreción.

—Un chupapollas que ha querido chupar la polla equivocada —contestó de muy mal humor.

Pasaron algunos días. La tensión era evidente. La ciudad parecía normal; de hecho, todo era normal, dentro de lo que cabía. Nadie sabía a ciencia cierta por qué habían mandado tropas a aquella ciudad: no existía la certeza de una amenaza inminente, pero se trataba de un lugar famoso por su historia y por su universidad y el enclave era de lo más jugoso. Todos tenían el presentimiento de que algo iba a ocurrir.

Entre tanto, las tropas americanas habían celebrado pequeños festejos por Navidad. Algunos, los oficiales, con cenas especiales, obsequios y algo de música. Otros, extraoficiales, con burdeles, alcohol y drogas... Con los participantes a esta clase de eventos, supuestamente clandestinos, se hacía la vista gorda siempre que cumplieran con sus deberes. Los vietnamitas también preparaban el Tet, su año nuevo, que se celebraría a finales de enero, por lo que el ambiente entre la población era casi festivo. Así pues, la convivencia era llevadera. Muchos soldados interactuaban con la población de buen grado, hacían pequeños negocios o compraban recuerdos para sus familias. Mike pensó en adquirir alguna baratija para su tío y para la abuela Mary, pero le parecía surrealista; no estaba allí de turismo. Sin embargo, disfrutaba paseando por

la ciudad en sus ratos libres o de una buena cerveza con su pelotón. Además, había entablado una cordial amistad con algunos hombres de otros pelotones —sin llegar a tener la misma confianza que con sus hombres, por supuesto—. Y también estaba Rory que, cuando podía, se escapaba de sus quehaceres para dar una vuelta con él o para ir a alguno de los restaurantes (si se podían llamar así a aquellos locales donde les servían cuencos de pasta y licor) que se consideraban seguros. Trataba amablemente a la población, pero no interactuaba demasiado con ellos. No disfrutaba de La Lavandería ni de las casas de té... Silver One llegó a insinuar que si sus preferencias eran de otro tipo también se podría arreglar, pero un ojo morado y un diente menos le hicieron desistir de cualquier otro tipo de sugerencia.

Una mañana le informaron de un altercado que estaba teniendo lugar en La Lavandería. No solía prestar especial atención a aquellos incidentes: en aquel tipo de lugares siempre surgía alguna trifulca. Normalmente, no llegaba la sangre al río, solo eran un par de puñetazos y luego un abrazo de reconciliación entre borrachos. Los muchachos necesitaban liberar tensiones y Mike acostumbraba a hacer la vista gorda, pero aquel día la cosa se les había ido de las manos y parte de su pelotón y algunos otros hombres estaban implicados en el asunto. Maldijo entre dientes y se dirigió con paso vivo a La Lavandería. Cuando llegó a la casa encontró un panorama desolador: mesas y sillas rotas, cortinas arrancadas o rajadas, cristales y trozos de vajilla esparcidos por el suelo... El pequeño sofá y sus cojines no habían corrido mejor suerte. La señora Thuy, la dueña de la casa estaba en un rincón, de pie y visiblemente asustada, aunque su postura era defensiva, casi desafiante. Todo su cuerpo mostraba signos de lucha: arañazos, cardenales, un ojo morado y el labio partido. Mike supo inmediatamente que había peleado como una leona, pero que había sido vencida. Junto a ella había otras dos mujeres en las mismas condiciones deplorables que ocultaban algo a sus espaldas, en actitud protectora. Mike pudo ver que se trataba de otra muchacha. Estaba acurrucada y muerta de miedo; sus quedos sollozos y su temblor daban fe de su estado de nervios, pero no parecía herida. La situación era clara: aquellas mujeres estaban defendiendo a la muchacha. Un ruido de golpes le sorprendió; venía del patio trasero, donde la señora Thuy tenía sus tendederos. Se apresuró a atravesar la casa. Tres de sus hombres peleaban con otros seis soldados y, a pesar de la clara desventaja, sus chicos estaban aguantando bien el tipo. Sonrió de medio lado con cierto orgullo: si no hubiese habido civiles implicados, incluso los habría jaleado. Un bulto en una esquina le llamó la atención: era un hombre hecho un ovillo. El sargento entrecerró los ojos al notar que aquel muchacho le resultaba muy familiar... ¡Tan familiar que no era otro que Rory! Yacía, totalmente magullado, ensangrentado y semiinconsciente. Tenía los ojos tan hinchados que dudó de que los pudiera abrir en algún tiempo y los labios tan ensangrentados que apenas eran visibles. Gemía sin apenas fuerza, como si el solo hecho de quejarse le lastimase. Mike se enfureció. Miró a su alrededor, iracundo.

—¿Qué cojones ocurre aquí? —tronó. La pelea cesó al instante. Todo quedó en silencio. Mike los miró uno a uno: Jersey bajó la mirada ligeramente avergonzado, igual que los dos Silver. Por algún motivo no le sorprendió encontrarlos allí. Los otros soldados pertenecían a diferentes compañías, aunque los conocía a todos. Se le revolvió el estómago; estaba seguro de haber descubierto al responsable de todo aquel caos. El hombre lo miraba con desdén, retándolo en una muda amenaza.

—Myers —casi escupió Mike, haciendo uso de toda su fuerza de voluntad para no tirársele al cuello. No le importaba la excusa que pudiera tener; estaba seguro de que aquel bastardo se merecía la paliza que deseaba darle—. ¿Por qué no me extraña...? ¿Serías tan amable de contarme

qué ha pasado aquí, para que unos marines de los EE. UU. se comporten como unos descerebrados? —ironizó. Myers se irguió y con las manos en los bolsillos empezó hablar.

—Yo...

—Myers, ¿no recuerda nuestra última conversación? ¡Póngase firme, cabo! —Myers obedeció a regañadientes—. Y vosotros dos —dirigiéndose a otros soldados—: ¡coged a McKenzie y llevadlo a la enfermería! ¡Ya daré cuenta de ustedes! —Luego volvió a mirar inquisitivamente a Myers.

—No ha pasado nada que no podamos arreglar entre nosotros, mi sargento.

—Ya veo... ¡Habla!

—Vinimos aquí a por los servicios de Thuy y nos timaron...

—¡No! ¡Ser mentira! —intervino Thuy enfadada, usando un inglés rudimentario. Mike la mandó callar con un gesto. Ella iba a protestar, pero la mirada de determinación del militar la hizo desistir.

—Ahora hablo con usted, señora Thuy. ¿Jersey? —Jersey se aclaró la garganta.

—Vinimos a ver a la señora Thuy, pero estos ya estaban aquí. Estaban discutiendo, porque Myers y los suyos querían hacer uso de la chiquilla —dijo señalando el bulto que se escondía detrás de la señora Thuy—. Ella no se vende, pero insistieron. McKenzie quiso defenderlas y se ensañaron con él. Seis contra uno... —explicó Jersey escupiendo con asco ante la cobardía de aquellos tipos. Mike apretó los puños, furibundo—. Así que intervinimos... —concluyó en tono simple, dejando entender que se habían visto obligados a enfrentarse a aquellos individuos.

—¡Estaba en mi derecho! ¡Pagué por esa zorra! ¡Y muy bien! ¡Es virgen, no es barata! —bramó Myers indignado. Mike se abalanzó hacia él, pero sus hombres le agarraron, impidiendo que lo estrangulara.

—¡Mi sargento! ¡No! —gritó Silver Two—. ¡Eso le perjudicaría! Ese cabrón lo usaría en su favor... ¡Sería abuso de mando!

—¡No hacía nada malo! ¡Es un servicio como otro cualquiera! —insistió Myers, aunque por el tono de su voz parecía algo menos envalentonado.

—¡Mentira! —gritó la señora Thuy desesperada. Mike miró a la mujer, interrogante—. ¡Chau, mi hija! ¡No sexo! Muy joven, ¡no venta!

—Sí, claro... —murmuro Myers—. ¿Y qué hace aquí, entonces?

—¡Tú idiota! ¡Esta mi casa! ¡Esta su casa! ¡Vivir aquí las dos! —Miró suplicante a Mike—. Intento esconder siempre, pero ellos venir antes de acordado. Venir borrachos, muchos golpes en puerta, mucho ruido, gritar. Cuando no abrir rápido, ellos romper mi puerta y verla.

—¡Es una artimaña! ¡Me cobró, la muy zorra!

—¡No! ¡Él querer darme dinero que no coger! ¡Mirar tú! Estar en suelo, ¡yo no tocar!

—¡Puf! Porque se ha caído... —se defendió con desdén. «¿Se puede ser más saco de mierda que este tío?», pensó irritado.

Mike lo examinó fríamente, como si hubiera leído el insulto en su cara. Luego dirigió su mirada a las mujeres que se habían erguido, a la expectativa. La muchacha a la que protegían estaba junto a ellas: tendría unos doce o trece años. Su cara era aún aniñada, aunque estaba bastante desarrollada para su edad, lo que en aquel tugurio la convertía en una presa deseable. Era muy bonita. Llevaba el pelo suelto y su bonito flequillo resaltaba unos ojos almendrados, grandes y negros. Mike pensó que iba a ser toda una belleza. «Será hijo de puta», pensó al ver que Myers la miraba con lascivia mal contenida.

Y un instinto protector nació en las entrañas de Mike.

—La haré mi novia —dijo secamente. Hacer novia a una chica significaba disfrutarla en exclusiva, una prostituta personal. Había un acuerdo tácito en respetar a las *novias* de otros. No era una obligación, pero el que se saltaba el acuerdo tenía que atenerse a las consecuencias. Myers apretó los dientes, pero enseguida sonrió maliciosamente.

—Nadie va a creer que es suya, mi sargento. No se le conocen hábitos...

Jersey asintió: Myers tenía razón. El sargento se había ganado fama de casto, casi de santurrón. Mike sabía que se reían de él a sus espaldas, pero jamás le había importado un bledo. Suspiró abatido. Cogió a la chica del brazo más bruscamente de lo que hubiera querido y ella chilló asustada. Su madre y las otras mujeres forcejearon para socorrerla.

—Por favor, ¡no! ¡Ser niña aún! —Mike hizo oídos sordos a aquellos ruegos desesperados y tiró con más fuerza de ella. La joven se estrelló violentamente contra su pecho y él la abrazó con brusquedad.

—¡Ya basta, chiquilla! —La zarandeo, para que se quedara quieta. Los hombres le miraban atónitos—. Myers, recoge tu dinero: no quiero que pienses que me estás invitando a nada —dijo con tal desprecio que sintió su propia bilis subiéndole por la garganta. Myers no se movió del sitio—. ¡Hágalo, cabo! —Jersey empujó a Myers que cayó de bruces al suelo y recogió el dinero de mala gana.

Mike entró en una habitación y cerró la puerta. Arrojó a la niña sobre la cama haciendo crujir el somier. Empezó a dar vueltas por la habitación pasándose la mano por el pelo, enfadado. «¡Maldita sea!». Hubiera querido no estar en aquella situación; prefería mil veces el frente a tener que enfrentarse a aquella muchacha. Ella ya no lloraba, lo miraba desafiante. Su madre la había advertido de lo que podía pasar e intentó por todos los medios protegerla, pero sabía que, si ocurría, debía ser fuerte. Al menos este era joven y apuesto y parecía limpio; no un era viejo, ni un borracho apestoso como aquellos que solían ir con su madre. Mike se apoyó en la puerta.

—¿Hablas mi idioma? —preguntó, parándose en seco. Se le veía muy enfadado, aunque la muchacha supo que no era con ella.

—Un poco.

—¿Cómo te llamas?

—Chau.

Él suspiró. No se creía lo que iba a hacer en los siguientes minutos.

—Lo siento, Chau —dijo en un susurro mientras le cruzaba la cara de un bofetón y le rasgaba el vestido. La chica no articuló palabra cuando cayó, derribada por aquel golpe.

Los sonidos que provenían del otro lado de la puerta eran inequívocos: gritos de agonía, llantos, gemidos y muelles de somier. Jersey y Silver One no podían creer que Mike estuviera haciendo aquello, pero pensaron que el sargento era humano al fin y al cabo... Y bien sabía Dios que en aquel infierno se había comportado siempre honorablemente. Incluso en aquel momento, de algún modo, estaba protegiendo a la muchacha.

Una media hora más tarde se abrió la puerta. Mike apareció colocándose bien la ropa con un semblante indescriptible, seguido por una Chau despeinada y llorosa, con la mejilla amoratada, la ropa rasgada y un hilo de sangre resbalando entre sus piernas. Corrió a abrazarse a su madre que lloraba desconsolada.

—Myers, ahora es mía. ¿Entendido? —indicó en un tono que no admitía reproche.

—Sí, mi sargento —afirmó sin mirarle a la cara.

—De todos modos, no se escapará de rositas. Informaré de usted a sus superiores.

—¿Qué? ¿Por un asunto de putas? —exclamó atónito.

—No. Por casi matar a McKenzie de una paliza. Eso va por vosotros también —dijo dirigiéndose a los otros cuatro soldados—. Se os formará un consejo de guerra. Ahora, ¡largaos! —los hombres huyeron como alma que lleva el diablo.

Cuando el ambiente se calmó un poco en la casa, y las mujeres estuvieron un poco más tranquilas, él mismo salió corriendo. Le temblaba todo el cuerpo de indignación. Sus hombres, al ver su estado de ánimo, lo siguieron, pero él era más rápido. Se dio la vuelta y sin pararse, corriendo de espaldas, les gritó:

—¡Dejadme en paz! —Se volvió de nuevo y apretó el paso.

Mike entró como un tornado en la enfermería, gritando y preguntando por Rory.

—¡Cálmese, sargento! —le dijo conciliadora una enfermera—. El soldado McKenzie está siendo atendido.

—¿Cómo está? —preguntó Mike aguantando la rabia. La enfermera respondió con semblante serio.

—Lo más probable es que lo trasladen al hospital de evacuación 71. Ha venido en estado crítico: cuatro costillas rotas, y quizás el hígado y un pulmón afectados. Sangra por un oído, tal vez sea una conmoción grave. Labio roto, ojos con hematomas... La pierna también está tocada, no sé si estará rota. El doctor no me ha informado de todo...

La ira se apoderó de Mike. «Voy a matar a Myers», se dio la vuelta para salir. La enfermera intuyó que iba a buscarse problemas y lo agarró firmemente del brazo.

—Sargento, él está consciente y muy nervioso... Tal vez le venga bien ver a un amigo —le dijo suavemente. Mike dudó—. Creo que no debería marcharse sin verle o se arrepentirá. —Aquellas palabras estaban cargadas de significado; Rory quizás no saliera de aquella. Apretando los puños, dijo entre dientes:

—¿Cuándo puedo verle? —preguntó aguantando el sollozo que pugnaba por salir de su garganta.

—Ya puede entrar, pero no lo fatigue mucho —dijo una voz a sus espaldas. Mike se giró; un hombre con una bata blanca llena de sangre le mostró una sonrisa cansada.

—Gracias, doctor —susurró.

Mike entró en la pequeña sala. Media docena de camastros cubiertos por pulcras sábanas se alineaban contra la pared. Solo uno estaba ocupado. El olor a lejía, desinfectante y medicamentos le revolvió el estómago y la visión de su amigo medio moribundo no le ayudó. Rory estaba cubierto de vendas casi por completo. Aunque le habían lavado, los apósitos aparecían manchados de sangre. Su cara hinchada y amoratada ofrecía un espectáculo dantesco y resultaba difícil reconocerle. Mike empezó a temblar de impotencia y justo en aquel momento Rory le miró, sonriendo a través de su dolor. Mike hizo de tripas corazón y sonrió también.

—¡Ey, Rory! ¿Qué tal, amigo?

—¡Ey, Mike...! Mi sargento —susurró jadeante.

—Rory... no importa. Soy Mike, colega. —Rory le sonrió, pero enseguida su mirada se ensombreció.

—Lo siento. Me siento avergonzado.

—¿Por qué dices eso, colega? —Mike se extrañó.

—No debería haber ido de putas. Está mal... Pero si no hubiera ido ese malnacido hubiera

cogido a la chiquilla...

—Shh —le obligó a callar. No quería que se esforzara—. No hiciste nada malo. La ayudaste...

—Pero mírame —insistió Rory entre gestos de dolor—: he venido a una maldita guerra para que un hijo de perra de mi propio ejército, un supuesto compañero, me dé una paliza de muerte. No valgo para nada, Mike. Voy a morir sin honor—. Mike no pudo contener las lágrimas.

—¡No digas eso! ¡No hay más honor que ayudar a los débiles! ¡Llevas más de tres meses sobreviviendo en esta mierda! ¡Eres mucho mejor soldado que cualquiera de ahí fuera!

—Mike...

—¿Sí?

—Me alegro de que hayas venido, hermano. —Las lágrimas corrían libremente por las mejillas del muchacho.

—Nunca te dejaré solo, hermano. Sabes que cuando salgamos de esta tenemos una juega pendiente.

—Si sobrevivo...

—Lo harás. —Rory cerró los ojos y Mike se asustó—, ¡No! ¡No! ¡No! ¡Doctor! ¡Doctor!

—Calma, muchacho. Es la morfina —le aclaró el médico en cuanto hizo acto de presencia.

—Pero... —el doctor cogió a Mike por los hombros para tranquilizarlo, encarándolo.

—Si lo evacuamos en menos de veinticuatro horas, sobrevivirá. Tenemos previsto que un helicóptero llegue en unas seis horas: podremos trasladarlo a Pleiku sin problemas. Ahora déjelo descansar, sargento. Y usted también debería hacerlo—. Mike suspiró, asintió y salió de la enfermería, abatido. En la puerta se encontró con su pelotón al completo.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó bruscamente.

—Hemos venido a ver cómo está McKenzie —contestó Queens.

—Como si os importara... —dijo resentido.

—No diga eso, mi sargento. El chaval nos cae bien. ¡Le defendimos! —se defendió Silver Two.

—Sí, ya veo que lo hicisteis de puta madre...

—¡Hicimos lo que pudimos! —contestó Silver One—. Llegamos tarde y ya estaba en el suelo cuando entramos. —El volumen de su voz fue bajando hasta convertirse casi en un susurro.

—¡Pues no fue bastante, maldita sea! ¡Voy a matar a ese cabrón! —sin poder contener la ira.

—También hemos venido a protegerle, mi sargento —dijo O'Maha, que apenas entraba en conversación alguna.

—¿De qué? ¿De esa rata de Myers? ¡No tengo ni para empezar!

—No. De sí mismo, mi sargento. ¡No merece la pena arruinar su carrera por ese hijo de perra!

—¡Me da igual! —Se abrió paso entre su pelotón, pero Jersey se interpuso en su camino.

—¡Déjame, Jersey! ¡O atente tú también a las consecuencias! Jersey se echó a un lado. Cuando Mike se había alejado unos pasos, le gritó:

—¡Eso! ¡Vaya a cargárselo, jódase la vida! ¡Y a ver cómo le justifica a ese bombonazo de rubia que lleva en la cartera que ha matado a su primo! —Mike arremetió contra él, derribándolo en el acto. Se sentó a horcajadas sobre él y la emprendió a puñetazos.

—¡Cabrón! ¡No te atrevas a nombrarla! —Seguía golpeándolo con saña, Jersey no contrataba, solo se cubría con los brazos.

—¡Mi sargento! ¡Basta ya! —gritaron Steve y O'Maha mientras los separaban. Jersey se levantó casi sin inmutarse.

—Pega como una niña —se burló, para aliviar el ambiente. Mike se dio cuenta de que no se había defendido. Cayó de rodillas abatido y en un susurro dijo:

—Joder, Jersey, ¿por qué cojones no te has defendido?

—Porque necesitaba desahogarse. ¿Mejor? —le dijo en tono paternalista. Mike asintió.

—¡Pues venga, Michael! ¡Vamos a tomar unas cervezas con estos descerebrados!

—¿Michael? ¿Dónde ha quedado lo de *mi sargento*? —bromeó Mike de mejor humor.

—Después de la paliza que me ha dado, me lo merezco... —dijo con suficiencia. Mike rio.

—Hecho. Pero solo por esta noche: no quiero que les des mal ejemplo a estos pipiolos.

—Ya es tarde para eso —rio Jersey con ganas. Los demás suspiraron de alivio.

—Jersey...

—¿Ajá?

—Gracias. —Jersey asintió sonriendo.

—Por cierto, mi sargento... Entonces es verdad que la belleza rubia es prima de esa escoria... —Mike lo miró desconcertado.

—Ya lo sabes, antes de darte la paliza lo comentaste.

—Antes de dejarme dar la paliza —puntualizó—, solo solté lo primero que me vino a la cabeza. Ese Myers es un bocazas: solía fardar de que usted era el perrito faldero de su prima y afirmaba que se le habían subido los humos con los galones, así que viéndole mirar esa foto hasta desgastarla... Solo tuve que sumar uno más uno.

—¡Valiente hijo de puta listillo estás hecho! —rio Mike divertido—. ¡Serías un buen fichaje para inteligencia!

—Que conste que me quisieron fichar en sus filas... ¡Pero son todos unos estirados cuatro ojos! Yo soy más de acción. —Todos rieron.

Los días pasaron. Los altos mandos no se fiaban de aquella tranquilidad y las patrullas estaban más activas que nunca; los momentos de asueto eran cada vez más escasos. Myers y los suyos se habían apartado, muy inteligentemente, del camino del pelotón de Wild Boy. Habían bautizado así a Mike y sus hombres, en alusión a la edad del sargento, el más joven del asentamiento. Aunque Myers solo había recibido una reprimenda de sus superiores, no hubo otras consecuencias inmediatas (no podían permitirse prescindir de ningún hombre en aquellos momentos), pero sabía que un consejo de guerra le esperaba a la vuelta a casa. Cumpliendo con su obligación como jefe de patrulla, Mike había dejado de socializar en los escasos momentos libres que tenía su pelotón; se limitaba a descansar o a jugar alguna partida de cartas, sin alejarse mucho del vivac.

Cierto día, mientras los chicos patrullaban, la señora Thuy se acercó sin tapujos. Había intentado contactar con Mike de manera sutil, para tratar un asunto con él, pero no había encontrado la forma de hacerlo. Traía en las manos un immaculado saco de tela blanca, uno de aquellos que utilizaban para entregar las coladas limpias. Paró a Mike y casi le arrojó el fardo a la cara.

—Sargento Rony —lo llamó, pronunciando mal su nombre—, ¡yo harta guardar su ropa limpia! —se fingió enfadada—. ¡Mi casa lavar! ¡No guardar, no almacén!

—Señora Thuy, yo no... —dijo extrañado Mike.

—Shh —susurró ella—, yo querer hablar con tú, luego. Yo asunto contigo hablo. —Y alzando la voz, continuó la falsa reprimenda—: ¡Sí, tuyo es saco! ¡Tú no memoria! Triste cosa para hombre guapo y joven. —Todos rieron. Mike no tenía ni idea de que podía querer aquella mujer,

pero tampoco tenía intención de averiguarlo. ¡Bastantes problemas tenía ya con salvar el pellejo, como para socializar con una prostituta enamoradiza!

—No, señora Thuy, este saco no es mío y no creo que me haya dejado nada en su casa. Si me disculpa...

Ella no se amilanó y, entre susurros, añadió:

—Tu venir luego a mi casa sin ser visto, yo no tengo clientes hoy. Mi día de descansar, todos saber...

—No —dijo Mike entre dientes.

—Bueno, pues yo buscar a ti en campamento, a gritos de mujer tonta enamorada. —Mike maldijo su suerte.

—Está bien —claudicó. Ella sonrió satisfecha.

—¡Umm... ser verdad! ¡Saco no tuyo! Ahora recordar que calzones muy grandes para ese culto bonito. —Mike se sonrojó hasta las orejas mientras el resto de los hombres reían divertidos.

Cayó la noche. Mike consiguió zafarse de sus obligaciones y de las miradas ajenas y llegó a casa de la señora Thuy sin problemas.

—¿Qué querías, mujer? —dijo enfadado cuando esta le abrió la puerta. Estaba tan enojado que ni siquiera se molestó en ser cortés. La señora Thuy cerró la puerta y le indicó con la mano que pasara a la salita. Allí estaba sentada Chau con expresión sumisa. Mike la observó: era mucho más bonita de lo que recordaba.

—¿Y bien? —insistió más relajado. La observó. La señora Thuy no llevaba ni pizca de maquillaje y vestía la vestimenta típica de diario: blusa de cuello mandarín con botones de nudo, en un bonito estampado claro que le recordó a los delantales de la abuela Mary, y pantalón celeste. Parecía mucho más joven, y más guapa. La vestimenta de Chau era muy similar a la de su madre, casi parecían hermanas. De repente, Mike preguntó:

—¿Qué edad tiene, señora Thuy?

—Veintisiete —contestó extrañada.

—¿Veintisiete? —miró interrogativamente a Chau. Thuy sonrió.

—Yo catorce, cuando ella nacer. —Aquello descolocó a Mike. Suspiró.

—Bien... Señora Thuy, ¿por qué me ha hecho venir?

—Ah, sí... —se revolvió un poco nerviosa—. Yo saber verdad. Tú no tocar a Chau. Solo bofetón, ella contó todo. Solo teatro. Yo querer agradecer y...

—Señora Thuy, no es necesario...

—¡No! ¡Yo realmente querer pedir favor!

Mike se preguntó qué debía pasar por la cabeza de aquella mujer.

—La escucho.

—Tu hombre bueno... muy bueno en realidad.

—Gracias...

—Yo querer que tú ser su primer hombre de Chau —soltó interrumpiéndole con un gesto.

—¿Cómo? —preguntó atónito.

—Primera vez siempre dolorosa. No querer que sufra, no querer que odie esto desde principio.

—Pero...

—Tu ser bueno. Yo sé que tratarla bien. El resto... ¿cómo decir vosotros? ¡Ah, sí! Ser ruleta de suerte.

—Pero si está protegida —balbució—, es mi *novia*.

—Sí, pero eso no es nada en realidad. Cualquiera con mente sucia quererla. Alguien más jefe que tú... —y en un susurro añadió—: y cuando tú marchar, ¿qué?

—Pero ¿no hay algún vecino...?

—Ellos despreciar como resto, no tratar bien a ella. ¿No gustarte ella? —De repente cayó en algo y abrió los ojos como platos—. Claro, ¿gustarte chicos!

—¿Qué? ¡No, claro que no! —Era la segunda vez que le insinuaban aquello, ya era el colmo.

—¿Entonces? Si tener novia o mujer no estar aquí para ver. ¡Chau virgen! ¡Limpia! —gritó desesperada. Mike observó a Chau que se mantenía en silencio y pendiente de la conversación. Era muy bonita. Pensó en Ethel y la vio muy lejana, no solo en distancia, sino en alma: ella había elegido su destino y no había pensado en él al hacerlo. Aun así, negó con la cabeza.

—¡Es una cría!

—¡No! ¡Ya ser mujer joven! ¡Ya sangrar! ¡Ya pechos!

—¡Eres una mala madre! ¿Cómo puedes hacerle eso a tú hija? ¡Venderla! —La miró asqueado. Thuy palideció.

—No ser mala madre —intervino Chau suavemente—. Estar en guerra. La gente, los hombres, van tratar a mí mal. Ella... —señaló a su madre—, querer al menos primera vez buena. No vender, no dinero en mesa, no hombre feo, sudor, odioso, encima Chau. Ambas estaban al borde de las lágrimas.

—Pero eres muy joven...

—Tú no viejo tampoco —replicó Thuy—. ¿Veinte quizás?

—Dieciocho y medio —reconoció Mike a regañadientes.

—Cuando Chau veinte, tú veinticinco. No tan horrible, ¿no? —sonrió divertida.

—¡Demonio de mujer! —Suspiró y miró a Chau a los ojos—. ¿Y tú estás de acuerdo? —La chiquilla sonrió.

—Tú alto, muy guapo, oler bien, bonitas manos, simpático. —Él se sonrojó. ¿Cómo una niña podía echarle tanto piropo?

—No me puedo arriesgar a que te enamores de mí —bromeó para disimular su azoramiento.

—Yo no enamorar, no preocupar. Bueno... un poquito solo —le siguió la broma—. Entonces, ¿tú hacer? —preguntó Thuy esperanzada. Mike asintió, ruborizado. Qué demonios, tampoco era de piedra.

Chau le sonrió abiertamente, rodeó la mesa y lo cogió de la mano. Su tacto era ligeramente áspero, fruto de horas lavando ropa ajena con su madre, pero a Mike no le importó. Se dejó llevar hasta la habitación en la que habían montado la pantomima días atrás. Recordó cómo le había roto el vestido y cómo la había abofeteado, con cierto remordimiento, pero había sido necesario. Se había hecho un pequeño corte en la palma de la mano para manchar la entrepierna de la chica y la sábana, y fingir así que había perdido la virtud. Algunos gritos y gemidos fingidos hicieron el resto. Chau era una superviviente y a pesar de no conocer bien su idioma, enseguida comprendió que no le iba a hacer daño. Entendió sus intenciones y tomó aquel juego de supervivencia en serio.

Pero ahora no era un juego...

Mike se sentó en el borde de la cama y ella se mantuvo de pie, dándole la espalda. La luz de la luna que entraba por la ventana iluminaba la cara de Chau, convirtiéndola en una belleza de cuento. A pesar de su determinación, temblaba ligeramente. Mike le acarició las mejillas, acercó sus labios a los suyos y la besó tiernamente, con un beso corto. No quería precipitarse. Chau sabía perfectamente lo que pasaba entre un hombre y una mujer, su madre la había instruido. Tenía el

conocimiento teórico, pero se dio cuenta de que la práctica era muy distinta. Con manos temblorosas recorrió la nuca de Mike, acarició su mentón, sus ojos cerrados, y dibujó sus labios con los dedos, como si quisiera averiguar si mordía como una bestia. Mike se relajó ante aquellas dulces e inocentes caricias. Posó las manos en la cintura de Chau, bajando por sus caderas y subiendo luego hasta la curva de sus pequeños pechos, sin llegar a tocarlos, rozándolos apenas con los pulgares. Quería que ella se acostumbrara a su contacto. Poco a poco, Chau fue tomando valor: le desabrochó la chaquetilla del uniforme y apoyó las manos sobre su pecho. Sintió el calor de su piel a través de la fina tela de la camiseta. La respiración de Mike se aceleró; acarició suavemente el trasero de Chau y se aventuró a deslizar su mano debajo de su blusa, alcanzando su suave espalda. Las caricias se intensificaron; Mike le besó el cuello, la oreja y, por fin, los labios. Fue un beso firme. Chau abrió la boca, sorprendida, permitiéndole investigar. Mike suspiró mentalmente, aliviado: no le había rechazado. Sin dejar de besarla, la sentó en su regazo y, poco a poco, le desabrochó la blusa, descubriendo una bonita camiseta de tirantes a través de la que adivinó sus pechos erectos. «Dios, ¡qué preciosa es!», pensó. Se separó de ella, sonriendo ante el mohín de la muchacha ante su rechazo momentáneo. Se quitó la chaquetilla y la camiseta con un rápido movimiento y la atrajo contra él, sembrando besos desde el tierno cuello hasta el nacimiento del busto. Apretó su virilidad contra su trasero para que supiera el efecto que estaba produciendo en él. Lentamente, bajó sus tirantes y succionó sus pezones. La muchacha gimió arqueándose contra él, regodeándose con aquella nueva y electrizante sensación. Acabó de quitarle la prenda, la tumbó suavemente sobre la cama y colocándose encima de ella siguió con besos y caricias que ella jamás en su corta vida había recibido. Estaba maravillada, jamás había visto ese trato en otros hombres; el mejor de ellos era el que no golpeaba a su madre. Se dejó llevar. «Tal vez tenga solo trece años, pero es tan receptiva como una de veinte», pensó Mike. Su inocencia le volvía loco. Era bellísima, se había dado cuenta de ello la primera vez que la vio, pero ahora era distinto; no estaba llorando, ni asustada. Aquella sonrisa podía ser la perdición de cualquier hombre con sangre en las venas. Le bajó los pantalones y la prenda interior suavemente, en un solo movimiento; ella se tensó un poco, pero enseguida se relajó ante los mimos de Mike. Se agarraba a las sábanas como si fuera a caerse, pero al mismo tiempo se ofrecía a él. La tanteó con los labios, bajando por su pecho, pasando por su abdomen, hasta llegar a su entrepierna. Ella no se imaginaba que alguien la fuera a besar allí. Entres suaves gemidos y suspiros de ambos, la exploró con un dedo, luego con dos... Chau no creía poder aguantar tanto gozo. ¿Por qué algo tan maravilloso podría ser tan cruel en manos de canallas? No era justo. Sollozó. Mike se detuvo.

—¿Te he hecho daño? —preguntó preocupado.

Ella negó con la cabeza.

Él no estaba seguro del todo y Chau, ante sus dudas, hizo un movimiento atrevido que le había explicado Thuy: metió la mano por la cintura de sus pantalones y atrapó el excitado miembro de Mike, acariciándolo con movimientos inexpertos y llevando al límite al muchacho

—Dios... Chau —gimió—. No puedo más —dijo entrecortadamente. La miró a los ojos—. ¿Puedo? —colocándose con cuidado encima de ella y frotándose suavemente contra ella.

—Para eso estar aquí... —susurró ella.

Él se separó, se terminó de desnudar y se colocó un preservativo. Se tumbó sobre ella sin dejar caer del todo su peso, apoyándose en sus fuertes antebrazos y, tentativamente, entró en ella. Chau ahogó un grito, mordiéndose el labio inferior. Una pequeña lágrima cayó sin permiso por su mejilla: era más doloroso de lo que esperaba, pero él estaba siendo muy atento y no quería que se molestara, o peor aún, que parara. Mike notó su tensión.

—Shh, preciosa, solo es un momento... —dijo acariciándola y terminando de entrar. Acompasó el ritmo con los latidos acelerados de Chau—. Te prometo que pasará enseguida: nunca te haría daño a propósito, pequeña Chau. Lo sabes, ¿no? Déjate llevar, pasará pronto, te lo prometo. —Y ella le creyó.

Poco a poco, el dolor dio paso a una sensación maravillosa; quiso más y aferró sus piernas a la espalda de Mike, para no dejarlo escapar. Para Mike fue la señal de que Chau ya no era una chiquilla: la miró y vio a toda una mujer con una determinación en los ojos que le hizo desearla aún más. Ella se arqueó contra él. Él lo dio todo y ella lo recibió todo, llegando juntos al clímax, gritando sus nombres.

Mike se quedó junto a ella hasta que se durmió. No quería levantarse, vestirse y largarse como si hubiera echado un polvo rápido en un motel de carretera. La observó dormida, en toda plenitud, y sonrió. Finalmente, no había sido mala idea acceder a ello: era hermosa y vulnerable a pesar de su entereza. La besó en la frente y se juró que haría todo lo que estuviera en su mano para protegerla, empezando por sus deberes de *novio*. La veía a menudo, para que vieran que era suya y por lo tanto intocable; no permitiría que ningún hombre se le acercara con malas intenciones. Tal vez incluso le pudiera buscar un buen marido antes de irse, aunque esta idea le hizo sentir celos. «¿En qué demonios estás pensando, Michael Elliot?», se recriminó a sí mismo. «Bastante lío tienes ya con esta maldita guerra. Solo puedes espantarle los moscones mientras estés aquí y ya es suficiente». No, no lo consideraba suficiente, pero era consciente de que no podía hacer otra cosa...

Cuando salió de puntillas de la habitación la señora Thuy lo estaba esperando.

—Gracias. —Le abrazó y Mike vio en sus ojos la sincera gratitud de una madre. ¿En qué mundo vivían, si una madre tenía que entregar la virginidad de su hija para evitar que sufriera? Azorado y enfadado con el mundo, salió sin decir palabra.

La rutina se abrió paso en los siguientes días: patrullas y más patrullas y aquel ambiente que se podía cortar con un cuchillo. Había pasado más de una semana desde que Mike estuviera en la cama de Chau. Cumpliendo la promesa que se hizo a sí mismo, la vigilaba discretamente y se aseguraba de pasar algunos de sus momentos de asueto con ella. Descubrió que no le resultaba una obligación, sino que se lo pasaba bien con la chiquilla. Era muy alegre e inteligente. Se ayudaban mutuamente con el idioma, él la ayudaba a cargar los sacos de ropa en un carrillo atado a una desvencijada bicicleta y compartían bromas. No habían vuelto a compartir la misma intimidad, pero sí que la había besado discretamente en público, para que vieran que estaba con él... Y algo más apasionadamente, a escondidas, en la orilla del río, con algún achuchón más atrevido. Era una situación *pseudofeliz*. Su pelotón estaba contento de verlo de buen humor, no así cierto cabo que lo observaba con envidia desde la distancia, acumulando odio como el veneno de una serpiente. Los seguía con obsesión e intentaba captar cualquier conversación, por si le servía en un futuro. Aquel mestizo hijo de puta se había quedado con la putilla y había conseguido que le formaran un consejo de guerra; con inquina, juró que lo iba a pagar caro.

Una tarde de finales de enero Chau buscaba a Mike un poco nerviosa. Por fin dio con él.

—¿Chau! ¿Qué haces aquí? —estaban en un bar de mala reputación y no le gustaba que la muchacha anduviera por allí. Ella se mordió el labio con la duda en la cara, pero enseguida disimuló y sonrió coqueta.

—Echar de menos a mi novio —dijo con un puchero fingido—. Llevar tres días sin ver tú. —Mike frunció el ceño. Aquello no era normal, nunca lo había buscado. Siempre había esperado a que él se pusiera en contacto con ella.

—Pero...

—Oh, venga... Yo solo querer pasear con mi chico guapo —insistió, flirteando exageradamente, agarrándolo del brazo y frotándose descaradamente contra él.

—¡Sargento! Nunca se debe dejar a una mujer rogando: puede que se canse y se busque a otro —dijo el teniente Callaway haciendo reír a medio bar—. Vaya junto a su bella dama, si le necesitamos le daremos una voz. Si nos oye, claro... —dijo guiñándole un ojo. Mike salió del local en silencio, rojo como un tomate y sujetando a Chau del brazo con cierta brusquedad. Empezó a andar tan rápido que ella apenas podía seguirle el paso. No hablaron hasta que llegaron a la ribera del río, donde se solían refugiar.

—¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre ir a ese antro? ¿Me querías buscar problemas o qué? —gritó furioso. Ella aguantó el chaparrón con la mirada baja y actitud sumisa. Al ver que no decía nada suavizó el tono mientras le subía la barbilla con dos dedos.

—¿Chau...?

—Solo quería dar a tú un regalo. —Sacó un paquete de papel y se lo dio. Mike lo abrió: era una pieza de seda azul bordada en plata, parecía una pequeña bandera. El bordado era de letras vietnamitas, o eso supuso él, rodeado de bellas grecas que representaban flores y formas geométricas. Era un trabajo elegante, aunque sencillo comparado con otros que había visto el muchacho en las tiendas del pueblo. Aun así, Mike estaba maravillado.

—¿Y esto? —Cada vez estaba más desconcertado. No es que no le gustara el detalle, pero que la muchacha se hubiese arriesgado a ir a aquel bar solo para dárselo, le pareció muy extraño.

—Ser tu nombre y el mío en mi idioma, para tu recordar Chau. No ser foto, así que chica guapa de pelo amarillo no enfadar... Yo ver foto una vez cuando tú sacar cartera un día. No enfadar, ¿verdad?

—Chau... —dijo compungido. No había pensado en Ethel en las últimas semanas y que Chau tuviera tanto tacto le llegó al corazón.

—Tranquilo, yo saber que tú mi novio mentiroso. —Mike sonrió levemente.

—De mentira —la corrigió divertido. Ella lo miró triste y se encogió de hombros.

—Ser igual.

—Chau, ¿qué te pasa? No es propio de ti buscarme... y menos en aquel tugurio. Vamos, preciosa, sabes que puedes confiar en mí. —Ella ignoró la pregunta.

—¿Hablar de tú? ¿De ella...? —preguntó a su vez—. De tu familia... Saber poco de tú, yo querer saber un poco más. Ser curiosidad, pero si tú no querer, no pasar nada... —Mike suspiró. No quería hablar de su familia y menos de Ethel... Se sentía un poco traidor, aunque no estaba seguro de hacia quién. No sabía si estaba traicionando a Ethel por no haberle dedicado ni un solo pensamiento en un tiempo, o a Chau. La muchacha se estaba portando muy bien con él, y se sentía incapaz de corresponderle como debiera. Algo en la mirada de Chau le dijo que debía contarle parte de su historia.

—Mis padres murieron, crecí con mi tío que vivía cerca de la granja de Ethel; nos hicimos amigos y con el tiempo me enamoré de ella... y ya está —dijo en tono indiferente.

—¿Ya está? ¿No decirle nada bonito?

—¿Para qué? Me mandaban a la guerra. —Ella asintió, comprendiendo. Dejó de mirarlo para mirar al río.

—Mi madre, Thuy, quedar embarazada, pero mi padre casar otra. Mis abuelos decir mi madre deshonorar ellos. Echarla de casa, de pueblo... Mandar aquí con tía vieja y mala. Pegar mucho. A mí no, yo suerte. Pero Thuy cuatro veces brazo roto y dedos de manos. Ella siempre bordar muy

bien, pero desde dedos rotos doler mucho, no poder usar mucho tiempo seguido con aguja. Tía abuela morir y deja casa, pero solo eso. Thuy lavar y... bueno, ya saber tú qué más hacer. —Mike tragó saliva, pero no dijo nada. Callaron un rato. Ella lo miraba de soslayo, como si le hubiera quedado algo en el tintero. Él la miró interrogante y ella suspiró, debatiéndose internamente.

—*Mik* —siempre decía mal su nombre—, no solo buscar para regalo... —Mike tenía razón, algo le estaba ocultando.

—¿Entonces? —la animó.

—Yo escuchar algo esta tarde a hombre que esperaba turno de Thuy. Tener muchas dudas si decir a tú. Tú enemigo de mi país, pero tú bueno con Thuy y con yo, más que propios vecinos... —dijo melancólicamente—. Yo querer ayudar tú y amigos tuyos para parar guerra. —Mike se estaba poniendo en alerta: aquellas palabras no auguraban nada bueno—. Yo escuchar que ataque de Vietcom inminente. Mañana, quizás pasado...

—¡Joder, Chau! ¿Estás segura? —dijo levantándose de un salto. Ella se encogió de hombros: no, no estaba segura, pero era lo que había oído. De repente escucharon las alarmas tocar a generala, explosiones por doquier, ecos de disparos de ametralladoras, pasos a la carrera y gritos de tropas agrupándose.

—¡Maldita sea! Y tan inminente, ¡cojones! ¡Chau, corre! ¡Busca a Thuy y encontrad un refugio! —Inició la carrera al punto de encuentro acordado.

La chica no se lo pensó dos veces y huyó por los recovecos de la ciudad.

Mike corrió como un poseso, esquivando proyectiles y pequeñas explosiones. Los empujones de la gente retrasaban su carrera, pero por suerte no estaba lejos del punto de reunión. Al fin, llegó a su destino.

Allí estaba el teniente Callaway dando órdenes a voz en grito.

—¡Teniente! —gritó Mike sin apenas resuello.

—¡Sargento Rodney! ¡Estos cabrones están atacando la ciudad por todos los flancos! ¡Esos pijos de inteligencia no han visto venir esta gran cagada! ¡Vaya con su pelotón a la zona norte de la ciudad! ¡Por la ribera este del río! Allí están atacando con armamento ligero, ¡hagan lo que puedan por evitar el avance! ¡Yo pediré refuerzos aéreos para contener el ataque de los morteros! —le ordenó en medio de aquel caos—. ¡Llévese una radio! ¡Y el doble de munición de lo habitual!

—¡A sus órdenes, mi teniente! —dijo mecánicamente, sin saber dónde cojones estaba su pelotón.

—¡Mi sargento! —le llamó O'Maha como si le hubiera leído el pensamiento—. ¡Todos están en el polvorín pillando todo lo que puedan trincar! ¡Y esperando órdenes!

—¡Bien! ¡Vamos con ellos!

El pelotón del Wild Boy atravesó la ciudad a la carrera, esquivando balas y explosiones. Resultaba difícil abrirse paso entre la multitud civil, que huía despavorida. Debían andarse con ojo: cualquiera de aquellos supuestos inocentes podía ser un Charlie camuflado. Era un riesgo añadido. Con algo de experiencia en combate, era posible advertir cierta determinación en sus miradas, que los delataba; gestos seguros, paso firme... No era el caso de Steve, que apenas había entrado en combate: en su carrera, ayudó a un anciano que parecía trastabillar. En realidad, aquel individuo se le estaba abalanzando para clavarle un puñal. Le atravesó el corazón. Sus ojos se quedaron en blanco, la sangre manaba por la herida salpicando todo a su alrededor, como el chorro a presión de un aspersor. La gente gritaba y se apartaba, despavorida; una niña de unos dos

años quedó totalmente manchada de sangre y su madre, histérica, acabó desmayándose. La niña quedó sola en medio de aquel del tumulto, desorientada; la riada de gente pronto la arrollaría.

—¡Steve! ¡No! —gritó O'Maha mientras acribillaba al hombre con más disparos de los necesarios. Todos pararon un momento para ver qué había ocurrido, cubriéndose las espaldas unos a otros y apuntando con sus armas. Mike gritó:

—¿Qué coño ha pasado? —No perdía de vista su sector de tiro, porque que no fueran víctimas de una emboscada.

—¡Ese viejo cabrón se lo ha cargado!

—¡Chicos! ¿Veis alguno más? ¡Tenemos que salir de aquí!

—¡Mi sector está limpio! —gritó Silver One.

—¡Limpio! —gritó su hermano.

—¡El carcamal actuó solo! —gritó Jersey al ver las caras asustadas de los lugareños. Una anciana había hecho acopio de valor y arrastraba los cuerpos inertes de madre e hija a un rincón más seguro. La niña tenía las piernas aplastadas y deformadas.

—¡Vamos a la azotea de ese edificio! —ordenó Mike—. ¡Los edificios están bastante juntos para atravesar la ciudad por los tejados! ¡No voy a arriesgarme a que haya francotiradores en las ventanas!

—¿Cómo? —gritó Thomson—. ¡Vamos a estar a huevo! ¿Y si hay pájaros?

—¡Thomson! ¡No cuestiones las órdenes del sargento! —gritó Queens—. ¡Mueve el culo!

—¿Y Steve? —preguntó O'Maha.

—¡Si quieres echártelo al hombro, tú mismo! ¡Pero no voy a consentir que ralentes al pelotón! ¡Andando!

—¡Joder! —masculló entre dientes O'Maha dejando el cuerpo de su compañero, viendo cómo era arrollado por la marabunta de gente que huía. Y corrió hasta los edificios en busca de sus compañeros.

Mujeres, niños y ancianos gritaban asustados, arrinconados en sus pisos, viendo los soldados que subían por las escaleras. Llegaron a la puerta de la azotea.

—¡Cabos! ¡Coged un hombre cada uno y cubrid nuestra salida!

—¡A sus órdenes! —contestaron a la vez. Hicieron rodilla en tierra y King tomó el mando.

—O'Maha, ¡a vanguardia! Thomson, ¡flanco izquierdo! ¡Queens, yo me encargo del derecho! ¡Cúbrenos! ¡En esa esquina hay un punto muerto!

Con movimientos rápidos peinaron la azotea.

—¡Izquierdo, limpio!

—¡Derecho, limpio!

—¡Limpio!

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡A la carrera! —gritó Mike mientras los azuzaba con el brazo. Procedieron del mismo modo en todas las azoteas a las que saltaron.

—¡Ya se ve el río! ¡Estad atentos a los disparos! ¡Estamos cerca!

El pelotón se parapetó en el murete del último edificio que alcanzaron. El ataque enemigo era evidente; los disparos, caóticos, rebotaban por todas partes.

—¡Esto es una locura! —gritó Jersey—. ¡Parece que le han dado una ametralladora a un mono de feria!

—¡De eso se trata! —gritó Mike—. ¡Es una estrategia de despiste! ¡Quieren tenernos aquí entretenidos para separar nuestras fuerzas! ¡Hacen demasiado ruido y se mueven poco!

—¡Pero es una locura! ¡Hay civiles ahí!

—¡A ellos se las trae al paio! ¡Venga, chicos! Demos el último salto para defender la posición. ¡No dejemos que avance!

—¿Y los civiles?

—¡Se quitarán de en medio si son listos!

—¡Queens! ¡Reparte sectores! ¡Dirige la ametralladora a aquel montículo! ¡Aprovecha la ventaja que nos da la altura! ¡Quiero fusiles allí y allí! ¡Poned cargas explosivas en los muros para abrir troneras! ¡Cuanto menos nos vean esos hijos de puta, mejor! ¡King! ¡Coge la radio e informa al puesto de mando de que hemos tomado posición! ¡Procedemos a contener el ataque!

Todos fueron a sus puestos. Conseguían abatir a muchos enemigos, pero salían de todas partes; parecía que tenían refuerzos a retaguardia. Durante horas mantuvieron el tipo a duras penas.

—¡Mi sargento! —gritó Jersey, que estaba alimentando la ametralladora—. ¡Como sigamos a este ritmo nos quedaremos sin munición! ¡Hay que pedir refuerzos por radio!

—¡Jersey, sigue con lo que estás haciendo! ¡No voy a debilitar otro punto por unas cuantas balas! Pronto caerá la noche, quizás bajen el ritmo. —Jersey apretó los labios para no contestarle y, de mal humor, siguió a lo suyo.

Cayó la noche. Mike tenía razón: el ritmo del ataque enemigo bajó considerablemente.

—¡Esos cabrones se están durmiendo! —gritó eufórico Silver One, asomándose inconscientemente por la terraza. Recibió un impacto en el hombro derecho que le hizo trastabillar. Su hermano, temiéndose lo peor, reaccionó sin pensar.

—¡Nooooo! —gritó alzándose para ayudarlo.

Fue un tiro limpio en la yugular. Silver Two ni siquiera lo sintió. Falleció en el acto, cayendo al suelo como un saco de patatas, directamente, sin apenas un movimiento vacilante.

—¡Joseph! ¡Joder! ¿Qué has hecho? —llamó por su nombre de pila Silver One a su hermano, mientras se arrastraba a su lado. Lo zarandeó, desesperado—. ¡Nooo! ¡Despierta! ¡No me hagas esto! ¡Despierta! ¡No quiero romper la promesa que le hice a mamá! —dijo sollozando. Entre hipos y murmullos repetía—: ¡Despierta!

—¡Silver One! ¡Basta! ¡Está muerto! ¡Tenemos que seguir! —gritó King, separando a duras penas al muchacho del cadáver de su hermano. Silver One reaccionó iracundo, cogió su fusil y sin orden ninguno empezó a disparar sin apenas parapetarse.

—¡Cabroneees! ¡Hijos de putaaaaa! ¡Os voy a matar a todos! ¡Amarillos de mierdaaaaaa!

—¡Silver One! ¡Agáchate, cojones! ¡Te van a matar, cabrón! —le gritó Mike.

—¡Aaaaaaaahhhhhh! ¡Morid, rojos de mierdaaaaa! —le ignoró Silver One.

—¡Se los está cargando a casi todos! —dijo Thomson entre maravillado y divertido—. ¡Qué cabrón! —Si no fuera por la situación se hubiera reído, incluso.

Un disparo impactó en el otro hombro de Silver One, que cayó exhausto al suelo, maldiciendo su suerte. Quiso volver al ataque, pero Mike se lo impidió, arrastrándose por el suelo hasta su posición.

—¡Estate quieto, joder! ¡Van a terminar de rematarte si no dejas de hacer el gilipollas! —le recriminó mientras sacaba unas gasas de su botiquín para presionar las heridas.

—Mi sargento, ¡tenemos problemas! ¡Se han sacado un maldito francotirador de la puta manga! —gritó O'Maha—. ¡Se mueve de ventana en ventana dentro de aquel edificio!

—¡Joder! ¡Ese puto edificio tiene más ventanas que el jodido palacio de Buckingham! —maldijo Jersey.

—¡Cargáoslo, joder! —gritó Mike mientras contenía la sangre de Silver One. Luego, más suavemente se dirigió a Silver One—. David —dijo llamándolo por primera vez por su nombre

—, ¡eso ha sido una temeridad! ¡Podrías haber muerto tú también! ¡Ahora tengo dos hombres menos por tu culpa!

—¡Yo sigo aquí! —dijo con voz entrecortada.

—No. Te vas a ir a retaguardia y, poco a poco, vas a ir al puesto sanitario. No me puedo permitir el lujo de dejar que otro hombre te acompañe.

—Aun puedo disparar...

Mike suspiró y negó con la cabeza.

—No con los dos hombros heridos. —Silver One apretó los labios contrariado y no tuvo más remedio que reconocerlo.

—Si me voy, me lo llevo —dijo señalando con la cabeza el cadáver de su hermano.

—Herido como estás no podrás cargarlo, te desangrarás por el camino.

—Michael —le dijo mirándole a los ojos—, me lo voy a llevar. Y si me tengo que desangrar por el camino, que así sea. No lo voy a dejar tirado para que lo pisoteen como a Steve. —Mike suspiró y asintió. Le puso un vendaje firme en las heridas y le ayudó a colocarse el cuerpo de su hermano a las espaldas, asegurándolo con un par de ceñidores.

—Ten cuidado, Silver One. David asintió gravemente y se alejó con movimientos vacilantes.

—¡Le he dado! ¡En todo el entrecejo! ¡Me he cargado a ese hijo de perra! —exclamó Thomson. No en vano era el mejor tirador del pelotón.

—¡Están perdiendo ventaja! —dijo Queens—. ¡Si aguantamos la noche, tal vez sobrevivamos a esta locura!

Pasaban las horas en un tira y afloja entre enemigos; el estado de alerta dio paso al cansancio, que se convirtió en un peligro más en aquella caótica situación. Queens y Thomson se dormían sobre sus fusiles y Mike soñaba con una taza de café. El resto del pelotón no se hallaba en mejores condiciones; aunque hacían turnos de descanso, no era suficiente, no podían arriesgarse a debilitar un flanco por unos minutos de sueño. Parecía evidente que si la situación se alargaba no conseguirían sobrevivir.

Mike había aceptado a regañadientes la idea de pedir refuerzos por radio, pero la respuesta fue incoherente debido a las interferencias. Su situación era tan crítica que empezó a hacer examen de conciencia; pensó en la abuela Mary y en su tío Jebediath, en cuánto habían significado para él, en la pequeña Chau... «¿Pequeña?», se dijo, y rio irónicamente. Hacía tiempo que la muchacha había dejado de ser una niña, muchísimo antes de que él la conociera... Le había cogido un cariño tan especial que, en otras circunstancias, quizás se hubiera convertido en algo más profundo... Y pensó también en Ethel, en lo cercana que era y a la vez inalcanzable, en cuánto la echaba de menos a pesar de haber intentado renegar de ella, en lo estúpido que fue por no haberle dicho lo que realmente sentía cuando tuvo oportunidad... Él siempre había pensado que ella lo sabía, pero no se había dado cuenta de que a las mujeres les gustaba oír aquellas cosas... El orgullo le había hecho cometer muchas estupideces.

Maldijo entre dientes; sabía que ya no saldría de aquella a menos que ocurriera un milagro... Y el milagro sucedió.

Un sonido de aspas de helicópteros que parecían acercarse zumbaba en la lejanía. El pelotón reconoció el ruido de los motores y la cadencia de las ametralladoras: eran los suyos. Mike, aliviado, dio gracias al Cielo.

—¡Mi sargento! —gritó Jersey—. ¡Avisan por radio para que nos repleguemos a la zona de vivac! ¡Los pájaros se encargarán de esta zona! ¡Hay refuerzos desplegados por todos los flancos!

—¡Perfecto! ¡Venga, moved el culo! ¡Nos vamos de aquí!

Con movimientos profesionales, rápidos y concisos el pelotón recogió todo y se dispuso a atravesar la ciudad. El cansancio que sintieron minutos antes se había quedado en un mero recuerdo y la adrenalina ante el júbilo de poder escapar de una situación muy complicada les dio alas.

Entre los civiles seguía reinando el caos, pero parte de la marabunta de gente se había dispersado y las explosiones eran más espaciadas. Las granadas seguían cayendo muy cerca del pelotón. Consiguieron zafarse de los impactos, pero la metralla seguía representando un peligro evidente, y muy cercano... Tanto, que parte de ella alcanzó en un oído a Queens, que siguió corriendo sin inmutarse.

Estaba amaneciendo cuando llegaron a la plaza principal. Muchos soldados eran atendidos en plena calle; decenas de enfermeras y un par de médicos con batas ensangrentadas se afanaban en salvar a aquellos que aún conservaban un soplo de vida. En un rincón, recogidos cuidadosamente, estaban los desahuciados y los cadáveres. Entre ellos, los dos Silver, pálidos e inmóviles.

—¡No! —gritó Mike—. ¡David está aún vivo! ¡Yo lo dejé vivo! —Se negaba a perder más hombres. Corrió hacia él y se arrodilló, zarandeándolo.

—Michael —dijo David en un susurro rasposo—, dígame a mamá que permanecemos juntos como le prometimos...

—¡Se lo dirás tú! ¡No me vas a dejar ese marrón, cabronazo! ¡Sanitario! —gritó desesperado—. ¡Sanitario!

—¡Sargento Rodney! —La voz del teniente Callaway resonó a sus espaldas—. ¡Es inútil! ¡Ese soldado había perdido mucha sangre cuando llegó al campamento! Por desgracia, cargar con su hermano no le ha servido de nada... ¡No se puede hacer nada por él! ¡Déjese de lamentos, le necesito!

—Pero... —quiso protestar Mike mientras se giraba. Calló de inmediato. El teniente tenía media cara quemada, un ojo tapado y un brazo en cabestrillo.

—Sargento —dijo mientras ignoraba la mirada interrogativa de Mike—, coja a su pelotón y descansen un par de horas, les necesito espabilados. Tenemos rotaciones de contención; ahora que tenemos refuerzos, es más fácil de sobrellevar este ataque. Estos hijos de puta nos han cogido desprevenidos en varios puntos del país. En dos horas los quiero en el puente norte. Vamos a evacuar a la población civil a la parte de la ciudad que tenemos controlada: ya tengo personal allí. Ustedes, junto a otro pelotón, los relevarán.

—¡A sus órdenes, mi teniente! —obedeció echando un último vistazo a regañadientes a David Silver, que acababa de dar su último suspiro.

El puente era un caos y la marcha de los civiles, tremendamente lenta. Cargaban enormes fardos más grandes que ellos, ayudándose en muchos casos de carrillos de mano o de animales de carga; incluso los niños caminaban pesadamente bajo el peso de aquellos bultos. Numerosas bicicletas conducidas a pie completaban la marea de gente que colapsaba el pontón. Aquella desastrosa evacuación se hacía mucho más dura por la propia inseguridad de aquella pasarela: el pasamano era poco más que un atajo de cuerdas desgastadas, sujeto a una altura que no superaba la de la cadera de un hombre adulto. Muchos de los civiles, ancianos y niños en su mayoría, en su desesperación, perdían el equilibrio y caían al río. El pánico estaba convirtiendo aquella zona,

habitualmente segura, en una trampa mortal. El hostigamiento enemigo, que iba en aumento, no hacía sino complicar la situación.

Mike y su pelotón se iban acercando poco a poco.

Cerca del puente, vio a Chau y a Thuy esperando su turno y sonrió con alivio: habían sobrevivido.

El pelotón al que tenían que relevar era el del sargento Miller, al que pertenecía Myers. El sargento estaba al otro lado del puente ayudando a la gente, Myers estaba situado al principio y dos soldados ocupaban su puesto, hacia la mitad. Myers empujaba a la gente de mala manera; algunas, incluso, caían al agua por culpa de sus empujones. Mike lo maldijo, asqueado.

—¡Menudo hijo de puta! ¡Malnacido de mierda! —bramó O'Maha—. ¡Los está tratando a patadas! —Thomson entrecerró los ojos. Había algo que no le cuadraba. Aguzó su vista de buen tirador y gritó asombrado e indignado:

—¡Hijo de mil putas! ¡Será tío mierda, el cabronazo!

—¿Qué? —exclamaron el resto, a sabiendas que algo pasaba.

—¡Está apuñalando disimuladamente a la gente y tirándola al río!

—¡No jodas! —gritó King atónito.

—¡Vamos! —Mike estaba furioso; aquello ya pasaba de castaño a oscuro. Se iba a cargar a aquel hijo de perra... ¡Y a la mierda el consejo de guerra! Corrió hacia él, casi voló. Cuando llegó a su altura gritó:

—¡Myers! ¡Levanta las manos, maldito cabrón! —dijo apuntándole con su fusil. Myers, sintiéndose acorralado, quiso utilizar su arma, pero la llevaba enganchada a la espalda: no tuvo nada que hacer. Levantó las manos, pero vio de reojo a Chau y en un movimiento rápido la atrapó por el brazo, tirando de ella, y la amenazó con su machete. La chiquilla gritó, como otras mujeres; algunos hombres hicieron amago de ayudarla y ella intentó forcejear, pero Myers clavó más el cuchillo en su garganta, haciéndola sangrar. Los hombres se separaron con cautela, pero la chiquilla se negó a estarse quieta.

—¡Sargento! ¡Tire el arma o la mato!

Chau se revolvía entre sus brazos, pero una presión más intensa del cuchillo la hizo desistir; se quedó quieta, aunque sin dejar de temblar. Se resistía a gritar o a llorar. «Mi niña valiente», pensó con orgullo Mike. Se mordió la lengua frustrado y tiró el fusil a un lado, levantando las manos, conciliador. Myers sonrió maliciosamente, dedicándole una mirada abiertamente retadora. Acercándose a su rehén, le pasó la lengua libidinosamente por la cara, mientras la muchacha cerraba los ojos, asqueada. Myers no tenía ninguna intención de acabar con aquello todavía; sus dedos recorrieron los pechos de la jovencita, con intenciones inequívocamente perversas, sucias, pellizcándola a través de la blusa, mientras apretaba sus caderas contra su trasero. Al sentir la presión de aquel miembro erecto contra ella, Chau sintió unas irrefrenables ganas de vomitar... Y, entonces sí, unas lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas.

Mike estaba asqueado, pero no quería hacer ningún movimiento brusco; con las manos en alto intentó acercarse, poco a poco.

—Myers... —lo llamó. Si se atrevía a hacerle algo a Chau se las iba a pagar... ¡Qué demonios! Aunque no le hiciera nada más, pensaba matarlo tan solo por haberse atrevido a sobarla de aquella manera. Myers lo ignoró.

—¿Verdad que es preciosa? Esta putita me la puso dura desde el primer momento en que se resistió... Si no hubiera sido por la puta de su madre, la hubiera empalado hasta que se hubiera desmayado —susurró. Parecía haber enloquecido—. Tiene unos pechitos tan adorables como los

de prima Ethel... Aquellos veranos en el lago... Aquel bañador azul... Lástima que a ella no se los pude tocar...

—¿Qué cojones estás diciendo? ¡Degenerado! —explotó Mike. Myers seguía ignorándolo, ajeno a todo lo que le rodeaba.

—Nunca he entendido cómo estas preciosidades prefieren a mestizos como tú, habiendo hombres como yo... ¿Verdad, pequeña? —le preguntó a Chau, mientras se frotaba contra ella con fuerza—. Yo te habría hecho gritar de placer aquella noche... Pero no; le tuviste que elegir a él — señalando a Mike con desprecio—. ¿Y prima Ethel? ¡Era patético ver cómo te miraba!

—¡Estás enfermo! —gritó Mike acercándose peligrosamente a él.

—¡Ah, ah! No, no, no —dijo chasqueando la lengua y apretando el machete contra el cuello de Chau, que gimió horrorizada. Retrocedió para alejarse de Mike—. Ya no podrás disfrutar de lo que es mío, indio de mierda. Morirás en esta guerra y yo me encargaré de consolar a prima Ethel; acariciaré ese bonito pelo rubio, me perderé en esos ojos de plata y me hundiré en ella una y otra vez, de todas las maneras posibles... Pero antes, recibirás una lección de humildad...

Mike, cegado por la ira, lo veía todo rojo, pero tenía que mantener el temple por Chau.

—¡Sargento! ¡Deje que me cargue a ese malnacido!

—¡Cállate, Jersey! ¡Podría matar a la chica! —le recriminó King, tragándose su propia bilis. Si por él hubiera sido también se lo hubiera cargado.

—Myers, deja el cuchillo —dijo Mike muy suavemente. Pero aquel tono estaba muy lejos de ser afable, en realidad—. ¡Es una orden, cabo! —Aquella frase fue un gran error.

—¡Yo no cumplo órdenes de niñatos! ¡Siempre te has creído alguien por estar bajo las faldas de mi abuela! La vieja chocha te crio como si fueras un cachorrito abandonado, pero tú no les llegas a las suelas los zapatos a los Longfellow. —Mike estaba perdiendo la paciencia.

—¡Tú tampoco eres un Longfellow, lo es tu madre! ¡Tú no te pareces a ella ni un ápice, cabrón! Si te viera ahora, se le caería la cara de vergüenza.

—¡No hables de mi madre! —gritó furibundo—. ¡No te atrevas a nombrarla, cabrón! ¡Me las vas a pagar, por haber puesto su nombre en tu boca!

Con un movimiento rápido de cuchillo, cortó el cuello de Chau. La chiquilla se llevó las manos a la garganta para intentar parar aquel chorro de sangre que brotaba, incontrolable, mientras dirigía la mirada hacia Mike: hasta el último momento había pensado que Myers estaba fanfarroneando, que no se atrevería a...

Antes de que Chau muriese, Mike alcanzó a adivinar una mirada de gratitud y una leve sonrisa a través de los labios ensangrentados. Y unas palabras: «*em yéu amh*». En realidad, Chau no llegó a pronunciarlas... pero Mike pudo oírlas en su corazón: «te quiero». Las piernas de Chau, ahora inertes, cedieron y su cuerpo empezó a desplomarse, pero antes de que pudiera caer al suelo Myers remató su cruel hazaña: la lanzó de una patada al río, ante los gritos y los lamentos de Thuy.

Mike ya no pudo más. Se abalanzó sobre él y empezó a golpearlo como un poseso. Myers se reía como un loco: era una risa esperpéntica y aguda que ponía los pelos de punta. Parecía que la paliza que le estaba dando Mike no fuera con él.

—¡Te mataré, cabrón!

—¡Y una mierda! ¿Para que te quedes con Ethel? ¡Por encima de mi cadáver!

—¡Qué así sea, loco de mierda! —Mike estaba poseído por un instinto asesino; jamás había tenido aquellas ganas de matar... ni siquiera a los malditos Charlies que amenazaban su vida diariamente.

—¡Nunca! ¡Ethel será mía! ¡Llevo esperando más de doce años! ¡He soñado con ella desde

que pescabais en el lago! —Mike recordó aquella imagen: solo eran unos niños, solían pescar en ropa interior, para no mojarse la ropa. No tendrían más de siete y nueve años, respectivamente.

—¡Era solo una niña! ¡Pervertido! —Siguió golpeándolo con saña. Sentía náuseas ante aquella escoria.

—¡Mi sargento! ¡Déjelo ya! ¡Se acercan pájaros! ¡Hay que evacuar el puente! —gritó alguien de su pelotón. Mike no lo oía, el odio le corroía las entrañas.

De repente, se oyó una explosión. Un proyectil impactó contra la madera de la pasarela, y derribó parte del puente. La onda expansiva y la deflagración alcanzaron a Mike, lanzándolo río abajo con la espalda en llamas y alejándolo de la base del puente.

El impacto contra el agua fue doloroso; quedó semiinconsciente. En su desvanecimiento, era incapaz de luchar contra la corriente que arrastraba su cuerpo hacia unos rápidos. De pronto, unas manos lo agarraron con firmeza y lo acercaron hacia la orilla. Escuchaba voces discutiendo acaloradamente; eran vietnamitas. Lo último que pensó antes de que la oscuridad se apoderara de su conciencia, fue: «estoy apresado».

5. Ethel, Nueva York, febrero de 1968

Ethel se despertó sobresaltada; un mal presentimiento le atenazaba el corazón. A su lado, Marcus dormía plácidamente. La colcha había resbalado hacia el suelo, dejando al descubierto una desnudez de infarto: aquel cuerpo oscuro como el ébano resaltaba sobre las suaves sábanas de algodón blanco. Ethel se levantó sin cubrirse, ya se había acostumbrado a su propia desnudez; no le importó que el aire gélido de febrero le erizara el vello... Se sentía intranquila. Con manos temblorosas encendió un cigarro de maría; no le gustaba particularmente fumar, de hecho, casi nunca lo hacía, pero necesitaba tener las manos ocupadas con algo y jugar con un cigarro le pareció una buena opción. Se dirigió al salón y encendió el viejo aparato de televisión de Marcus. Aquel cacharro tardaba en sintonizarse; Marcus lo había comprado de segunda mano y cuando decidía atascarse, lo solía arreglar a golpes. Puso las noticias de medianoche. Siempre veía todas las de Vietnam, a la espera de tener alguna pista de que aquella locura fuera a acabar. Sus esperanzas cayeron en saco roto; el presentador, con voz monocorde, relataba los últimos acontecimientos como si estuviera dando la predicción del tiempo de Kentucky. El Vietcom había iniciado una ofensiva en un centenar de ciudades; los combates habían pillado a contramano a las fuerzas estadounidenses, que no esperaban un ataque durante el Tet, el año nuevo vietnamita.

—¿Otra vez viendo las malas noticias, cariño? —le preguntó Marcus suavemente al oído mientras la agarraba de la cintura por detrás. Ethel no dijo nada, solo sonrió. Le gustaba aquel Marcus tierno y cariñoso, pero pocas veces salía a la luz. Él solía ser pasional, duro, violento, aunque no cruel, con un sentido de la justicia innato. Era un luchador, como su hermano Logan; era un Pantera Negra con todas sus consecuencias. Y aquello era lo que la había fascinado de él.

Tras varios meses cantando de telonera para algunos artistas famosos, fue consciente del nuevo mundo que la rodeaba. Movimientos liberales y manifestaciones contra Vietnam se sumaban a la música, creando tendencias nuevas que ella no se quiso perder. Fue en aquellos eventos donde coincidió con Marcus más de una vez; donde se contagió de su entusiasmo por un mundo mejor y donde se sintió libre por primera vez. En definitiva: decidió que en el futuro haría lo que quería hacer, y no lo que debía hacer. Aún tenía frescas las palabras de su abuela: «la libertad no es libertinaje». Aquello la había frenado un poco ante la perspectiva del amor libre y del consumo de drogas, pero no lo descartaba, si un día le apetecía...

No hubiese podido explicar cómo acabó en la cama de Marcus; era una relación pasional, pero discreta. A pesar del nuevo movimiento *hippy*, el idilio entre un negro y una blanca aún era difícil de asimilar en algunos sectores de la sociedad.

—Solo quería saber si nuestros esfuerzos están dando frutos. Eliza y Big John están bregando mucho desde la radio para que traigan a nuestros chicos... —Aquello era una verdad a medias: «nuestros chicos» era en realidad «su chico». Michael Elliot Rodney era siempre el centro de sus pensamientos. Sin darse cuenta empezó a tararear la canción que le había dedicado el día del concurso en Smith Town. Marcus la meció en sus brazos, acompañándola en sus movimientos; le gustaba aquella canción a pesar de ser country... Lo que nunca se le pasó por la cabeza fue que aquella canción tuviera dueño.

—Vamos a la cama... —le dijo suavemente. Ethel asintió y se acercó para apagar la televisión, en el preciso momento en que el reportero estaba hablando de la ciudad de Hue. ¿De qué le

sonaba aquel nombre? ¡Dios! ¡Ahí era dónde estaba Mike! Su madre se lo había dicho cuando se llamaron por Navidad. Dejó la mano en el conmutador, sin atreverse a moverlo.

«... aquí en la ciudad de Hue, nos encontramos ante un ataque feroz. Nuestras tropas impiden el avance a duras penas; se cuentan numerosas bajas en ambos bandos, así como en la población civil. Los desaparecidos no son pocos tampoco; entre ellos, tres pelotones de la compañía octava de fusileros... que evacuaban un puente...»

Ethel se quedó paralizada. Aquel era el batallón de Mike, o su pelotón, o como coño se llamase. ¡Y estaba desaparecido! ¡No lo había visto tan claro hasta entonces! ¡Mike podría no volver jamás! De repente sintió náuseas, corrió al baño y vomitó hasta las entrañas; cuando terminó se limpió con el dorso de la mano. Marcus había ido tras ella: no se acercó solícito, ni mucho menos, sino que se quedó apoyado en el quicio de la puerta, evaluando la situación. Con el ceño fruncido y sin hablar, la observaba cautelosamente. Cuando ella levantó un poco la cabeza le preguntó:

—¿Estás bien? ¿Te ha sentado mal ese *peta* de medianoche? —dijo forzando una broma.

—No ha sido el *peta*—respondió ella con voz entrecortada, aguantando las arcadas que le producía la bilis en la boca—, no le he dado ni una calada.

—Entonces, ¿qué? No has comido desde... —su piel negra tomó un color ceniciento al pasar un pensamiento por su cabeza—. ¡No, joder! —gritó enfadado—. ¡Estás embarazada! —A Ethel no le gustó aquel tono. No había apenas posibilidades de que lo estuviera, pero alzó la barbilla desafiante.

—¿Y qué si lo estoy?

—No, no. Joder, nena, no me puedes hacer esto... —con voz estrangulada.

—Que no te puedo hacer, ¿qué? —alzando la voz gradualmente.

—¡No puedo tener un bastardo mulato! ¡Ahora, no! ¡En plena campaña!

—¿Cómo? —gritó iracunda Ethel. Tenía que salir de allí; se dirigió al dormitorio—. ¡Escúchame bien, Marcus! —continuó mientras se ponía furiosamente unos vaqueros y una camiseta, obviando la ropa interior—. ¡No llevo a tu bastardo mulato en mi vientre! —Él suspiró aliviado—. ¡Pero esta conversación me acaba de aclarar lo hipócrita que eres! ¡Mucho hablar de la familia, y de los derechos, y del racismo, pero eres tan racista como los putos blancos a los que constantemente criticas!

Marcus se dio cuenta de que había metido la pata hasta el fondo.

—Vamos, nena... —dijo en tono conciliador—. Sabes que no soy racista... Míranos... —Ethel se dio cuenta de pronto de que nunca la trataba cariñosamente en público, como si se avergonzara de ella.

—¡No lo eres de puertas para adentro!

—Sabes que es complicado... —dijo martirizado—. Ethel, no te vayas... —añadió suavemente, mientras veía cómo ella recogía sus cosas frenéticamente. Ethel flaqueó, solo un instante, pero finalmente se dirigió a la puerta. Marcus le cortó el paso.

—Vamos, nena —repitió besándole el cuello. Ella suspiró—. ¿Dónde irías tan tarde?

—A casa de Eveline —susurró poco convincente. Su bolso empezaba a resbalar por su brazo—. Mmm... Marcus, no... Por favor, así no puedo pensar... —Marcus ocultó una sonrisa triunfal, la agarró de la cintura y la besó. Entre beso y beso le susurró algunas frases cariñosas, hasta que volvió a cometer un error.

—¿Quién es mi blanquita favorita?

—¡Marcus! —le regañó—. ¡No me llames blanquita! ¡Y mucho menos me digas que soy tu

favorita! ¡Parece que tuvieras una cola de chicas blancas apostadas a tu puerta!

—¡Oh, vamos, nena! —se quejó frustrado. Ella no claudicó.

—¿Cómo te sentaría a ti que te llamara *mozo*? —La ira en los ojos de Marcus era evidente.

—¿Cómo te atreves? —bramó dándole un puñetazo a la pared, junto al marco de la puerta.

Ethel no se amilanó.

—¿Qué? ¿Tú me puedes llamar blanquita y yo no te puedo llamar mozo?

—Hija de... —gritó apretando el puño y alzándolo amenazante.

—Si te atreves a pegarme, Marcus, yo...

—Tú ¿qué? —la interrumpió—. ¿Vas a gritar? ¿A llamar a la poli? Esto es un barrio de negros; ningún poli se atreverá a entrar... Y el barrio está acostumbrado a las broncas, una más no se notará... —dijo acercándose peligrosamente. Ethel lo miró a los ojos y con determinación le dio un rodillazo en la entrepierna que lo dejó sin respiración. Marcus se dobló de dolor. Ethel aprovechó que tenía la cara de Marcus a su alcance y, decidida, le lanzó un derechazo que lo tiró de espaldas. Todavía no había acabado con él, y sin pensarlo, le pateó con fuerza el estómago.

Salió corriendo de allí, a sabiendas de que si Marcus se recuperaba iría a por ella y estaría perdida; que Marcus no se esperase el ataque había sido su única ventaja.

Las calles estaban heladas, sobre todo para Ethel, que iba descalza y sin abrigo. Sin sostén, por el frío, sus pezones se marcaban a través de la raída camiseta y su pelo al viento le daba un aspecto salvaje muy peligroso en aquel barrio; podía llamar la atención de los depredadores de aquellos oscuros callejones.

La baja temperatura le había calmado el ánimo y el pánico se apoderó de ella. No quería correr para no llamar la atención de los hombres que tomaban cerveza y jugaban al ajedrez en los viejos porches. Se preguntaba qué narices debían hacer allí, con aquel frío... Enseguida lo entendió: venta de drogas, ¿cómo no?

Apretó el paso; si conseguía atravesar cuatro manzanas, llegaría a la vía principal y podría tomar un taxi. Pero no estaba segura de que la suerte la acompañase; le resultaba difícil ignorar los silbidos, las miradas lascivas y los gritos desagradables de aquellos hombres.

—¡Eh, rubia! ¿Dónde vas? ¿Tienes frío? Ven que te caliente —le gritaban, moviendo las caderas de forma obscena.

—¡Este no es tu barrio, blanquita! —la increpaban unas mujeres que parecían prostitutas. Ethel comprendió que marcharse de la casa de Marcus de aquella manera había sido una mala, malísima, idea.

—¿No es la chica de Marcus? —preguntó un hombre con cautela. Ethel cerró los ojos con la esperanza de que la respuesta la protegiera.

—Ya no. ¿No ves que está sola? —contestó otro hombre a sus espaldas. Ethel no se quiso girar, pero atisbó por el rabillo del ojo: era una mole. Se sintió perdida, temiéndose lo peor. Unas manos grandes y sudorosas la alcanzaron y, bruscamente, la hicieron girar sobre sí misma. Aquel monstruo se abalanzó sobre ella; unos labios babosos le recorrieron la cara, sobándola groseramente. No iba a gritar, no le iba a dar aquel gusto.

—¡Leroy! ¡Suéltala o te mato! —Una frase concisa, sin levantar la voz, pero más amenazante que si se hubiera gritado a pleno pulmón. Leroy se tensó, dudó, pero no la soltó. Un segundo después profirió un grito y dejó libre a Ethel, bruscamente. Miró a su alrededor: vio a Leroy, que se llevaba la mano al costado ensangrentado, y a Marcus limpiándose una navaja en los pantalones.

—Leroy, considéralo una advertencia. Ese corte puede ser más profundo la próxima vez. —

Leroy bajó la cabeza sumisamente y asintió.

Ethel temblaba como una hoja, pero la tensión y los nervios la mantenían en pie. Miró a Marcus: llevaba solo un vaquero y tenía el estómago y la cara magullados. Su pecho subía y bajaba siguiendo el ritmo de su respiración acelerada. Ethel sintió remordimientos... Se miraron a los ojos, sin decir nada durante unos segundos, hasta que Marcus rompió el silencio:

—Vamos, te acompaño a buscar un taxi.

Caminaron en silencio bajo la mirada curiosa de los crápulas y de algunos obreros nocturnos.

Tenían un aspecto tan lastimero que les costó encontrar un taxista que aceptara parar. Al quinto intento, lo consiguieron. Marcus abrió la puerta y Ethel entró en el vehículo.

—Marcus... yo...

—Vete a casa de Eveline, Ethel —dijo sin mirarla. Le besó la mejilla.

Cuando el taxi arrancó, rompió a llorar. No sabía exactamente por qué. No sabía si lloraba por la discusión con Marcus o por la desaparición de Mike.

Empezaba a sentirse desorientada en aquel mundo que cambiaba demasiado deprisa, frenéticamente. Se sentía mareada, girando en un remolino de sensaciones contradictorias; el desenfreno de las drogas no la atraía y el entusiasmo por la música era su vocación y su perdición al mismo tiempo. Quería a toda costa ser libre, pero también necesitaba aferrarse a algo.

El taxista, un hombre de mediana edad, le ofreció un pañuelo que ella agradeció con media sonrisa a través de las lágrimas. Él, muy sabiamente, no intentó entablar conversación. Se secó las lágrimas y se recostó contra el reposacabezas, cerró los ojos y rezó esperando que Eveline estuviera en casa.

Después de perder el concurso de la GSNYR, decidió quedarse en Nueva York a probar suerte. Gracias a algunos contactos de la radio, no le había ido del todo mal: había evolucionado en su estilo e incluso su imagen era algo menos conservadora, pero seguía sin despuntar. Sobrevivía en la gran manzana, pero no era fácil. Al principio, se alojó en una pensión para señoritas, hasta que la echaron por comportamiento indecoroso, algo con lo que ella no estaba de acuerdo: mostrar las rodillas hacía años que había dejado de ser escandaloso. Pasó un par de semanas en el sofá de Eliza, hasta que un día, dando un paseo, se encontró con una muchacha con un perrito lanudo que estaba pegando carteles para alquilar una habitación.

Era Eveline Martin. Delgada, espigada; lucía un bonito flequillo que enmarcaba unos ojos vivos y curiosos, y tenía una preciosa sonrisa. Sin embargo, su verdadero encanto radicaba en su voz dulce y en su amor por los animales, en especial por el amor de su vida, como ella lo llamaba, su perrito Leo. Tenía una mente abierta ante la vida, fruto de la educación que había recibido. Su madre había huido de la guerra civil española y después de dar tumbos por toda Europa huyendo de otra guerra, había aterrizado en los Estados Unidos. Allí conoció a su padre, profesor y sindicalista, que enseñaba a las clases más desfavorecidas. Eveline se había titulado como profesora de lengua y literatura inglesa en la Universidad de Maine y su gran pasión era la escritura. Adoraba las novelas de terror, como *Drácula* o *Soy leyenda*, pero, sin duda, su gran influencia era un compañero de la facultad, un tal Stephen King. Se trataba de un muchacho que apenas tenía obra publicada, pero que, según ella se convertiría en el autor más importante del género de terror en pocos años. Ethel solía escucharla entre divertida y orgullosa de ella, por la gran pasión que imprimía en todo lo que hacía.

Eveline se había visto obligada, para suerte de Ethel, a alquilar una habitación. La habían despedido de un colegio femenino, cuando la pillaron enseñando educación sexual, en lugar de la encorsetada cultura del victorianismo. Ethel y ella habían congeniado desde el primer momento,

pero Eveline empezó a idolatrarla cuando Ethel le había quitado una astilla a Leo de la pata y le había curado la herida. Desde entonces, iban juntas a muchos eventos, especialmente políticos, donde Ethel había coincidido con Marcus y Logan.

—Hemos llegado, señorita —le dijo con voz amable el taxista, sacándola de su sopor. Ella se frotó los ojos y sonrió tímidamente.

—Gracias. ¿Cuánto es?

—Seis dólares. —Ethel miró su monedero, solo tenía cuatro. Era lo que le faltaba para rematar la noche, no poder pagar el taxi. El conductor advirtió su apuro. Luego la observó detenidamente, con una mirada extraña y una sonrisa enigmática.

—Deme los cuatro dólares y... quisiera pedirle un favor... —Ethel palideció. Aquel taxista no debía esperar un favor sexual, ¿no? La verdad era que su aspecto no era nada esperanzador: la camiseta se le pegaba al pecho y era obvio que no llevaba ropa interior debajo de los pantalones. La dejadez de su pelo tampoco era un buen indicio... y ahora que lo pensaba, la zona donde la había recogido era una de las menos recomendables de la ciudad. Ethel se sintió enferma, pero aun así alzó la barbilla y se dirigió al conductor bruscamente.

—Oiga, yo no... —el taxista se dio cuenta del malentendido y se sonrojó.

—Oh, no, no. Nada de eso, señorita —se apresuró a decir—, ¿es usted Ethel, la cantante? —Ella lo miró sorprendida y asintió. Él sonrió amablemente.

—Eso imaginaba. La escuché en el concurso de la GSNYR y me gustó mucho. La sigo de vez en cuando, cuando consigo escucharla —dijo tímidamente—. No la ponen mucho. —Su tono era de disculpa.

—No entiendo, ¿entonces...? —pregunto Ethel, confusa.

—Me gustaría un autógrafo suyo. Valdrá una pasta cuando saque su disco al mercado.

Ethel soltó una carcajada, aliviada. Y con su sonrisa más resplandeciente dijo:

—¡Por supuesto! ¡Y dos también! —bromeó—. Uno para usted y otro para que lo subaste. —Ambos rieron.

Salió del taxi sonriendo, pero una vez delante de la puerta de Eveline, le cambió el humor, al recordar por qué estaba allí. Llamó al timbre un par de veces. Cuando nadie abrió, se dio la vuelta, sin saber dónde ir a aquellas horas y con aquel frío. Tras unos minutos que se le hicieron eternos, justo cuando se marchaba, oyó el ruido del cerrojo. Eveline se asomó con desconfianza a través de la rendija que la cadena de seguridad dejaba libre.

—¿Ethel? —Al verla se sorprendió. Cerró la puerta inmediatamente, liberándola de la cadena, para volver a abrirla de par en par. No hizo ninguna otra pregunta. Al ver el aspecto de Ethel, la abrazó y la arrastró suavemente hacia el interior de la vivienda. La sentó con cuidado en el sofá.

—Un momento, cariño, tengo algo en el fuego. —Le guiñó el ojo pícaramente. Se dirigió a su cuarto y habló en susurros con alguien. Ethel se sintió culpable: no estaba sola. De pronto, apareció un hombre a medio vestir con los zapatos en una mano y una camisa en la otra. A pesar de tener unos ojos bonitos y una cara agradable, no le pareció que fuese atractivo, y aquella barriga incipiente no ayudaba a mejorar su aspecto. No era en absoluto el tipo de Eveline.

—Eve... —dijo quejumbroso. Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No me llames así —le dijo irritada—. Vamos Angus, vete de una vez, tengo cosas importantes de las que ocuparme.

—Está bien, pero ¿me llamarás?

—No seas lastimero, Angus. Así nunca encontraras una mujer en condiciones. Vete —dijo empujándolo hacia la calle. Ethel no podía creer lo que veía; ¡estaba dándole una patada al pobre muchacho! Cuando cerró la puerta, Eveline suspiró.

—¡Gracias, Ethel! ¡Me has salvado del mayor error de mi vida! Recuérdame que no vuelva a mezclar tequila y una cita a ciegas con un bibliotecario. ¡No volveré a dejarme engañar por otro buen discurso sobre literatura gótica! Eveline la miraba divertida, pero su semblante se ensombreció al ver el rastro las lágrimas en el rostro de Ethel. Leo ya se había acomodado sobre el regazo de la rubia, acariciándola con su patita, intuyendo que algo le pasaba a su *otra* ama. Ethel le devolvía el gesto, dulce pero mecánicamente; parecía ausente.

—Voy a hacer un poco de té mágico —dijo Eveline.

—No, yo lo quiero normal —susurró Ethel. No estaba de humor para que le echaran licor a nada. Eveline la miró preocupada, aquello parecía serio, pero asintió. Minutos después llegó con dos tazas, a cuál más original.

—¿Y bien? —preguntó dulcemente. Ethel rompió a llorar y entre balbuceos e hipos solo era capaz de pronunciar los nombres de Marcus y Mike.

—Shh... Tranquila, cariño... —le susurraba mientras la abrazaba y le acariciaba el pelo—, más despacio. ¿Qué te ha hecho ese mal nacido de Marcus? A Eveline no le gustaba ni un pelo Marcus, no porque fuera negro, ni mucho menos, sino porque lo consideraba un gallito que no tenía consideración ninguna hacia Ethel. Era su trofeo, aunque jamás le hubiera dicho lo que pensaba a Ethel... ¡Qué demonios! Tal vez sí, pero no aquella noche.

—Hemos discutido.

—Hum... Ya veo... —«Nada nuevo», pensó. Aunque aquella noche el asunto parecía diferente—. Y esta vez, ¿por qué?

—Embarazo —fue la sucinta respuesta.

—¿Qué? ¿Estás embarazada? —exclamó esperanzada. ¡Iba a tener un sobrinito!

—¡No, boba! —contestó sonriendo tímidamente. Le pareció muy tierna la reacción de su amiga—. Él pensó que lo estaba, y se enfadó. —A Eveline no le cuadraba la historia, Ethel no era especialmente promiscua.

—¡Te has estado liando con otro y no me has contado nada, perra! —Ethel suspiró resignada.

—¡No! Marcus me vio vomitando, pensó que el *peta* me había sentado mal y cuando le dije que no era por eso, dedujo que estaba embarazada. Se puso furioso, diciendo que no quería un hijo bastardo... Yo me cabree y hemos roto... o eso creo.

—¿Y por qué vomitabas?

Ethel no contestó. Eveline recordó que había mencionado a Mike. Lo sabía todo de él, a través de lo que decía, y también de lo que no decía, su amiga. Sabía que lo amaba, aunque no lo dijera abiertamente; y sabía que estaba en Vietnam. Se le heló la sangre.

—¿Mike ha...? —No se atrevió a terminar su pregunta, no quería ver a Ethel con el corazón roto.

Ethel negó, encogiéndose de hombros.

—No lo sé. Su pelotón ha desaparecido después de la explosión de un puente —susurró casi para sí.

—¡Desaparecido no es muerto! Es un chico listo, seguro que se las apaña para salir de esta —la animó.

—¿Cómo sabes que es listo? No lo conoces... ¿O me has ocultado algo, Eveline Martin? —bromeó algo más animada.

—¡Sé que es listo porque cualquiera que se enamore de ti, y encima te haga babear, es un genio!

—¡No está enamorado de mí! Solo... solo...

—¡A otra con ese cuento! ¡Un tipo que te palmea el culo y te besa, en medio de un granero lleno de paletos, delante de tu familia, está coladito hasta los huesos!

—¡Oye, no somos paletos! —se defendió fingiéndose enfadada.

—Vale. Tal vez no lo seas tú, ni tu madre, ni tu abuela inglesa, ni tu cabra Lou...

Ethel le lanzó un cojín y comenzó una lucha de almohadas, entre risas. De repente, pararon.

—Eveline, ¿crees que estará bien? —preguntó seria. Su amiga sonrió.

—Estoy segura de ello... Ethel, ¿qué haces aquí?

—Ya te lo dije, he discutido con Marcus.

—Me refiero aquí, en Nueva York. Y no me refiero solo a tu carrera de cantante.

—Es lo que quiero...

—No. Tú lo quieres a él. ¿Por qué no vuelves y le esperas?

—Porque si no vuelve, no podría soportarlo; todo a mi alrededor me recordaría a Mike...

—Cobarde.

Ethel suspiró.

—Tal vez lo sea... Me voy a la cama. —Se levantó del sofá y fue hacia su habitación. Eveline no la había vuelto a alquilar, seguía siendo su habitación. Su amiga la llamó:

—Ethel...

—¿Sí?

—¿Y si vuelve? —Ethel negó con la cabeza. Solo tenía un corazón para arriesgar y no iba a apostar por una falsa esperanza. Se tiró en la cama y se quedó profundamente dormida.

En los días siguientes Ethel parecía un fantasma: cumplía con sus obligaciones en la radio y empezó a grabar un disco, como le había prometido Aiden. Para él parecía tratarse de un mero trámite, no mostró ningún entusiasmo con aquello. Tampoco Ethel estaba ilusionada, pero tenían un contrato, así que puso todo de su parte para que no se notara su abatimiento. Por las noches, cuando volvía a casa, Eveline, desesperada, no sabía qué hacer para animarla. Marcus había intentado un acercamiento, pero Ethel no estaba por la labor de volver a ser su títere. En realidad, pensaba, ella también había utilizado a Marcus: con su relación había desafiado las buenas costumbres y el decoro, como acto de rebeldía contra lo que la sociedad esperaba de ella. Se sentía perdida en un caos de sentimientos: solo trabajaba, comía y dormía. A veces, veía las noticias sobre Vietnam, en busca de alguna pista sobre Mike, pero no se atrevía a llamar a casa: temía que tuvieran noticias que no quería oír. Solo la esperanza, en raros momentos, le daba algo de cordura.

Una mañana, a principios de marzo, Ethel seguía en la cama después de las diez y la puerta de su habitación se abrió con brusquedad.

—¡Vamos, dormilona! —exclamó Eveline, mientras abría de un solo movimiento la persiana. La luz desveló a su amiga, que protestó metiéndose debajo de la colcha—. ¡Venga! Tienes treinta minutos para levantarte, ducharte y desayunar —ordenó tirando de la colcha—. Hay café y bizcochos en la cocina.

—Te odio —dijo Ethel con voz pastosa.

—Vale, pero ódiame en la ducha, vamos a llegar tarde. —Eveline le estaba quitando los calcetines y bajándole el pantalón del pijama. Ethel reaccionó divertida.

—¡Oye! ¡Sé desvestirme sola, perversa! —Eveline rio.

—¡Qué más quisieras! ¡No me van las rubias, por muchos ojos grises que tengan! ¡Donde esté un buen maromo! Venga, ¡a la ducha!

—¡Qué pesada! ¡Ya voy! Y cuando salga, más te vale tenerme un café preparado y una explicación para esta intrusión.

Una vez vestida, se dirigió a la cocina donde una sonriente Eveline le ofrecía una taza y un trozo de bizcocho de chocolate.

—Mmm... Esto parece un chantaje. ¿Qué está tramando, señorita Eveline Martin?

—Tú coge tu bolso, tu guitarra y tu sonrisa.

—Eveline —la advirtió suavemente—, sabes que no puedo cantar para nadie, tengo un contrato...

—No pasa nada si no cobras... y el público de hoy no es muy selecto, no se codea con grandes productores radiofónicos —respondió, enigmática.

—¿Entonces?

—Entonces desayuna y te explicaré en el coche.

—¿Desde cuándo tienes coche?

—Bueno... quien dice coche, dice autobús. —Ethel rio a carcajadas. Eveline sonrió y sintió un profundo alivio interno: no estaba todo perdido con Ethel.

El precioso día, el entusiasmo de Eveline y la intriga hicieron que Ethel se animara, dejando atrás la pena de los días anteriores.

—¡Ah, no! La ventanilla para mí —dijo Ethel—, a ver si me entero de dónde vamos...

—Vale, vale —concedió Eveline entre risas. Estuvieron en silencio un rato y Ethel dedujo que se dirigían a las afueras.

—Eveline, empiezo a creer que quieres secuestrarme y pedir rescate. Te advierto que como mucho conseguirás quinientos por mí. —La guapa castaña rio con ganas.

—Está bien, te cuento. Vamos a un refugio para mujeres... digamos... —hizo un gesto teatral, llevándose la mano al pecho— descarriadas. —Ethel cada vez estaba más confundida.

—The Hope House es una casa que pertenece a la señora Heather, que al morir su marido se volcó en obras de filantropía, y acoge a mujeres con problemas: exalcohólicas, exdrogatas, prostitutas..., pero sobre todo a madres solteras a las que han echado de su casa.

—No...

—Sí. Algunas solo tienen catorce años, otras no saben nuestro idioma siquiera... Las traen engañadas para trabajar y las prostituyen. A otras las maltratan sus maridos y huyen avergonzadas pensando que es culpa suya. En The Hope House se las ayuda a integrarse, se les enseña a leer y a escribir, muchas son analfabetas, aprenden algún oficio... pero es difícil colocarlas: nadie quiere mujeres *con pasado* en su negocio ni en su casa...

—¿Y nosotras vamos para...?

—... que les cantes, naturalmente.

—¿Y de qué les va a servir?

—De mucho, Ethel. Son mujeres rechazadas por la sociedad, solo quieren un poco de atención; que les cantes les hará mucho bien. Mejorarán el ánimo y querrán hacer algo con sus vidas. El mal que las acosa no es su miseria en sí, sino su desesperanza.

Después de cuarenta y cinco minutos de viaje llegaron a lo que parecía un barrio residencial. Varias calles paralelas formaban hileras de hermosas casas con jardines. Niños en bicicleta y niñas con sus muñecas jugaban aquí y allá. Ethel pensó en el barrio de Marcus: no tenían nada en

común, quizás solo los niños jugando. Atravesaron las calles hasta donde parecía terminar el barrio. Se encontraban ante un descampado al fondo del cual la hierba crecía desordenadamente; plantas con forma de espiga y arbustos invadían el lugar. Eveline atravesó el solar, dirigiéndose a un bosquecillo.

—¿Dónde vamos? —preguntó Ethel desconcertada, mirando con aprensión el campo y echando la vista atrás hacia la ciudad.

—¡Oh, vamos! ¡No me digas que te asustan unos matojos! ¡Si te criaste en una granja, por el amor de Dios!

—¡No seas boba! Es que no veo ningún edificio.

—Está a unos quince minutos andando. ¿Acaso crees que los vecinos de ese bonito barrio — dijo señalando con la cabeza en dirección a los adosados— iban a querer tener una casa de acogida a la vista?

—Muy bien, pero no te roces con esa planta, da urticaria. —Eveline dio un respingo y Ethel rio.

Cuando avistaron la casa Ethel soltó un silbido.

—¡Vaya! ¡No me dijiste que veníamos a ver a Scarlett O'Hara! ¡Menuda choza!

—Es bonita, ¿verdad? Ha pertenecido a la familia de la señora Heather durante generaciones. Al fin le han dado un uso en condiciones. —Eveline defendía firmemente que una familia no debía tener una casa con más habitaciones que miembros, le parecía un derroche habiendo tanta necesidad en el mundo—. Vamos. —Tiró suavemente de ella a través de un jardín primorosamente cuidado. Subieron los tres escalones de madera que accedían al porche. Plantas colgadas de bonitos maceteros de macramé, un viejo columpio adornado con alegres cojines colocado en un lateral, una mesita que había vivido tiempos mejores... Era un hermoso lugar, sin dudas.

Eveline hizo sonar la vieja campanilla que hacía las veces de timbre; su sonido era desagradable, pero efectivo. La puerta era doble, como se estilaba en otros tiempos, de madera en una hoja y de tela mosquitera en la otra. Una muchachita de no más de trece años se asomó por detrás de la mosquitera. Al reconocer a Eveline gritó entusiasmada, mientras se apresuraba a abrir.

—¡Eveline! —la chica se arrojó a sus brazos.

—¡Sinead! ¡Mírate, *Si-Si*! ¡Cada día estás más guapa!

—¡Y más gorda! —se quejó. Ethel observó a la chiquilla. Era menuda, con la cara redonda y llena de pecas y el pelo de un rojo intenso, muy corto. Sus ojos negros y saltones reflejaban cierta tristeza, y, desde luego, estaba en un avanzado estado de gestación. Ethel se quedó chocada.

—Mira, esta es Ethel Longfellow —señalando a su amiga sin dejar de abrazar a Sinead. — Esta pelirrojilla es Sinead Siohban O'Brannagh, a la que algunas veces, cuando nos deja, llamamos *Si-Si*. —Sinead abrió los ojos como platos y salió corriendo hacia el interior.

—¡Chicas! ¡Chicas! —gritaba—. ¡La ha traído! ¡Eveline la ha traído! ¡A la cantante! ¡Es guapísima! —voceaba recorriendo el pasillo. Eveline sonreía de oreja a oreja.

—¿No es un amor? Vamos dentro antes de que una docena de embarazadas histéricas vengán corriendo y se pongan de parto a la vez. —Ethel la siguió a través de la casa, que Eveline conocía como la palma de su mano.

—Arriba están los dormitorios. Hay seis literas en los grandes y cuatro en los pequeños.

—¿Literas? ¿Y cómo se las apañan? —preguntó Ethel pensando en el vientre de Sinead. Eveline se encogió de hombros.

—Como pueden. Las menos barrigonas arriba y las otras, abajo. En el piso de abajo están la

cocina, la sala de visitas —continuó—, los talleres y una pequeña sala con una televisión vieja y algunos libros. ¡Ah, y el dormitorio de los niños! La política del refugio es que se queden hasta los dos años, pero la señora Heather no tiene corazón de echarlos hasta que sus madres se colocan, se casan con buenos hombres o vuelven con sus familias, en el caso de que se arrepientan de haberlas echado, claro...

—¿Y si no lo consiguen?

—Pues por eso hay literas... Pero en su mayoría siempre consiguen algo, aunque sea en la otra punta del país, donde no las conoce nadie. Antes de ir a la sala común iremos a ver a la señora Heather. —Cruzaron la casa pasando por la cocina, donde varias chicas trabajaban—. Hacen turnos de cocina, limpieza, guardería... Esto es como una gran familia —explicó Eveline. Llegaron a un patio trasero ocupado casi en su totalidad por un huerto. Una mujer estaba arrancando malas hierbas, de espaldas a ellas, maldiciendo entre dientes.

—¡Ey! ¡Señora H! —la llamó Eveline. La mujer se incorporó y se dio la vuelta. Era una mujer muy alta y esbelta. Se quitó el sombrero y dejó caer una fina trenza de cabello negro con algunas hebras grises; su rostro ovalado le otorgaba cierta elegancia; pequeñas arrugas en los ojos y marcas en las manos delataban que había pasado de los cincuenta, aun así, no tenía un semblante avejentado. Vestía un mono vaquero y una camisa de cuadros como cualquiera que trabajara la tierra o hiciera trabajos manuales. Tan solo los caros pendientes de perlas y las finas pulseras de oro indicaban que no era una simple empleada. Se le iluminó la cara al ver a las muchachas.

—¡Eveline! ¿Cuántas veces te he dicho que no me llames señora H? —la reprendió entre sonrisas, abrazos y efusivos besos. Ethel sonrió; su abuela la besaba así muchas veces. La mujer soltó a Eveline y le dio un cálido abrazo a Ethel.

—¡Y tú debes ser Ethel! ¡Qué ganas tenía de conocerte! Eveline no hace más que hablar de ti... Cuando no está contando una de esas horribles historias de terror, claro. Dios. ¡Eres una belleza! —Ethel se dejó hacer; echaba de menos un abrazo cálido, más de lo que había imaginado.

—¡Encantada, señora Heather! Es un honor estar aquí.

—¡Es más educada que tú, Eveline! ¡A ver si aprendes!

—¿Qué puedo decir? ¡Es una Longfellow! Si no es educada...

—¿Una Longfellow? ¿De Longfellow Corp.?

—Eh... —contestó confusa Ethel—, ¡mi familia es como cualquier otra!

—No, querida, ¡sois los Kennedy de la ganadería! —Ethel se sonrojó.

—No, por favor... Mi familia es muy sencilla, yo no...

—Está bien que seas modesta. ¡A tu edad no es muy saludable tener muchos pajaritos en la cabeza! En fin, vamos dentro. Pronto se servirá el almuerzo y podrás conocer a las chicas.

Mientras la seguían Eveline susurró:

—¿Conoces a los Kennedy? ¡Qué callado te lo tenías, perra!

—Pero ¿qué dices? ¡Yo no conozco a nadie! Esta mujer es un encanto, pero es una exagerada —repuso en el mismo tono.

Siguieron a la señora Heather a una pequeña salita. Encendió un cigarrillo, se sentó en un pequeño sofá y las invitó con un gesto para que la imitaran.

—Bueno, Ethel, por fin te ha convencido para que vengas —dijo amablemente, pero con un ligero tono de reproche. Ethel frunció el ceño, molesta.

—No se puede convencer a nadie para que vaya a un lugar que ni siquiera sabe que existe. — Heather alzó una ceja, incrédula, y miró a Eveline, que se sonrojó ligeramente.

—No quería importarla.

—Bueno, entonces... no sabe de qué va nuestro trabajo, ¿no?

—Eveline me ha comentado algo, sobre que ayuda a chicas descarriadas... —Heather soltó una carcajada.

—Sí, básicamente, eso —dijo divertida.

—¿Cómo empezó en esto, señora Heather? No es la clase de mujer... —Ethel dudó—, no me malinterprete...

—¿Te preguntas cómo una mujer de la llamada alta sociedad termina manchándose las manos? —preguntó amablemente. Ethel asintió.

—Verás... Yo tenía una amiga de la infancia que no era apropiada para mí... Como era una niña, lo dejaron pasar. Pero a medida que crecimos nos fueron separando las convenciones sociales. No obstante, seguíamos siendo amigas a escondidas. Cuando me casé, aquel hijo de perra me pegaba una y otra vez... Pero en mi círculo no estaba bien visto vilipendiar a tu marido. Todos me dieron la espalda: todos menos ella. Curaba mis heridas, me apoyaba y guardaba mi secreto. La quería con locura. Un día, el cabrón de mi marido la descubrió. No quería chusma en su casa, dijo. Solo porque no tenía el apellido adecuado. Se enfureció y empezó a pegarle; yo la quise defender, pero me tiró al suelo y me golpeé la cabeza. Cuando me desperté en un hospital, y tras la reprimenda de mi madre por ser mala esposa, pregunté por ella. «Se ha ido», dijo. Meses más tarde, el hijo de puta, en una borrachera, me dijo que la había violado hasta el desmayo. La dejó embarazada. Cuando se le notó el embarazo, su marido la echó de casa. Murió de una neumonía en la calle. Entonces juré que ninguna chica pasaría por lo que habíamos pasado nosotras. Denuncié a mi marido, pero lo que no me dio la ley de los hombres, porque nadie creyó en mí, me lo otorgó la justicia divina. El cerdo murió de una sobredosis sobre el cuerpo de su amante. Lo heredé todo. —Terminó con una sonrisa maliciosa.

Ethel la miró con los ojos como platos, no se imaginaba que aquella elegante mujer fuera una maltratada.

—No me mires así, chiquilla, ya está superado —comentó haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—¿Y las chicas? —preguntó con genuino interés.

—Ethel... —Eveline reprendió su curiosidad—, no solemos contar demasiado de sus vidas...

—Está bien, Eveline. No pasa nada. —Pareció reflexionar y suspiró—. Sinead pertenece a una familia extremadamente religiosa, católicos acérrimos. En su inocencia, se dejó seducir por su vecino, un donjuán diez años mayor que ella. Murió en Vietnam, dejándola con una falsa promesa de matrimonio. Su padre, al enterarse de su estado, le rapó la cabeza y la echó de casa en plena noche, nevando. Su vecina de noventa años la acogió, pero duró poco: un infarto se la llevó a mejor vida. Sinead intentó llevarla al hospital lo más rápido que pudo, pero era demasiado tarde. En la sala de espera, desolada y sola, conoció al agente Lewis que había ido a visitar a una víctima de un tiroteo. Lewis es nuestro ángel de la guarda particular, él nos la trajo. También está Christina: su padre abusaba de ella y su madre los encontró juntos. La echó de casa llamándola puta...

—Su hijo no será... —preguntó Ethel escandalizada. Heather negó.

—La violaron tres hombres en la calle: no sabe si su hijo será blanco o negro. Elisabeth —continuó—, era vendida por horas por su hermano mayor a sus amigos. A Esther solo la dejó el novio: es analfabeta, sin recursos ni familia, es de las más afortunadas. Marisa, Jane y Támara son hijas ilegítimas que hay que esconder, y también fueron seducidas. Las hermanas Grimm son cuatro: putas por hambre. La más pequeña, exdrogadicta...

—¡Basta! Pillo la idea. —Ethel no pudo soportar más miserias.

La señora Heather y Eveline suspiraron y se miraron la una a la otra. Su mirada decía: «esto solo es la punta del iceberg».

—¡En fin! ¡Vamos a comer con las chicas y les cuentas un poco de ti! Es todo un honor tener aquí una celebridad —zanjó la señora Heather.

—Señora Heather, no sé qué le habrá contado Eveline sobre mí, pero seguro que ha exagerado. ¡Es una mentirosa redomada! —dijo divertida. La señora Heather rio a carcajadas y Eveline le lanzó un cojín del sofá que esquivó diestramente.

El comedor era luminoso. Una gran mesa formada por tablones y caballetes ocupaba el centro de la estancia. La cubría un bonito mantel de lino que había vivido tiempos mejores y decenas de sillas desparejadas se alineaban a su alrededor. El conjunto resultaba bastante coqueto: era una estancia muy femenina pero no cursi.

Sonó una campanilla y una docena de chicas salieron de distintas estancias para sentarse a la mesa, mientras otras tantas, ataviadas con delantales, preparaban la mesa y traían fuentes y platos de comida.

Ethel las observó: era un grupo variopinto de muchachas, desde los trece o catorce años, hasta una que parecía pasar de la treintena. En su mayoría eran embarazadas o madres con bebés o niños pequeños a cuestas, que iban acomodando en un parque de juegos. Le llamó la atención que los pequeños no lloraran, ni hicieran ruido, como si supieran que aquel era el momento de sus madres. Aunque en su mayoría parecían gozar de buena salud, algunas aún estaban demacradas. Ethel no pudo evitar observar los estragos de las drogas en algunas de ellas; los conocía a través de conocidos de Marcus, pero aquello nunca la había impactado tanto como hasta aquel momento. Sintió escalofríos al darse cuenta de que podría haber sido una de ellas...

La señora Heather carraspeó para llamar la atención de los presentes.

—¡Chicas! ¡Dejad una de las cabeceras para nuestra invitada! —Todas sonrieron alegres y obedecieron. Ethel, un poco cohibida, se sentó. A su derecha estaba Eveline y a su izquierda Sinead, que la miraba embobada. Cuando los platos estuvieron colocados y las últimas chicas se sentaron, se hizo un silencio sepulcral. Cruzaron las manos y cerraron los ojos. La señora Heather bendijo la mesa con voz profunda y autoritaria; a Ethel le recordó a su madre y a su abuela. Sonrió.

—¿Qué te hace tanta gracia, pija? —dijo despectivamente la treintañera.

—¡Lorain! —la increparon una docena de voces a la vez. Ethel, a pesar del azoramiento, no se amilanó.

—Hum... ¿pija? ¡Vaya! Me juzgas sin conocerme: pensé que aquí eso no se estilaba, pero veo que aquí también hay prejuicios ¡Esa ensalada tiene una pinta estupenda! —Todas rieron y Lorain se sonrojó.

—Lo siento —murmuró.

—¿Me pasas la sal? —le preguntó Ethel, quitándole hierro al asunto. Lorain sonrió y se la pasó.

La señora Heather estaba asombrada: Lorain era un hueso duro de roer. Eveline la miró y gesticuló un silencioso «te lo dije».

—¡Ethel! ¿Por qué no nos hablas de ti? —preguntó entusiasmada Sinead.

—No sé... ¿Qué quieres saber?

—¿Dónde te criaste?

—¿Tienes novio?

—¿Amante?

—¿Desde cuándo cantas?

—¿Qué hay que hacer para ser cantante?

Todas las chicas lanzaron sus preguntas a la vez y ella se rio.

—Me crie en una granja, no tengo novio... de momento —dijo con voz rara—, pero espero que no se me escape para la próxima. —Todas se rieron—. Y sois muy jóvenes para saber si he tenido amantes.

—¡Pero si estamos embarazadas! —gritó una. Y todas volvieron a reír.

—Pues entonces, digamos que no es de vuestra incumbencia, ¡cotillas! —Las risas aumentaron hasta convertirse en carcajadas.

—¿Y para ser cantante?

—Presentarte a un concurso y tocar la armónica. ¡Ah, y que el resto cante peor que tú! La señora Heather se secaba las lágrimas de la risa y todas las embarazadas se agarraban el vientre para aliviar los temblores de sus carcajadas.

Ethel pasó una tarde estupenda junto a las chicas, compartiendo confidencias. Se sintió tan a gusto que prometió volver a menudo.

De vuelta a casa en el autobús, se sintió feliz después de mucho tiempo. Abrazó a Eveline.

—Gracias —susurró. Eveline le devolvió el abrazo sonriendo, pero no dijo nada.

6. Mike, en algún lugar de la selva vietnamita, febrero de 1968

El estado de semiinconsciencia dejó a Mike desorientado. No sabía dónde estaba, solo que estaban en movimiento, a juzgar por el traqueteo del carro que lo transportaba. Le dolía todo: las piernas, los brazos, la cabeza... Y la espalda le ardía. El escozor era insoportable y la fiebre le provocaba convulsiones.

Oyó gritos. No entendía aquellas palabras, pero imaginó que eran improperios, a juzgar por el tono, y que iban dirigidos a él. Parecía que varias personas discutían acaloradamente, pero las ignoró. Solo quería dormir, pero le resultaba imposible entre tanto griterío.

De repente, una voz femenina que le resultaba conocida le obligó a abrir los ojos. Allí, a pocos metros del carro, estaba Thuy. Tenía una expresión extraña, como si llevase una máscara, y no parecía tan dulce como siempre; su mirada era dura y fría. Tenía la cara sucia, las ropas arrugadas y sudadas y una venda cochambrosa, manchada de sangre, le cruzaba la frente. Un fusil colgado a la espalda le daba un aire amenazante.

Mike se estremeció: era una versión de Thuy totalmente opuesta a la que conocía.

—Thuy... —dijo con voz rasposa. Ella le miró con asco, se puso a su altura en un par de zancadas y le cruzó la cara de un bofetón.

—¡Calla, cerdo! —Mike sintió cómo su oído estallaba y perdió de nuevo el conocimiento.

Cuando despertó, estaba encerrado en una jaula de bambú; era tan pequeña que solo podía permanecer sentado. Sus muñecas estaban ensangrentadas por el roce del cáñamo de la cuerda que lo maniataba. Aquellas cuerdas, y el dolor que lo atenazaba, le impedían mover ni un solo músculo. Sentía náuseas y todo le daba vueltas, pero hizo de tripas corazón e intentó observar a su alrededor: parecía que estaba en una pequeña aldea. Varias cabañas de madera y paja rodeaban a una principal, de mejor construcción. La que parecía la plaza del poblado estaba llena de jaulas iguales a la suya, pero vacías. De pronto, unos gritos desgarradores surgieron de la casa principal: aullidos lastimosos que se enredaban con lo que imaginó que eran chasquidos de látigo; discusiones, más quejidos suplicantes y preguntas en un inglés pobre... Y de nuevo aquellos gemidos desesperados de un hombre al que parecía írsele la vida... Y después de un último golpe, el silencio. No duró mucho: enseguida volvieron las discusiones, esta vez en vietnamita. Por la puerta, un guerrillero salió disparado tras recibir una patada de su superior: se levantó en actitud sumisa, pidiendo perdón con continuas reverencias. Inmediatamente detrás apareció un teniente, un tipo menudo y mal encarado. Miró al guerrillero fríamente y, con desprecio, le tiró el cigarrillo que colgaba de sus labios. Mirándolo con asco, le escupió y le increpó; fue una sola palabra, concisa y cortante, pero que Mike reconoció: le había llamado estúpido o algo similar. El oficial entró de nuevo en la casa y Mike le oyó lanzar una orden. No tardaron en aparecer cuatro hombres que arrastraban un cuerpo: era un marine americano... Estaba muerto. Observó horrorizado como tiraban de él, atravesando la plaza. El destino de aquel guiñapo le heló la sangre: lo arrojaron sobre un montón de otros cuerpos, en el que no había reparado antes. Una montaña de cadáveres de soldados americanos, algunos en avanzado estado de descomposición... Yacían apilados junto a un árbol, comidos por las moscas y los gusanos...

De pronto fue consciente de la situación: un olor nauseabundo que no había notado lo invadió, y no pudo contenerse: simplemente vomitó.

No supo cuánto tiempo estuvo enjaulado. Su cuerpo estaba tan entumecido que ya no sentía dolor, solo una sensación de acartonamiento... hasta que abrieron la jaula y lo sacaron a rastras: entonces sintió miles de agujas que lo atravesaban. Sus miembros apenas respondían y no se tenía en pie. Lo llevaron a la cabaña casi en volandas.

Estaba aterrizado, pero se juró que no iba a darles a aquellos cabrones la satisfacción de verle asustado; apretó la mandíbula y no emitió ni un solo sonido. Una vez dentro, abrió los ojos como platos, sorprendido: ¡aquello era una sala de tortura en toda regla! Mesas con todo tipo de cuchillos, ganchos, alambre de espino, cuerdas de todas clases y muchos otros utensilios que no reconoció, pero que no auguraban nada bueno. Una gran mancha de sangre hacía las veces de grotesca alfombra. Le asqueó aquel olor a sudor, a carne quemada, a sangre podrida y a una especie de incienso dulzón... Supuso que pretendían que aquello enmascarara el hedor de la habitación, pero producía el efecto contrario. En medio de la estancia, colgada de la viga central, una gruesa sogá se movía como un péndulo, amenazante.

Con un gesto seco y conciso, el teniente indicó a los hombres que pusieran a Mike en el centro de la sala, justo debajo de la cuerda. Se la ataron alrededor del pecho, por debajo de las axilas y tiraron de él, de manera que sus brazos cayeron laxos hacía delante. Un segundo tirón lo suspendió en el aire, con las puntas de los pies en el suelo. A pesar de sus esfuerzos por no demostrar debilidad. Aquel movimiento basculante no ayudaba a su maltrecho cuerpo, y, ahora sí, gimió de dolor.

—¿Doler mucho? —preguntó con voz rasposa su captor—. Doler menos cuando tú hablar —dijo con una sonrisa sádica—. ¿Nombre?

—Michael Elliot Rodney. Sargento del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos. ¡Y es lo único que voy a decir, perro! —consiguió articular con gran dificultad.

No vio venir el bofetón que le hizo balancearse dolorosamente. De no haber estado atado, habría caído al suelo. Un hilo de sangre fluyó por la comisura derecha de sus labios.

—No creer, sargento. Tú decir lo que yo preguntar.

—Nunca —dijo escupiendo sangre y ganándose otro bofetón.

Una mujer interrumpió la escena. Era Thuy. Mike la miró con odio, pero ella no se inmutó. Se acercó al teniente, le dijo algo al oído y el oficial asintió de mala gana. Thuy cogió una vara de bambú y se acercó con movimientos felinos a Mike.

—Hola, Mike. Yo contenta de volver a ver tu culo bonito —dijo con voz fría.

—Siento no poder decir lo mismo, puta.

No pudo sentir más que odio. Thuy no parecía siquiera reaccionar a sus insultos... pero si Mike no hubiera estado tan maltrecho, hubiera percibido un atisbo de dolor en los ojos de la mujer.

—Basta de saludos bonitos —ironizó—. Ellos querer saber cuándo atacar vosotros otra vez y dónde.

—¿Estás loca? ¿Crees que voy a decir una sola palabra?

—¡Tú hablar! —gritó ella golpeándolo con la vara en un brazo. Mike gritó de dolor.

—¡Hija de puta! ¡Es lo único que te diré! —Las palabras brotaron de su boca con profundo rencor. Le escupió a la cara, pero ella ni si quiera pestañeó. Se limpió la saliva ensangrentada con el dorso de la mano; su mirada era totalmente inexpresiva.

—¡No repetir! ¡Tú hablar! —Volvió a golpearlo varias veces con la vara—. Mike se mordió los labios hasta hacerlos sangrar. «Que me aspen si grito», pensó.

—¡No!

Thuy sonrió con orgullo, como si hubiera previsto aquella reacción. Se acercó a la mesa y escogió un cuchillo. Muy despacio, se acercó a Mike: de un tirón rompió su chaquetilla, haciendo saltar los botones, y cortó su camiseta. Mike la miró con malicia. —Si eso era lo que querías, me lo podías haber pedido antes... No hubiera sido la primera vez que te hago ese tipo de favor. Aunque pensándolo bien, no te metería la polla ni muerto. ¡A saber qué tienes pegado ahí abajo! No eres como ella... —Mike se odió en ese preciso instante. Aquel comentario era un insulto a la memoria de Chau.

La mujer reaccionó con furia, propinándole un puñetazo en la nariz.

Las lágrimas le impidieron a Mike ver como Thuy intentaba contener las suyas.

—¡Gilipollas! —le gritó. Lo agarró de la cinturilla y lo atrajo hacia ella. Con un movimiento seguro acercó el cuchillo al pecho de Mike y, apretándolo contra su piel, deslizó el filo... No era más que un corte superficial. Thuy se acercó a su oído y susurró—: ¡Desmáyte para que pueda sacarte de aquí! —Mike no se dio cuenta de que había hablado perfectamente, sin apenas acento.

—¿Qué dices, loca? —contestó en el mismo tono.

—Desmáyte o morirás, por favor. Haz como si hubieras perdido el conocimiento —insistió cada vez más nerviosa.

—No me fío de ti, arpía.

—Hazlo, por favor —insistió atormentada—. Si no es por mí, por la memoria de Chau, por mi niña. —A Mike le dio un vuelco al corazón al oírle nombrar a su hija, pero, aun así, se negó. Podía ser una trampa. Thuy lo miró fijamente, irritada.

—Tú lo has querido —suspiró irritada y soltó la cuerda bruscamente. Cuando Mike cayó al suelo, le pateó la cabeza.

Era noche cerrada cuando lo despertaron con un cubo de agua helada; gritó sorprendido, pero una mano le tapó la boca.

—Shh —le riñó Thuy—. No hagas ruido, no tenemos tiempo. —Se pasó el brazo de Mike por los hombros y con una fuerza inimaginable en aquel cuerpo tan menudo, lo puso en pie y lo arrastró hasta la selva cerrada—. Ayúdame a ayudarte —susurró—. Tienes que correr conmigo; yo no puedo llevarte a cuestas, solo puedo sostenerte.

Mike estaba confuso.

—¿Qué haces, Thuy?

—Ayudarte —dijo.

—Ah, ¿sí? Pues no lo parece después de haberme golpeado y cortado como si fuera un salami.

—¡Tuve que hacerlo! ¡Hubieran sospechado de mí si no lo hubiera hecho! Además, eran cortes pequeños... y algunos golpes en el brazo... ¡no es para tanto!

—Pero no lo entiendo... ¡Mírate! De repente sabes hablar correctamente...

—No hay tiempo para explicaciones, ¡corre!

—Puedo correr... bueno, más o menos, mientras me cuentas qué está pasando. —Thuy suspiró resignada.

—Te sacaron del río, el Vietcom. Querían matarte, pero yo lo he impedido: soy agente doble —dijo, casi telegráficamente. Él alzó una ceja interrogante, pero Thuy apretó los labios y negó con la cabeza; no pensaba darle más información. Luego susurró—: No puedo contar más, lo siento. ¡Vamos!

—Está bien, ¿dónde vamos? —se rindió Mike. De todos modos, pensó, no podría salir vivo de allí sin ayuda.

—Al río. Allí te espera una barca que te llevará al hospital militar de campaña.

—Thuy... Ni siquiera sé dónde estoy; no sé si debo ir río arriba, o río abajo... —Ella puso los ojos en blanco. Aquel día su protegido no estaba muy espabilado, pero no pudo culparle después de la paliza que llevaba en el cuerpo.

—Ellos te llevarán. ¡Corre! ¡Antes de que se den cuenta!

Después de correr con grandes dificultades a través de la selva, llegaron por fin a la ribera del río. Mike se apoyó en un árbol, casi desmayado. La fiebre, el esfuerzo y las heridas le habían debilitado terriblemente. Thuy silbó, imitando a un pájaro: la respuesta, un silbido similar, no tardó en llegar, y casi inmediatamente, apareció un individuo de entre la maleza. Thuy y el recién llegado iniciaron una discusión entre susurros y gestos enérgicos.

—¡Thuy! ¿Qué haces? —siseó Mike.

—¡Calla! Estamos discutiendo el precio —contestó secamente. Por fin parecieron ponerse de acuerdo. Thuy tomó entonces la mano del hombre y se lo llevó aparte, detrás de unos arbustos.

—¡Thuy, no! —protestó Mike al entender cuál era el precio que debería pagar la mujer por salvarle. Intentó arrastrarse para impedirlo.

—¡Mike, no te metas en esto! No lo hago por ti, lo hago por Chau: ella no hubiera querido verte muerto. —Él golpeó la tierra con los puños, impotente.

Durante un rato que se le hizo eterno, oyó sus gemidos, mezclados con los sonidos de la selva. Estaba profundamente avergonzado. Por fin, salieron de su escondite, colocándose la ropa apresuradamente. El hombre levantó a Mike de mala manera y lo tiró dentro de una barcaza con motor, pero no lo encendió. Thuy se metió en el agua para empujar un poco la embarcación. Mike le cogió de las manos y se las besó.

—Gracias, te debo la vida. —Ella negó con la cara, y rompió a llorar.

—Vete ya —susurró.

La barcaza empezó a moverse lentamente.

Thuy volvió a la orilla y recogió la bolsa y el fusil que había dejado junto al árbol donde había estado apoyado Mike.

En aquel preciso instante, se oyeron tiros. Thuy se arrodilló y empezó a disparar.

—¡Debéis alejaros más o llegarán a tiempo de atraparos! —les gritó desde la orilla—. ¡Yo os cubro!

—¡Thuy, no! ¡Vuelve! ¡Huye con nosotros!

—¡*Chie Chie*, arranca! ¡Ya no importa que te oigan! —El hombre encendió el motor y la barcaza se empezó a alejar rápidamente. Antes de alcanzar el primer recodo, Mike pudo ver cómo Thuy era alcanzada en la cabeza. Cayó fulminada.

—¡Thuy! —gritó Mike. Ya no podía hacer nada por ella y, extenuado, se desplomó en el suelo de la barca.

Se despertó entre un agradable rumor de voces femeninas e identificó inmediatamente aquel olor a limpio: estaba en un hospital.

Sintió un inmenso alivio. ¡Lo había conseguido!

Abrió los ojos poco a poco, pesadamente, y parpadeó ante la luz que se filtraba por una de las ventanas.

Se miró a sí mismo: estaba cubierto de vendas y de su gotero colgaban varios tubos. Sentía el cuerpo dolorido pero adormecido, e imaginó que lo habían sedado.

La habitación era totalmente blanca y la cama contigua a la suya permanecía vacía; junto a la ventana había una mesa con un ramo de flores y cerca de la mesa, un sillón con una manta fina sobre el reposabrazos, y un periódico deportivo sobre el asiento.

La puerta estaba entreabierta. Fuera, algunas enfermeras hablaban en voz queda. Se sintió sediento. Carraspeó.

—Agua —intentó decir, pero solo consiguió emitir un ligero gruñido.

Las enfermeras, alarmadas, se dispersaron de inmediato; todas menos una, que entró apresuradamente en la habitación de Mike. Rebuscó en el bolsillo de su bata, sacó una linterna y se acercó solícita a la cama.

—¿Sargento Rodney? —preguntó suavemente, mientras examinaba sus pupilas—. Veo que se ha despertado. ¡Es una gran noticia! —Mike parpadeó.

Observó a la mujer: era morena y menuda y tenía una sonrisa muy agradable. Su cara redondeada no aparentaba más de treinta años, pero sus manos indicaban que era mayor.

—Tengo sed, enfermera...

—Swayze, Patricia Swayze. Pero puede llamarme Patricia —se presentó amablemente, mientras le acercaba un vaso—. Despacio, muy despacio. Y solo un par de sorbos.

—¿Dónde estoy? —Señaló las vendas—. ¿Estoy muy jodido? —La enfermera sonrió con confianza.

—El doctor vendrá a verlo enseguida; estamos un poco desbordados. Yo le atenderé de momento. Está usted en el centro médico Walter Red, en Maryland.

—¿Maryland? ¿Estoy en los Estados Unidos? —Ella lo miró divertida, mientras le tomaba la tensión y comprobaba sus reflejos.

—¿Representa un problema para usted?

—¡Para nada!

—Muy bien. Ha tenido un despertar estupendo, sargento. Ahora iré a buscar al doctor y a avisar a su amigo.

—¿Amigo?

—Sí, un muchacho muy agradable que no se ha separado de usted las dos últimas semanas. —Y salió con paso elegante. Mike frunció el ceño, no entendía nada.

Unos veinte minutos más tarde, la enfermera volvió acompañada del médico. Era calvo, con una espesa barba blanca y extremadamente delgado; su bata necesitaba urgentemente un planchado y las ojeras, profundas, rodeaban sus ojos. Le sonrió mientras abría una carpetilla que Mike supuso que era su historial.

—Sargento Rodney, soy el doctor Svenson. Nos alegra que se haya despertado; nos tenía un poco preocupados. —Mike esperaba pacientemente el diagnóstico—. Cuando le encontraron, le trasladaron inmediatamente desde la zona de conflicto a nuestro centro, eso le salvó la vida. Tiene usted tres costillas rotas, el brazo izquierdo fracturado también, una contusión en la cabeza, politraumatismos en los pies, abrasiones y cortes en los brazos, una rótula dañada y quemaduras en el setenta y cinco por ciento de la espalda. Esto provocó una infección en la sangre, que es la que nos ha tenido en vela los últimos días; en cuanto la tengamos controlada, solo será cuestión de tiempo que las heridas sanen. Eso sí, me temo que estará dolorido una temporada. Aún es pronto para saber si el problema de la rótula le dejará una ligera cojera... y las quemaduras de la espalda le dejarán una bonita cicatriz. —Terminó su monólogo precipitadamente y miró su reloj—. Siento tener que dejarle, pero tengo más pacientes que atender. Le dejo en las buenas manos de la enfermera Swayze. —Y salió sin más, ante la mirada atónita de Mike.

—¿Siempre se va así? —La enfermera sonrió.

—No se lo tenga en cuenta, tiene mucho trabajo y quiere hacerlo lo mejor posible. Sacrifica la simpatía y aprovecha el tiempo para atender al mayor número de pacientes. ¡Es un gran médico! —le defendió vehementemente. Mike se ruborizó un poco, sintiéndose culpable. Se había sentido tan solo que solo quería un poco de atención. La enfermera pareció notarlo y le apretó ligeramente la mano—. No se preocupe, yo estoy aquí para atenderle. Además, su amigo Rory no se ha separado de usted ni un minuto, y una señora muy elegante ha venido un par de veces a verle... Incluso le ha traído flores.

—¿Rory está aquí? —ignorando el hecho de que no tenía ni idea de quién podía ser la mujer que le visitaba. La alegría que sintió al saber que su amigo estaba bien y que venía a verle, no tenía precio. Se había incorporado un poco y el dolor en las costillas le dejó sin aliento.

—¡Eh, tranquilo, muchacho! —le riñó suavemente la enfermera, empujándolo con delicadeza hacia la cama—. Está mucho mejor, pero aún se lo tiene que tomar con calma. —Lo miró, examinando la situación. Su expresión pasó de divertida y amable a concentrada y profesional—. Voy a quitarle algunos aparatos, ya que está despierto; le daremos la medicación por vía oral, es bueno que trabaje el estómago. Esta noche probaremos a darle algo de cena. —El rostro de Mike se iluminó—. No ponga esa cara, no espere nada parecido a un bistec con patatas.

—Aguafiestas —murmuró decepcionado, frunciendo el ceño como un niño al que le han quitado su juguete.

—¿Cómo? —se hizo la indignada, aunque en el fondo estaba aguantando la risa al ver esa cara enfurruñada. Parecía tan joven... Nadie diría que a aquel muchacho se le consideraba ya un veterano de guerra. Mike, al ver su expresión seria, sintió como si la profesora de primaria lo hubiera cogido en falta.

—Lo siento. —Ella ya no pudo más y explotó en una sonora carcajada. Mike se relajó cuando se dio cuenta de que le había tomado el pelo y sonrió de oreja a oreja. Patricia le caía bien... La observó con más detenimiento: era rellenita, sin llegar a ser gorda ni mucho menos y de busto generoso; el uniforme blanco le sentaba como un guante; unas medias blancas imaculadas mostraban unas piernas preciosas y unos tobillos delgados. Una cofia almidonada recogía un bonito pelo negro con algunas hebras plateadas en las patillas: si no fuera por aquello, se podría decir que parecía bastante joven... La verdad es que apenas tenía arrugas en los ojos y tan solo algunas líneas de expresión estaban un poco más marcadas, pero algo le decía que ya debía haber pasado los treinta y cinco.

—¿Veredicto? —preguntó divertida. Mike se sonrojó al darse cuenta de que lo había pillado mirándola de arriba abajo. Ella le dio unos golpecitos en las manos—. Tranquilo, solo bromeaba. Ahora, necesito que se relaje para lo que voy a hacer. —Y sin dejar de mirarle a los ojos y de sonreírle, con un movimiento rápido y preciso, le quitó la sonda—. ¿A que no se ha enterado? —dijo mostrándosela. Él se rio: la naturalidad con la que ella le había enseñado aquella desagradable bolsa le pareció divertida.

—No, para nada —respondió amablemente. Ella asintió y se puso seria.

—Bien, sargento Rodney...

—Mike. Y tutéame, por favor. No soy tan viejo.

—Está bien —asintió, conforme—. Mike, entonces. Te he quitado la sonda y el gotero. Tendrás que ir al baño por tu cuenta, al no llevar la sonda, así que avísanos cada vez que lo necesites, sin ningún reparo. Si aguantas, sería contraproducente: puede generar una infección. Sé que estás vendado hasta arriba, pero no estás inmovilizado, ni atado. Debes moverte poco a poco:

los músculos necesitan movilidad para no atrofiarse. Debemos evitar llagas y coágulos y controlaremos la fiebre cada dos horas. —Un termómetro salido de la nada apareció en la axila de Mike. Mientras lo miraba, la enfermera se había puesto un estetoscopio y había colocado un tensiómetro en el brazo izquierdo de Mike. Aquellos movimientos precisos y profesionales tranquilizaron a Mike, que, en un principio, había pensado que le había tocado una enfermera un poco loca. Estaba claro que sabía lo que hacía—. Hum... un poco alta: nada de sal en una temporada —dijo sin mirarle a los ojos y sin apartar la vista de su fino reloj de pulsera.

—¿Sin bistec y sin sal? Van a terminar el trabajo que los Charlies dejaron a medias.

Ella rio con ganas.

—Eres joven y fuerte: tu calvario no durará demasiado, me temo —dijo mientras le quitaba el tensiómetro—. En fin, tengo que dejarte para seguir con la ronda, no eres el único soldado guapo al que debo atender —le dijo guiñándole un ojo. Él se rio con ganas: al menos no le había tocado una matrona vieja y antipática como la enfermera del colegio. Una vez en la puerta, Patricia se giró—. Si necesitas algo, toca el timbre. Volveré a tomarte la temperatura en poco más de una hora. Tu amigo no tardará en llegar: le llamamos por megafonía hace una media hora y no suele alejarse demasiado; siempre ronda por la cafetería, la sala de televisión o el patio cuando quiere relajarse un poco. —Después dijo, con una mirada de duda—: si quieres que avise a alguien más... —se mordió el labio inferior, pero añadió—: En tu ficha personal no hay mucha información...

—No es necesario, pero muchas gracias, Patricia —le dijo sinceramente. Ella sonrió.

—Es mi trabajo. Te veo luego. —Y salió, cerrando la puerta.

Aquel torbellino de enfermera dejó un vacío al salir. El silencio se le hizo raro; miró a su alrededor... No tenía nada que hacer, en realidad apenas podía hacer nada... Se dejó caer en la almohada y se perdió en sus pensamientos.

Mike se estaba adormeciendo cuando la puerta de abrió de golpe.

—¡Ya era hora, bello durmiente! ¡Estaba harto de estar *sentao* en ese maldito sillón, sin hacer *ná*, viendo cómo roncabas! —dijo alegremente Rory, mientras entraba cojeando en la habitación.

—¡Nadie te ha pedido que te sentaras, paletto! —le contestó Mike divertido. Rory se acercó a la cama sonriendo.

—¡Qué mala pinta tienes, chaval! ¡Por una vez en tu *vía*, no tienes una cara bonita *pa* presumir! —Después de las divertidas pullas, se miraron a los ojos sin decirse nada más, dejando de sonreír. Solo se observaban el uno al otro; ambos rompieron a llorar a la vez, emocionados por reencontrarse... vivos. Rory le abrazó suavemente. Mike sintió el amor fraternal de su amigo y dejó caer su frente sobre su hombro. Lo habían conseguido, bien sabía Dios que lo habían conseguido.

—*M'alegro* de que estés vivo, hermano.

Después de un rato en silencio, Mike suspiró.

—Cuéntame. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Cómo has llegado tú? —la cara de Rory se ensombreció.

—Me trasladaron a este hospital hecho cisco, he *estao tó* el tiempo aquí desde entonces; me destrozaron la pierna y no *la' recuperao*, me quedaré cojo de por *vía*...—dijo con un tono entre triste y furioso—. Cuando me iban a dar el alta, vi que te traían por los pasillos hasta urgencias. No te hubiera *reconocío* ni de coña, estabas *mu* maltrecho, pero alguien gritó tu nombre: una enfermera o un médico, ni siquiera lo recuerdo... y me quedé. —Mike sintió una gratitud enorme

hacia su amigo, habría sido muy triste haberse encontrado solo al despertar—. ¿Cómo llegaste aquí? La verdad es que no sé qué decirte.

—A eso puedo contestar yo. —Un hombre uniformado había entrado en la habitación mientras hablaban, sin que los dos amigos se hubieran dado cuenta de ello—. Sargento Rodney, soy el capitán William Silverstone, del Gabinete de Reclutamiento del Estado Mayor de la Defensa. —Rory se puso firme con movimientos torpes. El capitán sonrió y con un gesto hizo que se sentara.

—Capitán —le saludó Mike solemnemente, desde la cama—, le agradecería que me contara cómo llegué hasta aquí.

—Para eso he venido, pedí que me avisaran cuando despertase. —Sacó unas gafas de leer de cerca y se las colocó; tenía unas notas en la mano que revisó de una ojeada—. Después de desaparecer, alguien le ayudó a llegar hasta el hospital de campaña. —Mike apretó los labios, recordando con pesar a Thuy—. Dado su lamentable estado, fue evacuado hasta aquí. Desde entonces, hemos estado pendientes de su estado de salud; le dejaremos que se recupere, por supuesto —dijo en tono condescendiente—. Todo el tiempo que necesite —añadió con énfasis, como si Mike no tuviera algún motivo para fiarse de su palabra—, hasta que pueda hacer un informe completo de lo ocurrido. Es importante que conozcamos todos los detalles: con quién se puso en contacto, qué lugares vio en su cautiverio... Usted sabe de sobra cómo va el asunto. Después de ello, se le licenciará con honores. —Rory silbó admirado.

—No creo que merezca tal honor —contestó Mike humildemente.

—Sargento, nos consta por fuentes confidenciales que fue torturado y que no habló de nada comprometedor con el enemigo; también sabemos que mantuvo su posición hasta nueva orden, repeliendo al enemigo en la batalla de Hue. Su comportamiento siempre ha sido ejemplar para con sus superiores y subordinados. Estamos al tanto de todas las incursiones en las que ha participado y su conducta siempre ha sido impecable.

—Yo solo quise sobrevivir...

—Y gracias a ello, muchos más pudieron hacerlo. Sargento, no discuta, ¿está claro?

—¡Sí, mi capitán!

—Lo dicho, sargento. Antes de salir del hospital, póngase en contacto con nosotros —dijo entregándole una tarjeta—. Y, si necesita algo, háganoslo saber. Me han informado de que su compañero —hizo un gesto hacia Rory— le ha estado haciendo compañía, lo cual es muy loable, pero... a riesgo de ser indiscreto, voy a preguntarle algo: ¿no tiene ningún familiar? En su ficha personal, en el apartado de avisos, no consta ninguna información...

—Lo sé, mi capitán. Tengo un tío, pero es mayor y está enfermo. No quiero preocuparle demasiado, por eso no rellené esa parte del formulario.

—Entiendo. Pues si me permite un consejo, búsquese novia y cátese. No es bueno que un buen hombre como usted esté solo: se echaría a perder.

—Lo tendré en cuenta, mi capitán.

—Bien. En fin, he de marcharme ya. Espero noticias tuyas, sargento. —Mike asintió.

Se estrecharon la mano.

En el preciso momento en el que el capitán se disponía a abandonar la habitación, entró Patricia con el termómetro en la mano. Miró al oficial de arriba abajo al cruzarse con él. Sonrió y se dirigió a la cama de Mike.

—¡Vaya! ¡Lo que más me gusta de este trabajo es la de chicos guapos que veo! Ese que salía era un capitán, ¿no? Es un madurito muy interesante —dijo con un mohín coqueto. Rory se rio.

—¡Ey, Rory! ¡No te había visto! ¡Me alegra que nuestro paciente esté acompañado! —Sin

mirar a Mike sacudió el termómetro antes de colocárselo en la axila—. ¿Sabemos algo más de la dama misteriosa?

—No, *ná*. No ha vuelto a venir.

—¿No se ha presentado?

—No. Las dos o tres veces que ha *veníó* ha dicho que es su tía.

—¿De quién habláis? —interrumpió Mike.

—Shh, tú calla, no se te vaya a caer el termómetro. —Mike alzó una ceja, incrédulo, y Rory soltó una carcajada.

—Pues vaya misterio, tú me has dicho que él no tiene tías...

—Según él. Yo no conozco a su familia, en realidad.

—¡Eh! ¡Que estoy aquí! —volvió a interrumpir Mike. Le empezaba a fastidiar que hicieran como si no estuviera delante.

—Está bien, ¿tienes tías? —le preguntó ella.

—¡No! ¿Alguno de los dos me va a explicar de qué habláis? —Ella se encogió de hombros, quitándole el termómetro y mirándolo a contraluz. Sonrió abiertamente.

—¡Perfecto! ¡Apenas tienes fiebre! Volveré a la hora de la cena —comentó, ignorándolo.

—¿Pero...?

—Rory, ¿serías tan amable de contárselo a tu amigo? Al fin y al cabo, es contigo con quien ella ha hablado. Me voy, tengo trabajo —dijo con voz dulce, palmeando suavemente la pierna de Mike. Y con sus característicos andares elegantes abandonó el cuarto, sin que Rory le quitara la vista de encima, embobado.

—¿No es algo mayor para ti? —preguntó Mike divertido.

—Me lleva unos doce años —dijo sin dejar de mirar hacia la puerta. Mike silbó e hizo los cálculos mentalmente: tendría unos treinta y siete años, que no aparentaba en absoluto—. Si no, no se me escapaba... Y, aun así, quizás me lo piense. Si averiguo que no está *casá*, claro, porque no suelta prenda sobre *ná* de su vida —dijo guiñándole un ojo a Mike, que rompió a reír.

—Aunque tuviera veinte menos... ¡Esa es mucha hembra para ti! ¡No sabrías por dónde empezar! —Rory se sonrojó—. Bueno, ahora cuéntame qué es eso de la dama misteriosa.

—Pues *ná*, una mañana vine a verte y aquí había una mujer de unos cincuenta y tantos años que se presentó como tu tía. Vino alguna vez más. No se quedaba mucho tiempo y apenas hablaba. Ella fue la que te trajo el ramo —indicó, señalando con la cabeza hacia la mesa donde estaba el jarrón—. Era muy *educá*, con clase; lo que en mi pueblo dirían que es una gran dama.

—No tengo ni idea de quién puede ser. —Mike estaba cada vez más desconcertado—. ¿Qué aspecto tenía?

—Pues no sé decirte... Alta, bien *parecía*, con gusto... De más joven tuvo que ser un bellezón. Pelo negro, con canas, pero *arreglao*... Llevaba un *peinao* de esos que necesitan dos litros de laca.

—Joder, ¡vaya intriga! No tengo ni puta idea de quién es. —Rory se encogió de hombros; si no lo sabía Mike, mucho menos él.

—Dijo que volvería.

—Pues habrá que esperar —suspiró Mike—. Ahora quiero dormir, colega; estoy como si me hubieran dado una paliza.

Su amigo rio entre dientes.

—Claro, Mike. Yo estaré aquí cuando despiertes. Aprovecharé para ir a comer algo decente. Te veo luego.

—Gracias por estar aquí amigo —le dijo antes que saliera.

Pasaron algunos días. La mejoría de Mike era evidente: ya podía bajarse de la cama y estar unas horas en el sillón. Rory apenas se separaba de él. Mike no quiso insistir en que se tomará un descanso, porque sabía que se sentía solo.

Una mañana —Rory había salido a buscar un café y Mike estaba sentado en el sillón, leyendo —, unos tacones resonaron en el pasillo. Mike, enfrascado en su lectura, no los oyó; tampoco se dio cuenta de que alguien llamaba quedamente a la puerta y entraba. Una voz de mujer que le resultó familiar, le llamó

—¿Michael Elliot? —preguntó.

Él bajó el libro y abrió los ojos como platos, cuando se percató de quién era la visita.

¿Qué hacía ella allí?

—¿Tía Sarah Hannah? — No entendía absolutamente nada.

En aquel momento entró Rory, con dos cafés en las manos.

—¿Pero no decías que no tenías tías? —La mujer se giró y, tímidamente, le dejó pasar.

—Señora —la saludó.

—Disculpe, nunca le pregunté su nombre —dijo avergonzada.

—No se preocupe. Soy Rory McKenzie. No le estrecho la mano por razones obvias. —Pero ella ya no lo miraba.

—En realidad no es tía mía: es tía de Ethel.

—Ah, ¿sí?

—Sí, Rory. Te presento a la señora Sarah Hannah Myers —dijo fríamente.

La furia se apoderó de Rory cuando entendió quién era.

—¿Usted es la madre de ese hijo de perra? — Ella dio un paso atrás, asustada por su reacción.

—Sí —dijo en un susurro.

—¿Sabe que por su culpa estoy así? —Quiso señalar su pierna sin darse cuenta de que tenía el café en la mano; el líquido cayó irremediablemente por la pernera de su pantalón—. ¡Joder! ¡Me achicharro! ¡Me cago en la puta!

—Creo que será mejor que me vaya —dijo sintiéndose fuera de lugar —, no debería haber venido.

—¡No! —la interrumpió Mike—. Ya que estás aquí, podrías decirme a qué debo el honor... —Ella vaciló, mirando disimuladamente a Rory—. Rory, busca a Patricia para que te dé algo para la quemadura, por favor. —Rory asintió hoscamente y salió en busca de la enfermera. Cuando la puerta se cerró Sarah Hannah se giró nerviosa, retorciéndose las manos, pero no dijo nada. Mike la miró pacientemente: se sentía extraño, con sentimientos encontrados. Aquella mujer que tenía delante había formado parte de su infancia, siempre había sido amable con él, pero guardando las distancias; no se habían tratado ni visto a menudo. La llamaba «tía» porque todos los niños de la granja así lo hacían. Era agradable tener una persona conocida delante, pero también era una situación muy extraña. Al final, él rompió el silencio, alzando una ceja:

—¿Y bien? —Ella miraba a su alrededor, sin atreverse a encararse con él. Al fin, soltó el aire que retenía, y acercándose tímidamente soltó el bombazo.

—No era un buen hijo, Michael. —Aquello era lo que menos se imaginaba Mike que fuera a decir.

—¿Cómo? —exclamó sorprendido. Ella continuó en un susurro, ignorando su sorpresa.

—Ni un buen compañero. ¿Qué clase de hombre crie, Michael? —Dijo entre lágrimas—. ¡Fue

tan deseado que lo malcrié! Y el patán de su padre me ayudó a hacerlo —escupió, furiosa—. Debí hacerle caso a mi madre, era un bueno para nada. Cuando me casé, ¡hasta Sybill me advirtió! —Mike, boquiabierto, no entendía nada.

—Tía Sarah... —la llamó.

Ella continuó su monólogo.

—... estaba discutiendo con Fred, como de costumbre, cuando me avisaron de que David estaba malherido; se le había caído un puente encima o algo así... Con los nervios no lo oí bien... Ni siquiera me acuerdo de cómo llegué al hospital. —Mike frunció el ceño. No quería saber nada de aquel cerdo, pero por respeto a su madre no dijo nada—. Llegó muy mal, apenas vivía; estuvo en estado crítico casi dos semanas. Deliraba, ¿sabes? Y en sueños contaba todo lo que había hecho, ¿me entiendes? Las enfermeras decían que no hiciera caso a los delirios, que las alucinaciones eran traicioneras. Pero yo las creí. ¡Las creí! ¡Una madre sabe esas cosas! —gritó, sumida en un mar de lágrimas.

Mike tenía un nudo en la garganta; ninguna madre merecía un hijo así.

—Tía Sarah... La guerra nos hace hacer cosas... —intentó justificarlo, solo para aliviarla. Sarah negó con la cabeza. —No lo entiendes. ¡Lo confesó todo! ¡Mi hijo era un pederasta!

—Lo siento... —Mike no sabía qué responder a aquello—, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Un comentario desafortunado en los pasillos... Comentaban que era mejor que muriera, a enfrentarse a un consejo de guerra. Y yo indagué... Tengo contactos importantes. —Sonrió tristemente—. Sé lo que le hizo a un muchacho, y ahora sé que es ese amigo tuyo que no se separa de tu cabecera. Sé que se tomó la justicia por su mano y que intentó abusar de una chiquilla... —tragó saliva al añadir—: Y me avergüenzo de él. ¿Pero sabes qué fue lo que más me dolió?

—¿Qué? —preguntó el muchacho. No se sentía con ánimos de hablar de aquel bastardo y de lo que pasó en aquellos días, pero entendió que debía escuchar lo que tenía que decir una madre atormentada.

—Que ni en su lecho de muerte tuvo ni una pizca de arrepentimiento. Sus últimas palabras fueron: «Espero que ese perro mestizo de Rodney no haya sobrevivido, y que no se quede con Ethel». Se reía con maldad, de una manera que me puso los pelos de punta, Mike. Murió con los ojos llenos de odio y una mueca ladina en los labios. ¡Oh, Dios! ¡He criado un monstruo! —sus palabras se apagaron, ahogadas por el llanto.

—Tía Sarah... Él ya era adulto para seguir su propio criterio: un par de mimos de más en su infancia no fueron la causa de que se convirtiera en un... —calló prudentemente.

—¿Bastardo? ¿Cabrón? ¿Hijo de perra? No te cortes, yo no lo hice. Mal que me pese, renegué de mi hijo en el día de su muerte. —A pesar de aquella dura confesión, Mike sonrió para sus adentros, al escuchar tales palabrotas de boca de la siempre educada tía Sarah.

—Sigo sin ver qué tiene que ver todo esto conmigo, al margen de que me dedicara sus últimas palabras.

—Me juré que debía subsanar todo el mal que había hecho mi hijo. Él te odiaba; no soportaba verte jugar con Ethel, ni que os llevarais tan bien. No pongas esa cara, siempre supimos que teníais algo especial. No soportaba que fueras más que él...

—Nunca fui más que él —dijo humildemente—. Él pertenecía a dos grandes familias: los Longfellow y los Myers, y yo solo era un chiquillo que se había dejado caer por allí.

—No te equivoques, las familias se hacen importantes por el valor de sus miembros. Un apellido no es nada, si no tienes valores. Tú has demostrado tener más valor y más lealtad hacia

los Longfellow que muchos de los miembros de esta familia, y él no lo soportaba... —Se sonrojó. La envidia de su hijo le avergonzaba—. Tenías el amor de su adorada prima, el de sus abuelos y tíos... Que fueras sargento y tuviera que rendirte cuentas envenenó aún más su odio hacia ti; él fue un «casi, pero no». Desde el fondo de mi corazón te digo que tú eres mil veces mejor hombre que él. —Mike tragó saliva y ella suspiró para darse valor—. En resumen, me propuse ayudarte —bajó la mirada—, pero no sabía cómo me ibas a recibir; al fin y al cabo, yo soy su madre, y después de lo que te hizo...

—Tía Sarah Hannah —ella sonrió tímidamente cuando le oyó volver a llamarla así; era el único niño de la granja que usaba de vez en cuando sus dos nombres—, tú no tienes la culpa de ser su madre, y de ninguna manera podría rechazarte por ese hecho... Solo lo haría si me hubieses herido de alguna manera directamente, pero siempre fuiste muy amable conmigo en mi infancia. Tal vez, si las circunstancias hubieran sido otras, si hubieras vivido en la granja, te tendría el mismo cariño que al resto de los miembros de esa familia que tengo el honor de conocer. Tienes la calidez de los Longfellow. Por favor, no te atormentes más: por mí, tu juramento está cumplido.

—Pero... —Tía Sarah quiso protestar. Él la miró, agotado.

—Estoy cansado de todo, tía Sarah Hannah. Solo quiero recuperarme y volver a casa con mi tío, nada más —dijo hastiado. Ella sonrió.

—Está bien. Estaré pendiente de tu recuperación y te llevaré junto a tío Jebediath: es lo menos que puedo hacer. No voy a dejar que hagas el camino de vuelta en tren.

—No es necesario... —empezó a protestar Mike.

—Insisto. Ahora me tengo que marchar, pero volveré pronto. —Le besó en la mejilla tímidamente y se dirigió hacia la puerta, en el momento en que entraba Rory, con el pantalón cortado y una venda cubriéndole el muslo; la miró con hostilidad. Ella le cogió la cara y lo acarició. Mirándole a los ojos, le susurró:

—Lo siento mucho, hijo —lo abrazó con fuerza—, lo siento de todo corazón. —Lo dijo con la voz tomada a causa de unas lágrimas que no llegaron a brotar. Y se marchó dejando a Rory descolocado.

—¿De qué iba todo esto? —Mike se encogió de hombros, sin contestar. Se giró sobre un costado y se durmió.

7. Ethel, The Hope House, mayo de 1968

—¡Esto tiene que ser una broma macabra del destino! —La señora Heather gritaba desesperada al auricular de un teléfono—. ¡Tengo tres mujeres de parto en el salón y ese estúpido doctor no contesta! —Sinead y Lorain estaban de parto desde hacía horas y no conseguían localizar ni al doctor, ni al agente Lewis, y los dos únicos taxis que se dignaron aparecer no quisieron saber nada de parturientas. La ambulancia tampoco llegaba... Algunas de las chicas habían intentado pedir ayuda a los vecinos, pero todas aquellas perfectas y devotas esposas se desentendieron del asunto, con cara de circunstancias, y haciendo pucheros dijeron: «lo siento, mi marido se llevó el coche». Malditas fueran todas aquellas hipócritas.

—¡Señora Heather! ¡Están a punto! ¡Qué hacemos? —gritó asustada Esther, retorciéndose las manos nerviosamente.

—¡Ay, no lo sé, niña! ¡Solo sé que hay que hervir agua! ¡Debería haber atendido a todo el maldito ejército de matronas que han pasado por esta casa! También es mala suerte que no haya ninguna a mano... —replicó pasándose la mano por el pelo. A Esther se le iluminó la cara; tenía una idea.

—¿Por qué no llama a Ethel?

—¿Qué dices, niña? Las nanas son para después de que nazca el bebé. —Esther puso los ojos en blanco.

—¡Se crio en una granja!

—¿Y? ¡Me estás agotando la paciencia!

—¡Habrá visto parir a las vacas!

—¡Esas de ahí son mujeres, no bestias de granja! —dijo indignada señalando al salón con su mano enojada y de perfecta manicura. Esther se cruzó de brazos; a ella tampoco le quedaría mucho.

—¿Tiene una idea mejor? —La señora Heather levantó las manos al cielo.

—¡Está bien!

Ethel y Eveline llegaron tan pronto como pudieron; Eveline había conseguido que le prestaran una chatarra de coche del amigo de un amigo. Les habían dicho que tenían una emergencia en la casa, pero no sabían de qué se trataba. Cuando entraron, en el salón reinaba el caos: media docena de niñas embarazadas en estado de pánico; la señora Heather completamente despeinada y con la ropa desarreglada; Christina y Lorain respirando agitadamente con un rictus de dolor en el rostro... Y el bebé de Sinead Siohban ya asomando su cabecita pelirroja.

—¡Oh, Dios mío! —gritaron Eveline y Ethel a la vez. La señora Heather se volvió y su rostro mostró algo de alivio. Cogió a Ethel de la muñeca y la arrastró hasta Sinead.

—¡Haz algo! —la apremió Heather. Ethel la miró como si le hubiera salido dos cabezas.

—¿Qué? —exclamó, confusa.

—¡Vamos, niña! ¡Tú has visto parir vacas! —La señora Heather, al ver el gesto de consternación de Ethel, pensó que aquello no había sido una buena idea.

—Pero ¿qué dice? —La situación le pareció tan absurda que se echó a reír a carcajadas.

—¡Ethel! —Eveline la llamó, nerviosa; estaba pálida, observando la escena.

Ethel se dio cuenta de que aquello era realmente grave. Se hizo cargo de la situación: la que sin duda necesitaba atención inmediata era Sinead. Corrió al baño para lavarse las manos y coger toallas limpias. Volvió a la carrera y se arrodilló entre las piernas de la pequeña irlandesa.

—¡Chicas! ¡Vigilad a las otras! Sinead, cariño, ¿cómo vas?

—Ethel, tengo miedo —dijo entre jadeos y lágrimas.

—Tranquila, preciosa, vas muy bien... está casi fuera. Ahora te toca trabajar, mi niña. — Sinead asintió.

—¡Empuja!

—¡No puedo!

—¡Sí puedes! ¡Vamos!

—¡No sé!

—¡Esto es como si estuvieras estreñida! ¡Tienes que empujar!

—¡Joder, Ethel! ¡Yo nunca he estado tan estreñida, duele de cojones!

—¡Deja de decir tacos y empuja!

—¡Mmmmmmahhhgg!

—¡Bien! ¡Vas bien! ¡Empuja, pelirroja! —Sinead tomó aire y dio el último empujón. Ethel sacó delicadamente la cabeza, luego los hombros y, finalmente, el bebé salió del todo, con gran facilidad.

—¡Es una niña, *Si-Si!* —Se echó a llorar de la emoción. Alguien le acercó una toalla mientras observaba a la madre llorar de alegría—. ¡Eveline! ¡Cortadle el cordón y esperad a que suelte la placenta! ¡Voy a ver a las otras!

—¿Qué dices? —preguntó pálida Eveline ante la visión de la sangre.

—¡Ahora! ¡Yo no puedo hacerlo todo!

—Pero esa sangre...

—¡Valiente escritora de terror que no aguanta la sangre! —ironizó.

—¡Chicas! ¡Dejad de discutir! —intervino la señora Heather.

—¡Y usted, haga algo también! ¡Atienda a la niña!

Ethel examinó a Christina y calculó que aún le faltaba un poco. Lorain estaba muy extraña: era evidente que estaba sufriendo, pero no emitía sonidos desgarradores como las otras. Le tocó la frente.

—¡Oh, Dios! ¡Está ardiendo! ¡Algo va mal!

—Lleva días resfriada. —La voz de la señora Heather denotaba que estaba a punto de echarse a llorar—. Y ahora, ¿qué hacemos?

En aquel momento llamaron a la puerta. Era el agente Lewis, que entró como un rayo, seguido de un médico y de dos enfermeras. Todas los miraron atónitas, como si hubiera aparecido el mismísimo Jesucristo.

—Me dieron el recado en comisaría y me puse en marcha inmediatamente —explicó mientras el médico se hacía cargo de la situación.

—¡Esos inútiles podrían haber mandado a alguien en cuanto dimos el aviso! —gritó furiosa la señora Heather.

—Ya lo han hecho y aquí estoy. He tardado un poco porque estaba buscando la ayuda médica necesaria —respondió Lewis pacientemente.

Evacuaron a las muchachas inmediatamente; Heather, Ethel y Eveline las acompañaron en el destartalado coche.

En el hospital, Lorain y Christina fueron conducidas inmediatamente a la sala de partos,

mientras Sinead y la pequeña eran atendidas. Esperaron en la sala, alteradas. El tiempo se les hizo eterno, hasta que, por fin, apareció un médico.

—Ustedes son las familiares de Sinead Siohban O’Brannagh, Christina Johnson y... —consultó su tablilla— ¿Lorain Curtis?

—¡Sí, aquí! —gritaron a la vez.

—La señora O’Brannagh y su hija —se miraron de reojo, pero no lo corrigieron— están perfectamente. La señora Johnson ha dado a luz a gemelos, dos hermosos niños. La señora Curtis... —cambió el tono—, ha dado a luz a un niño: está al límite del peso, lo tenemos en observación...

—¿Y Lorain? —susurró Heather. Él carraspeó.

—Llegó con mucha fiebre. El esfuerzo del parto la ha dejado agotada, está en estado crítico. Las próximas cuarenta y ocho horas serán definitivas, la pérdida de sangre que ha sufrido no ayuda a mejorar su estado. Solo nos queda esperar.

Las tres se quedaron mudas. El médico las miró un instante y luego se retiró discretamente. Apenas hablaron en horas, solo para intercambiar cafés y algún comentario banal. A las dos de la mañana, unos gritos en el pasillo les llamaron la atención: eran dos parejas de mediana edad y un hombre de unos sesenta años, vestido de negro y con una biblia en la mano. Sin duda era un sacerdote. El agente Lewis también observaba la escena, algo apartado del grupo. Una de las mujeres increpaba a una enfermera.

—¿Cómo que no puedo ver a mi hija? ¡Exijo verla!

—Señora, no grite... —intentó conciliar la enfermera.

La señora Heather gruñó y murmuró:

—Ya tenemos el circo montado...

—¿Quiénes son, señora H?

—Los padres de Sinead. ¿No ves que la pequeña pelirroja es un calco de esa loca? Como si la hubiera oído, la señora O’Brannagh miró en su dirección y se acercó a grandes zancadas, señalándola con el dedo.

—¡Tú! —le espetó, histérica.

—Señora Heather.

—¿Cómo? —dijo confundida.

—Que no soy *tú*. Para usted soy la señora Heather. ¿Nadie le ha dicho que es de mala educación señalar? —Ethel y Eveline la miraron, admirando su clase, mientras la madre de Sinead jadeaba, indignada por la regañina.

—Papá... ¿No vas a decirle nada a esta mujer? —preguntó enfadada a su marido. Resultaba obvio quién llevaba la voz cantante en aquel matrimonio. Él se encogió de hombros y Ethel pensó que era muy prudente al no querer meterse. La señora Heather estaba perdiendo la paciencia.

—¿Qué hacen aquí, señores O’Brannagh?

—¿Qué hacemos? Hacernos cargo de nuestra hija y de su bebé, por supuesto. —Aquello fue la gota que colmó el vaso. Ethel estalló.

—¿Cómo lo han hecho estos últimos ocho meses? ¡Debería darles vergüenza!

—¿Y usted quién demonios es?

—¡Alguien que ha estado más pendiente de Sinead Siohban que sus propios padres! ¡Por el amor de Dios, yo he ayudado a traer al mundo a su nieta! ¿Dónde cojones estaba usted hace unas horas?

El otro hombre y el cura intentaron intervenir. Levantaron las manos, conciliadores, e hicieron

amago de agarrar a Ethel, que les apartó de un manotazo.

—¿Y ustedes quiénes coño son?

—¡Ethel! —la riñeron Eveline y Heather.

—Señorita Longfellow, son el padre Stuard y los señores McArthur —intervino el agente Lewis suavemente.

—¿Y? —dijo cruzándose de brazos enfadada.

—Los señores McArthur se harán cargo del bebé... discretamente.

—Sí... —dijo la señora McArthur, que hasta entonces no había abierto la boca. Nosotros cuidaremos bien del bebé... Por cierto, ¿es niño o niña?

—Niña —dijo Ethel a regañadientes—. ¿Acaso no ha oído que se lo estaba gritando a sus queridos abuelos? —añadió.

—¿De veras? —dijo la señora McArthur, ilusionada, ignorando las agrias palabras de Ethel y cruzando las manos entusiasmada. Ethel entrecerró los ojos, recelosa.

—¿Y por qué iba a cuidarla usted?

—Para que Sinead pueda volver a casa, claro —dijo como si fuera obvio.

—¿Volver a casa?

—¡Oh, por favor! —gritó la señora O'Brannagh—. Sinead no puede volver a casa con un bastardo en brazos. —Eveline y la señora Heather se horrorizaron; a Ethel le hirvió la sangre.

—¿Bastardo? ¿En qué siglo cree que vive? ¡Se trata de su nieta, por el amor de Dios y de todos los santos!

—¡Señorita! —le llamó la atención el clérigo.

—¡No se meta, padre! ¡Valiente católico está usted hecho!

—Señorita, no le consiento...

—¿Qué? ¿Está a favor de separar a una madre de su hijo?

—Señorita Longfellow, se está extralimitando —dijo Lewis.

—¡Basta! ¡Ustedes no son nadie para meterse en la vida de mi hija y de mi nieta!

—¡Dejó de ser su hija en el momento en que la echaron a la calle! —El padre de Sinead tuvo la decencia de sonrojarse.

—¡Apártese! ¡Me llevo a mi hija y los McArthur al bebé!

—¡Por encima de mi cadáver! —siseó Ethel en tono amenazador.

—¡Y del mío! —dijeron a la vez la señora Heather y Eveline, situándose a los flancos de Ethel.

—¡Agente! —chilló histérica la madre de Sinead.

—Señorita Longfellow —dijo Lewis agarrándola suavemente del brazo. Ella, instintivamente, le dio un empujón y el policía cayó al suelo. Asombrada y arrepentida, Ethel se llevó las manos a la boca e, inmediatamente, se apresuró a ayudarlo a levantarse.

—¡Lo siento! ¡Lo siento, agente Lewis! —dijo nerviosa. Él la agarró de las muñecas, y con un movimiento rápido, le dio la vuelta y la tiró al suelo para esposarla.

—Lo siento, Ethel —llamándola por su nombre por primera vez—, eso ha sido agresión a un agente de la autoridad. Vamos de paseo a la comisaría.

—No... Lewis... —dijo atormentada Heather.

—Lo siento, Heather —dijo sin mirarla a los ojos.

—Pero... ¿Y Sinead y su bebé?

—Es una menor. Está bajo la custodia de sus padres; no puedo hacer nada... De momento. —La señora Heather sonrió tímidamente: entendió que Lewis no se iba a quedar de brazos cruzados.

Mientras salían por el pasillo vio llegar al doctor, con cara circunspecta. «Lorain», pensó cuando lo vio.

—¿Lorain...? —preguntó con un hilo de voz. El doctor asintió en silencio. Heather empezó a llorar y Lewis tiró suavemente de ella. Su semblante era de una seriedad aterradora.

—Vamos, Ethel...

—Lorain...

—Heather se encargará. —Ella asintió y se dejó llevar por el agente hasta el coche patrulla.

La puerta de la celda rechinó cuando se cerró tras una Ethel cansada, sudorosa y con los ojos hinchados por el llanto. No habían hablado en todo el trayecto y tampoco lo hicieron al entrar en la comisaría. El agente Lewis suspiró resignado.

—Ethel...

Ella le dio la espalda.

—Lo he hecho por tu bien... —Ella chasqueó la lengua, incrédula—. Te estabas metiendo en camisa de once varas. Son sus padres... Es más complicado de lo que piensas.

—¡Ja!

—Te quedarás aquí esta noche, para que se te bajen los humos.

Ethel miró la celda. No estaba mal del todo: una cama que parecía limpia y un banco nuevo; ella creía que las celdas eran más tétricas. Lewis le leyó el pensamiento.

—Es una celda preventiva. ¿Acaso pensabas que te iba a meter con la chusma? Duerme un poco; mañana a las nueve, saldrás.

—¿Así, sin más? ¿Sin fianza ni nada?

—Sí. Nadie te ha denunciado —dijo divertido, saliendo de la estancia.

—¡Serás...! ¡Lewis! ¡Lewis! ¡Sácame de aquí! —se oyó una risa al otro lado de la puerta y ella gruñó enfadada. Se sentó de malos modos en la cama. De repente, rompió a llorar: por Lorain, por Sinead, por Mike... ya estaba harta. Agotada, se quedó dormida.

«Ethel estaba frente a su casa. El ambiente estaba extrañamente sereno: no se oían las voces de los trabajadores, ni la maquinaria; no había niños jugando. Empezó a sospechar que algo pasaba, asustada. Rodeó la casa y vio como a madre y a su abuela vestidas de negro. Lloraban, mientras acompañaban a un cortejo fúnebre por el camino del cementerio familiar. El resto de la familia estaba de espaldas a ella; no sabía quién había fallecido. Sintió que un puño le arrancaba el corazón. Cayó de rodillas; el pelo le cayó sobre la cara y se quedó paralizada. Unas manos le despejaron la cara; levantó la vista. Sybill le sonrió tristemente:

—Es hora de volver a casa...

—¿Quién...?

Sybill desapareció.

— ¡Noooooo!»

—¡Ethel! ¡Despierta! —la sacudió Eveline. Abrió los ojos, sobresaltada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirando a su alrededor. Aún estaba en la celda, pero la puerta estaba abierta y Lewis la miraba preocupado. ¿Y Sinead? ¿Lorain? Oh, Dios, ¡Eveline! —dijo poniéndose de pie de repente—. ¡Tengo que volver a casa!

—¡Cálmate! Heather está ocupándose del funeral de Lorain, y Sinead ha vuelto con sus padres...

—¿Cómo? ¿Y la niña?

—¡Tranquila! ¡Ha vuelto a casa con su bebé! Al ponerlos contra las cuerdas, recapacitaron... —dijo con orgullo.

—¿Y el bebé de Lorain?

—Se encargarán de él los McArthur. —Ethel recordó la cara de ilusión de la señora McArthur: sería una buena madre. Sonrió.

—Sí, lo cuidarán bien. Eveline —la miró a los ojos—, me voy a casa.

—Sí. Vamos...

—No. A mi casa, con mi madre y mi abuela...

—¿Ahora? —dijo extrañada.

—Sí. Ahora. Ya. Justo en este momento. Te llamaré. Gracias por todo, amiga —le dijo abrazándola con fuerza—. Te quiero, hermana. Adiós.

Eveline lloraba, pero no dijo nada. Sabía que había alguna razón detrás de la repentina decisión de su amiga. Ethel cogió su bolso y pasó junto a un Lewis atónito: luego retrocedió unos pasos y le besó la mejilla.

—Gracias a usted también.

Despidiéndose con la mano, salió de la estancia.

8. La vuelta a casa. Smith Town, mayo de 1968

Tan solo cuatrocientos kilómetros separaban Nueva York de Smith Town, pero, para Ethel siempre había sido un abismo. Había querido desconectar de tal manera que había imaginado que se encontraba en la otra punta del país, y así lo sentía ahora: las cinco horas de viaje en autobús se le habían hecho eternas. Cuando bajó en Boston le dolían todos los huesos; el billete de tercera hacía honor a su nombre, pero era lo único que quedaba. No le apetecía subirse a otro autobús para llegar a su casa, así que decidió hacer autostop. Llevaba varios kilómetros andados y varios coches ignorándola, cuando una ranchera que pasó de largo frenó en seco y dio marcha atrás rápidamente.

—¿Señorita Ethel? ¿Es usted? —preguntó el conductor. Ella sonrió de alivio al reconocerlo.

—Buenos días, Bob —saludó alegremente a uno de los capataces de la granja—. ¿Me puedes acercar a casa?

—¡Caramba, señorita! ¡Casi no la reconozco! ¡Ha cambiado un poco! —dijo mirándola apreciativamente. Ella se sonrojó. La verdad que sí había sufrido cambios: había engordado ligeramente y su cuerpo tenía formas más femeninas; había dejado atrás los elegantes y refinados vestidos que le encargaba su madre y lucía un llamativo vestido largo atado al cuello que dejaba ver gran parte de su generoso pecho y parte de su espalda. También sus bailarinas habían desaparecido, sustituidas por unas hermosas sandalias finamente trabajadas... Y su antaño pulcro moño, había dado paso a una hermosa melena que le caía en hermosos bucles, desde los hombros hasta la cintura. Era un atuendo menos formal, pero de gran calidad, que sin duda aumentaba su atractivo. Ella volvió a sonreír y se subió a la ranchera.

No tenía ganas de hablar y Bob pareció entenderlo: después de algunas palabras de cortesía, el trayecto transcurrió en silencio.

Cuando llegó a su casa los alrededores estaban desiertos. No le extrañó, porque era la hora de más actividad en la granja. Sin embargo, notó el ambiente enrarecido: había algo que no presagiaba nada bueno.

Entró en la casa por la parte de la cocina, esperando encontrar a su madre y a su abuela, pero no había nadie. Entró en la sala y... nada: estaba desierta.

—¿Mamá? ¿Abuela? ¿Abuelo? —los llamó. Oyó ruidos en el piso de arriba—. ¿Mamá? —Volvió a llamar mientras subía.

Al llegar al pasillo, oyó voces en la habitación del fondo. Vio a algunos de sus tíos apostados delante de la puerta y escuchó voces dentro de la estancia. Sus tíos la saludaron, sorprendidos, pero enseguida, y sin decir palabra, le abrieron paso.

Dentro de la habitación, sus padres y sus abuelos parecían hacer guardia junto a una cama que ocupaba un demacrado tío Jebediath. El pobre hombre parecía estar agonizando. Ethel gritó y sus abuelos resollaron, asustados. Su madre corrió a abrazarla, llorosa, pero ella la ignoró: se acercó corriendo a la cama del tío Jeb. El buen hombre, que tenía los ojos cerrados cuando ella había llegado, los abrió al sentirla cerca. Sonrió apenada y, con voz rota, susurró:

—Ya he debido llegar al cielo, porque un ángel ha venido a verme. —Ethel sonrió entre lágrimas, se acercó más al lecho y tomó entre las suyas aquellas manos deformadas por la artrosis.

—Tú siempre tan zalamero. —Él soltó sus manos y le acarició la mejilla.

—Y tú siempre tan bonita: no me extraña que él esté coladito por ti. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Ahora que estás aquí, él también volverá a casa y podré irme en paz. —Ella jadeó y negó efusivamente con la cabeza.

—No, no digas eso... —dijo en un susurro, abrazándose al anciano—, te vas a poner bien. Ya estamos en primavera —añadió entrecortadamente, luchando contra las lágrimas—; pasaremos, haremos barbacoas y el botarate de tu sobrino te liará tabaco.

—Shh —la interrumpió tío Jeb—. Ethel...

—¿Qué?

—Prométeme una cosa...

—Lo que quieras, tío Jebediath —se apresuró a decir.

—No vistas de negro por mí: ningún ángel debería hacerlo —cerró los ojos y dejó de hablar.

La habitación quedó en un silencio espeso. Ninguno de ellos se atrevió ni siquiera a llorar, ante la esperanza de que el anciano estuviera solo durmiendo.

Estaban completamente equivocados.

El funeral se celebró dos días después.

Sería enterrado en el cementerio familiar, a nadie se le hubiera ocurrido hacerlo de otra manera: tío Jebediath era uno más de la familia.

Ethel nadaba entre sentimientos encontrados: sentía un dolor inmenso al ver marchar al tío Jebediath —le había querido como si fuera de su misma sangre—, pero a la vez se sintió aliviada al descubrir que la muerte anunciada por Sybill no era de alguien más cercano aún; los remordimientos por ello la martirizaban.

Había pasado los dos últimos días en una nube: ayudaba a su madre con el funeral y atendía a las charlas de su abuela, que la ponía al día de todo lo sucedido en su ausencia, aunque solo retenía cierta información. «El negocio va bien, pero tú te manejas mejor con la contabilidad...»; «Fue una neumonía que no pudo superar...»; «No nos dejó avisar, decía que vendríaís cuando tocara, no antes...»; «Al abuelo le ha afectado mucho»; «Sí... está vivo». El corazón le dio tal vuelco al escuchar aquello que casi se desmayó, pero recuperó la noción de todo cuando le dijeron: «Estuvo en el hospital un tiempo...».

—¿Y cómo está...? —Ella había visto volver a muchos hombres convertidos en guiñapos. La respuesta no fue demasiado precisa: «Creemos que tuvo suerte». «¿Creéis?», había respondido histérica. Y le fallaron las piernas. No volvieron a hablar del tema.

Fueron muchos los que acompañaron al cortejo fúnebre encabezado por los Longfellow. Ethel iba del brazo de su madre y de su abuela. Había cumplido su promesa: entre toda aquella gente de luto, ella destacaba con su blusa blanca de mangas abullonadas y sus alegres bordados de flores. Los colores recordaban mucho a los de las camisas típicas mexicanas. Se había enfundado un pantalón verde botella y calzaba sus antiguas botas de vaquera; tampoco olvidó su sombrero, con aquella cinta de abalorios indios que le había tejido el tío Jeb, cuando aún podía usar sus manos. Su pelo había sido recogido en su eterna trenza: su señal de identidad, como lo fue en su día de su abuela.

Estaban sacando el féretro del coche fúnebre cuando un vehículo paró al pie de la verja del cementerio: de él se apeó un chico moreno, muy alto y desgarbado, que cojeaba visiblemente. «¿Quién será ese?», se preguntó molesta. Su tía Sarah Hannah fue la siguiente en salir del vehículo; le sonrió tímidamente y ella la miró, sorprendida de verla allí.

Y... ¡él!

Se llevó las manos al pecho como si fuera a salirsele le el corazón.

Miró, entusiasmada, a su abuela y a su madre, que sonreían de oreja a oreja. Bajó las manos y apretó los puños, mirando alrededor: sabía que no era el momento de salir corriendo para abrazarle, y se contuvo. Se conformó con mirarle mientras se acercaba: su cara mostraba signos de cansancio, pero no dejaba de estar guapo; parecía más alto y, aunque siempre había sido musculoso, le pareció que sus hombros eran más anchos. Tenía un aire más maduro. Aquel corte de pelo militar no le gustó, pero ni siquiera le dio importancia; también cojeaba un poco, pero tan levemente, que el que no conociera sus andares no se habría dado cuenta.

Se miraron a los ojos: en sus miradas había tanto que contar... Pero debían esperar.

Él la observaba boquiabierto, como si no creyese que estuviera allí, como si fuera una aparición. Luego reparó en su atuendo y en el del resto de personas allí congregadas. Frunció el ceño y apretó la mandíbula: de repente, parecía enfadado. Cuando llegó a su altura le besó la mejilla, en un gesto de cortesía más que de cariño.

—Hola, Ethel —dijo fríamente.

Y pasó de largo, seguido de su amigo, que la miraba como si fuera una diosa. Tras ellos, su tía se paró un instante a abrazarla.

«¿Hola, Ethel?», susurró iracunda. Se volvió para cogerlo del cuello, pero su abuela le cogió la muñeca y negó con la cabeza. Ella resopló y comenzó a llorar de rabia. Todos la miraron, pero lo achacaron a la pérdida de tío Jebediath.

Durante el servicio, Mike la miró de reojo, no pudo evitarlo. Ni en sus mejores sueños la había visto tan hermosa: tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para no cargársela al hombro y huir de allí. Pero le molestó aquel atuendo, aquella frivolidad: ni siquiera había sido capaz de vestir un mísero luto por su tío en el día de su entierro. Se preguntaba si no habría idealizado un amor infantil si no la habría convertido en su talismán durante la guerra; si todo lo que había sentido no sería más que un espejismo... Decepcionado y con el corazón encogido, apartó la mirada, y lloró. Lloró como no lo había hecho en años: por sus padres, por su tío, por Chau y Thuy, por sus compañeros y... por ella.

Al acabar la ceremonia, cuando solo quedaban los más allegados, Mike se acercó a Avigail y a Mary para abrazarlas.

—Gracias por todo. No sé cómo pagaros todo lo que habéis hecho por mí.

—Anda, anda. No digas tonterías, hijo. Jebediath se lo merecía todo —le dijo la abuela Mary dándole palmaditas en las manos.

—Mike... —La suave voz de Ethel le erizó el cabello, pero se recompuso.

—¿Sí? —preguntó fríamente. Ethel no pudo aguantar más y estalló.

—¿A ti qué te pasa conmigo, idiota?

—¿Qué? ¡Mírate! ¡Eres una niña que ni siquiera es capaz de venir de luto a un funeral! ¡Por respeto! ¡Parece que vas al baile country de primavera! Jamás me hubiera imaginado que te importara tan poco mi tío. —Ella palideció ante sus palabras. Enfurecida, le cruzó la cara con un bofetón.

—¡Michael Elliot Rodney, siempre has sido un idiota, pero jamás pensé que podrías ser cruel! ¡No, perdón! ¡La idiota he sido yo, por penar por ti estos últimos meses, mientras estabas en esa estúpida guerra! —gritó entre lágrimas—. ¡Maldigo el día en que me enamoré de ti! —Y salió corriendo.

Mike se quedó atónito. ¿Había oído bien? ¿Enamorada?

—Michael... —dijo suavemente la abuela Mary. Él se giró de inmediato. Nunca le llamaba por su nombre a menos que fuera importante—. Ethel solo cumplía la última voluntad de tu tío: le pidió que no vistiera de luto...

—¡Joder, Ethel! ¡Espera!

Ella le ignoró. Se sentía demasiado dolida para parar. Entró en el granero y subió la escalera que accedía a las baldas de balas de heno. Y se sentó a llorar. Un instante más tarde, apareció Mike.

—Ethel... —dijo tímidamente.

—Vete... —susurró sin mirarle.

—Vamos, Peloespiga... —Ella se levantó como impulsada con un resorte, cogió una bala de heno y se la tiró. Mike apenas pudo esquivarla.

—¡No vuelvas a llamarme así! ¡Ya no soy una niña! ¡Mírame!

—Es lo único que he hecho desde que llegué: no dejar de mirarte... —dijo comiéndosela con los ojos.

—Vete. —Él la miró a los ojos mientras subía por las escaleras.

—No.

—Por favor... —dijo sollozando y cubriéndose la cara con las manos. Él se las apartó suavemente, y la besó: los ojos, las mejillas, la frente...

—Lo siento, Ethel... —ella lloró más intensamente.

—Vete.

—¿Por qué?

—Porque no puedo sufrir más por ti; si me hubieras dado un bofetón ahí fuera, no me hubiera dolido más.

—Ya no puedo irme.

—¿Por qué?

—Porque estás enamorada de mí. —Ella bufó, cruzándose de brazos y sonrojada de pies a cabeza. Aquella confesión había salido de sus labios sin permiso.

—¿Sabes, Ethel? La primera vez que te vi me pareciste una criatura del bosque, una elfa o algo parecido... No solo por guapa, entonces no me fijaba mucho en esas cosas, sino porque yo estaba tan triste sin mis padres... y tú me animaste. Tu sonrisa y tus tonterías me hicieron reír después de mucho tiempo. Luego te convertiste en un chico —ella sonrió a su pesar—, y eras en la persona más divertida que un chico de ocho años podía conocer: nos hicimos camaradas de juegos y de travesuras, y no te hubiera cambiado por ningún chico del pueblo. Me diste una familia, aunque yo no me di cuenta: os veía como la nobleza, como si no os mereciera... Entiéndeme, sois los Longfellow de Smith Town, y yo un mestizo huérfano.

—Oh, Mike. Nunca te tratamos como tal: no vuelvas a insultarte de esa manera.

—Shh... calla. Lo sé, fuiste mi mejor amiga durante mucho tiempo, pero un día te salieron pechos y tuviste otros intereses. Cosas de chicas, ya sabes... Y yo me quede atrás...

—Nunca fue mi intención...

—¿Me quieres dejar continuar antes de que pierda el valor? —dijo divertido. Ella se tapó la boca e hizo un gesto de cremallera.

—Cuando te vi como mujer, me vi en desventaja: ya tenías algunos pretendientes interesantes, y yo era un don nadie. Además, empezaste a cantar, algo que amabas, era tu sueño y yo jamás me hubiera interpuesto a tus sueños... —Ethel estaba emocionada, pero no dijo nada—. Cuando recibí la fatídica carta para ir al frente, no quería decirte nada: sabía que te preocuparías. Bueno, en

cierto modo, seguía siendo tu mejor amigo... ¿Qué menos que preocuparte un poco por mí? —sonrió tristemente—. Pero llegó la hora de marchar, me dije que tal vez moriría... Y no quería irme de esta vida sin besarte. Y eso hice. ¿Y sabes qué hiciste?

—¿Qué? —susurró.

—Me correspondiste. Y aquello me dio esperanza. Ethel, mi esperanza para sobrevivir en aquel caos eras tú. Conocí a alguien: era casi una niña, fue muy especial. —A Ethel aquello no le gustó, pero tenía que ser justa; ella había tenido a Marcus—. La quise a mi manera y aprendí muchas cosas de ella. —Ella frunció el ceño y él se rio quedamente—. No pongas esa cara: me refiero a valores. Fue una superviviente de la vida... hasta que la mataron. —Ethel no pudo evitar derramar algunas lágrimas por aquella desconocida: tal vez fuera su rival, pero no por ello merecía morir—. No fui un santo, ya me entiendes... Aunque fuiste mi esperanza, a veces dudaba de que me correspondieras, de que aquel beso hubiera sido solo una ilusión... Como te he dicho, la quise a mi manera, pero siempre fuiste tú. Tú, en mis pensamientos, aunque a veces te perdía; pero tú, en mi corazón, de donde nunca salías. Y hoy te veo, hermosa como siempre o más. Parecías un ángel con tu blusa blanca, entre tanto dolor. Pensé que, tal vez, todo lo que sentía por ti era un espejismo... y me entró el pánico, Ethel. Y me defendí de la única manera que sé hacerlo: atacándote. Volví a creer que eras frívola, como a los trece años... y, de repente, me confiesas tu amor y me dicen que cumpliste la última voluntad de mi tío... Y volvieron mis miedos. Mírame: vuelvo cojo y con una cicatriz enorme en la espalda. —Se levantó la camisa y se la mostró. Ella, en un impulso, se la acarició—. Y volví a pensar que no te merezco... Pero he decidido que esta vez no voy a callarme. Ethel Marie Longfellow: te amo. —Ella se tiró a sus brazos. Mike, desprevenido, cayó de espaldas y se aferró a ella. Rodaron por el heno, y después de varias vueltas, y entre risas, ella lo miró a los ojos.

—Michael Elliot Rodney, ya era hora que le echaras agallas y me dijeras que me quieres. —Y lo besó como si no hubiera un mañana. Él la acariciaba, como si creyera que no era real. Poco a poco deslizó la mano por debajo de su blusa, sin dejar de besarla. Ethel lo interrumpió y lo miró a los ojos—. Michael... —le dijo muy seria. Él se preocupó.

—Dime, amor — ella suspiró ante el calificativo cariñoso.

—No eres el primero... —Él se rio.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¿Tú has visto la pinta de hippy que tienes? Eso sí, adorable... No me sorprende que no haya sido el primero: eres dos años mayor que yo, me llevas ventaja.

—¿Serás capullo? —dijo dándole un manotazo—. Te recuerdo que tú perdiste la virginidad a los dieciséis con la maestra.

Él la miró sorprendido.

—¿Cómo sabes eso?

—¡Todo el pueblo lo sabe! Fue un escándalo encubierto: la despidieron después de aquello.

—Ah, ¿sí? ¡Y yo que creí que pidió el traslado porque no podía evitar estar enamorada de mí!

—¡Serás creído! —dijo entre risas.

—¡Eh! ¡Que tienes un novio muy atractivo!

—Eso sí es verdad —dijo besándole la punta de la nariz.

—En serio, Ethel, no me importa no ser el primero, dadas las circunstancias. —Al decir aquello, se puso serio. En tono posesivo, añadió—: Pero, por supuesto, voy a ser el último...

—Hum... No sé... A ver cómo te portas.

—¿Qué? —Los celos afloraron—. Te recuerdo que sé usar un arma. Como otro tío intente

rondarte, ¡le vuelo las pelotas! —Ella se rio y lo acercó a su cara para besarlo. Y aquello fue su perdición. La tumbó en el heno y la besó con ansias; le recorrió el cuello y suavemente le tiró del cordón de la blusa.

—No sabes cuántas veces he soñado con este momento —susurró con voz ronca por la pasión—; sentirte mía, que me correspondieras, que me amaras... —dijo entre besos. Ella se dejaba hacer entre lágrimas de emoción, recorriendo su torso con manos trémulas. Él le quitó la blusa suavemente, mirando extasiado su pecho—. No llevas nada debajo —susurró maravillado.

—Soy hippy, ¿recuerdas? —dijo bromeando—. Mi turno, Pequeño Cheyenne. —Con movimientos rápidos le desabrochó la camisa y le acarició el torso, mientras él aguantaba la respiración. Terminó quitándole la camisa; pasó sus manos por sus brazos y por su cuello, bajó de nuevo a su cintura y la rodeó, sintiendo su gran cicatriz. Él se tensó, avergonzado, e instintivamente se apartó de ella. Ethel lo aferró con fuerza para no dejarlo huir—. ¿Ahora que te tengo te quieres marchar? —dijo seductoramente. Mike, sonrojado, desvió la mirada. Le cogió la cara y le preguntó suavemente—: ¿Qué pasa, Michael?

—Ethel, yo... Mi espalda no es la de antes... —dijo traumatizado. Ella le sonrió y sin dejar de mirarle a los ojos se incorporó y le hizo voltearse lentamente; se sentó sobre su trasero y le masajeó toda la espalda. Mike gimió, mientras Ethel recorrió toda su cicatriz con suaves besos.

—¿Crees que me importa? Michael Elliot, te amo tanto, que si hubieras venido cojo y tuerto no me hubiera importado. Estas cicatrices son las de un héroe; nunca te avergüences de ellas. —A él se le saltaron las lágrimas de emoción, Ethel se las secó con los dedos y se besaron de nuevo. Ella lo siguió acariciando hasta llegar a la hebilla de su pantalón, que desabrochó, hundiendo su mano en el interior. Mike suspiró, y entre dientes dijo:

—Me vas a matar antes de tiempo...

—Pues no pierdas el tiempo, corazón. —Tiró con fuerza de sus pantalones, arrastrando sus braguitas en un solo gesto. La miró como si fuera una diosa.

—Voy a pasar la eternidad en el infierno.

—¿Qué dices?

—Sí, porque tiene que ser pecado hacerle el amor a un ángel.

—Pues pequemos juntos. Quítatelos, quiero verte entero...

Él acabó de desnudarse. Su erección estaba en su plenitud. Se colocó entre sus piernas y ella sintió su miembro en el vientre; le besó los pezones mientras acariciaba su sexo. Ethel jadeaba.

—No puedo esperar más, Pequeño Cheyenne... te necesito dentro.

Él la agarró de las nalgas, mientras ella rodeaba su cintura con las piernas. La embistió con fuerza y pasión; con toda la rabia, la tristeza y el deseo que había sufrido. Ethel, lejos de protestar, se arqueaba ante él, pidiendo más. Lo apretaba en su interior y eso lo volvió loco, acrecentando el ritmo de su acometida. Juntos, dejaron escapar un grito cuando llegaron al clímax. Se dejaron caer sobre el heno. Pasaron un rato inmóviles, abrazados, mudos. Solo se sonreían el uno al otro y compartían caricias inocentes. Finalmente, él le apartó un mechón de la cara y le susurró al oído:

—Este es el mejor regalo de cumpleaños que me has hecho en todos estos años. —Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¡Es verdad! ¡Hoy es veintisiete! —Y, riendo, lo cubrió de besos, entre juegos y cosquillas.

Un carraspeo procedente de la parte baja del granero les interrumpió. Miraron hacia abajo, y Ethel gritó avergonzada, cubriéndose con una bala de heno. Allí estaba toda su familia, con el amigo de Mike incluido. Su abuelo encabezaba el grupo con un rifle en la mano. Los hombres miraban a Mike, sonrojado de la raíz a las puntas, como si quisieran matarlo. Ethel nunca había

visto tan furioso a su padre y a sus tíos. Su abuela, su madre y su tía sonreían de oreja a oreja, y a Rory parecía que le iba a estallar una vena de la sien, intentando aguantar la risa. Ethel salió de detrás del heno y gritó histérica:

—¿Qué hacéis aquí? —Rory, al verla tan azorada, soltó una carcajada.

—Niña, creo que deberías cubrirte: hay demasiados ojos presentes para que la situación sea decente —dijo su abuelo con calma, mirando de reojo a Rory. Aquello hizo reaccionar a Michael.

—¡Mackenzie! ¡Date la vuelta, cabrón! —Rory no paraba de reír y de disfrutar de la visión.

—¿Y decías que tenía muchas primas?

—¡Hazlo o te dejaré cojo del otro lado, lo juro! —Rory, levantando los brazos en son de paz, se giró lentamente.

El abuelo Thomas gritó a Mike, que se puso firme.

—¡Michael Elliot Rodney! Has... —la abuela Mary lo cogió del brazo y tiró suavemente de él.

—Déjalo, papá. Los chicos saben lo que hacen... —El abuelo parecía decepcionado, como un niño al que le prometen un caramelo y no se lo dan.

—¡Oh, vamos, mamá! ¡No me quites el gusto de hacerlo! —Ella suspiró resignada.

—¿Le vas a disparar?

—¡Claro que no! —dijo entre dientes para que solo la escuchara ella; y luego, alzando la voz —: ¡Haré lo que tenga que hacer, mujer! —Ella puso los ojos en blanco y, con un gesto, le indicó que procediera.

—¡Michael Elliot Rodney!

—¡Sí, señor!

—Has mancillado el honor de mi nieta. —Mike intentó no reírse. El abuelo entrecerró los ojos —. ¿Te hace gracia, muchacho? —preguntó alzando el rifle. Mike se tensó.

—No, señor.

—Exijo que cumplas.

—¡Sí, señor!

—¡Te casarás con ella! —Ethel protestó, porque actuaban como si ella no estuviera allí.

—Solo si ella me acepta —dijo mirándola a los ojos.

—Pues... —Antes que pudiera decir sí o no, su abuelo la interrumpió.

—¡Ethel Marie Longfellow! ¡Te casarás con él o pasarás el resto de tus días en tu habitación!

—¡Pero si ni siquiera me lo ha pedido!

—¿Y qué? ¡Te casarás igualmente!

—Ethel... —la llamó suavemente Mike, que ya se había puesto el pantalón. Ella miró en su dirección justo en el momento que se arrodillaba y se llevó las manos a la boca.

—¡Oh, Dios mío! ¡Lo va a hacer! —Él sonrió.

—Ethel Marie Longfellow, llevo toda la vida junto a ti y no quiero que eso cambie, ¿quieres casarte conmigo? —Ella asintió con la cabeza, nerviosa.

—¡Sí!

La estancia se llenó de vítores; las mujeres suspiraron de alivio y lloraban de alegría, los hombres sonreían de oreja a oreja.

9. La boda, Smith Town, 27 de julio de 1968

La boda de Ethel y Mike fue el acontecimiento del año en la comunidad y todos quisieron participar en ella. La iglesia estaba a rebosar de invitados y vecinos. Todos estaban felices, a pesar de la ausencia de tío Jebediath; le echaban mucho de menos pero no estaban tristes, porque él no lo hubiera querido. Aparte de los Longfellow, acudieron algunas de las autoridades locales, como el alcalde y el jefe de policía. Y, por supuesto, los amigos íntimos de los novios. Por parte de Mike asistieron los chicos que habían sobrevivido de su pelotón: Steve y los demás, el teniente Callaway y por supuesto, Rory. Entre los amigos de Ethel estaban Eveline, la señora Heather y parte de las chicas de The Hope House; tampoco quisieron faltar Chuck y Claire, que lucían muy enamorados, y el resto de sus compañeros cantantes. Eliza y Big John también asistieron, encantados. Y algunos de los ejecutivos de la radio. Ethel había llegado a un acuerdo con ellos para ser compositora, y así poder quedarse en casa: compaginaría la música con las actividades del negocio familiar, y ambas partes convinieron en que era la mejor solución.

Los días previos a la ceremonia habían sido de mucha actividad, todos los invitados se habían alojado en la granja. Saltaban chispas entre los militares y las chicas del lugar, pero lo que sin duda causó más impacto fue descubrir a Rory y a Eveline en el granero. Y es que desde el principio parecían haberse caído fatal; les faltó poco para llegar a las manos. Todo empezó cuando Eveline lo llamó *paleta* y Rory le contestó tildándola de *pija estirada*... Finalmente, y una vez que aquel par limó sus asperezas, resultó que casi todos los chicos de Mike llegaron a la iglesia con pareja. Todos iban pulcramente uniformados, acorde con el novio, que vestía su uniforme de gala de sargento de los Marines de los Estados Unidos. Aquel tono de azul le sentaba estupendamente. Ya le había crecido un poco el pelo y había cogido algo de color; estaba terriblemente atractivo, tanto, que algunas matronas viudas se le habían insinuado. Mike se lo tomó con buen humor.

Junto al reverendo y a sus padrinos, Mike esperaba pacientemente a la novia. El corazón le empezó a latir aceleradamente cuando la marcha nupcial empezó a sonar. Las damas de honor entraban con elegantes andares; Mike pensó que eran muy guapas, porque precedían a las más hermosas de todas.

Y, entonces, apareció en el umbral. Su vestido de gasa era sencillo: el escote tipo barco y el corte bajo el pecho la estilizaban; los pliegues de su falda caían delicadamente hasta los pies, sin ningún volumen aparatoso; las mangas, transparentes, le llegaban hasta el codo, dejando ver una sencilla pulsera de plata. Un fino encaje plateado remataba el escote como único adorno. Llevaba el pelo suelto, con tan solo dos mechones recogidos por una peina de plata. El sol que entraba por los ventanales hacía brillar su cabello, dándole un aura etérea. Y aquellos ojos grises que la hacían parecer un hada salida de un cuento de princesas. Su madre y su abuela se enjugaban las lágrimas, y su padre y su abuelo no podían sentirse más orgullosos.

Cuando llegó junto a Mike, él estaba conteniendo el llanto.

—Si estuvieras más hermosa, el mundo dejaría de girar —le susurró.

—Si estuvieras más guapo... —No pudo seguir porque no le salían las palabras.

El reverendo sonrió.

—Hermanos, estamos aquí reunidos...

Todos lo escucharon respetuosamente, ansiosos por oír los votos de los novios.

—Ethel, mis mejores recuerdos están ligados a ti. Fuiste mi amiga cuando estaba solo, fuiste mi familia cuando me faltaron; fuiste mi esperanza en tierra hostil... Y a pesar de que las circunstancias nos separaron, siempre estuvimos juntos. No podría amarte más de lo que te amo ahora.

—Michael, voy a confesar algo de lo que ni yo misma era consciente: la primera vez que te vi de camino al colegio, supe que el destino te había puesto en mi vida para ser algo más que amigos. No lo entendí entonces, porque solo era una niña de ocho años y tú un mocoso de seis —la congregación se rio quedamente—. El día que te llamaron a filas, un pedazo de mi corazón se fue contigo, y el resto, se quedó sangrando hasta que volviste para curarme. Cuando te vi de nuevo supe que mi esperanza no fue en vano; no podría amarte más de lo que te amo ahora.

El reverendo continuó:

—Os declaro marido y mujer.

Después de la emotiva ceremonia, se celebró un gran banquete al aire libre.

Dos grandes mesas alargadas se extendían a los laterales de una principal, la de los novios. Habían habilitado una zona de baile y un pequeño escenario, desde donde una orquesta amenizaba la fiesta. Los novios abrieron el baile, al que todos se unieron, animados. Juntos improvisaron algunas coreografías country y hasta los abuelos Longfellow se atrevieron con algún paso. Sin avisar, Ethel sentó a un sorprendido Mike en mitad de la pista y empezó a cantar a capela.

«Every time that I have been looking for you was a waste of time, 'cause you have always been here and I couldn't see it. I was so blind. I was so deaf. I made a fool of me...»

De pronto, todos callaron. Sus compañeros se acercaron para hacer los coros: conocían perfectamente la letra, Ethel la había estado cantando en el autobús de las giras. Cuando la orquesta se hizo con los acordes, la acompañó con la melodía. Mike no cabía en sí de gozo. Adoraba ver a su mujer cantando, y que lo hiciera para él ya era el sumun. Cuando terminó, un silencio expectante le hizo reaccionar: la cogió de la cintura y la besó con pasión.

—Te amo, señora Rodney.

—Te amo, sargento Rodney.

10. Epílogo

Festival de Woodstock, fin de semana del 15 al 18 de agosto de 1968

Mike estaba harto de tanta gente desconocida. Aquel festival había reunido a miles de personas en los terrenos de una granja y se estaba empezando a agobiar. Había aguantado estoicamente por Ethel: ella había estado tan ilusionada en asistir y había puesto tal empeño, que solo por verla feliz, le hubiera bajado la luna. Incluso había disfrutado gratamente de los conciertos; de hecho, le habían encantado, pero hubiera preferido escuchar a los artistas de uno en uno, en sus propios espectáculos. Que Eveline y Rory discutieran constantemente tampoco hacía que su humor mejorara. Realmente, no entendía qué relación tenían aquellos dos... Rory se había convertido en empleado de la familia Longfellow, era un trabajador incansable y con un poco de esfuerzo había aprendido muchas cosas nuevas. El ejército le había venido muy bien para madurar; ya no era tan inseguro, incluso se podría decir que, sin perder su característica inocencia de buen chico, había espabilado bastante, y que su timidez ya no era tan enfermiza. Había caído muy bien en la comunidad. Incluso la abuela Mary lo había tomado bajo su protección, instándolo a que estudiara por las noches. Había pulido hasta su forma de hablar, ahora un poco más correcta, y aquello le convertía en un objetivo evidente para las chicas del lugar... Y él se dejaba querer. Pero en cuanto Eveline aparecía en escena, cualquier otra chica era ignorada. Eveline había regresado a Nueva York después de la boda, había recuperado su puesto como profesora y seguía con su afición a la escritura. Ayudaba cuanto podía en The Hope House, y cada vez que contaba con unos días libres se dejaba caer por la granja, alegando que echaba muchísimo de menos a Ethel. No cabía duda de que era cierto, pero Ethel no era la única a la que echaba de menos; Rory estaba en sus pensamientos, pero se negaba a admitirlo. Aquellos dos se pasaban la vida entre revolcones y discusiones. Mike sospechaba que él quería algo serio con ella, pero ella no se acababa de decidir: se consideraba demasiado independiente y cosmopolita para aceptar una vida de casada con un granjero. Era una lástima; a Mike le hubiera gustado que sus mejores amigos fueran tan felices como Ethel y él, pero aquello no era decisión suya, ni mucho menos.

Aquella pareja había estado discutiendo todo el camino desde Smith Town hasta Bethel. Discutían por todo: por el tráfico, por la distancia, por tener que ir apretujados en la ranchera, por el calor, por la comida... A Ethel y a él les había parecido muy divertido al principio, las pullas que se dirigían eran muy originales y no paraban de reír... Pero después de tres días de disputas, de estar rodeado de gente sudorosa (y algunos altamente drogados), de dormir apretados en una tienda de campaña —o de intentarlo en medio de aquel ambiente festivo—, y de una lluvia torrencial, ya empezaba a estar hastiado.

—¡Ay! —se había quejado Rory frotándose la nuca. Eveline le había dado una colleja, enfurruñada—. ¿Qué haces? ¿Estás chalada?

—Pues deja de mirar embobado a cada chica que pasa por tu lado... Es patético ver cómo se te cae la baba por un par de tetas. Mira a Mike, que ni se inmuta.

—Ey, a mí no me metas en tus movidas —protestó Mike.

—¡Yo no miro embobado! —dijo Rory indignado—. ¡Si pasan con esas pintas por delante de mí no es culpa mía! —Mike se rio internamente; Rory estaba entusiasmado en aquel festival y no precisamente por la música. La verdad es que rondaban por allí verdaderas preciosidades proclamando el amor libre. Él mismo hubiera sucumbido si no hubiera estado irremediabilmente

enamorado de Ethel. Ethel... Mike se dio cuenta de que no sabía por dónde andaba su mujer. Buscó a su alrededor y no tardó en divisarla: estaba sentada sobre el césped, unos metros más adelante, rodeada de una decena de chiquillos a los que entretenía con su guitarra. Los niños reían y bailaban al son de sus canciones, mientras ella sonreía. Mike podría pasarse toda la vida mirando aquella sonrisa. La discusión entre sus amigos se había hecho más violenta, y sus gritos lo sacaron de sus ensoñaciones. Pocas veces había visto a Rory tan enfadado.

—¡Por encima de mi cadáver, Eveline!

—¡Yo hago lo que me da la gana, paleta, a ver si te enteras de una vez!

Mike se giró y la escena que vio lo hizo sonrojar: allí estaba Eveline completamente desnuda, forcejeando con Rory, que intentaba cubrirla. Mike no sabía qué hacer: una cosa era ver a desconocidas ligeras de ropa, y otra era ver a la mejor amiga de su mujer como Dios la trajo al mundo.

—¡Venga ya, Eveline! ¡Si estás sonrojada! ¡Solo lo haces por fastidiarme!

—¡Y una mierda! ¡Yo también puedo practicar el amor libre! ¡Tú! —llamó al primer tipo que pasó por su lado—. ¿Follamos? —El hombre la miró de arriba abajo, apreciativamente. Mike no podía creer lo que veía.

—¡Eveline! —la advirtió Rory— ¡Cómo te acerques, lo mato! —«Joder», pensó Mike. Aquello se estaba poniendo serio.

—Tranquilo, hermano, podemos compartir... —dijo el hombre. «Me cago en la puta, ese tío es un suicida», pensó mientras corría hacia Rory para que no hiciera ninguna tontería.

Llegó tarde, Rory ya lo había tumbado de un derechazo. Eveline gritó, mientras golpeaba a Rory en el pecho:

—¡Eres un bruto!

Él intentó agarrarla de las muñecas, pero no se dejaba. Empezaron a forcejear. Mike cogió a su amigo de la espalda, intentando separarlos, pero los embates de Eveline eran muy intensos.

—¡Ethel, échame un cable! —gritó—. ¡Intenta parar a la loca de tu amiga!

—¡Aquí el único loco es este cateto! —gritaba Eveline.

Ethel llegó corriendo, casi sin aliento, empuñando la guitarra como arma. Había oído a Mike pedir ayuda, pero no supo qué ocurría hasta que llegó al lugar. Al ver la situación, a su marido forcejeando con Rory para intentar liberarlo del ataque de una Eveline(¡desnuda!) no pudo más que estallar en carcajadas. No sabía qué había ocurrido, pero la escena le pareció tan divertida que se retorció de risa.

—Ethel, por Dios, ayúdame a separarlos, se van a lastimar —dijo exasperado.

—Ya voy, ya voy —dijo entre risas. Tiró de la cintura de su amiga, que no dejaba de removerse. La risa nerviosa de Ethel no ayudaba en absoluto... Eveline se resbalaba de entre los dedos, sudada y escurridiza.

—Ethel, ¡céntrate, joder! —masculló entre dientes su marido.

Ella asintió. Con fuerza tiró de Eveline, consiguió soltarla y ambas cayeron al suelo. El barro que cubría el terreno frenó la caída, evitando que se lastimase; seguía riendo. Eveline cayó bruscamente sobre el vientre de Ethel, se quedó petrificada durante unos segundos y, luego, se levantó como impulsada por un resorte.

—Ethel, ¿estás bien? —Su cara era un rictus de horror—. ¡Ethel, por favor! —Empezó a llorar—. Ethel, dime que estás bien...

—Eveline, no creo que se haya lastimado, ¿no ves que se está riendo? —la tranquilizó Rory—. ¿Verdad Mike? —miró a su amigo con cierta incertidumbre. Mike negó, sonriendo.

—Mi chica es fuerte, no es la primera vez que se cae de culo, ¿verdad, Peloespiga?

—Estoy bien, chicos —contestó levantándose con la ayuda de su marido. No había dejado de sonreír, pero Eveline la seguía mirando asustada.

—Pero Ethel, he caído sobre tu barriga... —añadió, atormentada. Mike sintió que algo raro estaba sucediendo. Entornó los ojos, desconfiado.

—¿Ethel?

—Estoy bien —confirmó con una sonrisa nerviosa. Mike no se creyó ni una palabra.

—Eveline, ¿qué ocurre aquí? ¿Sabes algo que yo no sepa? —ella apretó los labios.

—Está embarazada —siseó entre dientes, en voz apenas audible.

—¡Eveline! ¡Lo prometiste! —la regañó Ethel.

—¿Qué? —gritaron los chicos, asombrados.

—¡Prometí no decírselo cuando lo descubriste! ¡Pero ya va siendo hora de que se lo digas!
¡Dentro nada se te va a notar el bombo!

—¡Joder, Ethel! ¿Pero de cuánto estás? ¿Por qué cojones no me lo habías dicho?

—¡Porque no me hubieras dejado venir!

—¡Por supuesto que no te hubiera dejar venir! ¡Mira a tu alrededor! ¡Esto está lleno de gente!
Te hubiera podido pasar cualquier cosa... ¡Joder, ni siquiera deberías estar oliendo la marihuana!
¿En qué coño pensabas?

—¡Michael Elliot Rodney, no te atrevas a gritarme! ¡Aquí también hay niños y embarazadas!

—¡Pero ninguno de ellos es ni mi hijo, ni mi mujer! —Mike estaba fuera de sus casillas—.
¿Desde cuándo lo sabes? —Ella se mordió el labio inferior.

—Está de casi tres meses —dijo Eveline.

—¡Traidora! —gritó Ethel—. Mike se dirigió a su mujer, furibundo.

—¡Se acabó! ¡Nos vamos a casa ahora mismo!

—¡Bien dicho! —le apoyó Rory. Las chicas lo fulminaron con la mirada.

—¿Qué? ¡Ni hablar! ¡Yo no me voy a ningún sitio! ¡Esta noche toca Jimi Hendrix!

—¿A mí qué cojones me importa que toque Jimi Hendrix? ¡Nos vamos! ¡Mackenzie!

—¿Sí?

—Coge al desastre de novia que tienes, que nos vamos.

—¡Oye, que yo no soy su novia!

—¡Eso! ¡Sigue negándotelo, preciosa! —dijo Rory. Sonreía de oreja a oreja. La cogió en volandas y se le echó al hombro, dándole un cachete en el trasero—. Pero este culito tiene dueño.
—Eveline gritó indignada.

Mike quiso hacer lo mismo con Ethel.

—¡No te atreverás! —exclamó, retrocediendo.

—¡Ethel, no me tientes!

—¡Mike, por favor... quedémonos! —le suplicó—. ¡Te juro que estoy bien! ¡Te prometo que no me separaré de ti en todo el festival! ¡Por favor!

—Ethel, Eveline ha caído sobre ti... —dijo atormentado—. Tendrían que hacerte un reconocimiento...

—Estoy bien, de verdad —insistió Ethel.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque Sybill me mostró a nuestros gemelos... —Mike soltó el aire que no sabía que tenía retenido en los pulmones. ¿Gemelos? ¿Sybill?

—¡Maldita sea, Ethel! ¡Está bien, nos quedamos! Pero quiero tu culo pegado al mío las

veinticuatro horas... Y ya se me ocurrirá algún castigo por mantenerme engañado con algo tan importante... cuando llegemos a casa —dijo, simulando pensar—. Ya sé, me chivaré a tu abuela. —Ella soltó un grito de alegría y se abalanzó sobre su marido, besándolo con pasión.

—¿Qué voy a hacer contigo, ojos de plata? Me tienes en el bote.

—No tanto como tú a mí, Pequeño Cheyenne.

—¡Oh, por favor! ¿Podéis dejar las escenitas románticas para otro momento? —protestó Eveline—. Me estoy empezando a marear de estar bocabajo. —Rory se dio cuenta de que aún la tenía sobre su hombro. La soltó inmediatamente. Ella se agarró a él para no caer.

—¿Lo ves? Estás loca por mí.

—Cállate, ¿quieres?

Ethel cumplió lo prometido: no se separó de su marido ni un momento en todo el tiempo que quedaba de festival. Estaba mucho más cariñosa de lo habitual. Mike lo achacó a que se sentía liberada por haberle contado por fin lo de su embarazo. A pesar de la preocupación que sintió al principio, estaba encantado con la noticia: era el mejor regalo que la vida le podía ofrecer, una familia... Y Ethel le había ofrecido aquella felicidad por partida doble. Miró a su mujer, acurrucada a su lado, y luego a sus amigos. Parecía que aquel día habían aclarado sus sentimientos, y algo le decía que iba a ver a Eveline más a menudo por la granja. Supo que no podía pedir más a la vida, era un tipo con suerte.

—Mike —le llamó suavemente Ethel.

—¿Sí?

—Siento haberte ocultado lo del embarazo... Quería decírtelo en algún momento especial y fueron pasando los días... —Él se rio.

—Bueno, me he enterado en mitad del festival Woodstock. Creo que va a ser una fecha muy especial —contestó en tono divertido.

—Te quiero, Michael.

—Y yo a ti, Ethel.

Avigail

1. Berlín, verano de 1932

Avigail jugaba en el estanque del parque, junto a su mejor amiga Elke. Tío Klaus les había hecho unos preciosos barcos de papel, que intentaban hacer flotar sin que se hundieran. El doctor Klaus Richter no era su tío en realidad, sino el papá de Elke, el mejor amigo de su papá, el doctor Yossef Levi Becker. Pero para ella, los Richter eran parte de su familia; los había conocido de toda la vida, si tener siete años podía considerarse toda una vida. Como todos los veranos por las tardes, sus padres cerraban la consulta médica que regentaban a medias y ambas familias pasaban el rato, en los parques, en las ferias o en los cafés. Así pues, allí estaban sentadas en un bonito banco de forja, su madre y su tía. Su madre, Astrid Becker, una belleza noruega, de porte elegante heredado de la vieja aristocracia nórdica, de piel cremosa, pelo rubio casi blanco y unos hermosos ojos grises como de plata líquida, los cuales había heredado Avigail al igual que su porte y su cara ovalada; no así su cabello, que era negro como un cuervo, tal como lo tenía su padre. Junto a ella, Monika Richter, una matrona rolliza, rubia también, pero no tan clara. Era bonita, pero ni de lejos se asemejaba a la hermosura refinada de Astrid. No muy lejos de las niñas, estaban sus maridos, que sin quitarles ojo observaban también a Manfred, el primogénito de los Richter que intentaba hacer volar una cometa. El muchacho ya había dejado de vestir pantalones cortos; tenía quince años, pero su naturaleza enfermiza no le dejaba disfrutar de otras actividades típicas de su edad. La debilidad de sus pulmones se hacía patente en su físico, delgado, pálido y ojoso. No era especialmente alto, y su pelo rubio le hacía parecer algo fantasmagórico. De haber disfrutado de un buen estado de salud se hubiera podido decir que era atractivo de una manera fría, pero no era el caso en ese momento, presentando un aspecto demacrado. En contraposición al aspecto sano y vital de su hermana, una rubia de ojos azules vivarachos y mejillas sonrosadas, con los labios muy acentuados y la nariz pequeña, tenía el aspecto de una muñeca de porcelana. Las niñas empezaron a salpicarse agua entre risas, manchándose sus immaculados calcetines blancos.

—¡Avigail Esther Becker! —La niña se irguió de repente. Su madre no había subido el tono ni una octava—. Ese no es un comportamiento digno de una señorita —dijo en el mismo tono tranquilo, pero con una advertencia escondida en la voz, Avigail aceptó la reprimenda, bajando la mirada y alejándose. Porque era una reprimenda en toda regla, aunque no hubiera alzado la voz. Astrid Lena Becker jamás levantaba la voz; nacida Fredericksen, un apellido relacionado con la aristocracia, su padre había sido un barón, si bien venido a menos, no dejaba de ser un noble y sus vástagos habían sido educados como tal, encorsetados en convencionalismos sociales. Astrid siempre había sabido cuál era su lugar en el ámbito familiar, como hija devota y obediente. Su único acto de rebeldía había sido acudir a las tertulias de la Universidad de Oslo, donde un joven médico alemán, que era uno de sus ponentes, se interesó por ella. No obstante, era el segundo hijo de una familia burguesa alemana, que por muy joyeros que fueran, no era lo suficientemente bueno para ser considerado un buen partido. Sin embargo, ella se enamoró perdidamente de él y contra todo pronóstico se casaron, obviamente en contra de la voluntad de la familia de ella, que la desheredaron, algo que hubiera sido nefasto si Lord Fredericksen hubiera tenido fortuna con la que dotarla.

—¡Déjalas que disfruten, son solo unas chiquillas! —intervino Monika, de carácter más afable y cercano—. Hace un día precioso, no tardarán en secarse los calcetines y ellas tendrán una historieta para recordar. —Astrid no dijo nada, pero estaba claro en su semblante que no le gustaba mucho la idea. Después de la muerte de su pequeño Olaf no le hacía ninguna gracia tratar de nuevo con las fiebres, por mucho que hubiera un médico en casa. Observó a su marido, junto a su amigo; ambos eran atractivos, pero totalmente distintos: mientras que Klaus era de un rubio rojizo de ojos claros y bigote rizado, Yosseff era moreno con el pelo ligeramente rizado, barba cuidada y unos ojos marrón chocolate que no perdían detalle. Eran como hermanos, se habían salvado la vida el uno al otro tantas veces en la gran guerra que ya habían perdido la cuenta. Astrid frunció el ceño al verlos cuchichear. No solían hacerlo, al menos que algo les preocupara. ¿De qué estarían hablando?

—La verdad, Klaus, no me gusta el cariz que está tomando la situación política.

—Exageras, Yosseff —replicó su amigo con un tono divertido en la voz, al advertir el ligero tono de preocupación de su amigo.

—Que no, desde la derrota en la gran guerra el país no termina de levantar cabeza, hay cierto resquemor en el ambiente que no me gusta nada, todavía pienso que nos iba mejor con el Káiser Guillermo.

—Pero ¡qué dices! Si tenemos una consulta próspera, es signo de que la cosa no va tan mal ¿no? —Yosseff bufó.

—Porque siempre serán necesarios un panadero, un médico y un sepulturero, pero no hay más que ver el tipo de pacientes que atendemos.

—¡Bah! Insisto en que exageras, además se aproximan cambios. Adolf Hitler parece una buena opción política.

—¿Tú crees? A mí me da mala espina, no sé todo esto me parece un «dame pan y luego circo», me da en la nariz que esto no va a salir bien. —Klaus se rio.

—Los judíos y sus narices... —Yosseff resopló y puso los ojos en blanco.

—Estos católicos no tienen ni idea de hacer chistes... —Y ambos rieron con ganas. Astrid se relajó al verlos felices, tal vez eran imaginaciones suyas el haber visto preocupación en el rostro de su marido. Giró el rostro con una sonrisa y siguió charlando con Monika animadamente. En esos momentos, nadie podía iba imaginar lo que vendría más tarde...

2. Berlín, finales de noviembre de 1938, estancia de doble fondo en algún edificio del centro de la ciudad

Avigail, arrinconada, intentaba leer algo, en un improvisado sofá a base de cojines desvencijados. Estaba asustada; a decir verdad, llevaba asustada varios años, desde que el Führer había puesto su vida patas arriba. Su padre no podía trabajar; bueno, no le dejaban trabajar, para ser exactos. Llegado cierto momento, se vieron obligados a esconderse para sobrevivir. Ella tuvo que ser educada en casa por sus padres. No tenían apenas recursos, el hambre marcaba sus pómulos y hundía sus ojos grises haciéndola parecer un ánima errante. Tampoco le quedaban apenas amigos, nadie quería arriesgarse a ser relacionados con una familia judía. Gracias a Dios los tíos Klaus y Monika aún estaban ahí, junto a Elke. Mannfred se había alejado de su familia en cuanto su salud mejoró; no lo suficiente para ir al frente, pero sí para entrar en la *Allgemeine SS*, promocionado por su antiguo mentor de las juventudes hitlerianas. Si no, aquel enclenque, como le llamaba con rabia su padre, nunca hubiera hecho carrera. Avigail se sorprendió de que su padre arremetiera contra nadie. Siempre había sido afable con todos, enardeciendo virtudes en lugar de criticar defectos. Pero sí, era cierto que desde que primo Mannfred vistió ese uniforme fue la perdición de la familia Becker y la vergüenza de los Richter.

Por su culpa, se encontraban escondidos en aquel húmedo sótano, aunque se podían considerar muy afortunados; después de «La noche de los cristales rotos», acaecida apenas dos semanas antes, muchos judíos habían sido asesinados o trasladados a quién sabía dónde. Corrían muchos rumores sobre sitios horribles donde llevaban a los judíos a morir, pero eran acallados por los mismos judíos ante el terror de que fuera verdad.

Avigail recordaba aquella noche claramente; el caos y la violencia en las calles fue espantoso, los alemanes no judíos civiles y hombres uniformados arremetieron contra las casas y los comercios de los judíos, se incendiaban casas y se rompían escaparates, cientos de hombres y mujeres recibían palizas, la mayoría de las veces mortales... Su madre, embarazada, se puso histérica y perdió las formas, por primera vez en su vida. Lloraba a lágrima viva y agarraba su vientre con una mano temblorosa, mientras con la otra abrazaba a Avi, en ademán protector. Su casa era de las más apartadas del tumulto y por eso su padre se atrevió a sacarlas de allí, rodeando la ciudad, corriendo de esquina en esquina evitando que les vieran en la medida de lo posible. Asustados y con lo puesto, fueron al único sitio que podían acudir: a casa de los Richter, que los acogieron sin pensárselo dos veces. No obstante, cuando la horrible noche pasó, unos golpes enérgicos los sobresaltaron. Mannfred exigió que les abriera; uniformado y con semblante adusto había gritado, no, tronado:

—¿¡Dónde están!?

—¿Quiénes?

—No te hagas el tonto, padre. Los Becker, he estado en su casa y no estaban —dijo iracundo.

Yossef y su familia estaban escondidos en el dormitorio de invitados. Acompañados de Elke y Monika, presa de los nervios, ni siquiera se había peinado. Yossef negó con la cabeza y puso la mano en el picaporte para salir, no quería que Klaus y su familia sufrieran represalias por su culpa. Monika se lo impidió negando silenciosamente; se colocó bien el moño, como si ese gesto le diera valor, y salió a intentar a razonar con su hijo.

—Hijo, ¿desde cuándo se han permitido gritos en esta casa? No creo que nadie sea sordo — dijo serenamente, mientras se colocaba junto a su marido. Manfred se sonrojó ligeramente, carraspeó suavemente y suavizó el tono.

—Buenas noches, madre. No, en esta casa no hay nadie sordo, pero tampoco estúpido. Así que, por vuestro bien, dejad que los Becker salgan de donde los tengáis escondidos.

—Está bien, Monika, nos vamos con él. —Yossef había salido de la habitación seguido de su familia—. No queremos causaros problemas.

En la cara de Manfred se dibujó una sonrisa torcida de victoria. Avigail sintió un escalofrío al sentir su fría mirada de desprecio.

—¡No! —gritó al unísono el matrimonio Richter mientras Elke sollozaba.

—No tengo tiempo para esto —dijo Manfred, aburrido. Dio tres zancadas hasta los Becker y tomó a Avigail del brazo prácticamente arrancándola de los de su madre. Elke, al ver a su amiga zarandeada, se abalanzó hacia su hermano, dándoles puñetazos en los brazos.

—¡Elke, no te metas! —exclamó propinándole un bofetón que la tiró de bruces al suelo. Monika y Astrid corrieron a socorrerla, mientras que Klaus cogió de la pechera a su hijo.

—¡No vuelvas a tocar a tu hermana, bastardo! —dijo iracundo entre dientes. Manfred intentó deshacerse del agarre de su padre con cierta dificultad; seguía siendo algo débil frente a la corpulencia de su padre. Miró nervioso alrededor. No debería haber ido solo, pero en el fondo era una cuestión delicada justificar que sus padres encubrieran a una familia judía sin perjudicarles y sin perjudicarse a sí mismo. Suspiró, asintió y su padre le soltó. Sacó su pañuelo del bolsillo y se agachó junto a las mujeres, que permanecían arrodilladas sin moverse, a la expectativa. Se acercó a su hermana; con un ligero brillo de remordimiento en sus ojos la tomó por la mejilla y le limpió el hilillo de sangre que manaba de la comisura de sus labios.

—Lo siento, Elke —lo dijo con tanta ternura que la chica rompió a llorar—. Mañana, antes del amanecer, volveré —dijo sin mirar a nadie—. Como sigan aquí, os llevaré a todos arrestados.

—Pero ¿qué dices, hijo? —sollozó su madre.

—Por traición al Reich, madre. —La palabra «madre» fue escupida más que pronunciada.

—¿Cómo sabremos que no nos seguirás? —se atrevió a preguntar Astrid, sacando valor de donde no tenía, haciendo eco de su antiguo porte.

—Tía Astrid —una sonrisa taimada apareció en los labios de Manfred, la ironía era patente en su tono—, no puedes estar segura. Pero en consideración a mis padres no soltaré a mis perros antes de tres horas. En cuanto a vosotros —dijo señalando a sus padres con el dedo—: no os confiéis, un mínimo desliz y no habrá lazo de sangre que pueda salvaros. —Y salió dando un portazo.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder! —dijo Klaus—. Sé de un sitio en el que estaréis seguros.

—¡Klaus, no! Ya os hemos causado demasiados problemas —se quejó Yossef.

—¡Tonterías! —intervino Monika, mientras metía apresuradamente una manta, ropa, algunos artículos de primera necesidad y algo de comida en una bolsa—. Klaus, llévatelos. —Indicó, dándole la bolsa a su marido, a sabiendas que ningún judío debía ser visto cargado con hatillos, maletas o similares.

Antes de salir las mujeres se abrazaron y se desearon suerte, no había tiempo para las lágrimas. Dos horas más tarde, se encontraron instalados en su nuevo escondite. Esa noche no pegaron ojo, a pesar de que lo intentaron. Los tres permanecieron abrazados en un mugriento colchón de paja.

Ensimismada en sus recuerdos, Avigail no escuchó que su padre la llamaba desesperadamente. Solo cuando la zarandeó suavemente salió de su ensoñación.

—¡Avigail, por Dios, reacciona!

—¿Qué? —gritó confusa.

—¡Tu madre se ha puesto de parto! ¡Tienes que ayudarme!

—¿Qué?! ¡Si aún le quedan dos meses! —Él pánico se apoderó de la chiquilla. Miró cómo su madre sufría en silencio; incluso en ese estado no dejaba fluir sus emociones, se había estado consumiendo poco a poco, su educación no la había preparado para pasar y afrontar las estrecheces. Ni siquiera entendía la política del momento, siempre pensó que el pueblo era muy voluble para poder elegir un dirigente. La gota que colmó el vaso fue cuando tuvo que vender los zafiros de la abuela Fredericksen en el mercado negro. Eso terminó por rematar el maltrecho ánimo, ya de por sí melancólico de su madre. No era de extrañar que su futuro hermanito quisiera salir antes de tiempo.

—¡Padre, yo no puedo! ¡No sé nada de partos!

—Avigail, lo haré yo casi todo, solo necesito que me ayudes en algunas cosas.

—¿Y el tío Klaus? —insistió.

—No puede venir, sabes que es peligroso para él. Demasiado que viene de vez en cuando a traernos víveres.

—¡Pero por madre vendrá! —insistió entre sollozos

—¡Avigail Esther Becker! ¡Basta ya! ¡Tienes trece años, ya no eres una niña! ¡Sabes lo que pasa a tu alrededor! ¡Tu madre te necesita!

Se quedó boquiabierta. Su padre jamás le había gritado, aquello era más importante de lo que jamás hubiera imaginado. Se sorbió la nariz y se pasó el dorso de las manos por la cara para enjuagar sus lágrimas.

—¿Qué tengo que hacer? —murmuró tímidamente. Yossef suspiró de alivio.

—Busca sábanas o toallas limpias. No hay mucho, pero seguro que te apañas. Hierve agua, coge el poco alcohol que tenemos y quema el filo de un cuchillo o unas tijeras, necesitaremos hilo fuerte también... —Lo dijo todo tan de carrerilla que Avi casi no tuvo tiempo de asimilarlo; no obstante, se puso manos a la obra.

Cuando volvió con todo lo que le había pedido, su padre ya le había dado a morder a su madre un trapo para ahogar los gritos de dolor para no alertar a los vecinos. Tenía la frente perlada de sudor; su pelo siempre arreglado, ahora estaba sucio y enmarañado, dándole el aspecto de un nido desmadejado. Cerraba los ojos con fuerza cada vez que tenía una contracción, su cara era un rictus de dolor. Avigail no pudo más que llorar al ver el sufrimiento de su madre. Aun así, no se dejó intimidar y procedió a ayudar a su padre.

—Muy bien, hija, ahora ponte a su cabecera y apoya tus rodillas en su espalda y agárrale las manos. Estuvo casi dos horas dilatando; cuando llegó el momento, Avigail se sentía entumecida. Astrid empezó a empujar: sangre y algo viscoso manaba de entre sus piernas. Avigail jamás había visto a su madre tan íntimamente, se sentía abochornada. Su padre le decía a su madre palabras de aliento con una ternura infinita.

—Vamos, vida mía, tú puedes... Astrid, amor mío, un empujón más y tendrás a un bebé tan hermoso como tú y Avi... Esta vez va a ser un angelito rubio, verás... Vamos, preciosa... —Su

madre cada vez estaba más débil, pero aun así en un último empujón dio a luz a un precioso niño rubio. Los tres lloraron emocionados.

—¡Padre, tenías razón, es un ángel rubio! —exclamó Avigail. Su padre le cortó el cordón con cuidado y lo puso en brazos de su hermana.

—Cariño, cuida de él, tengo que terminar de atender a tu madre. —Ella asintió solemnemente ante el encargo. Yossef se giró hacia Astrid y lanzó un juramento. Su mujer estaba sangrando profusamente. Puso todo su empeño en cortar la hemorragia, a duras penas lo consiguió; después de tal esfuerzo, Astrid se había desvanecido. Yossef pasó toda la noche vigilando que no volviera a sangrar y velando su sueño, estaba muy pálida y se preocupó. El bebé estaba apoyado en el pecho de Astrid, mamando de su madre dormida. Cuando el alba llegó, tanto Yossef como Avigail cayeron rendidos; él a los pies de la cama, ella apoyada en el regazo de su madre, evitando que su hermano cayera al suelo.

—Avigail... —susurró Astrid cuando se despertó—. Cariño, despierta.

La muchacha se despertó sobresaltada, Astrid se llevó los dedos a los labios para que no hiciera ruido.

—Avigail, hija, coge al bebé —dijo en un jadeo, ella obedeció. Miró a su madre confusa; estaba muy pálida, más de lo normal y se asustó.

—Madre...

—Cuida de ellos, mi niña, cuida de tu padre y de Hans, te quiero tantísimo, siento no habértelo dicho antes, pero estoy muy orgullosa de ti, cuídate mi amor, eres fuerte, eres como tu padre, lo siento tanto, siento no haber estado a vuestra altura. —Su voz era apenas un jadeo, Astrid acarició la mejilla de su hija, ella agarró la mano de su madre mientras una lágrima caía por sus mejillas.

—¿Qué dices, madre? —Avigail no quería ponerse en lo peor.

—Sé fuerte, mi amor, que el miedo te haga ser valiente. Pero sobre todo ten fe y esperanza, no seas como yo. ¡Vive! ¡Prométemelo!

—Te lo prometo. —Apenas fue un susurro. Astrid dejó caer su mano.

—¡Mamá! —gritó desgarrada. Yossef se levantó de un salto y vio la escena. Salió disparado hacia su mujer. La cogió entre los brazos e intentó reanimarla, pero era demasiado tarde.

—¡NOOOOO! ¡Astrid, no me dejes! —Zarandéo el cuerpo sin vida de su mujer hecho un mar de lágrimas—. ¡Lenita! ¡Lenita, mi amor! —La llamó por su mote cariñoso—. ¡Despierta, por Dios! ¡Astrid! —Cuando se convenció de que no tenía nada que hacer soltó un grito desgarrador y rompió su camisa en signo de dolor. El bebé lloró, con un llanto fuerte y ruidoso.

—¡Padre! ¡Para vas a asustar a Hans!

—¿Hans? —preguntó Yossef confundido.

—Ella le puso nombre, le llamó Hans, como al abuelo Becker.

Yossef cogió a su hijo y lloró desconsoladamente mientras lo mecía.

Avigail lloró durante días, su padre estaba como ausente, apenas podían cuidar del pequeño Hans, no tenía la leche de su madre y ellos apenas podían salir para conseguir algo para darle de comer. Desafortunadamente, el bebé corrió la misma suerte de su madre pocos días después. Tío Klaus se había ocupado de sus cuerpos; el cómo, nadie lo supo nunca.

Pasaron varios meses en aquella habitación de doble fondo. Los Richter les ayudaban con lo que podían, pero sus visitas cada vez eran más espaciadas por miedo a que fueran delatados. La

mayoría de las veces era Elke la que les acercaba los víveres, sus padres estaban siendo vigilados y ya casi sospechaban de ella; su hermano les visitaba a horas intempestivas y se quedaba en su casa horas y horas, pretendiendo que fueran una familia feliz. La tensión en el hogar de los Richter era patente. Manfred rezumaba una tranquilidad sospechosa, acechando cada movimiento con un solo gesto apenas perceptible o alguna mirada de soslayo. Avigail se preguntaba cómo un muchacho sencillo y amante de su familia se podría haber vuelto en contra de ella con tanta facilidad. Es verdad que era un poco arisco y distante y que su enfermedad le había limitado un poco a la hora de tener amigos, pero su familia y sus vecinos nunca le trataron mal, eran corteses y amables. Aquel gobierno había sido un comecerebros para toda una generación, ensañándose con aquellos que tenían menos personalidad.

Harta de aquel encierro y de la apatía de su padre desde la muerte de su madre y el bebé, Avigail se había arriesgado a salir por las noches a la azotea del edificio. La noche que llegaron apenas se fijó dónde los habían llevado. Ahora sabía que estaban en un pequeño apartamento dentro de una fábrica abandonada en el extrarradio de Berlín, supuso que era la casa de algún vigilante o guardés o algo similar. No lo hacía a menudo ni mucho menos, pero tan solo respirar el aire fresco de la noche durante quince minutos le daba energía para afrontar la vida de calamidades que estaban sufriendo.

Una noche, unos ruidos sospechosos les despertaron. No podían ser los Richter, ellos silbaban siempre de una manera particular para alertarlos. Yossef reaccionó después de tanto tiempo, cogió el palo de una escoba y se colocó junto a la puerta, tirando de su hija para colocarla detrás de él, protegiéndola. Los pasos se acercaban sigilosamente. Avigail y su padre notaban cómo aquellas personas (había al menos tres) estaban justo detrás de la pared falsa. El sudor empezó a caer por su frente.

—¿Doctor Becker? —llamó un hombre entre susurros. Padre e hija se pusieron en alerta—. ¿Doctor Becker? —repitió. Ellos se quedaron inmóviles, casi sin respirar.

—Doctor, no tenga miedo, nos envía el doctor Richter —intervino una voz femenina dulcemente. Yossef frunció el ceño, Avigail negó con la cabeza y articuló la frase «es una trampa» con los labios, sin emitir ni un sonido. Su padre asintió y asió más fuerte el palo.

—Doctor Becker, somos los Linengbaugh, Jacob y Helga Linengbaugh. Hemos venido con nuestro hijo Pieter a buscarlos, ya no están seguros aquí. —Yossef se relajó un poco. Habían traído un niño, debían ser una buena familia. Su hija, en cambio, le agarró del brazo y apretó para llamar su atención. Él la miró, ella negó con la cabeza repetidas veces y él apretó los labios.

—Doctor Becker, entiendo que no se fie, el doctor Richter nos lo advirtió, nos dijo que le dijéramos que los nombres de sus hijos son: Olaf, Avigail y Hans, que por desgracia solo vive su hija. —Yossef enarcó una ceja, Avigail seguía negando; aunque supiera el nombre de Hans le hacía dudar.

—Y que su esposa Astrid tenía un lunar del tamaño de una lenteja en la nuca — intervino la mujer.

—No sé, padre, eso lo sabía todo el mundo, se veía cuando madre se recogía el pelo — susurró aún precavida.

—Cierto, pero ¿y lo de Hans? —Ella no pudo rebatir eso, pero seguía encabezona en que era una trampa. Se mordió el labio ante la duda, no sabía qué creer. Como no reaccionaban, se oyó un carraspeo y el hombre volvió a hablar.

—Está bien, el doctor Richter me dijo que, si con eso no valía, les dijera lo siguiente — parecía avergonzado—: En 1917, cuando estaban en la Gran Guerra, el doctor Richter se acostó

con madame Chic Chic —Yosseff se sonrojó, pero no dijo nada—, se contagió de algo, y usted... Ejem, usted le estuvo curando... Ya sabe... Que se hinchó y sangraba...

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Doctor Becker, abra! ¡No puedo pasarme toda la noche tapándole los oídos a mi hijo en medio de un apartamento mugriento y jugándonos la vida! ¡Su hija es una señorita para escuchar este tipo de guarradas! — gritó Helga.

Su marido y los Becker se llevaron los dedos a los labios al unísono y la mandaron a callar con un «shhh» nervioso. De repente Avigail vio lo absurdo de la situación: su padre sonrojado, una pobre familia queriendo ayudarles y enterarse que su tío Klaus hizo no sé qué con no sé quién y que se le hinchó algo. Soltó una risita nerviosa que pronto se convirtió en una carcajada imparable que tuvo que amortiguar con las manos mientras su padre abría la tranca de la puerta entre aliviado, avergonzado y divertido. Junto a la puerta los Linengbaught, él alto y destartado, muy delgado, pero ¿quién no lo estaba por aquél entonces? su barba impedía averiguar si era joven o de mediana edad. Ella, por el contrario, era baja con caderas prominentes, de no haber pasado hambre sería ese tipo de mujer rechoncha con figura de reloj de arena, un pañuelo oscuro tapaba su pelo, dándole más seriedad a una cara enfadada, su hijo junto a sus faldas, tenía cara de no enterarse de nada y peleaba con las manos de su madre para que se las quitara de los oídos, podría tener unos seis años. No parecían para nada amenazadores, a excepción de la cara de Helga, que como madre protectora y haciendo uso de su derecho a la regañina tenía cara de pocos amigos.

Apenas unos rápidos apretones de manos y Jacob les urgió a recoger sus cosas.

—¿Dónde nos llevan? ¿Es seguro? —preguntó Avigail en un susurro.

—Todo lo seguro que se puede hoy en día —fue la respuesta de Jacob.

3. Berlín, noviembre de 1943

Ya había pasado el toque de queda en casi media hora. Avigail Becker, ahora Abigail Bechër gracias a una documentación que le había proporcionado el tío Klaus, antes de ser mandado al frente como médico militar dos años atrás, corría entre las sombras de esquina en esquina para no ser vista. Si la pillaban fuera de hora, la podrían arrestar daba igual qué identificación tuviera, si la aria o la judía, esta última guardada en un cajón. «No te deshagas de ella, podría serte útil si los aliados vencen», le había dicho el tío Klaus. «¿Y si pierden?», le había preguntado ella. «Entonces serás Abigail y Dios quiera que esos hermosos ojos de plata sean suficiente para ellos». Después la había abrazado, le había dicho que era una hija más para él y le hizo prometer que sobreviviera, ella emocionada se lo prometió al igual que se lo había prometido a su madre años atrás, Klaus se giró abrazó a su mujer y a su hija y antes de que pudieran llorar por su despedida, él se había ido. Después de aquello, todo se complicó, tía Monika fue arrestada por actividades ilegales, de las que nunca tuvieron pruebas. Elke fue en busca de Manfred, para que la sacara del atolladero, él se avergonzó de su *comportamiento histérico* y la echó con cajas destempladas, advirtiéndole que no volviera por allí si no quería correr la misma suerte. Monika murió de un infarto en la celda pocos días después, otras presas dijeron que murió de pena, pues no paró de llorar desde que entrara en ese horrible lugar. Elke se quedó desamparada en cuestión de días, su hermano se apiadó de ella (según él, claro) y la obligó a casarse con un viejo oficial de las SS sebo, borracho y putero. Todo un caballero de cara a la galería, pero un monstruo en casa. Apenas le permitía salir de casa, tan solo a aquellas actividades que eran bien vistas para una buena esposa aria, reuniones con esposas afines al Reich, servicios religiosos y mandados relacionados con el hogar. Encerrada en su jaula de oro, tuvo que cortar el contacto con Avigail en pos de la supervivencia de ambas. De todo eso, se había enterado a través de sus informadores. Ella había evitado todo lo posible estar vinculada directamente con los Richter; ella no los buscaba, ni a tío Klaus ni a Elke, ellos tampoco hacían por encontrarla. No había vuelto a ver a Manfred de cerca desde 1938, no obstante, no lo perdía de vista en la distancia. Había que tenerlo vigilado por el bien de la Comunidad. Desde que los Linengbaugh los sacaran de aquel sótano, habían pertenecido a una comunidad judía clandestina itinerante dentro de la misma ciudad, no permanecían más de dos semanas en un mismo lugar. No obstante, tenían un punto de encuentro: el cementerio judío. A aquellos que se les había hecho muy tarde para huir de Alemania, sobrevivían como podían. Cuando perdieron a los Richter como proveedores, Avigail había echado valor y salió a la luz como Abigail Bechër, una chica que servía en casa de una familia burguesa que le pagaba en especies. Gracias a ellos pudo intercambiar muchas cosas en el mercado negro y de esa manera ayudar en la comunidad, donde su padre trabajaba como médico, profesor, carpintero y un largo etcétera. Cada día era un calvario, le horrorizaba ser detenida: como judía estaba completamente perdida, casi a cada momento se escuchaban cosas horribles que les hacían a los judíos, rumores que ya no dejaban dormir y nadie se molestaba en acallar, hacinamiento en guetos, campos de muerte, cámara de gas... Sabía que Alemania estaba perdiendo terreno, pero no tenía esperanza en nada. Como aria la podrían declarar traidora al Reich o cualquier cosa que se inventasen y como mujer, en especial una joven como ella, la podían atacar

y abusar de ella en cualquier momento, hasta ese momento había tenido mucha suerte en ese sentido, pero no se podía dormir en los laureles.

Por fin llegó a la puerta de su casa. Suspiró de alivio, cuando se disponía a meter la llave en la cerradura, escuchó una voz justo detrás de ella, no una voz cualquiera, sino la voz que resonaba en sus peores pesadillas, la de Manfred. Se quedó paralizada por el pánico que se aferraba a sus entrañas. Aunque pudiera no se atrevería a girarse siquiera.

—¿No es un poco tarde para llegar a casa, señorita? —Ella no se movió. «¡Piensa, piensa, muévete, haz algo!», se dijo a sí misma, pero nada. Estaba petrificada, solo sus dedos se movían nerviosos jugueteando con las llaves.

—¿Señorita? —Su tono era impaciente. Ella se giró muy lentamente, con la mirada baja, escondiendo todo lo posible sus ojos. Allí estaba él, impecablemente vestido con su uniforme. Había mejorado mucho su aspecto, debería haber ido al frente ya, a saber a quién había *untado* el muy bastardo para librarse, iba acompañado de tres hombres más a cuál más intimidante. «Perdida, estoy perdida», se lamentó, aun así, pensó que sería peor mantenerse callada.

—Lo siento, ¿Herr...? —replicó fingiendo una actitud inocente.

—Oficial —la corrigió—. Oficial Richter. —Avigail, sintió una punzada de dolor al escuchar esa palabra, no podía creer que aquél energúmeno, hubiera destrozado a la familia de Avigail y a su propia familia, tan solo por su ambición personal. Ella carraspeó y se infundió valor a sí misma.

—Lo siento, Oficial Richter, he ido a atender a una parturienta, estos días son difíciles para encontrar doctores... Y se me ha hecho un poco tarde, no volverá a pasar, se lo juro.

—¿Acaso es matrona? ¿Sabe de medicina? —«¡Demonios!», pensó, «me está tanteando. No te pongas nerviosa, sigue, cuéntale cualquier milonga, no parece que te haya reconocido».

—No, oficial, pero las mujeres siempre nos hemos hecho cargo de estos menesteres cuando ha sido necesario y hacemos lo que podemos.

—¿Documentación? —Avigail buscó su documentación con manos temblorosas. «Muerta, ya estoy muerta». No se atrevía a levantar la vista, pero escuchaba sus risas sádicas. Se la entregó sin mirarle a los ojos, miró de soslayo a los otros hombres que la habían acorralado disimuladamente. Aunque estaba totalmente cubierta, la miraban como si no llevara nada encima, instintivamente retrocedió pegando la espalda a la puerta.

—Abigail Bechër —Ella dio un respingo, aunque la pronunciación era ligeramente distinta, su tono era como si hubiera reconocido el nombre. Tenía que haber elegido otro, pero no sabía si hubiera sido capaz de haberse identificado a sí misma con otro nombre sin levantar sospechas—. Bonito nombre... —esta vez lo miró, él no hizo amago de reconocerla, pero sus palabras hicieron que le temblaran las rodillas— y preciosos ojos, es un color muy... particular ¿no cree? De niño conocí a una mujer muy hermosa con sus mismos ojos... —le cogió un mechón de pelo colocándoselo detrás de la oreja y le acarició ligeramente la cara, ella cerró con fuerza los ojos y contuvo las lágrimas. La había descubierto, después de tantos años a la sombra... No había servido de nada— ... pero era rubia. En fin, señorita Bechër —dijo dejándola confundida, mientras le devolvía la documentación—, que no se vuelva a repetir, porque la próxima vez que la vea no seré tan benévolo —aseveró mirándola a los ojos. Ella entró rápidamente y cerró la puerta de un portazo. Se dejó caer al suelo, un charco caliente mojó su trasero a través de falda y sus piernas estaban empapadas: se había orinado encima y ni siquiera se había dado cuenta. Tenía que irse de esa casa, inmediatamente. Iría al cementerio, no le quedaba otra...

Se lavó rápidamente, se vistió de oscuro y con el máximo de prendas que pudiera vestir,

varias capas de ropa interior, así como varios jerséis, no le convenía cargar con una maleta, ya era peligroso llevar un simple atadillo, pero con eso tendría que arriesgarse. Cogió todo lo que consideraba de valor para cambiar en el mercado negro: jabón, chocolate, cupones de racionamiento, tabaco... Y la joya de la corona, una botella de whisky de reserva que guardaba para una emergencia extrema, miró alrededor por si olvidaba algo y dejar la estancia como si viviera aún allí, no debía dejar muchas pistas de su huida, esperó una hora antes de salir por si Manfred y los suyos aún estaban cerca. Aun así, escaparía por las azoteas, con un poco de suerte no la verían y bajaría por alguna cañería, hasta encontrar una alcantarilla. Tendría que huir por las cloacas, algo que odiaba, le aterraban las ratas y el olor era tan nauseabundo que casi no podía respirar, era su recurso más extremo. Tomó aire antes de salir de la casa, como si en lugar de salir al exterior, se fuera a tirar de cabeza a un mar embravecido. Subió las escaleras del descansillo precipitadamente.

Hacía frío fuera, pero ella solo era consciente de ello por el vaho que salía de su boca. Atravesó los tejados sin incidentes, pero encontrar por dónde bajar fue más difícil, no encontraba ninguna cañería lo suficientemente gruesa para aguantar su peso, tuvo que arriesgarse a agarrarse a cornisas y salientes de ventanas. En el último momento resbaló de una altura de unos tres metros cayendo de costado, el oxígeno abandonó sus pulmones y el dolor fue tan intenso que se hirió la lengua al mordérsela por no gritar. Revisó su mercancía, gracias a Dios la botella no se había roto. Se arrastró hasta la tapa de la alcantarilla más cercana; apenas podía moverse de lo que le dolían las costillas, hizo un esfuerzo titánico para poder abrirla.

—¡Doctor Yossef, Doctor Yossef! —Yossef suspiró. Le había dicho cientos de veces a Jacob que era solo Yossef.

—¿Qué querrá este hombre ahora? —se preguntó sin girarse ni levantar la vista de su lectura. Yossef aprendió a tener paciencia con Jacob que solía ser muy tremendista, si por él fuera hubiera amputado decenas de esguinces y un simple estornudo era signo de una pulmonía, así como un par de días lluviosos, preludio de una inundación.

—¡Doctor Yossef!

—¿Sí? —dijo con voz monótona.

—¡Su hija... la señorita Avigail! —Ella tampoco era llamada por su nombre a secas, le tenían mucho respeto también, ayudaba a su padre con la medicina y se jugaba la vida por ellos como Abigail Bechër, le debían mucho y era casi venerada.

—¿¡Qué ha pasado!?! —dijo aterrorizado levantándose de un salto, tirando la silla al suelo.

—La han traído los chicos de las alcantarillas, está herida, se encuentra en la habitación de Magda.

—¡Quítate de en medio! —empujó a Jacob y salió disparado en su busca. Cuando Yossef entró en la habitación vio que su hija estaba sentada en la cama con un aspecto lamentable, le habían quitado montones de ropa que estaba tirada en el suelo, temblaba de frío y nervios, tenía el pelo, la cara, el cuello y las manos sucias. Un olor repugnante impregnaba la habitación. Yossef gimió al verle un gran moratón en el costado izquierdo justo debajo del sostén amarillento.

—Hija... —ella, cuando escuchó su voz, alzó la vista y los ojos se impregnaron en lágrimas, se lanzó a sus brazos a pesar del dolor.

—Papá, papá, papá —repetía como una letanía, entre sollozos nerviosos.

—Ya, ya, nenita... ya. ¿Qué ha pasado?

—Mannfred... —al escuchar ese nombre, Yossef se tensó—, me ha descubierto... Pero me ha dejado escapar, no sé por qué, y eso es lo que más me asusta...

—¿No será una trampa? ¿Te ha seguido? —preguntó alarmado.

—¡No! —Ante esa vehemente negación, Yossef suspiró aliviado.

—Bueno, vamos a lavarte y a curarte ese moratón, después descansarás y mañana será otro día. —Ella asintió limpiándose la nariz con el dorso de la mano en un gesto infantil.

Los *nómadas*, como se llamaban a sí mismos en la comunidad, haciendo eco de cierto humor negro, no eran numerosos: apenas cincuenta personas, familias desestructuradas, de dos o tres miembros supervivientes como los Becker y personas que habían perdido toda su parentela, entre ellos dos o tres niños pequeños que habían sido hijos de vecinos, que, a pesar de las duras condiciones, nadie tuvo valor para dejarlos atrás. Sí eran unas bocas de más, inútiles en la supervivencia del grupo, si eran prácticos y fríos de pensamiento, podrían haberlos dejado a su suerte, pero eso demostraría que no eran mejores que aquellos de quienes se ocultaban. Aquel grupo heterogéneo sobrevivía en pleno centro de la boca del lobo, porque no les había quedado otra opción. No sabían dónde huir, además de que cualquier judío podría ser arrestado por intentar tan solo salir de la ciudad. Sobrevivían a duras penas, gracias a contactos no judíos opuestos al régimen del Tercer Reich, que, por supuesto no salían a la luz, siendo buenos ciudadanos de cara a la galería. Era muy arriesgado para ellos, así que su ayuda venía a cuenta gotas y diariamente perdían contactos, como en el caso de los Richter, que lidiaban con sus propios problemas. Nunca permanecían más de tres semanas en un mismo sitio y siempre estaban preparados para moverse rápidamente. Eso les había salvado la vida, pues constantemente hacían registros de las casas. Se sabían de otros grupos de judíos, pero eran menos numerosos y estaban peor organizados, algunas veces les pedían que se unieran a ellos, pero el miedo de ser muchos les hacía desistir de ser un grupo más grande y por lo tanto perder la clandestinidad. No obstante, alguno iba y venía o hacían negocios con los *nómadas*.

Avigail no se había atrevido a salir más por las noches y cuando lo hacía de día era por extrema necesidad, por víveres, medicinas o información. No tenían radio, pero sabía de puntos donde podía escucharla con relativa seguridad. Robaba periódicos, a pesar de que las noticias enaltecían a los bravos soldados nazis, podía leer entre líneas que no les iba tan bien. Había visto de lejos a Mannfred más de una vez, sus pies le pedían huir, pero su cabeza ávida de información que mereciera la pena para la comunidad, le hacía agazaparse y observar. Mannfred salía de burdeles a plena luz del día sin ninguna vergüenza, se codeaba con políticos y autoridades militares. O de cafés o restaurantes, acompañado de su cuñado y una taciturna Elke, su amiga siempre iba elegantemente vestida, pero excesivamente maquillada, seguramente para ocultar los moratones que ese mal nacido le provocaba. Una ira encendía su ser, más de una vez hubiera querido correr hacia ellos y rescatar a su amiga corriendo cómo hacían de niñas cuando algo les asustaba. Pero su instinto de supervivencia, le hacía correr en sentido contrario.

Una mañana, cuando regresaba de una de sus incursiones, Pieter que ya se había convertido en un muchacho alto, aunque delgado para su edad, salió corriendo a su encuentro y la abrazó.

—¡Avigail!

—¡Pieter! ¿Qué ocurre? —preguntó alarmada, ante ese poco habitual abrazo.

—¡Se los han llevado! —dijo atropelladamente. Ella entró en pánico, no podía ser...

—¿A quién? —preguntó con un hilo de voz, aunque se sabía la respuesta. Esa mañana su padre, los Linengbaught, dos hombres más y una mujer más habían intentado ir a por combustible.

—¡A papá, a mamá, al doctor Yossef y a Jutta! ¡Rolf y Uwe esperaban fuera de la leñera, vigilando, pero no pudieron verlos entrar, creen que ya estaban dentro esperándolos y entonces los arrestaron! —Avigail no podía respirar. No, su padre no era lo único que le quedaba en ese infierno. Tenía que sacarlos de allí, pero se dio cuenta que de no sabía dónde era allí. Pieter pareció leerle el pensamiento.

—Están en la *sala negra*.

—¡No! — La *sala negra* es como le llamaban al centro de interrogatorios de las SS, allí torturaban a los presos para que confesaran todo tipo de barbaridades. No sobrevivirían mucho tiempo, tenía que actuar rápido. Cogió por los hombros a Pieter y lo miró a los ojos.

—Avisa al resto y coged a los niños y marcharos de aquí, no me esperéis ni a mí ni a nadie. Solo dejadme una pista de dónde habéis ido en el caso que podamos volver.

—Pero... —empezó a protestar el muchacho.

—¡Hazlo, Pieter! Ya eres lo suficiente mayor para saber cuál es nuestra situación.

—Pero...

—¡Pieter, estamos en guerra! Cada día nos acorralan más, sólo podemos sobrevivir hasta que esta locura acabe. Te prometo que voy a intentar —recalcó la palabra «intentar»— ayudarlos, pero yo también puedo desaparecer, así que no nos esperéis porque puede que ya sepan dónde estamos.

Pieter lo entendió, cuadró los hombros y tomó control de la situación. Avigail fue en busca de todos sus tesoros para ver si podía intentar un soborno; un pendiente de oro, tabaco americano, dos pares de medias de seda, un retal de encaje de chantillí y su preciada botella de whisky. Aquello se podía considerar una fortuna en aquellos tiempos.

Decidió hablar con Manfred. A pesar del miedo, después de todo le había perdonado la vida. ¿Y si estaba de su parte? Seguro que no, era un taimado hijo de puta, pero no tenía más opciones. Era un riesgo que debía correr para salvar a su padre. Esperó a que cayera la noche, obviamente no iba a ir a buscarlo a la comisaría, reunió el valor para ir a su casa, rezando para que estuviera solo y sobrio. Por eso fue justo cuando cayó la noche y no más tarde, para no darle tiempo a vicios.

Echa un manojo de nervios, en el rellano de escalera de un inmueble de lujo, donde cualquiera que se asomara por una mirilla podía condenarla a muerte. Reunía el valor para tocar el timbre de los que ella consideraba que podían ser las puertas del Cielo o del Infierno. Se había puesto su mejor ropa, no sabía por qué, tal vez no quería desentonar, algo absurdo porque en ese barrio hubiera desentonado igualmente que si llevara un gorro de papel. Tal vez no quería parecer desesperada. Suspiró y casi mecánicamente llamó al timbre, el sonido metálico del mismo la hizo estremecer. Una mujer rubia con el pelo enmarañado y la cara demacrada, vestida con una bata fina, le abrió la puerta, la penumbra del rellano no le dejaba ver su cara con claridad.

—¡Avi! ¿Qué haces aquí? ¿Has perdido la cabeza? —exclamó sorprendida. Acto seguido bajó la voz y miró a ambos lados del rellano nerviosamente.

—¡Elke! —se sorprendió al verla—. ¿Y tú? ¿No tienes tu propia casa con ese cerdo?

—Cuando mi marido se va de viaje, me pone a mi hermano de perro guardián —susurró, luego la empujó suavemente—. ¡Vete! No deberías estar aquí... Le diré que se han confundido.

—¡No! Tengo que hablar con él... —insistió.

—No puede haber nada tan importante como para... —empezó a protestar Elke, una voz masculina surgió del fondo de la habitación.

—¿Quién es, Elke? —Elke apretó los dientes de frustración, pero antes de que pudiera hacer

nada, su amiga la apartó y entró en la en la pequeña sala.

—Avigail —dijo con voz firme y sin florituras. Él apareció proveniente de otra habitación. Ella lo observó: estaba en mangas de camisa remangadas por los codos, con el cuello de la camisa abierto, dejando ver la pulcra camiseta interior, aún vestía los pantalones del uniforme sostenidos por unos tirantes negros, de donde colgaba una pequeña insignia con la esvástica, y sus relucientes botas le hacían parecer más alto de lo que era. Aunque había mejorado su aspecto desde adolescente, aún no se le podía considerar un modelo a seguir. Su pelo rubio cortado a cepillo, su piel cenicienta y sus ojos hundidos seguían dándole ese aire fantasmagórico, no tan delgado como siempre, y sin embargo no demasiado corpulento, no daba una imagen de autoridad al uso; no obstante, su actitud y porte hacían que fuera temido. Si no tuviera las secuelas de una infancia débil y enfermiza, tal vez hubiera sido bastante atractivo. Llevaba un vaso con licor en la mano, puede que brandy, y un cigarro en la otra.

—¡Vaya sorpresa, prima Avigail! —dijo en tono sarcástico—. ¿A qué debemos el honor de tu visita? No creo que sea una visita de cortesía, ya que te has quedado mirándome como un pasmarote, sin saber qué decir. —Ella se sonrojó. En circunstancias normales, hubiera sido considerado muy descortés mirar tan fijamente. Sin embargo, siguió observándolo unos segundos, posó su vista en el cigarrillo y recordó cuánto tosía de niño.

—No deberías fumar. —«¿En serio has dicho eso, Avigail?», se reprendió a sí misma. «Debes estar loca». La carcajada que soltó Manfred le heló la sangre; sabía que no era buena idea, pero allí estaba.

—Lo tendré en cuenta —dijo entre toses y risas—. Elke, vete a tu habitación.

—Pero... —protestó la muchacha. No sabía por qué, pero sintió que debía quedarse para proteger a Avigail, como si eso fuera posible de algún modo. Su hermano abrió las piernas ligeramente, afianzando su figura autoritaria, y disimuladamente cerró el puño haciendo desaparecer el cigarrillo, en clara amenaza.

—A tu habitación. Cierra con llave, no quiero verte hasta mañana. — Ella obedeció sin decir una palabra más. Manfred miró a los ojos a Avigail.

—¿Y bien?

—Ya sabes que mi padre está arrestado, quiero que me ayudes a sacarlo de allí.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —dijo con voz tierna, pero con un timbre peligroso—. ¿Qué te hace pensar que iba a cometer tal acto de traición? Sois escoria, nada me impide arrestarte a ti también, pero simplemente por los huevos que le has echado al venir aquí, te escucharé y veré si cuentas algo interesante. —Ella soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo, al menos era algo.

—Tengo para pagarte, solo tienes que dar la orden de soltarlos y huiremos, no te daremos problemas.

—Ya veo... Aparte de traidor, acepto sobornos. Vaya, Avigail Esther —casi escupe su nombre al pronunciarlo—, qué mal concepto tienes de mí. Repito: ¿por qué habría de ayudarte?

—Yo... —empezó a dudar de si aquello llevaría a alguna parte—. No sé... No me denunciaste...

—Ya veo... —dijo acercándose como un felino hacia ella. La agarró por el cuello, suavemente, tan solo como advertencia; ella se quedó muy quieta, respirando con dificultad. No porque le apretara, sino por el miedo—. ¿Sabes por qué lo hice?

—No —dijo casi inaudiblemente. Él apretó más su cuello. Ella dio un respingo.

—Simplemente, porque podía... Y porque tal vez, solo tal vez, algún día me fueras útil. Pero

tal vez no. —Y apretó más su cuello, hasta casi asfixiarla, ella se revolvió, pero descubrió aterrada que él tenía más fuerza de la que creía que jamás pudiera tener. Justo cuando estaba a punto de desmayarse, la soltó, ella cayó de bruces contra el suelo, boqueando, buscando aire entre toses. Él se sentó en una silla a horcajadas, con los brazos en el respaldo, observando cómo se recuperaba, con una aptitud paciente. Dio un trago a su copa con gran parsimonia, sin quitarle la vista de encima.

—Tengo curiosidad por cómo me ibas a pagar. —Ella se levantó a duras penas y empezó a desabotonarse el abrigo, él puso cara de aburrido—. ¡Oh, por favor! ¡Pensé que al menos tú serías más original! —Ella le ignoró. Cuando se quitó el abrigo, Manfred pudo ver que llevaba dos bolsas en bandolera, cuyas asas se cruzaban en el pecho haciéndolo parecer más voluptuoso. Él sonrió de medio lado.

—Vaya, prima, no sabía que tenías todo eso ahí escondido —dijo con todo el doble sentido, mirándola apreciativamente. Ella siguió ignorándolo, sacó el contenido de las bolsas y lo dejó en una mesa que había junto al hombre.

Con voz temblorosa enumeró:

—Un pendiente de oro, dos pares de medias de seda, encaje de gran calidad, tabaco y una botella de whisky de reserva.

Él lo observó con relativo interés.

—La verdad es que no está mal, pero para alguien como yo, son bagatelas.

Se levantó y se acercó a ella, le cogió un mechón de pelo.

—La última vez que te vi —dijo como si hablara consigo mismo— me preguntaba por qué no te habías teñido el pelo de rubio, como otras perras judías. Ella no contestó, simplemente se apartó de él.

—Siento curiosidad, de verdad —insistió, con esa ternura macabra que ponía los vellos de punta a la muchacha.

—Lo pensé, pero el tinte es difícil de conseguir y tengo el pelo demasiado negro para remedios caseros, no me podía permitir el lujo de que unas malas raíces o un tinte mal hecho me delatara. Total, hay alemanas con pelo oscuro —dijo encogiéndose de hombros. Él no dijo nada. Simplemente la observó. Estaba delgada, pero su aspecto era saludable, no parecía haber perdido mucho pecho y sus caderas eran aceptables, con unos kilos de más sería una diosa, puesto que tenía una piel cremosa y un rostro precioso. Aquellos ojos siempre le habían enamorado, primero en su madre y luego en ella. Se centró en su pelo negro, era un cambio gratificante entre tanta rubia excéntrica y falsa, depredadoras a la caza de un oficial. No podía culparlas, buscaban un estatus que les dejara sobrevivir dignamente. «Es judía», se recordó, como si eso fuera a hacerle cambiar de idea. «Son rastreras y sucias. Pero no es cualquier judía, es Avigail», se debatía a sí mismo.

—¿Estás limpia, Avi? —le preguntó suavemente.

—¿Cómo? —La pregunta la desconcertó. Él la tomó de la mano y la llevó a un dormitorio, ella reaccionó como si le hubieran tirado un jarrón de agua fría. Sabía perfectamente a qué se refería en ese preciso momento. No dejó ver sus emociones y simplemente contestó:

—Sí. —Por su padre haría lo que fuera, aunque aquello le revolviere el estómago.

—¿Segura? Si me mientes, te mato. —Esta vez no había ternura en su voz, sino una amenaza tajante. Ante ese tono Avigail sí se consideraba capaz de contestar, la falsa ternura le desconcertaba más que aquella clara advertencia. Con algo de orgullo se permitió el lujo de mirarlo a los ojos.

—Nada te impide hacerlo, pero si te quedas más tranquilo, soy virgen.

Ese hecho le excitó más de los que hubiera imaginado. La arrojó de malos modos contra la cama y la besó violentamente. A ella le entraron náuseas cuando su lengua invadió su campanilla, olía a tabaco negro y sabía a brandy barato, le entró una arcada que a duras penas pudo controlar. Soltó sus labios y empezó a babearle el cuello, ella cerró los ojos con fuerza e instintivamente cerró las piernas y se llevó las manos al pecho para protegerse, él se las apartó violentamente y se las agarró con una mano sobre la cabeza, maldito fuera aquel hijo de perra, siempre había sido un enclenque y ahora la tenía paralizada de un solo agarre. Él hincó una rodilla entre sus piernas para separarlas, lastimándola con su peso, y con la mano libre la abofeteó sin remordimientos. Ella sintió cómo le estallaba la cara.

—No te resistas, que es peor... —dijo lamiendo su cara donde le había abofeteado. Repugnada hizo de tripas corazón e intentó no apartar la cara. Él se incorporó un segundo, cogió la pechera de su blusa en un puño y la arrancó de un tirón seco. La tela se rasgó con facilidad, la camiseta interior corrió la misma suerte. Una vez desnuda de cintura para arriba empezó a morderle los pezones con saña, ella apretó los labios para no gritar. Se sentía doblemente humillada: porque la estaban violando y porque había sido una persona muy querida en su infancia, en cierto modo. Aunque se esperaba ese comportamiento rastrero, no pudo evitar sentirse traicionada, como si nunca hubiera perdido la esperanza de que él la atacara, desde luego había sido toda una ingenua. Él tiró de su falda, arrastrando su pobre ropa interior de burda lana por el camino. Y empezó a invadirla con sus sucios dedos con todo menos delicadeza.

—No pongas esa cara... Sé que te gusta. Estás muy mojada. —Ella se sonrojó ante la reacción natural de su traidor cuerpo. Él se incorporó y se bajó los pantalones y los calzones, tiró de ella para que se incorporara, la cogió de los pelos y la obligó a acercarse a su miembro erecto.

—Chúpala. —Ella dudó, el olor agrio que desprendía su sexo era asqueroso—. ¡Chúpala! —repitió. Tirándole fuerte del cabello. Avigail sintió tal dolor de cabeza que pensó que se iba a desmayar, a regañadientes obedeció. Él cerró los ojos y suspiró de placer.

—Más rápido —dijo con voz entrecortada, ella obedeció de nuevo a regañadientes. Él estaba tan excitado que se derramó en ella, haciéndola vomitar.

—¡Cerde! —se levantó enfadado, propinándole otro bofetón. Fue al baño y le arrojó unas toallas—. ¡Límpialo! —Mientras ella limpiaba sumisamente, él se empezó a masturbar para prepararse para un segundo asalto. Como ella estaba de rodillas con el trasero expuesto, la penetró sin miramientos, rompiendo la barrera de su virginidad de un solo empujón. Ella soltó un grito desgarrador, él simplemente le tapó la boca y siguió penetrándola, ahogando sus gritos de dolor. Cuando se cansó de su vagina, le tocó el turno a su trasero. Mientras era invadida brutalmente, él le decía palabras soeces al oído.

—Tu estrechez me pone cachondo, sabía que merecería la pena salvarte aquella noche. A pesar de estar como un palo, tienes unas buenas tetas... Así, sí, sigue gritando, no sabes cómo me pones... Te voy a follar toda la noche, porque puedo... —Y así lo hizo, aquel perturbado tenía mucha más resistencia y la mente más sucia de lo que hubiera imaginado. Al amanecer, él se arregló y se fue a trabajar como si nada hubiera pasado. Ella hecha un guñapo, con todos los orificios de su cuerpo ensangrentados y el resto del cuerpo lleno de moratones y quemaduras de cigarro, se dejó vencer por el cansancio. Al mediodía, Elke entró con cuidado en la habitación. Llevaba una palangana, agua caliente y jabón. Avigail, que estaba despierta acurrucada en la cama, cubierta con las sábanas hasta los ojos, como si aquello fuera un escudo protector, la observó en silencio.

Elke se acercó con mucho cuidado a la cama, como si se acercara a un animal herido. Le retiró

la sábana con un suave forcejeo, jadeó al ver el cuerpo de su amiga, pero no se asombró demasiado, ella misma tenía marcas parecidas, aunque ni de lejos tan graves. Avigail cerró los ojos, avergonzada. Elke le acarició la mejilla que tenía intacta y seguidamente se arrodilló junto a ella, cogió la palangana de agua y, con una suave manopla la lavó delicadamente, después la curó como pudo y la vistió con un camisón. Avigail no pronunció una palabra en el proceso, solo se dejó hacer. Elke le cepilló el pelo con esmero, como hacía cuando eran niñas. Una vez le hubo terminado una trenza, la miró a los ojos.

—Lo siento —murmuró. Avigail entendió en aquellas dos simple palabras que sentía todo por ella, su dolor, su desgracia, el que hubiera tenido que abandonar a su suerte... Contuvo un sollozo silencioso y en ese instante se abrazaron mutuamente y ya no pudieron detener las lágrimas que fluían como manantiales, llorando por sus desgracias, confortándose una a la otra. Cuando dejaron de llorar, Elke se levantó y, en silencio, salió de la habitación, volviendo poco después con una bandeja.

—Debes comer algo —dijo acercándole tímidamente la bandeja al regazo—. Y después debes tomarte el contenido de este pequeño frasco. —Avigail la miró con el ceño fruncido, desconfiada.

—¿Es veneno?

—Sí y no. No te matará, pero evitará un posible embarazo. Al menos que te den igual las consecuencias. —Avigail casi se desmaya al pensar en haber engendrado un hijo con aquel depravado hijo de perra. La habitación le empezó a dar vueltas y toda la sangre mudó de su rostro. Elke sonrió tristemente.

—Lo que me temía, pues justo después de desayunar te lo tomas, está un poco asqueroso, pero no mucho peor que el aceite de ricino que nos daban de niñas.

Avigail recordó a su madre con cara severa y cuchara en mano para obligarle a tomar aquel brebaje, parecía que había sido en otra vida. Suspiró y miró la bandeja, puso los ojos como platos ante tales manjares.

—¿Esto es café de verdad?!—Elke asintió, sonriendo—. ¡Y mantequilla! ¡Pan blanco! Esto es demasiado, Elke, vale una fortuna en los tiempos que corren. ¿Cómo los has conseguido? Apenas hay café en el mercado negro y está a precio de oro.

—Alguna ventaja tendría que tener ser la esposa y la hermana de dos importantes oficiales de las SS. —Avigail se sintió iracunda, apartó la bandeja y se tapó hasta el cuello con la colcha de la cama.

—¡No quiero nada de esos cerdos!

—¡Oh vamos, Avi, no seas infantil! No dejes que ese odio te ciegue, te vas a comer sus tesoros. Además, es por tu bien, que el orgullo no sea más grande que tu hambre. Avigail iba a negarse de nuevo, pero el sonido de sus tripas la interrumpió. Elke soltó una pequeña carcajada, Avigail se sonrojó, pero le tirón un cojín, juguetona, que Elke esquivó con maestría para luego unirse la risa de su amiga, como hacían antaño, como cuando había un motivo para ser feliz.

Avigail comió con fruición ante la atenta mirada de Elke. Una vez saciada, se vistió con ropa que le había dejado su amiga. Cuando se estaba atando los zapatos, se dio cuenta de un hecho horrible: Mannfred había hecho aquella barbaridad, sin ni siquiera confirmarle que la iba a ayudar, y ahora se había descubierto a sí misma. Elke pareció leerle el pensamiento.

—Él me dijo que te dijera que te quedaras aquí a esperarlo, que si huías iba a ser peor para ti, pero que si estaba de buen humor, tal vez indagara algo sobre tu padre. Que, si te portas bien, él se portará bien.

—Sí, seguro...— ironizó, ya no se creía ni una sola palabra de ese bastardo. Mejor

arriesgarse a largarse que permanecer allí que le hicieran Dios sabe qué. Siguió atándose los zapatos y cuando terminó cogió sus cosas para irse.

—Tal vez sea la única oportunidad de tío Yossef—dijo en un susurro. Avigail se paró en seco. Se volvió hacia ella y gritó entre lágrimas:

—¿Cómo puedes pensar eso?! ¡Mírame! ¡Mírate! ¡Son unos monstruos! ¡Tu hermano y esa escoria que tienes por esposo! —la cogió de la muñeca y le subió la manga de la bata, para que viera sus propios moratones y marcas de mordiscos—. Si fueras lista huirías conmigo... —le soltó la mano bruscamente. Elke apartó la vista, pero habló quedamente.

—No siempre son así... —Avigail bufó enfadada; otra maltratada justificando a su marido—. No me mires así, Avigail, me refiero a que veces cumplen sus compromisos, incluso a veces veo a mi hermano querido de mi infancia, el que nos quería a mi familia y a la tuya, el que jugaba al pillapilla con nosotras hasta que se cansaba...

—Estás loca —dijo con incredulidad.

—¡Hazlo por el tío Yossef! —Avigail notó la ansiedad en la voz de Elke. Realmente quería a su padre, eso no lo podía negar.

—Volveré a pasar un infierno sin garantías de nada —se lamentó.

—Solo sería una noche más, mañana podrías huir.

—O podría morir, por el libre albedrío que reina en la mente enferma de tu hermano.

—Él te quiere.

—¡Venga ya! ¡A otro perro con ese hueso!

—¡Es verdad, si no te hubiera matado ya!

—¡Porque no me ha encontrado antes!

—¡No! Desde hace años, él sabía que eras Abigail Bechër y no te delató.

—¡Porque tal vez creería que le iba a guiar a otros judíos que le hicieran ganar medallas! — Elke no pudo rebatir eso.

—Vete, entonces... —dijo derrotada.

—No, me quedaré para tener noticias de mi padre, pero como mucho un par de días. Luego si no estoy muerta, me largaré de aquí. Elke se sintió aliviada y Avigail de repente lo comprendió:

—Elke —comenzó suavemente—, ¿te amenazó con algo si yo me escapaba?

—Sí, pero eso es lo de menos, estoy acostumbrada a sus amenazas. Realmente estoy preocupada por tío Yossef. ¿No te das cuenta? ¡Lo quiero como a un padre! Como tú querías a mío. Tú y él sois la única familia de verdad que me queda, aunque no nos unan lazos de sangre, fijate que los comparto con Mannfred y me avergüenzo de él como del mismísimo demonio. — Avigail no pudo más que emocionarse ante ese amor que desprendía su amiga.

—Un momento, ¿has dicho «como yo quería a tu padre»? ¿En pasado?

—Murió en el frente ruso... —Avigail se quedó de piedra. Jamás se le hubiera pasado por la cabeza que un hombre tan fornido y capaz, como tío Klaus, pudiera morir, y sin embargo era mortal como todo ser humano. Solo fue capaz de articular un formal «lo siento», y ya no hablaron más en toda la mañana.

Por la tarde, casi anocheciendo, llegó Mannfred. Dio un pequeño portazo, como si quisiera afianzar el hecho de que era él quien mandaba, Elke dio un ligero respingo que no pasó desapercibido para Avigail. Su sonrisa había desaparecido, la tregua había finalizado. Ella también debería estar asustada, pero lo que sentía era rabia, dolor y orgullo herido; aun así, permaneció semi oculta en un rincón. Lo miró: parecía cansado, como si se le hubiera caído esa máscara de orgullo que portaban todos los nazis. Ella sabía de rumores, su supremacía no estaba

dando los frutos que deseaban, pero ni muertos se lo harían ver al pueblo alemán hasta que estuviera todo, rotundamente todo perdido, como cobardes que eran.

—Elke, la cena. Avigail puedes salir de ese rincón, no te voy a morder... —Luego sonrió con malicia y añadió—: de momento. —Ella sintió un escalofrío involuntario, pero obedeció. Ella escuchó a Elke trastear en la cocina.

—Debería echarle una mano —susurró. Él le señaló una silla, a un lado de la mesa del comedor, cubierta con un bonito mantel de hilo que había vivido tiempos mejores.

—Ella se las apañará. Por favor, siéntate, eres una invitada. Un poco excepcional, pero invitada, al fin y al cabo —le dijo amablemente, como cualquier perfecto anfitrión.

—¿Y bien? —preguntó ella impaciente.

—¿Y bien qué?

—Mi padre. —Avigail estaba perdiendo aún más la paciencia, le crispaba los nervios que se hiciera el tonto.

—Cenemos primero y charlemos después. —Siguió en su papel de perfecto anfitrión. Avigail estalló.

—¿Tan difícil es que me digas si has hecho algo por mi padre?! —exclamó, poniéndose de pie y tirando la silla al suelo.

—Siéntate, Avigail, no toleraré un comportamiento tan escandaloso en mi casa. ¿Qué dirán los vecinos? —lo dijo suavemente, sin levantar la voz, que era fría y modulada. Ahí sí se asustó, pero no se amilanó. Se sentó y, con su voz más educada y formal, recordando el porte orgulloso y elegante de su madre, dijo:

—Pensarán que no es más que un cerdo, algo a lo que deben estar acostumbrados. Después de todo, es un piso de soltero, supongo que cuando no está acompañado de su hermana casada, se traerá a todas las fulanas de joyas falsas y perfume barato del Reich, Oficial Richter. —Antes de que ella pudiera reaccionar, él se abalanzó hacia ella por encima de mesa y le soltó un bofetón que la tiró de la silla. Luego rodeó la mesa con celeridad y antes que Avigail se pudiera incorporar, la alzó y le dio puñetazo en el estómago que la dejó casi sin respiración. Luego, como si nada hubiera pasado, recogió la silla del suelo y la sentó suavemente. Le cogió de la mejilla y, con el mismo tono falso de amabilidad, le dijo:

—No puedo tolerar ese lenguaje en una señorita y menos en mi casa. ¿No recuerdas tus modales? ¿Qué diría tía Astrid de tu comportamiento? —Avigail estaba iracunda, sentía ganas de gritar, de decirle que no mencionara a su madre o lo mataba. Sin embargo, se quedó callada, con la mirada gacha y los puños apretados sobre el regazo. Minutos después, Elke apareció con una sopera.

—Mmmm, huele estupendamente, hermanita. ¿Qué es? —preguntó mientras se ponía una servilleta en su regazo, sobre su immaculado uniforme. «¿Es que esa escoria no tenía más ropa? ¿Dormirían todos esos hijos de perra uniformados?» se preguntó Avigail.

—Crema de puerros y patatas. —Avigail no había comido una patata en condiciones desde el año treinta y ocho, se tenía que conformar con las mondas, con las verdes o con las medio podridas. Si alguna ventaja tenía haber ido a ese infierno de casa, era la comida. En un mes podría recuperar el todo el peso perdido en esos últimos años. Apartó ese pensamiento rápidamente de su mente; ni muerta se quedaría una semana, mucho menos un mes. Manfred las obligó a mantener una conversación como una familia normal, Elke hacía lo posible para prestarle atención sin poner cara de terror o asco, cualquiera de esas dos reacciones podría despertar la ira de su hermano. Él contaba el día a día de la burocracia de su despacho, hablaba de los judíos como números o

mercancías. Avigail apretaba los labios y a veces se mordía el carrillo interior por no soltar una barbaridad. Cuando le preguntaba, contestaba con monosílabos o frases cortas, hasta que empezaron las preguntas peligrosas:

—¿Dónde has estado estos años? —le preguntó alegremente, como el que le pregunta a un amigo aventurero sobre sus hazañas una vez que había vuelto de un viaje—. Aparte de engañando a una respetable pareja de buenos alemanes. —Avigail se horrorizó. No cayó en la cuenta de que podría haber puesto en peligro a la anciana pareja con la que trabajaba como Abigail. A pesar de sus recelos, muy razonables para los tiempos que corrían, nunca la trataron mal del todo.

Él pareció leerle el pensamiento.

—Tranquila, como te he dicho, son buenos alemanes que se sienten frustrados por haber sido engañados por una mala pécora, según dijeron. Después de unas horas de interrogatorios suaves —hizo hincapié en suaves— les soltaron sin cargos. Así pues, ¿vas a decirme dónde has estado? —Ella suspiró, apretó con fuerza los ojos y contestó:

—A riesgo de sufrir graves consecuencias, es obvio que no te lo diga, Mannfred. Él sonrió, por supuesto, se esperaba una respuesta así.

—¿Y qué has estado haciendo?

—Esa pregunta tiene similar respuesta a la anterior.

—Oh, vamos... Cuéntame algo que creas inocente, realmente me apetece tener una conversación amena, estoy rodeado de lameculos, al menos tú resultarás un cambio estimulante —insistió.

—*Quid pro quo*.

—¿Cómo?

—*Quid pro quo*, tú me dices algo y yo te cuento algo.

—Sabes que no necesito negociar contigo para sacarte información... —Sin abandonar su tono de amable anfitrión, estaba vez sí dejó entrever una velada amenaza.

—Sí, pero te divierte más un diálogo inteligente que un simple monólogo. Si mal no recuerdo, te solía gustar debatir. —Mannfred se carcajeó, sabía que Avigail iba a resultarle entretenida.

—Siempre has sido muy lista. Está bien, *quid pro quo* —asintió ligeramente divertido.

—¿Está mi padre vivo? —suspiró de alivio porque aceptara el trato.

—Sí. —Ella no pudo retener una pequeña lágrima que corría solitaria por su mejilla.

—¿Dónde? —preguntó con voz temblorosa.

—Ah, ah, ah —dijo negando con el dedo índice en un movimiento lento—, *quid pro quo*. —Avigail miró a Elke en una muda pregunta sobre qué le podría contar, ella se encogió de hombros casi imperceptiblemente, no era su conversación.

—He estado haciendo de todo un poco, pero principalmente ayudando a mi padre a curar gente y ejerciendo de profesora en la Comunidad. —Se mordió el labio; le había dado una pista sin darse cuenta.

—¿La Comunidad?

—No pienso decir una palabra más —dijo tajantemente.

—¿Qué enseñabas? —insistió—. ¿Música? ¿Dibujo? Cosas de señorita, ¿no?

—De todo un poco, sobre todo idiomas. Recuerda que mi madre era noruega, hablo noruego y algo de ruso. Mi padre me enseñó inglés y francés, aunque nuestro idioma principal era el alemán, en casa teníamos una pequeña Torre de Babel.

Pero ¿qué le pasaba? ¿Estaba loca? ¿Por qué le contaba todo eso? Él chasqueó la lengua visiblemente asombrado y realmente interesado.

—Interesante, la verdad es que no recordaba ese detalle de los Becker, no sé cómo se me ha podido olvidar esa habilidad comunicativa. —Pareció considerar algo—. La verdad es que nos serías muy útil, si no fueras judía claro, aunque por otro lado eres Abigail Bechër...

—Estás loco si crees que voy a ayudar a un perro nazi, y mucho menos si ese perro eres tú. — Avigail se puso pálida en cuanto esas palabras salieron de su boca sin permiso.

—Esa boca... —recordó cerrando el puño en clara amenaza—. ¿Ni siquiera por tu padre?

—Si no tengo garantías, no. Además, no estás siguiendo la regla del *quid pro quo*, me has sacado más información de la que tú me has dado a cambio, tan solo sé que mi padre está vivo, pero no dónde, ni en qué condiciones, ni....

—Está bien, está bien, pensaré en algo. Elke —dijo reparando en su hermana, que hasta el momento no parecía existir—, trae café. —Ella se levantó presta, saliendo con celeridad de la estancia. Poco después llegó con una bonita cafetera y un juego de café.

Cuando terminaron de cenar, él se quitó la servilleta, retiró la silla hacia atrás y se levantó.

—Elke, cuando recojas, vete a tu cuarto. —le repitió la misma orden del día anterior, sin ni siquiera mirarla. Cogió a Avigail de la mano, con suavidad, pero con firmeza, y se dirigió al dormitorio arrastrándola tras él. Ella temblaba. Quiso ser fuerte, pero el sufrimiento de la noche anterior se iba a repetir, le daba pavor solo de pensarlo y lo peor de todo era que no podía hacer nada para impedirlo. No obstante, echó valor para preguntar.

—¿Me vas a decir algo más de mi padre?

—*Quid pro quo*, Avi, son tus reglas, ¿recuerdas? —Que la llamara con el apelativo de cuando era niña no le tranquilizaba nada.

—Pero... —aquel *quid pro quo* solo le daba ventaja a él, apenas le había sonsacado nada, pensó frustrada.

—Tranquila, no tiembles, hoy me apetece ser tierno —dijo en un susurro, cuando la acercó delicadamente a la cama, sin dejarla caer, tan solo que sus pantorrillas rozaran el colchón, como si quisiera que ella se hiciera a la idea. Ella se sentía confusa; si debía pasar de nuevo por aquello, que al menos fuera suave, rápido, aunque no se fiaba. Él empezó a besarle el cuello, lentamente, ella cerró los ojos, esperando cualquier cosa. La acercó a él y la obligó a ponerle los brazos al cuello, como para recibir un beso de enamorados, se apoderó de su boca y la besó lentamente, primero tentativamente y luego más profundo. Ella no reaccionaba.

—Te aconsejo que colabores —dijo contra sus labios. Ella, resignada, devolvió aquel beso; al menos no la estaba mordiendo y esa noche no sabía a tabaco, no demasiado. Él, con una mano le acarició un pecho y con la otra buscaba sus muslos, con movimientos lentos y pausados, palpando tentativamente en las zonas más delicadas y sensibles. Se sentía dolorida de la noche anterior, pero estaba resultando increíblemente tierno, tratando de no lastimarla más de lo que fuera necesario. Muy a su pesar, sus pezones reaccionaron, era como si su cuerpo fuera por un lado y sus sentimientos por otro, se odió por eso. Él la tumbó suavemente sobre la cama, le había llevado las manos a las caderas y se las acariciaba casi inocentemente. Avigail entendió el peligro de ese hombre, podía ser astuto, taimado, embaucador y terriblemente cruel. La miró a los ojos.

—¿Sabes, Avigail? —le dijo con dulzura—. Si el mundo hubiera sido otro —su tono tenía un toque nostálgico— me hubiera casado contigo. Eres lista, culta, elegante... Siempre fuiste divertida, pero lo que más me gustaba de ti es que nunca me miraste con lástima cuando estuve enfermo. Además —añadió sonriendo—, tienes los ojos más bonitos del Reich. Nuestras familias hubieran estado pletóricas —dijo en tono melancólico. Avigail le hubiera gritado a la cara que

antes se mataba que casarse con él, pero no quería que saliera el monstruo que llevaba dentro y tal vez, estando así de buen humor, le dijera algo más de su padre. Decidió seguirle el juego.

—Vaya... Estás muy seguro de que aceptaría. ¿Qué me hubieras ofrecido para convencerme? —dijo en tono divertido, flirteando, él sonrió orgulloso.

—Soy buen amante... —Avigail se mordió el labio, ni por asomo esa sería una cualidad a tener en cuenta. Él siguió acariciándola y besándola, colocó sus manos en su entrepierna y con dedos expertos, buscó llevarla al clímax, el mismo al que ella se resistía.

—Vamos Avi, déjate llevar, siento haber sido un bruto ayer, tuve un mal día, pero hoy vas a disfrutar... —«¿Bruto? Eso es quedarse corto», pensó ella. «Un mal día, dice el cabronazo...». Ella intentó canalizar su enfado, no quería darle la satisfacción de verla perder el control.

—Mannfred... —no sabía que decirle, optó por ser sincera—, yo apenas sé de estas cosas, pero sé que debería estar enamorada...

—Esto no tiene que ver con el amor, sino con el placer. —Cómo se podía sentir placer, cuando era asco lo primero que sentía—. Déjate llevar —insistió él. Ella cerró los ojos, resignada, y asintió, dejándose hacer. Él fue tierno, como había prometido. Ni siquiera fue desagradable; le dedicaba palabras agradables, no de enamorados, pero al menos no sucias ni lascivas. En otras circunstancias, incluso hubiera disfrutado.

—Mannfred...mi padre —dijo entre tímidos jadeos, avergonzada por la invasión de su cuerpo. Él la ignoró y aumentó el ritmo gimiendo cada vez más alto, ella se agarró a las sábanas pacientemente, a que terminara. Cuando él se sació, la besó dulcemente. Pero su semblante se volvió sombrío y cruel, tiró de la sábana, con un extremo de la misma, y la limpió con movimientos bruscos, disfrutando unos minutos más de su entrepierna.

—Tu padre vive, como te he dicho, pero no por mucho tiempo. Va de camino, si no ha llegado ya, a un campo de exterminio.

—¿¡De exterminio!? —gritó histérica, incorporándose de golpe y haciendo perder el equilibrio a Mannfred que cayó sobre el colchón. Aunque no pareció que le importara, es más: una sonrisa torcida apareció en sus labios.

—Sí, como el resto de la Comunidad ¿o acaso crees que soy estúpido? Llevo tiempo vigilándoos, solo quería esperar el momento oportuno.

—¿De exterminio? —volvió a preguntar, esta vez con voz más modulada.

—Sí, Avigail, de exterminio. Cientos de miles de judíos han sido liquidados, pero seguro que lo sabías, no eres tonta.

—Me negaba a creerlo, siempre tuve la esperanza que fuera una exageración ¡Sois unos monstruos! —dijo entre lágrimas. Y de repente se dio cuenta de una cosa.

—¿Y yo? ¿Por qué no me has arrestado? —Él la miró de arriba abajo devorándola con los ojos.

—Porque serás mi puta particular, siempre supe que te convertirías en una belleza, solo tuve que esperar a que te crecieran las tetas.

Avigail no pudo más. Agarró la lámpara de la mesilla de noche y lo golpeó con todas sus fuerzas, a él, el golpe le cogió por sorpresa y cayó al suelo, ella se levantó rápidamente y siguió golpeándolo con saña, hasta dejarlo sin sentido. A continuación, empezó a patearlo con toda la ira que su delgado cuerpo podía emanar.

—¡Avigail! ¡Para! ¡Lo vas a matar y va a ser peor para todos! —Elke había salido de su habitación en cuanto había escuchado el golpe seco de un cuerpo caer al suelo, no se atrevió a entrar hasta que escuchó a Avigail gritar improperios y que su hermano no respondiera, al ver la

escena había agarrado a Avigail por la cintura, para apartarla del cuerpo inconsciente de su hermano.

—¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora? —gritó Avigail desesperada al ver lo que le había hecho a Manfred, de esa no se escapa ya. Elke la cogió de la mano y tiró de ella.

—¡Vamos, tienes que huir! ¡Te ayudaré!

—¿Cómo? ¡Tú estás tan jodida como yo!

—Aún tengo un contacto, apenas he podido tener tratos con él y mucho menos después de que los cabrones de mi marido y mi hermano me ataran en corto, no sé si será de fiar, pero debemos arriesgarnos. —Elke rápidamente recogió el altillo de los tesoros de Avigail, además de varias cosas de primera necesidad para que su amiga se las llevara, al igual que hiciera tía Monika años atrás—. Ve a la carbonera central, busca la furgoneta número 20, tienes que montarte en el turno de tres a cinco de la madrugada. Busca a un hombre que se llama Gunter, dile que vas de parte de Canario. —Avigail frunció el ceño ante ese alias, Elke sonrió tristemente—. Es como me conocen en ciertos círculos, antes debes pedir tres onzas de carbón en bolsa de arpillera, es la contraseña. Él te llevará fuera de Berlín, a una granja abandonada. Escóndete allí, hasta que llegue una anciana que vestirá un traje negro con florecillas blancas y un pañuelo azul, llevará un delantal puesto del revés, casi no se notará porque es un delantal sencillo, tendrás que observar bien el dobladillo, solo sal del escondite si ves una anciana de estas características. Puede tardar días, no pierdas la esperanza. Ella te dirá qué hacer. Llevas lo suficiente para sobrevivir un par de semanas y pagar a Gunter, pero tal vez quiera otro tipo de pago... —dijo significativamente.

—Sin problema. —Ya le daba igual que la tocara un cerdo más que uno menos si eso le ayudaba a ser libre, luego miró a su amiga—. Elke ¡huye conmigo!

—No puedo, es más seguro si vas sola, huir las dos es más peligroso. Además, yo soy la esposa de un oficial de las SS, me pueden reconocer más fácilmente, no llegaríamos ni a la vuelta de la esquina. Creo que aquí podré ser más útil. —Avigail asintió a duras penas, se abrazaron brevemente.

—Te quiero, Elke—se despidió aguantando las lágrimas.

—Y yo a ti, Avigail. Ten cuidado.

—Prométeme que resistirás y cuando esta pesadilla termine, nos buscaremos.

—¡Te lo prometo! ¡Pero ahora vete antes que mi hermano despierte!

—¿No te hará nada?

—No, si alguno puede matarme es él, por supuesto, pero sería un engorro justificar mi muerte. Lo creas o no, tengo cierta influencia en las altas esferas del Reich. De puertas para adentro soy miserable, pero de puertas para afuera pertenezco a la aristocracia, por decirlo de algún modo —se rio entre dientes— Además a mi marido no le interesa quedarse viudo. ¡Basta de cháchara! ¡Vete! —dijo empujando a Avigail suavemente.

4. Finales de noviembre de 1944, en algún lugar del espacio aéreo entre Dresde y Berlín

Un avión de reconocimiento aliado sobrevolaba bajo, para no ser detectado, sobre los bosques cercanos a la capital. Su objetivo: detectar posibles bases ocultas que pudieran dar al traste con posibles bombardeos a objetivos claves. Los aliados estaban ganando territorio, solo sería cuestión de tiempo conseguir la liberación del territorio ocupado por el Eje.

Aunque aún no habían empezado las nieves, el tiempo no era especialmente bueno. Una lluvia intensa oscurecía lo que otrora sería una espléndida noche de luna llena. En esa ocasión, el tiempo era un arma de doble filo, la lluvia ayudaba a no ser visto, pero a la vez impedía una buena visión. El viento tampoco era favorable, así como la falta de combustible. Todas estas trabas las tenía en cuentan el piloto que intentaba solventarlas con pericia.

El oficial George Adam Longfellow era uno de los pilotos más jóvenes de los marines de los Estados Unidos, pero no por ello carecía de experiencia de vuelo; con más de doscientas cincuenta horas de vuelo, treinta misiones en escuadra y quince en solitario, en lo que llevaban de contienda, lo avalaban, si bien había falseado su edad para alistarse en contra de la voluntad de su familia. Cuando la burocracia se dio cuenta del error, llevaba tres años beligerando y uno como piloto, así que el Estado Mayor de la Defensa hizo la vista gorda antes de perder un buen piloto. No obstante, esa noche le estaba costando controlar el aparato, no podía determinar si era por el tiempo o porque estaba fallando algún mecanismo. Un sudor frío empezó a perlarle la frente, si caía en territorio enemigo, estaría perdido y la misión sería un desastre. Mandó por radio un mensaje de SOS, pero dudaba de que lo hubieran recibido. Las interferencias y la distancia cortaban la comunicación constantemente, y de recibirla, tampoco las tenía todas consigo con lo de que fueran a buscarle en la boca del lobo. Para colmo de males un rayo le alcanzó. A la desesperada, solo podía intentar un aterrizaje de emergencia, pero no sabía si sería capaz de contrarrestar la velocidad. Decidió planear, mientras intentaba dar con un claro. En un momento dado, intentaría usar el nuevo invento que expulsaba el sillón del avión, solo rezaba para que funcionara. «¡Catorce mil pies! ¡Doce mil! ¡Diez mil! ¡Cuatro mil...! ¡Hazlo ahora, George!», se alentó a sí mismo. Pulsó el botón eyector, saltó el cristal de la cabina, una fuerza le succionó hacia atrás y sintió la velocidad, el viento, la lluvia, el torbellino que lo zarandeaba. Cerró los ojos a la espera del final, cualquier final, y empezó a caer y caer y caer y el paracaídas no se abrió en una maraña de cuerdas y nylon. Hizo un pequeño amago, pero no se abrió correctamente; lo que debía ser una caída libre se convirtió en una en picado. No veía nada, no sabía dónde caería, contenía el aliento, porque la velocidad no le dejaba respirar, le recordaba la falta del aire cuando competía en buceo, con sus hermanos en el lago, sus hermanos... ¿Volvería a ver a su familia? En un momento, le pasaron imágenes eventos familiares, la boda de su hermana Sarah Hanna, su padre Thomas arando las tierras, su madre Mary peinando su pelo rubio al sol, la caza de ranas con sus hermanos Mathew y Edward, cuando tuvieron que llevar a Helen al doctor en mitad de la noche, por tragarse una moneda, cómo consolaba a su hermana pequeña Ethel, su favorita, cada vez que se raspaba las rodillas. Y sonrió. A pesar de su destino incierto, sonrió. El impacto llegó, una arboleda freno su caída, rebotando de rama en rama, sintiendo como todos los huesos se quebraban. Lo único que podía hacer era protegerse la cara y los ojos, y justo cuando iba a dar

con el suelo, el paracaídas se enganchó en una rama, dejándolo colgado como un péndulo, inconsciente.

Avigail estaba en su refugio en mitad del bosque cuando escuchó el sonido de un avión acercándose, se estremeció y su primer pensamiento fue ocultarse más. Pero algo le dijo que se asomara al ventanuco. ¡No era un avión alemán! Pudo verlo porque casi le cae encima, mientras que el aparato se estrellaba como a un kilómetro de su cabaña, vio cómo el piloto había salido disparado. Cogió los prismáticos que tenía, solo tenían un cristal, lo suficiente para seguir el rastro de la tela blanca del paracaídas. No estaba demasiado lejos, cogió algo para abrigarse, su botiquín y su carretilla, no tenía ni idea de lo que iba a hacer, su cabeza le conminaba a seguir escondida, pero su instinto de protección y quién sabe, el haberse criado con un médico, no le dejaba dejar a un hombre morir. A un hombre no nazi, claro.

La lluvia era fina, de ese tipo del que no te das cuenta de que está lloviendo, hasta que estás calado hasta los huesos. El frío empezaba a adueñarse de sus pies y sus manos, dificultando su paso y sus movimientos, el barro hundía sus pies hasta los tobillos, pero por suerte, a medida que llovía no dejaba huellas. Avigail no hacía más que reprenderse a sí misma, maldiciendo su suerte y su conciencia. Cuando empezaba a pensar en darse la vuelta, lo encontró colgado de un árbol, aunque gracias a Dios, sus pies colgaban de puntillas muy cerca del suelo. Si hubiera caído sobre la copa de aquel gran pino, habría tenido grandes problemas para rescatarlo. El leve viento balanceaba aquel cuerpo en un movimiento errático, tenía la cabeza gacha y los hombros caídos, su posición indicaba que o estaba inconsciente o estaba muerto, una de sus piernas tenía una posición extraña, lo más seguro que estuviera rota. Tenía sangre por todas partes, pero no se veía que sangrara profusamente, tal vez solo fueran heridas hechas con las ramas. Avigail aún dudaba de si echarle una mano o no, si estaba muerto no merecía la pena el esfuerzo. No obstante, tener a un soldado enemigo colgado cerca de su casa no le hacía mucha gracia, podría atraer a compañía no deseada. Desde su posición, no se veía si respiraba o no. Pero de repente, un gemido lastimero salió de sus labios. Ella suspiró. «Está vivo, manos a la obra, Avigail», se alentó. Colocó la carretilla a la altura de sus corvas, intentaría que cayera de espaldas sobre ella, observando contrariada que tal vez la carretilla fuera demasiado pequeña para aquel cuerpo. Si resultaba ser así, no tenía ni idea de cómo lo iba a transportar. Trepó por el árbol como pudo, se encaramó a la rama donde estaba enganchado el paracaídas y lo cortó a duras penas. El hombre cayó sobre la carretilla seguido de la tela del paracaídas y el atalaje, un grito de dolor se escuchó amortiguado por el nylon del paracaídas. Avigail se mordió el labio, cerrando un segundo los ojos.

—¡Uy, lo siento! —susurró. Cuando bajó del árbol, descubrió que tal vez la carretilla no fuera tan mal.

Después de un esfuerzo titánico a través del bosque, llegó a su cabaña. Bueno, lo que ella consideraba su cabaña: era una construcción extraña de madera, semienterrada, oculta entre la maleza, estando a la vista tan solo una ventana y la puerta, e incluso éstas eran difíciles de ver. Tenía una pequeña chimenea, que cuando no usaba, también la ocultaba. La ventaja de estar escondida era que disponía de un gran espacio en el interior, de hecho, era la estancia más grande donde había vivido desde que empezó la guerra. Arrojó como pudo al desconocido a su jergón y empezó a reconocerle. Le quitó el mono, una prenda regia llena de parches con diferentes insignias y escudos, dejándolo en camiseta y calzones. averiguó que era americano, por lo que no

creía que pudiera hablar con ella en alemán, deseó que su inglés fuera suficientemente bueno para entenderlo y atenderlo. Lo lavó con cuidado, retirando el sudor que le pegaba el pelo a la frente y las manchas de barro, grasa y sangre. Lo miró con detenimiento. Lo que ella había supuesto: la sangre no era de heridas graves, si no de cortes superfluos, aunque numerosos, a lo largo de las extremidades, principalmente en los antebrazos, se veía que había intentado cubrirse con ellos. Su pierna estaba rota y tenía moratones por todo el cuerpo, lo que más le preocupaba era un corte muy feo en el ojo y dos grandes chichones en la frente y la coronilla, el casco se le debió haber soltado en algún momento. Esperaba que solo fuera eso, chichones y no alguna contusión más grave. Miró sus manos, también se había roto un par de dedos. Pero en general no estaba tan grave. Aquel pobre muchacho, porque ahora sabía que era joven, había tenido mucha suerte, caer en picado de un aparato de esos le podría haber costado la vida. Le entablilló la pierna, le unió los dedos para inmovilizárselos y vendó todo aquello que debía ser vendado. Él se quejaba sin fuerzas, cuando terminó intentó hablar con él.

—¿Señor...? —le llamó en inglés, se dio cuenta que no sabía cómo se llamaba, rebuscó entre sus ropas, donde encontró sus placas. Se las había quitado ella misma mientras lo había desvestido. «Capitán George Adam Longfellow...» leyó. «Bonito nombre», pensó—. ¿Señor Longfellow?

—Capitán —corrigió débilmente en mitad del sopor. «Vaya, hasta medio muertos los yanquis son arrogantes». Sonrió divertida.

—¿Estaba con alguien más? —preguntó preocupada, su inglés tenía un marcado acento alemán, pero no por ello dejaba de ser correcto, él se tensó al oírla e intentó incorporarse.

—¡No voy a decir ni una palabr... auchh! —se quejó, mientras unas manos suaves lo empujaban de nuevo hacia el colchón. Le dolía horrores la cabeza y apenas sentía el cuerpo.

—Shhh, tranquilo, aquí está a salvo. Debe descansar, ya hablaremos más tranquilos cuando esté mejor. —George identificó esa dulce voz como la de una locutora de radio. Le encantaba la radio y casi todas las mujeres que hablaban a través de ella. Siempre se las imaginaba preciosas. Enfocó mejor su cara, sabía que no podría abrir un ojo, se golpeó con una rama y lo sintió explotar, pero se esforzó por verla con su ojo bueno. Se quedó sin aliento. Si existían los ángeles, allí estaba ella dando fe de ello, jamás había visto unos ojos tan preciosos, grises como la plata, su cara, un ovalo perfecto, estaba enmarcada por un precioso pelo negro, recogido de manera descuidada. Su boca pequeña y su nariz fina le daban un porte elegante. Su expresión era un cúmulo de sentimientos. Amabilidad, cautela, preocupación... De repente todo empezó a darle vueltas, sintió náuseas y le vomitó encima. Horrorizado ante tal incidente, quiso disculparse, no obstante, antes de soltar una palabra, sintió más arcadas, que ella acudió rauda a asistir. Cuando ya no le quedaba más que bilis para devolver, se desmayó del dolor por el esfuerzo.

Un rayo de sol proveniente de la única ventana de la estancia y un agradable olor a especias le despertó; sabía que era tarde, cerca de las doce, porque la luz era clara y el ángulo que formaba las sombras de la estancia le mostraba que el sol estaba alto. Miró alrededor: era un lugar oscuro, pero no lóbrego, todo alrededor estaba pulcro y ordenado. No había demasiadas cosas: un cesto con ropas, algunas cacerolas, mantas tejidas a mano con retales dispares de lana y tela y hierbas, muchas hierbas puestas a secar. De ahí emanaba ese cautivante olor que le había dado la bienvenida cuando despertó. Los únicos muebles eran un par de bancos y una mesa con una silla

en la que estaba sentada la muchacha que le había rescatado. Se había quedado dormida sobre la mesa con los brazos en forma de almohada, vestía una especie de pijama o calzón largo, su pelo estaba húmedo y el ambiente olía como a lavanda o alguna otra flor como las que usaba su madre para perfumar los cajones, unos pantalones negros y un jersey se secaban junto a una chimenea, recientemente apagada. George sintió una punzada de vergüenza al recordar el incidente. «Quién sería aquella muchacha», se preguntó, era obvio que sería una fugitiva de los nazis, casi con toda certeza judía, si no qué haría allí oculta. La observó a conciencia, su primera impresión de que era guapa se quedó corta, a la luz del día sí que parecía un ángel. Él se movió ligeramente y su cuerpo dolorido se quejó. No había sido nada más que un leve gruñido, pero ella se levantó de golpe. Corrió hacia el jergón, más bien saltó a su lado y le tocó la frente.

—No debe moverse, señ... capitán —se corrigió. Sus manos, a pesar de ser callosas, eran muy reconfortantes y su voz era tan modulada que calmaría a la más fiera de las bestias, incluso con ese detestable acento alemán—. Tiene muchas heridas que se pueden abrir, algunas las tuve que coser y su pierna tiene que estar inmovilizada un tiempo. —Él la miró confuso, ella al ver su cara se preocupó, le tanteó los golpes de la cabeza.

—Disculpe —murmuró más para sí que para él—, yo hablando como si nada y tal vez esté desorientado con el golpe. Mire hacia aquí —le indicó mostrándole el índice y el corazón, moviéndolos de derecha a izquierda y de arriba abajo, él los seguía con la mirada sin problemas. Quizás un poco mareado, pero sin más. Le dio pequeños golpes en la rodilla sana, para comprobar reflejos. Mientras que seguía chequeándolo, le preguntó sin mirarle—: Dígame cómo se llama, su color favorito y si tiene hermanos, cuántos.

Él carraspeó y con voz pastosa, dijo:

—Me llamo George Adam Longfellow, solía ser el azul, pero puede que cambie de opinión al plata, conmigo somos once hermanos. — Ella levantó la cara asombrada.

—¿Once? —Él sonrió. Tenía una sonrisa preciosa, pensó Avigail.

—Sí, ¿se los nombro también? —dijo burlón.

—No, todos no, pero sí el mayor, el menor y uno de en medio —continuó ella con voz neutra.

—La mayor es Sarah Hannah, la pequeña Ethel, y de en medio si no valgo yo... pues mi hermano Mathew. —Ella asintió. Y continuó con las curas, había empezado a cambiar vendas y aplicar alguna especie de ungüento.

—Bonitos nombres. —Él la observó curioso, parecía que sabía lo que hacía.

—¿Es usted médica, señorita...? —Levantó una ceja inquisitiva.

—Becker, Avigail Esther Becker, pero puede llamarme Avigail, simplemente.

—Abigail —repitió suavemente, como si tuviera un caramelo en la boca—, precioso.

—Avigail —lo corrigió bruscamente, haciendo hincapié en la leve diferencia de pronunciación.

—Avigail —concedió. ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Es médica? —Ella pareció meditar la pregunta.

—Nunca he ido a una facultad de medicina, si a eso se refiere, pero soy lo más parecido a uno en muchos kilómetros a la redonda. Él la miró poco convencido, ella suspiró—. Mi padre lo era. Le ayudé muchas veces. —Él se conformó con eso. Iba a decirle algo más cuando ella se dio la vuelta y fue a calentar agua en una tetera. Cogió una de las hierbas que estaban colgadas y las trituró. Mientras preparaba una tisana, lo ignoró. Él suspiró; estaba claro que el conversador de esa casa iba a ser él. Avigail cogió una taza de hojalata y le vertió un líquido dorado. Sopló

delicadamente, como el que le prepara un chocolate muy caliente a un niño, y se lo acercó a sus labios.

—Beba. —Él le obedeció.

De repente tosió: aquello estaba asquerosamente amargo.

—Beba —insistió.

—Está amarguísimo. ¿Qué diantres es?

—Algo que le asentaré el estómago, ¿no recuerda que ayer devolvió hasta su primera papilla?
—Él se sonrojó.

—Disculpe... —Ella lo acalló con un gesto de la mano.

—Tiene que tomar líquidos, lleva muchas horas sin beber, pero no me atrevía a darle nada hasta que no despertara. Y estas hierbas le harán bien. —Él, resignado, accedió, y con una mueca de asco, se lo bebió de un trago. Ella hizo un amago de sonrisa.

—¿Ve? No ha sido tan difícil.

Se quedaron en un silencio incómodo un rato. Se observaban mutuamente, como midiéndose hasta qué punto podían confiar el uno en el otro. Ella, además de poner en riesgo su escondite, temía el hecho de que era un hombre, uno de los más atractivos que había visto, sin duda, a pesar de ser rubio. Parecía amable y educado, eso no lo podía negar, pero que estaba solo allí con ella en medio de un bosque, lo que le confería cierto estado de indefensión. Le daba igual de qué bando fuera, estaban en guerra y esta hacía aflorar lo más bajos instintos salvajes de la naturaleza humana. Si alguien se le acercaba en contra de su voluntad, le mataría, ya no tenía nada ni nadie que perder. La determinación reflejada en su mirada hizo que George hablara.

—Avigail, no soy ninguna amenaza para usted, se lo juro. Le debo la vida, soy un hombre de honor, jamás le haría daño. —Su tono era suave, pero firme. Ella asintió, pero no dijo nada. Él se dio cuenta de que no le creía ni un ápice. «Cuántas veces le habrían roto las promesas», se preguntó el capitán. Ella era bastante joven, algo muy obvio a la vista, pero su gesto parecía el de alguien con más de cien vidas a cuestas.

—¿Falta mucho? —preguntó sin más.

—¿Mucho? —preguntó desconcertado.

—Para que esto termine, para que no tenga que esconderme más. Sé que los yanquis y los ingleses han liberado ya París. Y que los rusos avanzan por el este...

—¿Cómo sabe todo eso? Me refiero, al estar aquí escondida... Si no me equivoco, es judía en Alemania y no creo que sea fácil para usted moverse demasiado, sobre todo tan cerca de Berlín o Dresde, básicamente está en la boca de lobo —dijo receloso, sospechando, de súbito, que tal vez era una espía o algo por el estilo, esos cabrones de las SS tenían muchos recursos. Era demasiado guapa y educada para ser una simple fugitiva. Aunque en el fondo de su ser sabía que ser guapa y educada no tenía nada que ver con ser necesariamente espía, le habían inculcado la idea de la espía femenina como una *femme fatal*, cuando en realidad podría ser cualquiera. Ella se encogió de hombros.

—Tengo mis recursos. Una aprende a sobrevivir, sería una locura morir ahora después de tanto esfuerzo, y ese esfuerzo merece la pena si hay esperanza. —George frunció el ceño; esas palabras sonaban a discurso aprendido. Apretó los dientes e intentó aclararse las ideas—. ¿Qué le ocurre? Parece enfadado de repente. —Él siguió sin contestar—. ¿En qué piensa?

—En que es demasiado guapa. ¿Quién me dice que no es usted una espía? ¿Una atrapa incautos?

—¿Cómo?!—exclamó en alemán, asombrada. Él se sonrojó, dándose cuenta de lo absurda

que era la pregunta, ella lo miró un instante y estalló a carcajadas.

—¡Es lo más gracioso que he escuchado desde el 38! —dijo entre estertores de risa—. Espero que esa no sea su mejor frase para flirtear, las chicas huirían en bandada —Seguía retorcida de la risa. Él se dio cuenta que había tomado la frase como un halago y se ruborizó aún más; nunca le diría algo tan absurdo a una chica, sonaba a frase de perdedor, se sintió herido en su orgullo masculino. Ella seguía riendo, más suavemente; tenía una risa cantarina, y los años que se había echado encima desaparecieron de repente. Aun así, le estaba hartando un poco que se riera de él.

—Bueno, ya está bien... —balbució poniéndole suavemente una mano en el muslo para que parara. Ella, ante ese contacto, se tensó, se apartó rápidamente. Y en un movimiento rápido, se abalanzó a su cuello con un cuchillo, que sabe Dios de dónde había salido, y con una mirada de odio le dijo:

—¡Cerdo! ¡No vuelva a tocarme o le mato! —George se quedó petrificado, jamás hubiera imaginado aquel cambio de actitud. La mirada de odio era solo un disfraz del pánico que Avigail sentía. Podía sentirlo. Además, sus manos temblaban, aunque ella quisiera tenerlas firmes. Y entonces lo entendió: habían abusado de ella, intentaba ser fuerte, pero no lo conseguía, su lenguaje corporal la delataba, un instinto de protección salió de sus entrañas y se juró a sí mismo que haría todo lo posible para que se sintiera segura. Él levantó las manos en señal de rendición, estiró el cuello para facilitarle el acceso al cuchillo y dejarlo a su merced, para infundirle seguridad, que supiera que ella controlaba la situación. Se quedó inmóvil.

—Lo siento —dijo en voz baja—, no era mi intención asustarla, antes he jurado que no iba a ser una amenaza para usted. Si no se fía, solo tiene que usar ese cuchillo...

Ella lo miró como si hubiera salido de un mal sueño. Retiró el cuchillo lentamente y volvió a colocárselo en la bota, de donde George supuso que lo había sacado. Se retiró de encima de él, quién notó frío de repente, al no tener el calor de ella cerca.

—Lo siento —dijo ella—, tal vez me haya excedido, pero no me gusta que me toquen.

Él soltó el aliento que no se había dado cuenta que estaba reteniendo. Sonrió para tranquilizarla.

—Tomo nota. —Ella no sonrió, pero se había relajado visiblemente.

—Gracias...

—¿Por qué?

—Por no haberse enfadado cuando le he puesto un cuchillo en el cuello... —murmuró—. Y por hacerme reír. —Esta vez sonrió levemente. Esta vez fue él quien rio.

—No hay de qué.

Ella suspiró, lo miró, tenía una mirada franca, necesitaba confiar en alguien y pensó que ya iba siendo hora de hacerlo. Necesitaba hablar, comunicarse, después de tanto tiempo de celos y desconfianzas, tener una conversación normal con una persona sin medir sus palabras y por qué no mantenerla con él. Se sentó en un banco, un poco apartada de la cama, pero no demasiado. Sin mirarle a la cara comenzó a relatar.

—Llevo huyendo desde el 38, mi padre era médico, mi madre una noruega de buena familia, se enfrentó a ellos para casarse con él...

—Avigail... no tiene por qué...—ella lo ignoró.

—... era preciosa, ¿sabe? —Hablabla más para sí que para él—. Y muy estricta, pero me adoraba, me enseñó todo lo que una señorita debía saber: idiomas, buenas maneras, protocolo... Quería que me casara bien, como debía ser, como dictaba la sociedad. Mi padre, por el contrario, me daba más libertad, me trataba como a un ser humano sin importarle que fuera hombre o mujer.

Me enseñaba matemáticas, ciencias, algo de música, y me dejaba ayudarlo en la consulta. Pensé en ser médico, ante el horror de mi madre, que quería que fuera la perfecta ama de casa, lo que creía decente...

George la escuchaba encandilado, su voz era modulada, su cadencia suave, parecía que estuviera contando un cuento.

—... papá no se dio cuenta de lo que pasaba hasta que nos cayó todo encima. Era muy optimista, no veía venir lo que ese cerdo de Hitler nos iba a hacer, aunque es cierto que nos tenía a todos engañados hasta que fue demasiado tarde para reaccionar. Pudimos sobrevivir un tiempo, gracias a tío Klaus y su familia, no eran mis tíos de verdad, era el mejor amigo de papá, pero yo los quería mucho igualmente. Bueno, a todos menos a Mannfred, dejé de quererle en cuanto se convirtió en un monstruo y arruinó a su familia... —George no necesitó detalles, el tono de voz, una mezcla de asco, odio y miedo, al pronunciar ese nombre delataba quién era el que la había violado. Al pensar en ese bastardo, del que solo sabía el nombre, sintió tal furia que, si lo tuviera delante, lo mataría con sus propias manos.

—¿Dónde están ahora? —Sabía la respuesta y sabía que no debería haber preguntado, pero quería que siguiera hablando.

—Muertos, menos Elke y él... —George no tenía ni idea quién podía ser Elke y si era chico o chica, pero no quiso preguntar de nuevo. Ella pareció leerle el pensamiento y fue más específica.

—El tío Klaus, como ya he dicho, era el mejor amigo de mi padre. Era católico, nos ayudó todo lo que pudo hasta que lo mandaron al frente. También era doctor, murió en Rusia, tía Monika murió en un calabozo, cuando el *cabreado* de su hijo no movió un dedo por sacarla de allí, es un SS el muy *hijo de cerda, nacidomal, pertado*. —George aguantó la risa ante la sarta de palabrotas mal dichas—. Madre murió de parto, padre fue llevado a un campo de exterminio. Ilusa de mí fui a ver a ese *cabreado* de *suciedad* pensando que me ayudaría. ¿Por qué iba a hacerlo si no ayudó a ni su propia madre? Fui tan inocente. Después de...—calló de repente, su expresión lo decía todo, tragó saliva y continuó.

—... su hermana Elke, la mujer más buena de la faz de la tierra, me ayudó de última hora a la desesperada, ni siquiera sé si tuvo represalias por hacerlo, me puso en contacto con ciertas personas, que me ayudaron a esconderme aquí.

Había tanta tristeza en los ojos de Avigail que solo quería abrazarla para animarla, pero ni muerto se acercaría otra vez sin su permiso.

—Es una lástima...

—No quiero que sienta lástima... Me hace sentir inferior —le cortó con cierta altivez.

—Me refiero a que es una lástima que, a pesar de su acento y de lo bien que habla inglés, no sepa decir ni una palabrota en condiciones—. Ella lo miró confusa. ¿A qué venía aquello? Lo observó, su mirada era seria, pero se veía a la legua que evitaba no reírse. Entonces ella lo entendió, la estaba picando para que reaccionara, para que se riera o se desahogara de alguna forma, sonrió agradecida y le siguió el juego.

—Bueno, soy una señorita, si casi no digo palabrotas en alemán, no pretenderá que las domine en inglés.

—Pues vamos a ponerle remedio, lección uno: *cabreado* no, *cabrón*, y aunque ser un *hijo de cerda* puede ser ofensivo, ser un hijo de perra o de puta es más contundente. A ver, ¿qué más? —preguntó pensativo—. Ah, sí, malnacido, es lo correcto, no *nacidomal*; *pertado* tampoco es acertado, sería bastardo. ¡Y por Dios, nada de *suciedad*! ¡Es de mierda! *Cabrón* de mierda, bastardo de mierda, hijo de puta de mierda... Y un largo etcétera. Prueba, a ver.... —George

parecía un profesor de verdad y que le estuviera dando una lección de palabrotas era hilarante. No pudo evitar reír de nuevo, le caía bien aquel tipo.

—Está bien —dijo entre risas—. ¡Cabrón! ¡Bastardo de mierda! ¡Hijo de puta! —A medida que decía insultos, la risa se iba apagando y aparecía una rabia que había estado conteniendo, y comenzó a llorar. No había llorado en mucho tiempo, y él dejó que se desahogara...

Después de un rato, se arriesgó a ponerle una mano en el hombro, tentativamente. Ella se tensó, pero no se apartó.

—¿Mejor? —Ella se limpió con el dorso de la mano, con un gesto que parecía una sonrisa tímida, y asintió.

—No debería haberse movido, debe reposar las heridas.

—Solo he alargado el brazo, no he corrido cien millas —mintió. La verdad es que se había tenido que mover y ese gesto le dejó casi sin aliento, de no haber tenido el vendaje prieto, se hubiera retorcido de dolor. Ella frunció el ceño y se apartó molesta.

—¡No me gusta que me mientan, sé que le duele!

—Bien, me duele. ¿Contenta? —claudicó. Ella asintió, se levantó y se puso el abrigo.

—¿A dónde va?

—A por la cena. —Y salió, dejándolo con un palmo de narices. Él suspiró, pensando en lo extraña que era aquella chica. De repente se dio cuenta de su situación: estaba herido en medio de territorio enemigo, sin saber una pizca de alemán y sin tener ni idea de a dónde dirigirse. Si tuviera la radio de su avión... pero estaría destrozada. ¡Su avión! ¡Si lo descubrían en medio del bosque le darían caza! Tendría que salir de allí, pero en su estado no llegaría muy lejos, no le quedaba más remedio que confiar en Avigail y ver cómo salir de esa más adelante.

Pasaron horas desde que ella había salido, empezaba a sospechar. ¿De qué? no estaba seguro. De si le había pasado algo, de si fue a delatarle... Su instinto le decía que confiara en ella, su cabeza que no lo hiciera, estaba hecho tal lio que la cabeza le iba a estallar. Justo cuando iba a levantarse de la cama, para hacer algo, lo que fuera, la puerta se abrió. Avigail presentaba un aspecto desastroso, estaba empapada, llena de barro y con arañazos en brazos y cara, no eran graves, pero sí indicaba que se había arrastrado entre matorrales o algo parecido, venía arrastrando un gran saco, que casi no podía mover. De su hombro colgaban los conejos más escuálidos que jamás había visto en su vida, él hizo amago de ayudarla. Ella, sin mirarlo, se lo impidió.

—Quédese en la cama. —Fue concisa. Él, frustrado, le obedeció. Una vez que el saco estaba en medio de la estancia, ella cerró la puerta. Colocó los conejos en mitad de la mesa, en silencio. Los despellejó con destreza, los troceó y los echó en una cazuela, añadió hierbas y agua. Lo puso al fuego y dejó que se hiciera. Se quedó mirando al fuego un rato, poniendo las palmas cerca del calor. George se dio cuenta de que estaba aterida.

—Debería cambiarse. —Ella se encogió de hombros—. Se va a poner enferma.

—No tengo más ropa —se sonrojó.

—Venga ya, he visto su camión ahí doblado. —Ella lo miró espantada.

—¡¿No pretenderá que me ponga en camión delante de usted?!

—Si va a caer enferma, sí.

—No... puedo —tartamudeó. Él la miró serio.

—Avigail, te debo la vida —dijo tuteándola por primera vez—. Tengo dos costillas rotas y varias heridas más, lo que me incapacita para hacer movimientos bruscos, aparte del hecho de que, si hubiera querido abusar de ti, ya lo hubiera hecho; soy dos veces más grande que tú, incluso

sentado podría haberte herido. Aparte de eso, soy un soldado de los Estados Unidos, mi honor no puede estar en entredicho.

—He visto muchos soldados tirar su honor por el retrete —dijo con resquemor—. La guerra solo produce bestias... —El dolor con el que pronunció esas palabras hizo que George apretara los dientes. Cuán profundas heridas habían infringido a ese ángel...

—Avigail —dijo en un susurro tranquilizador—, si no te fias del honor de los hombres, hazlo del orgullo de una madre, ningún hijo de Mary Longfellow sería un canalla con una mujer, nos crio para respetarlas y honrarlas. Solo quiero que no enfermes, antes me cortarías una mano que tocarte sin tu consentimiento...—Ella pareció recapacitar, pero sin estar convencida del todo—. Si quieres puedo salir fuera y te puedes cubrir con una de tus mantas, no pasará nada. —Su instinto protector hizo mella en ella, no podía permitir que él cogiera una pulmonía.

—Está lloviendo, tumbate y tápate con la sábana hasta la cabeza —dijo, tuteándolo también. Él aguantó una sonrisa y obedeció. De lo que Avigail no se dio cuenta era de que aquella sábana era tan fina que George podía ver su silueta, sin contar el pequeño roto que tenía, por el que podía observarla. Se sintió un pervertido mirón, pero no pudo evitar admirarla. Cuando se deshizo de todas las capas de ropa, aguantó el aliento, había creído que iba a estar raquílica debajo de ese grueso jersey, pero tan solo estaba delgada, sí unos cuantos kilos no le vendrían mal, pero aun así tenía un aspecto sano, su piel era muy blanca, pero no enfermiza, sus caderas eran suaves y sus pechos, aunque pequeños, estaban bien formados. Sí, definitivamente, con un par de kilos más sería una verdadera Venus. George apretó las piernas, esperaba que su entepierna no le jugara una mala pasada, por eso dejó de mirar en su dirección y miró al techo a través de la sábana, además de empezar a recitar mentalmente las tablas de multiplicar. Al cabo de un rato ella le retiró la sábana sin decir nada. Se había aseado, su pelo estaba recogido en una trenza, se había colocado una pequeña manta a modo de chal, que le cubría casi por completo, dejando a la vista tan solo las mangas remendadas de un camisón que alguna vez fue blanco y ahora era de un pulcro amarillento y su dobladillo. Estaba descalza, pero cubría sus pies con unos calcetines gruesos.

—La sopa estará lista en un rato.

—Genial, nunca he probado sopa de conejo —Ella se encogió de hombros.

—Eran demasiado pequeños para asarlos, solo eran huesos y pellejo.

Él tan solo sonrió. Ella pareció acordarse de algo de repente y se dirigió al saco que había abandonado en medio de la sala.

—He estado en tu avión.

—¿Qué? —preguntó asombrado.

—Sí, este bosque es relativamente seguro, pero a veces pasan patrullas cerca de los caminos. No se adentran demasiado, pero no podemos tentar a la suerte, ¿no? —dijo sonriendo—. Está bastante apartado de su paso, pero lo he ocultado con ramas y barro, se ha quedado hecho un asco. ¡Con lo bonito que es! Pero era necesario.

—¿Bonito? —Ella asintió con una sonrisa tímida.

—Sí, me gustan todos los aparatos que vuelan. Verlos, digo, no sería capaz de montar en uno. Y menos después del desastre del Hindenburg. —George no se podía creer que aquella muchacha menuda hubiera sido capaz de camuflar su avión—. Pero antes me he traído casi todos los cachivaches que he podido cargar.

—Por eso has tardado tanto y has llegado hecha un desastre —afirmó, más que preguntó.

—Claro, ¿acaso creías que cazar dos conejos esmirriados me iba a tomar tantas horas? —dijo indignada. Él se rio con ganas, esa muchacha era una toda una caja de sorpresas.

—¡Venga, vamos a ver qué has traído! —A ella se le iluminó la cara, parecía una de sus hermanas en la mañana de Navidad. Sonrió al verla meterse literalmente de cabeza en saco, rebuscando sus tesoros. Empezó a sacar cosas.

—He traído estas carpetas —dijo mostrándole unas carpetas azules de cartón—. ¿Son coordinadas? —Antes de que él pudiera contestar ella siguió revolviendo el saco—. En fin, da igual, tenías varias armas, dos pistolas, un machete, dos granadas... Y esto que no sé qué es...

—Es un... —No le dejó explicarse.

—Tu casco, tu chaqueta... bueno, otra chaqueta, pues ya llevabas una, todas estas cosas con cables, algo de combustible que goteaba del tanque, que no es mucho, pero no estamos para desperdiciar nada... Ahora que lo pienso, es una suerte que no haya estallado, ¡podría hacerlo aún! ¡Y yo como una loca allí alrededor! —se avergonzó de sí misma por haber sido tan imprudente.

—Sí, has sido muy temeraria... —le recriminó suavemente.

—Bueno, espero que eso no ocurra, daría la alarma... Tal vez debería ir a comprobar...

—¡No! ¡Ni se te ocurra! —Ella se encogió en su sitio y tímidamente asintió; él maldijo por dentro por haberla asustado. Suspirando, dijo suavemente:

—¿Qué más traes? —Ella volvió al saco y sacó un aparato.

—¡La radio! —dijo esperanzado.

—Está rota —dijo con tono fatalista—, pero no la quise dejar allí para que alguien la cogiera y la arreglara. —Él gimió, frustrado, pero tuvo que admitir que había sido una idea inteligente.

—George, no te enfades —le dijo en tono pragmático—, podría ser peor. Podrías haber muerto...

—Tienes razón —suspiró abatido.

Ella lo recogió todo en silencio. Puso la mesa y sirvió la cena, iba a acercarle un cuenco cuando él negó con la cabeza.

—Necesito moverme, déjame incorporarme un poco. —Ella le ayudó a acercarse a la mesa. La cercanía entre ambos les hizo estremecer. Él aspiró su aroma, era una mezcla de hierbas, jabón casero y un ligero toque de sudor, como si se hubiera lavado a toda prisa y no se hubiera deshecho del todo del olor, mas no resultaba desagradable. Ella estaba desconcertada. Una parte de su ser le hacía rechazar el contacto, más aún el masculino, pero otra parte anhelaba el contacto físico. Llevaba mucho tiempo sola; echaba de menos a sus padres, a Elke, alguna muestra de cariño, de amor familiar. Inconscientemente le abrazó con ligereza y apoyó su mejilla en su pecho, pero fue un movimiento rápido, fugaz, como si sintiera que le estaba prohibido, con un gesto desconfiado. Él se dio cuenta y aprovechó para abrazarla ligeramente, como una excusa de necesidad de apoyo. Mientras le ayudaba a sentarse, fue una señal ínfima de consuelo. No quería asustarla, pero a la vez quería confortarla. Le dio su espacio, por supuesto, pero quería que confiara en él, no sabía por qué. Había ayudado a mucha gente desgraciada durante la guerra, el instinto de protección estaba muy arraigado en él, como un instinto universal del deber cumplido, de lo que estaba bien o estaba mal; un sentido de justicia de héroe americano. Pero con ella era distinto, era personal, quería protegerla por ella misma, por él, como algo especial, único. Ella carraspeó.

—No te muevas mucho. Si necesitas ayuda, yo te doy de comer.

—¡No estoy manco, mujer! No me han alimentado desde que mi madre me quitó los pañales —dijo con orgullo herido. Ella se rio; hombres y orgullo, por lo visto era universal para todas las razas, credos y países. Él se sonrojó un poco, con un gruñido cogió el bol y la cuchara y se la llevó con cuidado, tentativamente, a la boca. Soltó un murmullo de placer.

—¡Esto está riquísimo! Serías una buena esposa. Bueno, no quiero decir que, si no supieras, fueras a ser mala, o que tengas que casarte en absoluto, o... —Él paró en seco de hablar. Siempre soltaba lo primero que le venía a la cabeza, y a veces no era muy productivo. Ella se sonrojó.

—No creo que me case —susurró.

—¿Por qué? —Esa afirmación lo intrigó.

—He dejado de creer en cuentos de hadas. Además, por aquí no hay ningún pretendiente interesante. —Él se fingió dolido.

—Vaya, señorita Becker —bromeó—. Es única para atacar el ego de un hombre. — Ella sonrió ante la broma.

—No me gustan los rubios —dijo siguiendo a medias la broma, pero con un toque de dolor al recordar a Mannfred. Él se rio, sin notar aquel tono.

—Técnicamente, no soy rubio, soy castaño claro.

—¿Bah! Insignificantes tecnicismos, eres rubio y punto. Rubio oscuro, tal vez, pero rubio, a fin de cuentas. —Intentó no reírse.

—No, la rubia es mi madre, tiene el pelo tan claro que parece casi blanco —insistió más serio, como si le doliera que ella lo rechazara por su pelo. Se quedaron en silencio un rato, mientras comían. Cuando terminaron, ella le sirvió una taza de lo que parecía achicoria o cualquier otro sucedáneo de café. Estaba horrible, pero al menos estaba caliente y le reconfortaba. Ella se llevó la humeante taza a los labios y sopló suavemente, luego lo miró con timidez a través del humo.

—¿Cómo es? —Avigail preguntó con cierta curiosidad. Él frunció el ceño, sin entenderla.

—¿Cómo es qué?

—Quién, más bien. Tu madre, ¿cómo es? La has nombrado varias veces, debes quererla mucho... —Él sonrió cálidamente, mirando al frente como si estuviera a miles de kilómetros, en su casa.

—Mucho —vaciló un poco, como si buscara las palabras adecuadas—. Nació en Inglaterra, aunque después de varias décadas viviendo en Smith Town ya se considera más americana que el maíz, aunque sigue hablando muy finolis —se burló, como si fuera una broma familiar—. Como te he dicho, es rubia, muy clara, y para mí la mujer más guapa de la tierra, pero qué madre no lo es... —Ella sonrió al ver cómo la adoraba, sintiendo cierta afinidad con él. Obviamente se notaba que él había tenido una relación menos estricta con su madre de la que ella tuvo con Astrid, sin embargo, el sentimiento de admiración era el mismo—. Es muy querida en la zona, es amable y muy risueña, pero también es implacable, tiene mucho carácter, algo muy necesario para domarnos a mí y a mis hermanos —dijo riéndose.

—¿Eres de los mayores? —Él rio, negando con la cabeza.

—¡Ojalá! Soy el penúltimo, mi hermana Ethel y yo somos los juguetes de nuestros hermanos, para bien y para mal. Unos días nos miman como a las muñecas y otros nos patean como un balón. —Ella soltó una carcajada que se desvaneció suavemente, sintiendo algo de envidia. No de él, claro, si no del hecho de que ella podría haber tenido dos hermanos a su lado, con quien haber jugado, peleado, o lo que fuera, y la vida se los había arrebatado. En ese instante, se dio cuenta de cómo anhelaba una familia. No solo la que había perdido, sino una propia.

—¿Y tu padre? —le instó ella. Le gustaba escucharle hablar; la calidez con que hablaba de su gente despertaba su empatía y casi sentía su cariño a través de sus palabras, como un abrazo invisible que la confortaba. Él dudó, cómo si no supiera describirle, o como si no supiera cómo hacerlo sin hacerle justicia.

—Es una persona íntegra y muy trabajadora, serio, mucho más tímido que mi madre. Le cuesta hacer amigos, pero a quien le da su amistad, se la da hasta la muerte. Es afable, y una vez que coge confianza cuenta chistes verdaderamente malos —dijo riéndose—. Es muy familiar, siempre quiere que todos sus hijos estemos cerca, o al menos que estemos en contacto constantemente. Sé que ahora está sufriendo porque apenas puedo escribirles —dijo apesadumbrado, como si se sintiera culpable de una situación que se escapaba de sus manos. Suspiró y continuó más animado—: Por muy ocupado que esté, siempre tiene unas palabras para cada uno de nosotros, y no unas palabras cualesquiera, como si fuera la palmadita en la espalda antes de dormir, no; unas palabras que se acoplan perfectamente al carácter y la edad de cada uno de mis hermanos y el mío propio. Decir que adora a mi madre es quedarse corto, besa el suelo por donde pisa.

—¿Llevan mucho tiempo casados?

—Unos cuarenta años. Se casaron por poderes, cuando ella llegó solo tenía dieciséis años.

—¿Y él?

—Cuarenta —dijo con una sonrisa aburrida, como si estuviera hastiado de contestar siempre a la misma pregunta, la de la diferencia de edad de sus padres.

—¡Vaya, se llevan veinticuatro años! —calculó rápidamente.

—Sí, mamá es su tercera esposa. —Avigail se apoyó en los codos, interesada. Aquello le estaba pareciendo muy romántico, le recordaba a los folletines de la radio; una muchacha que recorre medio mundo para casarse con un desconocido.

—¿Qué les pasó a las primeras? ¿Se divorció? —Avigail siempre había tenido curiosidad por el divorcio. En su entorno no había sido muy común.

—Las mató —dijo seriamente. Ella se quedó petrificada. Él estalló en carcajadas.

—¡Estúpido! —dijo divertida, lanzándole la raída servilleta—. ¡Por qué dices esas cosas, casi me lo creo!

—Porque no tiene precio ver la cara que has puesto —dijo entre estertores. Se lo estaba pasando en grande, a pesar del dolor que la risa provocaba en sus heridas.

—Venga... ¿qué pasó en serio? —Estaba tan intrigada por la historia que pasó por alto las risas de él.

—Enviudó, pero todos en los alrededores pensaron que sí las había matado.

—¿Y eso? —Aquello se ponía cada vez más apasionante.

—Por la maldición de la bruja Sybill Preacher —dijo en tono misterioso. Avigail se molestó, creyó que él no la estaba tomando en serio.

—¡Si no me lo quieres contar, no importa! ¡Pero no me tomes el pelo con historias inverosímiles! —dijo enfadada. Se levantó furiosa. Él la cogió por la muñeca, antes que se alejara, mirándola a los ojos.

—Por favor, no te enfades, es cierto que mi familia tiene vinculada una historia de brujas. —Ella bufó y se soltó bruscamente, casi dándole un golpe fortuito en la cara, que él evitó a duras penas. Ignorándolo, empezó a recoger las cosas de la mesa y luego las echó a lavar, con movimientos secos y murmurando en alemán lo que a George le parecieron improprios. Él suspiró, agotado:

—Tal vez quiera que se lo cuente mañana —murmuró para sí. Ella, que lo había oído, se dio la vuelta furibunda.

—¡No! No quiero que me lo cuentes, ni mañana, ni pasado, ni nunca. ¡No he soportado tantas miserias para que se burlen de mí con cuentos de hadas, Capitán Longfellow!

—Vaya, qué formal—ironizó—. Y no son cuentos de hadas, sino de brujas...

—¡Como si son de enanos verdes con verrugas rojas en el trasero! —gritó alzando los brazos —. ¡Mírate, solo eres un crío! ¿Cuántos años tienes? ¿Diecisiete? Seguro que falsificaste tu edad, como un ñiñato gallito, con ínfulas de grandeza y vanagloria.

Ahora fue George el ofendido, algo avergonzado también, porque había dado en el clavo. No en la edad, pues tenía diecinueve, sino en que había adivinado que falsificó su edad, pero no por los motivos tan frívolos que ella insinuaba.

—¿Ínfulas de grandeza!? ¡Ni siquiera me conoces para juzgarme! ¡Y sí, soy joven! ¡Pero no más que tú, que no tienes que tener más de dieciocho!

—¡Diecinueve! ¡Pero como si tuviera cien! ¡Me han robado la infancia! ¡Me han apaleado, violado, dejado huérfana...! ¡Tengo la espada de Damocles pendiendo de mi cabeza! ¡Tan solo por ser de la religión que alguien ha decidido que no es válida! ¡Cada noche me acuesto agradecida por haber sobrevivido un día más y por la mañana rezo por que el día pase sin que pierda en aliento!

—¡Por eso estoy yo aquí! ¡Para luchar contra eso! ¡Para que puedas salir de este cuchitril! ¡Arriesgo mi vida por miles de desconocidos! ¡Yo también he visto la crueldad de la guerra! ¡No salgo de ningún cómic de héroes con brillante armadura o basura propagandista! ¡No merezco que me trates así! ¡Solo estaba intentando ser amable, abrirme a ti, contarte historias, no para alejarte de la realidad, sino para darte un poco de esperanza! ¡Llevas tanto tiempo desconfiando que no puedes asimilar que algo o alguien no quiera herirte!

Avigail, abatida, reconoció en sus palabras grandes verdades y volvió a llorar. Era la segunda vez que lo hacía delante de él, no sabía qué tenía George que lo hacía tan liberador, sentía un gran desahogo en su presencia. Él a duras penas se acercó a ella y en silencio la abrazó, sin soltarla, y aguantando el dolor de sus costillas. La sentó junto a él en la cama y la acurrucó meciéndola como cuando su hermana Ethel lloraba por cualquier niñería. Ella se fundió en aquel abrazo como una tabla de salvación. Su llanto era quedo al principio, modesto, como si no quisiera ofender o ser oída, pero pronto se convirtió en desgarrador, hasta morir en un murmullo. Se quedó en silencio una eternidad, sin moverse. Él tenía los brazos entumecidos, pero no osó moverse. Luego, en silencio, ella se apartó de él. Suavemente le ayudó a meterse en la cama y, para su asombro, hizo hueco para ella, quien apoyó la cabeza en su pecho. Hizo amago de poner su brazo alrededor de su cintura, pero recordó que tenía el vendaje y en su lugar agarró su brazo como si fuera un muñeco de trapo que se llevan los niños a la cama, y casi instantáneamente se durmió.

Cuando George despertó, se encontró solo en el refugio, pero sabía que Avigail no estaba muy lejos. La escuchaba tararear lo que parecía una canción infantil, sencilla, melodiosa y repetitiva. Sabía que no debería hacerlo, pero aun así se levantó con cuidado, se enrolló la manta sobre los hombros y se dirigió a la puerta. No se había equivocado: a escasos metros estaba Avigail sentada en un taburete, de espaldas a él, rodeada de cubos. Por el olor que emanaba de ellos, sabía que estaba limpiando pescado. Se acercó sigilosamente.

—Si sigues sin guardar reposo, tus costillas no se curarán en condiciones —dijo sin volverse. «¿Cómo le había oído?», se preguntó asombrado.

—Tus pisadas son más pesadas que las de los conejos y suenan distinto a las de los jabalíes u otro animal de por aquí —dijo ella contestando a su muda pregunta.

—Tienes un oído muy fino —se admiró él. Ella se encogió de hombros.

—Cuando intentas sobrevivir en un medio hostil, hay que agudizar los sentidos. ¿Qué haces aquí afuera?

—Necesitaba ir al baño y no veo ninguna letrina dentro. —Él sabía que se había sonrojado incluso sin verla. «Claro», pensó ella, no había ido en dos días, tendría que estar reventando. Se enjuagó las manos en un cubo y se secó las manos en el delantal que llevaba, antes de levantarse y dejar a la vista un tocón de un gran árbol que hacía de mesa. Él no se había confundido: había tripas de pescado amontonadas en un rincón, pescados abiertos como si estuvieran preparados para salarse. Ella pasó por su lado con una sonrisa tímida y una mirada dulce que lo embelesó. No se había dado cuenta que ella había entrado y salido de la casa porque había estado fantaseando con esos ojos de plata.

—Toma—dijo acercándole trozos de periódico viejo—. ¿Ves esos árboles de ahí? —él asintió—. Bueno, pues eso es la letrina de nuestro humilde palacio. —Ella observó su maltrecho cuerpo y con voz neutra preguntó—: ¿Necesitas ayuda?

—¿Qué? ¡Ni hablar! No dejaría que me acompañaras al baño ni loco. Aún no estoy impedido.

—Bueno, bueno, tranquilo, solo preguntaba —dijo aguantando la risa—. Entonces iré a calentar un poco de agua para que te asees, que ya va siendo hora... —arrugó la nariz con dramatismo—. Podrás hacerlo tú solo también, ¿no? —ironizó. Él arqueó una ceja como diciendo «¿Tú que crees?»—. Ok, pues buscaré algo con lo que te puedas frotar sin problemas. —Entró en la cabaña entre risas antes de que él pudiera decir nada.

George tuvo más dificultades de las que en un principio creyó, las heridas le dolían y le limitaban los movimientos. Cuando llegó a la cabaña, Avigail le esperaba fuera con un barreño de agua humeante, una toalla un poco raída, una manta y una pastilla de jabón con aspecto áspero.

—Siento no tener cuchilla de afeitar, como verás, era lo último que esperaba que tuviera que necesitar, tal vez en mi próxima visita al mercado...

—¿Mercado?

—Es como le llamamos al pequeño intercambio que tenemos entre algunas personas en situación de *especial necesidad*, como nos llamamos a la veintena de supervivientes que hay en estos bosques en veinte kilómetros a la redonda. Lo hacemos cada dos meses, me temo que tardaremos en quedar aún un poco, hace apenas dos semanas que se celebró el último intento.

—¿Y no es arriesgado? —Ella puso los ojos en blanco.

—Claro, en estos tiempos, todo lo es. En fin, basta de hablar, que se enfría el agua y hay que aprovechar el sol si quieres lavarte el pelo. Pronto llegarán las nieves y tendremos menos horas de luz. Me voy dentro para que tengas intimidad, avísame cuando termines.

George cogió el jabón casero. A pesar de su feo aspecto y su tacto áspero, olía bien. A romero, tal vez. Estaba casi seguro de que ella lo había hecho. Se lavó a conciencia, pero no podía lavarse el pelo porque alzar los brazos provocaba que le dolieran los moretones. Cuando se cubrió con la manta, avisó a Avigail de que ya estaba listo.

Cuando salió, miró su cabello sucio con el ceño fruncido.

—¿No te has lavado el pelo, al final?

—No he podido —dijo ligeramente sonrojado. Ella suspiró.

—Siéntate y échate ligeramente hacia atrás, si no te molesta mucho. —Él obedeció, ella le mojó el pelo cuidadosamente y se lo enjabonó tan suavemente que George casi podría quedarse dormido. De hecho, había muchas posibilidades, puesto que había cerrado los ojos y un suave calor, que emanaba de los matinales rayos de sol, caldeaba su cara de manera muy agradable.

—Siento mi arrebató de anoche, no debería haberte llamado niño... —se disculpó

suavemente. Él, sin abrir los ojos, se encogió de hombros, quitándole importancia al asunto.

—... y me gusta que me cuentes cosas de tu casa, de tu familia. No es muy tarde para que me hables de *Siril*, ¿verdad?

—Sybill.

—¿Cómo?

—Se llamaba Sybill Preacher. Era una joven bruja, realmente no era mala, pero un desamor provocó que maldijera a mi familia.

—¿En serio?

—Sí, se enamoró de un Longfellow que no la correspondía, él flirteó con ella hasta que se casó con otra. Nunca estuvo enamorado, pero jugó con ella, con sus sentimientos. Sybill despechada maldijo a los Longfellow a sobrevivir a todas sus esposas, no importaba qué edad tuviesen, los Longfellow sabían que iban a ser viudos siempre y por lo tanto sus hijos huérfanos de madre.

—Vaya... qué triste.

—Mi padre renegaba de la maldición, decía que eran cosas de viejas. Era demasiado práctico para culpar de las muertes de sus esposas a una maldición.

—¡Entonces tú te quedarás viudo! —afirmó—. Nadie querrá casarse contigo, al menos que no se lo cuentes, claro... —Instintivamente se apartó, como si fuera a pasarle algo. Él se rio a gusto.

—No te apartes, mujer, no te he pedido matrimonio —sonrió pícaramente—. Aún...

—¿Aún? —gritó histérica, roja de pies a cabeza.

—Claro... es muy pronto todavía. Solo te conozco de dos días, pero no me pareces mal partido. Sabes cocinar, que es muy importante, eres educada, trabajadora, lista... y con los ojos más hermosos que he visto jamás. Sin contar que estamos en tiempos de guerra y que nuestros hogares están a miles de kilómetros, claro —dijo mirándola desde abajo, al revés desde su posición de lavado. Su mirada era una mezcla de diversión y seriedad. Ella sopesó si estaba bromeando o no. Optó por lo primero.

—No quiero morir joven... me ha costado mucho trabajo llegar hasta aquí —dijo sonriendo. Mientras le cubría la cabeza con una toalla.

—Y no lo harías, al menos por mi causa. Afortunadamente, mi madre rompió la maldición.

—¡No! —dijo ella boquiabierta, rodeando el banco y poniéndose frente a él, ojiplática.

Él se incorporó trabajosamente, ella le ayudó y él le sonrió.

—Sí, solo una esposa que amara de corazón a un Longfellow y tuviera las agallas de enfrentarse a una bruja podría romper el hechizo. Desde entonces los Longfellow estamos protegidos por Sybill con el don de la longevidad, así que la que se case conmigo tendrá George para rato.

—Sí, y ahora me dirás que eres inmortal —dijo en tono burlón, cruzándose de brazos escéptica.

—Inmortal no, longevo. Puedo morir por accidente, en la batalla, etc... Pero si sobrevivo llegaré a muy viejo repleto de salud. Mi padre tiene ochenta y cuatro años y parece que tenga sesenta. Y sigue al pie del cañón. —Ella silbó asombrada.

—Vaya historia tan bonita... Tan solo si fuera verdad...

—Lo es.

—Tendría que casarme contigo para comprobarlo.

—¿Es una proposición, señorita Becker? —Ella se hizo la pensativa, disimulando un poco el azoramiento que sintió ante la pregunta.

—Mmm, no me pareces mal partido —dijo repitiendo sus palabras—. Sabes pilotar un avión, así que no debes ser muy cabeza hueca. —Él soltó una carcajada—. Tu familia tiene tierras... Porque la granja es vuestra, ¿no?

—Sí, señora, cien acres de tierra fértil y frescos pastos —dijo seriamente.

—No eres feo del todo, o eso creo; habrá que verlo cuando se te curen el ojo y los moratones de la cara. —Él aguantó la risa para no interrumpirla—. Y a pesar de ser rubio...

—Castaño claro —aclaró él. Ella chasqueó la lengua.

—Técnicismos... —dijo meneando una mano, como quitándole importancia. Y ambos rompieron a carcajadas.

Cuando se calmaron, ella se sentó en un tocón cercano al que había usado de mesa, recogió las piernas y rodeó las rodillas con sus brazos.

—Tenéis vacas, supongo. —Por alguna razón, Avigail no quería entrar en la cabaña. Quería estar al sol, respirando aire fresco como hacía de niña en el parque.

—¿Bromeas? Tenemos unas quinientas vacas y unos trescientos toros, además de pollos, gallinas, cerdos... Mis padres han trabajado de sol a sol para conseguir prosperar. Empezaron con una sola vaca, ¿sabes?

—A mí me encantan los animales, mi madre era muy estricta, pero incluso ella me dejó tener un pajarito. En el parque jugaba con los patos, palomas, gatos e incluso ratones. Si no tuviera que sobrevivir, hubiera criado un conejo como mascota, pero el hambre te hace ser menos tierno. He tenido que sobrevivir a base de esas palomas, patos y gatos. —George no se atrevía a preguntar si de verdad había comido gato.

—Pues si no estudias medicina, podrías estudiar veterinaria, cuando acabe la guerra.

—Eso sería mucho soñar —dijo fantasiosamente.

—¿Y qué hay de malo en soñar? Si lo consigues, vente a América, le diré a mi padre que te contrate.

—¿Y contrataría a una judía alemana? —dijo con pesar.

—Si no le hablas en alemán, sí, más que nada porque no te iba a entender. —Ella se rio a gusto.

—Tengo una idea mejor: cuando termine la guerra, me caso contigo, estudio allí y todo queda en familia. Es buena idea, ¿no crees? —dijo ella, ocurrente, siguiendo la chanza.

—Hecho —dijo él en una inflexión demasiado seria para su gusto, pero con una mirada pícara, traviesa. Sin dejar de mirarla, extendió su mano lentamente, con intención de estrechar la de Avigail, para cerrar el trato. Ella lo miró con los ojos como platos. «No hablará en serio, ¿no?», pensó. Como ella dudaba, la retiró.

—Está bien, reconozco que es muy pronto para aceptar una proposición, ni siquiera hemos tenido una cita, y por lo menos hasta el tercer beso no sería apropiado. Sin contar que nos conocemos de dos días... —Él puso actitud pensativa—, Sí, mínimo tres semanas para conocernos. Está bien, dentro de tres semanas vuelve a proponérmelo — dijo, pagado de sí mismo — y hablaremos de las condiciones.

Ella se estaba poniendo nerviosa. Captaba su sentido del humor, pero... ¿Citas? ¿Besos? ¿Tres besos?! ¡Por Dios! Ni siquiera sabría cómo enfrentarse a un primer beso con nadie. Uno que no fuera forzado, claro... De repente, se acordó de Manfred, de aquellos asquerosos hombres de su última huida, y empezó a sudar y a faltarle el aire. Se llevó una mano al pecho, como si quisiera atrapar su corazón, que había empezado a latir violentamente. El color de sus

mejillas había desaparecido. Alzó la vista hacia George y no lo vio con claridad, tenía que salir de allí. De un salto, salió corriendo hacia la arboleda.

—¡Avigail! —gritó George intentando atraparla, gimiendo de dolor.

—¡Déjame! —gritó, apretando el paso.

—¡Joder, Avi! —dijo frustrado—. ¡No puedo correr detrás de ti, maldita sea! —Ella seguía corriendo, escuchando su grito («Avigail, Avi, joder, mierda») y muchas más maldiciones, amortiguadas por la distancia. Cuando se sintió a salvo, cayó de rodillas y respiró pausadamente, intentando dejar su mente en blanco. No iba a llorar, estaba harta de llorar por culpa del malnacido de Manfred, no se merecía ni una más de sus lágrimas. Se incorporó y se acercó al tronco de un árbol, se dejó caer de espaldas contra él y se arrastró por él hasta sentarse en el suelo de hojas secas. Cuando se calmó, unos minutos después, volvió lentamente sobre sus pasos. No se había dado cuenta que se había alejado tanto, tardó cerca de media hora en volver. Se encontró con George, caminando con dificultad de arriba abajo. Pateando pequeñas piedras, frustrado, se veía a la legua que ese simple movimiento le resultaba doloroso. Cuando la vio, suspiró de alivio, pero enseguida cambió el semblante. Estaba enfado, muy enfadado. Pero no dijo nada, se cruzó de brazos con una pregunta muda: «¿y bien?».

—Lo siento, no volverá a ocurrir —dijo sin mirarle a los ojos.

—¿El qué no volverá a ocurrir? —dijo él, alterado—. ¿El que te vayas como una loca corriendo, cada vez... cada vez que qué? Ni siquiera sé qué arrebato te ha dado.

Ella suspiró. Se sintió avergonzada. Tenía razón, había sido desmesurado.

—Nunca me han besado... bueno, no exactamente. —murmuró ella.

—¿De qué hablas? —dijo desconcertado. Cada vez encontraba más raras sus reacciones. Ella tragó saliva. No sabía cómo explicarse, ahora le parecía que su manera de actuar era desmesurada.

—Verás, ya sé que estábamos de broma, pero cuando empezaste a hablar de besos y citas... pensé que nunca había tenido una cita, ni besos furtivos, ni nada típico de muchachas de mi edad, y me acordé... Me acordé de los besos que no he querido recibir nunca, y de otras cosas... Me puse nerviosa. Lo siento, George, no puedo evitarlo. Siento haberte preocupado.

George apretó los puños. Si tuviera a ese tipo delante se lo cargaba, luego la miró con dulzura.

—Está bien —susurró.

—¿Vamos dentro? Así no te vas a curar. —Él asintió—. Creo que al final no vas a tener las costillas tan mal, sino no te moverías tanto. —George sonrió.

Ella le ayudó a meterse en la cama y lo arropó.

—Gracias. ¿Avi? —Era la segunda vez que la llamaba así, a pesar de que era como la llamaba su padre, pero sentía dolor ante el recuerdo; es más, le gustaba.

—¿Ajá?

—Yo nunca te obligaría a besarme, lo sabes, ¿no?

—Ajá.

—Pero eso no quiere decir que no me dejaría besar por ti... —Ella sonrió tímidamente y se encogió de hombros, apoyó las manos en el colchón sobre las mantas. Se acercó a él. Sus narices casi se tocaban; él tragó saliva a la expectativa, ella cerró los ojos, él preparó sus labios para recibir el beso, en una fracción de segundo ella se lo pensó y posó sus labios en la frente, en un beso suave, como una caricia. La decepción se apoderó del cuerpo de George, pero sabía que de momento no podía pedir más. Ella no separó los labios de su frente, dándole besitos cortos, como si estuviera tanteando algo. Después, colocó su mejilla contra la de él, a la vez que le tocaba con

la palma abierta la otra mejilla, la frente, el cuello... Por último, le dio un fugaz beso en los labios y, seguidamente, se separó bruscamente.

—Tienes fiebre, voy a por la quinina —dijo en tono profesional.

5. Principios de diciembre de 1944, despacho de Manfred Richter, Berlín

Manfred apagaba su cigarrillo en el alféizar de la ventana, expulsando el humo por la nariz, el cual se unía al vaho que salía de sus labios. A pesar de que las primeras nieves habían hecho acto de presencia, tener la ventana abierta le ayudaba a pensar. El reloj de la Iglesia Memorial Kaiser Wilhelm resonaba a lo lejos, indicando que eran las diez de la noche. Hacía un par de horas que debería haber llegado a casa, pero la relación con su hermana se había enfriado aún más si cabía. Ya ni siquiera le ponía de buen humor que ella le tuviera pánico, había pasado a ser una rutina en su vida que no le reportaba ningún aliciente y no tenía ganas de tratar con el cabeza de chorlito de su cuñado, estaba harto de ese lameculos. Cerró la ventana violentamente, de milagro no se rompió. ¿Dónde estaría esa puta judía? ¿Cómo fue capaz de huir de su propia casa? Estaba seguro de que Elke tenía algo que ver, pero no sabía cómo la había ayudado. Había tenido a su hermana atada en corto y, a pesar de la paliza que le dio, no soltó ni una palabra que le diera una pista. Casi la mata: si no se hubiera resbalado con sus orines y su sangre y no hubiera intervenido el soplapollas de su marido, no hubiera parado. Volvió a pensar en Avigail furibundo, era más escurridiza que una anguila. Tenía que haberla esposado a la pata de la cama. Haber doblegado su voluntad, que mostrara tal sumisión, que no levantara esos preciosos ojos de plata de sus lustrosas botas, previamente brillantadas con su larga y sedosa melena, quería tenerla a su merced. Tenía que encontrarla, así como al resto de perros judíos que, según un informe amarillento depositado en su mesa, pululaban por los bosques del Reich. ¿Pero qué bosques? Tenía que encontrarlos, pero no podía peinar miles y miles de kilómetros de puto bosque. No ahora, que no tenía apenas activos. Estaban perdiendo la guerra, algo que jamás diría en voz alta, bajo pena de recibir un balazo por desaliento. Cientos de sus hombres habían sido enviados al frente, tan solo quedaban muchachos de trece o catorce años y algunas chicas, defendiendo pueblos y ciudades, de la mano de ancianos exmilitares.

Se sentó en su sillón. El lujo le rodeaba. Aunque fuera solo fachada, cualquiera que se fijara reconocería remiendos por todas partes. Se llevó las manos a la cabeza, peinando (no, rastrillando) su pelo rubio casi blanco.

—¿Dónde?! ¿Dónde?! ¿Dónde estáis, malditos? —tronó, lanzado por los aires el único cenicero que tenía en desuso—. Maldita Elke —susurró—, seguro que tú lo sabes, ¡pero no! ¡Tu lealtad tenía que estar con ella! ¿No? —ironizó—. ¿Y tu hermano qué? ¡Tu sangre! ¡Traidora! —El monólogo se hizo más violento, tirando todo lo que había en la mesa—. Tenía que haberte matado cuando pude... Ya no eres mi sangre, no eres mi sangre, no eres mi sangre... —repetía, dando patadas a un sofá que tenía cerca, recordando cómo había arrastrado a su hermana por los pelos a través de la casa, la había zarandeado de marco de puerta en marco de puerta, mientras chillaba como una cerda que no sabía nada, que dormía cuando Avigail, su Avigail, había escapado. Él gritaba que mentía; ella, entre orines y sollozos, seguía negando que supiera nada. La había tirado al suelo y pateado hasta que casi pierde el resuello, pero no confesaba; la muy perra le era leal a ella, ¡a ella! ¡No a él! Justo cuando la tenía encañonada con su arma, su cuñado apareció. «¡Qué oportuno!», pensó. Le convenció de que si supiera algo ya lo habría dicho y que no podría tratar así a la esposa de un oficial de las SS, una que no había dado escándalo y se había comportado como una pura mujer alemana. Por Dios, que era su hermana, le había dicho, ya tenía bastante con

los rumores sobre haber dejado morir a su madre en prisión. El partido lo tenía en el punto de mira por sus constantes cambios de humor, no le convenía aquello. Frustrado, cogió a su hermana y la estampó contra una pared, perdiendo el conocimiento. Tardó un mes en recuperarse y él en calmarse y en volver a ser una familia modelo, obviamente, de cara a la galería.

6. Refugio de Avigail, diciembre de 1944

George se despertó aún aletargado; tenía sed, su boca estaba seca y pastosa. Abrió los ojos lentamente. Estaba arropado, pero pudo sentir el frío del ambiente en sus pómulos y nariz. Estaba un poco desorientado, pero sabía que había tenido fiebre. Se sentía débil y con dolor de huesos, como si hubiera sufrido una gripe muy virulenta. Miró a su alrededor, Avigail dormía sentada en una silla, su cabeza estaba apoyada descuidadamente sobre la mesa. Junto a él una improvisada mesilla de noche, con infusiones frías, compresas y cataplasmas. A los pies de la cama, había dos cubos, uno que olía a vómitos y el otro con agua y jabón. Se notó desnudo bajo las mantas, a excepción de un improvisado pañal. Se sintió avergonzado, ella lo había desnudado y había lavado cualquier porquería que su cuerpo produjera. ¿Por qué se tomaría tantas molestias? Hubiera sido más cómodo dejarlo morir. Un gemido involuntario salió de su garganta, Avigail se despertó de un salto y él maldijo interiormente. Quería que ella descansara.

—Sigue durmiendo, por favor —dijo con voz rasposa. Su garganta ardía.

Ella, que se había despertado sin ser consciente de lo que pasaba a su alrededor, pegó un grito de alegría al ver que había hablado.

—¡Te has despertado! —Sus ojos reflejaban una alegría genuina—. ¡Pensé que te perdía, has estado con fiebre dos semanas! ¡Es verdad que Sybill te protege! ¡Nadie aguanta tanto sin apenas medicinas! —Ella cogió sus manos y se las llevó a las mejillas en un gesto de cariño.

—Te lo dije, pero eres una incrédula —susurró dolorido, casi no podía tragar saliva. Ella se dio cuenta.

—No hables de momento. Tómate esto —le indicó, dándole una infusión con miel—. Ahora tienes que reponer fuerzas. Apenas he podido alimentarte y casi no retenías nada, me has dado más trabajo que un bebé —dijo risueña—. Al menos tus costillas han sanado, aunque ha tenido que darte un brote de fiebre para que te estuvieras quieto....

A él le dio un vuelco en el corazón al verla tan contenta. Sentía el calor de su mejilla en sus manos; tuvo un impulso de acariciarla, pero se contuvo. Quería sonreír, no obstante, la miró serio. Se aclaró la garganta:

—Avigail, en cuanto me recupere del todo sabes que debo marcharme.

—Ajá —asintió sin mirarle a los ojos.

—Tengo que dar con la manera de volver, no podemos estar aquí escondidos eternamente, la guerra está cerca de acabar, es cuestión de tiempo, y yo debo estar con los míos. Yo tenía unos objetivos que cumplir... He perdido un tiempo valioso estas dos semanas que he estado enfermo.

—Eso ya lo sé, pero deberías esperar al menos un par de semanas más para recuperarte. —Él suspiró

—Un par de días, tal vez.

—¡No! Han de ser por lo menos dos semanas. Has estado muy débil, me ha costado mucho trabajo mantenerte vivo, para que ahora la *balmes*. —Él sonrió.

—Se dice la *palmes*.

—La *palmes*, *estirar la vaca, piñarla*, ¡me da igual cómo se diga!

—Se dice...

—¡George Adam Longfellow, no te atrevas a corregirme! Me importa un bledo cómo sea. La cuestión es que te quedas. —George sintió un extraño calor cuando ella dijo su nombre completo. Lo hizo en el mismo tono que su madre reñía a su padre, y de repente deseó estar en casa, en sus tierras, con una esposa... No con una esposa cualquiera, con Avigail, pero ¿cómo podía ser? Apenas se conocían, seguro que era la tensión del momento. Y, de todos modos, si las circunstancias fueran otras... pero en medio de un conflicto no podía casarse, y menos con una judía alemana. Como decía su hermana Ethel, si no se buscaba complicaciones, las complicaciones le buscaban a él.

—Está bien, dos semanas, ni un día más... —dijo inaudiblemente. Ella pareció satisfecha por el momento.

Avigail había pasado tanto tiempo sola... No es que le hubiera importado hasta ese momento, pero no se sentía con fuerzas para volver a estarlo de nuevo, por alguna razón que no conseguía definir. No quería que George la abandonara.

Pasaron dos días relativamente tranquilos. Apenas se hablaban, pero se empezaban a comunicar bien con gestos. Una mirada, un movimiento de cabeza, otro de hombros... Ella pasaba el día haciendo acopio de provisiones, frutos secos, setas, salando pescado, algo de confitura (poca, escaseaba la fruta y el azúcar) y secando carnes de conejos esmirriados. Pero sobre todo hierbas, todo tipo de hierbas puestas a secar. Sabía que, en un par de días, nevaría en abundancia. Ya lo había hecho, pero no había terminado de cuajar. Ahora venía lo serio, había dicho la muchacha. Él, mientras tanto, intentaba arreglar la radio. Sabía que la batería estaba bien. Tendría que ser algún cable u otro fallo con el que no terminaba de dar. Avigail le había traído todos los manuales del avión, pero en este caso solo hablaba del funcionamiento de la misma, no de su composición. Él se frustraba, daba pequeños golpes enfadado en la mesa y cuando intentaba dar un golpe a la radio, se contenía para no empeorarlo más, Avigail se reía entre dientes y él la miraba con orgullo herido.

En la tercera noche, durante la cena, George parecía más malhumorado que de costumbre. Tal vez malhumorado no era la palabra, sino serio, concentrado. Avigail no sabía cómo descifrar exactamente su gesto.

—¿Qué te ocurre, George? Estás muy extraño, más de lo usual en un yanqui —intentó bromear. Él sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Nada. —Ella guardó silencio, no quería presionarlo. Él chasqueó la lengua—. Está bien, estaba pensando en cómo volver, pero estoy en toda la boca del lobo, ni siquiera sé dónde estamos exactamente, solo tengo una ligera idea. —Ella suspiró

—Creo haberte visto un plano por alguna parte. ¿Me equivoco?

—No, está en el bolsillo interior de mi chaqueta. —Ella fue en su busca, pero él se le adelantó. Lo sacó de la chaqueta y se lo acercó. Ella lo cogió y lo extendió sobre la mesa, alisándolo cuidadosamente con las manos. George la observó, fascinado; todo lo que ella hacía era elegancia pura, hasta el mínimo movimiento. Ella los observó unos segundos y lo cambió de posición. Luego su fino dedo señaló un punto.

—Estamos aproximadamente por aquí. Tenemos Berlín al norte y Dresde al sur, Magdeburgo no está demasiado lejos.

—El río Elba pasa por Dresde, ¿cierto? —dijo en un tono que Avigail supuso que usaba en sus reuniones militares. Sonaba profesional y seguro de sí mismo, sabía que era capitán, pero hasta ese momento no había sido consciente de ello.

—Ajá, toda esta zona es boscosa —aclaró haciendo un círculo con la mano sobre el plano—. Esta parte es la más densa, difícil de atravesar, y con las nieves se hace casi impracticable. No sé qué idea tienes tampoco, así que no sé si podré ayudarte.

—Tengo que llegar al río y seguirlo hasta el norte, hasta la costa del mar del norte, allí tenemos enlaces.

—¿Qué? ¡¿Estás loco?! Hay más de doscientos kilómetros, si no trescientos, y eso por carretera... Además, no es como si pudieras ir por la orilla del río, como si de un riachuelo se tratara. Habrá controles en los puntos cruciales del río, además del mal tiempo que se avecina, es un suicidio... —dijo, meneando la cabeza vehementemente. Él frunció el ceño, parecía no convencerse con los argumentos de Avigail.

—Sé que no será fácil, Avi, pero qué otra cosa puedo hacer.

—No sé, ya pensaremos algo, tal vez mis contactos del mercado...

—Para eso aún queda al menos un mes, como dijiste. Es demasiado tiempo, Avigail.

—Pero podría ser mejor opción...

—Mmm, no sé... Cuanto más tarde en ponerme en contacto, más difícil será que piensen que he sobrevivido.

—Pero ¿qué dices? Si ya te habrán dado por muerto o al menos por desaparecido en acción, han pasado más de dos semanas...

—¡Vaya empeño que tienes en que me quede! —gritó enfadado. Ella se enfureció, aquello era el colmo. Se levantó de un salto y abrió la puerta.

—¿Yo? ¡Ninguno! ¡Vete cuando quieras! ¡Solo me das trabajo y más trabajo! ¡Te comes mi comida! Y apenas tengo sitio en mi propia cama, porque eres una mole. ¡Así que vete si quieres! ¡Coge tu chaqueta de capitán y tu pistolita y caza tus propios conejos!

Él se levantó, cerró la puerta, y se sostuvieron la mirada.

—Lo siento —susurró él. Ella lo miró a los ojos.

—Sinceramente, he estado tanto tiempo sola que es reconfortante tener un amigo, pero entiendo que debas irte. Si insisto en que te quedes un tiempo y que recapacites tu plan es por tu bien... —dijo ella en un arrebatado de sinceridad—. Sé que nuestros caminos se separarán, pero el destino ha querido que yo te encontrara, por alguna razón, así que te ayudaré en todo lo que esté en mi mano, te lo prometo.

Él escuchó con atención la solemnidad de sus palabras e hizo su propia promesa.

—Avigail Esther Becker, te debo mi vida y tal vez cientos de personas más, te juro que, si no muero en el intento, volveré a por ti y te sacaré de aquí, de Alemania, estés donde estés. Te llevaré a América, te pondré a salvo y no tendrás que huir más.

—Esa es una promesa muy grande...

—No es una promesa, es un juramento de honor. —Lo dijo tan serio, que le creyó. Por fin tuvo el lujo de tener esperanza, lo abrazó con fuerza y él se dejó abrazar.

Pasaron varios días. Un temporal les impedía ir más allá de la arboleda, así que no se molestaban en salir de casa. Improvisaron juegos de mesa, clases de idiomas, discusiones culturales... Pero lo que más le gustaba era hablar de sus vidas. Aunque a veces era doloroso para Avigail, sentía alivio en contar sus penas, como si se despojara de un abrigo pesado en un día de calor. Le contó cómo le había traicionado el hombre al que había considerado un hermano (el doble dolor, físico

y moral) y cómo adoraba a su hermana, penaba por no saber de ella y esperaba que sobreviviera, la buscaría después de la guerra fuera como fuera. Le habló de su padre, de lo paciente que era con sus pacientes, de lo culto que era, pero nada pedante, te explicaba todo de manera fácil, le habló del bizcocho de chocolate de tía Monika, de cómo le daba un trozo extra a escondidas de su madre, y de las figuras de papel del tío Klaus. Sonreía al recordarlos, siempre que su tío salía de viaje, les traía cintas a su hija y a ella. Había tenido una bonita infancia, hasta los trece. Él le habló de su hermana Ethel, que era su favorita, pero que jamás se lo confesaría, y la más guapa de todas ellas y eso era mucho decir, porque todas sus hermanas eran preciosas, aunque eso jamás se lo confesaría a ninguna de ellas. Avigail se reía; se imaginaba a un George niño, burlándose de sus hermanas, pero protegiéndolas a capa y espada. Le gustaba las historias de los Longfellow, ojalá los conociera alguna vez.

7. Principios de enero de 1945, en algún sótano de Berlín

Mannfred sabía que le quedaba poco tiempo, los aliados estaban avanzando a pasos agigantados. Debería hacer las maletas, coger todo lo de valor que tenía y huir como algunos de sus supuestos compañeros. Pero él no era un traidor al Führer, además de que no se rendiría en su búsqueda de judíos, aquello ya era una afrenta personal; hasta el último aliento los perseguiría. Un grito desgarrador le sacó de sus pensamientos. Levantó con desidia la cabeza, para prestar atención con actitud aburrida a lo que pasaba a su alrededor. Miró hacia su subordinado, que intentaba *convencer* a una pareja de traidores al Reich, uno de esos matrimonios piadosos que no estaban de acuerdo con la pureza de la raza. Ridículo.

Ella estaba atada a una silla, semiinconsciente, la cara hinchada por los golpes, sus piernas y brazos llenos de cortes, su blusa estaba abierta, sus pechos flácidos, estaban llenos de quemaduras de cigarrillos. Mannfred puso cara de asco ante lo que consideraba escoria. El hombre estaba atado con alambres a un somier fijado con tornillos a una pared. Un cable pelado se enrollaba a lo largo de la estructura, uno de sus extremos cerca del oído del hombre, el otro amenazaba con ser conectado a una fuente de corriente eléctrica. También había recibido una buena tunda.

—¡Habla! —gritaba Otto, un tipo con más cuerpo que cerebro.

El hombre jadeaba, pero no se le entendía nada. Mannfred se impacientó, cogió por los pelos a la mujer y tiró violentamente hacia atrás, dejando su yugular a la vista. Ella no tenía ya fuerzas ni para gritar, le colocó un cuchillo y miró fijamente al hombre.

—Está en tu mano acabar con su sufrimiento. —Él lo miró atormentado, se debatía internamente, ella negaba con la cabeza para que no dijera nada. Mannfred hincó aún más el cuchillo en la garganta de ella.

—Magdeburgo —susurró—, mercado negro. No sé exactamente la zona.

—¿Cuándo?

—No digas más, Frank —jadeó ella

—No lo sé...

—Mientes.

—No.

—Sí. —Y sesgó la garganta de la mujer.

—¡Noooo! ¡Petra, nooooo! ¡Malnacido! —Le escupió en la cara. Mannfred se limpió, lentamente, como el que está acostumbrado a que le escupan, y le da igual.

—Habla. ¿Cuándo?

—No... —Mannfred se encogió de hombros. Le hizo un gesto a Otto, que conectó el cable a la corriente, Frank se revolvió en el sitio, los temblores, se transformaron en convulsiones, la mandíbula se le cerró involuntariamente, impidiéndole gritar. Solo gemidos desesperados salían a través de su garganta bloqueada, el olor a carne quemada invadió la estancia, Mannfred colocó su immaculado pañuelo en su nariz y salió de allí. Al menos tenía un lugar por donde empezar a buscar.

8. Principios de enero de 1945, refugio de Avigail

La tormenta de nieve había amainado, pero el frío se hacía notar con más virulencia. La leña húmeda casi no prendía, el humo que producía era sofocante, no se podían arriesgar a prender fuego si no querían morir asfixiados. Avigail intentaba quemar rastrojos, que apenas duraban, quedando reducidos a cenizas en cuestión de minutos, dejando una sombra de calor. No tenían papel de desecho y George se negaba a quemar sus carpetas. Eso irritaba a la muchacha, que ya no sabía qué hacer para procurar calor, porque ellos dormían juntos abrazados, sin ningún movimiento indecente por supuesto, pero no era suficiente para cocinar, caldear el ambiente o calentar agua. Discutían más a menudo, pero no les duraba mucho, para alivio de la muchacha. En uno de esos berrinches, él había salido dando un portazo. Y ella frustrada se había puesto a dar vueltas por la salita. Aburrida se sentó junto a la ventana. A sus pies encontró la radio; en un impulso empezó a toquetearla, no se había atrevido a cogerla desde que se la trajo a George, la consideraba un objeto demasiado delicado para su gusto. Tanto botón y cable le daban respeto. Pero de repente, la observó fascinada, con dedos temblorosos por el frío, investigaba cada botón, relieve, cierre, etc... Sin saber cómo, la encendió, pero solo funcionaba el piloto verde que tantas veces había visto toquetear a George. Nada, ni un sonido, solo aquella lucecita parpadeante. Acercó el auricular al oído y nada. Se llevó también el aparato al oído, y silencio. Sintió la frustración de George, la sacudió en el aire.

—¡Aparato tonto! ¿¡Por qué no funcionas!/? —Justo en ese instante, a la vez que George entraba por la puerta, se le resbala de sus temblorosas manos. El tiempo pareció ralentizarse mientras caía, ante la mirada aterrorizada de ambos muchachos: ella con los brazos extendidos como si fuera posible evitar el fatídico desenlace; él, petrificado, solo veía cómo su valiosa radio podría terminar hecha añicos si recibía un mal golpe. La radio llegó al suelo provocando un ruido estrepitoso, pero aparentemente estaba en buen estado. De repente, un sonido surgió del radioteléfono, interferencias que indicaban que la radio estaba en marcha. George y Avigail se miraron y gritaron al unísono:

—¡Funciona!

George la recogió del suelo y comprobó todos los conmutadores. Sí, funcionaba. Miró a Avigail, esperanzado.

—¡Sí, funciona!

Corrió hasta Avigail. Y la abrazó, alzándola en el aire y dando vueltas con ella. Luego la miró a los ojos y la besó. Fue un beso de alegría, feliz, ella al principio no reaccionó, pero luego alzó los brazos su cuello y lo atrajo hacia ella. Él profundizó el beso, con más sentimiento, con un significado más profundo que la alegría de una simple radio, estaba dando rienda suelta a un anhelo, un deseo de besarla desde el primer día que abrió los ojos y vio los suyos de plata. Y ella se dejaba besar, por primera vez sin miedo, sin asco, con un sentimiento totalmente desconocido para ella, pero que era todo lo contrario al rechazo. Se sentía reconfortada, protegida; aquel beso era necesario, pero no para conseguir sobrevivir, sino para sentirse viva, para tener esperanza. Él bajó las manos a su cintura y la atrajo hacia él. Ella se dejó llevar, pero cuando sus manos bajaron a sus caderas, una alarma en el fondo de su cerebro hizo que se tensara. Él se dio cuenta y retiró sus manos. Se separó suavemente.

—Lo siento, Avigail, no quería llegar tan lejos —susurró—. Bueno, sí quería, pero no quiero que te asustes y jamás haría nada que te hiriera o te asustara. Ella soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo y asintió. Sonrió tímidamente. Él se sintió aliviado, no había metido la pata. Ella miró la radio.

—¿Cómo funciona? —preguntó curiosa. Él sintió un golpe de realidad. Ligeramente molesto, miró el aparato.

—En realidad es muy sencillo, ya sabemos que tiene batería, porque están encendidos los pilotos y que funciona porque se escucha las interferencias, ahora solo hay que darle a los conmutadores para meter la frecuencia de trabajo. —Ella lo miró interesada—. El problema es que no sé con qué frecuencia trabajará mi gente, probablemente la hayan cambiado desde que me estrellé y tal vez dé con otra, pero puede que haga que nos descubran. Además de que tenga el alcance suficiente para que me reciban.

—Bueno, prueba con la antigua y si no funciona, pues mete otra y escucha, si hablan alemán no es la tuya. —Él se rio con la pequeña broma.

—Tienes razón, probaré. —Manipuló la radio y se llevó el auricular a los labios—. Sierra kilo dos, sierra kilo dos, aquí papa tango cuatro, cambio. —Hizo varios intentos, pero no obtuvo respuesta. Volvió a revisar el aparato y soltó una maldición.

—¿Qué ocurre? —preguntó Avigail.

—El micrófono no funciona, solo podemos escuchar. —Ella se encogió de hombros.

—Bueno, al menos estamos mejor que antes, que no se escuchaba nada. —Se sorprendió a sí misma de su repentino positivismo. Él la miró, no convencido del todo.

A partir de esa noche, pusieron la radio un rato corto, repartido entre mañana, tarde y noche. No se querían arriesgar a terminar con la batería sin escuchar algo interesante. George tanteaba frecuencias usadas anteriormente. Con algunas aleatorias, escuchaban algunas voces en alemán, que Avigail traducía como coordenadas de patrullas regulares, nada que ella no supiera ya. Una mañana que George aún dormía, ella escuchó voces en inglés, pero no supo descifrar qué decían, zarandó a George para despertarlo.

—¡George, despierta! ¡Están hablando en inglés, pero no sé qué dicen, hablan cosas raras! —Él se levantó como un resorte y escuchó atentamente. Avigail entendía las palabras, pero no le pegaban en ningún contexto. Aunque no dijo nada; guardó silencio para no desconcentrar a George, que apuntaba datos en los márgenes de sus manuales. Parecía muy interesado. Cuando la radio quedó en silencio, él seguía apuntando cosas.

—Avi, tráeme el plano, por favor —le dijo sin mirarla. Ella obedeció. Él trazó unas líneas y sonrió triunfante.

—¿Qué? —preguntó entre impaciente e interesada.

—¡Los aliados van a realizar un golpe de mano! —exclamó exultante. Ella lo miró confusa.

—Mira —dijo señalando a un punto muy cercano a Magdeburgo—, parece ser que van a hacer una incursión en este punto. No sé exactamente qué será, pero puedo aprovechar su plan de huida.

—¿Cuándo? Eso tiene pinta de ser una entrada y salida rápidas. —George sonrió ante el razonamiento de ella, verdaderamente era muy intuitiva e inteligente. Hubiera desconfiado de ella, y mucho, si hubiera llegado a esa conclusión los primeros días de conocerla, pero después de haberle salvado la vida dos veces, cuando le rescató del avión y cuando le cuidó cuando estuvo tan enfermo con las fiebres, no le quedaba ni ápice de dudas respecto a con quién estaba la lealtad de ella. Si bien era cierto que mantenerlo con vida era toda una fuente de información, ella no

mostraba ningún interés al respecto, ni preguntas sutiles siquiera, siempre había mostrado más interés en su familia que en su trabajo.

—Sí, parece ser que será el día diez.

—Pues no tenemos tiempo que perder, ese punto está a unos ciento veinte kilómetros. Se tardan unos tres días a pie sin apenas descanso ni carga, eso con buen tiempo, pero a través del bosque y con esta nieve...por lo menos se duplica el tiempo empleado.

—¿A través del bosque?

—Claro. —Avigail no entendía que no viera algo tan obvio—. ¿No querrás coger por una carretera en territorio enemigo? —George se ruborizó, aquella pregunta había sido completamente estúpida por su parte—. Saldremos en un par de días, tampoco es necesario llegar demasiado pronto y pasar más tiempo del imprescindible a la intemperie.

—¿Saldremos? —Él negó con la cabeza vehementemente— Ni hablar, iré solo, no voy a ponerte en peligro.

—No conoces el terreno...

—Tengo el plano, iré solo.

—El plano no te servirá de nada con este tiempo, créeme. Conozco estos bosques a doscientos kilómetros a la redonda. Sé dónde refugiarme y dónde es más fácil atravesar ríos y sendas — insistió ella tozudamente.

—Estás muy segura de saber llegar. Ni que fueras todos los días al mercado a comprar pan — ironizó.

—¿Todos los días no! Pero sí una vez cada dos meses, ese punto está a pocos kilómetros del mercado...

—¿Y te pegas esa caminata tú sola? —dijo incrédulo.

—No, voy con mi mayordomo y mi doncella en una calesa. —Puso los ojos en blanco—. ¡Pues claro que voy sola! —Él se dio por vencido.

—Está bien, saldremos en un par de días.

El siguiente par de días fueron de preparativos. Avigail sabía lo que se hacía, preparó víveres, algunos enseres básicos fáciles de transportar, así como ropa de abrigo y mantas para acampar, lo colocó en una vieja mochila, que había vivido tiempos mejores, pero no por ello dejaba de ser funcional. George era verdaderamente un tipo con suerte, de no ser por esa mujer estaría muerto.

Llegó el día de la partida, el mal tiempo los acompañaba, pero no por ello desistieron. Antes de salir se agarraron de las manos para infundirse ánimos. Él la miró a los ojos.

—Avigail Esther Becker, no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí y todo lo que aún me vas a ayudar, de tu generosidad dependerán aún más vidas, no solo la mía. Y ahora pongo en peligro la tuya, deberías echarte atrás, deberías ponerte a salvo, hasta que todo pase, ya has hecho demasiado. Ya has sufrido demasiado.

Ella contuvo las lágrimas.

—No, George, no puedo dejar que te arriesgues a perderte por el camino, no ahora que todo está tan cerca de terminar, tú eres mi última esperanza. —Le agarró de una manga con fuerza—. ¡Mi única esperanza! ¿Lo entiendes? —enfaticó—. Contigo he descubierto que vale la pena luchar y seguir adelante, no solo sobrevivir, me has dado ganas de vivir, de vivir y de ser feliz—. Él la abrazó emocionado y la besó. Era un beso tierno, suave, esperanzador... Separó sus labios y le acarició la mejilla, luego la apoyó en su pecho y la abrazó con fuerza. Ella se sentía tan reconfortada en sus brazos que quería que el momento fuera eterno, pero suavemente se separó —Debemos irnos... —susurró. Él asintió y se dirigieron a la arboleda.

Mannfred se subió el cuello de su abrigo y metió sus enguantadas manos en los bolsillos. Detestaba la naturaleza y la nieve, pero merecía la pena estar en aquel inmundo bosque solo por ver la cara de aquellos sucios judíos salir de sus madrigueras. Había convencido a sus superiores de que le permitieran llevarse un par de patrullas, vehículos y perros rastreadores. Alegando que lo enemigos no deberían encontrar ningún testigo que hablara de la *Solución final*. Todo aquello debería estar enterrado en las lagunas del olvido.

Miró a su alrededor, árboles y más árboles, ni rastro de civilización, estaba cansado, lo dejarían por esa tarde.

—Volvamos a la base, mañana con las primeras luces volveremos... —Su segundo al mando asintió, tocó un silbato y todos volvieron al punto de encuentro.

Avigail y George llegaban a su destino, después de seis días de penurias bajo el rigor del frío, ajenos a la cercanía de su enemigo acérrimo. Se escondían entre la maleza congelada, en busca de indicios de una patrulla americana. Habían visto desde una loma, relativamente alejado, lo que parecía un edificio militar, una especie de búnker pequeño, rodeado de una alambrada y vigilada por un par de soldados y unos perros.

—Ese debe ser el objetivo del golpe de mano —dijo George

—¿Estás seguro?

—Casi seguro, es una instalación militar en un bosque, aislada, si no ha sido abatida por la aviación es porque lo que hay dentro es interesante: planos, documentos, armas... A saber: algo que no interesa que sea destruido, sino recuperado. —Ella asintió, comprendiendo—. De todos modos, tenemos que ir al punto de entrada de los soldados, según el plano, está a un kilómetro de aquí, vamos. Pronto caerá la noche, será más fácil ocultarnos y dar con ellos.

Corrieron hacia el punto, que resultó ser un pequeño claro, escondido entre un denso grupo de árboles y maleza, accesible para aterrizar con un paracaídas y lo suficientemente escondido para no ser visto una vez haber tomado tierra. El que lo había elegido era un genio, si el paracaidista era bueno, caería sin problemas. No pasaron demasiadas horas para comprobar que George tenía razón, seis hombres cayeron en sus paracaídas justo en el claro, y un par de ellos más sobre los árboles cercanos a la pareja.

—Vamos —susurró George—, hay que echarles un cable. Observaron a cierta distancia. George no podía creer en su suerte, eran americanos. Los paracaidistas estaban intentando cortar sus cuerdas, pero tenían los brazos enganchados a las cuerdas y no llegaban bien a los arneses.

—Tranquilo —dijo George desde abajo—, os echaremos una mano.

Los paracaidistas echaron mano de la pistola que tenían atada a la cintura, en un movimiento muy rápido. «Son buenos», pensó George.

—¿Quiénes sois? —dijo apuntándolos, pero sin gritar. Sabía de sobra que no podía dar la alarma, además aquel tipo hablaba con acento del Este.

—Wow, tranquilo, amigo —dijo levantando las manos en señal de rendición y poniéndose delante de Avigail para protegerla—. Soy el Capitán George Adam Longfellow, piloto del Ejército del Aire estadounidense. Y ella es una refugiada, Avigail Becker, mi avión se estrelló hace unas semanas, ella me ha ayudado llegar hasta aquí.

—¿Quién me dice que no mientes? Si te pego un tiro no se pierde nada, ¿no crees?

—No, no pierdes nada, pero alertarás a esos perros nazis que no están muy lejos de aquí — George sabía que era un farol el que se estaba tirando, pero no tenía otra opción, el disparo no se oiría a esa distancia—. Haremos una cosa: yo te bajo, tu colega, mientras tanto, nos apunta; luego nos apuntas tú mientras lo bajo a él y luego hablamos civilizadamente. ¿Qué te parece? —El paracaidista pareció sopesarlo, al final asintió.

Una vez en el suelo, los dos hombres lo observaban, él único que había hablado, se fijó atentamente en el uniforme de George, se cuadró y lo saludó militarmente. Su compañero lo imitó, éste les correspondió al saludo.

—Sargento Seth Marner, capitán, siento haber desconfiado, pero creo que se hará cargo de la situación.

—Por supuesto, sargento —dijo sonriendo y ofreciéndole la mano para estrechársela. Y miró al otro hombre.

—Sargento Brian Sully —dijo cuadrándose, antes de estrechar la mano del capitán brevemente, y luego guardó silencio.

—Es muy parco en palabras —le justificó su compañero. Ambos miraron con curiosidad a Avigail, pero ella no se sintió incómoda como había supuesto en un principio.

—Señorita Becker. —Ambos le saludaron con un movimiento de cabeza, ella les correspondió con un ligero asentimiento y una hermosa sonrisa, algo que molestó ligeramente a George.

—Bien, vamos con sus compañeros, sargentos —dijo bruscamente.

Cuando llegaron al claro, los otros paracaidistas ya habían guardado los paracaídas y estaban reunidos en torno al oficial para recibir órdenes.

—Bien, tenemos que ir a por Sully y Marner, después...

—Mí teniente, estamos aquí, tenemos compañía... —Al escuchar esa frase, todos echaron mano a sus armas y se volvieron hacia ellos rápidamente. George volvió a poner a Avigail a sus espaldas, ninguna arma la encañonaría estando él presente. El teniente observó a los extraños que acompañaban a los sargentos. Su cara de sorpresa fue apoteósica.

—¿Capitán Longfellow?! ¡Le daban por muerto! —Al ver que lo reconocían, todos bajaron sus armas.

—¡Teniente Fratello! ¡Qué alegría verle! —Nunca le había caído bien aquel gallito de ascendencia italiana, pero en aquel momento podría ser su amigo del alma.

—¿Qué hace por aquí? —Estaba cada vez más asombrado.

—Mi avión se estrelló, de no ser por ella —señaló a Avigail— estaría muerto, ella me ha cuidado todo este tiempo. Estaba planteándome cómo salir de este atolladero, hasta que de casualidad pillé vuestra frecuencia y me enteré de que estaríais por aquí. Supuse que me podría unir a vuestro plan de huida, después de echaros una mano, si era preciso.

—Por supuesto, nunca están de más un par de manos amigas —dijo sin quitarle la vista a Avigail, fascinado. Se quitó el casco y sonrió seductoramente—. Y la *bella signorina*, ¿quién es? ¿Un ángel de la guarda?

—Sí, ha sido *mi* ángel de la guarda —dijo irritado, enfatizando la palabra «mi»—, y ahora déjate de esa jerga de espagueti y cuéntame el plan.

—Es confidencial.

—Tengo permiso oficial para saber de operaciones de alto secreto, y lo sabes.

—Sí, pero ella... —En eso tenía razón, Avigail no dejaba de ser civil y desconocida. No obstante...

—Habla. A ella le confiaría hasta la talla de calzones del presidente y la lista de putas que ha dejado embarazadas a espaldas de su mujer. —Fratello se encogió de hombros.

—Cerca de aquí hay unas instalaciones militares.

—Lo sé, las hemos visto.

—En ellas se guardan planos de nuevos prototipos de armamento e información que implican a ciertos peces gordos. La intención es recuperarlos sin que se note demasiado.

—Entiendo —«Politiqueo», pensó George. Realmente le importaba una mierda, solo quería irse de allí—. ¿Y la salida?

—A unos veinticinco kilómetros de aquí pasa un tren de mercancías hacia el norte. Un vagón es nuestro, por así decirlo. Una vez en la costa, un barco nos llevará a Inglaterra.

—Venga, pues vayamos a hacer lo que veníais a hacer. Contadme el plan por el camino.

Estaban a unos quinientos metros del edificio en cuestión, observando a los guardias, los focos y las posibles entradas. No parecían tener un patrón de conducta. Simplemente paseaban de arriba abajo, la entrada debería ser en un momento aleatorio. Varios oficiales de las SS habían salido a charlar, intercambiaban cigarros y risas confiadas. Avigail ahogó un grito entre sus manos, mordiéndose el labio hasta sangrar.

—¿Qué ocurre? —le preguntó alarmado George.

—Es él —susurró—. Es Manfred... —A George le hirvió la sangre.

—¿Cuál? ¿Cuál de ellos es ese cabronazo?

—El del pelo casi blanco, el más delgado y bajo. —Él asintió—. Será el primero al que me cargue. El plan era sencillo: entretener, separar fuerzas, entrar y salir. Y cargarse a todo el que se pudiera por el camino.

—Bien, cuatro de nosotros iniciaremos los fuegos artificiales y los otros cuatro entraremos —dijo el teniente desplegando un plano del edificio—. Como veis es sencillo, solo son dos corredores con cuatro despachos a cada lado; al fondo están los dormitorios y los baños y detrás la sala custodiada con la documentación...

—Cinco —corrigió George.

—¿Cómo?

—Que podemos hacer dos grupos de cinco: con Avigail y conmigo somos diez, ella puede apoyar la traca y yo entrar con vosotros. —Sabía que ella querría ayudar, pero lo haría lo más alejado posible del edificio; no la pondría en peligro más de lo que fuera necesario, como George Adam Longfellow que se llamaba. El teniente Fratello dudó, pero luego asintió en un gesto seco. Como sopesando que no podía negar una orden de un capitán, a pesar de ser su misión. George pareció leerle el pensamiento.

—Teniente, esta es su misión, está al mando, todos haremos según esté planeado, yo solo le ofrezco dos efectivos más. Si ve que entorpecemos, nos quedaremos de brazos cruzados. Pero lo veo absurdo.

—Está bien, mi capitán, acepto su ayuda. Como iba diciendo, lo que nos interesa está al final del pasillo.

—Podríamos volar la pared: un buen agujero de entrada, dentro, fuera y listo, tenemos buena vía de escape en esa dirección —sugirió el sargento Sully. Marner negó con la cabeza.

—No sabemos a qué altura está la caja fuerte, no nos arriesgaremos a que el explosivo no haga nada, o a que dañemos la caja y su contenido con una explosión no controlada.

—Cierto, sargento —confirmó el teniente, quien miró con deferencia a George, por si quería añadir algo. Él le hizo un gesto para que continuara—. Bien, dos de mis hombres se arrastrarán

sigilosamente para colocar cargas que hagan de señuelo. Es arriesgado, pero la nieve las ocultará, esos guardias parecen aburridos, no estarán muy pendientes. Después las harán detonar desde distintos puntos, el resto harán fuego para distraerlos. La *signorina* podrá colocarse en la loma, desde allí se divisa el edificio y el camino, puede vigilar si viene alguien y dar la voz de alarma, además de disparar y parecer que hay más de los nuestros. —«Buena jugada», pensó George. Estaba lo suficientemente lejos del meollo y a la vez podría ayudar, le hizo un gesto de agradecimiento a Fratello que asintió; el teniente se había dado cuenta que ella era especial para él y sabía que la querría lo más apartada posible del jaleo que se avecinaba. Avigail ajena a esos gestos, estaba emocionada de poder ayudar, se sentía útil y aunque fuera un pensamiento infantil, creyó que a pesar del peligro iba a ser divertido. Uno de los hombres habló:

—¿Nos podremos fiar de ella? Es alemana. —todos jadearon de indignación, pero no dejaba de ser una pregunta lícita.

—¡Joder! Por algo te llamamos *bocas* Jones—dijo otro—. Tu teniente y tu capitán cuentan con ella, con eso debería bastarte. —George había tenido que ser agarrado por el teniente y uno de los sargentos. Estaba soltándose, cuando Avigail le acarició el brazo suavemente y negó. Luego sonrió a Jones.

—Es perfectamente comprensible, señor... Lo siento, no sé su rango. ¿Jones ha dicho su compañero? —Él estaba cruzado de brazos, desconcertado por su sonrisa y porque no se hubiera enfadado, asintió escuetamente—. Pero estamos en guerra y se hacen alianzas extrañas, además para ellos —dijo señalando a los SS— ya no soy más una ciudadana alemana, soy escoria. —dijo sacando una pequeña cadena con una estrella de David. George no se la había visto antes, supuso que la tendría a buen recaudo—. Además —dijo en tono distendido y alegre, mirando al teniente abiertamente—, si se fia de un posible primo segundo de Mussolini, ¿por qué no de mí? —Todos la miraron asombrados por aquella salida y estallaron a carcajadas, rápidamente sofocadas con las manos, para no dar la alarma.

—Vaya, si no fuera porque me iba a meter un tiro entre ceja y ceja, mi capitán, me declaraba ya mismo —susurró el teniente enjuagándose las lágrimas de la risa. George le dedicó una mirada amenazadora—. Tranquilo, tranquilo, lo he pillado, se mira, pero no se toca.

—Y se mira poco...

Cuando cayó la noche, llevaron a cabo el plan. La luna había salido, era un arma de doble filo, puesto que podían ver, pero también ser vistos. De hecho, Avigail estaba relativamente expuesta. Empezaron las explosiones, voces alemanas denotaban sorpresa y desconcierto, ladridos y aullidos de perro y gritos de aquellos que ya habían caído heridos, muchos de ellos se parapetaban entre sacos terreros allí puestos, otros acorralados en esquinas del edificio. Los SS habían corrido al interior, a excepción de dos que disparaban como locos, sin sentido, a la nada. Uno de ellos era Mannfred, que no se podía creer que fueran atacados. ¿Pero por quién? Esos perros judíos no, estos sabían lo que hacían. Todo fue muy rápido, los alemanes pedían refuerzos por radio; según escuchó Avigail, en unos cuarenta minutos estarían allí. Debía avisarlos.

—¡George! ¡George! ¡Fratello! ¡Jones! —los llamaba, pero en el furor de la refriega no se enteraban. Marner que estaba cerca de ella la llamó.

—¿Qué hace, señorita? ¡La van a descubrir!

—¡Marner! ¡Hay que avisarlos! ¡En cuarenta minutos llegan los refuerzos!

—¡Mierda! ¡Voy! —dijo bajando corriendo la loma. Pero una bala perdida le alcanzó. Instintivamente, Avigail se agachó y rodó entre los arbustos nevados. No podían, no debían verla, pero tenía que avisarlos. Rodeó parte del bosque para que no la vieran, le tomó más tiempo del

que debiera, pero era necesario. Llegó a la parte lateral del búnker, donde un soldado que no aparentaba más dieciséis años temblaba, escondido. Ella se acercó a él y le encañonó. Él levantó las manos asustado.

—¡Me rindo! —Avigail, vio que en realidad no tendría más de trece o catorce años. «¿Así estaban ya de tropas?», pensó.

—Quítate la chaqueta y el casco y vete a casa.

—¡Pero eso es desertar! —protestó horrorizado.

—Pronto a nadie le importará. Pero si prefieres ponerte ahí delante... —El muchacho se quitó rápidamente la chaqueta y el casco y salió huyendo. El pobre no duraría mucho, pensó Avigail, pero al menos era libre de intentarlo. Se puso la chaqueta y el casco para camuflarse y buscó a los hombres. Se colocó detrás de lo que parecían unos depósitos de agua. Localizó a un par de hombres e intentó llamarlos disimuladamente.

—Psss, ¡eh! —avisó, pero no le hacían caso.

—¡Vaya, vaya! ¡A quién tenemos aquí! —Mannfred no se podía creer su suerte, Avigail Becker, estaba justo delante de él. Ella se quedó petrificada al oír su voz. Él, como si no creyera que fuera ella, le arrancó el casco y la chaqueta haciendo volar los botones. La tenía atrapada por los brazos, apretando sus dedos como garras. La atrajo hacia sí, rozándose íntimamente, Avigail sintió náuseas—. Vaya, la fortuna está de mi parte. ¿Qué haces aquí, lindura? —le saludó con tono lascivo, Avigail cerró los ojos. No se lo podía creer, había vuelto a caer en sus redes. Empezó a temblar. Todo se había acabado tan cerca del final... Inspiró con fuerza para afrontar su destino; no obstante, en ese preciso instante, en su mente apareció la imagen de George que le infundió valor, en un movimiento rápido, subió la rodilla con todas sus fuerzas, dando de lleno en su entrepierna. Él se dobló del dolor soltando improperios, intentando tomar bocanadas de aire.

—¡Putá! ¡Cerda! ¡Esta vez te follo y te mato! —La amenazó entre resuellos e intentó atraparla por una pierna. Ella se zafó con una torpe patada, fruto de la angustia que sentía. Y, sin pensárselo dos veces, huyó directa a los americanos. Le daba igual estar en medio del fuego cruzado, corría a trompicones, se caía y se levantaba, volvía a caer y rodaba o gateaba, pero en su desesperación encontró la determinación necesaria para que nada ni nadie pudiera hacerla parar.

—¡George! ¡George! ¡Los refuerzos están al caer! —gritaba como una posesa, mientras era perseguida por un maltrecho Mannfred, que le pisaba los talones. George no se podía creer lo que escuchaba a sus espaldas: «¿Qué cojones hace aquí Avigail?». Cuando se dio la vuelta la ira se apoderó de él: ese hijo de puta la estaba persiguiendo. Mannfred pudo observar como su puta, porque era su puta, corría a los brazos de otro; alzó su brazo y le apuntó con su arma, aquel yanqui de mierda lo imitó. Se dispararon mutuamente, en un movimiento tan coordinado que si lo hubieran practicado cien veces no habría salido tan perfecto, pero ninguno tenía ya balas. Frustrados, tiraron sus armas al suelo. Mannfred sonrió, irónico. Estaba cerca de Avigail, la atraparía y la usaría como rehén para salir de allí y luego se la follaría por todos los lados posibles, aquella perra tenía que aprender. Nadie se burlaba de él. La cogió del tobillo, haciéndola caer de bruces. George, al verla caer, vio todo rojo de ira, lanzó un grito de furia y en varias zancadas alcanzó a ese malnacido que forcejeaba con Avigail, y en un instante en que ella se separó lo suficiente, se abalanzó sobre él y rodaron. George empezó a golpearle la cara con los puños, aquella sabandija se defendía bien, a pesar de que jadeaba como un cerdo en un día de verano. El odio que sentía Mannfred hacía ese yanqui le hacía sacar fuerzas de flaqueza. Tal vez no tendría mucho fondo, pero le enseñaría que él también sabía usar los puños. Era una pelea encarnizada, aunque George llevaba ventaja. Pero justo cuando lo iba a noquear, Mannfred cogió

un trozo de metal que tenía a su alcance, producto de la metralla producida por las explosiones, y se lo clavó a la desesperada en el hombro. El dolor fue tan lacerante que incendió más su furia, se levantó de un salto y le pateó las costillas repetidamente. George no oía nada a su alrededor, solo sintió en un momento dado que varios pares de brazos lo arrastraban camino del bosque.

—¡Déjalo! ¡Ya llegan! —decían unas voces—. ¡Ya tenemos todo!

—¡Tenemos que irnos! —le suplicó Avigail—. ¡Por aquí! —Le dio una última patada a Manfred, que quedó ensangrentado y jadeante en la nivea nieve, intentando levantarse pero sin éxito, dejándose caer de rodillas, recuperando el aliento. Aquel yanqui le había dado una buena tunda. George dejó que lo arrastraran a través del bosque. Tenía aún clavada la esquirla, pero no había tiempo de parar, corrieron como alma que lleva el diablo. Cuando se sintieron a salvo, bajaron el ritmo; tampoco podrían recorrer veinticinco kilómetros a aquella velocidad, quedarían exhaustos en menos que canta un gallo y sería contraproducente. Llegaron a tiempo al tren, que iba a más velocidad de lo que en principio creyeron. Subieron en marcha, a duras penas lo consiguieron.

Una vez dentro, se dejaron caer como fardos de harina. El suelo de madera del vagón estaba cubierto de paja maloliente, pero al menos estaba seca y cálida. Acomodaron a George en una esquina, que jadeaba de dolor, pero se sentía tranquilo. Miró a su alrededor: en la carrera por escapar no se había fijado en quién iba con él, ahora se dio cuenta que solo habían sobrevivido seis personas: Avigail, el teniente, Jones, el sargento Sully, otro de los soldados del que no recordaba el nombre y él mismo.

—¡Dios mío, George! ¡Tenemos que sacarte eso! Se podría infectar. Teniente, ¿tienen algún tipo de botiquín en su equipo? —George sonrió. La Avigail profesional había vuelto. El teniente le acercó un pequeño paquete, ella lo abrió y chilló de alegría—. ¡Vendas estériles! ¡Alcohol y yodo! ¡Agujas e hilo bueno! ¡Aspirinas! ¡Esto es un tesoro! ¡Dios bendiga a América! —bromeó, imitando el marcado acento americano que había escuchado a George. Los hombres se rieron quedamente ante su alegría. Antes de atender a George observó al resto: tenían varias heridas y cortes y Jones parecía tener una luxación en el dedo índice. Sully escondía una mano, seguro que le dolía y pensaría que apretándola se calmaría, pero a George era al que más le urgía, pues su herida era la más profunda y la que presentaba un aspecto más feo—. ¿Tenéis una navaja y una linterna?

—Tiene suerte, señorita, nunca suelto mi equipo por mucho que pese —dijo Jones, entregándole lo que le había pedido.

—¿Es médica, *signorina*? —se asombró el teniente.

—No —contestó escuetamente, mientras rompía la camisa de George y la hacía jirones—. Jones, ¿le importaría alumbrarme? —él obedeció. Concentrada, empezó a cortar la carne de la herida de George, que gemía a través del trozo de camisa que Avigail le había puesto previamente en la boca.

—Entonces... —insistió desconfiado el teniente. Avigail no le hacía caso, tenía toda su atención en agrandar la herida para sacar la esquirla, pero a la vez no quería empeorarla.

—Tranquilo, George, no es profunda, ni está en ningún sitio vital, pero hay que limpiarla bien....

—¿*Signorina*? ¿Enfermera tal vez? —Lo volvió a ignorar, no tenía tiempo de contarle su vida.

—¡Cierre el pico, mi teniente! ¿No ve que sabe lo que hace? —gritó un nervioso Sully.

—¡Sargento!

—¡Lo tengo! ¡Es una pieza limpia, genial! Ahora a desinfectar, coser y vendar. —Cosa que

hizo en un abrir y cerrar de ojos—. Siguió, Sully, venga aquí. —Cogió sus manos, observó que tenía dos dedos de una mano doblados.

—Un cabronazo con pie de elefante me pisó. —Ella asintió. Empezó a acariciar la mano distraídamente.

—Dígame, Sully, ¿cree que mis ojos son bonitos? —preguntó coqueta, mientras aleteaba las pestañas en un gesto exagerado.

—¿Cómo? —Sully se sonrojó y se sintió desconcertado ante esa pregunta tan directa. Justo en ese momento Avigail tiró de sus dedos para colocarlos en su sitio, un crujido seco indicó que había sido un éxito. Un dolor intenso pero breve recorrió la mano del sargento.

—Bien, esto ya está. No pretendía coquetear, solo distraerle para que no apartara la mano antes de tiempo, un mal tirón y se hubiera quedado con los dedos doblados para siempre —le explicó mientras se los entablillaba, Sully no pudo evitar sonreír, había sido una buena jugada y no se había equivocado con ella en absoluto, controlaba el tema de las curas. Después atendió al resto, incluso el teniente que recelaba de ella en un principio dejó que le curara los cortes. Los trató con delicadeza, tratando de no lastimarlos más de lo necesario. Ellos se lo agradecieron con sonrisas y palabras amables, ella se sintió un poco incómoda: hacía tiempo que no trataba con gente educada. Se sentía un poco asilvestrada.

—Si no es médica, debería serlo, *signorina* —dijo sonriendo amigablemente.

—No es el primero que me lo dice —respondió sonriendo a su vez. Cuando todos estaban atendidos, se sentó junto a George.

—¿Eh? ¿Cómo estás? —susurró, acariciándole la mejilla. Él le atrapó la mano y se la besó.

—Contigo siempre estaré bien.

—Exagerado. —Él la miró seriamente a los ojos.

—Avigail, sé que nos conocemos de poco tiempo y que hemos bromeado sobre el tema, pero ya no quiero bromear más, quiero llevarte a mi casa, quiero que sea tu casa, vas a ser mi esposa. Estarás por fin a salvo, te lo prometo.

Ella contuvo el aliento.

—Pero...

—No hay «peros», no es una petición de matrimonio, es un hecho.

—Ahora no es el mejor momento para hablar de esas cosas —se quejó ligeramente atormentada. ¿En serio le estaba pasando aquello? Era el lugar más inverosímil para hablar de matrimonio, sabía que no era el momento. Una vez que él estuviera a salvo, se podría replantear el asunto y ella quedaría atrás como un bonito recuerdo lleno de agradecimiento, sería aquella chica que le ayudó a salir del atolladero. Y no podría soportarlo.

—Pero ese momento llegará, pronto, mucho antes de lo que piensas.

—Tal vez no esté enamorada —No sabía qué decir para salirse por la tangente.

—Lo estás —dijo serio.

—Yo no... Emm —Dudó en si contradecirle o no, pero a quién iba a engañar, no podía ocultar lo que era obvio. Suspiró y lo reconoció abatida—. Lo estoy. —Él sonrió, pagado de sí mismo. «Será engreído», pensó ella, pero no tuvo más remedio que besarlo. Un carraspeo sonó a sus espaldas.

—Mi Capitán... —titubeó el teniente— no podemos llevarnos con nosotros a la *signorina*. —La observó con una mirada de disculpa, ella se hizo cargo de la situación y asintió—. Le estamos muy agradecidos por su ayuda, por supuesto, pero...

—¿Qué? —rugió George. Ella lo tranquilizó.

—El teniente tiene razón, estamos en conflicto, no me podéis llevar así porque si... George, cariño —él contuvo el aliento ante ese apelativo, era la primera vez que la sentía tan cercana, sin ese recelo disimulado que siempre la acompañaba. Le tomo de las mejillas y volvió a besarlo, un beso que él sintió extraño y que guardaba un significado que no sabía descifrar. Seguidamente, ella se puso de pie, se acercó casi imperceptiblemente a la puerta abierta del vagón—, recuerda la promesa que me has hecho. Cuando todo termine, ven a buscarme. Dile a Sybill que te cuide por mí, mientras tanto.

—Avigail, pero ¿qué dices? —No lograba asimilar sus palabras.

—Recuerda, cuando todo termine, vuelve a por mí. —Y saltó del vagón.

—¡Avigail, nooooo! ¡Noo! ¡¡¡Avi!!! —gritó desesperado. Se levantó de un salto para seguirla, pero justo en la puerta le agarraron. Observó cómo había rodado por el suelo y se había levantado sin dificultad. Había tenido mucha suerte de no desnucarse, fue una caída limpia. Le dedicó una sonrisa radiante llena de esperanza y se despedía de él alzando ambos brazos.

—¡¡¡Vete, George!!! ¡Yo te esperaré, lo juro! ¡Sobrevive! ¡Te quiero! ¡Vete! ¡Te juro que te esperaré! —dijo entre lágrimas de emoción—. ¡Te quiero!

—¡Avigail, nooooo! ¡¡¡Aviii!!! ¡Soltadme! —dijo entre llantos, luchando por zafarse de sus compañeros. La herida le dolía, pero no tanto como el corazón. «Te quiero» fue lo último que escuchó, antes de que le noquearan y perdiera el conocimiento.

9. Berlín, marzo de 1946

Era la primera vez que, como Avigail Esther Becker, pisaba los adoquines de las calles de su ciudad natal a la luz del día. Después de ocho años escondida, caminaba con la mirada baja, vestida de oscuro, como la mayoría de las mujeres que lo vestían en luto constante o que tal vez no tuvieran ánimos para dar más color a sus vidas. Se desplazaba con movimientos que no llamaran demasiado la atención; de hecho, andaba sigilosamente de esquina en esquina, intentando evitar plazas, grandes cruces y aglomeraciones. Se movía parapetándose entre las ruinas de la ciudad, montañas de escombros que la hacían pasar desapercibida. A pesar de ser un cálido y soleado día, ella sentía escalofríos. Había estado apartada de la ciudad desde que fuera liberada, se había extendido la noticia de que el comportamiento salvaje del ejército rojo había llegado a cotas inimaginables, pillajes, venganzas aleatorias y violaciones. Esa era también la razón de su desconfianza al caminar por las calles de Berlín; aún no eran seguras para ella. Se había librado de las canalladas de esos salvajes gracias a la información cedida por sus contactos del mercado. Pero ya no podía esperar más, sabía que dotaciones norteamericanas estaban desplegando en la parte este de la ciudad. Necesitaba tener noticias de él, aquellos meses sin saber nada habían sido un tormento. Ni siquiera sabía si habría sobrevivido, aunque un presentimiento le decía que lo había conseguido. Y si así había sido, tenía que facilitarle a George su propia búsqueda. Se acercó a una antigua casa burguesa que hacía las veces de embajada norteamericana, la habían rodeado de sacos y alambres de espino y colocado una especie de garita de vigilancia, donde una barra de madera pintada de blanco y rojo impedía el paso a los vehículos no autorizados. Se dirigió con paso firme a los soldados armados que vigilaban la entrada.

—Disculpe —dijo tímidamente con su fuerte acento. Ellos la miraron desconfiados, cosa que no le molestó. Sabía que los americanos desconfiaban de todo lo alemán—. Me gustaría saber el proceso que he de seguir para ponerme en contacto con un militar americano. —Ellos la miraron con mucho desdén de arriba abajo. Habló el que parecía tener la voz cantante, tal vez fuera cabo, tampoco es que Avigail supiera demasiado de galones con tan solo ver aquellas tiras y estrellas.

—Yo soy un militar americano, preciosa. —«Uff, esto no va bien», pensó Avigail.

—Me refiero a una persona específica. —Ignoró su implicación sexual—. Al capitán George Adam Longfellow.

—Comandante.

—¿Cómo?

—Que ya es comandante, acaba de ascender por méritos propios y no creo que tenga nada que ver con una... ni siquiera sé lo que eres, aunque me lo puedo imaginar. —Volvió a darle un repaso. La verdad que su aspecto era de pordiosera, aunque estaba aseada, su ropa estaba completamente remendada, y aunque era decente, podría pasar por una mendiga para alguien que no estuviera acostumbrado a ver cómo vestían la gente del bosque. Tendría que haber conseguido algún vestido o algo más aparente, pero la impaciencia por saber de él no le hizo pensar en nimiedades.

—¿Sí que apuntas alto, chica! —silbó asombrado el que no había hablado aún.

—Pero ¿está aquí? —preguntó esperanzada e ignorando sus comentarios fuera de lugar.

—No me está permitido dar esa información. —Algo en la voz del muchacho le dio a entender que sí, pero no estaba segura, tal vez era el anhelo de ella que le hacía ver cosas que no eran. No obstante, no perdió la esperanza.

—Por favor, por favor, por favor —rogó Avigail—. Hágame saber que Avigail Becker está aquí.

—Lárguese antes que la mande arrestar.

—Por favor...

—¡Largo! —Avigail vio cómo salían más soldados alarmados ante el grito de su compañero y decidió irse para no buscar problemas.

Pero no se rindió, todos los días iba a la puerta de aquel edificio, para ver quién entraba y salía. Los soldados no le decían nada, porque ella no hablaba y no representaban una amenaza para ellos. Tenían órdenes de no molestar a la población civil si no eran molestados. De hecho, algunos soldados empezaban a darle los buenos días, al verla allí cada día. Ella observaba con detenimiento el movimiento de los vehículos, tanto si entraban como si salían. Pero, o los cristales eran oscuros o simplemente no reconocía a nadie.

Un día vio salir un vehículo con militares de alto rango rusos. Le extrañó, pero no le hizo mucho caso, hasta que al pasar a su lado vio quién iba en el asiento de atrás, riendo y charlando animadamente con aquellos militares. Se quedó atónita. Manfred, no podía creerlo...

—Soldado Williams —ya se sabía sus nombres solo de verlos todos los días. El interpelado se asombró, no se imaginaba que ella pudiera saber su nombre—, ¿quién era el tipo que iba detrás de vehículo? —preguntó ansiosa retorciéndose las manos, necesitaba comprobar que sus ojos le mentían, que le habían jugado una mala pasada.

—Señorita, sabe de sobra que no puedo hablar con usted. Y si se pone difícil no tengo más remedio que....

—¿Quién? —insistió. Williams vio algo en su mirada que lo alertó, tal vez no sería mala idea decírselo. Se encogió de hombros como si quisiera quitarle importancia.

—Un colaborador. Era un pez gordo que está comprando su libertad, a cambio de información, claro. Por lo visto su hermana era una buena pieza —comentó, como quien cuenta algún cotilleo en el bar del pueblo.

—¡¿Su hermana?! —chilló—. ¿Está viva? —Avigail temblaba de pies a cabeza. ¡Elke, viva! A duras penas aguantó las lágrimas de alivio.

—¡Y tanto! ¡Tenemos vigilada a esa mala pécora! —A ella le hirvió la sangre al escuchar aquello, cómo podía ser que esa sabandija le hubiera dado la vuelta a la tortilla, ¡y encima con los rusos!

—¡¿Estáis locos?! ¡Ese era Manfred Richter! ¡Uno de los mayores cabrones que ha creado la maquinaria nazi! ¡Ha mandado asesinar a más de cien mil judíos! ¡Su hermana es la mujer más íntegra sobre la faz de la tierra! ¡Es ella la que nos ha ayudado! ¡Él es un grandísimo hijo de puta asesino! ¡Está loco! ¡Es un sádico!

—¡Cálmese, señorita! —dijeron los soldados al unísono, intentando agarrarla de las muñecas.

—¡Y una mierda! ¡Tienen que arrestarlo a él! —dijo retorciéndose en los brazos de esos hombres.

Fue tal escándalo el que formó que salieron más soldados y el vehículo paró antes de salir del recinto. Manfred se bajó del vehículo, con su famosa mirada cruel. Iba de civil con un traje de chaqueta perfectamente confeccionado, a medida casi seguro, un lujo, sin duda. Su pelo perfectamente cortado y peinado le daba un aire distinguido.

—¡Tú! ¡Cómo te atreves! ¡Tendrían que colgarte! —le escupió a la cara con todo el odio de sus entrañas concentrado en aquel gesto. Luego gritó al resto—: ¿Dónde tenéis a Elke, cabrones?

—¿Quién es esta loca, Richter? —preguntó con fuerte acento ruso el que parecía el de mayor rango.

—Es Abigail Bücher, una perra escurridiza. Es la mejor amiga de mi hermana, seguro que están compinchadas, yo la arrestaría, camarada Ivanov. —Su mirada condescendiente provocó las náuseas de Avigail. ¿Es que nunca se libraría de aquel asqueroso demonio?

Ella entró en pánico.

—¿Qué?! ¡No! ¡Me llamo Avigail Esther Becker, soy judía! ¡Este hijo de puta mató a mi familia y a cientos de los míos! ¡Incluso pondría la mano en el fuego a que tuvo algo que ver con la muerte de sus padres! ¡Ese hombre es el mismísimo diablo reencarnado!

—Todas dicen lo mismo, qué aburrido —se burló Manfred. Su cara mostraba indiferencia, pero su mirada tenía un brillo de triunfo.

—Por el amor de Dios, contacten con el comandante George Longfellow, él intercederá por mí, ¡se lo juro! —Ivanov hizo un gesto y dos hombres atraparon a Avigail, que la arrastraban casi en volandas hacia el edificio.

—¡No! ¡Soltadme! ¡Estáis equivocados! ¡Soy judía! ¡Él es el asesino! —protestaba desesperada.

Mientras tiraban de ella por los pasillos, vio unas ventanas que daban a un patio interior. Al otro lado había más ventanas que daban a oficinas; a través de ellas vio a alguien conocido, podría ser su única esperanza. Se zafó de sus captores con una fuerza que jamás pensó que tendría, corrió hasta la fila de ventanas y las golpeó con saña.

—¡Sully! ¡Sully! ¡Soy Avigail! ¡Avigail Becker! ¡Sullyyyy! ¡Sargento Sully! — gritaba con desesperación, dando puñetazos a unos cristales que ni si quieren se rajaban—. ¡Brian Sully! ¡Soy yo, la *signorina*! ¡La chica del bosque! ¡El del ataque del búnker! ¡¡¡Sully!!! ¡Soy Avigail! ¡Te curé los dedos! —Ya no sabía que más decir para que le hiciera caso.

Sully escuchó cómo una voz de mujer lo llamaba a través del patio, estaba tan amortiguada que había dudado en si la había oído. No obstante, miró por curiosidad, y allí estaba la chica de los ojos grises, Avigail, llamándolo desesperadamente, golpeando los cristales del otro lado. Sus ojos se cruzaron una décima de segundo. No le dio tiempo a reaccionar, ni hacerle ningún gesto. La estaban arrastrando por los pelos a la zona de calabozos, justo antes de que se la llevaran pudo leer en sus labios que buscara a George Longfellow.

Avigail estaba furiosa, dando vueltas por el calabozo. Cómo había sido tan insensata... «Estúpida, estúpida», se recriminaba a sí misma, en menudo lío estaba metida, tanta lucha para nada, aquel bastardo se estaba saliendo con la suya. Y ni siquiera sabía si George estaba en Alemania, solo sabía que estaba vivo, por lo que pudo sonsacarle a los soldados. Había sido tan descuidada... Se maldijo así misma, podría haber averiguado por otros medios como contactar con George, pero las ganas de verle en persona le hicieron ser imprudente. En su enésima vuelta por la celda, la puerta se abrió. Ella miró esperanzada, pero era uno de los guardias que empujaba a una mujer maniatada con un saco atado al cuello que le cubría la cabeza, que sollozaba de miedo y temblaba como una hoja. Avigail se compadeció, al menos a ella no la habían atado.

—¿Para qué ocupar dos celdas? Si aquí cabéis las dos —dijo burlón, y cerró la puerta. Avigail ayudó a la recién llegada, que se tambaleaba desorientada, se sobresaltó cuando ella la tocó e intentó separarse. Avigail la atrapó lo más suavemente que pudo, infundiéndole confianza.

La escuchaba gimotear quedamente como si le diera miedo hacerlo más fuerte, la sentó en el suelo con mucho cuidado para poder quitarle el saco y las ligaduras.

—Shh, tranquila, te ayudaré —susurró, mientras intentaba quitar los nudos del cuello que ataban el saco. La mujer jadeó de sorpresa.

—¿Avi?

—¿Elke? —sus dedos temblaban mientras intentaba quitar los nudos, debajo del saco solo se oía un llanto de alivio—. Elke cariño, estás viva—dijo entre lágrimas de alegría.

—Oh, Avi, Avi, Avi —lloraba mientras esperaba pacientemente a que la liberara, Avigail por fin pudo quitarle el saco. Miró la cara de su amiga, buscando heridas: tenía bolsas en los ojos, pero estaba bien, no la habían golpeado. La abrazó y la besó por toda la cara.

—¡Elke, amiga mía estás bien! —exclamó mientras la abrazaba y la mecía entre sus brazos.

—¡Oh, Avigail, tú también! ¡Cuánto he rezado por ti! —lloraba apoyada en su pecho, con las manos aún atadas.

—Oh Elke... —las palabras se le trababan de la emoción, estaba tan contenta que no le importaba estar en un calabozo. Cogió las manos de su amiga e intentó desatarla; trabajó los nudos hasta que al final lo consiguió. El abrazo fue completo, lloraron durante horas, hasta que se quedaron dormidas.

Por la mañana las despertaron, con un plato de avena y ninguna explicación. Los guardianes no hablaron con ellas en ningún momento, tan solo se limitaban a pasarles la comida y el agua. Así día tras día durante una semana, en la que aprovecharon para ponerse al día. Avigail le contó todo lo que le había ocurrido en todo ese tiempo, cómo le habían ayudado en la comunidad, cómo se las había apañado cuando estuvo oculta en el bosque, cómo había conocido a George y cómo se había enamorado irremediamente, su huida, su enfrentamiento con Manfred y su sentimiento de odio hacia él, pero que ya no le temía, no lo haría nunca más. En eso coincidió Elke con ella, había temido durante años a su hermano, pero ya le daba igual, la había apaleado tanto y se había puesto tantas veces de pie que ya no tenía ningún sentimiento hacia él, tan solo de ira. Y era por ello por lo que se había puesto en contacto con guerrillas, comunidades clandestinas y todo tipo de grupos de resistencia utilizando el nombre de su marido para ayudarlos, otro cerdo que no merecía vivir y que terminó en un charco de sangre, en un barrio inmundo, apuñalado por una prostituta a la que no quiso pagar. Otro peso que se quitó de encima, cuando averiguó quién era la pobre desgraciada, le ayudó a huir, también. De ese hecho se había servido el cabrón de su hermano para acusarla: les había vendido a los rusos que era una asesina, traidora del Reich que tenía documentación para encontrar a los nazis huidos, cuando era todo lo contrario. Una noche la habían apresado los rusos, haciendo lo que quisieron con ella para sacar información, cuando no consiguieron nada y tenía un cañón apuntándole a la sien. Llegaron los caballeros andantes del Tío Sam, que, aunque no la tocaron, la confinaron en una celda, a la espera de investigaciones. Si tan solo le hubieran dejado ponerse en contacto con sus amigos, sabrían de la red que había montado para sacar a judíos, gitanos y demás proscritos de Alemania, pero no, ese psicópata de su hermano los tenía bien cogido por los huevos; si algo le tenía que reconocerle es que era un inteligentísimo manipulador. Ambas se consolaron mutuamente, se dieron esperanzas, alegando que, en manos de los americanos, al menos tenía una oportunidad de defenderse si les dejaban hablar, algo que no había ocurrido hasta el momento. Los guardias solo les decían que esperaban órdenes, la verdad es que desde la liberación toda era un caos, la burocracia se hacía más tediosa aún. Si al menos pudiera hablar con el sargento Sully...

Pasaron un par de semanas más, tal vez era ya abril, aunque no podían estar seguras, el

confinamiento les había hecho perder la noción del tiempo. La monotonía casi las vuelve locas: desayuno, comida, un cubo de agua para asearse cada dos días, el sonido de los cambios de guardia, las bromas de los guardas, el traqueteo muy a lo lejos de las máquinas de escribir, el ir y venir de gente por los pasillos... Al atardecer, el silencio, tan solo algunos pasos con cadencia aburrida traducido en un arrastre de pies por los pasillos, la cena escueta y ya, la única presencia de los guardias, hasta que al amanecer de nuevo empezaba la actividad externa. Pero una mañana, fue distinto el trasiego, algo alteraba los familiares sonidos de la monotonía diaria, aquello les asustó y las puso en alerta. Escucharon jaleo por los pasillos, unas pisadas fuertes, como las zancadas de un animal fuerte enfurecido, alguien gritaba improperios y daba golpes a los muebles o incluso personas, no lo podían determinar a través de los sonidos amortiguados por la puerta gruesa de metal oxidado. Los sonidos de tal marabunta se acercaban, pero seguían sin ser claros porque se había montado una algarabía de decenas de voces. Ellas, instintivamente, se echaron hacia atrás; al fondo del calabozo, agachadas en un rincón, se abrazaron para protegerse. Empezaron a aporrear la puerta. Ellas cerraron los ojos.

—Oh, dios ¿y ahora qué? —dijo Elke en un lastimero susurro. Avigail la abrazó más fuerte.

—¡Abra, soldado! —rugieron. «Esa voz, oh Dios mío, esa voz... No puede ser», pensó Avi. Era una alucinación, seguro, un anhelo que no le dejaba ver la realidad. Se sacudió ese pensamiento de la cabeza, no quería tener falsas esperanzas—. ¡Abra! —¡Sí! tal vez sí era él.

—¡Mi comandante, tengo órdenes estrictas! ¡Son prisioneras de alto nivel!

George cogió al soldado por la pechera y en voz heladora le dijo:

—Abra, soldado, o juro por lo más sagrado que, si no le mato aquí mismo de una paliza, lo llevo a un consejo de guerra por insubordinación. —El muchacho tragó saliva y asintió, buscando nerviosamente las llaves. Avigail se había levantado, dejando a Elke aovillada aún en el suelo, muy pegada a sus pies, sin perder el contacto entre ellas. Pero no se separó de la pared; sus piernas temblaban de anticipación y temía caer de rodillas si no se apoyaba en algo sólido. El sonido de la apertura de la puerta se le hizo eterno, una vuelta de llave, dos, tres... Cuántas eran, ¿cuatro? ¡Por Dios, ¡que la abrieran ya! ¡Y se abrió! ¡Y la luz que entraba por la puerta iluminó la estancia! Y allí estaba él, unos pasos por detrás de la puerta, como si temiera entrar. Allí estaba, alto, fuerte, hermoso; adoraba aquel cabello castaño claro, lo miró con cierta incertidumbre porque no se movía. ¿Sería una visión? Ella quería correr hacia él, pero su cuerpo no obedecía. Un gemido seguido de un sollozo surgió de la nada. Ni siquiera supo que era ella, quien seguía aferrada a los ladrillos de la pared, dejando clavadas sus casi inexistentes uñas. Él dio un par de pasos para entrar. ¡Se movía! ¡Era real! La miró con lágrimas contenidas en sus masculinos ojos. Hizo amago de extender los brazos hacia ella, pero parecía también dudar de si realmente aquella era su mujer, no porque no viera que era ella, sino porque la había buscado durante tres semanas sin descanso y jamás imaginó que la tuviera tan cerca.

—Avigail. —Un susurro, tan solo una palabra, hizo que volviera a la realidad y su corazón dio un vuelco. Sus dedos se sintieron libres, sus piernas flotaban, allí estaba su ángel de la guarda, extendió sus brazos y corrió hacia él; tan solo estaba a seis pasos, seis maravillosos pasos. Él la recibió con los brazos abiertos y se fundieron en un abrazo profundo, llorando a mares.

—Estás viva, ojos de plata, estás viva, estás viva... —recitaba como una plegaria, mientras la besaba por toda la cara. Besos cortos, rápidos: los ojos, la nariz, las mejillas, los labios, de nuevo los ojos... Como si no quisiera dejar ninguna superficie sin besar, secaba las lágrimas saladas de su rostro a besos. Ella forcejeaba inconscientemente porque también quería besarle, y

cuando él se lo permitió, cogió su cara y, sin soltarla, lo besó igual que él a ella, sin dejar ni un ápice de su rostro sin besar.

—Has venido a por mí, mi amor, has venido.... —Sabía, por fin que no era un sueño.

—Hice un juramento, que solo la muerte podría impedir que cumpliera... —La abrazó, la meció entre sus brazos y luego la subió en volandas y dio vueltas con ella. Hasta que, de repente, se percató de la presencia de una mujer rubia, que sonreía entre lágrimas, con las manos en el corazón. Lloraba como una Magdalena, pero George se dio cuenta que era de felicidad, porque sonreía radiante a través de las lágrimas.

—Disculpe, no sabía que había nadie más —dijo sintiéndose un poco estúpido. Luego carraspeó y repitió la frase en un torpe alemán. Ella soltó una risita y asintió, iba a hablar cuando Avigail se separó de él y cogió las manos de ella. Los miró a ambos con amor.

—George, esta es Elke, mi hermana —dijo sonriéndole, Elke sollozó de emoción cuando la llamó hermana—. Elke, este es George, nuestra esperanza.

Así que aquella mujer era Elke Bayer, la mujer a la que debía la vida de Avigail.

—Señora Bayer, es un honor y un privi... —no sabía pronunciar bien privilegio en alemán.

—Encantada, comandante Longfellow, Avigail me ha hablado mucho de usted. No se preocupe por su alemán, como ve puedo hablar su idioma. —George estaba asombrado, a pesar de su aspecto, cansado, descuidado y lamentable, emanaba una elegancia que pocas mujeres podrían compartir, se parecía mucho en sus maneras a Avigail y tenía el mismo acento encantador a la hora de hablar. Le sonrió para reconfortarla; aquella mujer, también había sufrido un infierno. Le extendió la mano.

Ella la aceptó dudosa al principio, pero luego se la estrechó decidida, con firmeza.

—Señora Bayer —dijo mirándola a los ojos—, Avigail y usted, ya están a salvo, le doy mi palabra. —Ella asintió con una gran sonrisa de alivio. Él tiró de ella y la abrazó, en agradecimiento por todo lo que había hecho. Ella se tensó al principio, pero le devolvió el abrazo que tanto había necesitado también. George se separó de ellas, agarró a cada una de los hombros, colocándolas a su costado, para protegerlas, Avigail le cogió de la cintura, Elke dudó, George y Avi asintieron y ella también se agarró tímidamente. En ese momento fue consciente que George lo hacía para apoyarlas, no sabía que estaban tan débiles hasta que dieron algo más de tres pasos.

—¿Y ahora? —preguntó Avigail, tímidamente.

—Ahora os atenderemos como es debido, instalaremos a la Señora Bayer adecuadamente...

—¡No! —gritaron al unísono, no querían separarse.

—Tranquilas... Me han asignado una buena casa, con muchas habitaciones y agua corriente. Mañana será otro día... —Ellas lo abrazaron felices y le besaron las mejillas, él se echó a reír.

Salieron despacio del calabozo. El silencio se había hecho eco del edificio; aunque había mucha gente, entre militares y funcionarios, nadie osó a hablar, las miradas en su mayoría serias, graves o curiosas se posaban en aquel extraño trío, un oficial de alto rango abrazado a dos arrestadas, solo un hombre las miraba con una sonrisa de orgullo triunfal, como si por fin lo que debía ser, por fin fue. Sully sonrió más ampliamente cuando pasó a su lado, subiendo sus pulgares en señal de victoria. Avigail supo en ese momento que Sully la había visto aquel día aporreando desesperada aquella ventana. Cuando estuvo a su altura y sin separarse de George, le estrechó una de sus manos, aquella que un día había entablillado, y le susurró «muchas gracias». Él se cuadró y la saludó militarmente, dejando aún más confusos a los testigos.

—Sargento —dijo George sin mirarlo a él, pero sí a los presentes.

—¿Sí, mi comandante?

—Búsqueme un vehículo para acompañar a la señora Bayer y a la señorita Becker a un lugar seguro.

—A sus órdenes, mi comandante, enseguida —dijo con una sonrisa de oreja a oreja, y salió con celeridad.

Después se dirigió al resto de la sala.

—Estas dos mujeres son la señorita Avigail Esther Becker y la señora Elke Bayer, que han sido acusadas erróneamente por las maquinaciones de un monstruo, se les debe una disculpa. —Las miradas hostiles continuaban, pero nadie habló—. Es cierto que la señora Bayer es la viuda del conocido agente de las SS el oso Bayer, como también es cierto que es hermana del manipulador Mannfred Richter, oficial de las SS al que erróneamente se le ha creído un colaborador. Juro por mi honor que, si ese hombre se me hubiera puesto a tiro, ahora estaría muerto. Pero el alto mando ha decidido que tenga un juicio justo. Con eso quiero aclarar, que estas dos mujeres tienen información para meter a muchos de esos cabrones entre rejas, además de recuperar los lazos entre las familias judías, aquí donde la ven la señora Bayer es la fundadora de la red de huida de refugiados opuestos al Reich, conocida como La barca de David. —Ahora hubo jadeos de asombro y admiración entre los presentes—. Por lo tanto, están bajo la protección del Cuerpo de Seguridad de los Estados Unidos como potenciales testigos. —Se hizo el silencio, pero esta vez no era hostil, sino de respeto; unos momentos en los que solo se oía los ruidos de la calle, el tic tac de los relojes, las hojas que movían la brisa a través de la ventana, las respiraciones contenidas. Una tímida palmada surgió de la nada, a la que le siguieron un par más, y luego, el estruendo: veintenas de personas aplaudían con admiración a las dos jóvenes, que sonreían tímidamente sin soltarse de George. Entre vítores, se dirigieron hacia la puerta y salieron a un precioso día.

—¿Qué día es? —pregunto Avigail.

—Dos de abril —contestó él dulcemente. Ella sonrió.

—A partir de ahora, abril será mi mes favorito.

En la puerta les estaba esperando el sargento Sully con un vehículo civil, escoltado por cuatro motocicletas de la policía militar. George les abrió la puerta y les ayudó a subir, Elke negó tímidamente.

—Prefiero ir delante, así podréis hablar. —Y se deslizó rápidamente en el asiento del copiloto. George se encogió de hombros y le hizo un gesto a Avi para que entrara.

Cuando él se sentó a su lado, ella se agarró con tanta fuerza a su brazo que casi le corta la circulación. Él no se quejó, simplemente sonrió embelesado, ella se apoyó en su hombro.

—Aún no puedo creer que estés aquí —Él le acarició el pelo, mientras le besaba en la coronilla.

—Pues créelo...

Se miraron a los ojos.

—¿Sabes, Avigail? Jamás pensé que te tendría tan cerca. Llevo más de tres meses peinando los bosques desde Dresde hasta Berlín. Desesperado por no encontrarte, casi me doy por vencido, cuando apareció Sully contándome dónde estabas.

El interpelado sonrió a través del espejo retrovisor.

—¡Lo sabía, sabía que me habías ayudado! —exclamó jubilosa.

—¿Acaso lo había dudado en algún momento? —preguntó dolido.

—¡No! ¡Nunca! —se apresuró a decir. Sully sonrió—. Solo que no estaba segura de que me hubieras visto, has tardado mucho... —dijo con un mohín de reproche que hizo reír a todos.

—No la tomes con él, ha removido cielo y tierra para encontrarme. El día que te vio puso en marcha todos los recursos necesarios para dar conmigo. Como te he dicho antes, no estaba en Berlín, estaba buscando indicios tuyos que me llevaban de granja en granja. Di con algunos de tus contactos, pero te son muy leales, no me soltaron ni una palabra que me dieran un indicio para dar contigo. Sully me siguió la pista discretamente, llevaba la investigación secreta de su hermano —dijo mirando a Elke, que escuchaba en silencio toda la conversación—. Si se daba cuenta que me estaba buscando y a su vez que yo estaba buscando a Avigail, ataría cabos y huiría o destruiría la información. Sully no podía arriesgarse a buscarme directamente.

—¿Así que Manfred no era considerado un colaborador? —le preguntó Elke aliviada.

—Nunca, solo se lo hicimos creer para que no huyera a Argentina. Ahora que nos hemos encontrado con vosotras, tenemos suficientes pruebas para ahorcarle, lo único que lamento es las semanas que habéis pasado encerradas en ese calabozo. No sabía que os tenían allí, si no nunca hubierais entrado allí. Ellas se encogieron de hombros, quitándoles importancia; ahora estaban felices de estar a salvo, seguras.

—Yo le hubiera metido una bala entre ceja y ceja, a ese hijo de puta, con perdón de su madre —dijo Sully, disculpándose con un gesto ante Elke. Ella negó con la cabeza.

—Yo le hubiera facilitado la bala —le contestó ella.

—Y yo también, pero las masas quieren venganza y la mejor manera de mostrársela es con juicios mediáticos.

—Nuremberg —susurró Avigail.

—Ajá.

Se quedaron en silencio el resto del trayecto. Llegaron a una bonita mansión a las afueras de Berlín; Avigail la reconoció como el hogar de los Tennenbaugh, joyeros de prestigio antes de la guerra, una época tan lejana para ella en esos momentos que parecía otra vida. Se sintió una usurpadora.

Una mujer rolliza de mediana edad impecablemente peinada, vestida de regio negro, de sonrisa afable y actitud profesional les esperaba en la puerta, detrás dos muchachas vestidas de doncellas y un hombre en mangas de camisa y chaleco.

—Es el servicio, venía con la casa —le susurró George a Avigail—. Yo no estoy acostumbrado a estas finuras, pero si soy sincero, así no me preocupo de las tareas domésticas. —Ella se rio entre dientes.

Salieron del vehículo, George ayudó a salir a Avi y luego se dirigió a Elke.

—Señora Bayer —dijo alargando la mano.

—Por favor, llámame Elke, comandante —Él sonrió.

—George, en ese caso, Elke. —Ella asintió.

Se acercaron a la puerta a través de un camino de gravilla, se sacudieron los pies en un felpudo antes de pisar los escalones de mármol que accedían a la entrada. La sonrisa del servicio se hizo más amplia.

—Avigail, Elke, estos son Frau Bauer, el ama de llaves, Frauleins Sophie y María, las chicas para todo: limpian, cocinan, remiendan... Y Herr Bauer, jardinero, chófer, fontanero, etc... Son los que me hacen ser un vago. Solo me entiendo con Herr Bauer, es el único que habla inglés, pero vosotras no tenéis ese problema... —bromeó. Luego miró a la familia—. Ellas son la señora Bayer y la señorita Becker.

—Con Avigail y Elke bastará —dijo una tímida Avigail. Tanto Elke como ella no necesitaban tanta ceremonia.

—Muy bien, Frau Bauer, Avigail y Elke necesitan ser atendidas. —La mujer sonreía de oreja a oreja, pero no se movió hasta que su marido le dijo algo al oído.

—Oh, por supuesto, síganme. Sophie, María, preparad las habitaciones azul y verde.

George carraspeó, de vez en cuando entendía algo de alemán.

—Eh... Frau Bauer, solo la verde o la azul, no son necesarias dos habitaciones. —Su marido tradujo.

—Pero solo hay una cama en ellas, si las señoras van a compartir...

Avigail y Elke se sonrojaron y las otras mujeres también. George cogió por los hombros a Avigail y miró a los ojos a Frau Bauer.

—Ella es mi prometida y no voy a separarme de ella nada más que lo estrictamente necesario. —Después de la sorpresa inicial y algo escandalizada al principio, Frau Bauer se encogió de hombros, como diciendo que quién era ella para contradecir al patrón. Con una palmada despidió a sus hijas para que preparasen las habitaciones.

—Señorita Avigail, señora Elke, acompañeme a la cocina, allí es donde suele comer el señor George, pero si prefieren el comedor...

—No, no, la cocina está bien.

—Cuando esté lista la habitación de la señora Elke, las acompañaremos, pero sin querer ser imprudente, supongo que estarán hambrientas. —Avigail se dio cuenta de que aquella mujer era muy lista, sabía que querían descansar, pero también se había dado cuenta que no habían comido bien en días. Su estómago rugió, se sonrojó, pero enseguida las tres se rieron.

Entraron en una enorme y luminosa cocina blanca, pulcramente ordenada: una hermosa mesa de madera ocupaba gran parte de la estancia, en su centro un frutero enorme, con todo tipo de fruta. Avigail no había visto manzanas tan grandes desde... desde nunca, pensó.

—Coja una mientras les preparo algo —dijo amablemente la mujer. Luego las miró con aire maternal. Eran tan jóvenes, pensó.

—Es usted muy amable, Frau Bauer

—Llámame Helga, por favor.

—Pues llámame Avigail, y ella es Elke —dijo buscando con la mirada a su amiga para pedir confirmación. Ella sonrió tímidamente. Helga sonrió abiertamente y aceptó esa muestra de confianza.

—¿Elke? ¿No quieres una tú también? —dijo Helga acercándoles el frutero. Ella asintió.

—Helga —dijo Elke—, no quiero ser maleducada, pero ¿qué pasó con los Tennenbaugh?

—Eso deberías saberlo tú. No me mires así, todos sabemos quién eres, Ángel de Berlín, aunque tengo entendido que también te llamaban el Canario. Obviamente, prefiero el otro alias. —Elke se sonrojó, Helga suspiró—. El señor Tennenbaugh murió, la señora y su hija tomaron la Barca de David, bajo el nombre de familia Baugh, están en México.

Avigail fue consciente de hasta dónde había llegado la fama de su amiga, para ella solo había ayudado a un puñado de judíos, pero por lo visto fueron cientos.

Comieron en silencio, hasta que una de las chicas apareció.

—Mar..., eh, Frau Bauer, la habitación azul está lista y la del señor George también.

—Puedes llamarme María, mamá, no creo que a ellas le importe.

—¡Pues claro que no! —afirmaron las amigas. María sonrió.

—Seguidme, por favor.

La verdad es que estaban cansadas y un buen baño no estaría de más.

Avigail entró en una bonita habitación. Tenía toques masculinos, los muebles eran oscuros y la

cama muy amplia, al verla se ruborizó; estaba cubierta con un edredón blanco, en contraste con el marrón oscuro del cabecero. Una mullida alfombra en tonos marrones cubría gran parte del suelo de mármol vetado. Todo alrededor era de calidad, pero no mostraba signos de opulencia, sino una sencilla elegancia. No pudo evitar cotillear los armarios y cómodas, allí estaba la ropa de George pulcramente ordenada, una hilera de calcetines blancos, otra de negros, camisas, camisetas... Pasó suavemente la mano por todo ello, oliendo la fragancia del jabón que estaba colocado en los cajones. Suspiró, no había olido algo tan delicado en años. Siguió merodeando por la habitación, hasta que abrió una puerta que daba a un baño totalmente blanco a excepción de la tapa del inodoro que era de madera marrón. «Un baño en la habitación, vaya lujo», pensó. No se lo pensó: abrió los grifos de la bañera, de una patada se quitó los zapatos, sin apenas quitarse los cordones, se deshizo lentamente aquella ropa que le quedaba enorme, un jersey pardo de lana, un pantalón de hombre remendado, una camisa de flores y la ropa interior de lana. Por alguna razón, se dejó los calcetines y entró dentro de la bañera, gimió de placer al sentir el agua caliente en su piel. Cuando se sintió cómoda, se quitó los calcetines y, como de costumbre, los enjuagó en el agua. Cogió una pastilla de jabón y empezó a enjabonarse. «Es jabón de espuma», exclamó encantada, y frotó y frotó para que saliera mucha espuma blanca que la cubriera por completo.

George había entrado en silencio, la observaba desde la puerta; nunca la había visto tan bella. Vio cómo se sumergía y salía cual sirena, con el pelo empapado, y no pudo aguantar más, se acercó suavemente, pero sin sigilo, dando cierto sonido a sus pisadas, no quería asustarla. Avigail fue consciente de su presencia e instintivamente se cubrió con la espuma, pero no se movió. Él tomó su cabello y se lo enjabonó, ella se dejó hacer echando la cabeza atrás. Al ver su cuello le dio un furtivo beso, subiendo por su mejilla, y luego un breve beso en los labios y siguió frotando su cabello.

—Quise hacer esto desde el día que te vi a través de las sábanas. —Ella jadeó, indignada.

—¡Miraste!

—Yo no tengo la culpa de que no remendaras las sábanas —dijo divertido, ella se sonrojó—. Les he hablado de ti, por carta.

—¿Cómo?

—A mis padres, les he hablado de ti.

—Ajá. —Ella prestaba la atención justa, estaba tan embelesada con el lavado del cabello que no quería romper el hechizo. Él sonrió, dejó el pelo y masajeó sus hombros y cuello.

—Y a Ethel, está entusiasmada con tener otra hermana.

—¿Otra? Si ya tiene unas cuantas... —Él se rio entre dientes.

—Supongo que por eso, porque serías la *nueva*.

—¿Y tus padres? —George notó que se tensaba con la pregunta. Avigail en el fondo temía que todo fuera un sueño, que él no estuviera allí, que la promesa de un hogar fuera efímera, que la pesadilla no hubiera acabado o que el simple rechazo de su familia, algo tan importante para él, hiciera que al final la odiase. Sus inseguridades y sus miedos volvieron a estar a flor de piel, o lo que era peor, ¿y si no le dejaban casarse? Bueno, eso no era tan grave, si siempre estuviera a su lado, pero... ¿Y si no le dejaban estar juntos? Si él se tuviera que marchar y ella no pudiera seguirle, o no se pudiera quedar, o... George le besó en el entrecejo.

—Deja de fruncir el ceño, te hace mayor, deja de pensar tanto. —Ella asintió, no muy convencida—. En respuesta a tu pregunta; mi padre dice que debo estar muy pillado si digo que un ángel de ojos plateados me ha robado el corazón, porque realmente odio las cursilerías. —Avigail, se relajó y se rio por lo bajo.

—¿Y tu madre? —insistió con curiosidad.

—Me dijo que, si soy lo suficientemente adulto para irme a la guerra por mi cuenta, puedo elegir la esposa que quiera.

—Eso suena muy ambiguo, ¿es bueno o malo?

—Ni idea...

—¡George! ¡No le puedo dar mala impresión a mi futura suegra! —dijo levantándose de un salto, quedándose en medio de la tina, cubierta por espuma en los sitios estratégicos.

—¡Basta de cháchara! —la cubrió con una toalla y la sacó en volandas. Mientras la besaba, la posó suavemente en la cama. La miró a los ojos.

—Avigail, ¿me tienes miedo? —Ella fue consciente del significado de esas palabras. Dudó un segundo: ¿lo tenía?

—No —contestó con firmeza. George suspiro de alivio. Si le hubiera rechazado, se le habría partido el alma, porque eso significaba que no confiaba en él. Antes se cortarían un brazo que herirla de ninguna de las maneras. Puso sus brazos de sobre su cuello, dándole la oportunidad a ella de llevar el control, y Avigail le acarició tentativamente. Luego bajó las manos a sus hombros; George sintió el calor de sus dedos a través de su camisa parda. Avigail bajó las manos hacia su pecho y se paró bruscamente en sus botones. Cogió la tela en un puño, meditando.

—George... Yo nunca he... Bueno, me refiero a voluntad. —Se mordió el labio intentado explicarse—. Es decir, sé lo que se hace y cómo, pero me obligaron a ser... Cómo lo diría... Práctica, un medio para un fin... No sé ser sensual, ni complacer más allá de lo obvio. No sé qué es lo que gusta, aparte de usar lo de ahí... —dijo señalando su entrepierna, sonrojada como la grana. Estaba nerviosa como una virgen en una noche de bodas medieval. «Diablos, ¿por qué es tan difícil esto?», pensó. «Para una vez que no estoy aterrada, no sé qué hacer». Él se sintió orgulloso de que no le tuviera miedo, que realmente lo deseara. Le pareció encantador que quisiera complacerle y la amó más por ello, puesto que era un signo de confianza.

—Shh, tranquila, guíate por el instinto, solo por lo que te apetezca hacer. —Luego sonrió pícaramente—. Tendremos muchos intentos de lo que sea para que aprendas.

—¿Muchos intentos? —exclamó alarmada.

—Ajá —musitó él mientras la besaba y se quitaba la camisa. Ella abrió los ojos como platos. Era... Era... Era hermoso, fuerte, saludable. ¿Saludable? ¿Por qué demonios había pensado eso? Pero no pudo evitarlo, todos los cuerpos masculinos que había visto desnudos eran escuálidos, enfermizos o simplemente delgados, sin atractivo, pálidos. Ella acercó la mano al rizado vello del pecho. No era abundante y era tan rubio que casi no se veía, pero se sentía suave, limpio... Quiso explorar aquel abdomen.

—¿Puedo? —le pareció absurdo pedir permiso, pero la pregunta ya había salido de sus labios. Él sonrió.

—Por favor. —Ella se puso de rodillas sobre el colchón, envuelta en la blanca toalla. Él se sentó sobre sus talones, con un falso semblante serio, dispuesto a ser el conejillo de indias en la exploración de Avigail. Sus rodillas ligeramente separadas se entrelazaban con las de ellas, si estuviera en una posición más alta, rozaría su entrepierna, ligeramente tapada con la toalla; un solo movimiento y dejaría a la vista su tesoro. Él jadeaba suavemente con anticipación, ella tragó saliva y posó sus manos en su abdomen, dibujándolo con sus dedos, él no sabía si sentía cosquillas o un agradable cosquilleo, aguantó el aliento, ella siguió el reguero de vello que iba desde el ombligo hasta el botón de su pantalón donde se perdía el rastro. De repente se sintió

envalentonada, abrió el botón y bajó la cremallera lentamente, metió la mano en los pantalones, haciendo gemir a George.

—¡Dios, Avi! —Ella, sin retirar la mano, flexionó sus rodillas, dejando caer su entrepierna en la dura pierna de él. Inició un suave balanceo recorriendo de la rodilla al muslo, muy lentamente, sin sacar la mano del pantalón de George. «¿Y dice que no sabe ser sensual? Dios me libre cuando sepa», pensó George atormentado. No quería perder el control para que ella no se asustara, quería dejarla hacer, pero no sabría cómo iba a aguantar. Cerró los ojos con fuerza, respiraba entrecortadamente; ella lo besó y al inclinarse hacia él sus pechos se liberaron de la toalla que había caído hacia su cintura. Él los sintió en su plenitud, instintivamente posó sus manos en su talle, sintiéndolo desnudo, abrió los ojos justo cuando ella se retiraba del beso. Y la observó: la toalla había caído descuidadamente sobre su bajo vientre, sus largas piernas al descubierto, sus pechos, aunque relativamente pequeños, eran perfectos. Había engordado desde la última vez que la vio, tenía las curvas exactamente como él supo que las tendría si cogía peso, simplemente deliciosas; su pelo le caía a mitad de la espalda negro como un cuervo, contrastando con la plata de sus ojos. Sí, las ninfas existían, y una de ellas era toda suya.

Ella observó cómo la miraba, con devoción. Se sintió viva, había sido atrevida al rozarse con él, pero no se arrepintió, puesto que había sentido cosas que jamás pensaría que se podían sentir, quería más de él. No quería solo mirar, quería tocar y que la tocara, que la llenara. Se llevó una de sus manos al pecho; él tragó saliva antes de acariciarlo, luego la miró como para pedir permiso, ella asintió y se arqueó hacia él, que la agarró firme y le besó los pechos, succionando dulcemente los pezones. Ella gimió.

—George... —jadeó.

—Ajam.

—Quiero...

—¿Qué quieres?

—Todo.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que te quiero con toda mi alma. Un grito de triunfo se hizo eco en su mente, terminó de bajar sus pantalones de un solo movimiento, retiró la toalla, su última barrera... Y la penetró lentamente.

—Amor, no soy virgen.

—Lo sé, tranquila, no tiene importancia —quiso tranquilizarla, pensando en que estaba avergonzada por ello.

—No es eso... —dijo sonrojada.

—¿Entonces?

—No necesitas contenerte. —George abrió los ojos como platos. ¿Le estaba diciendo lo que le estaba diciendo? La imagen de una presa desaguando, salvaje, indómita, se abrió paso en su mente. Sacudió la cabeza y, después de la primera impresión, sonrió de medio lado.

—Como guste, señorita. —Y la embistió con fuerza. Pero no violentamente, sino dando ritmo rápido a sus acometidas. Ella supo lo que era el placer de verdad, compartido, consentido, pleno. Llegaron al clímax juntos y ella lloró de emoción.

—Avi... —dijo preocupado—, ¿te he lastimado?

Ella sonrió entre lágrimas.

—No, tú me has curado. —Él la abrazó con fuerza, como si se le fuera a escapar. Jamás dejaría ir a esa mujer, su mujer. Eso le recordó que tenía que decirle algo importante.

—Avigail, en cuanto a lo de casarnos... —Ella se tensó, hasta casi quedarse petrificada. ¿Iba a dejarla tirada? ¿Después de hacerle el amor? ¿Cómo podía haber sido tan ingenua? ¿No la quería realmente? ¿Entonces por qué la había ayudado? Honor, por honor... Se le cayó el alma a los pies, pero se negaba a llorar. Alzó la barbilla. Y hablando más para sí que para él.

—Ya has tenido lo que querías, ¿ya no te interesa ponerme el anillo? Te has divertido con la pobre Avi... —Se paró en seco—. ¡No! Tienes a otra por casa... —Él asimiló sus palabras y fue como un jarro de agua fría, se apresuró a explicarse.

—¡No! ¡Nada de eso! Solo quería decirte que aún no nos podemos casar porque las leyes marciales nos lo impiden, pero que nada me separará de ti; tan solo si me muero, volveré a dejarte. ¿Cómo has podido pensar esas barbaridades después de lo que hemos vivido? —dijo dolido. Ella no pudo más y estalló en llanto.

—Lo siento, George, he pasado por tanto, que no me creo aún que pueda ser feliz. Te he acusado de esas barbaridades porque me ha entrado el pánico. Lo siento de verdad, te quiero tanto que mi corazón estallará por momentos.

—Oh Avigail, mi Avigail —la abrazó con ternura—. Eso es lo que realmente importa, el resto es tan solo un papel.

10. Nuremberg, noviembre de 1946

Hacía un frío moderado a las puertas del Palacio de Justicia, George iba por su cuarto paquete de cigarrillos, se paseaba nervioso de arriba abajo por la acera, a la espera que ella saliera. Tenía que haber entrado para acompañarla, pero no le dejó, dijo que aquello lo tenía que manejar ella a su manera, que era un asunto muy personal. No había estado tan preocupado por ella desde que la sacó, junto a Elke, de aquel calabozo hacía ya ocho meses. Ocho meses de tranquilidad y felicidad plena, excepto por la burocracia que impedía casarse con ella, de momento, porque había llegado a sus oídos que pronto se levantaría el veto de matrimonios internacionales. Se lo hubiera dicho, pero no quería darle falsas esperanzas. En el momento que pudiera, se la llevaría a casa, renunciaría a su destino militar en Berlín, donde permanecían a la espera de acontecimientos.

Avigail estaba en los servicios, el juez había dado un receso de veinte minutos, un agente le había acompañado a la puerta, como testigo principal, no podían correr el riesgo de que le pasara nada. Se había sentido extraña desde que le llegó la citación del juicio contra Manfred, pero desde hacía un par de días unas náuseas le hacían la vida imposible. A duras penas pudo soportar la sesión. Se lavó las manos y la cara. Le hubiera gustado maquillarse, pero conseguir maquillaje de calidad era imposible, al menos que se lo pidiera a George, pero se negaba a pedirle frivolidades cuando había tanta necesidad a su alrededor. En realidad era mejor, seguro que se le hubiera corrido el rímel después de haber usado el inodoro. Sacó un peine y se retocó el peinado, se había recogido la melena bajo un sencillo rodete. Se alisó el vestido rojo que se adaptaba perfectamente a su figura, había elegido ese color para infundirse valor, pero ahora se arrepentía, puesto que tenía todas las miradas masculinas puestas en ella, menos mal que George se había quedado fuera, sino hubiera habido otro conflicto internacional. Él había insistido en acompañarla hasta dentro, pero ella quería enfrentarse a esto sola como superación personal. Comprobó la costura de sus medias, que no estuvieran torcidas, y con un suspiro, salió de los servicios. Era el momento clave, su declaración, ojalá estuviera Elke para apoyarla. Ambas coincidían en muchas declaraciones, sin embargo, ella estaba exenta de declarar contra su hermano. No obstante, no había renunciado a la causa, se había marchado a Suiza, en colaboración con la Cruz Roja Internacional, para facilitar el contacto de los supervivientes con sus familias y recolocar a cientos de niños que quedaron huérfanos. Salió del baño serena y sonrió ligeramente a la agente para indicar que estaba lista: ella ni se inmutó, tan solo le hizo un gesto para que la siguiera por los pasillos.

Entró silenciosamente en la sala y se sentó en el banco de madera acolchada que había estado ocupando toda la mañana. Abstraída en sus pensamientos, apenas seguía el proceso. Solo hasta que una voz grave la llamó.

—La acusación llama a la señorita Avigail Esther Becker. —Ella se levantó como un resorte y se sentó mecánicamente en el estrado. Le tomaron juramento, tomó aire, sabía que justo detrás del fiscal estaba él, junto a otros acusados, pero aquellos le traían sin cuidado; obviamente quería que se hiciera justicia, pero sus sentidos se centraban en otra persona. Cuando aquel hombre entrado en carnes y de aspecto aburrido se retiró, lo vio. Sentado en una silla, sin esposar, todo muy

civilizado, tan rubio como siempre, tan enfermizo como siempre, tan taimado como siempre. Mannfred la miró de arriba abajo, con su lascivia de costumbre. Ni en aquellos momentos en que su vida pendía de un hilo dejaba de ser un cerdo. Su mirada se posó en sus ojos y le dedicó una sonrisa ladina, como si creyera que aún ejercía algún poder sobre ella. Ella le sostuvo la mirada desafiante; ya no le temía, solo era un simple hombre, se repetía. Escoria. Él perdió la sonrisa de golpe, al ser consciente de que ella no le miraba sumisamente. Aquello no le gustaba. Ella iba contestando a las distintas preguntas que le hacía el fiscal.

—Perra mentirosa —mascullaba entre dientes. Su abogado le hacía gestos reprobatorios.

—Señorita Becker, ¿es cierto que el acusado abusó sexualmente de usted? —preguntó el abogado defensor.

—Yo diría que abusar es un término muy suave, la palabra exacta fue violación.

—Tengo entendido que se conocen desde la infancia, casi como hermanos, dicen los vecinos que aún los recuerdan.

—Ese cerdo no es mi hermano —casi escupió—. ¿Qué insinúa?

—El acusado afirma que fueron amantes, pero como por circunstancias legales que regían ese momento no pudo desposarla.

—¡¿Qué?! ¡Está enfermo! ¡Me violó el día que fui a pedirle ayuda para liberar a mi padre!

—Entonces, afirma que fue a verlo a su casa voluntariamente. —Avigail se estaba mareando, aquello no podía ser verdad.

—¡Pero solo para pedirle ayuda para salvar a mi padre!

—Y ofrecerse como pago.

—Pero ¿qué dice? ¡Le está dando la vuelta a todo!

—¡Protesto! La defensa está conjeturando.

—Se acepta. —Avigail suspiró.

—No tengo más preguntas. —Se colocó junto a Mannfred y gesticuló un «al menos hemos sembrado la duda».

El fiscal se dirigió de nuevo a ella.

—¿Podría relatarnos que pasó aquella noche exactamente?

—Básicamente, mis amigos, mi padre y yo nos ocultábamos de las SS. Esa noche mi padre desapareció, me habían dicho que lo habían arrestado, yo estaba desesperada por salvarle y apelando a esa amistad de la infancia, intenté que el oficial Richter me ayudara. En vez de hacerlo, me violó y me quiso dejar secuestrada en su casa, alegando que era suya. De no ser por su hermana, no habría podido huir.

—¡Es que eras mía! —explotó Mannfred.

—¡Estás loco si has creído eso alguna vez en tu demencia! —gritó iracunda.

—¡Orden! —gritaba el juez. Pero le ignoraron.

—¡Viniste a mí!

—¡Para salvar a mi padre, chalado! ¡Y le enviaste a la muerte! ¡Como a cientos de judíos más, hijo de perra! —Mannfred ya tenía el semblante desquiciado, su flequillo caía desordenadamente sobre la cara. Si fuera un perro rabioso, echaría espuma por la boca.

—¡Sí! ¡Lo hice, me estorbaba! ¡Como mi padre, los odiaba! Los Don Perfectos. ¡Sí! Me estorbaban todos esos perros judíos y los traidores al Reich, firmaría otras mil sentencias de muerte a los hornos crematorios. ¡Qué ardan en el infierno y se retuerzan de dolor, gritando como tú gritaste la primera vez que te la metí por el coño! ¡Perra! —Intentó saltar por encima del

estrado. Estaba totalmente perturbado; sus ojos estaban inyectados en sangre. Rápidamente fue retenido por uno agentes.

Un silencio sepulcral, a excepción del forcejeo de Mannfred con los agentes, que lo tenían reducido su cara contra la mesa, se hizo en la sala. Se había sentenciado a sí mismo. Un mazazo rompió el silencio.

—Mannfred Richter, se le declara culpable de los cargos que se le imputan: Crímenes contra la humanidad y crímenes de guerra. Con pena de muerte por ahorcamiento, teniendo lugar el mismo, el próximo treinta de noviembre a las nueve horas.

«Dos días, solo dos días», suspiró aliviada Avigail. «Todo ha terminado».

Sin saber cómo, Avigail se encontraba a las puertas del Palacio de Justicia, en la acera de enfrente le esperaba George. Le temblaban las piernas de la tensión sufrida, el aire frío le dio de lleno, el cambio drástico hizo que se mareara. Se sentía débil, a punto de desmayarse. Antes de verlo todo negro escuchó el grito de George.

—¡¡¡AVIGAIL!!!

Se despertó en una cama desconocida. Estaba desorientada. Un hombre que no conocía estaba inclinado hacia ella. Era mayor, con una sonrisa amable; no obstante, se asustó, dio un respingo y notó que una mano se aferraba a la suya. Reconfortándola. Miró a su lado y vio a George sonriéndole.

—Eh, tranquila, mi amor, no te asustes, este caballero es el doctor Benz.

—Sí, señorita Becker, me temo que han sido requeridos mis servicios, porque cierta dama se ha desmayado —dijo el doctor alegremente. Avigail se relajó un poco, le gustó aquel hombre en cuanto le echó una nueva ojeada, tenía esa actitud de médico cariñoso con sus pacientes para infundirles valor, le recordaba un poco a su padre en ese sentido, se calmó casi al instante, la presencia de George también resultó de mucha ayuda.

—¿Desmayado? —preguntó confundida. En todos aquellos años, a pesar de las circunstancias que había vivido, nunca se había desmayado.

—Sí, pero no se preocupe, no ha sido nada grave, tengo entendido que ha sufrido mucha tensión últimamente. Ha sido una bajada de presión, pero debe cuidarse más en su estado —dijo en tono profesional, pero con una sonrisa en los ojos.

—¿Estado? —preguntaron George y Avigail a la vez.

—Vaya, intuyo que no sabían nada. Bueno, pues le informo, señorita —al pronunciar esta palabra su tono se volvió de ligero reproche y miró de soslayo a George, que se sonrojó levemente— de que está usted en estado de buena esperanza. ¡Enhorabuena!

Ella se quedó petrificada, él con cara de bobo. El doctor malinterpretó sus caras y los miró con censura.

—Ya sé que no es asunto mío, pero ¿no es bienvenido?

—¡Por supuesto que sí! —dijeron los muchachos a la vez, con la alegría reflejada en sus rostros. Pero de repente, Avigail rompió a llorar.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó George preocupado, mirando al doctor. Este se encogió de hombros.

—¡No estamos casados! —dijo entre lágrimas—. ¿Qué pensaría mi madre de mí? —A pesar de acordarse de que su padre la había educado un poco más liberalmente y hubiera entendido la situación, no pudo evitar imaginar la cara de censura que habría puesto su madre, en lo decepcionada que se hubiera sentido. Y lloró con más fuerza, casi de manera escandalosa.

—Vamos, Avi, no te pongas así, sabes que no nos podemos casar de momento, pero lo

haremos, te lo prometo. Cueste lo que cueste —dijo suavemente.

—¿Tiene otra esposa? —preguntó escandalizado el doctor señalándolo con un dedo acusador—. No será otro de esos yanquis que embarazan a nuestras muchachas con falsas promesas y luego vuelven a sus casas tan campantes, ¿no? —La hostilidad se hacía patente en su actitud.

—Pero ¡qué dice, buen hombre! ¡Estoy soltero! ¡Además, este no es un asunto de su incumbencia! —Avigail no para de llorar. Pero ¿qué le pasaba? ¿Por qué lloraba por tantas tonterías?, se repetía a sí misma. Ella no era tan remilgada. Él la miró atormentado sin saber qué hacer para consolarla—. Tranquila mi vida, te quiero, el resto es solo un papel... Pero lo conseguiremos, ya lo verás.

—¡Más le vale que sea pronto, hijo! No es nada elegante llevar a una novia al altar, tan... tan... voluminosa —dijo el doctor, enfadado, mientras recogía sus cosas rápida y bruscamente—. Yanquis...pobres muchachas —murmuraba malhumorado. Y salió de la habitación dando un portazo. Los dos se quedaron mirando, qué tipo más raro ese doctor. De repente, Avigail paró de llorar y soltó una carcajada.

—¿Y ahora qué? —pregunto él. No iría a tener esos cambios de humor todo el tiempo, ¿o sí? George intentó recordar los embarazos de sus hermanas mayores y casi gimió al darse cuenta de que eso era precisamente lo que le esperaba.

—La verdad es que ha sido divertido como un venerable anciano... —Casi no podía hablar de la risa.

—Venerable entrometido... —murmuró George malhumorado.

—... que no te llega a la altura del pecho, regañarte como si fuera mi padre... Ya sabes, debes desposarme para no enojar más al viejo doctor —dijo secándose las lágrimas, que eran una mezcla entre las del disgusto por no estar casada y las de la risa, mientras temblaba intentando evitar otro ataque de hilaridad. Él repasó la escena en su mente y vio lo ridículo de la situación, no pudo evitar reírse también. Luego la abrazó.

—¿Sabes, Avigail? Soy el hombre más feliz del mundo, gracias a ti... y a él —señaló a su vientre—. Ella sonrió feliz, puso sus manos en su vientre y las cubrió con las suyas.

—O ella.

—¿Una niña?! Dios mío, ¡no!

—¿Por qué? —preguntó dolida.

—Porque ya tendré problemas para apartar los moscones de tu vera, más si tengo que hacerlo con mi hija. —Ella rio encantada.

—Tonto —y le besó la punta de la nariz.

—Sí, pero *tu* tonto.

—Por supuesto, te quiero.

—Y yo a ti.

11. Hogar de Avigail y George, Berlín, 12 de diciembre de 1946

Avigail estaba en la cama. George se había ido a las seis a trabajar, como de costumbre, y aunque ella no se levantaba hasta las ocho, su ausencia la dejaba en duermevela. Pero esa mañana se había desvelado completamente, estaba nerviosa porque tenía que ir a una recepción en la embajada, que no le apetecía nada. George se empeñaba en que le acompañara a algunos eventos públicos, pero ella no se terminaba de acostumbrar. Había estado sola mucho tiempo, estar rodeada de gente le abrumaba, se desenvolvía bien, por supuesto, nunca dejaría a George en evidencia, pero a veces se sentía como un mono de feria. Para los americanos era una alemana, por muy judía que fuera, y para los alemanes una judía o simplemente una traidora. No le decían nada, pero lo notaba en sus miradas. No todos la trataban así, por supuesto, y había mucha gente amable, pero a veces la conversación era un poco tensa; no se sabía sobre qué temas se podría hablar con tranquilidad sin parecer superficiales o cabezas huecas. No querían hablar de lo pasado durante la guerra, pero tampoco es que se pudiera ignorar. Había ciertos temas con los que había que andar con pies de plomo; si se hablaba de música no se podía hablar de ciertos compositores; si se hablaba de ciencias podría saltar la controversia sobre el tema de la bomba atómica; de política, ni por asomo. Eso hacía que Avigail casi aborreciera ir a esos eventos. Esta recepción era especial, no se solían hacer por las mañanas, pero ese día no se sabía qué mandamás tenía que irse por la tarde con urgencia y la habían adelantado. Esa mañana Avi no se encontraba especialmente bien. Aunque las náuseas eran intermitentes, ese día pujaban por aparecer con inquina. Casi estaba tentada a no ir a la cita, pero había notado a George inquieto un par de días antes, por lo que supuso que la presencia de aquel tipo era muy importante para él, así que por nada en el mundo le decepcionaría. Miró el despertador: las seis y media. Estiró las piernas y suspiró aburrída; no se había levantado, porque Helga Bauer la vigilaba como un halcón. Desde que se enteró de que estaba embarazada, se preocupaba por su salud en demasía, según la opinión de Avigail, y no lo que debería, según Helga. Intentó dormir un poco y casi lo consigue. Eran las siete cuando Helga entró en la habitación, descorriendo las cortinas enérgicamente.

—Helga, ¿qué ocurre? —dijo incorporándose rápidamente. La señora Bauer la miró con una sonrisa espléndida.

—Vengo a ayudarte a prepararte, el comandante Longfellow te manda a llamar, por lo visto la recepción se ha adelantado un poco, unas dos horas, de las doce a las diez.

—¿Qué? ¿Ahora? Estás de broma —exclamó—. Más vale que el tipo ese sea el primo del presidente de los Estados Unidos como mínimo, si no, es muy desconsiderado sacar a una embarazada de la cama. —refunfuñó. Helga se rio con ganas.

—Venga, venga, perezosa, tienes el baño preparado. Apresúrate, te están esperando en la embajada. —¿Perezosa? Helga no solía ser tan descarada, aquello era muy extraño. Holgazaneó unos minutos en la cama para infundirse ánimos. Veinte minutos más tarde, salió del baño. Helga y sus hijas estaban esperándola con aptitud profesional, pero con una sonrisa en sus ojos. «Pero ¿qué pasa aquí?» Sobre su cama, su mejor vestido: el rojo con el que había ido al juicio. Sencillo, pero extremadamente elegante. Era su favorito, acarició su cuello alto y los botones de sus puños, suspiró llevándose la mano al vientre, pronto no se lo podría poner. Había más ropa que no conocía, lencería principalmente, un conjunto interior de seda color perla con un bonito ribete de

encaje en el mismo tono, unas medias de seda y un bonito pañuelo bordado. Junto a ello, una pequeña caja sin tapa donde asomaba un precioso tocado negro con un velo de red. ¿y qué era la otra cajita? ¿Maquillaje?

—¿Qué es todo esto? —preguntó asombrada. Las tres mujeres no respondieron, solo soltaron una risita nerviosa y la rodearon como gallinas cluecas. Le ayudaron a vestirse, casi agradecida, no tenía humor para aplicarse por sí misma los afeites. María la sentó frente al tocador y con un rizador le recogió el pelo en hermosos bucles. El maquillaje corrió a cargo de Sophie. Lo hizo de manera natural, usando un lápiz de ojos negro que le resaltara, aún más si era posible, sus ojos. El toque atrevido, fue el labial y las uñas rojas. Avigail nunca se había pintado los labios de rojo, pensaba que era demasiado atrevido para su gusto, pero las maravillosas manos de Sophie hicieron que no se viera nada vulgar, sino todo lo contrario, muy elegante. Helga sacó de la nada unos pulcros zapatos de piel negra; no tenían mucho tacón y eran sencillos, pero combinaban a la perfección con todo el conjunto. Le colocaron con sumo cuidado el tocado, dejando caer el pequeño velo sobre el ojo izquierdo. Las tres mujeres admiraron su obra arte antes de dejarle verse en un espejo.

—Vaya... Soy yo, pero no soy yo...

—¿No te gusta? —preguntó Sophie apenada.

—¿Estás de broma? ¡Me encanta! —Verse tan elegante en el espejo hizo que se animara bastante. Hacía mucho tiempo que no se permitía ser coqueta. Ahora era una muchacha de su edad, con anhelos y sueños. Sonrió ampliamente.

—Pues date prisa, no llegues tarde —dijo María con una risita nerviosa dando palmitas. Su hermana y su madre la miraron como si hubiera dicho algo que no debía. La muchacha se mordió el labio, como para evitar hablar más.

—Vamos, Avigail, Sully te espera abajo con un vehículo. —Avigail estaba cada vez más escamada, ¿qué habían tomado esa mañana? Estaban un poco ñoñas o tal vez ella demasiado apática. En fin, se encogió de hombros, pensado que no tenían remedio. Cogió su abrigo de paño y se dirigió escaleras abajo.

Sully la esperaba con su uniforme de gala y sus zapatos relucientes.

—Vaya, Sully, ¿tú también vas a esa recepción? —dijo ilusionada, al menos tendría a un amigo cerca, aparte de George. Si él estaba muy ocupado atendiendo diplomáticos y demás, Sully no solía dejarla sola, o al menos no solía alejarse mucho, lástima que no fuera a todos los eventos.

—Sí, he tenido el gran honor de ser invitado —dijo con una gran sonrisa. ¿Qué pasaba allí? ¿Por qué estaban todos tan contentos? Ese tipo tendría que ser interesante, cada vez tenía más curiosidad, si tan solo hubiera prestado atención a su nombre, cuando George se lo dijo... ¿Se lo habría dicho? ni siquiera lo sabía. Se subió al coche y se encaminaron a la embajada. El camino se le hizo un poco más largo de lo habitual, como si dieran un rodeo.

—Sully, ¿por qué coges por aquí? —preguntó extrañada.

—¿Y por qué no? —dijo encogiéndose de hombros. Avigail se dio por vencida, aquel día sus amigos estaban todos locos. Cuando llegaron a su destino, Sully le ayudó a salir del coche y sacó del maletero un hermoso ramo de flores. Y se lo ofreció.

—¿Y esto? —dijo desconcertada. Se ruborizó; si era de Sully, no lo veía correcto....

—Un obsequio del comandante —se apresuró a decir, colorado hasta las orejas. Había leído su pensamiento, Avigail contuvo la risa—. Entremos. —Los pasillos estaban silenciosos, lo que aumentó el recelo de Avigail.

—Sully, ¿dónde está la gente?

—Oh, están todos en la sala de congresos —dijo como si nada. Ella pensó «pues vale», como si le hubiera dicho que estaban en el patio trasero.

Cuando llegaron a la puerta de lo que parecía una gran sala, Sully le ofreció su brazo, que ella aceptó mecánicamente. Dio unos golpes suaves a la puerta y alguien abrió. Entraron en la sala, Avigail miró a su alrededor: varias hileras de preciosas sillas estaban colocadas a ambos lados de la sala, dejando un pasillo en medio. Estaban ocupadas por gente elegantemente vestida, caras ligeramente familiares; sus sonrisas le daban la bienvenida: las mujeres vestían trajes de chaquetas y falda, en su mayoría oscuros, sencillos y regios, pero unos bonitos tocados y unas flores en las solapas, les daban un aire alegre. La mayoría de los hombres iban impecablemente uniformados, y los que no, con traje oscuro y camisas de un blanco immaculado. Miró al fondo de la sala aún desconcertada y lo vio, y su corazón dio un vuelco: George, con su uniforme de gala, imponente, elegante y guapísimo. Su sonrisa era radiante y tenía una expresión indescriptible en sus ojos. ¿Adoración? Una mujer rubia estaba a su lado, Elke. ¡Elke estaba allí! ¡Y los Bauer! Avigail no entendía nada, miró confusa a Sully.

—Bienvenida a tu boda, Avigail, ¿me harás el honor de ser tu padrino? Y fue consciente de lo que ocurría a su alrededor: vio a los invitados de una boda, vio una madrina, Elke, junto al novio y un padrino que la llevaba del brazo. Observó más allá de George y vio a un hombre, uniformado también, tirando a mayor. ¿Un coronel tal vez? Tampoco es que entendiera mucho de estrellas, a pesar de que ya debería controlar los galones, que le sonrió ampliamente.

Ella miró el ramo; miró a Sully que le sonreía de oreja a oreja, feliz por ella, lo notaba en su mirada; miró al resto de sus amigos y luego a su amado. No podía ser verdad, ¿o sí? Asintió emocionada repetidamente, no le salían las palabras, el nudo de emoción que tenía en el pecho desbordó sus lágrimas de alegría, el corazón henchido de felicidad.

—Entonces no hagamos esperar al novio... —susurró Sully dándole unos golpecitos en el dorso de la mano para animarla a caminar por el pasillo. Ella lo agarró más fuerte y firmemente con una mirada decidida llena de amor, atravesó elegantemente el camino que se abría ante ella flanqueado por aquellas bonitas sillas.

George, con lágrimas en los ojos, contenía el aliento a medida que su ángel se acercaba del brazo de un orgulloso Sully. Había merecido la pena preparar la boda sorpresa, miró a sus amigos agradecidos por haberle dado la oportunidad, de poner aquella mirada en los ojos de Avigail. La felicidad que irradiaba le hizo sentirse el hombre más orgulloso del mundo. Lloraba, pero esta vez había una sonrisa en sus labios. No dejaba de mirarle, para ella no había nadie más. Y ella por fin sería su mujer, había soñado con ello desde que abrió los ojos por primera vez delante de ella, en aquel refugio del bosque. Cuando llegó a su lado, Sully la soltó suavemente. Ella abrazó a una llorosa Elke, se juntaron las frentes y se susurraron algo en alemán. George interpretó un «por fin te llegó la felicidad que te mereces, hermana, te quiero», de Elke. Avigail asintió y susurró «y yo más, hermana». Luego Elke la empujó suavemente hacia George, que le ofreció el brazo, anhelante. Se miraron y sin palabras se dijeron todo lo que se tenían que decir. Luego Avigail miró al hombre que esperaba pacientemente.

—Así que usted es el invitado tan importante que me habían dicho —dijo tímidamente. Él se rio quedamente.

—No, señorita Becker, lo es usted, yo solo me encargo en que se convierta en la señora Longfellow. —Se cuadró—. Coronel Gabriel Jackman, a su servicio, tengo el gran honor de officiar la boda de dos héroes. —Ella se sonrojó. Y la sala rio, la ceremonia empezó en un plétórico ambiente. La celebración de la misma en sí fue corta, vista desde fuera incluso vacía y

formal. Objetivamente solo era una boda civil para legalizar una situación burocrática irregular. Avigail ya tendría pasaporte americano a partir de ese día. Pero todo el que asistió a aquella boda aquella mañana de diciembre vivió un evento de ensueño, aunque faltaban muchos seres queridos. Aquella pareja era la más feliz del mundo, la guerra había acabado, una nueva esperanza se abría ante ellos en los días venideros. La pareja no se había soltado de la mano ni un solo instante cuando un sonriente coronel Jackman dijo:

—Puedes besar a la novia...

George la besó como si no hubiese un mañana, entre vítores, palmas y silbidos de los presentes. Cuando se separaron él la miró dulcemente.

—Te amo, señora Longfellow.

—Te amo, comandante Longfellow.

Él sonrió, cogió su mano y la posó en su brazo.

—Vamos, no podemos hacer esperar a los invitados. —Ella lo miró confusa, los invitados solían ser para una celebración y ya se había producido el enlace—. ¿Puedo acompañarla a su convite de honor, señora? —Con una reverencia exagerada, ella rio.

—Por supuesto, después de haberse tomado tantas molestias, caballero...

—Pero antes tenemos que hacer una cosa, sígueme. —La acompañó a una sala contigua. Junto a una bonita lámpara de pie había una silla acolchada con una bella tela brocada, estaba colocada sobre una pequeña alfombra persa. Al otro lado de la silla, una elegante cómoda con un jarrón de cristal y un precioso ramo de flores blancas silvestres, ligeramente descentrado. George la sentó con delicadeza en la silla. La besó, ella iba a subir los brazos para agarrar su cuello, pero él se retiró sonriente.

—Así me gusta, sonrojada, así saldrás mejor en la foto —dijo burlón. Ella frunció el ceño. «¿Foto?» Él se rio entre dientes—. Quita esa cara y regálame una de tus sonrisas. —Hizo un gesto para que mirara al frente, Sully había aparecido de la nada con una cámara fotográfica—. No hay boda que se precie sin una foto... —Ella se colocó entusiasmada el ramo en el regazo, colocándolos elegantemente, se atusó el peinado y se ajustó el tocado, colocó las piernas juntas, sutilmente ladeadas y sonrió. Él se colocó de pie a su lado, con las manos apoyadas en el respaldo, estirado, en actitud solemne, pero portando con esa sonrisa canalla que enamoraba a todas las chicas del barrio.

—¿Listos? —preguntó Sully. Ellos asintieron radiantes, el flash no cegó ni un ápice de su felicidad.

Volvieron a la sala donde habían celebrado el enlace. Alguien había retirado las sillas, dejando una especie de sala de baile, un vals sonaba de fondo desde un tocadiscos. No sonaba muy bien, pero tampoco importaba. Al fondo de la sala una mesa había sido preparada con esmero. A pesar de los tiempos de carestía, se había hecho lo posible para tener una tarta, varios dulces, carnes frías y algunas chucherías más. Una botella de champán y licores caseros descansaban en una cubeta de hielo, junto a una bandeja de copas de cristal dispares, recuperando de cristalerías que habían vivido tiempos mejores. Incluso había tres o cuatro botellas de refresco, sin duda cortesía de alguno de los americanos presente.

George tiró de ella suavemente hacia la improvisada pista de baile y elegantemente la dirigió en el baile de novios. Ella se dejó guiar, formaban una pareja entrañable. Sully le ofrecía a Elke un pañuelo, se había emocionado tanto que se le habían saltado las lágrimas. De hecho, apenas había podido dejar de llorar en todo el rato. Poco a poco, otras parejas se fueron uniendo al baile.

—Estás muy callada —dijo George. Ella sonrió.

—Sí, estoy asimilando la celebración —respondió con una sonrisa enigmática. Él la miró serio.

—Lo siento, tal vez debería habértelo dicho, no debería haber hecho una boda sorpresa —dijo apenado—. A las mujeres os gusta preparar vuestras cosas, tal vez otro vestido... —Ella lo miraba en silencio; él no sabía que decir—. No quiero decir que con este no estés guapa... Estás arrebatadora, de hecho. No sé, tal vez una boda en primavera hubiera sido más tradicional, pero ya sabes, estás embarazada... Y la ceremonia, somos de distinta religión... —estaba casi balbuceando—. Pero tú querías una boda pronto y yo... —De repente fue acallado con un beso profundo y apasionado de su esposa.

—Cállate —le dijo suavemente cuando sus labios se separaron—, es la boda más hermosa que ninguna mujer haya podido tener. No necesito sinagogas lujosas, ni iglesias o parroquias o como se llamen donde celebráis vuestras misas, ni vestidos de seda, no necesito un pastel de nata de tres pisos, ni caviar, ni un banquete de reyes, ni una cohorte de damas de honor, ni una banda, ni... No sé, todas esas cosas que soñamos de niñas. Y sí es cierto que me falta gente especial a mi lado, muy especial de hecho, pero eso no se puede remediar. Aun así, me acompañan gente a la que quiero: Elke, los Bauer, Sully, el resto... —suspiró ligeramente apesadumbrada, pero enseguida se recuperó—. En fin, no voy a comprometer mi felicidad con un recuerdo amargo. Mi boda es hermosa, porque el novio eres tú, el resto son solo adornos. Te amo, George. —Él tragó saliva y aguantó las lágrimas de felicidad, la apretó más contra sí y se perdieron en su dicha.

12. Berlín, febrero de 1947

Avigail miraba la nieve caer a través de la ventana. Llevaba toda la mañana tejiendo y ya estaba harta, se aburría como una ostra. Si al menos Elke no hubiera vuelto a Suiza por el trabajo... Para colmo, Helga no le dejaba hacer nada; por amor de Dios, estaba embarazada de tres meses, no inválida, pero tampoco quería un enfrentamiento con la mujer, se había portado tan bien con ella que no lo veía justo. Sophie y María jugaban con ella a las cartas, pero también tenían sus quehaceres. Así que rezaba para que las horas pasaran rápido, hasta media tarde que era cuando volvía George a casa del trabajo. Seguía trabajando en el departamento de inteligencia. La situación del país, con el reparto de territorios entre Estados Unidos y Rusia, era delicada, existía aún cierta inestabilidad en la zona. Algunos sectores locales no estaban de acuerdo con la decisión internacional, George era el encargado de apaciguar los ánimos en todas las partes implicadas, un trabajo delicado. A Avigail no le hacía mucha gracia que desempeñara aquel trabajo, pero George no podría cambiar de destino en unos meses. Ambos estaban deseando volver a Estados Unidos, pero de momento era imposible. Por lo que llegaron al acuerdo de esperar al parto y cuando el bebé tuviera algunos meses marcharse de Alemania de una vez por todas. La puerta de la salita, donde se encontraba Avigail, se abrió: Helga Bauer entró con el tentempié de media mañana. Ella suspiró, le hacía comer cinco veces al día, casi se sentaba a su lado hasta que se lo terminaba todo.

—Aquí te traigo un té calentito y un trozo de bizcocho, Avigail —se corrigió. Avigail había conseguido que no le llamara señora Longfellow, se veía ridícula siendo llamada así por una mujer que podría ser su madre, además que desde el principio la había llamado Avigail qué sentido tenía volver a los formalismos. Se sentó junto a Avigail en una silla próxima, tomó su labor y la examinó con ojo experto.

—Qué finura de jersey, Avigail, hacía tiempo que no veía una labor tan buena... —Avigail no pudo más.

—Helga, no hace falta que me vigiles, soy capaz de beberme un té y no echarlo en la maceta, no soy una niña —dijo irritada.

—Yo solo miraba el jersey —dijo sonrojada, como una niña pillada en una travesura.

—¡Oh, por favor! ¡Llevas dos meses viéndome tejer, ya sabes de sobra cómo son mis toquillas, mis patucos y demás...! ¡No hago nada más! ¡No me dejas moverme! ¡No doy ni un paso cuando me topo con una mirada tuya reprobándome por algo que ni siquiera he empezado a hacer!

—Yo solo quería cuidarte... —dijo al borde de las lágrimas. Avigail casi se arrepiente del arrebató al verla así. Le cogió de las manos—. Lo sé —le dijo suavemente—. No te disgustes, por favor, pero es que me aburro soberanamente, entiéndelo. Estoy embarazada, no coja, ni manca, sé que tengo ciertos límites, pero no tantos como me quieres imponer. Llevo ocho años valiéndome por mí misma, ¡tanta inactividad me abruma! ¡Déjame al menos limpiar el polvo de la casa! ¡Preparar conservas! ¡Secar plantas! ¡No sé, algo que no implique estar sentada seis horas seguidas!

—¿Sabes secar plantas? —preguntó tímidamente.

—Soy la mejor de toda Alemania —dijo con un toque fanfarrón. Helga suspiró, se levantó y la tomó de la mano.

—Pues vamos, la verdad que las niñas y yo no tenemos mucha maña con ellas y después te daré un trapo para que limpies algo sencillo que no te obligue a subirse en ningún sitio —la advirtió con la mirada—. Nada de ventanas, lámparas y altillos, que te veo venir.

Avigail se rio, la conocía muy bien. Pero no se movió de la silla. Helga la miró confundida. —Antes me tengo que tomar mi té y mi bizcocho —dijo con una gran sonrisa. Esta vez fue Helga la que se rio negando con la cabeza, como pensando «no tiene remedio».

George se subió el cuello de su abrigo, estaba nevando suavemente. Se encaminó en dirección a su casa; sí, eran cerca de tres cuartos de hora andando, pero necesitaba pensar. El frío era la menor de sus preocupaciones, desde que había aceptado aquel puesto en Berlín todo eran quebraderos de cabeza. No estaba en su ambiente, su sitio era el aire: desde las alturas lo veía todo con más amplitud, no solo físicamente, sino que le ayudaba a tener una visión más abierta de cualquier situación. No obstante, para estar junto a Avigail, tuvo que renunciar a su avión y aceptar la oferta en el destacamento de enlace, no se arrepentía en absoluto, pero la nueva situación le hacía tener que estar más alerta. Se había firmado la paz, sí, pero reconstruir un país derrotado lleno de rencor podía ser una bomba de relojería. Había sufrido dos atentados frustrados a tiempo, no eran más que muchachos recién salidos de la pubertad, pero aun con la mente envenenada y la ira mal contenida, en su mayoría huérfanos sin un adulto que le aconsejara o con uno demasiado mayor como para disuadirlos. Si no lo frenaba a tiempo, podría ser algo serio. Además de ese problema local, estaban las negociaciones con los rusos, las exigencias de sus superiores en Estados Unidos y el cómo le diría a Avi que tendrían que estar allí al menos un año más. Ese día le habían comunicado que su petición de traslado había sido denegada. Podría enviarla a casa, a la granja con sus padres, pero siendo egoísta, no quería separarse de ella y conociéndola a ella no querría irse, hecho que insuflaba su ego masculino. «Brrrr, hace frío» pensó, se frotó las manos y se echó el vaho de sus labios. Unos pasos le seguían, miró disimuladamente sobre sus hombros, una pareja del brazo con un perrito en brazos le sonrió, él sintió cierto alivio, pero no bajó la guardia. Tal vez era paranoia, le daba igual, prefería abusar del celo que de la dejadez de la rutina. La pareja le sobrepasó, el hombre lo saludó llevándose una mano al ala del sombrero. Él asintió en respuesta. Los pasos se alejaron, pero la sensación de no estar solo, no le abandonaba, decidió dar un rodeo antes de llegar a casa, por zonas iluminadas y relativamente concurridas a esas horas.

Cuando giró la llave en la cerradura, sus manos temblaban más de lo normal. Las tenía ligeramente amoratadas, así como las mejillas rojas y la punta de la nariz. Los tres cuartos de hora se habían convertido en casi dos horas bajo la nieve nocturna. La luz que salía a través del portón recién abierto le dio la bienvenida a casa, el calor que desprendía el hall, era un bálsamo para el cuerpo. Cerró la puerta y llamó a su mujer mientras se quitaba el abrigo.

—¿Avigail? —No hubo respuesta. Se extrañó, puesto que ella solía estar en la salita cercana a la entrada. Le gustaba mirar por sus ventanas, según le había dicho. Se encogió de hombros y se adentró al pasillo, seguramente habría encontrado alguna otra distracción, solo esperaba que fuera dentro de la casa. Se paró en seco, debía ser en la casa. Le entró el pánico, no se le hubiera ocurrido salir de noche, nevando y en su estado, ¿no? Buscó en las habitaciones aledañas.

—¡Avi! —gritó un poco más alarmado. Al fondo escuchó unas risas femeninas, pero no sabía de dónde venían: aquella maldita casa siempre le parecía grotescamente grande. Siguió el sonido

de las voces ¡Sí! La cocina. Apresuró el paso, aunque era consciente de que era una tontería. Abrió la puerta y allí estaban las cuatro mujeres; Helga removía algo en una cazuela, un aroma que no era el del guiso inundaba la cocina, le resultó agradablemente familiar: hierbas. Avigail estaba enseñando a las chicas Bauer a secar plantas; observó que ya tenían muchos ramilletes preparados, y una cuerda atravesaba la cocina con más colgados, como solía tenerlos Avi en el bosque. La imagen le sobrecogió placenteramente. No se habían percatado aún de su presencia, así que observó la escena apoyado en el quicio de la puerta. El alemán siempre le había parecido un idioma rudo al oído, pero en labios de Avigail y las chicas sonaba distinto, no tanto en Helga que si tenía ese acento un poco más cortante, se concentró en la conversación, desde que estaba allí su alemán había mejorado mucho, más aún de lo esperado gracias a la ayuda de Avi y los Bauer, no se podría considerar un experto, pero se defendía bastante bien, cada vez entendía más cosas, aunque no lo hablara con fluidez. Avigail estaba explicando cómo atar las ramas, su tono era paciente, como el de una profesora de niños pequeños, sus manos se movían lentamente, para que Marie y Sophie observaran cómo se hacían los nudos. Las chicas estaban muy concentradas en la lección, haciendo nudos invisibles en el aire, Avi se calló en ese momento y las miró divertida; estaban tan pegadas a ella que cogió una espiga y les hizo cosquillas en la nariz. Las chicas chillaron por la sorpresa, estornudaron y luego se rieron con ganas. Él aguantó la risa, no querían que le descubrieran, estaba disfrutando viéndolas sonreír. Helga con una sonrisa serena, las chicas escandalosamente y Avigail. ¡Ay su Avigail! ¿Cómo se describía la risa de un ángel? Vio cómo se agarraba instintivamente el vientre mientras se reía. «Su hijo», pensó con orgullo. Aún no se notaba, pero estaba ahí, cálido, seguro, esperando ser amado.

Avigail se lo estaba pasando genial. El simple hecho de enseñar a las muchachas le hacía sentir útil, no todo el mundo sería capaz de aprender a diferenciar algunas especies de plantas en tan solo una tarde. En cierto modo tenía cierta envidia sana, puesto que a ella misma le costó trabajo aprenderlas. Estaba a gusto en aquella cocina, rodeada de amigas; un olor maravilloso a comida entró por sus fosas nasales, sus tripas sonaron de tal manera que la hicieron sonrojar.

—Creo que mi bebé tiene hambre, vaya madre malvada, que no lo alimenta... —dijo una voz masculina a sus espaldas. Se dio la vuelta rápidamente, con una sonrisa radiante. Allí estaba su marido, apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados. Una sonrisa de medio lado le daba un aire travieso.

—¡George! —dijo con alegría. Se levantó de la mesa mientras se limpiaba las manos en el delantal. La rodeó con celeridad y se arrojó en sus brazos. Él la atrapó prácticamente en el aire.

—¡Vaya! Esto sí que es una bienvenida —dijo plantándole un sonoro beso en la mejilla. Luego miró al resto de mujeres.

—Habéis estado entretenidas, ¿no?

—Sííí —contestaron al unísono. Se hizo el silencio, hasta que Helga, en su pobre inglés, pero con su carácter de matrona teutona lo rompió.

—Venga, a lavarse las manos y a cenar, que se enfría.

Todos obedecieron rápidamente, mientras Helga avisaba a su marido. Desde que George hiciera uso de la casa, quería que todos cenaran juntos como una familia, los Bauer al principio se resistieron, pero él no quería cenar solo, estaba acostumbrado a estar rodeado siempre con algún, si no todos, los miembros de su familia. Le había cogido mucho cariño a los Bauer y sintió que era recíproco, así que no vio por qué mantener una relación fría de dueño y servicio, además formaba parte de su trabajo que los civiles congeniaran con las fuerzas de liberación, demostrando que eran aliados y que iban para ayudarles, no para ser *conquistados* o cualquier otro pensamiento

negativo. No pretendían humillar al vencido, aunque a veces era difícil debido a ciertos compañeros con aire de grandeza, el orgullo vacío del vencedor. Tipos que a pesar de ser compañeros no eran más que escoria, con la que no podía luchar y eso le hervía la sangre. Tanto politiquero le daba dolor de cabeza. En cuanto volviera a los Estados Unidos, si no se licenciaba y volvía a la granja, volvería a pilotar o el menos se apartaría de los servicios de inteligencia y haría más trabajo de campo. Cuando volvió del cuarto de baño, la mesa de la cocina estaba cuidadosamente puesta, la cena era frugal, solo el guiso de Helga, un pan moreno seco y una botella de vino, pero eso no impedía que las chicas, como George llamaba a todas las mujeres de la casa, se hubieran esmerado en poner un bonito mantel, con servilletas, si bien dispares, perfectamente planchadas y dobladas. Un immaculado bote de cristal, probablemente de mermelada, hacía las veces de improvisado jarrón con algunas de las hierbas de Avigail. Como cada noche, la cena se convirtió en una animada tertulia, discutían sobre la situación pasada, la incertidumbre de los días venideros y la esperanza de un nuevo sistema político. Cada uno tenía su propio criterio, obviamente, el matrimonio era el más conservador en opiniones, frente a las nuevas generaciones, que a pesar de haber vivido una democracia fallida tenían esperanzas en ese sistema. Cuando la conversación se tornaba muy seria, siempre había algún miembro de los Bauer que le preguntaba cosas de yanquis a George, que les hacía reír con su alemán raro, como decían las chicas. Avigail le tenía que sacar de muchos malentendidos, que les hacían mirarlo como un bicho raro. Muchas veces George se preguntaba qué habría dicho al ver aquellas caras.

13. Berlín, principios de junio de 1947

Esa mañana, George se había levantado de buen humor. Había soñado con Sybill, le había hecho una revelación preciosa, se había debatido entre si contárselo a Avigail o guardar la sorpresa. Como su esposa dormía plácidamente, decidió contárselo más tarde, pero a medida que había pasado la mañana su humor fue cambiando, la actividad en el Cuartel General se tornó seria. Miró el teletipo; últimamente la máquina echaba humo con tanto mensaje, habían puesto en marcha un dispositivo para deshacerse de los últimos insurrectos. Sully y sus hombres habían dado con su guarida en las cloacas de Berlín norte, pero la red subterránea era tan amplia que solo habían podido acabar con ciertas células, y lo que en un principio parecía un grupo de muchachos descontentos resultó ser una especie de resistencia. Contaban con la ayuda de gente de fuera de su grupo, pero la clandestinidad con la que habían trabajado muchas familias durante el conflicto les hacía expertos en el arte del subterfugio. No podían ir de frente, por temor a meter la pata con las familias que no eran y echar por tierra todo el proceso de pacificación. Ganarse a los civiles era lo más importante en ese momento, por el bien de la estabilidad en Europa.

En el último mensaje se decía que la célula principal había sido interceptada. Debería estar presente, tenía autorización para negociar con ellos, y si no le quedaba más remedio, exterminarlos. Apretó los dientes ante tal pensamiento, pero si no le quedaba otra lo haría.

—¡Cabo Sawyer!

—¿Señor?

—¡Que preparen mi vehículo y los tres de inmediata intervención! ¡Avisé a los sargentos de operaciones externas francos de servicio, quiero al menos ochos soldados por vehículo!

—¡A sus órdenes!

Avigail se llevó las húmedas manos al vientre. Aquella patada había sido más violenta de lo normal, tanto que había dejado caer el bol metálico donde estaba enjuagando patatas al suelo, salpicando todo de agua terrosa.

—¡Uff! Pequeño —susurró a su bebé—, debes ser más cuidadoso con mamá. ¡Vaya susto me has dado! —Respiró profundamente. Menos mal que las Bauer habían ido al mercado, si no se hubieran asustado al escuchar el golpe metálico contra las baldosas, con el consabido sermón de que tendría que tener más cuidado. Cogió un trapo, se arremangó y se arrodilló pesadamente, colocó de nuevo las patatas en el bol y recogió con cierta dificultad el agua derramada. Se levantó a trompicones y se sentó en una silla, jadeando por el esfuerzo. Un calor le subió del pecho a la cara, como si el vapor de una tetera la rodeara. Sintió tal agobio que se levantó para abrir la ventana de la cocina; la verdad es que estaba resultando un día más caluroso de lo esperado, pero una delicada brisa los suavizaba a ratos. Cuando se calmaba el calor se volvía de nuevo horrible, pero en ese instante el viento fresco entró por la ventana, secando el perlado rostro de Avigail. Varias patadas seguidas se sucedieron en cuestión de segundos.

—Ey, ey, ¿qué te pasa!? Estás muy alborotado hoy, parece como si me quisieras decir algo —dijo divertida, justo en ese instante recibió otra patada. No podía ser, ¿cómo iba a poder comunicarse su bebé con ella? Sacudió la cabeza ante ese pensamiento tan absurdo. No obstante,

un mal presentimiento se apoderó de ella. Se llevó la mano al pecho, como si un latido sobresaliera sobre el resto. Definitivamente, una sensación de fatalidad se adueñó de ella. No temía por su bebé, era algo externo, otra patada...

Avigail no fue capaz de moverse de la mesa de la cocina en toda la mañana, ¿esperando qué? Había conseguido desviar la atención de los Bauer sobre ella, llevándose un libro con ella, alegando que en la cocina había más luz. La página trescientos fue lo único que miraba en las últimas tres horas, un té eterno le hacía compañía. Notaba a su bebé también inquieto. «¿Geor...?» Ni siquiera quería continuar sus pensamientos en esa dirección. Sonó el timbre. Se levantó de un salto dejando caer la silla, corriendo todo lo rápido que su vientre le dejaba. Interceptó al que fuera a abrir, no se fijó siquiera en qué Bauer era. Abrió la puerta. Se quedó sin habla. Sully estaba allí, hecho un desastre, tenía la cara cubierta de sangre seca y de polvo gris, tal vez fuera polvo de cemento, la ropa raída y arañazos en los brazos. Ella negaba con la cabeza, no quería mirarle. En defensa de su cordura miró sobre su hombro, vio una motocicleta con sidecar. Sully la cogió de la mano sin mediar palabra y se la llevó hacia el vehículo, la ayudó a subirse con sumo cuidado. Ella se abotonó el abrigo que había aparecido misteriosamente sobre sus hombros. Seguía sin hablar, no quería hablar. Sully, incómodo, tampoco. No obstante, al cabo de un rato preguntó, o al menos hizo el intento, porque las palabras le salieron como cuchillas de la garganta.

—¿Vive?

—Cuando salí para buscarte, sí.

—Entiendo. —Pero en realidad no entendía nada o no quería entender. Pasaron todo el trayecto en silencio, ella murmuraba palabras que Sully no entendía. Pensó que estaba rezando, pero se acariciaba la barriga de manera protectora y entendió que le estaba hablando a su bebé. A él se le hizo un nudo en la garganta, no sabía cómo tratar la situación, venía de una guerra cruenta. Tenía que estar acostumbrado a las penas, pero la firma del armisticio le daba otro cariz a las penurias de sus amigos, en especial de aquella pareja, habían entablado tal amistad que todo lo que les pasase lo sentía en sus propias carnes. Llegaron al edificio que hacía de hospital, ella se bajó del sidecar antes de que él pudiera ayudarla, con tal agilidad que nadie diría que estuviera embarazada de siete meses. Se dirigió decidida a las escaleras que daban al hall pero se paró en seco: no sabía dónde ir ni si tendría el valor de entrar. Sully se colocó a su lado a la expectativa. Le dio uno minutos, no demasiados, no había mucho tiempo.

—Avigail, deberíamos entrar. —Ella no le oyó, estaba como en trance. — ¿Avigail? —Ella parpadeó volviendo al mundo real.

—¿Qué ocurrió?

—Avi... —fue la primera vez que la llamaba así—, no creo que sea...

—¿Brian! ¿Qué ocurrió? —dijo entre dientes. Por alguna razón recordó a su madre, diciéndole que donde había enfermos no se podía gritar ni armar escándalo.

—Fue una trampa, nos hicieron creer que habíamos dado con una célula importante de insurrectos. Volaron media calle, hacía forma de embudo, no pudimos apenas retirarnos. Yo estaba a retaguardia, pero el comandante...

Ella asintió, después hizo un gesto hacia la puerta.

—¿Vamos?

—Sí.

Atravesaron pasillos y pasillos, con amplias habitaciones a los lados, más bien pabellones, cubiertos con biombos de estructura metálica y tela. Un trasiego de enfermeras y de heridos leves dificultaban su paso. Al final del todo, llegaron a una habitación muy luminosa, con una cama en el

centro, rodeada de al menos cinco personas vestidas con uniformes blancos, ocultando al paciente. El olor a sangre, desinfectante y yodo revolvió el estómago de Avigail, pero se negó a sucumbir a las náuseas. Se quedó anclada junto a la puerta; su mente quería entrar, sus piernas salir, y su corazón bombeaba tan fuerte que casi le dolían los oídos. Oyó a lo lejos, como si estuviera al final de un túnel, cómo Sully hablaba con el médico y le decía quién era ella. Mecánicamente, estrechó la mano del aquel hombre que le hablaba, su mente intentaba encajar las piezas de aquel puzzle que eran sus palabras, supuso que se estaba presentado y contándole qué pasaba. Notó su voz contenida, prudente, compasiva. ¿Compasiva? No era bueno que un doctor te hablara de manera compasiva; su padre había sido médico, conocía aquel tono neutro, como pisando cuidadosamente para no despertar a un vecino.

—... no me siento con valor de mentirle, señora Longfellow, tiene las piernas y la columna destrozadas, ha perdido mucha sangre. Si sobreviviera a esta noche, se quedaría parapléjico, pero me temo que eso no es todo, tiene una hemorragia interna que no logramos parar, no tengo ni idea de cómo es capaz de no perder la conciencia, no ha parado de preguntar por usted, esa voluntad lo ha mantenido despierto...—dejó de hablar en cuanto le miró el vientre. De primeras se veía disimulado por el abrigo, pero si se observaba de segundas se hacía obvio, luego susurró—: Disculpe, no sabía que estaba en estado, no creo que sea buena idea que lo vea así, podría tener un sobresalto...

—Pero yo quiero verlo y él me llama...

—Señora, en su estado no debería...

—Pero quiero verlo y él me llama —repitió firmemente.

—No creo que lo que le tenga que decir sea tan importante, piense en su salud... No quiero que se desmaye. —Ella lo cogió por las solapas de la bata.

—Míre, medicucho de mierda, he visto más miserias en ocho años de mi vida que usted en treinta de profesión, todos los yanquis sois unos sabelotodos. ¡Déjeme ver a mi marido de una puta vez! —Él levantó las manos en clara rendición y se retiró. Las personas que la vieron acercarse se retiraron lentamente de la cama. Ella se preparó para el peor aspecto pero se lo encontró aseado, con una sábana tapándolo hasta el pecho. El bulto donde deberían estar sus piernas era extraño, pero no quiso pensar mucho en ello. Tenía los brazos vendados y un pequeño apósito sobre la ceja, hizo caso omiso de los tubos de goma que salían de debajo de las sábanas disimuladamente. Estaba pálido, extremadamente pálido, su tez blanca hacía que su pelo rubio pareciera más oscuro. «Castaño claro», pensó ella con una triste sonrisa. Tenía los ojos entornados, pero sabía que estaba despierto. Ella juntó todo el valor que poseía y se acercó a la cama, le agarró de la mano y se la llevó a la mejilla. Estaba frío.

—Ey... —la saludó débilmente.

—Hola, amor mío —le saludó con toda la entereza de la que pudo—. Qué mala cara tienes —bromeó con toda la entereza del mundo, porque sabía que era el estilo de su marido, tener cierto humor en cualquier situación.

—No puedo decir lo mismo de ti, siempre estás preciosa, pero no sé por qué me extraño, todos los ángeles son bellos. —Una lágrima surcó la mejilla de Avigail, incluso en aquel estado no dejaba de ser galante, le sonrió con pesar.

—¿Cómo estás, amor? —dijo Avigail en tono casual. No sabía hasta qué punto él sabía de la gravedad de su estado, así que no quiso alararlo. Él sonrió, pesadamente.

—Como si me hubiera caído un edificio encima —bromeó. Ella rio a pesar de las lágrimas, luego se puso serio.

—Avigail... Lo siento.

—¿Qué? —preguntó, confusa. ¿Se estaba disculpando por haber tenido un accidente?

—Siento no poder cumplir mi promesa de estar contigo para siempre. —Ella negó vehementemente, llorando sin contención esta vez, con la mano de él entre las suyas, se las llevó al pecho.

—No, no, la cumplirás...

—Avigail...

—Nos iremos a América y conoceré a los mejores suegros del mundo, como tú me has dicho siempre....

—Avigail...

—Y a tu hermana Ethel, prometo no decirle que es tu favorita. Y veré la granja, los animales... —ella pensaba que si seguía hablando nada pasaría. Que todo había sido un mal sueño, que era un bache por el que tenían que pasar, pero que al final todo se solucionaría—. Sybill...

—¡Avigail, escúchame! ¡Ni siquiera Sybill puede hacerme inmortal! —gritó él, con un gran gesto de dolor y ataque de tos, que a duras penas controló—. Necesito que me escuches... —dijo atormentado. Ella se calló súbitamente. Él se soltó la mano del agarre de su esposa y colocó la mano suavemente en su vientre.

—Avigail —dijo solemne—, vete a casa lo más pronto posible, ahora eres americana, tienes pasaporte americano, no pases más del tiempo imprescindible aquí, vete y no mires atrás. Habla con Sully, él te sacará de aquí.

—Pero...

—Avi... Sé que me estoy muriendo, así que deja de poner peros y escúchame. —La urgíó.

—Prométeme que te irás de aquí. —Ella asintió a regañadientes—. No te quedes por mí, el ejército se ocupará de todo. —¿Qué? ¿Cómo? Se refería a...—. Sí, ellos me llevarán a casa. —Aquello era demasiado frío, demasiado macabro, pensó Avigail.

—Prométeme que te irás de aquí—repitió—, que estudiarás medicina o veterinaria o cualquier cosa que se te apetezca, pero no te conviertas en un cascarón vacío, ya has sufrido demasiado, coge la vida con las dos manos y vívela...

—¿Cómo puedes pedirme algo así? Casi me estás pidiendo que te olvide —balbuceó incómoda. Él ignoró sus protestas.

—Y prométeme que cuidarás de ella —dijo acariciando su vientre—, aunque sé que no es necesario que te lo diga.

—¿Ella? —Él sonrió débilmente.

—Anoche soñé con Sybill. —Ella jadeó, se llevó las manos a la boca sorprendida—. Ella llevaba un bebé en brazos, nuestro bebé, la estaba meciendo suavemente. Ambas se sonreían, de repente Sybill sintió mi presencia, levantó el rostro y me sonrió. Se acercó lentamente. Me colocó al bebé en los brazos, una preciosa niña de ojos de plata y pelo rubio, como su abuela Mary. Espero que con las rubias no tengas pegas, aunque viendo lo que quieres a Elke... —bromeó. Ella se rio a pesar de las circunstancias, las lágrimas de Avigail ya manchaban la pechera de su vestido, él continuó—: Ella la besó en la frente, sentí una gran paz, en ese momento supe que Sybill protegería a mi niña, luego Sybill me sonrió y se alejó despidiéndose de la niña con la mano y entre sonrisas cómplices dijo: «Adiós, pequeña Ethel». Y mi niña se despidió de ella con su manita y una sonrisita de bebé.

—¿Quieres que le ponga Ethel? Como tu hermana favorita, no eres muy original, cariño. —Otro amago de sonrisa, pero esta vez él no se rio.

—No, Sybill quiere que le pongas Ethel, yo no le llevaría la contraria...

—Y no lo haré, nuestra hija se llamará Ethel, lo juró por la memoria de mi padre.

—Cariño...

—¿Sí?

—Ve a casa, no mires atrás, vete a casa.... —Avigail ya no sintió sus manos en el vientre, miró hacia su marido, que yacía inmóvil, con los ojos abiertos y la mirada perdida.

—¡Nooooooo! ¡George! ¡Nooo! —le dio palmadas en las mejillas pero él no reaccionó. Desesperada, le buscó el pulso. Nada— ¡Noo...! ¡Mi vida, no me dejes, mi vida, despierta, corazón, no nos dejes! —Nerviosamente sacudía su cuerpo inerte, pero era en vano. Cuando fue consciente, se derrumbó sobre su cuerpo. Negando como una letanía, quedándose junto a su cuerpo, lo que pareció una eternidad, hasta que alguien la separó gentilmente.

El avión estaba lleno de mujeres alborotando, felices y dicharacheras. Todo lo contrario al estado de ánimo de Avigail, que había estado casi catatónico la última semana. Sully se había encargado, de absolutamente todo, de su equipaje, de sus papeles, de él... Tenía un vago recuerdo de haberse despedido de los Bauer, de las instrucciones que le había dado Sully cuando la arrastró casi literalmente por el pasillo del avión, atándola con el cinturón a aquel cubículo de gallinas escandalosas, como consideraba a aquellas personas. En un momento de semiinconsciencia se había acordado de Elke, quería ir junto ella, la necesitaba, pero eso rompería la promesa que le había hecho a él. Ir a casa, sin demora, sin mirar atrás, y eso estaba haciendo en aquel avión lleno de muchachas ilusionadas por una vida nueva llena de esperanzas, al encuentro de sus maridos. Ella pensó en el suyo, no lloró, no le quedaban lágrimas. Lo que era peor porque no podía inundar el vacío que se abría como un abismo en su pecho, se aferraba enfermizamente a su foto de boda, acariciando su rostro o apretándolo contra su pecho, como si aquella imagen fuera a volver a la vida en cualquier instante. Alguien le tocó en el hombro, era la muchacha pelirroja que había intentado entablar conversación con ella, horas antes. ¿Dette? ¿Tinette? Le daba absolutamente igual, si volvía dirigirse a ella la despacharía con un desplante. Pero ella no le dijo nada, simplemente con una sonrisa amable, le puso una bandeja en el regazo. Miró la comida, la miró apática. Lo mismo hubiera dado que le hubieran dado cartón o cualquier otra cosa insípida. Su buena educación pudo con ella.

—Gracias, pero no tengo hambre —susurró.

—No es para ti. —Avigail la miró confusa ¿Entonces por qué se lo ponía en el regazo?

—Es para él —dijo señalando a su vientre, Avigail sintió una punzada de remordimiento, se acarició el vientre confortándola.

—Es una niña, Ethel y tienes razón, llevo un tiempo descuidándola. —Arrepentida, cogió el tenedor y mirando de reojo a... ¿Cómo era?—. Gracias... Lo siento, no recuerdo tu nombre. —La pelirroja sonrió.

—Dette —dijo sentándose a su lado, Avigail se sintió un poco incómoda, no quería compañía, Dette se dio cuenta—, me quedaré hasta que comas, luego me llevaré la bandeja.

—¿Por qué eres tan amable? He sido bastante descortés desde que subí al avión, especialmente contigo.

—Porque ser amable con los simpáticos es fácil, tu actitud era un reto —rio. Avigail no tuvo más remedio que sonreír—. Así que niña... —dijo risueña—. ¡Me encantan las niñas! —Avigail

sintió alivio porque no le preguntara cómo sabía que era niña, había sido una tontería por su parte haber soltado aquello—. En mi pueblo hay una comadrona, viejísima. Cuando mi abuela era niña, ya era vieja, sabía si el bebé era niño o niña, con solo mirar a los ojos de la madre. ¿Tú conoces a alguien así?

—Sí, más o menos. —Dette sonrió triunfalmente, como si le gustara que Avigail la creyese, y guardó silencio para que Avi estuviera tranquila. Vio que Dette sacaba un libro de gramática inglesa y un cuadernillo, arrugaba su pecosa naricilla cuando leía algo que no le cuadraba. Avigail se dio cuenta que era más joven que ella, dieciséis, diecisiete... De repente sintió cierta simpatía por la muchacha. Al cabo de un rato, recogió la bandeja y se la ofreció a Dette.

—Dette... ¿te importa? Con esta barriga apenas puedo moverme en este asiento —dijo con una sonrisa de disculpa.

—¡Claro que no! Te lo he dicho antes, que esperaba a que terminaras para llevármela. —La chica se retiró con celeridad, volviendo a por su libro unos minutos más tarde, se iba a marchar cuando Avigail la cogió suavemente de la muñeca.

—Dette... No hace falta que te vayas, he sido muy descortés, no estoy pasando un buen momento, siento haber sido tan antipática cuando tú solo querías ser amable.

Dette dudó, mirando hacía su vestido negro. Todas en el avión sabían de su situación, una viuda, nadie quiso molestarla en su duelo o tal vez estaban tan absorbidas por su propia dicha que la ignoraban. Ella la había visto tan triste que no pudo evitar consolarla en parte, pero tal vez no sería buena idea y Avigail solo quería estar sola. Apretó su libro, sopesando si quedarse o no. Avigail notó su duda y sonrió.

—Si quieres te puedo echar una mano con tu inglés. —Dette sonrió de oreja a oreja y se sentó a su lado dando un bote. Si hubiera tenido más humor, Avigail hubiera reído con ganas. Simplemente sonrió.

Las siguientes horas las pasaron repasando lecciones de inglés, y con los monólogos de Dette Avigail no se sentía con fuerzas de hablar de su historia. Dette respetó su silencio, y Avi la escuchaba con cortés interés. Hablaba de su John como el caballero de la brillante armadura. «Es capitán, ¿sabes?», le dijo. La conoció en un bar donde trabajaba de camarera. Las cosas no le iban muy bien, justo cuando iba a meterse a puta, sí, así de clara y concisa, él la sacó del aquel tugurio. No contó cómo le había ido durante la guerra y Avigail tampoco hubiera querido saberlo. Poco a poco, la conversación cesó y ambas se quedaron dormidas lo que quedaba de viaje.

Una patada despertó a Avigail. Ethel ya había amanecido, se asomó por la ventana, se quedó anonada de las sombras doradas que formaba el sol sobre las nubes. No había demasiadas, sobrevolaban el océano, se dejó caer aún más sobre la ventana. Un poco más adelante, se avistaba tierra, la costa de su nuevo hogar, a lo lejos, diminuta, una ciudad.

—Es Nueva York —dijo Dette a sus espaldas, la muchacha se estaba desperezando escandalosamente y Avigail sonrió—. No tardaremos en llegar.

Como si la hubieran escuchado, una voz femenina procedente de un altavoz hizo el anuncio:

—Señores pasajeros, abróchense los cinturones, por favor, en breve tomaremos tierra en el aeropuerto La Guardia, de la ciudad de Nueva York. Bienvenidos a los Estados Unidos.

Un clamor de gritos, aplausos y vítores se hizo eco en el aparato, decenas de mujeres se abrazaban alegres. Dette le apretó las manos a Avigail.

—Ya estamos en casa, Avigail, ya no miraremos para atrás, ni siquiera para coger impulso.

Avigail asintió. Un cúmulo de emociones se abrían en su ser: tristeza, melancolía, apatía, incertidumbre... Pero también esperanza, una nueva vida, una razón para vivirla, se dijo mientras

se acariciaba el vientre.

Cuando se bajaron del avión todas fueron muy amables con ella, ayudándola a bajar y llevando sus dos maletas, querían cargar con su bolso de mano también, pero se negó. Ahí llevaba todo lo que tenía de valor: la foto de su boda, su documentación, el poco dinero que tenía... Además de que le mantenía las manos ocupadas, le ayudaba a calmar el temblor de las manos debido a sus nervios. Cuando alcanzaron la terminal, varias personas con carteles las esperaban. Eran un grupo variopinto: familias, hombres solo, mujeres solas, grupo de muchachas... Dette le cogió de la mano para animarla a andar. Sin darse cuenta se había quedado parada, como si le costara entrar en aquel mundo nuevo. Observó a sus compañeras de viaje y sus familias: una muchacha discutía con un hombre vestido con un peto vaquero y una camisa raída, rodeado de seis niños pobremente vestidos y aseados.

—¡Me has mentido! —gritaba—. ¿Dónde está tu uniforme? ¿Y qué son estas pintas? ¿Y estos niños?

—La guerra acabó, muñeca... Ya no tengo uniforme—le dijo sarcásticamente—. Y estos son tus hijos a partir de ahora.

—¿Mis hijos? —gritó histérica

—Claro, yo soy su padre y ahora tú eres su madre. Te encargarás de criarlos mientras yo busco trabajo por ahí.

—No... Tienes trabajo— balbuceó, entre lágrimas.

—Sí, claro, cuando hay cosechas.

—¿Eres jornalero?

—¿Y? —La desafió.

—Me vuelvo a casa —dijo ella. Él la cogió violentamente de la muñeca y la abofeteó.

—¡Hanna! Eres mi esposa y te vienes conmigo —dijo zarandeándola. Avigail iba a intervenir. Dette lo impidió, negando con la cabeza.

—Tú tienes tus propios problemas, déjalos —le susurró, ella asintió a regañadientes.

Poco a poco la gente se iba marchando, Dette aún esperaba a John. Avigail le estaba haciendo compañía.

—¿Y si no viene?

—Lo hará. —Aunque Avigail no estaba del todo segura. De repente a Dette se le iluminó la cara y una sonrisa deslumbrante apareció en su rostro.

—¡Ahí está! ¡John, John! —Avigail observó cómo un muchacho bajito, de pelo negro, con la cara picada por la viruela y ojos azules pero diminutos, se acercaba a ellas. Vestía un traje de paño barato marrón, desde luego para Avigail no era el caballero andante que describía Dette, pero ella lo miraba totalmente enamorada y eso era lo que importaba. Llevaba un ramillete de flores en la mano y una sonrisa ligeramente desigual, pero amable. Dette lo enganchó del brazo y lo apretó contra sí, besándolo en la mejilla, haciendo sonrojar al muchacho.

—Querida... por favor.

—Ven —dijo tirando de él hacia Avigail.

—John, esta es la señora Longfellow, mi amiga. ¿Ayudamos a llegar a Boston? ¿Sí? —dijo en su torpe inglés. John dudó, Avigail notó que Dette lo había puesto en un apuro. Sonrió.

—Encantada señor O'Brian —dijo alargando la mano para estrechársela. Sabía su apellido porque Dette le había contado casi toda su vida—no haga caso del entusiasmo de Dette, no es necesario que haga nada parecido. —le sonrió amablemente, el suspiró aliviado, estrechándole la mano.

—Qué bien habla mi idioma señora Longfellow, es un alivio. De otro modo no podría explicarle que me es imposible acceder a la petición de mi Didí —«Didí, que cursi», pensó Avi—, pero nos dirigimos en dirección contraria, a Baltimore. Tengo ya los pasajes del tren y no podemos demorarnos demasiado —dijo apenado—. De todos modos, si podemos hacer algo por usted, no dude en decírnoslo.

Avigail sonrió. Le caía bien, parecía un buen chico. Dette estaría bien con él, se alegró por ella.

—Tan solo si es tan amable de indicarme qué autobús o tren debo coger para llegar a Boston... — Él sonrió orgulloso. Eso sí podría concedérselo, tomó un carrito de equipaje y colocó el equipaje de las mujeres. Se dirigieron a la salida, John llamó a un taxi y le dio las señas de la estación de trenes, ayudó a Avigail a montarse e insistió en pagar al taxista por adelantado.

14. Estación de trenes de Nueva York, día de la llegada de Avigail a EEUU, 1947

Con las maletas a sus pies, Avigail observaba asustada aquella enorme estación. El hall principal era grandísimo, bullicioso y con cierto orden desordenado, tenía su encanto, pero a ella se le hacía un mundo. Aunque entendía bien el inglés, tantas voces metálicas anunciando los trenes la descolocaban. Estaba hambrienta, cansada y su vientre abultado no hacía más que empeorar su dolor de riñones. La gente pasaba a su lado, con prisas. «Cuando te pierdas busca un guardia», decía su madre, pero ella no veía ninguno. Un hombre se había ofrecido a ayudarla, pero al oír su acento alemán, la miró con mala cara y murmuró que no se acordaba de que tenía prisa. Alguien la empujó, puso las manos en el vientre, para protegerlo, cayendo de rodillas sin que ninguna otra parte del cuerpo tocara el suelo, pero las rodillas recibieron un buen golpe; crujieron sonoramente. Una punzada de dolor tan grande le atravesó que temió que se las hubiera roto. Después de unos segundos aguantando ese dolor lacerante, pudo volver a respirar. Trató de incorporarse, las movió, suspiró aliviada; con suerte solo tendría unos moratones. Intentó apoyarse en sus maletas, pero ya no estaban. Miró a su alrededor desesperadamente, soltó una maldición, nada común en ella. ¡Se las habían robado! Se palpó el abrigo. Gracias a Dios su bolso aún seguía pegado a ella.

Sintió una gran impotencia y rompió a llorar. No sabía qué hacía allí, en medio de la nada, porque aunque estaba lleno de gente, era como si estuviera vacío. No se había visto tan desvalida desde hacía tiempo. Se sentó como pudo en el suelo, no tenía ni fuerzas para buscar un banco, y revisó sus rodillas a través de sus medias rotas. No era capaz de parar de sollozar maldiciendo su mala suerte.

—¡Santa Madre de Dios! Señora ¿Qué le ha pasado? —Avigail miró hacia arriba, una señora muy morena, la miraba con preocupación, Avigail se sonó con el dorso de la mano, la miró con curiosidad, nunca había visto una persona de raza negra—. ¿Señora? —repitió. Avigail se derrumbó y lloró como una niña.

—Quería ir a Boston...pero no sabía cómo coger el tren... —dijo entre hipos—, y alguien me empujó..., y me han robado las maletas..., y me he hecho daño..., y nadie me ayuda a levantarme... Son muy raros en este país, y maleducados... seguía sollozando—. Y aquí estoy, con esta enorme barriga sin poder levantarme y sin... ¡Oh, todo me sale mal!

—¿Es usted alemana? —la pregunta la enfureció.

—¡Sí! ¿Y qué? No tengo la peste, ¿sabe? ¡Ande y váyase usted también! Como ese, ese —quería soltar un taco, pero por extraño que le resultase no podía— ¡hombre que me dejó tirada hace un rato! —la señora sonrió y le secó las lágrimas con un pañuelo.

—¿Ya se ha desahogado? —preguntó con ternura. Avigail asintió—. ¡Pues hala! Agárrese a mí que le ayudo a levantarse.

—Gracias —dijo tímidamente—. Siento el arrebató, pero...

—Pero nada, chiquilla, le acaban de robar, normal que esté enfadada. Le he preguntado lo de si era alemana por su acento, pero pensé que todas eran rubias —dijo divertida. Avigail puso los ojos en blanco. «Típico», pensó—. Vamos, le acompaño a la enfermería de la estación y luego a la taquilla del tren de Boston.

—Es usted muy amable, señora...

—Jackson. Mary Jackson.

—Yo soy Avigail Longfellow, encantada. —La señora Jackson sonrió y la guio hasta la enfermería.

—La esperaré fuera. —Avigail se extrañó. Podría haber entrado con ella, no le hubiera importado. La atendieron amablemente. Había tenido suerte, solo eran unas magulladuras sin importancia. Cuando salió, allí estaba la señora Jackson. Avigail le sonrió.

—¿Qué tal?

—Bien, solo unas magulladuras, podría haber entrado conmigo, no me hubiera importado. La señora Jackson hizo un gesto hacia la puerta de la enfermería, Avigail vio un cartel en el que no había reparado antes: «Prohibida la entrada a gente de color».

—Pero...

—Bienvenida a América —la interrumpió irónicamente la señora Jackson—. ¿Vamos?

—¿Dónde?

—Al puesto de policía, a denunciar sus maletas.

—¿Servirá de algo?

—No, pero no estaría de más hacerlo.

—¿También se tiene que quedar fuera? —la mujer se encogió de hombros. Avigail se iba a negar a ir.

—Oh, vamos... —dijo tirando de ella.

Avigail estaba sentada frente un agente, cada minuto que pasaba, pensó que era una mala idea. ¿Y si denunciar no era una buena opción? No sabía cómo iba la ley en aquel país. ¿Y si se metía en un lío? Él la miraba con recelo.

—Así que le han robado y atacado, ¿no? ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Avigail Longfellow.

—Ese no es un apellido alemán —Ella suspiró.

—No.

—Documentación, por favor. —Ella abrió su bolso y se la mostró. Él la ojeó distraídamente, luego frunció el ceño. Avigail se puso nerviosa.

—¿Avigail Esther? ¿Es usted judía? —Ella, cansada del tema, asintió cansinamente.

Él sonrió amablemente, cambió de postura a una más relajada.

—Bien, le tomamos declaración y haremos lo que podamos, pero ya le digo que será difícil recuperar su equipaje, señora Longfellow. ¿Tiene quien se haga cargo de usted?

—La familia de mi esposo vive cerca de Boston —dijo tímidamente.

—¿Y es bienvenida? —le preguntó perspicaz.

—Eso espero... —dudó, por primera vez.

—Entiendo... —él sacó una tarjeta del cajón—. Esta es la dirección del centro de acogida de la comunidad judía de Nueva York, si alguna vez se encuentra en apuros, acuda a ellos.

—Gracias. —la aceptó por educación, ella no la quería, no quería necesitarla, porque significaría que su familia la habría rechazado y no podría soportarlo—. ¿Es todo, agente? ¿Me puedo ir?

—Sí, claro. —Ella se levantó, él le imitó—. Shalom, señora Longfellow. —Avigail sonrió ante aquel saludo que hacía mucho tiempo que no oía.

—Shalom, agente, gracias de nuevo—. Y salió de la estancia con gran alivio.

La señora Jackson la estaba esperando como le había prometido. La cogió del brazo en un

gesto maternal y llevó a la cola de la taquilla del tren hacia Boston.

—Aquí termina mi misión, señora Longfellow, que tenga mucha suerte.

—¿Su misión?

—Sí, todos los días Nuestro Señor nos manda una pequeña misión, hoy mi alma descarriada era usted. Cuando la vi allí tirada, supe que era mi acción del día. Cuídese, muchacha.

—Igualmente, señora Jackson, muchas gracias por todo y que todas las personas buenas se crucen con usted.

—Amén. —dijo, y se marchó sonriente.

Avigail estaba sentada en su vagón. Le había tocado pasillo, lo que era una suerte si quería ir al baño, pero no podría disfrutar del paisaje. Junto a ella un hombre taciturno y poco hablador leía un periódico. Apenas le dirigió un saludo cortés y un ofrecimiento escueto de ayuda al ver su estado. La verdad es que le alegró que fuera así, no estaba de humor para entablar una conversación con un desconocido y obligarse a ser amable. No necesitaba a nadie dicharachero en ese momento, solo quería descansar un poco. Le habían dicho que eran unas cuatro o cinco horas de viaje, quería aprovecharlas para dormir. Se enrolló el asa del bolso en el brazo y lo colocó de manera segura en su costado, era todo lo que le quedaba y no quería arriesgarse a perderlo. No obstante, después del robo de las maletas, se había guardado la documentación, la foto y el dinero en la ropa interior. Suspiró, estiró las piernas todo lo que el estrecho hueco que había entre su asiento y el de enfrente le permitía. Echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Intentó dormir, cosa que consiguió durante una hora tan solo. Frustrada, se incorporó en su asiento y miró a su alrededor; la mayoría de los pasajeros dormitaban, leían o hablaban en voz baja. Un hombre sentado en uno de esos asientos al final de pasillo, de los que están enfrentados a otros dos, la observaba sobre los reposacabezas, maravillado, con una mirada fija rayana la mala educación. Descaradamente le dirigió una sonrisa seductora, ella se encogió en su asiento. No podía ser, lo que le faltaba, que flirtearan con ella. ¡En su estado! Ni corto ni perezoso se levantó, lentamente como el que no quiere la cosa recorrió el pasillo, y cuando iba a llegar a su altura a dirigirle la palabra, se percató de su anillo y de su embarazo, se sonrojó de la raíz a las puntas y siguió de largo, haciendo como el que iba al baño. A Avigail le pareció tan absurda la situación que se rio con ganas. Su compañero de asiento que no se había perdido un detalle, sonrió, como si no fuera de su incumbencia lo que le pasara a ella, pero no pudiera evitar reírse.

—¡Vaya, al pollito la lombriz se le ha hecho rama! —dijo el hombre, Avigail se rio aún más ante aquel comentario tan raro.

—Permita que me presente, siento no haberlo hecho antes, pero no soy muy social. Me llamo Ralph Rafferty.

—Avigail Longfellow. —Él puso una cara extraña al decir su nombre.

—¿Longfellow?

—Sí.

Y no dijeron nada más, él de vez en cuando le lanzaba alguna mirada de soslayo, con una expresión que Avigail no supo descifrar. Parecía como si intentara encajar un puzzle en su cabeza. Guardaron silencio un rato. Hasta que Avigail, aburrída, le pidió prestado el periódico. Él se lo dejó sin apenas mirarla. Ella no le prestó especial atención, pero necesitaba estar entretenida en algo. En la sección de anuncios vio uno de la Granja Longfellow ofreciendo sus productos frescos. Al menos la granja era real, sabía que George nunca le mentiría. Pero la escena vivida en el aeropuerto con aquella muchacha engañada por su marido, la había calado hondo. Le asaltaron ciertas dudas, ya no porque la granja no existiera, sino porque la familia de George no la aceptara.

Tal vez él le hubiera maquillado un poco la verdad y cuando entrara por las puertas de los Longfellow no fueran tan amables. Como él decía, sabía que no la echarían, unos padres capaces de criar a un buen muchacho como George no serían malas personas, pero podrían tener sus prejuicios. Tal vez la culparan de su muerte; si no se hubiera casado con ella, él hubiera vuelto a América mucho antes...tal vez Ethel la odiara y su madre lamentara su pérdida y la relacionara con ella, el dolor era tan imprevisible que hacía reaccionar a la gente de las maneras más dispares. ¿Cómo sería su padre? ¿La echaría con cajas destempladas? Negó con la cabeza, sacudiendo esos pensamientos negativos. Debía tener esperanza, era lo único que le quedaba, si no aún tenía la tarjeta que le había dado el policía de Nueva York, se dijo apretando los dientes.

—¿Señor Rafferty?

—¿Ajam?

—¿Sabe usted si hay mucho de Boston a Smith Town? Tengo entendido que no, pero no lo sé con certeza.

—Unos cuarenta kilómetros.

—Ajá, no es mucho.

—¿Para qué quiere ir a Smith Town? —Ella dudó

—¿Acaso importa? —contestó evasiva. Él la miró con recelo y eso afianzó el hecho de que ella no quisiera decirle nada, ni siquiera lo conocía. Él se encogió de hombros. Ella, de todos modos, seguía necesitando información—. ¿Hay algún autobús que llegue hasta allí?

—Sí, uno que sale los días impares a las ocho de la mañana. —«¿Cómo?!», pensó ella con desazón, tendría que esperar dos noches en Boston, no estaba segura si el dinero le alcanzaría para un hostel y embarazada no podía dormir en la calle. Aunque era verano, tal vez en un parque...Él notó su repentina palidez, pero no dijo nada.

El tren llegó a su destino, poco a poco todos los pasajeros fueron bajando, el señor Rafferty ayudó a Avigail a bajar, dejándola en el hall de entrada, sin apenas dirigirle unas palabras de despedida. Ella salió a la calle, estaba a cuarenta kilómetros de su destino y no tenía ni idea de cómo llegar allí, pero lejos de lamentarse se sentó en un banco a pensar alguna solución, si fuera preciso iría andando, no sería la primera vez que andaba más de treinta kilómetros en un día, aunque claro eso era sin estar embarazada. Alguien carraspeó a su espalda, era el señor Rafferty.

—¿Al final cómo se las va a apañar para llegar a Smith Town? —le preguntó bruscamente.

—No tengo la más remota idea —dijo en el mismo tono. ¿Por qué era tan antipático aquel tipo?

—Tal vez si me dice para qué va a Smith Town, yo la pueda llevar. —Un rayo de esperanza cruzó el semblante de Avigail, pero rechazó la oferta. No se fiaba de ese hombre, era muy raro.

—No creo que sea de su incumbencia —dijo orgullosa. Él, para el asombro de ella, escupió a un lado. Se encogió de hombros.

—Usted se lo pierde. Solo quería ser un buen samaritano. Pero no voy a llevar a una extraña, a, menos que sepa sus intenciones. —A ella le dio la risa nerviosa.

—Por el amor de Dios ¿realmente me ve como una amenaza? Aquí el único tipo raro es usted. —Él se sonrojó un poco.

—¿Y bien? —insistió. Ella suspiró frustrada.

—Voy a la granja Longfellow, a casa de mi familia. —Él la miró aún más desconfiado.

—Usted no es una Longfellow

—¿Cómo? —gritó indignada—. Al menos una Longfellow de Smith Town, los conozco a todos desde niños. Van a mi ferretería desde hace más de veinte años.

—Ah, sí... Entonces conocerá al penúltimo de sus hijos —dijo irónica.

—Sí, claro, George. Es militar, piloto creo, está en Europa. —Ella cambió su semblante, la seriedad de su rostro daba miedo.

—Estaba —susurró. Él la miró de arriba abajo, su vientre abultado, su anillo, su acento extranjero y su vestido de luto... La realidad le dio de lleno en la cara como si le hubieran dado un puñetazo.

—Santa Madre de Dios, es usted su... —No se atrevía a pronunciar la palabra.

—Viuda —terminó ella por él, con el corazón roto. Él se sonrojó.

—Discúlpeme, señora —casi sollozó—, soy un hombre un poco paranoico, no me gustan los extraños en el pueblo, me ponen nervioso, no sé cómo explicarlo, no me lo tenga en cuenta por favor, estaré encantado de llevarle hasta Smith Town, incluso la dejaré en la granja. Está un poco apartada, ¿sabe?

Ella se sintió tan aliviada, que le temblaban las piernas.

El trayecto en el coche trascurrió en un incómodo silencio. Él no sabía qué decirle y ella aún no se terminaba de fiar del aquel tipo raro. Como le prometió, la dejó en la granja, es más: en el camino que iba hacia la puerta principal.

—Siento no poder acercarle a la puerta, pero mi esposa estará preocupada. —Ella intuyó que lo que quería era librarse de su compañía. Le sonrió.

—No se preocupe, señor Rafferty, me ha hecho un gran favor al acercarme hasta aquí, le estaré eternamente agradecida. —Él se sonrojó por sus buenos modales, se llevó una mano al sombrero. Encendió el motor y se largó de allí. Ella, que hasta entonces había estado de espaldas al camino, se dio la vuelta. Allí estaba a pocos metros una espléndida casa. Miró con incertidumbre aquel camino empedrado rodeado de hierba y flores salvajes. Se sujetó el bolso al pecho y echó a andar con paso decidido, no había pasado tanto para asustarse ahora. Cuando llegó a la puerta, tocó una campanilla plateada. La puerta era doble, una de madera cubierta por otra de mosquitera. Alguien abrió la de madera, dejando la mosquitera cerrada, era una muchacha rubia guapísima.

—¿Sí?

—Disculpe... —empezó a tartamudear por los nervios—. Vengo buscando a la familia Longfellow. —La muchacha, se acercó a la mosquitera, sin abrirla, se fijó en Avigail y de repente abrió los ojos como platos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, y salió corriendo despavorida al interior de la casa, dejando a Avigail allí plantada—. ¡Mamá, mamá, mamá! —escuchó que gritaba. ¡Es ella! ¡Es Ella!

Una voz dulce como ángel se escuchó de fondo.

—Ethel, hija, ¿a qué viene tanto alboroto? —¿Ethel? ¡Esa muchacha era Ethel! Los nervios se hacían más patente.

—¡Mamá, es ella! —seguía gritando—. ¡La esposa de George!

—Pero ¿qué dices niña?

—¡Que sí! es una muchacha hermosa de ojos grises y que habla raro. —Avigail escuchó unos pasos apresurados, esta vez la mosquitera se abrió de golpe, dando paso a una mujer madura con el pelo más claro que había visto nunca. Ni siquiera su madre lo había tenido tan claro. Tenía una cara amable. Y unos ojos chispeantes. La miró de arriba abajo, con las manos en la boca por la sorpresa, cuando le miró el vientre abultado se llevó las manos al pecho y rompió a llorar. Con manos temblorosas cogió las mejillas de Avigail, quien recibió la cálida caricia como agua de mayo, pero no osó moverse. Después Mary le tocó el vientre y afirmaba con la cabeza. Otro bebé

en casa, sonrió entre lágrimas. Luego observó mejor a la muchacha, estaba pálida de cansancio, pero era tan hermosa como se la había imaginado. De repente observó el color de su vestido.

—¿Luto? —dijo entrecortadamente—. Avigail asintió muy a su pesar. ¡Nadie le había escrito ni una mísera carta, a su madre! Nadie le había informado de la situación. —Hace apenas un par de semanas... —Ethel que estaba pendiente a todo, hasta ese momento, soltó un grito desgarrador.

—Él me dijo que viniera aquí...—dijo entre hipos, ya no podía aguantar más la incertidumbre, intentó justificar su presencia allí, agarrándose la barriga... y yo no tenía dónde ir, no tengo familia; bueno, tengo una amiga, pero pensé...—Mary la abrazó con fuerza y la llenó de besos y luego la meció y volvió a besarla.

—¡Claro que sí, hija! Este es tu hogar, eres una Longfellow. Bienvenida a casa, Avigail. Avigail sintió tal alivio que le fallaron las piernas y de repente todo lo vio negro. Había pasado tanto que su cuerpo no pudo más y se desmayó.

El cuerpo de George llegó tres días más tarde, tres días en los que Avigail fue conociendo a todos los Longfellow, quienes, después del susto del desmayo, la trataban entre algodones, en especial su suegra Mary y su cuñada Ethel.

El funeral fue celebrado al amanecer del cuarto día, fue enterrado en el cementerio familiar, junto a los tíos de Thomas Longfellow y sus primeras esposas. La comitiva iba encabezada por todos los Longfellow seguida por todos los vecinos del pueblo, Avigail pudo observar que su nueva familia era muy querida. Cuando el ataúd fue bajado al hueco, ella se apretó aún más a su cuñada Ethel. Habían ido todo el tiempo agarradas del brazo reconfortándose la una a la otra, pero ahora que había llegado la hora de la verdad, Avigail era la que más apoyo necesitaba en ese momento. Ethel y otro de los hermanos de George (¿Mathew? Ni siquiera se fijó) la flanqueaban por si se encontraba mal. Los enterradores empezaron a tirar palazos de tierra, antes de que cubrieran el féretro, Avigail se arrodilló y tiró un puñado de tierra.

—Amor mío, cumpliré mi promesa, viviré por ti, por tu voluntad y por el amor que me has dejado en el corazón. Amaré por los dos a nuestra pequeña Ethel y te juro que haré todo lo posible por ser feliz en esta nueva tierra y con esta nueva familia que me has dado. Juro por lo más sagrado que así lo haré. Te quiero.

Unos brazos fuertes le ayudaron a incorporarse. Aguantó estoicamente, a pesar del calor, a que terminaran de poner una hermosa lápida, en la que ella colocó una pequeña piedra.

15. Epílogo

Granja Longfellow, primavera de 1956

Hacía un día precioso cuando Avigail empezó su ruta por los pastos de la propiedad. Acaba de dejar a Ethel y a su amigo Mike en el colegio, el tío del muchacho estaba indispuerto ese día y no le importó llevarlo también. Y ahora se disponía a recorrer los caminos que daban a la zona de pastoreo. Los Longfellow dejaban a sus animales sueltos, vacas, toros, ovejas... Su carne daba mejor resultado que hacinados en un establo. Llevaba ya diez años en América, los cinco últimos, como veterinaria de la familia. Sí, cumplió su promesa, al principio dudó si medicina o veterinaria, pero se decantó por veterinaria, porque sabía que iba a ser más útil para su familia. Además, ser médica le recordaría demasiado a su padre, y no es que eso fuera malo, pero desde que pisó América juró dejar todo atrás. A excepción de su amistad con Elke y Sully con los que tenía un contacto más o menos regular, bien por carta, bien por alguna visita de ellos en los últimos años, ella jamás volvería a pisar Europa. Paró la furgoneta en una linde, cogió su maletín y se dirigió a un grupo de vacas, que sospechaba que estaban preñadas. No sin antes echar un vistazo alrededor. Era una tierra hermosa, cubierta de fértiles pastos y árboles frutales. Ya apenas pensaba en George con dolor, sino como un hermoso recuerdo. Sus pensamientos estaban enfocados a agradecerle que le hubiera dado un hogar, lo había amado con locura, de hecho no dejaba de visitar su tumba con regularidad, pero no podía ahogarse en su ausencia. Era feliz, tenía una hermosa hija y una hermosa familia, sus suegros la adoraban y sus cuñados eran los hermanos que nunca tuvo, en especial Ethel y Mathew, la favorita de George se convirtió en su favorita, tal vez porque eran de la misma edad y congeniaban mejor. Y Mathew... Bueno, no sabía decir por qué Mathew era especial. Le llevaba catorce años, se parecía mucho a su padre, tanto físicamente como de carácter. Más bien reservado, tímido, pero muy encantador en cuanto se soltaba un poco. Le costaba coger confianza, pero luego tenía un punto divertido, un humor inteligente; era trabajador, leal a su familia, guapo... No sabía por qué, pasados los cuarenta años (tenía cuarenta y cinco, pero aparentaba muchísimos menos) aún no se había casado. La verdad es que era un buen partido, que gustaba a las mujeres y le gustaban las mujeres. No es que fuera un mujeriego ni mucho menos, pero se le conocía alguna que otra *novieta*. Congeniaban muy bien; cuando había disputas en la familia, normalmente se ponían de parte el uno del otro. Menos cuando malcriaba a Ethel, en ese caso, sí solían discrepar. Sonrió, suspiró y se puso a trabajar.

Era la una del mediodía cuando Avigail terminó de revisar todo el ganado de aquel sector. Resultado: quince vacas preñadas, media docena de ovejas con lombrices, otras tantas comidas de pulgas y una cría con la pezuña dañada. Suspiró; iba a tener mucho trabajo. Cogió su maletín y sacó una libreta para apuntar todo lo que iba a necesitar. Tan concentrada estaba que no escuchó cómo se acercaba un jinete al trote.

—¡Ey, señorita Kartoffel! —la llamó una voz masculina por detrás, sin girarse supo de sobra a quién pertenecía: a Mathew. Avigail apretó los dientes, hacía años que se había dado por vencida en convencerlo para que no la llamara con aquel estúpido mote. Sabía que lo hacía con cariño, pero que le llamara *señorita patata* no era muy glamuroso que dijéramos. Sin darse la vuelta contestó:

—Mathew, ya que no soy capaz de que me llames por mi nombre, para ti soy doctora Kartoffel —Él soltó una carcajada, sabía que le contestaría de manera elegante, como todo en ella. La

observó a gusto, ninguna mujer llevaría aquel vaquero y esa camisa de cuadros de franela, con tanto estilo como ella—. ¿Qué haces aquí? ¿No te tocaba marcar las reses del páramo este?

—Eso fue ayer, hoy estaba preparando balas de heno, cuando mamá me ha cogido de mandadero. Por lo visto, a cierta veterinaria se le ha pasado la hora del almuerzo y me ha mandado con una tartera.

—Oh, ¡¿tan tarde es?! —dijo levantándose y girándose hacia él—. Tengo que recoger a Ethel de la escuela.

—Tranquila, tía Ethel ha ido a recoger a *sobri* Ethel. —Avigail se mordió el labio con remordimiento.

—No pongas esa cara, no has dejado a esa niña en medio del desierto sin agua, solo en la escuela, donde pueden ir media docena de tíos y tías, además de unos abuelos a por ella. Papá ya estaba dejando el arado para ir a recogerla.

—¿En serio? —preguntó incrédula. Desde que conoció Thomas Longfellow jamás le había visto dejar un surco a medias en su campo.

—Siente debilidad por ese calco de la abuela Mary, los abuelos se ablandan lo que los padres han endurecido, ya sabes... —Ella sonrió con ternura, era verdad, el abuelo Thomas adoraba a sus nietos y Ethel era la consentida al ser la más pequeña de momento. Eran tantos los Longfellow que, tarde o temprano, vendrían más niños.

En fin, suspiró y miró hacia arriba, su cuñado no se había bajado del caballo aún, la verdad que imponía desde allí. Estaba muy guapo; de repente se vio pensando en él de otra manera, no como hermano, sino como hombre. Hacía mucho tiempo desde que... Diez años, para ser exactos. Y se sonrojó ante aquel pensamiento. Era Mathew por amor de Dios, no debía pensar en él de esa manera. ¿O sí? Nerviosa miró a otro lado y le preguntó mucho más brusca de lo que hubiera querido:

—¿Y qué traes en esa tartera?

Mathew la miró extrañado, se preguntaría a qué habría venido ese tono y se sonrojó arrepentida. Él se encogió de hombros y bajó del caballo, rebuscó en sus alforjas y sacó el paquete que su madre había preparado. Le cogió de la mano, cosa que sorprendió a Avigail y la dirigió a la sombra de un árbol. Se sentó y tiró de ella para que lo imitara.

—Vamos a verlo.

—¿Tú también comes? —dijo de repente acalorada por la cercanía de su cuerpo.

—Claro, yo no he almorzado por traerte tu comida, lo mínimo que deberías hacer por las molestias que me he tomado en traértela es que la compartas conmigo, conociendo a mamá seguro que ha echado para cuatro. —Ella se rio y se relajó un poco. Cuando olió el estofado y el pan de maíz sus tripas sonaron; estaba más hambrienta de lo que pensaba.

—Vaya, doctora Kartoffel, parece que he llegado a tiempo para saciar tu apetito —dijo Mathew divertido. Lo dijo inocentemente, pero ella volvió a pensar en cosas que no debía. Se concentró en comer. Al cabo de un rato de sereno silencio, ella lo miró de reojo, tenía mucha confianza con él, pero cuando se trataba de cuestiones de romance no hablaban mucho del tema, pero esa vez tuvo la necesidad de preguntar.

—Mathew, ¿te puedo preguntar algo personal? —Él le sonrió con ternura.

—¿Es algo que me hará sonrojar?

—Mmm... Espero que no... —Él la miró de una manera que ella intuyó que le estaba tomando el pelo con esa pregunta. Le hizo un gesto con la cabeza para que continuara. Ella tomó aire.

—¿Por qué no te has casado? ¿No te gustan las mujeres? A ver, tonteeas con ellas, pero no se

conocen rumores de que hayas llegado muy lejos, tal vez tus inclinaciones... —Él se sonrojó hasta las orejas. ¿Estaba insinuando lo que estaba insinuando? Que podía ser uno de esos tipos que le gustaban los hombres...

—¡Por Dios, Avigail! No creerás que yo.... Con un...—no era ni capaz de decirlo en voz alta.

—¡Yo que sé! Solo me ha extrañado. Eres un Longfellow, como todos, eres un gran partido, guapo, trabajador, inteligente...—Él la miró, anonadado. ¿Ella pensaba todo eso de él?—. Cualquier familia de renombre, cualquier familia en sí, en Smith Town estaría encantada de tenerte como yerno, te ofrecen a sus hijas en bandeja de plata y tú no les haces caso, más allá de algún flirteo, no sé, pensé que podría ser una tapadera.

—Tapadera.... —farfulló malhumorado—. Para ser tan inteligente, a veces no te enteras de nada —murmuró de manera inaudible.

—¿Nunca te has enamorado? —insistió ella.

—¡Claro que sí! —dijo apretando la mandíbula como si no quisiera decir más.

—¿Entonces?

—Es complicado...

—¡Ah, ya! Está enamorada de otro... —dijo tristemente.

—¡No! Bueno, no que yo sepa....

—¿Casada?

—No exactamente...

—¿Eso qué significa?

—Es viuda...

—Pues si es viuda y no está enamorada de otro... ¿qué impedimento tienes? ¿Es muy mayor? ¿Temes que no te dé hijos?

—¡No es eso! ¡Es que es la viuda de mi hermano! —Se llevó las manos a la boca como queriendo volver a meter las palabras de nuevo a su garganta. Ella pestañeó, asimilando sus palabras: era ella, estaba enamorado de ella. El corazón le empezó a latir a mil por hora, no obstante pregunto tontamente:

—¿Yo...? ¿Soy yo?

—Sí...—dijo atormentado—. Llevo diez años enamorado de ti, desde que te vi en el salón de casa, tan perdida y asustada, tan hermosa, con esos preciosos ojos de plata y ese vientre abultado que te llenaba de vida, mamá nos fue presentando uno a uno y tú te relajaste y sonreíste con esperanza y esa fue mi perdición. Me sentí un miserable... Un traidor a la memoria de mi hermano. Decidí apartarme de ti, pero no pude, así que juré protegerte y amarte en la distancia. Intenté mirar a otras mujeres, de veras que lo intenté, pero siempre volvían esos preciosos ojos de plata y esa sonrisa a mi mente... Eras tan joven, eres tan joven, que no debería mirarte de esa manera... Y luego pensaba en George... —su voz se fue apagando. Avigail aguantó un sollozo, no se esperaba aquella confesión, miró en retrospectiva y vio que era verdad, que él había estado a su lado todo el tiempo desde que llegó a América, confortándola en el funeral de George, llevándole café en sus largas noches de estudio, acompañándola cuando ingresaron a Ethel de bebé por la escarlatina... Y en muchos otros momentos cruciales, en los bailes de primavera no la hacía sentir sola, y ahí se dio cuenta de cómo le molestaba cuando bailaba con otras mujeres, mujeres coquetas que ella creía que no eran buenas para su cuñado favorito, pero no, no era preocupación, eran por celos, celos velados por otros sentimientos confusos. ¿Diez años? ¿Tanto tiempo habían perdido? Se hubieran amado antes y no se habían dado cuenta, no, ella no se había dado cuenta y el zoquete no había abierto la boca

—¿Por qué? —preguntó enfadada.

—Por qué, ¿qué? ¿Por qué me he enamorado de ti?

—¡No! ¡Por qué has tardado tanto en decírmelo! —dijo furiosa.

—¡Ya te lo he dicho! —dijo él, enfadado—. ¡Eres la viuda de mi hermano!

—¿Y?

—¡Sería una falta de respeto a su memoria!

—¡Vale! Pues me buscaré un marido en otro lado, uno que no tenga tanto reparo en mi viudez.

¡Ya va siendo hora! —dijo sonriendo con malicia.

—¡Por encima de mi cadáver! —dijo furibundo. Ella sonrió triunfal.

—Mathew... —le dijo dulcemente—. ¿No crees que tu hermano querría mi felicidad? Es más, en su lecho de muerte me hizo jurar que fuera feliz. Y yo lo soy aquí con vosotros... —tragó saliva—. Contigo. —Él la seguía mirando atormentado, sin poder contener las lágrimas.

—Pero George...

—Shhh, de George nada...

—Soy catorce años mayor que tú, Avigail... —insistió agarrándose a la única excusa que le quedaba para no sucumbir y besarla.

—¿Y? Eres un Longfellow.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó extrañado.

—Que sois los más longevos de la zona, necesitarás una esposa joven si no quieres quedarte viudo pronto. —La sonrisa triunfal que iluminó su cara derrumbó todas sus defensas. La cogió por la cintura y la besó, ¡y qué beso! Diez años de ternura, amor y pasión estaban encerrados en ese beso. Cuando se separaron, él se arrodilló a su lado. Ella empezó a llorar emocionada.

—Avigail Esther Longfellow, ¿me concedes el honor de ser mi esposa? ¿Ser la señora de Mathew Longfellow? —dijo haciendo hincapié en el «Mathew». Ella asintió repetidas veces, puesto que la emoción no le dejaba pronunciar palabra. Él lanzó su sombrero al aire con un grito típico de cowboy, la cogió en brazos y dio vueltas con ella entre risas.

Dejaron la furgoneta allí aparcada y volvieron a caballo. Ella iba delante de él al estilo amazona, con la cara apoyada en su pecho y rodeándolo con sus brazos.

Cuando llegaron a la granja, Thomas y Mary estaban en el porche. Cuando Mary los vio llegar, se llevó las manos al pecho y empezó a llorar. Thomas, sonriendo de oreja a oreja gritó a su hijo:

—¡Ya era hora, muchacho! —La pareja rio feliz.

Aquella noche, Avigail y Mathew, cada uno en su propia cama por supuesto, soñaron con George y Sybill, quienes cogieron las manos de la pareja y las entrelazaron, bendiciendo así su unión.

Un mes más tarde se celebró una sencilla, pero emotiva boda. Aunque el banquete fue íntimo, con la familia y algún amigo, el ayuntamiento estuvo repleto. Ningún vecino del pueblo quería perderse un enlace tan gratamente esperado.

FIN